

Por amor el tiempo se abre en canal
y el destino sólo es arcilla en nuestras manos.

LOLA P. NIEVA
LA PERLA
DE AGUA



Galardón

LETRAS DEL MEDITERRÁNEO 2018

otorgado por la Diputación de Castellón

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

EPÍLOGO

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

SINOPSIS

Una magistral novela de aventuras, romance y misterio en la que solo el destino será capaz de salvar a una mujer de su propia vorágine interior.

La pacífica vida de Elisa Beltrán se ve amenazada el día en que un misterioso desconocido entra en la biblioteca de Oropesa del Mar donde ella trabaja y deja un libro sobre Barbarroja, el corsario berberisco que atacó las costas de la villa hace más de cinco siglos.

Un extraño accidente abre una brecha en la realidad que vive Elisa, que la sumerge en un mundo de piratas, aventuras, intrigas, pasión y peligros. Un entorno que la arrastra hacia un abismo irreal que amenaza con engullirla.

Corre el año 1536. Isabet Llerán es una morisca que vive en la villa de Oropesa y acaba de ser repudiada por su prometido en favor de una noble castellana. Un día presencia cómo las galeras de los berberiscos se acercan a la costa, y llevada por el resentimiento forja una venganza que se saldrá con su propia desgracia. Tras una sangrienta incursión, Isabet, junto a la joven noble de la que pretendía librarse, cae en manos de los piratas y es llevada a Argel para ser vendida como esclava.

¿Se pueden vivir dos realidades en una? Sumérgete en esta apasionante y desgarradora novela que transgrede el tiempo y la razón, en la que una sola perla de agua es suficiente para abrir el secreto que esconde en sus profundidades.

LOLA P. NIEVA

La perla de agua

Martínez Roca

*Para Elisa, mi preciosa sobrina, toda una guerrera desde
su primer aliento, una luchadora nata, un espíritu libre
y un ángel que apareció cuando nadie la esperaba.
A ti, pequeña, a nuestra perla particular,
para que cuando llegue el momento de poder leer
este libro recuerdes que no importa cuánto se luche,
sólo importa el amor con que se haga.*

PRÓLOGO

Torre del Rey, Oropesa del Mar, mayo de 2019

Mortecinos rayos lunares se filtraban por las profundas troneras de la torre, azulando apenas los irregulares bloques de mampostería de los muros, carcomidos por el tiempo.

Había apagado la linterna apresuradamente cuando descubrí alarmada que alguien más había atravesado la puerta de acceso de la planta baja.

Contuve el aliento y supe que estaba atrapada. La única vía de escape era esa entrada. Me asomé al ventanuco de la primera planta. Podría saltar, pero me arriesgaba a lesionarme, y en ese caso mi perseguidor me alcanzaría sin problemas.

Me mordí el labio inferior buscando la manera de encontrar el bloque marcado y salir de allí zafándome de aquel hombre. Me pregunté cuánto tiempo llevaría siguiendo mis pasos; probablemente desde aquel aciago día. El rastro de una sombra que había aparecido a raíz del accidente, el maldito día en que toda mi vida se desgarró en dos.

El eco de sus pasos sobre el pavimento de piedra rebotó en los muros, tensando todo mi cuerpo. Apreté tan fuertemente el mango de la linterna que la piel de mis nudillos se estiró hasta perder todo color. Intentando no hacer mucho ruido y palpando ansiosa los muros, me deslicé a ciegas buscando la escalinata que llevaba a la parte alta de la torre.

Lejos de las troneras, la negrura era absoluta, los muros tenían un grosor de casi tres metros y el único charco de plata lunar pintado sobre el pavimento

era apenas un débil esbozo en una esquina, a unos metros de mi posición. Avancé todo lo veloz que pude, empujada por los pasos y por una respiración entrecortada. Estaba ascendiendo la empinada y angosta escalinata hacia la primera planta.

De pronto me detuve asaltada por un fogonazo clarividente: si subía a la última planta, que además era descubierta, estaría atrapada, sin escapatoria alguna. Sabía lo que buscaba aquel hombre, como también sabía que no dejaría cabos sueltos.

Mi única oportunidad era retroceder sin pérdida de tiempo y pegarme al muro donde se abría la escalinata, rezar por que no enfocara con el haz de su linterna en mi dirección y escabullirme escaleras abajo cuando él entrara en la sala.

Mi pulso se desbocó cuando vi el ambarino resplandor de una linterna asomar por el hueco, mordiendo la negrura del umbral.

Aceleré de puntillas y me adentré en la oscuridad con los brazos extendidos, en dirección a mi objetivo. Palpé la rugosa frialdad de la piedra caliza y adherí mi espalda a ella. Contuve el aliento cuando la luz emergente se hizo más intensa ampliando su ángulo. El eco se abrió resonando en toda la sala, sobresaltándome. Me ceñí más a la pared intentando mimetizarme con ella, procurando acallar lo más posible mi respiración.

Sentí la presencia antes de verla y me encogí por un segundo apretando la mandíbula. Con el rabillo del ojo vislumbré una silueta que avanzó ligeramente. Al cabo, se detuvo y comenzó al lamer cada rincón con la luz de su linterna. Por fortuna comenzó por la esquina opuesta. No perdí la ocasión e, impelida por el pavor y un conveniente chute de adrenalina de mi eficaz glándula suprarrenal, me abalancé por el hueco escaleras abajo, agarrada a la barandilla para evitar partirme la crisma.

El espacio era muy angosto, por lo que sólo una persona podía transitar por él. Oír cómo sus pasos se precipitaban tras de mí aligeró mis piernas y desbocó mi corazón. Aquellos malditos peldaños eran tan altos que temí acabar rodando por ellos. Salté el último con un gruñido desesperado y crucé la puerta principal de la torre como una exhalación. Un extraño zumbido pasó junto a mi oreja, me encogí instintivamente y salí al fresco aire nocturno. Bajé

a la carrera el camino empedrado, enfilando hacia la verja de entrada, que había abierto con unas cizallas.

Oí una imprecación entre dientes tras de mí y otro zumbido pasó rozando mi cabeza. ¡Me estaba disparando, joder! Ese sonido era un arma con silenciador. Asaltada por un pánico atroz, salí del sendero y comencé a zigzaguear entre las encinas circundantes.

Solté un grito aterrado cuando, de nuevo, un ya reconocido y pavoroso silbido surcó el aire a mi derecha e impactó contra un tronco que estaba a punto de sortear. Un pedazo de corteza saltó como un resorte frente a mis ojos fragmentado en afiladas espinas, me encogí y desvié mi rumbo. Descendí por la calle Almería en dirección al faro justo cuando una fina línea resplandeciente comenzaba a asomar tímida por el horizonte. Y aunque, paradójicamente, ese atisbo de alba encendió un hálito de esperanza en mi interior, mi parte racional comprendió que actuaba en mi contra, mostrando con más claridad mi presencia al hombre que intentaba matarme.

El aire quemaba en mis pulmones, tenía la garganta seca y el pulso desbocado. Mi única oportunidad era llegar al mar. Sería un blanco fácil si seguía la carretera y no alcanzaría el faro a tiempo, así que aceleré las zancadas y fijé la vista en el abrupto y angosto sendero junto al murete del faro, que descendía directamente hasta el acantilado. Miré angustiada tras de mí y me sobresalté dejando escapar un aterrador resuello al descubrir horrorizada una silueta que me apuntaba con una pistola.

Me encogí sin dejar de descender atropelladamente. Un sonido sordo me confirmó dónde había impactado la bala. El pánico más absoluto me impulsó entre los riscos y a punto estuve de despeñarme cuando guijarros sueltos se deslizaron bajo mis pies, haciéndome perder el equilibrio por segundos. Maldije entre dientes, con el corazón en un puño y el terror más primitivo circulando abrasivo por mi torrente sanguíneo. Entre abruptos peñascos, logré aproximarme al borde, vislumbrando mi objetivo. Me dirigí hacia el puesto de pesca número 38, marcado con cal sobre la roca, por llegar a tiempo.

Los trigueños cabellos de un sol adormecido flotaban en sinuosos mechones sobre el horizonte, mecidos por un mar calmo. La aurora despuntaba y mis posibilidades mermaban con cada rayo de luz.

Sentí la urgencia de mirar tras de mí, pero cada segundo era vital. Me asomé buscando un punto seguro donde lanzarme. Debía saltar con mucho impulso para sortear los riscos que asomaban afilados del mar, donde la espuma se arremolinaba empujada por engañosas olas amables.

Tomé una profunda bocanada de aire, flexioné las rodillas, cerré los ojos un segundo antes de saltar y me impulsé al vacío con el corazón rebotando alocado en mi cavidad torácica.

Caí al mar como un proyectil submarino.

Una miríada de burbujas engarzadas en un manto turquesa oscuro me envolvió, aturdiendo mis sentidos. Por un agónico instante no fui capaz de mover un músculo. La serena belleza de aquel apacible mundo acuático me subyugó peligrosamente. Era como si atravesara un portal líquido hacia una dimensión desconocida.

Una acariciadora paz me acompañó al fondo, hasta que unas extrañas y sinuosas guedejas rojas se entrecruzaron molestas en mi campo de visión. Parpadeé confusa, resiguiendo ensimismada con la mirada aquellas hebras escarlatas que flotaban como algas alrededor de mi cabeza. Y justo en aquel instante una explosión de dolor y ahogo me dobló en dos.

Comencé a bracear y a patallar, boqueando como un pez. Proferí un grito sordo que sonó como un gorjeo lejano, y mi anterior quietud pereció en un estallido de pánico que me impulsó a la superficie como una exhalación.

Ese vigoroso empuje que insufla la más primigenia supervivencia me llevó a nadar hacia la rocosa costa del acantilado, anulando el miedo. Pero, aunque la adrenalina me hizo creer por un instante que lo lograría, la debilidad comenzó a imponerse implacable, desdibujando aquella tentadora costa, alejándola, del mismo modo que alejaba la vida de mi exiguo cuerpo, con cada gota de sangre que se diluía en el mar.

Grité furiosa, aterrada y desesperada, golpeando el agua con los puños, rompiendo en llanto ante aquel inesperado final. Y, entre sollozos, el mar comenzó a tragarme.

A tan sólo unos pocos metros, la efervescente espuma se rizaba alborozada entre las impasibles rocas, que contemplaban indolentes mi derrota. Miré por última vez aquel cielo teñido del desvaído oro de un alba incipiente y,

mientras me embebía de aquel último aliento de vida, divisé una silueta asomada al borde del acantilado.

Una silueta que aguardaba paciente el destino que había elegido para mí, un destino que había comenzado a truncar mi vida tan sólo un año antes. Aquel día soleado en que hallé aquel libro de aventuras, un libro que cambió mi vida y decidió mi muerte.

Dicen que leer un libro es vivir otra vida; en mi caso, no pudo ser más cierto...

CAPÍTULO 1

UN EXTRAÑO EN MI REINO DE PAPEL

Oropesa del Mar, mayo de 2018

Lancé una reprobadora mirada al grupo de estudiantes adolescentes que murmuraban jocosos tratando en vano de sofocar sus carcajadas. Ya los había amonestado varias veces, componiendo mi gesto más severo y mi tono más amenazador; no obstante, continuaban sus burlas.

Me ajusté las gafas sobre el puente de la nariz y suspiré largamente, tratando de aplacar la frustración ante el incumplimiento de la más importante norma de toda biblioteca: el silencio.

Chité por enésima vez y estrangulé un gruñido decidida a tomar la única medida efectiva ante aquella flagrante falta de respeto: la expulsión. Me puse en pie y avancé hacia ellos con porte envarado y gesto adusto.

Los muchachos agacharon casi al unísono la cabeza para enterrarla en la pila de libros abiertos diseminados por la mesa; algunos tenían el rostro congestionado por las risas contenidas.

Me planté frente a ellos y carraspeé para atraer sus miradas sobre mí.

—Recoged vuestro material y abandonad la sala —pedí en tono tirante y con expresión inflexible.

—No volveremos a molestar, lo prometemos —replicó una de las chicas

con mirada arrepentida.

—Tarde, se han agotado los avisos —tercié señalando la puerta.

La experiencia me había enseñado que, si se cedía ante aquel ruego, lo único que se conseguía era que te perdieran el respeto. Y, en aquel reino de papel y silencio, yo era la encargada de hacer cumplir las normas.

El grupo de chicos me lanzó una mirada irritada, y algunos resoplaron resignados. La chica que había hablado se encogió de hombros y comenzó a recoger tras regalarme un ceño resentido.

No me moví ni un centímetro de mi posición mientras los observaba impasible con los brazos cruzados bajo el pecho.

Cuando el último de ellos se puso en pie y se colgó la mochila a la espalda, los seguí hacia la salida para cerrar la puerta tras ellos. Oí con claridad entre una frase barbotada con rencor la palabra *amargada*, un adjetivo que solían usar mucho en lo que a mí se refería, entre otros similares, naturalmente. Mi fama de agria, estirada y sargento solía reducirse a un apodo: Señorita Rottenmeier, así me llamaban. La típica solterona que sobrepasaba la treintena, estricta, sobria y rara, cuyo único disfrute era la soledad y los libros.

Éstos habían sido mi único refugio, la manta que me abrigaba en invierno y la brisa que me refrescaba en verano. El abrazo que alejaba la soledad y la pasión de un amante inexistente. El susurro de un buen consejo o la inquietud de una profunda reflexión. Las emociones no sentidas en carne propia, o las vidas que nunca viviría. Todo eso era un libro para mí, para alguien que se cobijaba en la soledad desde aquel trágico día. Para alguien que había decidido aislarse del mundo y protegerse de él.

Suspiré lentamente y me volví para encaminarme a mi puesto cuando me topé con la mirada censuradora de unos profundos e inquietantes ojos verdes.

Ya había reparado aquella mañana en aquel extraño hombre que había ocupado una mesa junto a la ventana y tecleaba concentrado en el ordenador del centro. Nunca lo había visto por allí, y podía asegurar que se trataba de un forastero, pues no era el tipo de hombre que pasara precisamente desapercibido, y menos en aquel pueblo tan pequeño.

Acentuó su ceño reprobador y sus labios se apretaron quizá reprimiendo

decirme algo. Su excesiva atención y su mohín disgustado me agitaron, y aceleré mi paso hasta volver a parapetarme detrás de mi mesa en la recepción.

Evité mirarlo y me escondí tras la pantalla de mi monitor fingiendo consultar unos datos. Pero sentí de forma tan tangible su mirada sobre mí que me removí inquieta en mi asiento y tragué saliva incómoda.

Dejé pasar unos minutos antes de atreverme a lanzar un vistazo en su dirección.

El hombre ya no estaba en aquella mesa, sino frente a un anaquel en particular, escudriñando concienzudamente los lomos de unos libros.

No pude evitar deslizar la mirada por su cuerpo. Era delgado, fibroso y muy alto, pero lo que más llamó mi atención fue ese halo misterioso que lo envolvía, un curioso contrapunto a la contundente seguridad que manaba de cada uno de sus gestos y que lo hacía resaltar de su alrededor. Una llamativa mezcla entre un peculiar misticismo etéreo y una mundanal rotundidad.

Su cabello era negro, abundante y peinado hacia atrás, pero rebelde, a juzgar por el modo en que algunos mechones pugnaban por escapar de su sitio. Por detrás cubría su nuca, con las puntas rizándose ligeramente hacia arriba, como si retaran a que unos dedos tenaces las domaran. Tan absorta me encontraba en mi escrutinio que no me percaté de que yo también era objeto de uno similar.

Me puse rígida y aparté sofocada la mirada, pero no sin antes percibir un marcado gesto travieso preñado de diversión en la expresión del hombre.

Alcé la barbilla y fingí dedicar mi atención a la pantalla de mi ordenador mientras desplazaba el puntero del ratón de manera errática trazando absurdos círculos. Tuve que esforzarme en mantener los ojos en la página de archivos de la biblioteca, donde unos instantes antes actualizaba el registro de novedades, pues mi mente no dejaba de volar hacia aquel extraño desconocido.

Tras lo que creí un paréntesis prudente, me permití volver a buscarlo con la mirada, pero ya no estaba en aquel pasillo. Tan absorta me encontraba recorriendo la sala que no me apercibí de la figura que estaba apoyada en el alto mostrador de mi izquierda.

Un intencionado carraspeo logró captar por fin mi atención.

Cuando dirigí la vista hacia allí, mis ojos se agrandaron y mi gesto reveló traidor la inesperada impresión de tenerlo junto a mí. Y, por si no hubiera sido suficientemente comprometida mi reacción, de mis labios escapó una suerte de exhalación sorpresiva que puso la guinda. Habría puesto los ojos en blanco tras un bufido exasperante si ese gesto no me hubiera coronado como la pardilla del año. Por supuesto, tenía que ser él.

Por su expresión era fácil adivinar lo divertido que le parecía mi desconcierto, y en su socarrona mirada advertí que era muy consciente de que lo había estado buscando.

Para colmo de males, decidió apoyarse indolente sobre la despejada superficie del mostrador y acercó su rostro al mío. Sus penetrantes ojos verdes me escudriñaron divertidos.

—Necesito un libro —murmuró fijando su mirada en mis labios.

Supe lo que se proponía, y tras la impresión inicial yo ya me había repuesto lo suficiente para mostrarle mi lado más mordaz.

—Menos mal, porque es lo único que puedo ofrecerle —argüí irónica acomodando las gafas en el puente de mi nariz con gesto seco.

El hombre alzó una ceja y sonrió de medio lado con suficiencia mientras negaba lentamente con la cabeza.

—Estoy seguro de que hay más cosas que puedes ofrecerme, pero de momento sólo quiero un libro.

Lo fulminé con la mirada y oprimí los labios en una mueca furiosa que no me molesté en ocultar.

—Lo único que le ofrecería con mucho gusto sería la salida —repliqué indignada.

Él pareció estrangular una sonrisa, pero la sombra de ésta refulgió con insultante picardía en sus ojos.

—Sí —adujo clavando su afilada mirada en mí—, ya he visto que tienes cierta inclinación a echar gente del centro. Pero, como funcionaria pública, soy yo quien paga tu sueldo, y por tanto... —dirigió la mirada a la placa identificativa que llevaba prendida en mi blusa—, Elisa, exijo que me atiendas debidamente en lugar de evadir tus funciones.

Sentí cómo la sangre se agolpaba en mis mejillas y la ira burbujaba en

mis venas incendiando mi ánimo. Cerré los puños y mi boca se transformó en una fina línea blanquecina.

—Vaya, veo que, tras esa capa de hielo, se esconde todo un volcán. Interesante.

—Lo único interesante aquí es ver a un capullo en una biblioteca.

Esta vez abrió los ojos con asombro y, tras un segundo de incertidumbre en el que me pregunté si mi réplica podría tener consecuencias en mi expediente, el tipo estalló en carcajadas.

Observé impasible cómo incluso le lagrimeaban los ojos y cómo su risa resonaba por la sala en un cascabeleo alegre llamando la atención de los presentes, que lo miraron, intrigados algunos, reprobadores otros.

—¿Le importa reírse en la calle?

Eso intensificó su risa y redobló mi intención de librarme de él.

Salí de detrás del mostrador y me acerqué a él, indicándole la salida con un gesto apremiante.

—No, no, Elisa —logró mascullar sofocando sus risotadas, no sin esfuerzo—, conmigo no te resultará tan fácil.

—Le pido, por favor, que abandone la biblioteca —murmuré severa.

Sostuvo mi mirada con firme determinación y negó con la cabeza.

—Y yo, que seas más profesional y dejes de lado tus reservas personales con alguien que sólo respondía a un sarcasmo innecesario con otro. Si no te gustan las pullas, no las lances.

Fruncí el ceño y respiré hondo tragándome mi orgullo.

Estaba claro que no se iría sin oponer resistencia, y en verdad no podía obligarlo simplemente con mi ruego. Así pues, me crucé de brazos y lo miré irritada.

—¿Qué libro busca? —inquirí con mi tono más agrio.

Pude ver contrariada cómo su expresión relumbraba triunfal.

—Cualquiera que hable de los piratas berberiscos del siglo XVI, en especial, de Jeireddín *Barbarroja*: biografía, leyendas, todo lo que tenga que ver con él. También necesito saber si hay registros históricos de algún cronista de la época sobre el ataque y el saqueo por parte de la flota de Barbarroja a la villa de Oropesa en 1536.

Su detallada demanda me hizo observarlo con suma atención. Percibí un tinte ansioso en su faz que me desconcertó, acentuando mi curiosidad por aquel individuo.

Asentí cortante y me dirigí a mi puesto de trabajo más tensa de lo que había salido de él.

Tomé asiento frente al monitor y comencé a teclear en el buscador de archivos. Recorrí con la mirada la gran variedad de libros que coincidían con los parámetros de mi búsqueda y comencé a apuntar en una ficha el número de referencia para su localización.

—Hay un cronista en particular que parece haber conocido muy bien a Barbarroja —murmuré sin despegar los ojos de la pantalla—. Un tal Francisco López de Gómara.

—Perfecto, veo que hay mucha información —musitó complacido.

Terminé de apuntar las referencias y le entregué la ficha.

—Dudo que le dé tiempo a consultarlos todos hoy —aduje, no sin cierto tono contrariado en la voz.

El hombre alzó una ceja y sonrió mordaz.

—Míralo por el lado bueno: así tendrás más oportunidades para echarme.

Compuse una sonrisa exagerada que debió de caricaturizar mi expresión, y con la barbilla asentí a modo de despedida.

—Tu simpatía me abrumba —bromeó guiñándome un ojo.

Miró la ficha, chasqueó la lengua y se volvió buscando los pasillos correspondientes a las referencias anotadas en ella.

De repente se giró y, cómo no, me pilló observando su marcha.

—Baja la guardia, Elisa, no tengo pensado prenderle fuego a la biblioteca.

—Señorita Beltrán —apostillé recalcitrante.

El hombre mantuvo su sonrisa de suficiencia y agitó la ficha acompasando el movimiento con la negación de su cabeza.

—Odio los formalismos, tanto como odias tú que te tutee, con lo que tendrás que conformarte con que no prenda fuego a tu reino, *Señorita Rottenmeier*.

Entorné los ojos y apreté los labios con disgusto, obligándome a bajar la vista hacia mi escritorio; que conociera mi apodo encendió mis mejillas,

activando una peligrosa e inestable bola de fuego en mi interior. Respiré hondo y cerré momentáneamente los ojos, apelando a mi más estricto autocontrol para evitar mandarlo a la mierda.

Oí sus pasos alejándose, y con ellos se marchó también mi inexplicable incomodidad. No supe discernir por qué un simple desconocido despertaba en mí aquel inusitado rechazo, y aunque no me caracterizaba por mi amabilidad precisamente, ese hombre, con su sola presencia, acentuaba mi ya de por sí acritud natural.

Intenté centrarme en mi trabajo mientras hacía barridos visuales por encima de las gafas para vigilar a los presentes, pero indefectiblemente terminaba buscándolo. Unas veces lo encontraba en cuclillas en un pasillo repasando con su dedo índice los lomos de una hilera de libros con el ceño algo fruncido en gesto concentrado, y otras sentado a su mesa, pasando páginas sumido en la lectura.

Resultaba evidente que buscaba algo en particular, pues no dejaba de deambular por los pasillos eligiendo un libro tras otro.

Había algo en su forma de moverse que captaba poderosamente mi atención. Sus zancadas eran ligeras y elásticas, con esa peculiar elegancia felina que lo asemejaba a un gran y temible puma negro. Su cabello oscuro, sus ojos verdes y rasgados, y su rostro anguloso, de mandíbula cuadrada, hacían que se pareciera hasta en el físico a aquel depredador.

Por fortuna, estaba tan ensimismado en su tarea que no reparó en mi atención, lo que me permitió dar rienda suelta a mi curiosidad poniendo en marcha mi experimentada capacidad deductiva. Mi mente analítica, curtida en toda una vida de lectura detectivesca, descubrió que el dorso de su mano y sus nudillos estaban un par de tonos más pálidos que los dedos, que su cabello algo descuidado y ligeramente revuelto, junto a las marcadas rodilleras de sus vaqueros desgastados, se correspondían con el perfil de un motero. También me fijé en un particular gesto que repetía: abría y cerraba a menudo los largos dedos de las manos, estirándolos hasta arquearlos ligeramente, como un pianista entre pieza y pieza; quizá lo fuera, aunque no era usual que ambos perfiles conjugaran. Otro detalle que me llamó la atención fue que la puntera de su bota derecha no dejaba de moverse, como si siguiera el ritmo rápido de

alguna canción. Quizá fuera un tic, aunque su porte era sereno y no parecía ser la clase de tipo nervioso incapaz de mantener la atención mucho tiempo en una cosa. Al contrario, era observador y desprendía agudeza y templanza. También había demostrado en nuestro particular pulso que tenía sentido del humor y que no era lo que se dice domable. No supe muy bien por qué, pero lo percibí fundamentalmente como un hombre solitario y hermético. Aquélla, sin duda, era la sensación que más predominaba a medida que lo observaba. Sí, me repetí, había algo misterioso en él, como una titilante marquesina que lo destacaba por encima del resto.

Su rostro era de facciones duras, su mirada recelosa y, sin ser extremadamente guapo, resultaba bastante atractivo, aunque a mí en particular me provocara desconcertantes escalofríos. Era la primera vez que alguien despertaba en mí aquellas inusitadas sensaciones.

Sacudí la cabeza decidida a alejar a aquel hombre de mis pensamientos y me enfraqué en el tedioso registro. Había perdido la noción del tiempo cuando un familiar carraspeo me sobresaltó de nuevo.

El hombre me miró burlón y dejó en el mostrador la pila de libros que llevaba. Dibujó una sonrisa pícaro y tamborileó sobre la madera.

—¿Se lleva algún libro en préstamo? —pregunté mirándolo por encima de las gafas con gesto sobrio—. Le recuerdo que sólo puede llevarse tres y tiene un plazo de quince días para su devolución.

—No me llevo ninguno, prefiero regresar mañana y así dejar que sigas analizándome. Da la impresión de que necesitas un incentivo para venir a trabajar.

De nuevo forjé una sonrisa forzada que terminó en una mueca indefinida, pero mis ojos lo fulminaron.

—La verdad es que no sé qué haré con mi vida cuando termines tu investigación —mascullé ácida—. Suerte que tengo cerca muchos acantilados por los que tirarme.

Él estiró los labios en una sonrisa abierta y divertida, y dio una palmada sobre el mostrador.

—Bueno, pues en mi afán por salvarte la vida, regresaré mañana —bromeó distendido, disfrutando con la clara represión bajo la que lograba

mantener a raya mi genio.

Nos sostuvimos la mirada un instante en un curioso duelo por contagiar la emoción del contrario, él manteniendo su sempiterna sonrisa desafiante, y yo mi ceño y mi semblante adusto.

—¿No me acompañas a la puerta? —musitó burlón.

—Sólo si tú me acompañas al acantilado —respondí sin mutar un ápice mi hierática expresión.

El hombre se carcajeó sin dejar de mirarme, intentando sofocar la risa cubriéndose la boca.

Agité la mano dibujando un patente gesto de despedida, bastante desdeñoso, y él asintió limpiándose las lágrimas.

—Tranquila, Elisa, el capullo abandona el edificio.

Me guiñó el ojo y salió con ese paso decidido y ágil que de nuevo atrapó mi mirada. No fue hasta que oí la puerta cerrarse cuando dejé escapar un resoplido aliviado. Pero ¿por qué? —me planteé—, ¿por qué ese hombre me incomodaba?, ¿por qué me ponía en guardia?, ¿por qué todo mi ser reaccionaba contra él, queriéndolo lejos?

Suspiré profundamente y cogí su ficha. Posé mis ojos en su sesgada caligrafía y me encontré repasando su nombre con la punta del índice: Luis Roig. Fruncí el ceño inmersa en mis inquietudes respecto a él y, cuando alcé la vista hacia el lugar donde había estado sentado, descubrí que se había dejado un libro sobre la mesa.

Me puse en pie y me dirigí hacia allí, dispuesta a colocarlo en su lugar. Pero cuando lo tomé en mi mano advertí que no pertenecía a la biblioteca.

Era un libro de corsarios berberiscos, cómo no. Lo abrí por la mitad y lo ojeé por encima. Me llamaron la atención los grabados, y en particular uno de un pirata gobernando el timón de su nave. El detalle en aquel grabado era exquisito y minucioso. Aquel hombre reflejaba un halo de seguridad en sí mismo tan poderoso que atravesaba el papel. Su apariencia no era la de un pirata convencional. En su cabeza lucía un turbante claro que contrastaba con los mechones oscuros que el viento moldeaba a su capricho. Llevaba una gran camisola de mangas abullonadas abierta en el pecho y, sobre ella, un chaleco suelto. Un ancho fajín ceñía su cintura y unas botas altas enfundaban unas

calzas oscuras. Su porte era regio y su expresión, amenazante y fiera. Llevaba una barba larga y, sin embargo, no ocultaba unos rasgos bien cincelados, armoniosos, aunque contundentes. «Facciones patricias, ropajes moriscos, curiosa mezcla», pensé todavía embebida en el subyugante influjo de aquella ilustración. Abajo, un nombre: Jeireddín *Barbarroja*.

Pero aquel rostro no era árabe, ni su cabello parecía rojo, pues, aunque el grabado era en negro sobre pergamino, la intensidad del trazado no dejaba lugar a dudas sobre la profunda oscuridad de un tono azabache. Aquella imponente figura atrapó poderosamente mi atención, despertando mi curiosidad sobre aquel curioso personaje. Sin lugar a dudas, saber que había estado allí, en Oropesa, y que había sido la pesadilla de todo el Mediterráneo y la mano derecha del temible sultán turco Solimán el Magnífico lo convertía en una especie de leyenda fascinante. «¿Quién fuiste en realidad?», pensé fijando mis ojos en los definidos detalles de su rostro. Suspiré y me descubrí repasando con el índice la ilustración. Sacudí la cabeza aturdida y cerré el libro. Intrigada, comprobé que no tenía editorial ni ningún distintivo sobre su procedencia. Y, ante mi absoluta impavidez, descubrí el nombre de Luis Roig como autor de aquel volumen.

Decidí guardarlo para devolvérselo al día siguiente, y con esa intención me dirigí a mi puesto, pero en lugar de depositarlo en el cajón de mi escritorio, me encontré introduciéndolo en mi bolso. La intención de leerlo había surgido antes incluso de que yo misma fuera consciente de aquel deseo inesperado. Decidí no cuestionarme aquella súbita decisión y rendirme al aguijón de la curiosidad más inaudita.

Había llegado la hora de cerrar.

Recogí mis cosas, apagué las luces desde el panel de fusibles, bajé las persianas de las ventanas y salí cerrando con llave.

Enfilé la calle Goya hacia la plaza de España, donde tenía aparcado el coche, enfrente del bar Salva. Aunque solía ir a trabajar caminando, aquel día había quedado a cenar con mi gran amiga Julia en su villa a las afueras del pueblo, cerca de un espectacular mirador.

Sonreí pensando en la maravillosa velada que me esperaba mientras cruzaba la calle, sin ver el vehículo que se precipitaba sobre mí.

Sentí cómo mi cuerpo era catapultado por encima de un capó oscuro y rodaba desmadejado en el aire hasta caer con un golpe seco en el asfalto. Todo sucedió a cámara lenta, angustiosamente lenta. Incluso podría asegurar que oí el crujido de mis huesos quebrándose por el impacto y la calidez espesa de la sangre cubriendo mi piel como un paño mortuario.

Luego llegó la oscuridad, densa, pegajosa y terriblemente fría.

CAPÍTULO 2

TEJIENDO UNA VENGANZA

Villa de Oropesa, 6 de junio de 1536

Grité y grité con todas mis fuerzas al pie de aquel acantilado.

La rabia más demoledora restallaba en mis venas con la fiereza cortante de un látigo en mi piel. La ira, descontrolada y flamígera, ascendía a borbotones hasta mi cabeza, embotando mi juicio y centrando todo mi ser en un único pensamiento: «Venganza».

Sí, me dije, todos iban a pagar mi repudia pública.

Apreté con fuerza los puños y los dientes, y gruñí como un animal herido.

Poco después, y tras ese arrebató furibundo, mis rodillas cedieron, caí sobre la piedra caliza tachonada de matojos y me rendí a un llanto desconsolado.

Yo lo amaba, ¡amaba a Pere, me había entregado a él!, y el dulce sueño de convertirme en su esposa, despuntado con nuestros esponsales apenas dos años atrás, había muerto aquella noche con el anuncio de la ruptura de nuestro compromiso y la presentación en sociedad de su flamante prometida, aquella castellana sobria, de noble linaje y dulce talante, Blanca de Zúñiga.

Tragué saliva, que me supo tan amarga como el tónico de achicoria que mi tía solía prepararme para las dolencias estomacales, y liberé un roto sollozo

que viajó en la brisa nocturna, aunque no se llevó ni una minúscula porción de mi pena.

—¡Maldito seas por siempre, Pere! ¡Vas a pagar por esta infamia, lo harás, juro ante este cielo estrellado que lo harás, condenado traidor! —aullé a la noche.

En mis oídos aún crepitaban sus palabras, como el cascabeleo de una víbora a punto de lanzar su ataque. Aquella vil justificación picoteaba implacable en mi cabeza, acentuando mi llanto. Su enlace con la casa Zúñiga favorecía los intereses de su familia, reforzando además su posición de acercamiento al rey y ampliando sus dominios territoriales con las posesiones que adquiriría de mano de su futura esposa. Y que su padre, el señor de la villa de Oropesa, el ilustre Joan de Cervelló, lo había impelido a aquel «forzado sacrificio», muy a su pesar.

«¡Patrañas!», estallé ante el sangrante y tierno recuerdo. Si me hubiera querido lo suficiente, ni su padre ni el mismísimo Satán podrían habernos separado. No obstante, Pere, con fingido pesar en el semblante, en un oscuro rincón del patio de armas del castillo, me había implorado comprensión ante el nuevo destino impuesto. Que la noble castellana fuera, además, hermosa y de carácter sereno y sumiso era un aporte que, según él, no aliviaba su congoja.

Gruñí rabiosa y clavé las uñas en la sarga de mi falda ante la remembranza de aquel oprobio. Pues, tras el varapalo bajo la luz de la luna, tras arrastrarme herida hacia el salón principal para pedir a mi tía Leocadia regresar a casa, descubrí cómo aquellas palabras se perfilaban como burdas injurias al reparar en la mirada lujuriosa y ansiosa de Pere clavada en Blanca.

¡La deseaba!, y el muy perro, además, exhibía una ofensiva sonrisa complacida que se me había incrustado en el corazón como una flecha envenenada.

No obstante, aquel malnacido aún no conocía el carácter de una morisca ultrajada. Atravesé el salón y, delante de todos los gentilhombres y notables de la villa, le estampé un bofetón que resonó en los muros de aquel salón silenciando a los presentes.

Fui sacada en volandas por los guardias del castillo y lanzada con rudeza

sobre los duros adoquines de la entrada, seguida por los lamentos y los lloros de la buena de Leocadia.

No acepté su consuelo y corrí dolida sin rumbo, acuchillada por el desprecio y la burla de mis convecinos y por el contundente puñetazo del amor no correspondido.

A mi mente acudieron recuerdos de encuentros furtivos, de besos robados, de mi virginal entrega y de sus promesas rotas. Miradas, gestos, caricias... y las noches en vela soñando el día en que me convertiría en su esposa.

Gruesas lágrimas serpenteaban por mis mejillas y goteaban por mi barbilla, llevándose consigo cada instante vivido y dejando en su lugar un vacío desolador que oprimía mi pecho con un dolor pulsante.

En aquel instante, sumida en mi tormento, descubrí que no sólo no me había querido, sino que, además, mi condición de morisca, por muchos bienes que poseyera, había actuado en detrimento para el enlace.

A pesar de la conversión a la nueva fe, la renuncia no sólo a nuestra religión, sino también a costumbres y ropajes, el recelo hacia nuestra raza, por muy mezclada que estuviera con sangre castellana, despertaba suspicacias continuas. Y las murmuraciones contra nosotros crecían de manera alarmante. Ya hasta nos acusaban de ayudar a los piratas berberiscos, y, en especial, a Caramaní, a saquear nuestras costas a cambio de favores y oro. Mi tía siempre mascullaba que, más pronto que tarde, el rey acabaría por expulsar a los moriscos de sus dominios, y que debía estar preparada para buscar un hogar en otro sitio.

Y ahora eso anhelaba, escapar de allí, viajar muy lejos y olvidar que un día entregué mi corazón al peor pirata de todos, el que robaba, mentía y sacrificaba a quien tanto lo amaba.

Una imagen destelló en mi cabeza, el rostro de Blanca de Zúñiga, de sonrisa inocente y mirada tímida. Y el odio se sumó al dolor, y mis entrañas rugieron hambrientas de un pago justo. Iba a impedir esa boda, no sabía cómo, pero no me marcharía sin obtener las merecidas represalias.

Y, en aquella oscura noche, me pareció vislumbrar lejanos destellos dorados. Allá, frente a mí, en la negra silueta de los farallones que conformaban las islas Columbretes, titilaban varios puntos de luz.

Parecía una pequeña flota de bajeles que quizá aguardaban al amparo de la ensenada que ofrecían los islotes para pasar la noche, para proseguir travesía, o quizá...

Abrí con desmesura los ojos y entreabrí la boca para exhalar un gemido alarmado...

¿Y si se trataba de los piratas berberiscos?

A mi mente acudieron los comadreos temerosos de viejos marinos de la villa, explicando cómo los piratas solían cobijarse al amparo de la illa Grossa, la isla mayor del archipiélago, con forma de herradura, ideal refugio para emboscadas, y donde los rufianes del mar se pertrechaban para atacar al amanecer decididos a saquear y a capturar esclavos que vendían en el reino de Argel.

Reprimí un escalofrío al tiempo que una idea comenzaba a madurar en mi cabeza. Y sonreí malévolamente al preguntarme cuánto pagarían en Argel por una bella y virginal castellana de noble cuna.

Miré al horizonte, entornando los ojos y agudizando la vista. Ya no veía aquellos minúsculos puntos, ¿y si lo había imaginado?

Después de un instante, aparecieron de nuevo, pero se perdieron tras la negra silueta de un puntiagudo escollo rocoso. No, mis ojos no me engañaban, era una flota sin duda.

Miré hacia la torre del Rey. Allí estarían los vigías, y si veían aquellas luces darían la voz de alarma. Aguardé expectante, sintiendo un opresivo nudo en el estómago fruto de la lucha interna que zarandeaba la decisión de cometer aquella locura.

De repente, un pensamiento se inmiscuyó rotundo en mi mente, lanzándome otro desafío. Desde aquellos islotes bien podían atacar cualquiera de las villas que punteaban la costa, ¿y si se dirigían a Burriana, Xilxes o Vinaròs? Aquella incertidumbre fue el impulso que me lanzó a poner en práctica aquel descabellado plan, y que Dios se apiadara de mi alma... pero ¿cuál se haría cargo de mi destino: el dios impuesto o el renegado?

Me limpié las lágrimas con un gesto hosco y sorbí ruidosamente cualquier rastro de sollozo aletargado.

Apreté los puños y cerré los ojos para recordar todas las veces que

había sido despreciada por aquellos que convivían a mi alrededor. Yo era morisca, sí, pero hasta mi nombre había cambiado por integrarme en una sociedad que no era la mía, en un reino que no era el mío y en una familia que me había acogido tras la muerte de mi madre. Y nada había sido suficiente para ellos, quizá porque mi cabello era más oscuro, mis ojos más negros y mi piel más dorada, quizá porque me veían como enemiga encubierta, quizá por envidia, quizá por precaución. Tanto daba ya, mis ilusiones yacían a mis pies, tan en ruinas como mi corazón.

Ellos y sólo ellos me habían convertido en enemiga, y ahora así me sentía, morisca, hija de Alá, sierva del Corán y de sus enseñanzas, como los tripulantes de aquellos bajeles corsarios que tramaban ya un inminente ataque.

Y, tras desprenderme de todo vestigio cristiano, de todo yugo de sumisión y de la muchacha que me habían impedido ser, caminé hacia la alquería de los Llerán, mi residencia, esa que no me dejarían heredar por no poseer consanguineidad, esa donde moraban los verdaderos dueños, los verdaderos sobrinos de Leocadia, la viuda más rica de la villa. Herederos castellanos, más zafios, perezosos y lerdos que yo, pero castellanos. Sin embargo, sin esposo que gestionara mis posesiones, no tenía derecho a ellas, recordé con una mueca desdeñosa. Y esposo no tendría ya, ni quizá futuro en el que pensar si los corsarios asolaban la villa. Algo que ya no me preocupaba, ciertamente.

No tardé mucho en llenar una jarra de barro cocido con buen vino de mesa, ni en espolvorear el remedio de Leocadia para conciliar el sueño: jugo de adormidera. Me anudé el ánfora a la espalda y deshice mis pasos, rumbo a la torre.

Ascendí el sendero, esperando oír en cualquier momento el hueco sonido de los cuernos avisando del ataque, pero todo parecía en calma. El destino parecía favorecer mis pasos, una señal de que hacía lo correcto, pues si no deseaba que cumpliera mi venganza, oportunidades tenía para detenerme.

Pero ni la guardia rechazó mi vino ni nadie oteaba el horizonte con la atención debida. Tampoco sucedió nada que impidiera que yo descendiera el pedregoso sendero que llevaba a la costa y que agitara una antorcha en el borde. Tracé círculos hasta que la brea se consumió, y después me senté paciente, indiferente a mi destino pero deseosa de ofrecer el de mis vecinos.

El sueño me rindió, y no fue hasta que un tenue halo de luz incidió en mis párpados cuando desperté sobresaltada. Me refregué el rostro y me puse en pie para avistar el horizonte.

Lo que vi ante mí detuvo mi corazón en seco. No supe si de alborozo triunfal o de puro temor.

Una flota de veinte galeras surcaba el mar rumbo a la durmiente villa de Oropesa.

Apenas rompía el alba, agrisando la negrura de una noche esquiva ya, y en aquellas horas tempranas tuve el primer pensamiento lúcido de un día que se presentaba trágico: debía hacerles saber que yo era amiga.

Arranqué los bajos de mi saya y, con el madero de la antorcha, improvisé una bandera que comencé a agitar para atraer su atención sobre mí.

Mi segundo pensamiento lúcido fue que seguramente estaba a punto de ser atravesada por la flecha de una ballesta.

No obstante, continué tenaz, con la firme determinación de arrebatarse a Blanca a Pere. Y no por ocupar su lugar, ya no, sino tan sólo para escalear a aquel bellaco despiadado y vil aliviando mi despecho y resarciéndome de todos y cada uno de los agravios sufridos hasta entonces por mi condición.

En aquel momento, gobernada por el odio y el resentimiento más acerbos, no fui capaz de adivinar hasta qué terrible punto iba a cambiar mi destino.

Las galeras arribaron a aquel tramo de costa buscando puntos de desembarco, donde colocaron tablones para acceder a tierra.

Mi pulso se aceleró cuando descubrí una figura atemorizante e imponente al mando del timón. A aquella distancia, más cerca de lo aconsejable, no supe discernir si aquel hombre tenía puestos sus ojos en mí o en la torre situada más arriba de mi posición. Pero el efecto fue el mismo: mi piel se erizó, y un abrupto escalofrío recorrió mi espina dorsal como si reptara por ella una serpiente.

Tragué saliva y vacilé. Mis más primitivos instintos me gritaban que corriese lejos, pero permanecí inmóvil, aparentando fútilmente fingir una serenidad y una confianza que no sentía.

Los piratas llegaron hasta mí, y en sus sucios rostros de lastimosas dentaduras y aliento fétido vislumbré con angustiosa claridad un brillo

libidinoso que me hizo retroceder trastabillando hacia atrás.

Sentí cómo unos brazos nudosos, como ramas de árbol, se aferraban a mi cintura, y cómo una mano huesuda y mugrienta, como raíces retorcidas, ponía frente a mis ojos una aserrada daga que me inmovilizó de pavor. El filo descendió lentamente hacia mi garganta al tiempo que una voz seca y rasposa susurraba una amenaza que entendí a la perfección. Fue la primera vez que lamenté conservar mi lengua nativa, mamada de la reducida población morisca de la villa.

Tragué saliva ante el cumplimiento obsceno de violarme y cortarme en pedazos después para dar de comer a los peces, y me encomendé a ambos dioses, suplicando encontrar el modo de evitar tan cruel destino.

¡No, no podía morir, y menos por mi propia venganza! El miedo dio paso a la ira y ésta sacudió mi ingenio y azuzó mi lengua como la fusta de un hidalgo en el lomo de su corcel.

—¡Aparta tus sucias manos de mí, mentecato insolente! Soy tan infiel como vosotros y voy a ayudaros a cobraros un buen botín.

Aquellas palabras en árabe, matizadas con tono altivo y ofensivo, consiguieron al menos desconcertar a mi captor.

Pude sentirlo titubear, y aproveché para erguir mi postura y cuadrar hombros con el fin de conferir más aplomo a mi actitud firme y decidida.

—¡Déjame pactar con tu capitán, tengo información crucial para él!

Hasta mi posición llegaron tres hombres más, que me acorralaron armados con sus alfanjes con expresiones feroces y sonrisas pérfidas.

El pulso retumbó alocado en mi sien y, mientras me afanaba por mantener una actitud desafiante, un torrente de voz gutural y profunda llegó hasta la explanada de roca, deteniendo en seco a los hombres que me rodeaban.

La orden fue clara: «Esa presa es mía».

En ese instante supe que mi plan se tornaba en mi contra y que escapaba de un mal destino para enfrentarme a otro peor.

Los berberiscos se apartaron cuando su capitán llegó a mi altura y se pusieron tras él, expectantes y casi perversamente divertidos.

Cuando el dueño de aquella estentórea voz se aproximó, supe dos cosas sobre él: una, que no era el temible Barbarroja, pues su cabello era tan oscuro

como el mío, y dos, que no era turco, ya que sus ojos eran de un gris acerado, y su piel, aunque bronceada, denotaba un origen blanquinoso, además de unas facciones más finas y armoniosas, aunque de expresión dura.

Fuera quien fuese, amedrentaba. A buen seguro sería uno de los secuaces de Barbarroja.

Clavó su penetrante mirada en mí, y sofoqué un escalofrío.

—¿Quién demonios eres y qué puedes ofrecerme aparte de tu virtud y tu vida?

Su tono glacial y seco me golpeó como si me hubiera zarandeado.

—Ya os lo he ofrecido —respondí intentando no tartamudear—, me he encargado de la guardia, para que disfrutéis de un ataque por sorpresa.

La mirada plateada del hombre se entornó suspicaz, fijada en la silente torre del Rey.

—Los dormí con jugo de adormidera —expliqué, perdiendo mi tambaleante confianza en cada palabra pronunciada—, y lo hice para que robéis cuanto os plazca y os llevéis a una noble castellana de alta alcurnia y belleza sin igual por la que a buen seguro sacaréis un succulento beneficio: Blanca de Zúñiga.

El hombre alzó una de sus oscuras cejas al tiempo que dibujaba una sonrisa sardónica en sus labios. El brillo pendenciero de sus ojos me cortó el aliento. Luego abrió la boca y dejó escapar una burda risotada que compartieron sus hombres.

Los latidos de mi corazón se desbocaron presos del pánico. Un hilillo de sudor se deslizó sinuoso por mi nuca. Mis rodillas retemblaron y mi garganta se secó.

Comenzó a rodearme casi rozándose conmigo, clavándome aquella mirada amenazadora como lo haría un depredador con su presa. Estaba disfrutando de mi pavor, regocijándose en él, como preludio del festín que pensaba cobrarse.

—Déjame pensar cómo hacerte pagar que me hayas privado de parte de la diversión de saquear en medio de un pandemónium, rodeado de alarmas, gritos y terror.

Me puse rígida y, esta vez sí, el escalofrío me sacudió con violencia.

—Yo... yo pensé que... —balbuceé mortificada.

—La envidia o quizá la venganza te anularon el raciocinio, muchacha — prosiguió con aquel tono gutural y rasgado que sentí como un filo en mi piel—. Debes odiar mucho a esa castellana para exponerte así. Y no sólo a ella, porque acabas de condenar a todos los aldeanos. Nos dirigíamos a otro lugar, pero tus señales con la antorcha llamaron mi atención. Y, por supuesto, no pienso irme con las manos vacías ni la espada limpia.

Las comisuras de sus labios se estiraron en una mueca perversa que me secó la garganta.

—Has decidido participar en el asalto, pues que así sea. Nos guiarás y presenciaras cómo aniquilo tu bonita villa y cuanto conociste. Y, después, compartirás el mismo destino que la mujer de la que pretendes librarte.

Mis peores temores se hicieron realidad, y sentí como si una mano helada estrujara mi corazón, deteniendo mis latidos.

El capitán aferró mi brazo bruscamente y me impelió a ascender el angosto sendero abruptamente.

Me retorcí inútilmente presa del pánico, mientras mi mente pensaba a toda prisa en la manera de cambiar mi destino.

—¡Soltadme! —gruñí suplicante, entre jadeos—. ¡Os he ayudado, debéis dispensarme un trato de favor! Estáis en deuda conmigo.

Otra carcajada fue su respuesta, ésta más seca y cínica.

—Por cómo hablas, es fácil adivinar tu posición por muy morisca que seas. Vas a llevarme a tu alquería, o prenderé fuego a toda la villa.

—¡No! —repliqué angustiada—. Mi padre fue súbdito del sultán —mentí intentando ordenar las atropelladas ideas que surcaban mi mente como lanzas errantes en mitad de una batalla—. Tuvimos que fingir la conversión para poder servirle desde dentro, murió porque fue descubierto como informante de Solimán.

Las mentiras salieron de mi boca con tal fluidez y seguridad que hasta yo misma me vanaglorié de mi inventiva.

Un empujón me lanzó hacia la explanada de la torre, trastabillé y logré evitar caer agarrándome a los matorrales que punteaban el sendero.

—Subid a la torre y prendedle fuego, que no quede piedra sobre piedra, y que nadie salga vivo de ahí —ordenó él rotundo.

Dos piratas se volvieron rumbo a la torre esgrimiendo un gesto impaciente y sanguinario.

El capitán me miró de reojo antes de aferrar de nuevo mi magullado brazo y tirar de mí.

—¡Soy vuestra aliada, maldita sea! —exclamé retorciéndome rabiosa.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Abdul Wahib —respondí tragando saliva y sosteniendo su escrutadora mirada.

Pareció detenerse a cavilar un breve instante, antes de obligarme a proseguir el camino.

—Voy a advertirte de algo, muchacha, escucha con atención. Te voy a dar la oportunidad de retractarte, pues si todo lo que me has confesado es una sarta de patrañas, tu destino seguirá siendo ser vendida como esclava. En cambio, si insistes con esa historia, yo mismo te llevaré ante Solimán, y si descubro que me has mentido, disfrutaré rebanando tu cuello. Piensa bien antes de hablar.

Aquella proposición no me engañó, supe en aquel instante que, si confesaba mi argucia, me lo rebanaría allí mismo. Así pues, no vacilé y me apresuré a reafirmar mis palabras.

—No tengo nada que pensar, os hablo con la verdad. ¿Creéis acaso que si me sintiera cristiana y súbdita del rey os entregaría a mis convecinos?

El hombre deslizó su recelosa mirada por mi cuerpo, frunciendo el ceño y apretando el mentón.

—Luces buenas prendas, estás bien alimentada, y tus modales y tu lenguaje son de buena cuna. No te han tratado mal y, sin embargo, los odias, tu lealtad al sultán supera incluso la de Barbarroja. Eso, o tu inquina por la castellana es más grande que la torre que está a punto de arder. —Me guiñó un ojo con gesto socarrón y aceleró las zancadas—. Empiezo a sentir franca curiosidad.

Corrí unos pasos para adelantarme a él y atravesarme en su camino, a pesar de ser presa de su férrea mano.

El hombre se detuvo tan cerca de mí que tuve que hacer verdadero acopio de valor para encarar su dura mirada.

—No mates a los que me dieron cobijo, al resto no me importa —supliqué.

—¿Y qué puedes ofrecerme a cambio?

Que posara su penetrante mirada en mi boca me agitó inquieta.

—Un castillo —conseguí balbucear.

—¿Y qué te hace pensar que no puedo tomarlo por mi cuenta?

—Está bien pertrechado y fortificado —aduje pensando con rapidez—.

Dudo que dispongáis del tiempo necesario para organizar un asedio sin que las tropas del rey acudan en su auxilio. No, vuestros asaltos son fulminantes y sorprendivos.

Su sonrisa sempiterna se amplió y sus ojos refulgieron interesados.

—¿Y piensas usar de nuevo la adormidera? —se mofó.

—No, pienso ofrecerlos al rehén por el que os abrirán la puerta.

Alzó una ceja curioso y me contempló desconfiado.

—La única manera de saber si dices la verdad es enfrentándote a ella. Llévame a ese castillo, y aprisa, el fuego pronto los alarmará y no quiero perderme la fiesta.

CAPÍTULO 3

ENTRE FUEGO, SANGRE Y LÁGRIMAS

Fue fácil sacar a Pere del castillo.

Una simple nota diciendo que esperaba un hijo suyo fue suficiente para hacerle atravesar el muro exterior que lindaba con la villa y hacerle llegar a un recodo penumbroso a esas horas del amanecer.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando dos hombres se le abalanzaron y lo apresaron a punta de daga.

—Ahí tenéis a vuestro rehén, el hijo del señor de la villa.

—¡Perra traidora! —siseó Pere antes de ser amordazado.

Su mirada cargada de odio y de rabia me flageló durante un largo instante. No fui capaz de sostenerla, y al desviarla culpable, me topé con la mirada escudriñadora del capitán.

Una amplia sonrisa dio paso a la siguiente orden, vociferada con ardoroso entusiasmo:

—¡Que comience la diversión!

Y, acto seguido, un desordenado y bullicioso tropel de fieros corsarios berberiscos irrumpía por grupos en casas, caballerizas y almacenes, saqueando, matando e incendiando por doquier, como si una ola de fuego y sangre se alzara sobre la villa, sepultando bajo su furia las almas que sollozaban suplicantes antes de ser sacrificadas con implacable crueldad.

Apenas era capaz de contemplar semejante horror. Con los ojos desorbitados y el corazón encogido ante la magnitud de mi venganza, cubrí mi boca temblorosa y negué con la cabeza mientras gruesos lagrimones recorrían mis mejillas.

¡Aquello no podía estar pasando! Yo... yo..., no era eso lo que yo había perseguido. Tan sólo quería que robaran y se llevaran esclavos, no aquel marmágnum atroz donde la parca segaba vidas, como hacía unas semanas los jornaleros lo hacían con el trigo, a destajo.

—¡Nooo...! ¡No, no, no..., nooo...! —grité enfrentándome al capitán, que observaba con semblante complacido la matanza que se libraba a nuestro alrededor.

Quise suplicar, pero mi desesperación desató mi furia y comencé a golpearlo en el pecho cerrando los puños en un intento fatuo de derribarlo.

Le bastó una sola mano para atrapar mis muñecas y ceñirme a él rodeando mi cintura con su otro brazo.

Dejé escapar un gruñido frustrado y me revolví como una lagartija acorralada.

—Chis... Esto era lo que querías, muchacha, disfruta del espectáculo.

Y me giró abruptamente, apresando mis hombros para que contemplara aquella vil carnicería.

Caras conocidas sucumbían entre gritos y llantos al curvo acero de cimitarras y alfanjes. Tan sólo indultaban a los niños, que abrazaban los cuerpos sangrantes y exiguos de sus progenitores rotos por sollozos desconsolados, y a las mujeres jóvenes, a las que maniataban y arrastraban como si fueran fardos entre gritos desaforados de puro terror.

Aquellas gentes habían compartido buena parte de mi vida y no merecían aquel fin, por muchos desplantes recibidos. Y fue en aquel momento cuando comprendí que acababa de condenarme al peor de los infiernos. Que mi conciencia sería mi verdugo, a pesar de que en mi religión matar al infiel otorgaba la entrada al paraíso. Y también en aquel momento supe que, en mi conversión y comparecencia a las misas semanales, donde desde el púlpito se recordaban los mandatos del dios cristiano, éstos de algún modo habían calado en mí. Pues sentí despertar en mi corazón el temor al juicio final de su

dogma, donde me aguardaba el pago por mis pecados. Y las palabras del padre Anselmo fustigaron mis oídos con torturas más horrendas que las que presenciaba entre regueros de lágrimas arrepentidas.

Di un respingo cuando sentí en mi oído el roce de la boca del hombre.

—No hay traición más vil que la que recae en quien te ofreció techo, comida o paz —susurró destilando desprecio en su tono—. Éste es el resultado de tu resentimiento, de tu deslealtad y del negro corazón que late en tu ingrato pecho.

Me revolví de nuevo, lacerada por cada una de sus palabras, que supe tan ciertas como la sangre que caía sobre cada adoquín y se extendía por las juntas serpenteando calle abajo como una perezosa culebra escarlata.

—Ahora, voy a tomar este castillo. Tú decides la vida de este joven. La tuya la decidirá el sultán; mientras tanto, serás mi esclava.

Me enfrentó a Pere, que, de rodillas y amordazado, lloraba impotente el infame ajusticiamiento de su pueblo.

Cuando alzó la mirada hacia mí, la aversión más desgarradora me apuñaló de parte a parte.

—Quiero que viva —musité desolada.

—He de recordarte —añadió el capitán en tono tirante— que el enemigo que se deja con vida es un paso que te acerca a la muerte, pues no dudo de que no descansará hasta vengar tamaña traición.

En los ojos del hombre que tanto había amado vi con pavorosa certeza que así sería. Me dolía el corazón, el alma me pesaba y ya ni siquiera me importaba lo que fuera de mi cuerpo.

—Quiero que viva —repetí derrotada.

—Que así sea —espetó dirigiéndose a los dos hombres que lo custodiaban.

Llamó a otros dos que en aquel momento arrastraban a dos mujeres del pelo, y, tras manietarlas burdamente al tiempo que las golpeaban, acudieron prestos.

—Llevaos a la morisca a las bodegas de mi galera, junto al resto. Debo buscar a una tal Blanca de Zúñiga.

Un fornido rufián avanzó dispuesto a apresarme, pero el capitán me soltó

antes de que los brazos de su secuaz se cerraran en torno a mí, y entonces vi mi oportunidad.

Me deslicé veloz hacia un lado y comencé a correr calle abajo como alma que lleva el diablo. Oí un estentóreo rugido tras de mí y me encogí esperando que una mano apresara mi capa, evaporando así mi única oportunidad de escapar.

Sabía que en línea recta pronto me darían alcance, y que sólo tendría alguna posibilidad si lograba despistarlos doblando recodo tras recodo y serpenteando por las callejuelas hasta el sendero que atravesaba parte de los cultivos de arroz hasta llegar a mi alquería.

Alargué las zancadas y, aunque el aire me quemaba los pulmones, logré llegar abajo, a la plaza donde se bifurcaban cuatros senderos. Tomé el que conducía a mi hogar sin atrever a mirar atrás.

La alquería de los Llerán era la más alejada si tomaba el atajo por detrás del huerto de los Moncada y, además, los altos maizales me ocultarían a la vista. Tras un buen rato a la carrera, tuve la sensación de que nadie me seguía, y me sentía tan exhausta que me obligué a detenerme un instante apoyada en mis rodillas, jadeando y con ganas de vomitar. En efecto, nadie me seguía, pero hasta mí todavía llegaban los lamentos, los sollozos y los gritos aterrados. Un picante olor a humo y un intenso y desagradable hedor a carne quemada repuntaron en mi garganta, revolviendo el contenido de mi estómago. Me arqueé doblada por una violenta arcada y vomité las migas de la cena sobre mis pies.

Me refregué la boca con el antebrazo y tomé una profunda bocanada de aire para poder continuar. Debía llegar antes que los piratas, y sacarlos de la hacienda a tiempo.

Pensé en Leocadia, que, a pesar de nuestras continuas pullas y desacuerdos, era lo más parecido a una madre que había conocido. En mis «primos», hijos de otro hermano de Leocadia, un hombre que nunca conocí y que murió sirviendo al rey Carlos en las guerras contra los francos, mozos insolentes y zafios, pero soportables. Mi madre se había criado como hermana de Leocadia, pues había sido acogida en la alquería como sirvienta desde muy niña, y, tras ganarse el cariño de los Llerán a pesar de su origen morisco, fue

repudiada al enamorarse de otro infiel, Abdul, que había adoptado el nombre cristiano de Álvaro. Y aunque fue expulsada de la finca, regresó sola, desamparada y embarazada, suplicando que la dejaran quedarse hasta que yo naciera, pero murió en el parto y Leocadia no tuvo corazón para abandonarme. Ninguno de ellos merecía aquel fin, y menos por mi culpa.

De mi padre nunca supe nada, en verdad dijeron que se marchó para engordar las huestes turcas, pero nadie supo jamás nada de él.

Y ahora, allí, en mitad de aquel camino, la grotesca consecuencia de mis actos me fustigó implacable, zarandeando no sólo mi cuerpo, sino también mi espíritu, que buscó dentro de sí la entereza suficiente para alejar el insidioso malestar y correr como una liebre entre la maleza.

Apreté los dientes y aceleré las zancadas, saltando entre peñascos y sorteando la retama que obstaculizaba mi avance.

La urgencia se amalgamó con el pavor más prístino, e, ignorando cómo mi corazón galopaba exhausto en mi pecho, cómo mis músculos temblaban doloridos y cómo mis nervios alfileteaban cada fibra de mi ser, logré alcanzar el camino de entrada a la alquería entre los arrozales.

Un sol, aún somnoliento, derramaba su dorado sopor sobre la superficie del agua por donde asomaban los crecidos tallos del arroz, bruñéndola. Una suave brisa matinal los mecía como si una mano invisible los peinara caprichosamente.

Aquella familiar estampa terminó de hundir más en mi pecho el puñal de la traición que yo misma había desenvainado.

Atravesé el portalón que daba al patio como una centella y me precipité a zarandear la delgada sogá que sacudía la campana con la que el capataz interrumpía los descansos de los jornaleros.

Impelida por el apremio, solté la cuerda y me adentré en la casona rumbo a la escalera que llevaba a las habitaciones.

Jadeante, irrumpí en el cuarto de Leocadia, que ante el portazo se incorporó del lecho como un resorte. Sobresaltada, me miró impávida con la mano posada en el pecho, intentando aliviar aquel abrupto despertar.

—¿Qué... qué diantres sucede, Isabet?

—¡Aprisa, hemos de salir de la hacienda y escondernos, vienen los

piratas!

Mi tono apremiante y mi descompuesta expresión fueron más eficaces que mis palabras, pues el beatífico rostro de la mujer se tornó lívido, y en sus ojos relampagueó un brillo alarmado al tiempo que dejaba escapar de sus labios un gemido estrangulado y temeroso.

—¡Los muchachos!

Se puso en pie con una agilidad desacostumbrada y salió del cuarto como una exhalación.

Leocadia comenzó a vociferar en el pasillo, y pronto, Juan, Diego y Rafael abrieron sus puertas con expresiones somnolientas y confundidas.

—¡Barbarroja! —exclamó la mujer por toda explicación.

Y ellos, sin más dilación, corrieron despavoridos escaleras abajo.

Leocadia regresó a su cuarto y yo la seguí con la única intención de sacarla de allí sin pérdida de tiempo. Le encontré tendida en el piso, bajo la cama, trasteando con uno de los tablones del suelo.

—¡No hay tiempo que perder! —urgí angustiada.

Corrí a la ventana que daba a la parte principal de la alquería con el corazón en un puño. Todo parecía tranquilo, lo que no alivió mi angustia.

—¿Qué demonios haces, mujer?

Leocadia emergió de debajo de su lecho arrastrando un cofre.

—No pienso permitir que ese condenado pirata esquilme mi fortuna.

La ayudé a ponerse en pie y, entre las dos, alzamos el pesado cofre rumbo a la escalera.

En el exterior, los muchachos despertaban a los sirvientes entre gritos alarmados, y varios de ellos ya corrían rumbo a la salida como si los persiguiera el diablo.

Ya atravesábamos la puerta de la casona en dirección al patio cuando el relincho de varios caballos nos hizo clavar la vista en el arco de entrada de la finca.

Lo que allí vi me cortó la respiración.

Eran cinco jinetes. Uno de ellos, de penetrantes ojos grises, paseó su dura mirada por el patio mientras desenfundaba la espada. En otra montura, la familiar figura de Pere, maniatado delante de uno de esos desalmados, explicó

cómo habían llegado a la alquería tan rápido.

Maldije para mis adentros y pensé con rapidez. Nuestra única posibilidad era correr hacia el sótano que había en el cobertizo, tras la casona.

Solté el cofre, obligando a Leocadia a hacer lo mismo, y ya la cogía de la mano para tirar de ella hacia el interior cuando un grito agudo me sobresaltó. Procedía de mi tía, que, con ojos llorosos y rictus congestionado por el terror, contemplaba la escena que se desarrollaba en el patio.

Dos berberiscos, armados con alfanjes, descargaban el curvo y afilado filo de sus aceros sobre Juan y Diego, que se enfrentaban a ellos con unas guadañas de labranza mientras alentaban al pequeño Rafael a escapar.

No tuvieron ninguna oportunidad.

Sus cuerpos sangrantes se desplomaron como fardos de trigo. Juan cayó inerte, pero Diego todavía se movía, aunque en violentos espasmos que pronto concluirían, a tenor de la gran herida abierta que segaba su cabeza.

Desde donde estábamos se podía apreciar cómo del interior de su cráneo brotaban unos espesos goterones junto con pedacitos de una materia más densa y rosada. Contuve una arcada al reparar en que eran sus sesos los que perlaban su rostro.

Leocadia, temblorosa, se postró de rodillas en actitud derrotada e inclinó la cabeza sumida en desconsolados sollozos.

Y, aunque la pena y el horror, junto con la culpa, me aplastaban, y el llanto abrasaba mis ojos emborronando mi visión, sofoqué la rabia y el dolor mordiendo el lateral de mi puño y gruñendo como una alimaña.

Rota, pero movida por una desbordada furia, aferré el brazo de mi tía y la arrastré al interior, rumbo a las cocinas.

Recé para que al menos Rafael lograra salvar su vida.

Oí muy cerca los atronadores cascos de las monturas, mientras escalofriantes lamentos y los gritos pidiendo ayuda se sucedían rompiendo la acostumbrada serenidad del alba, ya teñida de rojo.

Llegamos a la puerta trasera, la abrí y miré a ambos lados rogando que aquellos salvajes no nos interceptaran. Era un trecho corto, pero arriesgado.

Corrí tirando de mi tía, que se dejaba llevar como una floja muñeca de trapo. Alcancé el cobertizo sin que nadie nos detuviera. Estaba atestado de

aperos de labranza, maderos para reparar la valla, grandes tinajas, herramientas diversas y fardos de cañizo bien atado para reparar el tejado. La compuerta de madera se abría al fondo de la construcción, y, sin perder un instante, fui hacia ella, la abrí y alenté a Leocadia a bajar la escalera hacia el sótano, que usábamos como despensa.

—Todo irá bien, aquí no nos encontrarán.

Ella me miró sin ver, tuve que empujarla prácticamente hasta el hueco. No obstante, cuando llegó allí, se quedó rígida e inmóvil. Comenzó a agitar la cabeza en una negación repetitiva, su boca se abría y se cerraba trémula, su mirada permanecía perdida. Aquel gesto ausente me provocó escalofríos. Sin duda, la impresión la había trastornado hasta hacerle perder el juicio momentáneamente.

La aferré por los hombros y la sacudí con fuerza.

—¡Tía, maldición, tienes que bajar al sótano!

Ella seguía negando, y la impotencia se sumó a aquel tropel de emociones que ya me desgarraban con la fuerza de un tifón.

Gruñí furiosa y calibré ceñuda, mirando la oscura oquedad, la posibilidad de empujarla sin que se partiera la crisma.

—Por favor, te lo ruego, debes salvarte —supliqué llorosa—, tienes que...

—¡Sal de tu guarida, condenada morisca del infierno, o incendiare cada palmo de terreno!

Aquella voz...

Cerré los ojos un instante, resignada y extenuada. Dejé escapar un profundo suspiro y asentí para mí en un abatido gesto de rendición.

Me acerqué a Leocadia y la abracé con fuerza, sepultando mi lloroso rostro en su hombro. Amargos sollozos se acumulaban lacerantes en mi garganta, pero logré contenerlos. Ya habría tiempo de liberar mi tormento.

Susurré un sentido perdón en su oído y la senté en una esquina. No me miró; probablemente ni siquiera retendría mi despedida. Continuaba perdida en su mundo, en esa burbuja donde su mente debía de haberse encerrado para alejar el dolor.

La miré por última vez. Parecía más anciana, toda esa vitalidad gruñona, esa mirada decidida y sagaz se habían esfumado, dejando en su lugar a una

mujer frágil, trémula, opacada y ausente.

El corazón me dolió doblemente, pues si lograba salir de aquel letargo protector, la realidad la golpearía con mayor dureza. Y más cuando supiera quién había sido la verdadera culpable de aquella atroz tragedia.

Depositó un beso en su frente y, tras limpiarme las lágrimas, cubrió aquel rincón con los fardos de cañizo para ocultar su presencia.

Salí del cobertizo y rodeé la casona para enfrentar mi destino.

Ver el patio cubierto de cadáveres, la sangre esparcida tan impunemente y la algarabía de los corsarios que ya saqueaban la propiedad revolvió mi estómago, pero de puro odio.

Comencé a buscar el cuerpo de Rafael deseando no hallarlo. Fue lo único que me fue concedido.

Un corcel trotó hasta mí y se detuvo con un irritante relincho ante la brusca sacudida de las riendas del jinete que lo gobernaba. El maldito capitán me contemplaba desde lo alto de su montura con una expresión furiosa en el semblante.

—Cada cosa que haces empeora la situación. No había visto una venganza tan rápida en toda mi vida. Aunque ya te lo advertí: si me hubieras dejado matarlo, quizá tu familia seguiría con vida. Esta alquería está en las afueras, dudo que me hubiera adentrado tanto para saquearla.

Dirigió una mirada a Pere, que continuaba sobre el caballo, contemplándome con el mismo odio con el que yo observaba al capitán.

—Pero ahora tú puedes cobrarte la tuya —espetó entornando la mirada escrutador—. Es fácil adivinar que fue el despecho el que movió tus hilos. Y que éste es el hombre que antes adorabas, o quizá aún, y que la mujer de la que quieres librarte, por ende hermosa y castellana, suplantó tu lugar en su corazón. ¿Erro en mi suposición?

No respondí, sino que tan sólo me limité a mirarlo mientras me centraba en imaginar todas las formas horribles con las que me gustaría matarlo.

—Veo que no. Así pues, morisca despechada...

—Isabet —proferí en un exabrupto furioso.

El hombre enarcó una ceja con gesto asombrado. No obstante, una sonrisa extraña curvó sus labios.

—Isabet —repitió, y, en su boca, mi nombre sonó tosco y sucio—, tienes más carácter y valor que muchos hombres de mi tripulación. Pocos se atreven a alzarme la voz, y menos aún a mostrarse altaneros cuando sus vidas dependen de mi humor. Sin embargo, mi admiración no supera al desprecio que siento por los traidores, y tú lo eres. Aun así, te doy la oportunidad de tomar represalias contra tu antiguo prometido. Dime dónde está la alquería de Blanca de Zúñiga, no tengo más tiempo que perder, partiremos sin dilación.

—No.

—¿No? —Alzó ambas cejas con genuino asombro y, al cabo, compuso un intrigado ceño—. ¿Ya no la odias? —agregó desconcertado.

—Ni la mitad de lo que te odio a ti.

Sonrió complacido, como si mi encono fuera motivo de orgullo para él.

—Vaya, hasta los modales has perdido. Bien, la encontraré de todos modos.

Bajó del caballo con elegante parsimonia y, sin abandonar la sonrisa, se acercó a mí y me abofeteó con tanta fuerza que caí al suelo con la mejilla ardiente y el corazón moribundo.

—¡Apresadla!

Fui amordazada, subida a una montura como un vulgar fardo y llevada hasta la costa, donde las galeras aguardaban el botín mecidas por la suave marea de la mañana.

Junto con un nutrido grupo de mujeres, entre lamentos, llantos e inútiles plegarias a un dios que las había abandonado, me encerraron en las bodegas del navío.

Allí, en Oropesa, moraba entre los muertos la mujer que ya nunca sería, ni para mí misma, Isabet Llerán, la morisca que todos recordarían con desprecio, la traidora. Allí, en aquella oscura y húmeda bodega, nació una nueva mujer con un único objetivo: sobrevivir y vengar aquel día, y quizá, sólo quizá, lograr redimirme. Eso si lograba vencer la culpa que me atenazaba tan cruelmente.

* * *

Las largas palas de la galera chapoteaban al sumergirse en la plácida superficie de un mar turquesa, impulsando la nave hacia un destino ignoto y lejano. A Oriente, a un mundo nuevo y aterrador, al pago a mis pecados.

Delgados filamentos solares se filtraban por los maderos del techo, iluminando apenas aquel reducto infecto. Las mujeres se habían apiñado en un extremo abrazándose entre sí, buscando calor y consuelo. Todas dimos un respingo cuando el mamparo superior se abrió de golpe y un cuerpo maltrecho cayó por él.

Sólo yo me acerqué a la mujer que gemía dolorida por el porrazo. Sus ropas estaban desgarradas, mostrando parte de sus pechos y sus piernas. El alabastro de su piel destacó en la penumbra, también su dorado cabello, ahora alborotado y sucio. Cuando me miró con sus grandes y atormentados ojos azules, contuve un sollozo. Había sido golpeada, y los moretones y las magulladuras inflamaban sus finos rasgos. Tomó mi mano entre las suyas y comenzó a llorar.

No pude más que abrazarla y llorar con ella.

Blanca de Zúñiga derramó en mí su pena, sin saber que yo la había provocado.

Y en aquel abrazo, en aquel instante, me hice una promesa: cuidaría de ella, no por rescatar mi alma, que ya no tendría absolución alguna, sino por mitigar algo la culpa que carcomía ya mis entrañas y roía mi alma.

El mamparo se abrió de nuevo, y supe que era mi turno.

CAPÍTULO 4

UN NUEVO DESPERTAR

Hospital de Castellón, mayo de 2018

El regular pitido de la máquina de constantes vitales, el inconfundible olor a alcohol y la incómoda cama sobre la que reposaba fueron suficientes pistas para esclarecer mi paradero.

Visualizar en mi mente escenas sueltas, que fueron uniéndose hasta recordarme incluso cómo había volado por encima de aquel coche, terminó de confirmar mi sospecha. Abrí los ojos para ratificar que, en efecto, estaba en el hospital, presumiblemente, el de Castellón.

Parpadeé repetidas veces para aclarar mi borrosa visión y miré a mi alrededor. Lo primero que descubrí fue que era de noche; lo segundo, que no estaba sola, y lo tercero, que no sentía las piernas.

Intenté mover los dedos de los pies y, para mi completo alivio, lo conseguí, pero algo impedía que las piernas me obedecieran. Quizá mis músculos estaban debilitados..., porque, ¿cuánto tiempo llevaba allí?

Unos difusos cercos negruzcos rodeaban mi visión, cerrándola progresivamente. Luché contra el pesado sopor, pero de manera gradual mi entorno comenzó a desdibujarse. Estaba demasiado débil para poder mantener los ojos abiertos y me rendí de nuevo...

* * *

Cuando volví a abrirlos, la luz era diferente.

Intenté apartar la molesta neblina que se empeñaba en emborronarme la vista y ladeé el cuello hacia los rítmicos pitidos que emergían de los monitores que me rodeaban. De mi cuerpo salían cables diversos y estaba sondada. Alcé con gran esfuerzo el brazo y apenas si logré levantarlo unos centímetros. Respiré profundamente y me pregunté por qué estaba sola.

Estaba en un hospital, pero la habitación no era común y corriente. Era más bien un habitáculo compartimentado por paneles. A mi derecha había un gran ventanal con cortinas, en ese momento descorridas, por donde un sol cobrizo otorgaba al ambiente un toque cálido que suavizaba la frialdad de la estancia.

A pesar de encontrarme embotada y bastante aturdida, necesitaba respuestas. El sopor seguía ahí, latente y posesivo, pero mi determinación por combatirlo se había redoblado.

Intenté alzar la cabeza, y ese simple gesto me resultó agotador y frustrante. Gruñí impotente y el monitor de la frecuencia cardíaca aumentó su ritmo. Un pitido largo y alarmista quebró la monótona y regular melodía del resto de los sonidos que ya conocía.

Casi de inmediato, la puerta se abrió y dos enfermeras se abalanzaron sobre mí con semblantes gratamente asombrados.

Abrí la boca, pero la voz no me salió, y mis labios pronunciaron palabras inaudibles.

Una de las enfermeras se inclinó sobre mí esgrimiendo una dulce sonrisa y, cogiéndome la mano, intentó tranquilizarme.

—No fuerces la voz, tendrás la garganta reseca. Llevas mucho tiempo sin articular palabra. Poco a poco.

Quise preguntar cuánto, pero, en efecto, mis cuerdas vocales se negaban a trabajar. Suspiré hondamente y asentí, dejando que revisaran todos los cables que me conectaban a aquellas ruidosas máquinas.

—Dentro de un momento el doctor Muñoz acudirá para explorarte. Le

alegrará ver que por fin has salido del coma, estás ingresada en la UCI. También avisaremos a las dos personas que han venido a visitarte cada día, tus primos.

Alcé las cejas sorprendida: no tenía primos. Aunque pude imaginar que uno de mis pseudoprimos era Julia.

—De momento, cierra los ojos, seguro que estás algo mareada.

Lo estaba, pero también ávida de información.

Mientras las enfermeras comprobaban mi estado y apuntaban sus impresiones en su informe, pensé en aquel día de nuevo. Sentí un escalofrío al revivir el atropello.

Todo había sido muy rápido y muy lento a la vez. Y, de algún modo extraño, había quedado grabado en mi memoria vestido con detalles curiosos: el sonido de un claxon, el chirrido de una silla roja de plástico de la terraza del bar al desplazarse bruscamente, el ladrido de un perro, el grito de una mujer. El color marrón rojizo de la fachada del establecimiento, el penetrante aroma del café, y hasta la pizarra ofertando un menú variado de cuatro primeros y cuatro segundos a elegir por diez euros. También una moto negra, una Harley, estacionada junto a la terraza, además de un número flotante, el 1111, que vagaba luminoso chocando indolente en los confines de mi memoria, en una oscuridad densa que lo resaltaba. Todos ellos eran datos precisos que mi mente había retenido sin ninguna razón aparente, uniéndolos a una vivencia dramática, una clara señal de que ésta atrapa detalles que a menudo son inapreciables en nuestra conciencia más inmediata pero que quedan grabados en el subconsciente, quizá almacenados por si son necesarios en algún momento. Y en aquel instante me cuestioné el motivo por el cual mi mente ahora me los mostraba. ¿Serían importantes?

Al cabo, apareció un hombre joven, de expresión amable y mirada dúctil, con una nivea bata blanca y un estetoscopio colgado al cuello como si luciera un glamuroso fular.

Alargó una mano hacia mi hombro y lo presionó en un gesto que pretendió ser reconfortante y tranquilizador.

—Bienvenida de nuevo al mundo, Elisa. Soy el doctor Simón Muñoz. Debo hacerte una exploración neurológica para comprobar tus reflejos y tus

reacciones ante los estímulos y luego te pondré al día sobre tu diagnóstico y los procedimientos efectuados. —Me regaló una sonrisa profesional, aunque cálida, y yo simplemente asentí.

»Bien, empecemos, primero deberás seguir la luz.

Recordé la mítica frase de una famosa película de mi niñez pronunciada por la médium de *Poltergeist*: «Caroline, ve hacia la luz», y sonreí tibia. Al menos eso sí supe hacerlo.

Extrajo una pequeña linterna del bolsillo de su bata, la encendió y la acercó a mis pupilas. La movió de izquierda a derecha, de arriba abajo, la acercó y la alejó.

—Perfecto. Ahora enséñame los dientes, necesito ver cómo responden los músculos faciales.

Se los mostré en una mueca caricaturesca y él asintió complacido. Después comenzó a palpar mi rostro, presionando en algunos puntos.

—¿Sientes mis dedos?

Asentí.

A continuación, sacó de su otro bolsillo un martillo de reflejos y, destapando mis piernas, me flexionó las rodillas y las golpeó con el extremo de goma. Ambas respondieron al estímulo como se esperaba, para mi completo alivio.

Luego dirigió la vista a la enfermera que aguardaba expectante junto a nosotros y recitó en tono mecánico su diagnóstico:

—Exploración neurológica normal: pupilas isocóricas y normorreactivas, pares craneales normales. No hay pérdida de fuerza ni de reflejos. Cuando pueda ponerse en pie se le hará el Romberg. Vamos con la exploración cognitiva.

La enfermera tomó nota de cada palabra con semblante pétreo.

—¿Puedes hablar, Elisa?

—Me temo que no, doctor —respondió la estirada enfermera—, tiene la garganta reseca y quizá inflamada.

—Abre la boca, y di «Ah».

Obedecí y, con la linterna, me exploró.

—Traigan un vaso de agua, por favor.

Una de las enfermeras se apresuró a cumplir la orden como una centella, entregando al doctor un vaso de plástico con agua.

Incorporaron ligeramente mi cama con un mando que colgaba del tubo fluorescente que había sobre mí y el médico me acercó el vaso los labios.

—Bebe muy despacio, Elisa.

Sentí cada trago como aterciopeladas caricias en mi garganta. Creo que nunca me había sabido tan delicioso un vaso de agua. El frescor alivió la aspereza que latía molesta y carraspeé suavemente.

Me terminé el contenido a tragos cortos y le entregué el vaso a la enfermera.

—¿Puedes decirme tu nombre completo?

—E... li... sa Bel... trán.

Mi voz sonó rasposa y quebradiza, pero sonó.

El médico sonrió y continuó con las preguntas.

Tras responder de manera entrecortada a mi fecha de nacimiento, profesión y otros datos sobre mí, él asintió de nuevo complacido.

—¿Recuerdas el accidente?

—Sí, per... fec... tamente.

Volvía a carraspear y miré ávida el vaso vacío.

—Iremos introduciendo líquidos de manera paulatina, y alimentos. Después retiraremos el suero fisiológico y la sonda vesical para control de la diuresis. De momento has de conformarte con ese vaso de agua. Tu estómago puede rechazarlo, lleva mucho tiempo sin trabajar.

—¿Cuánto...?

Tras un largo suspiro y una mirada condescendiente, cogió el informe de la enfermera y comenzó a leer.

—Fuiste víctima de un atropello, la policía tiene abierto el caso porque el conductor se dio a la fuga. Pero los datos te los facilitarán ellos. A mí sólo me concierne el estado crítico en el que llegaste. Te trajeron a urgencias con fractura craneal, fractura de la tercera costilla izquierda, que, por desgracia, te provocó un neumotórax, y fractura abierta en la diáfisis femoral izquierda. Hace un mes te retiramos la escayola y el hueso, y los tejidos sanan adecuadamente. Entraste en coma mientras eras intervenida en quirófano.

Llevas tres meses así, y te esperan otros tres de rehabilitación intensiva para recuperar tono muscular y, naturalmente, la movilidad de la pierna intervenida. Llevas un clavo, eso, y dos cicatrices: una en el muslo y otra en el costado; tuvimos que drenarte el pulmón perforado. Aunque lo que más nos preocupaba era el cráneo. Hasta que despertaras no podíamos saber el grado de afectación de la lesión. Pero veo que no hay secuelas aparentes, y, tras las pruebas y los escáneres que presupongo y espero favorables, podremos decir que has tenido suerte.

Permanecí en silencio un largo instante, asimilando toda aquella información. Podría haber muerto; en realidad, había estado muerta, sumida en una profunda oscuridad, aletargada y debatiéndome entre ambos mundos. Sentí vértigo y unas repentinas náuseas agitaron mi vacío estómago.

Tres largos meses de mi vida sumidos en la negrura, en aquella batalla silente e invisible que mi cuerpo había librado por su cuenta mientras mi mente se agazapaba en un rincón de mi alma, esperando poder volver, o quizá apagarse para siempre.

—Debes de estar agotada, por hoy te dejo descansar —concluyó palmeando el informe—. Mañana pasaré a verte, voy a mandarte las pruebas pertinentes. Te traerán una silla de ruedas para que salgas cuanto antes de esa cama, después un andador, y en pocos días quiero verte recorriendo estos pasillos por ti misma.

—Gracias por... to... do, doctor Muñoz.

—Esto es lo más gratificante de mi trabajo: ver la evolución y la mejora de mis pacientes y firmar altas. Recibir, además, gratitud es todo un plus.

Sonreí cuando abarcó mi mano y la presionó cariñoso. Tras un cordial gesto de despedida, salió de la habitación con su bata blanca ondeando tras él, como si fuera la capa de un superhéroe, y, en efecto, lo era. Los buenos médicos salvaban a la gente con su pasión, conocimientos, dedicación y esfuerzo. La vocación en cualquier profesión lo era todo, y resultaba patente que aquel hombre la sentía.

Respiré profundamente y cerré los ojos.

Las palabras del doctor Muñoz se repitieron en mi cabeza, en una suerte de letanía silenciosa que se incorporaba a mis registros mentales más inmediatos.

Un nuevo dato que agrió la boca de mi estómago refulgió por encima del resto: el conductor se había dado a la fuga... «¡Maldito cabrón!», me dije mientras aquel ya familiar sopor volvía a tirar de mí.

Esta vez, no opuse resistencia.

* * *

En apenas tres días, y tras los óptimos resultados de mis pruebas, me pasaron a planta. Por suerte para mí, la habitación era individual, y a mi lado dormitaba «mi prima». Sonreí ante el ingenio de mi querida Julia, mi gran amiga, mi única familia, mi confidente y mi compañera de fatigas. Sólo permitían la visita de dos familiares a la UCI, y durante muy corto espacio de tiempo, además. Y ella no se había arriesgado a que la rechazaran sólo por no compartir parentesco conmigo. Todavía no había tenido ocasión de interrogarla respecto del segundo primo, principalmente porque, entre mis continuas duermevelas y mis traslados a diagnósticos, apenas había podido verla ni cruzar palabra.

Aquella tarde, recién instalada en planta, ya había comenzado la dura rehabilitación. Las malditas paralelas me habían dejado exhausta, tanto que apenas probé la cena y me dormí en cuanto me tumbé en la cama, dejando caer las muletas al suelo.

Tan sólo la luz anaranjada de emergencia situada sobre la puerta iluminaba tenuemente la estancia, lo suficiente para poder apreciar la silueta de Julia acurrucada incómoda en el sillón. Tenía la firme determinación de impedirle quedarse conmigo; no tenía ningún sentido que se quedara si no estaba sondada. Lo habría hecho, de saber que se quedaría, pero había llegado cuando yo ya dormía. No obstante, sonreí sintiendo su cercanía y, aunque roncaba como un elefante de la sabana, me sentí feliz de tenerla a mi lado.

De repente, me invadió el irrefrenable impulso de abrazarla, de oírla y de sentir su contacto. Yo no era una persona cariñosa ni buscaba el calor de la gente mediante gestos físicos, al contrario. Sin embargo, esos días confusos de pruebas, de sentirme más una marioneta que una persona, de reprimir inusitados accesos de llanto o de estrangular la angustia que todavía moraba

en mi cuerpo por el trauma vivido me descubrieron la necesidad que sentía de volver a ser la de antes, de recuperar parte de la mujer que fui, y Julia era mi enlace directo con aquella Elisa de antes del accidente.

—Julia —musité suavemente.

CAPÍTULO 5

MI OTRO PRIMO

—Pssst..., Julia —repetí alzando la voz.

Ella cambió la posición, pero continuó bufando inmersa en su sueño.

Sacudí su mano con la mía, y el rítmico ronquido se cortó de golpe en favor de un gruñido quejicoso.

Entreabrió somnolienta los ojos y bostezó largamente. Cuando enfocó la vista y la deslizó hacia mí, su mirada se agrandó impávida y de sus labios escapó un gemido sorpresivo.

—¡Santa Virgen de la Paciencia! —exclamó poniéndose en pie e inclinándose emocionada sobre mí.

Atinó a encender el tubo fluorescente situado encima de mi cama y me observó preocupada.

—Tú y tus vírgenes —musité con sorna.

Julia me sonrió entre lágrimas y se abrazó a mí con fuerza.

—Si sigues apretándome así, ni tus vírgenes podrán salvarme.

Se apartó de mí mirándome ceñuda, pero al cabo soltó una sonora carcajada.

—Estar al borde de la muerte no ha suavizado tu carácter, trasto.

Sonreí divertida ante la mención de mi apodo particular. Así me llamaba ella cuando la hacía objeto de mis bromas. Julia era la única persona en el

mundo con la que liberaba mi humor más socarrón y travieso, una faceta que sólo le mostraba a ella. Al resto les dedicaba un humor más incisivo y afilado.

—Tranquila, ni la muerte me quiere —proferí sardónica.

—No te atrevas a bromear con eso o volveré a abrazarte.

Esta vez fui yo la que rio y abrió los brazos para recibirla de nuevo.

Julia se cobijó en mi pecho y, como siempre sucedía, quizá porque era más pequeña que yo, quizá porque yo sentía un irrefrenable sentimiento protector hacia ella, terminé siendo yo quien acabó acunándola y ofreciéndole consuelo.

Sentí cómo sus lágrimas mojaban mi camisión de hospital, y acaricié su corto cabello con mechas susurrándole que todo estaba bien. Ella se desahogó hasta liberar todo el miedo y la preocupación sentida por mí.

—Chis, mi niña, he regresado, y pienso dar mucha guerra —aseguré alzándole la barbilla y mirándola con gesto tranquilizador.

—Te llevo trece años, pero me encanta que me llames así —replicó sorbiendo sonoramente por la nariz.

Intenté incorporarme, pero mis fuerzas no acompañaron la intención.

Gruñí frustrada, y Julia cogió un mando que había sobre la mesilla, a mi izquierda, y me lo entregó.

—Gradúa la posición en la que te sientas más cómoda, no seas bruta.

Miré el artefacto como si hubiera caído del espacio exterior, hasta que mis neuronas comprendieron el básico manejo. Puse los ojos en blanco y resoplé reprendiéndome mentalmente por mi torpeza inicial. Presioné la flechita superior y la cama comenzó a incorporarse poco a poco. Cuando adopté la posición deseada, me incliné ligeramente para depositarlo en la mesilla. Reparé en un espejo de bolso redondo y abierto sobre la superficie, y lo cogí para mirarme.

Había perdido peso, estaba tan pálida como aquellas ásperas y rígidas sábanas de hospital, y unos cercos oscuros rodeaban mis ojos, que parecían más grandes dado que mis mejillas habían menguado notablemente.

—¡Dios santo, qué mal me sienta el blanco, creí que era un color de morenas! —bromeé resoplando ceñuda.

—Desde luego, no ha vuelto otra en tu lugar ocupando tu cuerpo —murmuró jocosa.

—¿Quién iba a querer ocupar este desastre? ¿Me has visto? Si parezco la niña de *The Ring*.

Julia soltó una abrupta carcajada. Luego, casi en el acto, se tapó la boca y encogió los hombros, mirando expectante hacia la puerta.

—Como nos haya oído Miss Simpatía, es capaz de echarme.

—¿Miss Simpatía? —inquirí divertida.

—Sí, esa arpía vestida de blanco que se hace pasar por humana, la jefa de enfermeras.

Sofiqué una carcajada. Sabía a quién se refería.

—Si atraviesa esa puerta voy a desear regresar a mi pozo —murmuré risueña.

—Pues me obligarás a sacarte de él, Samara Morgan —afirmó con firmeza.

Ambas reímos todo lo silenciosamente que pudimos.

—Veo que te impactó la peli —mascullé masajeando el cosquilleo que burbujeaba en mis mejillas, fruto de la contención.

—Tanto que no veo el momento de cortarte el pelo.

No pude más. Reí hasta que mi garganta se quejó dolorida. Comencé a toser y Julia me acercó un vaso de agua.

Bebí con ganas, lo que provocó que me atragantara. Tosí varias veces hasta que me mareé y me recliné sobre la almohada.

—Estás muy débil —me regañó mi amiga con preocupación—. Tu maldito sentido del humor hace que me confíe, pero acabas de salir de un coma. Va a llevarte un tiempo adaptarte de nuevo a tu vida de trasto.

—Mi maldito sentido del humor ha sido siempre mi chaleco salvavidas —regruñí ceñuda, aunque le dediqué una sonrisa traviesa—. Y ya sabes que muy paciente no soy.

—Vaya si lo sé... Aún recuerdo la vez que llamaste a tu compañía de fibra óptica y despotricaste en cuanto te pasaron con incidencias tras cinco minutos de hilo musical. Parecías una gorgona.

—Joder, aún resuena en mi cabeza aquella canción infernal.

Julia se ajustó sus gafas de montura de pasta negra y me miró recriminadora.

—Pues ahora yo misma me ocuparé de que seas paciente —amenazó con determinación.

—¿Desde cuándo duermes con las gafas puestas?

Ella resolló simulando impaciencia, pero no pudo estrangular una chispeante sonrisa.

—Desde que no recuerdo que las llevo puestas.

Cogió el mando y devolvió mi cama a su posición original.

—Anda, crúzame los brazos sobre el pecho y ponme un cetro entre ellos a lo Tutankamón —me quejé guiñándole un ojo.

—Eres un trasto encantador —repuso entre risas.

—Un trasto inútil aún —me lamenté huraña.

Julia me fulminó con la mirada y yo alcé una mano en son de paz.

—Vale, vale, seré paciente, tan paciente como Howard Carter esperando a Lord Carnarvon todo un año para abrir la tumba de Tutankamón.

—Seguro que, en el otro lado, Anubis te devolvió a la Tierra de una buena patada en el culo —arguyó Julia, arropándome diligente con la sábana—. Haz el favor de dormir o nos echarán a las dos.

—Así, hazme un *peeling* de paso... Aunque con lo que raspan estas condenadas sábanas bien podrías limarme las uñas —gruñí recalcitrante.

—Te amordazaré con ellas si no te callas y descansas.

—Si no te parecen mucho tres meses de descanso...

—¡A callar! —ordenó con firmeza.

Su ceño y sus labios fruncidos con disgusto consiguieron rendirme, y respiré profundamente antes de cerrar los ojos.

No tenía sueño, pero sí me encontraba mareada.

—¿Han encontrado al tipo que me atropelló? —pregunté, y me apresuré a añadir—: Sigo con los ojos cerrados, ¿eh?

—Pero no la boca, debes desc...

—Quiero saberlo —insistí tenaz.

—Se dio a la fuga, encontraron el coche porque hubo testigos presenciales, pero era robado.

Lo más curioso de todo era que recordaba esos precisos detalles del entorno del accidente, pero no lograba recordar siquiera el color del coche

robado, a pesar de haberlo visto.

—La teoría de la policía es ésa —agregó quitándose las gafas y guardándolas en su estuche—: había robado el vehículo y circulaba con él cuando te atropelló. Seguramente cruzaste sin mirar, él iría nervioso y no supo esquivarte. Siguen sin saber quién fue, pero aseguran que lo encontrarán. Suelen ser reincidentes, y además están acudiendo a informantes de la zona, antiguos delincuentes que colaboran con ellos.

Tuve la inquietante impresión de que algo no terminaba de encajar en mi inconcluso y difuso recuerdo. A pesar de haber rescatado detalles sueltos e inconexos, algo en esa teoría me chirrió. Escudriñar en mi mente me aturdió lo suficiente para decidir olvidar por el momento el tema, hasta encontrarme más lúcida y recuperada.

Un pulsante y regular latido doloroso floreció en mi sien y se extendió a la parte alta de mi cabeza. Debí de hacer un mohín que alarmó a Julia.

—¿Qué te ocurre?

Abrí los ojos e intenté sonreír despreocupada.

—Nada que me devuelva a Anubis, puedes tranquilizarte. Sólo es un dolor de cabeza.

—Un dolor de cabeza de alguien que acaba de salir del coma —apostilló inclinándose sobre mí para presionar con insistencia el llamador.

—Los he tenido peores. No llames a la Bruja del Oeste, quiero soñar bonito.

—Si nosotras no dormimos, ella tampoco.

Y me guiñó cómplice un ojo.

Oí la puerta gruñir en sus goznes y pasos firmes acercándose. Cerré de nuevo los ojos.

Julia informó de mi malestar, y una voz seca y apelmazada, recién sacada del sueño, gruñó con irritación que traería un analgésico.

Sentí una caricia sobre mi pelo y un beso en la frente.

—No te atrevas a volver a dejarme o la próxima patada te la daré yo —susurró en mi oído.

Sonreí apenas, mientras el sueño que creía no tener comenzaba a cubrirme como un pesado y cálido manto, arrastrándome a una nueva negrura, esta vez

más liviana...

* * *

Desperté con el sol de la mañana agujereando la persiana, tachonando de pequeños orificios dorados el suelo del cuarto.

Parpadeé repetidas veces acostumbrando mi visión a la radiante luz diurna.

Debíamos de estar en agosto ya, y me pregunté quién estaría ocupando mi puesto en la biblioteca. Y, como si un flash atravesara mi cabeza, abrí los ojos y los clavé en el techo, recordando un detalle.

¡El libro de Barbarroja que llevaba en mi bolso!

—Buenos días, Samara.

Julia, a mi lado, daba buena cuenta de un zumo de naranja en brik.

—Buenos días, mami —le devolví la broma, y ella sonrió sin dejar de sorber.

—¿Te apetece algo?

—Sí, saber dónde está mi bolso.

Alzó las cejas sorprendida y lanzó el brik arrugado a la papelera.

—En la taquilla que hay en el aseo. Tus ropas quedaron inservibles, sólo salió indemne el bolso.

—¿Te importaría traérmelo?

—Claro que no.

Y se levantó rauda en su busca.

De repente, mis tripas rugieron como si dentro de mi vientre hubiera una concentración de Harley.

Julia regresó con el bolso y me lo entregó.

—Lástima que no sea comestible —me lamenté mientras lo abría.

—¿Tienes hambre?

—Eso, o el de *La matanza de Texas* me está abriendo desde dentro con su motosierra.

Julia puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza esbozando una sonrisa paciente.

—Preguntaré si pueden adelantarte la comida: te saltaste el desayuno, trasnochadora —murmuró saliendo del cuarto.

Extraje el libro del pirata y lo ojeé por encima.

Pensé en aquel hombre de la biblioteca y mi inusitada curiosidad por él. Probablemente daría por extraviado aquel volumen y habría desaparecido para siempre. Sin embargo, no me pareció justo que se quedara sin un libro de su autoría, pues era obvio que debía de significar mucho para él. Tal vez era un proyecto importante, o tan sólo una afición; sea como fuere, era suyo, y lo menos que podía hacer era buscarlo de algún modo, quizá por redes, para hacerle saber que estaba en mi poder. Porque a veces podía ser muy arpía, pero mi sentido de la justicia era elevado y recto.

Julia regresó triunfal portando una bandeja con un plato cubierto, un botellín de agua y un yogur. Me arrebató el libro y lo metió en el cajón de la mesilla.

—El doctor Muñoz se ha pasado muy temprano, pero como dormías no quiso despertarte. Volverá cuando acabe su ronda. Además de guapo, es un encanto, ¿no te parece? —Suspiró con gesto prendado.

—No está mal —admití con marcado desinterés.

—¿Qué tiene que tener un hombre para que logre llamar tu atención?

—La suficiente inteligencia como para dejarme en paz —respondí clavando una mirada ansiosa en el plato.

Puso los ojos en blanco y depositó la bandeja en la mesilla. Acto seguido, levantó la tapa, mostrando la insulsa estrella principal: un consomé.

—Eso sí que es una buena patada en el culo —mascullé resignada.

—No te quejes, muchacha consentida, debes empezar por dieta blanda para que tu estómago recuerde cómo digerir.

Respiré profundamente y asentí de mala gana.

—Si mis pulmones recuerdan cómo respirar, no entiendo por qué don Estómago necesita clases. Pero, en fin, que el bueno de Carter entre en mí —bromeé resoplando frustrada—. Anda, levanta ese sarcófago dichoso y alza al faraón.

Una vez sentada y con el consomé a tiro, me aboqué al plato como si no hubiera un mañana. No importó que no llevara sal, ni que estuviera aguado, ni

tan siquiera algo amargo.

—Veo que te gustan las patadas —se mofó Julia, disfrutando del espectáculo cavernícola que estaba dando.

—Bueno, me han dado unas cuantas, acostumbrada estoy, pero este mejunje está horrible —confesé rebañando el plato prolijamente—. ¿De qué narices está hecho? ¿De achicoria?

Me detuve un instante sorprendida ante aquel comentario. Mi amiga también me miró con extrañeza.

—¿Desde cuándo conoces tú la achicoria?

—De nunca, creo que es la primera vez que pronuncio esa palabra. Tampoco estoy muy segura de lo que es. Ni sé por qué la he mencionado.

—Quizá la hayas oído en alguna peli, o la leíste y te acaba de venir a la cabeza —sugirió.

—Es posible —contesté tapando el relamido plato—. Espero que esta tarde me pongan un buey para merendar como poco.

Julia me miró fijamente. Su expresión siempre atenta, alegre y aguda se suavizó en una mueca tierna, casi conmovida.

—Anda, ven.

Abrí los brazos, y ella se cobijó en ellos y me estrechó con fuerza.

—Tenía tantas ganas de oír tus bromas...

Su tono emocionado me contagió y liberé todo el cariño que sentía por ella.

En ese instante, la puerta se abrió y un carraspeo logró separarnos.

El apuesto doctor Muñoz nos observaba risueño.

—Amor y alimento son la mejor medicina —musitó complacido—, aunque seguro que puedo hacer algo por ti.

—Por lo que me ha contado, ya ha hecho bastante —repliqué devolviéndole la sonrisa.

Se acercó a la cama con aplomo y mirada escrutadora. Retiró la mesilla a un lado y se inclinó sobre mí para examinarme.

—Todo está perfecto —dijo al cabo.

Se sentó a mi lado cubriendo mis piernas con la sábana en un gesto paternal.

—Tu cuerpo ha sanado rápido, y aunque te esperan tres meses de rehabilitación intensiva, como te dije, puedo asegurar que no te quedarán secuelas. Cómo lográis regresar del coma es uno de los misterios de la medicina.

—Seguramente sea un recurso que el cuerpo tiene a mano para evitar un exceso de sufrimiento. O una especie de reseteo interno, o tal vez incluso una indecisión.

—¿Una indecisión? —inquirió curioso.

—Quizá el alma evalúa si le merece la pena volver o no.

El doctor Muñoz agrandó impresionado sus bonitos ojos castaños y me sonrió abiertamente, mostrando su perlada y perfecta dentadura.

—Interesante reflexión, y muy posible —aceptó pensativo—. No hace mucho leí un libro fascinante sobre confesiones de pacientes que regresaban de comas profundos llamado *Al otro lado del túnel*, del doctor José Miguel Gaona. Te lo recomiendo, muestra diferentes teorías y experiencias con un punto en común.

—Yo no recuerdo haber visto la famosa luz al final del túnel, doctor Muñoz.

—De igual forma, puede resultarte interesante.

Él me observó largamente sin perder su sempiterna sonrisa, lo que consiguió inquietarme.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Eeeh, no, no, sólo esperaba por si deseabas preguntarme algo más.

Pareció nervioso e inseguro repentinamente. Se puso de inmediato en pie, adoptando una pose y una expresión más profesionales.

—De momento, no —aseveré—, pero seguro que se me ocurre algo.

—En tal caso, estaré a tu entera disposición.

Asentí con una sonrisa agradecida, y él me devolvió el gesto atusándose su espeso pelo castaño claro.

—Pasaré mañana a verte. Por cierto, ¿qué tal tu primera sesión?

—Odio las paralelas.

Río abiertamente. Tuve que admitir que era muy atractivo.

—Más motivo para desear perderlas de vista cuanto antes.

—Tengo muchos motivos para querer perder todo esto de vista.

—No lo dudo, pero te aseguro que yo gano mucho sin bata.

Reí la gracia, aunque en su mirada detecté cierta profundidad que me desconcertó.

—Estoy segura, doctor Muñoz.

—Simón —prefirió.

—Simón —repetí para su agrado.

Tras una última sonrisa que bien podría haber barrido en un casting televisivo de pasta dental, salió de la habitación con porte algo rígido.

—Pues tengo la impresión de que tú no le eres indiferente al bueno de Simón.

—Vaya, lo creía más listo.

Julia torció el gesto y puso los ojos en blanco.

—Bueno, espero que no le pongas pegas al siguiente.

—¿Al siguiente?

—Sí, a mí me tiene embobada. Además, no ha faltado un solo día desde el accidente. Fue uno de los testigos presenciales.

Con pícaro mirada y sonrisa expectante, miró el reloj justo cuando unos golpes sonaron en la puerta.

—Adelante.

No me pasó por alto el tono ansioso de Julia, ni la desacostumbrada agitación de la que apenas hacía gala. Intrigada, miré hacia la puerta, que comenzó a abrirse lentamente.

De todas las personas que podrían haberla atravesado, jamás habría adivinado de quién se trataba.

Unos penetrantes y rasgados ojos verdes se abrieron sorprendidos al verme sentada en la cama.

Compartí su genuino asombro y ambos permanecimos estupefactos unos segundos sin saber qué decir.

El enigmático Luis Roig avanzó hacia mí mientras Julia aprovechaba para dejarnos solos.

—Hola, primo —atiné a decir tratando de sonar indiferente.

—Hola, prima —respondió.

—A no ser que me esté saliendo barba roja, no entiendo qué haces aquí.

La carcajada profunda y clara que brotó de su garganta rebotó por toda la habitación, pintando de chispeantes colores sus blancas paredes.

Miré subrepticamente el cajón donde estaba el libro. Estaba segura de que su presencia allí se debía a él.

—Creí que, en lugar de arrojarte por algún acantilado, habías optado por hacerlo sobre un capó, y me sentía culpable.

—Creíste bien —afirmé socarrona.

Él alzó una ceja mordaz y se sentó en el sillón, cruzando indolente sus largas piernas.

—Sabía que lo conseguirías —afirmó con cierto orgullo en su tono.

—Gracias, y si no lo hubiera conseguido quizá Julia te habría ayudado a mirar en mi bolso.

Frunció el ceño confuso. Me incliné y abrí el cajón.

—Ahí lo tienes.

—No estoy aquí por mi libro, ni he venido a hablar de él: no soy Umbral.

Esta vez fui yo la que rio con ganas.

CAPÍTULO 6

HABLEMOS CLARO

—Bien —comencé mientras intentaba inútilmente adecentar mi pelo, sin saber muy bien por qué me preocupaba de algo tan superficial, y más sabiendo que mi rostro era una mezcla entre Samara Morgan y la monja de *El conjuro* en aquel momento—, tienes toda mi atención. Tres meses esperando que resucite un zombi debe de esconder una buena razón de peso.

Luis me observó frunciendo ligeramente el ceño en una mueca entre divertida y curiosa.

—Sin gafas pareces hasta humana —adujo mordaz.

—¿De veras? —repliqué caricaturizando una sonrisa tirante—, yo también me alegro de eso, y de que ya no exista la Santa Inquisición: tengo toda la pinta de salir malparada de un auto de fe.

Luis volvió a reír. Se inclinó hacia delante y se secó las palmas de las manos en las rodilleras de sus vaqueros desgastados.

—Una bruja humana y condenadamente graciosa.

—Desembucha o me pongo las gafas.

Alzó las manos en señal de rendición y chasqueó la lengua divertido.

—Eso es una amenaza, y no la del cambio climático.

Crucé paciente los brazos bajo el pecho y lo miré expectante.

—¿Qué quieres de mí?

—Ayudarte.

—¿A...?

Luis pareció titubear. Sus dedos se crisparon en sus rodillas, su marcado mentón se tensó visiblemente y sus labios se sellaron contenidos.

—A descubrir quién te atropelló. Yo lo vi todo, estaba en la terraza del bar, justo frente a tu coche.

—Creo que eso es deber de la policía, no mío —aclaré incrédula—, ni tuyo —apostillé seca.

—Ese tipo fue a por ti, no fue un accidente.

Alcé las cejas sorprendida por aquella revelación.

Y, de repente, aquella pieza que no terminaba de encajar en la versión que Julia me había dado del atestado policial refulgió titilante en mi cabeza.

Yo no cruzaba despistada, a decir verdad, miré muy bien a ambos lados de la calzada; simplemente, aquel coche apareció de la nada y se me llevó por delante. Aquel flamante flash relumbró con inusitada intensidad.

—¿Cómo lo sabes?

—El vehículo que te atropelló estaba aparcado unos metros detrás del tuyo, salió del estacionamiento cuando te vio aparecer y enfiló hacia a ti acelerando cuanto pudo.

Fruncí el ceño y lo miré recelosa e irritada.

—¿Y puedo saber por qué no has dicho todo eso a la policía? ¿Sabías que la ocultación de pistas es un delito?

Luis asintió grave; en su rictus pude ver preocupación, pero también inquietud y cuidado en medir bien sus palabras. Se pasó las manos por su abundante cabello negro y resopló largamente.

—No es lo mismo una investigación por atropello accidental, aunque el culpable sea un ladrón de coches, que un caso de intento de homicidio en grado de tentativa.

—Parece que estás muy versado en temas legales.

Perfiló una media sonrisa cínica y suspiró profundamente, con pesadez y casi desidia.

—Lo estoy —admitió escueto.

—Ahora sólo falta que me sueltes que eres abogado criminalista y que

quieres llevar mi caso.

—No soy nada de eso. Y deberías dejar de lado las bromas: éste es un tema serio.

—Entonces explícame de una puñetera vez de qué va todo esto —barboté impaciente.

Sus ojos relampaguearon un instante. Era tan patente la lucha que libraba en su interior que mi desconfianza creció al mismo ritmo que mi malestar.

—Sólo te diré que no quiero ni me interesa una mierda que me involucren en un caso de intento de homicidio. Estoy fichado, estuve en la trena, y no quiero problemas. Es todo.

Entorné la mirada suspicaz mientras mi mente buscaba cabos sueltos a cada una de sus palabras.

—¿Y por qué no te alejaste del lugar del atropello en lugar de colaborar diciendo que viste el coche dándose a la fuga?

—¿Porque no soy un cabrón desalmado? —replicó ofendido—. Tampoco lo pensé en aquel momento, me quedé bastante en *shock* al ver cómo la estirada bibliotecaria volaba por los aires ante mis ojos por culpa de un tipo que sí lo es.

Se pasó las manos por el rostro refregándolo burdamente y volvió a mirarme buscando en mí una comprensión que no llegó.

—Pero hasta ahí debe llegar mi implicación en esto. Una cosa es que aporte detalles que sirvan para encontrar al culpable de un homicidio imprudente, y otra...

—Y otra, que se abra un caso mucho más peliagudo para ti por tus antecedentes —completé sin alisar mi ceño.

—Exacto, premio a la señorita sin gafas.

—Pero... tu buena voluntad te obliga a que me adviertas de que hay un tipo que esperó paciente para matarme intencionadamente, para que tenga cuidado, ¿no es así? Y, de ese modo, tu conciencia se libera del peso de la culpabilidad y puedes coger tu libro, tu moto y tus asuntos y largarte por fin de aquí.

—¿Cómo sabes que tengo una moto?

Dirigí la vista a sus manos. Mi teoría se confirmaba al observar que el bronceado de su piel silueteaba con notoria precisión unos guantes de moto. Y,

por si eso no bastara, la insignia de una Harley asomando del bolsillo delantero de sus vaqueros en un llavero podría considerarse como prueba concluyente.

Siguió mi mirada y sonrió guiñándome un ojo.

—Muy sagaz, querida Watson.

—¿Y tú cómo sabías cuál era mi coche?

—Eres jodidamente lista —alabó con franca admiración.

Descrucé los brazos y me apoyé en la almohada sin dejar de mirarlo. Comenzaba a estar cansada, pero debía llegar al fondo de ese asunto.

—Bien, vale, tú ganas —cedió resignado—. Te vi llegar en él aquella tarde. Estaba sentado justo en la misma terraza cuando aparcaste allí. Por supuesto, aún no sabía que eras la bibliotecaria. Yo estaba tomando un café y haciendo tiempo hasta la apertura.

—Y, claro, mis gafas te llamaron la atención.

—Es posible —admitió dejando que sus ojos vagaran por mi rostro un buen rato—. Y, ahora que caigo, no las necesitas en realidad, ¿verdad? Tienes vista de lince. Apuesto a que las usas sólo para que te den más autoridad, o quizá para esconderte tras ellas. También ocultas esa larga melena oscura en un moño estirado. Sí, te ocultas —asintió para sí—. ¿Por qué? Seguro que la respuesta no te la saca ni la Santa Inquisición bajo tortura.

—La respuesta no te incumbe, tampoco yo, así que ya puedes soltar amarras. Has cumplido lo que llevabas tres largos meses esperando. —Hice una pausa ante otra pieza que se resistía a encajar y volví a la carga—: Por cierto, ¿era necesario que vinieras todos los días a visitarme? Con decirle a Julia que te avisara si yo despertaba era suficiente.

—Me gustaba mirarte. —Hizo una pausa intencionada y añadió—: Y sigue gustándome.

Su respuesta me desarmó. No fui capaz de sostener su penetrante mirada, y simplemente cerré los ojos dando por terminada la conversación.

—Cierra al salir, ¿quieres?

—No voy a ningún lado.

Abrí los ojos de nuevo y lo miré contrariada y molesta.

—No tienes nada más que hacer aquí. Te agradezco tu preocupación y tu

aviso.

—Tengo mucho que hacer aquí —replicó determinado.

—¿Como por ejemplo...?

—Protegerte —respondió rotundo.

—¡Oh, por Dios...! —bufé exasperada—. Si vas a erigirte en mi paladín, casi prefiero que me atropellen otra vez.

La mirada furiosa de Luis centelleaba lanzándome rayos invisibles pero punzantes que consiguieron que lamentase mi desafortunado comentario.

—Eres una borde insufrible, seguro que te lo dicen mucho.

—Con *Rottenmeier* creo que lo engloban, sí.

—Debieron de joderte bien en el pasado —aventuró poniéndose en pie— para que te parapetes tras ese escudo cínico y ofensivo con el que sales al mundo. Pero, ¿sabes?, no todos somos unos cabrones desalmados.

—Pues, mira, a mí ya me han pillado dos.

—Y no imaginas cuánto lo lamento, pero voy a decirte algo, tu *Rottenmeier* no me va a espantar.

—¡Qué suerte la mía! —me mofé con dureza.

—Mañana volveré, te guste o no.

—No te necesito.

Luis, que ya alcanzaba la puerta, se volvió para lanzarme una mirada condescendiente y una sonrisa tan confiada que me malhumoró en grado sumo.

—Me necesitas, y más de lo que crees.

Y salió dando un sonoro portazo.

Gruñí enfurruñada, y justo en ese instante otra imagen refulgió clarividente en mi cabeza. Aquella Harley situada junto a la terraza del bar era *su* Harley.

CAPÍTULO 7

SAL EN LAS HERIDAS, ROCAS EN EL CORAZÓN

Rumbo al reino de Argel, junio de 1536

Tiritaba.

El frío mordía más que mi conciencia aquella noche, a pesar de que mis heridas latían dolorosas y amargas lágrimas quemaban mi rostro.

Había sido violada, golpeada y mancillada, recibiendo el mismo trato que Blanca, a la que abrazaba en aquella maloliente bodega como un náufrago se abrazaría a un tablón a la deriva, sólo que además luchaba contra el impulso irrefrenable de soltarlo, pues no lo merecía.

Y, a pesar de haber vivido el mismo infierno en aquella cubierta, rodeada de rufianes despiadados que mancillaron mi cuerpo y flagelaron crueles cada uno de mis sentidos, a pesar del repugnante y pegajoso fluido, que, mezclado con mi sangre, manaba de mi interior y empapaba mis muslos, a pesar de tener el rostro hinchado y lleno de cortes, a pesar del dolor y la humillación vivida, no fui capaz de derramar ni una sola lágrima.

Blanca, en cambio, liberaba su pena en un llanto inagotable que la dejaba todavía más exhausta de lo que ya estaba.

Cuando me lanzaron maltrecha hacia el fondo de la bodega, me arrastré quejumbrosa hacia ella con la intención de ofrecer algo de solaz a su

sufrimiento, pero cuando logré abrazarla desde atrás y se arrebujó contra mí, descubrí que necesitaba ese calor con la misma desesperación que ella.

Y, así, combatí el frío. Un frío que en realidad no provenía de fuera, sino de mi vacía alma, que, exigua, agonizaba. Y, a pesar de ansiar aquel calor que el contacto con ella me procuraba, supe que no mitigaría ni un ápice el helor que se extendía con tanta ponzoña como la lepra devorando un cuerpo.

Fue una noche larga, muy larga, y los escalofríos eran tan violentos que mis dientes rechinaban y gemía dolorida con cada estertor que sacudía mi agraviado cuerpo.

Entre agonizantes duermevelas, en aquel momento justo previo al amanecer, cuando la bodega estaba inmersa en la más absoluta negrura, algo desató mi instinto, haciendo sonar mis alarmas internas.

Blanca ya no lloraba, tampoco se movía. Y, aunque bien podía pensar que dormía exhausta, la tenue respiración sibilante que percibía, casi como un rasgado gemido apenas perceptible, fue suficiente para saber que algo andaba mal en ella.

Me aparté ligeramente para volverla hacia mí y palpé su rostro.

—Blanca..., ¿qué te ocurre?

Recibí un siseo quebradizo por respuesta, y en mi inspección descubrí que había algo dentro de su boca. Lo toqué angustiada y, por el tacto, supe que era un trozo de paño.

¡Se ahogaba!

Comencé a extraerlo con premura y, cuando despejé su boca de aquel trapo inmundo, oí además un gorgoteo extraño que me inquietó más.

Pasé las manos por su cara inflamada y cubierta de costras que empezaban a resecarse, y cuando descendí por su cuello, proferí una sonora imprecación al descubrir una pátina resbaladiza, tibia y pegajosa en un lateral.

¡Era sangre fresca! El aroma a herrumbre era inconfundible.

Recorrí con la yema de los dedos su resbaladiza piel, hasta que reparé en un pequeño orificio por el que brotaba la sangre. Utilicé lo único que tenía a mano, aquel deshilachado paño. Lo estiré como pude y lo rasgué a ciegas, intentando crear una tira que pudiera anudar en torno a su cuello. Maldije aquella negrura, maldije a Dios y, sobre todo, a mí misma. Cuando logré

atarlo, tratando de no presionar demasiado pero sí lo suficiente para detener el sangrado, me percaté de que lo estaba haciendo entre sollozos.

—No puedes morirte... —gemí, ya rendida al llanto.

La acuné entre mis brazos, apartando a ciegas pegajosos mechones de su cabello de las mejillas y suplicando a quien quisiera escucharme allí arriba que la salvara.

Froté sus brazos y palmoteé sus mejillas, pero ella continuaba inerte, y con su cuerpo flojo entre mis brazos me tumbé de nuevo. Quizá si la muerte venía antes del alba, fuera tan piadosa de llevarnos a las dos...

* * *

Entreabrí los párpados, distinguiendo delgados filamentos de luz atravesando la penumbra, trazando líneas en los tablones del suelo, como si el sol pintara rejas a nuestro alrededor para recordarnos nuestro cautiverio.

Olía a podredumbre, a miedo, a angustia y a resignación.

El rumor de las olas chasqueando contra el maderamen del navío, los rotundos y huecos pasos tachonando la cubierta superior, las órdenes gritadas con vehemencia y el zumbido del viento ondeando el paño de las velas anunciaban una nueva jornada, que ya olía a terror y a incertidumbre.

Cuando intenté separarme de Blanca para comprobar su estado, oí un murmullo cuarteado y seco al despegar los restos de mi jubón jironado del de ella, al haber quedado adheridos por sangre reseca y restos de inmundicia.

Inspeccioné el lívido rostro de la castellana y contuve el aliento.

La zarandé con suavidad y no dio señales de vida. Acerqué mi oído a sus labios y apenas percibí un leve aliento, tan débil que me resultó escasamente perceptible.

Volví a sacudirla y de su mano cayó algo en mi regazo. Cogí un colgante que lucía una cruz tallada en hueso y maldije entre dientes. La base acabada en punta estaba teñida de sangre seca. Fijé mi atención en la rudimentaria mordaza con que había taponado la herida de su cuello y observé que era parte del bajo de su falda. Y entonces lo comprendí todo, con un opresivo nudo atenazando mi pecho.

Había intentado quitarse la vida clavando aquella cruz en su cuello y se había metido un trozo de tela en la boca para impedir quejarse, o quizá para provocarse la asfixia. Y una vez más yo había interferido en su destino; no supe si para bien, a tenor de la vida que nos aguardaba.

* * *

Ninguna otra mujer fue vejada. Tan sólo Blanca y yo habíamos sido vilipendiadas tan cruentamente.

Aquella mañana, cuando nuestro guardián bajó a la bodega portando un cubo en cada mano, uno de agua y otro con gachas, se limitó a sacudir con la punta de su pie el cuerpo de Blanca para comprobar si respiraba.

—¡Está viva, perro inmundo!

Por toda respuesta, me lanzó un puntapié en el costado que me dobló en dos.

—Está casi muerta, y como no mantengas esa boca cerrada pronto le harás compañía.

Me miró furioso y se alejó hacia el fondo, donde el resto de las mujeres se apiñaban asustadas. Repartió cazos con agua fresca y volcó en las manos ahuecadas de las prisioneras una porción de aquella masa blancuzca que ellas se apresuraban a devorar.

Cuando pasó por mi lado pareció titubear, mirándome con desdén.

—Faltamos nosotras —incredulé más altanera de lo debido.

El hombre, de orondas formas y mugriento aspecto, posó su escrutadora mirada en Blanca y, negando con la cabeza, chasqueó la lengua.

—Tu amiga pronto será pasto de los peces, no voy a malgastar comida en ella. Comparte la tuya si te place —masculló introduciendo el cazo en el cubo de las gachas.

Ahuequé las manos esperando mi ración, pero en lugar de depositarla en ellas, dejó caer el puñado de gachas en los tablones del suelo con una sonrisa malévola.

Me precipité hacia el montón grumoso esparcido a los pies del hombre e intenté reunirlo con las manos para tomarlo en ellas, pero se escurría entre mis

dedos. Terminé agachada comiendo del suelo como una alimaña famélica al tiempo que cogía restos de gachas y los guardaba en mis puños.

Oí la risa del carcelero y, cuando ya se iba, lo llamé.

—¡Mi agua!

El hombre se detuvo justo al pie de la escalera que subía a cubierta. Agarró el cubo del agua, se acercó de nuevo y volcó todo su contenido sobre mi cabeza.

—Su agua, mi señora —se mofó carcajeándose.

Lo fulminé con la mirada, pero no me detuve mucho en maldecirlo. Tomé los largos mechones de mi cabello empapado, los alcé y los retorcí para beber las gotas que caían en mi boca; gotas que rezumaban la suciedad y la sangre que cubrían mi cuero cabelludo, pero líquido, al fin y al cabo.

Me arrastré hasta Blanca, entreabrí sus labios y dejé que mi cabello goteara en ellos. Procuré extraer hasta la más ínfima gota de agua, y luego, abriendo los puños, donde albergaba míseros restos de comida, la introduje en su boca. Era una cantidad tan escasa que apenas supondría un aporte de alimento adecuado para mantenerla con vida, pero era cuanto podía hacer por ella. Que no despertara era sin duda una mala señal, pero al menos seguía respirando.

Cada nuevo día, nuestro carcelero repetía su rutina, comprobaba si Blanca estaba viva y me dejaba mi ración en el suelo. Una ración que tenía que pelear.

Que nuestro rincón estuviera más apartado del resto, que el intenso olor de la sangre las atrajera o que el cuerpo inerte de Blanca despertara su curiosidad nos convertía en el foco de sus ataques: las ratas eran cada vez más temerarias y ya no se conformaban con acecharnos o con esquilmar mi porción de gachas de entre los tablones del suelo. No, ahora su objetivo éramos nosotras, en particular, Blanca. Hasta para aquellos animales inmundos, resultaba patente que la muchacha agonizaba.

Ya había matado a dos, con la puntiaguda cruz de hueso, y entre los chillidos y los gruñidos de mis atacantes peludos, las mujeres del fondo se arrinconaban temerosas entre gritos de espanto.

Sólo dos de ellas se aprestaron a ayudarme cuando me vieron patear y manotear rezongando furiosa para ahuyentarlas.

—Si te muerden, estás perdida —advirtió una de ellas—: portan la peste.

No teníamos mucho con que pelear, pero entre las tres logramos mantenerlas a distancia.

—Resulta admirable tu tesón por mantenerla con vida, Isabet —murmuró una de ellas.

Juana y Dolores eran vecinas de la villa e hijas de Andrés Monfort, el alfarero.

—No hay nada admirable en mí, te lo aseguro —proferí, dejando que aquel puñal en mi conciencia se hundiera un poco más.

—¿Qué hacías en la villa tan temprano? —inquirió Juana—. Cuando te vi con ellos, subías la cuesta del castillo.

Las observé largamente, preguntándome qué harían si supieran la verdad.

—No pasaste la noche en la alquería de los Llerán, ¿no? —insistió mirándome suspicaz.

—No, me quedé en los acantilados llorando hasta que me dormí.

No era una mentira, tan sólo una verdad incompleta. Y si algo tenía claro era que, para poder ser de alguna ayuda, debía estar viva. No las creía capaces de un linchamiento, pero no necesitaba más enemigas. Ya me tenía a mí misma.

—Verte ahí, luchando denodadamente por la mujer que te relegó de la vida de Pere es, cuando menos, insólito.

—Ella no usurpó mi lugar —respondí, comprendiendo en aquel momento, libre ya de la ira que había embotado mi juicio, que sólo hubo un culpable en mi desdicha—. Yo nunca tuve lugar en la vida de Pere, y mucho menos en su corazón, pues, de haberlo tenido, jamás me habría suplantado con tanta ligereza. Podría decirse que Blanca fue tan víctima como yo de los caprichos de un hombre voluble y sin honor.

Ambas me contemplaron con expresiones muy diferentes: Juana con recelo y extrañeza, y Dolores con estupefacta admiración.

—¿Por qué permaneces tan alejada de nosotras? Juntas, al menos, nos damos calor y nos reconfortamos.

La respuesta a esa pregunta era que me sentía indigna de compartir su compañía, que la culpa me ahogaría todavía más, que ver su miedo y su

desesperación incendiaba de manera virulenta aquella culpabilidad que me roía con tanto enojo las entrañas. La respuesta era que prefería las ratas a contemplar la oscura cara de mi alma.

—Aquí estáis a expensas de las ratas. Entre las demás, no se atreverán a atacaros. Si te duermes, y lo harás, irán a por vosotras.

Suspiré profundamente y acepté resignada, admitiendo que debía transigir en favor de Blanca. Quizá contemplar mi alma era el primer paso para redimirme.

—Apenas puedo ponerme en pie —confesé—, mucho menos arrastrar el cuerpo de Blanca hacia allí.

—Lo haremos nosotras.

Ambas hermanas se afanaron para deslizar a la castellana junto al grupo de mujeres sentadas en el suelo de la bodega, aferrándola de los brazos. De inmediato, le hicieron hueco, y algunas, despojándose de lo prescindible, comenzaron a arroparla con sayas arrancadas y algún *mantonet* bordado de alguna dama de más abolengo.

Dolores volvió a por mí y me ayudó a ponerme en pie. Me dolía todo el cuerpo.

—¿Por qué no os habéis acercado hasta ahora? —inquirí tratando de coordinar cada paso entre quejidos que intentaba sofocar apretando los dientes. Aquella mueca me recordó que tenía el labio inferior partido.

—Temíamos una represalia si os ayudábamos.

—Ya, claro, nunca viene mal que haya dos juguetes con los que se entretengan, para evitar que os presten demasiada atención.

Mi reproche hizo que Dolores bajara la vista. También logró que me sintiera miserable al saber que yo era la menos indicada para recriminar nada. Sentí sal en mis heridas y rocas en mi corazón, pero, sobre todo, un infinito rencor, y no sólo hacia mí, sino hacia aquellos piratas y, en especial, hacia el horrible hombre que los gobernaba.

Cuando me acercaron al grupo, percibí más de una mirada de desagrado, de desconfianza y de rechazo. Quise pensar que tal vez era tan sólo una ilusión que la culpabilidad dibujaba en mi mente, pero mi parte más racional reconoció aquellas emociones porque ya las había vivido.

Decidí no prestarle mayor atención y me coloqué junto a Blanca, apoyando su cabeza en mi regazo.

De pronto, un sonido nos paralizó.

El reconocible graznido de las gaviotas surcó aquel cielo que llevábamos días sin ver. Navegábamos cerca de la costa, quizá habíamos arribado a nuestro incierto destino.

Entre el crujido del maderamen, los angustiados murmullos de las mujeres y el chasquido de las largas palas de la galera zambulléndose en el mar, un rasgado gemido resaltó sobre aquellos sonidos, captando toda mi atención.

Deslicé la vista hacia la mujer que acunaba en mi regazo.

Blanca de Zúñiga tenía sus grandes ojos azules clavados en mí.

Y en aquel instante hice algo que pensé que sería incapaz de repetir tras aquel trágico día. Sonreí.

—¿Dón... de es... tamos? —logró balbucear.

—Me temo que acabamos de llegar a Argel.

CAPÍTULO 8

UNA LUNA ENTRE LAS DUNAS

Puerto de Argel, 1536

Tras ser desembarcadas entre pesadas argollas sujetas al cuello que nos unían en una ordenada y renqueante fila, fuimos empujadas como si fuéramos fardos. Nos condujeron a un carromato enrejado tirado por dos bueyes, donde permanecimos hacinadas y asustadas, flageladas por un sol castigador y claveteadas por sucias miradas interesadas durante buena parte de la mañana.

El traqueteo casi llegó a ser soportable, pues al ser tantas no había espacio para chocar entre nosotras. Mi única preocupación era que Blanca fuera sepultada, pues apenas lograba mantener la conciencia mucho tiempo. Y, ayudada por las hermanas Monfort, logré situarnos en una esquina, de manera que yo, aferrada a las rejas de ambos lados, protegía el cuerpo de la castellana con el mío.

Sudaba copiosamente, y la cabeza comenzó a dolerme. El cansancio, el hambre y el miedo empezaron a hacer mella en mí, y mi vista apenas si lograba enfocar el nuevo mundo que me rodeaba. Parpadeaba sin cesar para aclararla y trataba denodadamente de prestar atención a mi alrededor.

Atravesamos una ciudad portuaria bulliciosa, salpicada de callejuelas estrechas formadas por rudimentarias casas de adobe. Varias mezquitas

jalonadas de saeteras punteaban el cielo de altivos minaretes mientras una amable brisa ondeaba la bandera de la media luna, insignia del sultán Solimán el Magnífico, también llamado *el Gran Turco*. Cúpulas abovedadas de palacetes asomaban entre cuadrangulares edificaciones. Una construcción rectangular amplia y de una sola planta, con numerosos ventanales protegidos con celosías que imaginé sería la madraza. Todas aquellas obras arquitectónicas vestían de formas diversas aquella ciudad tan variopinta.

Entramos en una gran plaza plagada de tenderetes con coloridos toldos que exhibían sus mercancías, la mayoría alimentos diversos, especias y frutas extrañas. También había puestos de telas, algunas de las cuales brillaban tornasoladas bajo el intenso sol del mediodía, cautivando mi atención.

La lengua de mi raza, melódica y envolvente, resonaba por doquier, y allí, entre mis congéneres, rodeada de rostros acanelados, similares al mío, de túnicas bordadas, aljubas y turbantes, y del sonido de algún laúd engarzado al cascabeleo de los timbales, me sentí tan extranjera como las cristianas que me acompañaban. Y no porque las rejas y las cadenas marcaran una tintineante diferencia, sino porque la raza no unía, ni la sangre. Lo que unía era la gente que te quería, el lugar que te veía crecer, sentir y envejecer, las vivencias que grabamos de cuanto nos rodea, eso es lo que convierte un sitio en tu hogar, nada más. Y mi hogar, a pesar de los recelos, los sinsabores y los desengaños, era Oropesa, pues, pese a las desavenencias, Leocadia me quería, y yo a ella. Pese a las peleas y los desdenes, yo quería a los muchachos con los que me crié, y ellos me guardaban un gran afecto. Y, pese al repudio de Pere, yo lo quise y, en algún momento, él también a mí. Y, para bien o para mal, yo pertenecía a aquella villa, y en aquel momento me prometí regresar a ella, aunque mi destino allí fuera la muerte por traición.

No fue hasta salir de la ciudad cuando reparé en que estaba fuertemente fortificada. Grandes muros se alzaban imponentes con sus barbacanas, sus adarves y sus matacanes, similares a los que había visto en Valencia, cuando fui con Leocadia buscando un buen prestamista.

Nos detuvimos frente a unos colosales portalones de recia madera oscura tachonados por remaches de acero que se hallaban abiertos pero flanqueados por una hilera de guardias armados con picas.

Uno de ellos nos inspeccionó frunciendo el cejo y, tras un breve instante, rodeando el carromato, pasó el extremo de su pica por los bajos del transporte. Tras su comprobación, pareció satisfecho y regresó a su sitio.

Un caballo negro, regio y brioso se adelantó y su jinete saludó cordial a los guardias, trabando alborozada conversación.

Hasta mí llegó aquella risa, profunda y escalofriante, que ya conocía. Y una afilada punzada de puro odio me atravesó.

Clavé los ojos en aquella capa bermellón y deseé convertir mis pupilas en dardos envenenados. Al cabo, el capitán retrocedió hasta el carromato y detuvo su nervuda montura frente a mí. Volqué todo mi encono sobre él, y mis nudillos palidieron al tensar con tanta fuerza mis dedos en torno a los barrotes.

—Guarda tu fiereza para tu futuro amo, la vas a necesitar, morisca.

Le escupí con toda la saña que pude reunir y gruñí presa de la furia.

—Habrás que adecentarte un poco, así no sacaré ni un maravedí por ti, eres poco más que un despojo enmarañado.

Luego clavó su mirada en Blanca y chasqueó la lengua contrariado.

—Me temo que no aguantará el viaje a Cabilia —sentenció pensativo—. Puesto que te has erigido en su protectora, te agradecerá saber que la llevaré en una de las literas cubiertas, poniendo a su disposición a uno de mis médicos. Por una mujer como ella puedo sacar una buena bolsa de oro.

—Lo único que me agradecería realmente sería rebanarte el cuello y oírte agonizar.

El hombre rio como si mi amenaza fuera una mera chanza.

—Bien, ya veremos cómo defenderé mi vida cuando te tenga enfrente y sin esos barrotes. Hasta entonces, esconde los dientes y cierra la boca o te la secará el viento del desierto.

Espoleó el lomo de su palafreñ y trotó ligero hacia el final de la comitiva.

Fue entonces cuando descubrí que el nuestro no era el único carro con prisioneros. Estupefacta, vislumbré una larga fila. También había carretas cubiertas, imaginaba que repletas de los botines de sus saqueos. Los berberiscos montaban sus corceles como vigías de aquel desfile de desdichadas almas que partían hacia sus terribles destinos.

No tardó en llegar a nuestra altura la litera prometida, con cuatro gigantes portadores de piel de ébano, probablemente, de origen nubio.

Blanca fue trasladada hasta ella y, para mi completo alivio, volvió a abrir los ojos, aunque el cegador sol se los cerró raudo.

Y, así, la caravana partió rumbo al desierto.

* * *

El calor, opresivo, seco e implacable, impregnó cada poro de mi piel, absorbiendo hasta el más recóndito resto de humedad que pudiera albergar.

Había sudado buena parte de mis líquidos corporales, y la escasez de agua que nos servían no lograba reponerlos debidamente.

Acurrucada en un rincón, junto a Juana y Dolores, me sumergía en continuas duermevelas, mareada, extenuada y sedienta.

—Creo que voy a arrugarme, cuartearme y evaporarme de un momento a otro. Y mis cenizas se las llevará este viento que sale del mismísimo infierno.

Abrí un ojo y miré a Juana, que resoplaba sofocada.

—Pues yo creo que antes me quedaré ciega —gruñó Dolores—. Ni cerrando los ojos logro huir de este condenado fulgor.

Resultaba doloroso mirar el desierto. Los rayos solares reverberaban en la dorada y fina arena, que proyectaba hacia arriba una especie de incandescencia luminosa. Sobre las sinuosas dunas, que parecían de oro molido, pendía una neblina deslumbrante y difusa que se arremolinaba entre ellas, creando la ilusión de ser reptadas por una serpiente translúcida y fluctuante. Era la flama de un calor tórrido y abrasador que se convirtió en nuestra más dura tortura.

Arranqué tres tiras de mis sayas y pasé dos a las hermanas.

—Vendaos los ojos —aconsejé, aplicando mi consejo.

De tal guisa logré dormir buena parte del trayecto. Y, paradójicamente, fue un frío gélido el que me despertó de un buen mordisco.

Desanudé mi venda, descubrí mis ojos y parpadeé para descubrir un paisaje de belleza subyugadora. En las ondulantes dunas, ahora teñidas de un añil intenso, la plata de la luna arrancaba destellos nacarados en la arena, que

titilaban bajo un cielo estrellado y límpido.

La magnificencia de aquel evocador entorno me robó el aliento un instante. La luna llena se me antojó más grande de lo usual, más refulgente y más majestuosa. Y, allí, sobre las dunas, como una grandiosa perla engalanando un opulento pecho de terciopelo negro, presidió aquella noche, teñida de un misticismo casi romántico.

Sobre la loma de una duna más prominente, una figura se recortaba sombría mirando al horizonte. No estaba a mucha distancia, pero tampoco lo suficientemente cerca para que pudiera reconocer su identidad. No obstante, su porte arrogante y su corpulencia me la desvelaron.

Era él, el maldito capitán.

Me pregunté qué hacía allí, en mitad de la noche. Quizá admiraba la belleza nocturna de un desierto que se tornaba de árido a mágico tan sólo con vestirse de nácar, o quizá simplemente estaba inmerso en sus pensamientos, tramando alguna nueva fechoría. A buen seguro era lo segundo, pues no podía presuponerse semejante sensibilidad a una bestia inhumana.

Permaneció un buen rato inmóvil. Yo lo observaba curiosa mientras mis dientes castañeteaban y mi boca expulsaba vaharadas neblinosas.

Comencé a frotarme los brazos con vigor en un fútil intento por entrar en calor, cuando un susurro me sobresaltó arrancándome un gruñido irritado.

—¿Puedo hacer algo por ti, Isabet?

El capitán me sonrió condescendiente con un gesto mordaz en su rostro.

—Sí, coge la daga que llevas al cinto y clávala en tu corazón.

Su sonrisa se amplió divertida y negó pausado mientras se desprendía de su capa bermellón con una cinta negra cosida en los bordes.

—Ahora mismo, creo que necesitas más esto. Vas a quedarte sin dientes si no entras en calor y...

—Ya, ya, y no valdré un mísero maravedí —completé refunfuñando.

Exhaló una especie de risa sofocada que sonó más a gruñido risueño.

—Veo que comenzamos a entendernos.

Me pasó la capa entre los barrotes, y yo la tomé con urgencia y me envolví en ella. Su calor corporal impreso en el paño me rodeó en el acto. La sensación fue tan placentera que no pude reprimir un gemido quebrado que

hasta sonó lujurioso.

—Y veo que te complacen mis abrazos.

Me arrebuje en la capa y lo miré despectiva.

—Me complace la capa —precisé cortante.

—Yo desprendo más calor que ese rudo paño.

—No me abrazaría a ti ni rodeada de hielo.

—Si algo me precede es mi fama de conseguir imposibles —masculló jactancioso—. Nada se me resiste.

—Naturalmente, la fuerza y el miedo son muy convincentes. No hallo mérito alguno en eso.

—Posees una lengua afilada, una agudeza admirable, valor y fortaleza, pero ni una pizca de sentido común. La sumisión es un valor indispensable en tu nueva condición de esclava; sin ella, yacerás bajo la ira de tu amo, que o te abandonará a tu suerte o te golpeará hasta matarte. Ambos tristes destinos para alguien que tiene tanto que ofrecer.

—Mi destino se truncó el día que te cruzaste en mi camino.

—No, muchacha, tú me llamaste a tu encuentro. Y yo acudí.

—Maldigo ese día por siempre —proferí en un siseo rabioso.

—Deberías maldecir tu arrebató vengativo, tu incontrolable despecho o tus traicioneros impulsos, y no al destino. Asume tus errores, es la única manera de enmendarlos o no repetirlos.

Lo fulminé con la mirada y mis dedos se cerraron con más fuerza en los bordes de la prenda con que me arrebujeaba.

—Siento tu odio desde aquí —reveló en un profundo tono grave—, pero al igual que cambia el desierto según el astro que lo rija, cambia un corazón según la mano que lo toque.

—La tuya ya me condenó —escupí resentida.

—Tengo dos manos —recordó alzándolas y guiñándome un ojo.

Y, tras una sonrisa misteriosa, se alejó rumbo a la tienda que habían montado sus secuaces.

Gruñí para mis adentros y me acurruqué bajo el grueso manto, que para mi completo disgusto olía a él.

Era un aroma algo particular, y reconocí que atrayente. Ligeramente

almizclado, con cierto toque a resina, sal y sándalo, también detecté un tenue matiz afrutado, cítrico. Inhalé con más fuerza y me pregunté por qué demonios no olía a rayos, como debería. Dudaba que el aseo personal fuera costumbre en un marino, y más en un hombre de su calaña.

El cansancio me venció y, entre aquel exótico aroma, sumida en pensamientos encontrados, logré conciliar el sueño.

* * *

Un reiterado cántico ondulante y alarmista nos despertó.

—¡Es el silbido bereber! ¡Nos atacan! —oí exclamar al carretero.

Miró hacia atrás esperando órdenes o refuerzos con semblante angustiado, contagiándonos su ansiedad.

El sonido era arrastrado por la brisa del desierto, engañándonos con una cercanía ilusoria, pues no había rastro de jinete alguno. Oteé las sinuosas lomas que silueteaban el horizonte sin lograr divisar nada, pero la palpable tensión que nos invadía se convirtió en una presencia en sí, rotunda e inquietante.

El sonido de una cabalgadura trotando hasta nosotras dejó escapar algún grito asustado entre las mujeres.

Eran dos jinetes: el capitán y otro hombre de gigantescas hechuras, fiero rostro de tez de morena surcado por numerosas cicatrices y cabeza rasurada.

Nuestro carro era el primero de la fila, el más expuesto, y ambos se detuvieron a conversar un poco más adelantados, pero lo suficientemente cerca para que pudiera oírlos.

—Son los insurgentes de la tribu de Ben Alcadi, estoy seguro. Debería haberlo matado cuando tuve ocasión —se lamentó el capitán. Su voz grave y ya familiar para mí sonó rabiosamente contenida.

—No te atormentes, Dragut, lo vencimos y nos juró fidelidad, pero es muy posible que sea olvidadizo, además de belicoso y estúpido.

Su nombre era Dragut, uno de los capitanes más temibles de Barbarroja.

—Soy el representante del sátrapa de la provincia de Argel —adujo indignado y con determinación—, nombrado por el mismísimo sultán Solimán,

y, como gobernador, voy a unificar a los reyes insurrectos del interior, aunque sea uniendo sus cabezas en una maldita pica, eso te lo prometo, Caramaní.

De nuevo, ese particular sonido ululado se alzó entre las dunas y, sobre ellas, apareció una amenazante hilera de guerreros bereberes tocados con blancos turbantes y montando ligeros corceles, todos con las manos en alto enarbolando su curvo acero y silbando aquel pintoresco grito de guerra.

Un unificado alarido dio inicio a su avance.

Otro feroz rugido, esta vez más cerca y apremiante, desmembró la ordenada caravana, y las carretas se dispersaron. Nuestros captores emergieron a caballo espada en mano y galoparon hacia su adalid.

—No quiero más prisioneros —fue su única orden.

Y, casi al unísono, galoparon para enfrentar aquella horda de escandalosos guerreros, alentados por el coraje de su capitán.

El carromato se ladeó para intentar retroceder y en aquel momento vi cómo las dos líneas de combatientes se encontraban entrechocando sus espadas.

Dragut derribó con feroz habilidad a su oponente y se cernió sobre los siguientes, manejando habilidoso su palafrén con una mano, al tiempo que descargaba mandobles certeros con la otra, derramando la sangre de sus enemigos.

Fue la primera vez que me pregunté si mi destino podía ser peor de lo que ya era. Si finalmente los corsarios morían en aquella contienda, ¿qué sería de nosotras? Si de algo estaba segura era de que no nos liberarían, y quizá tampoco se expondrían a vender algo que pertenecía al gran Barbarroja y, por ende, al sultán. Así pues, sólo pude barajar la única respuesta posible: nos matarían.

Y, de nuevo, la Providencia se elevó estampando en mi rostro un sonoro y doloroso bofetón.

Rogué en mi fuero interno por que el malnacido de Dragut y sus huestes corsarias se alzarán con la victoria. Y me consolé diciéndome que yo acabaría con su vida, más adelante, a la menor oportunidad.

CAPÍTULO 9

ABRIENDO COMPUERTAS

Hospital de Castellón, agosto de 2018

Un ondulante y vibrante sonido taladró mis oídos, despertándome sobresaltada. Me recordó al ululato árabe, *zaghareet*, creo que lo denominaban, y me incorporé aún aturdida refregándome los ojos.

Miré embotada a mi alrededor y descubrí que todo estaba en silencio, velado por esa serena quietud posterior al alba, cuando la luz ya ha evaporado las sombras pero todavía no ha despertado al mundo. Y allí, en aquella paz, donde sólo se oían los primeros trinos de las aves, donde el silencio aún imponía su breve dominio y donde mis sentidos ya habían despertado completamente, aquel zumbido permanecía en mis oídos como una alarma, inquietándome.

Me recliné de nuevo, cerrando los ojos y tapándome los oídos, a pesar de saber que el ulular procedía de mi interior. Intenté conservar la calma diciéndome que quizá en el cuarto contiguo tuvieran la tele encendida, o que quizá fuera alguna radio, pero en el fondo sabía que las enfermeras no permitirían a aquellas horas que nadie pusiera tan alto el volumen.

Respiré hondo y el sonido bajó de intensidad; mi inquietud permanecía, sin embargo. Era una desconcertante sensación opresiva, casi angustiada, como si

algún peligro inmediato me amenazase y esa certeza hubiera disparado inyecciones de adrenalina en mi torrente sanguíneo.

Algo andaba mal.

Abrí los ojos y posé la mano en mi pecho. Mi corazón latía desbocado. «¡Mierda!»

Alargué el brazo y presioné el pulsador de llamada.

Al cabo, una enfermera apareció con semblante torvo y mirada somnolienta.

—¿Qué necesitas?

—No me encuentro bien.

—Sé más concreta.

—Tengo taquicardia, y no dejo de oír una especie de ulular en mi cabeza.

Frunció el ceño componiendo un gesto profesional y cogió el tensiómetro. Me lo ajustó al brazo ciñendo la cinta de velcro y pulsó el botón de encendido.

Tras el zumbido de hinchado, aparecieron unos números en el panel.

—Los parámetros son normales, y tu pulso cardíaco también. Seguramente será sólo una sensación provocada por alguna pesadilla.

—¿Y el sonido?

—A veces oímos pitidos en los oídos por algún cambio de presión, pero lo apuntaré en el informe para que te examine el doctor Muñoz en su visita de hoy.

—Hoy me dan el alta.

—Vendrá de igual modo.

Habían pasado dos semanas tras mi despertar, pero me quedaban dos meses y medio de rehabilitación, por lo que acudiría diariamente al hospital para las sesiones. Ansiaba regresar a mi casa, a mi anterior vida, y, sobre todo, olvidar el accidente y todo lo que había traído consigo. Fundamentalmente, la insidiosa revelación de Luis Roig: que alguien había intentado matarme.

Era por completo absurdo e inverosímil. Bien era cierto que yo no era la chica más popular del lugar, nada más lejos de la realidad, de acuerdo, pero no había ningún motivo sustancial para aquel sinsentido. ¿Matarme? ¡Por Dios,

era de locos! ¿Quién en su sano juicio querría borrar del mapa a una aburrida bibliotecaria? Repasé mentalmente los posibles móviles que pudieran impulsar a alguien a deshacerse de mí. A mi memoria acudieron la multitud de novelas negras leídas hasta la fecha y los programas de actualidad sobre casos policiales verídicos, y todos coincidían en que todo crimen se fundamentaba en tres motivos: por sentimientos pasionales, por dinero o por odio. En ningún caso hallé un vínculo que justificara mi muerte a favor de mi asesino. No tenía pareja, no tenía dinero y no tenía enemigos, al menos, declarados. Y, escudriñando en mi mente, tampoco hallé ninguna discusión digna de mención con algunos de mis convecinos. Yo sólo era la pobre solterona amargada que gustaba de pasar desapercibida.

Lo que sí sabía era que debía informar a la policía del asunto y exigir protección hasta que encontraran al hombre que me había atropellado. Y, si no podía implicar a Luis, tendría que mentir y testificar en comisaría que yo había visto cómo el coche había salido del aparcamiento y se había lanzado premeditadamente contra mí.

Resoplé y palmoteé mi almohada, mulléndola. Debía tranquilizarme, porque era más que probable que aquel maldito ulular que aún oía fuera un signo de ansiedad. Una alarma de mi mente, saturada, agotada y preocupada.

Habían estado a punto de matarme, maldita sea, imprequé para mis adentros, y no podría reanudar mi vida con esa aterradora sombra tras de mí.

Miré la mesita auxiliar, donde el libro de Luis destacaba sobre aquella blanca superficie, y alargué la mano hacia él.

Había empezado a leer el libro de Barbarroja, y me había impactado el realismo con que documentaba sus vivencias, y no sólo eso, sino el peculiar toque personal con que lo describía el narrador. Era como si hubiera presenciado en primera persona cada suceso. Podía compararlo con algún libro de Gómara, el cronista que sí vivió junto al pirata alguna de sus hazañas, quizá encontrara semejanzas e incluso párrafos copiados, aunque no lo creía, pues, a tenor de lo que llevaba leído, dudaba que un monje del siglo XVI utilizara el mismo lenguaje que usaba Luis, bastante más actual.

Con cada capítulo leído, mi imagen sobre Barbarroja se debatía entre dos emociones: el rechazo y la admiración.

Había comenzado por su niñez. Su padre había sido un modesto alfarero, en Mitilene, en la isla griega de Lesbos; su madre fue una humilde cristiana griega. Fue el segundo de cuatro hijos varones y dos hermanas de las que poco se sabe. Su padre, Yakup, compró un bote para comerciar con sus productos, y fue así como todos sus hijos se hicieron marineros y, más tarde, se convirtieron en piratas para combatir la actividad corsaria de los caballeros de San Juan, más conocidos como la Orden de Malta, en la isla de Rodas. Sin embargo, sólo dos de ellos destacaron del resto. El mayor, Aruj, el primer y originario Barbarroja, que fue apodado así por el color de su barba. En este punto, el autor había incluido una acotación afirmando su propia teoría respecto al apodo: el pirata comenzó a ser llamado *Baba Oruc, Papá Aruj*, por sus cuidados paternales sobre todo musulmán necesitado, y de la deformación de ese apelativo surgió *Barbarroja*; ambas teorías eran plausibles. El otro hermano que destacó y adoptó el temible apodo de su hermano al morir éste, aunque su barba fuera oscura y no roja, fue Jeireddín, con lo cual, aquella ilustración pertenecía sin lugar a dudas al segundo hermano, como también la historia que se contaba entre sus páginas.

El verdadero nombre de Jeireddín era Hizir ben Yakup, en turco. Sus grandes operaciones marítimas y su alianza con el sultán lo convirtieron en el terror de los mares, en el azote otomano de los cristianos y en la pesadilla del emperador Carlos V.

Fue un hombre sagaz, avezado estratega y leal con sus hombres, a los que cuidaba y protegía sin usar el despotismo ni el temor para hacerse respetar. No obstante, letal e implacable con los enemigos.

Un episodio que llamó mi atención fue el cariz personal que tomó una de sus muchas empresas. En 1534, Barbarroja asaltó Fondi, cerca de Nápoles, con un objetivo en mente: capturar a Julia Gonzaga, una joven viuda de belleza legendaria, y entregarla al harén de Solimán, no sin probarla antes, naturalmente (un dato curioso para una biografía, demasiado personal para su conocimiento, pensé al leerlo). Por lo visto, un renegado guio a los dos mil turcos enviados por Jeireddín hasta la casa de Julia, pero ésta, según la leyenda, logró escapar por muy poco cabalgando en la noche, «medio desnuda», a lomos de un caballo. Al parecer, el pirata se obsesionó con ella y

estuvo buscándola durante mucho tiempo.

Me resultó curioso que fuera una mujer lo único que se le había resistido al gran Barbarroja. Sonreí para mis adentros. «Bien por Julia.»

Tras unos breves y suaves golpes en la puerta, su homónima entró en el cuarto, portando un macuto y una entusiasta sonrisa.

—Te he traído algo de ropa de tu casa. Hoy es el gran día.

Observé cómo, toda afanosa, abría la bolsa de viaje y me mostraba las prendas.

—¿Sabes? Tienes un gusto pésimo. Tu armario da ganas de llorar.

—Pues no lo perfumo con cebolla.

Puso los ojos en blanco y amplió la sonrisa.

—No es necesario, se me saltan las lágrimas ante la falta de color y de variedad. Por amor de Dios, no tienes ni un miserable vestido, ni una falda. Todo vaqueros y camisetas, y a lo sumo pantalones de tela y alguna blusa insulsa. Tú no eres tan aburrida.

—Justo por eso, debo contrarrestar mi chispeante sentido del humor con mi indumentaria —murmuré jocosa, guiñándole un ojo.

—Al menos, no he tenido que pensar qué te traigo, lo he elegido al azar.

Sacó una camiseta que me encantaba de «Juego de tronos», mi serie favorita, con el emblema de *Dracarys* y a *Drogon*, el dragón negro de Daenerys Targaryen, escupiendo fuego. También sacó unos vaqueros desteñidos que estiró frente a mí, mirándolos con tanta desaprobación que si los pobres pantalones tuvieran sentimientos se habrían tirado ellos solitos por la ventana.

—Pues has acertado de lleno, es mi camiseta preferida.

—Desde luego, no somos amigas porque compartamos gustos.

Le eché una ojeada alzando la ceja divertida. Ella llevaba un bonito vestido azul con lunares blancos sin mangas y entallado a sus sinuosas curvas y unas vistosas sandalias de suela de cuña plateadas. En efecto, no podíamos ser más dispares estéticamente.

Julia, que reparó en que la estaba examinando, se volvió lentamente alzando coqueta los brazos, trazando un círculo completo para lucir su atuendo.

—Muy femenina —dictaminé admirando cómo la rotunda seguridad que tenía en sí misma la vestía mucho más que la ropa que llevaba.

—Lo soy —rubricó orgullosa—. Lo somos —rectificó—, sólo que tú prefieres ocultarlo.

Desvié la mirada incómoda, ahuyentando los inoportunos recuerdos de mi pasado. Julia se percató al instante de aquel visible cambio en mi gesto y se apresuró a cambiar de tema, adivinando lo que me había contrariado.

—¿Sigues sin querer ver a Luis?

—Ya te conté nuestra conversación: cree tener conmigo una responsabilidad por el mero hecho de haber presenciado el atropello. Y, además, se siente culpable por no respaldarme como testigo en la intencionalidad del delito. Pero, en realidad, lo que desea es largarse de aquí y escapar de las garras de ese maldito suceso que presencié y que lo ata a mí.

—¿Y por qué no dejas que limpie su conciencia de ese modo?

—¿Protegiéndome? —farfullé desdeñosa.

—Visitándote —repuso—. Parece un tipo interesante, es sexy, misterioso e inteligente, una gran distracción para cualquiera. Y más para ti.

Fruncí el ceño, crucé los brazos bajo el pecho y la miré de soslayo.

—¿Tan desesperada me ves?

—Al contrario, cada vez eres más arisca y hermética con los hombres. No todos son como...

—Con la gente —puntalicé interrumpiéndola. Mi ceño admonitorio puso una barrera de prohibido el paso a su irritante insistencia. O, al menos, lo intenté.

—No puedes vivir al margen del mundo —persistió temeraria, sentándose en la cama y cogiendo mi mano entre ellas.

—Ya lo hago —le recordé, acentuando mi ceño fruncido.

Julia inhaló paciente una profunda bocanada de aire y guardó silencio mientras meditaba qué vía podía seguir sin que se topara con más muros. Conocía sobradamente esa mirada calculadora, y me preparé para su próximo movimiento.

—A veces me siento como Armstrong —masculló al cabo, mirándome fijamente.

Alcé intrigada las cejas y me encogí de hombros desconcertada.

—Soy la única persona que ha pisado tu luna.

Agrandé los ojos impávida ante aquella insólita afirmación.

Julia mantuvo su gesto grave.

Nos sostuvimos largamente la mirada hasta que ambas estallamos en carcajadas.

—A veces tú eres más como la perrita *Laika* —bromeé entre risas—: no dejas de ladrar que abra mi luna a más astronautas.

—¡Oh, Dios!, creo que voy a mearme encima —barbotó ella.

Reímos hasta lagrimear. Julia palmeaba la cama y yo me doblaba sobre mi vientre. Los hipidos entrecortados de la peculiar risa de mi amiga impidieron que dejara de reír, a pesar de que el doctor Muñoz entraba en aquel momento.

—Ahí viene otro astronauta al que no dejas salir de la cápsula espacial —añadió ella entre silbantes hipidos hilarantes.

Aquel comentario nos sumió en otro acceso de risa más intenso que el anterior.

El médico nos miró divertido, contagiado por nuestras ininterrumpidas carcajadas.

—¡Joder, para! —exclamé cubriéndome el rostro con la sábana. Oírla reír era contagioso, pero verla me superaba.

—Si albergaba alguna duda sobre tu recuperación, acabas de despejarla —murmuró regocijado el doctor Muñoz.

Cuando logré controlar la risa, me destapé y lo miré todavía con aquella temblorosa sonrisa previa a la carcajada que intentaba denodadamente estrangular, pendiendo de mis labios.

Me conminé a diluir aquella descontrolada hilaridad apretando los labios, aunque el hormiguelo en los hoyuelos de mis mejillas continuaba igual de efervescente.

Los ojos del médico pasaron de mis ojos a mis labios, demorándose en ellos con una expresión indescifrable, a pesar de que en su rostro permanecía aquella complacida y aséptica sonrisa.

Me relamí algo nerviosa y desvié la mirada para toparme con el gesto cómplice de Julia.

Puse los ojos en blanco.

—Bien, Elisa. —El doctor Muñoz se acercó y se sentó al borde mi cama con una pasmosa y natural familiaridad—. Los resultados de tus últimas pruebas son inmejorables. —Derramó la vista sobre el informe que traía consigo y asintió satisfecho—. En cuanto termines la rehabilitación, recuperarás tu vida tal como la dejaste, sin secuelas de ningún tipo —concluyó cerrando el portafolios.

Sonreí, pero el gesto no alcanzó mis ojos.

No me engañaba: mi vida no podía ser la de antes. No, cuando aún debía digerir que habían intentado matarme, y que, por si eso no fuera suficiente, además el culpable vagaba libre, matando esta vez con éxito mi ansiada tranquilidad, envenenándome con un miedo insidioso y sibilino que me impediría vivir en paz.

El médico cogió mi mano entre las suyas y, aunque el contacto me violentaba, no la retiré.

—Es normal que sufras pesadillas y estados quizá de congoja o accesos de llanto durante algún tiempo, pero esos episodios se irán desdibujando a medida que asimiles lo ocurrido y te sumerjas en la rutina diaria —advirtió con un cálido deje fraternal—. Me comentó la enfermera que despertaste con un sonido en tu cabeza.

—Un ulular —precisé—. Comenzó de manera intensa y se fue apagando hasta desaparecer, nunca me había ocurrido.

—Hoy sales de aquí, Elisa. Por fortuna, regresaste del otro lado, pero ahora te queda enfrentarte al mundo. Tu mente ha estado desconectada tres meses, tu cuerpo también, y ahora debes fortalecerlo y volver al juego. Eso genera un estrés que quizá no registres conscientemente, pero que comienzas a liberar. Debes reanudar tu vida tras esos meses fuera de ella. Y mi consejo es que lo tomes como el regreso de un viaje muy largo, que no intentes ponerte al día enseguida, sino que te lo tomes con tranquilidad. Ten paciencia contigo misma para adaptarte a tu alrededor. Ese ulular es tan sólo una alarma de tu cerebro ante el miedo o la presión al exterior, que ahora ves como algo desconocido. A Dios gracias, no has pasado mucho tiempo en coma, otros despiertan después de años, y el acople a sus vidas les ocasiona alteraciones

emocionales y psíquicas importantes. Has tenido suerte, después de todo.

«Suerte relativa», me dije, ya que mi suerte seguía en un cubilete de dados agitada por un maldito desconocido al que le molestaba que yo respirase por alguna razón.

No obstante, asentí agradecida y dócil.

—Gracias, Simón, prometo tomármelo con calma.

—Aceptaría de buen grado un café fuera de aquí —confesó mirándome a los ojos—. Aunque te citaré para las revisiones, me gustaría ver cómo te manejas ahí fuera.

Por encima del hombro del médico, unos pasos más allá, Julia asomó la cabeza para asentir rotundamente mientras con sus labios perfilaba las palabras: «Por favor».

Claudiqué.

—Me encantaría, creo que tienes mi teléfono.

Simón estiró las comisuras de los labios en una luminosa curva triunfal. Acto seguido, se puso en pie con la ligereza que da apuntarse un tanto y me tendió la mano.

—Te llamaré dentro de unos días.

Y salió con paso ligero y porte altivo.

—No va a pisar mi luna —adelanté con determinación ante el inminente entusiasmo de Julia—. Sólo le he abierto la compuerta de la cápsula, pero lo tendré en la escalera hasta que sea digno de pisarla.

—Mejor —convino ella—, no queremos que caiga en uno de tus cráteres.

CAPÍTULO 10

HUELLAS INQUIETANTES EN LA LUNA

Oropesa del Mar, septiembre de 2018

Me estaba replanteando si haber accedido a ir al Mai Tai Cocktail Bar aquella noche había sido buena idea.

En septiembre, el turismo había descendido considerablemente, pero todavía atestaba los locales del paseo Marítimo del Mediterráneo de mi querida Oropesa.

Julia y yo nos encontrábamos sentadas en la terraza del club saboreando nuestras bebidas: yo, una deliciosa piña colada, y ella un mojito.

Habría tenido una vista espectacular del mar si no hubieran dejado de transitar viandantes ociosos frente a mis ojos. Por alguna razón, y a pesar de que mis piernas no habían recuperado completamente su tono muscular, sentí el irrefrenable impulso de nadar de noche en el mar.

El mar siempre había ejercido un poderoso influjo sobre mí, y más aún de noche. Sumergirme en sus negras aguas teñidas de la plata de la luna me imbuía de un extraño misticismo, me vivificaba y me regeneraba, convirtiéndose en una especie de ritual en el cual me desprendía de mi cáscara mundana para liberar mi alma y diluirla entre las aguas, dejando que su caricia sanara heridas, arrastrara mis recuerdos y me cubriera de una nueva piel, más

dura, más impenetrable.

Y si algo podía elevarme a un nivel superior era presenciar una tormenta en alta mar. Aquel fenómeno, que para la mayoría resultaría aterrador, en mí despertaba un magnetismo tan intenso que siempre que el cielo se cubría y rugían los truenos, mi piel se erizaba y mi corazón se descompasaba, logrando que mis pies me condujeran sin remedio alguno al mar.

Tenía un lugar favorito donde liberar aquella subyugante fascinación: el rompeolas en la playa del Torreón en Benicàssim. Solía escapar a aquel lugar en las noches de tormenta, embriagándome de aquella virulenta belleza, impresionada ante tan majestuoso poder, ante la apasionada fuerza de dos elementos, que luchaban denodados por unir sus pieles. El mar encrespado alzando desesperado sus espumosas crestas para acariciar aquel inalcanzable cielo, y éste, a su vez, rugiendo su impotencia mientras descargaba sus luminosos filamentos para atrapar en ellos a su otra mitad en un abrazo imposible. Era como contemplar la ansiedad de un reencuentro imposible entre dos amantes separados por el destino.

—Estás muy pensativa esta noche.

Suspiré hondamente y tomé mi copa, removiendo su contenido con la vistosa pajita azul.

—Pensaba en lo mucho que me gustaría darme un baño en el mar.

Julia frunció el ceño, y su expresión maquinadora fue tan evidente que me arrancó una sonrisa tierna. Si le pidiera la luna, ella haría lo posible por bajarla para mí. ¡Dios, cuánto la quería!

—Bueno, aún estás débil, pero hoy has dejado las muletas atrás y, aunque algo inestable y tambaleante, yo diría que te manejas sin ellas muy bien. Y para nadar no te son tan imprescindibles. Además, seguro que el doctor Muñoz te lo prescribiría de saber que te gusta.

—Quitando que parezco una borracha tras salir de un *after hour*, logro caminar, sí —apostillé dando a continuación un largo trago.

—Quitando que no has pisado nunca un *after hour* y que no has probado una gota de alcohol, deberías usar el símil de marearte en alta mar, como aquella vez en aquel barco de paseo que recuerdo...

—No me mareé —contradije—, me dio una bajada de tensión.

—Ya, ya, a cualquiera se nos baja la tensión con aquel mar picado.

—No fue el mar —insistí resoplando.

—Desde luego, no fue el mar lo que estropeó mis bonitos zapatos aquel día.

Le dediqué una mirada irritada y ella sonrió condescendiente.

—Las bajadas de tensión producen náuseas y mareos.

—Los huracanes en alta mar también —acicateó alzando su mojito.

Estiré una sonrisa mordaz al tiempo que fruncía el ceño.

—Por las bajadas de tensión en plena tormenta marítima —ensalzó ella a modo de brindis.

—Por las amigas quisquillosas —respondí chocando mi copa con la suya.

Ambas reímos y bebimos solazadas.

—¿Sabes, Julia?

—Dime, trasto.

—No hay mejor medicina que tú, y pienso autoprescribírmela muchos años.

Los ojos oscuros y vivaces que me miraban a través de unas gafas de pasta negra se humedecieron.

—Sólo tú consigues que pase de la risa al llanto en décimas de segundo.

—Quizá por eso debería recibir buena parte de los beneficios de la marca de máscara de pestañas *waterproof* que usas gracias a mí.

Acababa de sacar un clínex de su bolso, que extendía a golpe de seca sacudida, cuando se detuvo y resopló revolviendo su rubio flequillo ladeado.

—Bufff, no sé si secarme la lagrimilla, sonarme los mocos o hacer una pelota con él y tirártelo.

—Mejor ondéalo para llamar al camarero, creo que ya es hora de pedir la cuenta y largarnos.

Su expresión se trocó en un rictus desconcertado y, tan avispada como siempre, siguió la dirección de mis ojos.

—Lo voy a ondear, sí, pero para decirle que se acerque. La fulminé con la mirada y negué con la cabeza admonitoria.

Y, cumpliendo su amenaza, agitó aquel pequeño trozo de papel con tal entusiasmo que, si no hubiera sido por el cariño que le tenía, la habría

estrangulado allí mismo.

Alcé resignada la vista al cielo y resoplé notoriamente.

Luis Roig, con su casco de moto colgado del antebrazo, avanzó hasta nuestra mesa con una cautivadora sonrisa curvando sus carnosos labios.

—¡Vaya, qué coincidencia! —mintió descaradamente.

Apartó una silla y tomó asiento entre nosotras tras dejar el casco en la silla vacía de enfrente. Miró al interior del local, ambientado con una azulada luz tenue, y luego a nosotras.

—Me gusta, tiene... estilo.

—Así que... pasabas por aquí, ¿no?

Me guiñó un ojo y cruzó indolente las piernas, reclinándose en el respaldo de mimbre.

—Sí —admitió descarado—, pasaba porque tenía que pasar.

Dirigió una mirada cómplice a Julia y comenzó a tablear en su muslo.

—Ya veo, ya, ¿otro astronauta que lanzas al espacio, Julia?

—Por eso se ha traído el casco —bromeó la muy arpía.

Ensanché una sonrisa cínica y alcé mi copa de nuevo.

—Por los vuelos espaciales que terminan en agujeros negros y por las brujas que vuelan sin escoba.

—Chinchín —concedió ella alzando su mojito mientras estrangulaba la risa.

—Yo también quiero brindar —intervino Luis disfrutando de mi incomodidad.

Alzó el brazo para llamar a la camarera y ésta acudió presta.

—Una gran jarra de cerveza —pidió con una distendida sonrisa.

La chica lo miró y se embobó más de la cuenta hasta que logró asentir con una risita nerviosa.

Luis simuló no percatarse del evidente arrobamiento de la camarera y volvió a centrarse en mí.

—¿Otro?

Alzó las cejas con disgusto asombro y, acto seguido, miró reprobador a Julia. Ella se encogió de hombros con gesto divertido.

—Cuantos más lanzamientos, más posibilidades hay de que alguno alcance

la luna.

—Suerte que soy el más rápido.

—Espero por tus conquistas que no en todo —ataqué.

—No, no en todo, hay muchas lunas que lo testifican.

Puse los ojos en blanco y comencé a impacientarme.

—Dejémonos de pamplinas, ¿qué demonios quieres? ¿Aún no te ha quedado claro que no quiero volver a verte?

—He hecho algunas averiguaciones por mi cuenta —adujo con inesperada gravedad.

—Creo recordar que te liberé de tu responsabilidad hacia mí.

—Cierto, otra cosa es que yo quiera liberarme.

En aquel momento apareció la camarera y dejó frente a él una jarra de cerveza grande y fría tras dedicarle una luminosa sonrisa. Sus ojos chispearon cuando repasó descaradamente y por entero el cuerpo de Luis. Llevaba una simple camiseta negra con el logo de AC/DC en blanco, y unos ajustados y desgastados vaqueros que moldeaban unas piernas largas y bien formadas. Lo cierto es que era algo que yo misma podría ponerme, para disgusto de Julia.

—Gracias —murmuró él.

La chica dejó al lado el platillo con la cuenta, le guiñó un ojo y se alejó contoneándose coqueta.

—¿Por qué?

Mi pregunta lo pilló a medio trago de su cerveza. Sus rasgados ojos verdes se clavaron en mí con una mirada intrigante. Cuando terminó, relamió la espuma que había quedado en sus labios. Aquel gesto me atrapó.

—Voy a contarte algo sobre mí. Es la mejor manera de que me entiendas, seguramente también la única —comenzó.

Miré a Julia, que decidió perder su atención en su teléfono móvil. Por algún motivo, supe que ella ya conocía esa historia. Noté la garganta reseca y una extraña sensación ominosa en el pecho. Acerqué los labios a mi piña colada y sorbí por la pajita.

—Hace muchos años, maté a mi hermano pequeño.

Aquella revelación me atragantó y tosí abruptamente.

Luis me ofreció varias servilletas de papel y aguardó paciente a que me

recompusiera.

—Joder..., vaya comienzo...

—Sin duda lo es.

Indagué en su mirada, pero me topé con un hermetismo emocional que me desconcertó. Estaba claro que necesitaba alzar un muro para poder contarme lo que supuse una trágica y dura historia.

Tomé una profunda bocanada de aire. Tuve la certeza de que su confesión me robaría el aliento.

—Continúa.

—A los dieciocho años incurrí en mi primer delito por conducción temeraria bajo el consumo de estupefacientes, ya sabes..., malas compañías. Me ficharon y me condenaron a tres meses de prisión y me retiraron el carnet durante dos años.

Bebió otro largo trago y su mirada se oscureció.

—Un chaval joven en la trena es un caramelo —prosiguió—, y no sólo por lo que estarás ya imaginando, sino porque nos captan mafias. El miedo te hace aislarte, pero eso es peligroso, pues muestra debilidad. Y la única manera de sobrevivir entre chacales es convertirte en uno de ellos, o al menos fingir que lo eres. No era mucho tiempo, tan sólo tres meses, así que comencé a gruñir como un perro rabioso, a hacerme el chulito sacando pecho y fingir que no tenía miedo, aunque por las noches me cubriera con la almohada para llorar como un crío pequeño. Pero esa actitud dura y desafiante, aunque mantuvo a raya a muchos alimañas carcelarias, atrajo la atención de un narcotraficante, que decidió probarme. Así que, un día, en el patio, un tipo me atacó clavándome una navaja en el costado. Un grupo de unos cinco presos se aunaron para formar un parapeto que ocultara mi agresión. Herido, me defendí como pude. Podría haber gritado y pedido auxilio, los vigilantes del patio me habrían oído y la habrían detenido. Pero sabía que, si lo hacía, encontrarían el momento de pillarme a solas y matarme. Aquello no era más que una prueba de mis arrestos y mis habilidades, así que liberé mi instinto y me defendí en el más completo silencio.

»Luché como un león enjaulado, preso de la furia y la desesperación, y logré derribar a mi oponente, arrebatarle la navaja y ponérsela en el cuello. El

hombre se rindió. Pero ni la piedad ni el perdón son virtudes aceptables para cualquier delincuente que se precie, y cuando miré jadeante al narco que lideraba aquel grupo, supe al punto lo que debía hacer.

»Con la punta de la navaja, rasgué la piel de la mejilla de mi atacante mientras le tapaba la boca trazando un corte largo desde el pómulo hasta el mentón y luego le escupí.

No acerté a hablar y sofoqué un escalofrío.

—De veras que no entiendo por qué compartes esto conmigo. Te juro que no necesito una explicación tan terriblemente exhaustiva, yo...

—La necesitas, por favor, deja que termine.

En su ruego, percibí una necesidad tan imperativa que me limité a asentir.

—Luego me puse en pie —continuó frunciendo el ceño de manera sombría y casi amenazadora— y me encaré con el narco. César, se llamaba. Lo miré fieramente a los ojos y le dije que no volviera a ponerme a prueba si no quería perder a uno de sus hombres. Hasta yo mismo me sorprendí del desconocido tono que manó de aquella amenaza. Aquél no era yo, o eso creí pensar, pero lo era.

Hizo una pausa, se pasó la mano por el espeso y alborotado cabello negro y, tomando aire, reanudó su narración.

—Y así fue como me gané el respeto de hombres abyectos y me lo perdí a mí mismo y a mi familia.

Dejó escapar un resuello apesadumbrado y apretó levemente los labios en un gesto duro y contenido.

—En la calle, me amenazaron con hacer daño a mi familia si no trabajaba para ellos, y lo hice. Hasta que no pude más.

Por su expresión, mis tripas se encogieron y me agité en mi asiento.

—Aproveché el traslado de trabajo de mi padre a otra ciudad para cortar por lo sano y simplemente desaparecí. Yo ya no me drogaba, aunque sí había traficado para ellos, y creí que podría empezar de nuevo. Que tenía otra oportunidad de labrarme un futuro distinto. Esa esperanza murió aquel maldito día, en aquella jodida fiesta.

Sentí una tenaza en la garganta y un nudo en el estómago.

—Tenía que llevar a mi hermano al instituto al día siguiente, pero fui tan

gilipollas de acudir a aquel club con la que era mi novia, la noche anterior.

—Y volviste a drogarte —aventuré turbada.

—No, me drogaron —aclaró tragando saliva.

Descruzó las piernas, abrió las rodillas, se reclinó en el respaldo descansando la nuca en el borde y se quedó un largo instante mirando al cielo. Luego cerró los ojos y dilató aquel tenso silencio.

Julia lo observaba con un gesto tan afectado y triste como angustiado era el mío.

Las manos de Luis, apoyadas en sus muslos, se crisparon, una única muestra del maremágnum de emociones que batallaban dentro de él y contra las que luchaba para mantenerlas bajo control. Inhaló profundamente y abrió de nuevo los ojos con la vista clavada en el firmamento.

—Me echaron una ampolla de éxtasis en la bebida. Y no soy de los que sueltan su copa, pero tenía a una bonita rubia incendiando todos mis sentidos en aquella barra, mi chica en aquel entonces, y, bueno, entre algunos de nuestros fogosos besos, algún cabrón vertió la droga en mi bebida.

»Amanecía y nos largaron del local. Luego echamos un buen polvo en el asiento trasero de mi coche y logré dormir un rato, lo suficiente para pensar que el par de cervezas que me había bebido las había eliminado ya de mi torrente sanguíneo. Pero cuando la llevé a casa me encontré embotado, confuso y mareado. Creí que era sueño, pero ya eran casi las ocho, con lo que, tras dejar a Óscar en el instituto, pensaba dormir toda la mañana. En aquel entonces, estaba en primero de carrera, quería licenciarme en Física, un logro de mi reinserción. Recogí a mi hermano de quince años y éste me dijo que debíamos pasar a por su amigo, que su padre estaba de viaje. Y eso hice. Matías subió detrás.

El nudo se estrechó, y mi malestar se acrecentó, a pesar de conocer ya el desenlace de aquel viaje.

—No..., no son necesarios los detalles, de veras, esto no puede hacerte bien, y yo no...

—Me incorporé a la Nacional a más velocidad de la debida —continuó ignorando mi intervención—. Pero me encontraba realmente mal, y quería dejarlos cuanto antes. Los chicos bromeaban y reían, y cuando comenzó a

emborronarse mi visión periférica, empecé a sacudir la cabeza y a apretar los dientes en un estúpido intento por alejar aquel maldito sopor. Frente a mí, la línea continua comenzó no sólo a desdibujarse, sino a zigzaguear como si jugara conmigo. Los sonidos en el habitáculo del coche se distorsionaron, primero enlenteciéndose en un tono grave, casi burlón, y luego se estiraron agudos, convirtiéndose en una especie de alarido enloquecedor que perforó mis tímpanos. Y entonces ocurrió, en el kilómetro 11 de aquella carretera, solté el volante para taparme los oídos, pensando que me sangraban. El coche perdió el control y nos estrellamos contra la mediana. Dimos varias vueltas de campana, y en mi psicodélico mundo, vi luces giratorias, oí gritos y vi a cámara lenta una nube de esquirlas de vidrio flotando a mi alrededor como pequeños insectos revoloteando curiosos. Miré a Óscar, que en aquel momento atravesaba como si fuera un hombre bala la fragmentada luna delantera. En mi estado, ni le había recordado que se pusiera el cinturón. Yo sí lo llevaba, y además de eso, el airbag reventó contra mi pecho, inmovilizándome contra el asiento, mientras el coche continuaba su danza mortal.

Volvió a cerrar los ojos, sus dedos ya eran garras clavadas en sus muslos.

—Mi hermano pequeño y su mejor amigo murieron en el acto. Yo fui acusado de homicidio imprudente, y al tener antecedentes me cayeron diez años de prisión, y otros dos por conducción temeraria bajo el consumo de drogas, aunque cumplí sólo seis por buen comportamiento. Fue un juicio rápido, como veloz fue mi ingreso en prisión. Allí ya no estaba César, tampoco sus hombres, pero me dejaron una nota en la celda.

No quería preguntar, cerré con fuerza los labios, pero mi curiosidad me traicionó.

—¿Qué ponía?

—«Me la puso dura tu novia en aquella barra.»

Solté el aire contenido e intenté respirar para liberar un poco de la opresión que sentía en el pecho.

—El éxtasis que habían encontrado en mi sangre era el mismo que yo vendía para ellos. Nadie escapa de la organización sin pagarlo muy caro. Y caro lo pagué.

—Luis...

Alargué una mano y la posé sobre la suya en un fútil intento por aliviar lo que imaginaba estaba reviviendo. Debió de ser atroz, y por cómo su rictus se contraía, supe que aún lo era.

Entonces abrió los ojos y, con el ceño fruncido, volvió a mirar la noche clara y punteada de estrellas que nos contemplaba impertérrita.

—¿Saliste indemne del accidente?

Despejó su frente, y vi una larga cicatriz paralela a la línea de su cuero cabelludo.

—No, no salí indemne, incluso si ese considerable pedazo de cristal no se hubiera clavado en mi frente formando un alero sobre mi rostro. Destrocé a mi familia, mis padres se separaron, ninguno me habla..., ni que decir tiene de la familia de Matías, rotos por el dolor. Debería haber sido yo el que muriera, habría sido lo justo, no ellos. Aunque, en realidad, morí en aquel coche. Mi alma lo hizo. Mi vida se desintegró en mil pedazos como lo hizo aquella luna delantera.

—Siento tanto lo que ocurrió...

Entonces me miró y ahondó en mis ojos de manera tan penetrante que me puse rígida, incómoda, en el asiento.

—De nada vale lamentarse.

—¿Y por eso te has erigido en mi protector? ¿Para redimir tu alma?

—No: debo protegerte porque te necesito.

Agrandé asombrada los ojos y lancé una mirada subrepticia a Julia, que estaba reutilizando su clínex para contener las lágrimas que arrasaban sus ojos.

—¿Me necesitas a mí?

—Así es.

—¿Tiene algo que ver Barbarroja en esto? —adiviné de pronto.

—Tiene mucho que ver, pero no he terminado mi historia. No te estoy contando todo el serial de desgracias que es mi vida para que sientas piedad y te desprendas de tu borde Rottenmeier y así convertirme en tu paladín y lavar mi conciencia o equilibrar mi karma. No. Es mucho más complejo.

—Tienes toda mi atención.

—Disculpad, pero me caigo de sueño. ¿Podrás llevar tú a Elisa a casa? —

espetó Julia sofocando un bostezo.

Apuñalé a mi amiga con la mirada. A cambio, recibí un encogimiento de hombros.

—¿Qué tal si seguimos nuestra conversación en otro lugar? —propuso Luis.

—Si no es urgente, podemos quedar los tres mañana —sugerí yo.

—Yo mañana no puedo, tengo mucho trabajo —declinó Julia sonriente—. Además, tú sigues de baja y mañana es sábado, no tienes rehabilitación. Puedes trasnochar lo que quieras.

Entorné los ojos y la taladré con la mirada. La muy arpía lo tenía todo maquinado. Había lanzado de un empujón al astronauta a mi luna y cerraba la puerta de la cápsula para huir en ella. Gruñí mentalmente.

De todas formas, cuanto antes acabara con eso, antes me libraría de Luis.

No podía estar más equivocada.

Julia se levantó, dejó dinero sobre la mesa, que yo volví a meter en su bolso, me dio un beso, alborotó mi pelo y salió de la terraza del Mai Tai rumbo a su coche.

Cuando Luis levantó su ticket para pagar una cerveza que apenas había probado, vi unos números escritos con bolígrafo detrás.

—Creo que la camarera te ha dejado su teléfono en el ticket —advertí.

Lo giró y esbozó una sonrisa tibia. No mostró sorpresa, ni vanidad, tan sólo indiferencia.

—Veo que te pasa a menudo.

—No me quejo, pero no es mi tipo.

Pensé que su tipo serían las rubias explosivas.

Cuando la chica acudió a cobrarnos, Luis pagó las tres consumiciones, ignorando mi negativa, y se puso en pie, dispuesto a ayudarme.

No me pasó desapercibida la mirada resentida de la camarera al ver cómo él rodeaba mi cintura y me llevaba hacia la salida, dejando allí el ticket con su dignidad herida tras él.

—¿Adónde vamos?

—Al rompeolas de la playa del Torreón, en Benicàssim. Es mi lugar favorito.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

Miré a aquel hombre y supe que era de los que dejaban huella. No miré a mi luna, por temor a ver unas perfiladas e inquietantes huellas en su superficie.

En el paseo descubrí que podía caminar con cierta estabilidad.

—Puedo andar sola, gracias.

—He dejado mi moto en una calle transversal al paseo, quiero creer que soportarás mi contacto hasta llegar a ella.

—No es eso —mentí—, simplemente no es necesario.

—¿Me vas a hacer que pelee por todo en lo que se refiere a ti?

—Sé que no estás muy acostumbrado al desdén, y debe de picar.

—Resulta refrescante —reconoció prodigando una sonrisa seductora que me recordó lo cerca que estaba su boca de la mía.

El rechazo regresó y contuve las ganas de apartarme de él.

—Espero que no te vayan los retos —amenacé.

—A lo mejor me vas tú.

—A lo mejor me pillo un taxi y te mando al carajo.

Luis rio y afianzó su mano en mi cintura.

El rechazo se tambaleó en favor de un traicionero y cálido hormigueo en mi estómago.

Cuando llegamos a su potente y llamativa Harley negra, el número de su matrícula despertó un recuerdo y mi pulso se aceleró.

1111.

CAPÍTULO 11

EL ROMPEOLAS

Abrazada a su cintura, enfilamos la Nacional 340 rumbo a Benicàssim. Eran apenas diez kilómetros, que recorreríamos seguramente en diez minutos, quizá menos, dada la velocidad que Luis imprimía al rugiente motor de su Harley.

No pude evitar sentir una incómoda vaharada aprensiva en mi estómago ante su historial conductivo, pero si algo podía atestiguar es que se manejaba con una experimentada habilidad y soltura, reduciendo en las curvas y respetando las señales casi de manera rigurosa.

Desde mi posición no veía el cuentakilómetros, pero estaba segura de que marcaría el mismo número que aconsejaban las indicaciones de tráfico.

En el trayecto reflexioné sobre la fortaleza que debía de haber necesitado para salir adelante. No todo el mundo podría haber superado un trauma así. A pesar de no ser responsable directo de la muerte de su hermano y del amigo, la culpa debió de masacrarlo por dentro, también la ira y la impotencia, convergiendo en un dolor tan abominable que resultaba meritorio que hubiera podido reanudar su vida. Aunque algo me decía que en realidad la había llenado de parches y que esos parches en ocasiones se desprendían abocándolo directamente al infierno. Y yo sabía lo que era eso.

Detuvo su moto en la calle La Corte esquina con El Pouet.

Me quité el casco, se lo tendí y desmonté.

Luis encadenó los dos cascos al respaldo y, de nuevo, rodeó mi cintura para enfilear nuestros pasos por la calle El Pouet hasta la avenida Ferrandis Salvador, que era como se llamaba el hermoso paseo marítimo.

Esta vez no puse impedimento a que me llevara, por muy íntimo que fuera ese gesto. Sabía que dábamos la impresión de ser una pareja más dando un romántico paseo nocturno por la playa, pero no me importó. Me sentía débil, y agradecí su sostén y el calor que desprendía su cuerpo.

Cruzamos el paseo rumbo a la torre de San Vicente y, adyacente a ésta, nos introdujimos en el sendero tableado que conducía al rompeolas.

La brisa marina acariciaba mi rostro, depositando un poso salado en mis labios y la tersa frescura del aliento del mar en mi piel.

El lugar estaba agradablemente desierto. Nos guiaban unas discretas luces de posición amarillentas insertadas entre los tablones del suelo. Nuestros pasos y el murmullo de las olas contra el rompeolas era lo único que quebraba el silencio.

Me encontré arrebuñándome contra el costado de Luis y frotándome los brazos para entrar en calor, a pesar de que yo llevaba una ligera chaqueta de punto roja sobre mi camiseta de tirantes.

De pronto él se detuvo, se desprendió de su cazadora de cuero marrón y me la ofreció.

—Gracias, pero estoy bien así.

—Póntela, la brisa marina es muy fresca hoy y aún estás convaleciente.

Asentí y me ayudó a ponérmela. Luego se esmeró en subirme pródigamente la cremallera, aunque en un gesto lento que aprovechó para mirarme a los ojos.

Su penetrante mirada me secó la garganta, a pesar de estar casi en penumbra. No fui capaz de eludirla.

Volvió a rodearme la cintura con su brazo derecho y me ciñó a su costado. Parecimos amoldarnos a la perfección, como la maquinaria dentada de un reloj suizo. Aquella observación me irritó, pues, aunque una parte de mí se encontraba a gusto a su lado, otra me gritaba que saliera corriendo.

El calor residual adherido al interior de su cazadora me abrazó mucho más íntimamente que él. Fue tan placentero que no pude reprimir un pequeño

escalofrío. Me encogí en la prenda, paladeando aquella cosquilleante sensación. Froté mi barbilla en el cuello alzado y su aroma me envolvió en una tersa crisálida. Aquella fragancia varonil y fresca, con un punto cítrico, matizada con su propio olor corporal, me embaucó. La sentí como un beso en la punta de la nariz.

La parte con deseos de huir de él aumentó.

Llegamos al rompeolas.

Me dejé guiar.

Mi pecho retumbaba a cada paso, descubriendo que se encaminaba al mismo lugar donde yo solía sentarme para sumergirme en mis mundos, y a veces en el mar, en noches como ésa. No podía ser, me dije..., o quizá sí, quizá todo fuera casualidad.

Cerré los ojos un momento para controlar mis emociones. Aquél era mi refugio, mi lugar, mi secreto, donde liberaba mis demonios y renacía. Un lugar que ahora él profanaba sentándose en la misma piedra, tendiendo su mano hacia mí con aquella maldita mirada atrapante que la luna teñía de plata.

Vencí mis deseos de marcharme, estrangulé arduamente mi rechazo y me senté a su lado, acomodando mis piernas entre las salientes rocas.

Ante nuestros ojos, el más bello espectáculo del mundo. Un mar calmo, oscuro y majestuoso, titilante de reflejos, donde la luna abría su sendero de nácar hacia el horizonte.

Ninguno pudo hablar. Ambos nos sumimos en aquellas aguas, buscando esa paz que el mundo nos robaba en cada aliento.

—A veces imagino que recorro ese sendero reluciente sobre el mar y me pierdo en ese horizonte —susurró él.

Sabía lo que significaba ese deseo, por muy romántico que lo vistiera. Yo había deseado lo mismo. Y hasta lo había puesto en práctica.

Por algún motivo, quizá por la expresión ausente de su mirada, o quizá por el rictus triste de su gesto, aventuré que hasta eso compartíamos.

—Creí que eras forastero.

—Y yo que tú eras miope.

Me encogí de hombros.

—Todos tenemos nuestros secretos. Y tú, por alguna misteriosa razón, te

has empeñado en desvelarme los tuyos.

—También te desvelaré la razón —alegó pasando ambas manos por su pelo, acompañando el gesto de un resuello indefinido.

—Adelante —animé.

—Viví toda mi vida en Benicàssim —comenzó perdiendo de nuevo la mirada en el mar—. Pero cuando me dieron la carta de libertad y salí de la prisión de Albocàsser con los bolsillos vacíos, sin familia ni amigos, un corazón roto y un alma atormentada, decidí largarme lejos, a un lugar que no me recordara mi vida anterior. Elegí Cucayo, un pueblo perdido cántabro, tan hermoso como alejado del mundo. Un impresionante balcón a los picos de Europa, con espectaculares paisajes de montaña. Allí alquilé una habitación y comencé a trabajar en lo que pude. Encontré paz a ratos, y olvido en los somníferos, el trabajo y una única determinación.

—Y es la que te trajo a mí, ¿verdad? —aduje convencida—. Porque viniste a buscar información sobre Barbarroja cuando ya habías escrito sobre él, y además citas fuentes en tu libro que fingiste no conocer, lo que deja muy claro que tu visita a la biblioteca fue una burda excusa para conocerme.

—Premio a la señorita sin gafas —concedió guiñándome un ojo.

—Fue allí donde escribiste el libro, ¿no es así? En Cucayo.

—Sí, fueron meses de investigación. Recopilé toda clase de información sobre él, leí a cronistas de la época y formulé mi propia versión de la vida del afamado corsario.

—¿Por qué Barbarroja?

—Porque él y yo somos la misma persona.

Abrí la boca asombrada y lo miré esperando ver en sus ojos ese brillo mordaz que acompañaba a sus bromas, pero no lo hallé. La parte que quería correr ganó y me dispuse a ponerme en pie. Él me detuvo aferrando mi muñeca y obligándome a regresar a mi posición.

—No estoy loco ni soy peligroso. Sé que lo que estoy a punto de contarte va a contradecir esta afirmación, pero yo mismo te dejaré en casa cuando haya terminado mi relato, no antes.

Su voz sonó firme y dura. Su mirada ratificó aquella determinación.

—Antes de entrar en materia, debo decirte que en prisión terminé la

carrera de Física Teórica y me especialicé en física cuántica a raíz de una serie de circunstancias coincidentes, o hechos recurrentes, que empezaron a perseguirme hasta que decidí prestarles atención.

—La física es una ciencia que estudia las propiedades de la naturaleza, comprobando científicamente cada uno de los datos que sustentan las teorías: tu afirmación contradice todas las leyes de la física y de la realidad —rebatí contrariada.

—También se creía que el Sol giraba alrededor de la Tierra y se acusaba de herejía a quien dijera lo contrario —recordó paciente—. No me considero Copérnico, pero sí un hombre de ciencia que mira hacia ese lado al que se teme mirar. Hasta hace muy poco, incluso se consideraba esoterismo lo que hoy son fenómenos explicables y comunes: la luz, sin ir más lejos. La mayoría de los descubrimientos más importantes de la historia ocurrieron de manera fortuita, para los creyentes hasta milagrosa.

Hizo una pausa y sacó una piedra extraña del bolsillo de sus pantalones. Comenzó a hacerla girar entre los dedos.

—Pero la verdad es que no existe el azar como tal, ya que todo es puesto en nuestro camino por un motivo. Y no como algo invariable, al contrario, sino para que actuemos y modifiquemos nuestra propia realidad. Son nuestras decisiones las que condicionan nuestro futuro, y para tomarlas es necesario conocer todas las variables, o al menos intentarlo para minimizar el margen de error. Y eso es lo que he descubierto, eso es lo que me despertó, lo que me hizo reaccionar y tomar las riendas de mi destino, abriendo mi mente hacia ese abismo insondable e inexplorado al que tanto nos aterra asomarnos. Hacia lo desconocido, lo imposible o lo impensable.

—¿Y te iluminaste en prisión?

Me miró con el ceño fruncido.

—No soy un puto iluminado —arguyó ofendido—, pero sí alguien que sabe que las casualidades no sólo no existen, sino que son señales claras que parpadean en nuestras narices para transmitirnos información.

—¿Y esa información te llevó a...?

—No te precipites —interrumpió—, deja que vaya guiándote hasta que llegues a tu propia conclusión cuando termine mi exposición, no antes.

Pronunció con marcado énfasis su última y reiterada coletilla y volvió a mirar al frente. Entre sus dedos, aquella piedra giraba captando el reflejo lunar en su pulida superficie, otorgándole unas hermosas iridiscencias opalescentes.

—¿Qué piedra es ésa?

Luis la alzó ante mis ojos. Tenía forma de perla, aunque de mayor tamaño, casi transparente. Parecía de cristal, con algún trazo nuboso en su interior, como si la atravesaran retazos algodoados. Resultaba cautivante mirar las cambiantes tonalidades que destellaban en ella en función de como él la girara.

—Es una perla de cuarzo transparente, o cristal de roca —respondió.

—Es muy hermosa.

—El cristal de roca es la variedad de cuarzo transparente más pura que existe, por su prístina transparencia. —Su tono adquirió ese rasgo de elocuencia típico de un docente acostumbrado a dar conferencias—. Posee características muy peculiares que lo convierten en un mineral único. Dos de las que más llaman la atención y que posiblemente le han otorgado la fama de «mágico» son sus propiedades piroeléctricas, al activarse cuando se le aplica cierto voltaje, y su llamativa termoluminiscencia, es decir, que emite luz cuando es calentado.

—Interesante —aduje prendada de sus conocimientos.

—En la época de los antiguos griegos se creía que este tipo de cuarzo era agua congelada tan poderosamente que nada ni nadie podía descongelarla. De hecho, ha sido utilizado desde tiempos inmemoriales para la adivinación en forma de bolas de cristal.

Fijó su vista en mí para cerciorarse de mi completa atención. Pareció complacido y continuó:

—Además, entre sus propiedades más místicas se considera que ayuda a canalizar toda clase de energías, activándolas. Es ideal para armonizar cuerpo y mente, encontrando el equilibrio entre ambos. Ayuda a autocurarnos y autorregenerarnos en todos los aspectos. Equilibra los chakras y protege de ambientes y situaciones peligrosos. Yo lo uso fundamentalmente para meditar.

Físico, motero y místico. Aún me quedé corta en mis conjeturas aquel día

en la biblioteca, un día que me parecía ya tan lejano.

Sentí una aguda punzada de nostalgia, pues de algún modo supe que mi vida jamás volvería a ser la de antes, a raíz de ese hombre, del atropello y de la historia que estaba a punto de oír.

—Parece una perla de agua materializada.

Luis asintió y la acarició reflexivo con las yemas de los dedos. Su gesto era ausente y su mirada se sumergió en aquel plácido horizonte con tan desgarrador anhelo que me asustó.

—¿Qué clase de casualidades? —pregunté regresando al tema.

Un suspiro largo.

—En principio, un número: el 11. Luego comenzó a repetirse: las 11.11 horas, el 1111 de la matrícula de mi moto, el 111,1 de una factura de luz..., todo muy reincidente. Detalles en los que comencé a reparar, pero que decidí vestir de meras casualidades. Luego empecé a tener fuertes intuiciones admonitorias, como si estuviera en grave peligro sin estarlo, pero mi desasosiego permanecía. Y, por último, imágenes claras justo momentos antes de dormir, pero imágenes de un mundo familiar y extraño a un tiempo.

—Quizá era ese sueño de vigilia —conjeturé—. No olvides que la primera fase del sueño, la REM, dura...

—110 minutos —completó negando con la cabeza—. Otro once.

—¿También está implicado el sueño REM? —inquirí con demasiada mordacidad.

Entonces, Luis se volvió hacia mí, lanzándome una mirada resentida.

—¿Crees que me resulta fácil intentar explicarte en una conversación lo que yo tardé años en comprender? —reprochó susceptible.

—Lo siento —argüí sincera.

—Puedo asegurarte que yo fui el primero en cuestionar todo lo que voy a contarte. Pasé por todas las etapas, y no sé cuál fue la más dura, si el rechazo, la duda o la aceptación. Creo que la última.

Su rictus abatido y resignado me despertó cierta compasión. Sentí el impulso de posar mi mano en su hombro, lo contuve a tiempo.

—Intentaré mantener la mente abierta, prometido. ¿Qué visiones tenías?

Me miró de soslayo y respiró profundamente.

—Comenzaron siendo esporádicos *flashes* justo antes de dormir que no siempre recordaba al despertar, hasta que descubrí que el *flash* en cuestión estaba íntimamente relacionado con mi ánimo al despertar. Por ejemplo, si el *flash* era que yo corría por un desierto, amanecía agotado y con calambres en las piernas. Si era plácido, amanecía exultante. Si estaba comiendo, hambriento, y así. Con el paso del tiempo, algunos *flashes* se alargaron y comencé a ver imágenes inconexas, y luego algo más secuenciadas, pero breves, muy breves. Y por fortuna, porque algunas eran sobrecogedoras.

—¿Te veías a ti mismo?

—No era yo como me concibo hoy; era yo, pero con matices diferentes: mis ropas, mi apariencia era de otro tiempo. Un yo de otra época.

Luis escudriñó ceñudo mi rostro, chasqueó con marcada frustración la lengua y tomó aire de nuevo.

—Por cómo me miras, temo que te lances al mar para escapar de un lunático. Acabo de recordar nuestro duelo de ingenio en la biblioteca y tu pulla de los acantilados. —Sonrió apenas para suspirar nuevamente—. ¿Acaso piensas que no percibo el rechazo que te provoco? ¿Te has preguntado de dónde nace? —Alzó la mano para detener una posible respuesta y agregó—: Ya llegaremos a eso. De momento creo que es mejor regresar a la ciencia y exponer teorías de renombrados físicos. Sin duda necesito su respaldo para conseguir a tus ojos algo de credibilidad.

—Hace frío para un baño nocturno y aún no estoy en condiciones de nadar, seguro que es más seguro el lunático.

Le guiñé un ojo cómplice, decidiendo darle un voto de confianza. La historia, a pesar de inverosímil y surrealista, era importante para él, y, según decía, también para mí. No perdía nada escuchándola hasta el final.

—¿Has oído hablar del desdoblamiento del tiempo?

—Vagamente.

—Bien, pues es una teoría del reconocido físico francés Jean-Pierre Garnier Malet. La creó en 1988, pero no fue aprobada por la comunidad científica hasta 2006. En ella viene a decir más o menos que hay dualidad en todo, en el universo y en nosotros mismos, con lo cual tenemos un doble cuántico, pero en otra línea temporal. La física cuántica es la ciencia que

estudia los fenómenos desde el punto de vista de la totalidad de las posibilidades. Todos estamos hechos de partículas, y esa teoría demuestra que, si se divide una partícula en dos y ambas se alejan, incluso cambiándose de galaxia y de tiempo, lo que le pase a una le ocurrirá a la otra, porque están conectadas. Repito: es ciencia, y está avalado.

Me miró aguardando alguna reacción por mi parte. Pareció conforme con mi atenta y grave expresión y asintió para sí.

—Asistí a varias conferencias del físico español Juan Ignacio Cirac, doctor honoris causa por la Universidad Complutense de Madrid, galardonado con numerosos premios, entre ellos, el Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica, una eminencia en la materia cuántica, y lo postulan hasta para el Nobel. También hice una tesina para el catedrático en física cuántica José Ignacio Latorre sobre mecánica cuántica y entrelazamiento que fue muy laureada por mis colegas. Y con esto quiero destacar mi preparación académica y la seriedad con que me tomo esta profesión, para que comprendas la minuciosidad con la que analicé y desmenucé todos y cada uno de mis..., llamémosles, episodios extraños. Quizá pienses que, dado que me ocurrían a mí, mi ética profesional se veía contaminada por una comprensible subjetividad, incluso tal vez creas que por la sugestión. Pero déjame decirte algo: sé lo que es huir de la locura, me enfrenté a ella en la cárcel y le tengo más terror que a la misma muerte. Por eso, mis conocimientos fueron mi escudo ante ella y con los que combatía aquellos fenómenos. Hasta que un día descubrí que, paradójicamente, sólo la ciencia daba explicación a todo aquel maremágnum extrasensorial que había asaltado mi vida con tanta impunidad. Y en el momento en que dejé de luchar conmigo mismo, la clarividencia fue penetrando en mi mente, llenando de luz la oscuridad.

Exhaló un profundo y pesado suspiro y volvió la cabeza para mirarme de nuevo. En sus ojos vi un ruego implícito; en su rictus, un preocupado temor y en la tensa línea de su boca, una veta angustiada.

—Aún hay muchas lagunas negras que debo despejar, muchas hipótesis que barajar, y mucho aún por investigar, pero ahora es momento de poner a prueba mi última teoría, y para eso te necesito a ti.

Mis ojos se engarzaron en los suyos, su gravedad manó de él como una

sinuosa niebla que comenzó a envolverme, cubriéndome con ella. Algo en mi interior me ancló a aquel momento, a aquella expectante expresión, a aquel hombre que a mi juicio sólo decía insensateces, que además me producía un desazonador rechazo, pero que al mismo tiempo me atrapaba incomprensiblemente. No supe si culpar a mi insaciable curiosidad o a mi estúpida intrepidez, pero, tras tragar saliva, y anulando aquel juicio que me impelía a salir corriendo, pregunté:

—¿Y qué es exactamente lo que necesitas de mí?

—He intentado por todos los medios contactar con... mi otro yo, con mi otra realidad, pero no lo he conseguido y... y todo lo que él haga en esa vida me repercute a mí en ésta. Debo avisarlo, debe saber que existo, debe escuchar la valiosa información que tengo acerca de su futuro, para que pueda evitar las fatales consecuencias de sus decisiones, para que sea consciente de que todo lo que hace se volverá contra él y, por ende, contra mí.

—Sigo sin entender qué pinto yo en esto, suponiendo que acceda a ayudarte.

—Te vi en una de mis visiones, hasta sé cómo te llamas en esa otra realidad.

Casi se me desencaja la mandíbula. La mano de Luis se posó en la mía, pero no para aliviar el rechazo, sino para evitar que huyera despavorida.

Intenté tranquilizarme y aguardar a que concluyera aquella locura. Serené mi respiración, decidida a enfrentar lo que restaba.

—Y el hombre que no cree en las casualidades, *por casualidad*, se topa con ese rostro en un pequeño pueblo costero, curiosamente, junto al que se crio.

—Si supieras lo dura que me la pone tu agudeza, seguro que la contendrías.

—Si supieras las ganas que tengo de empujarte al mar y largarme de aquí, no dirías esas gilipolleces.

—Aparte de físico, también soy un capullo, ¿recuerdas? —apostilló con una sonrisa socarrona.

En ese momento descubrí que lo que pretendía era distender el ambiente, romper esa atmósfera opresiva que ya me estaba sepultando. Le devolví la

sonrisa, aunque no logré adoptar la ligereza que pretendía con aquella salida de tono:

—Contesta, capullo.

—Te he estado buscando —reconoció sin despegar sus ojos de los míos—, tengo un amigo en la policía que se encarga de dibujar retratos robots. Lo estuve incordiando con los datos que recordaba de tu cara y, tras varios intentos fallidos, apareció un rostro que se aproximaba bastante al tuyo. Confié esperanzado en que el buscador de imágenes de Google me ayudara en el caso de que estuvieras en la red, pero fue otra base de datos la que dio contigo.

Cerré los ojos contrita y tragué saliva.

«El pasado siempre vuelve», me lamenté. Pero en aquel entonces aún no era consciente de hasta qué punto...

—Al parecer, no soy el único que ha tenido problemas con la justicia.

—Llévame a casa —exigí poniéndome en pie con dificultad—. Por hoy es cuanto puedo aguantar.

CAPÍTULO 12

UN OASIS DE PERDICIÓN

Gran Erg Occidental, reino de Argel, 1536

Para mi más absoluto estupor, los piratas comenzaron retroceder ante el fiero empuje bereber.

Los superaban en número y arrojo, y Dragut se vio obligado a batirse en retirada, abandonando en su huida toda la hilera de carromatos repletos del botín con el que pensaba mercadear. Nosotras incluidas.

Cuando pasó al galope junto al lateral de mi carro, capté una mirada subrepticia en nuestra dirección, una mirada que, aunque fue rauda, escondía una determinación. Lo maldije por abandonarnos a nuestra suerte.

Las mujeres se abrazaban unas a otras, y a mí me abrazaron dos. Dos hermanas que conocía desde hacía años y que, sin embargo, habían bastado unos pocos días para que floreciera en ellas el afecto por mí, como lo hacían los claveles en primavera.

Con sus cálidos y trémulos cuerpos arrebujados contra el mío, reflexioné sobre lo mucho que condicionaban los avatares las relaciones. Una situación tan extrema y precaria como la nuestra innegablemente unía al compartir un mismo destino. Siempre que se mantuviera oculta la verdad que, sin duda, convertiría esos brazos en garras en torno a mi cuello.

Quizá era ese candente recordatorio de mi asustadiza conciencia lo que mantenía mi afecto a salvo, bien escondido en algún reducto de mi pecho, ante el temor de depositarlo en posibles verdugos. O quizá por no considerarme merecedora de recibirlo ni darlo, dado el caso.

Era cobarde para confesar mi pecado, pero no tan miserable como para no recibir un castigo. Aunque fuera yo quien lo dictara.

Y, pese a que mi premisa era vivir para enmendar en lo posible la atrocidad causada por mi despecho, reconocía que el miedo a las represalias ayudaba vergonzosamente a aquella empresa.

Los errores se pagaban, pues sólo así se aprendía de ellos, y a tenor de la delicada situación en la que me hallaba, era fácil aventurar que, si no moría, sería condenadamente sabia.

El carretero había bajado atropelladamente y había echado a correr a trompicones, desapareciendo despavorido entre las dunas. Y, justo en ese instante, el vibrante grito bereber se alzó victorioso montando a lomos de una brisa tórrida que revoloteó en torno a nosotras erizándonos la piel, arrancando de la arena un fino polvo dorado que se posaba sobre los vencedores como si los condecorara con galones moteados y refulgentes bajo aquel sol deslumbrante.

Los primeros jinetes llegaron hasta nuestro carromato para vanagloriarse de su victoria con ademanes jactanciosos, consistentes en emitir un alarido irritante y alzar su cimitarra al cielo envuelta en gritos alborozados.

—¿Qué será de nosotras? —barruntó Dolores angustiada.

—¿Acaso lo sabíamos antes? —respondí ocultando mi temor—. Quizá mejore nuestra suerte, o quizá tanto dé la mano que ciña nuestras cadenas.

—O peor —adujo Juana—, quizá esta mano no quiera cadenas que ceñir.

—¿Crees que nos liberarán? —inquirió Dolores, ingenuamente esperanzada.

Nos miramos largamente. Habíamos llegado a la misma y aterradora conclusión. Ninguna contestó. Juana se limitó a encogerse de hombros, aunque su expresión se oscureció.

A pesar de las altas temperaturas que nos asolaban con más implacable saña que el destino que nos regía, un abrupto escalofrío me recorrió. Miré la

capa del capitán enrollada en torno a mis pies y sentí la absurda necesidad de cubrirme con ella para ocultarme al mundo.

Al menos, la litera donde reposaba Blanca también había desaparecido. Albergué la esperanza de que a ella le fuera mejor que a mí.

Uno de aquellos asaltantes con turbante se encaramó al carromato y lo condujo al sendero de tierra más firme y apelmazada por el que la caravana había estado traqueteando hasta entonces.

Una vez más fuimos dirigidas a un destino incierto, sin más aspiración que la de poder ver un nuevo día.

* * *

Vimos tres nuevos días hacinadas en aquel carro infecto, haciendo nuestras necesidades sobre la paja esparcida por los tablones y siendo alimentadas con un emplasto a base de sémola sobre una oblea de trigo.

Me dolía cada músculo del cuerpo por la reducida movilidad y, por si aquello no fuera suficiente, el inclemente sol nos cocía en aquel renqueante recipiente de barros de hierro.

Comencé a tener alucinaciones y a pasar más tiempo dormida que despierta. Había usado la capa para remeterla por el calado techo del carromato, consiguiendo así que nos procurara sombra ante la fiereza del sol del mediodía. Y, bajo aquel improvisado toldo, nos apiñábamos prefiriendo sudar por la cercanía de nuestros cuerpos que exponernos a quemaduras e insolaciones.

Por las noches, la destrababa para cubrirnos con ella. Aquella capa comenzó a esbozarse en mi mente como un dedo de esa otra mano que el capitán había mencionado respecto de cambiar mi odio, quizá ahora por gratitud. «Tengo dos manos», había dicho, y quizá aquel burdo paño lo confirmara. Suspiré profundamente antes de volver a rendirme a Morfeo. Sin duda, empezaba a delirar.

* * *

Anochecía.

El sol se deshilachaba entre las aserradas hojas de las palmeras, besando tímidamente la rutilante superficie de una sinuosa poza. Nunca había visto un oasis, aunque sí había leído sobre ellos. Y ninguna palabra en ningún idioma era capaz de hacer justicia a la belleza de aquel aislado vergel, rodeado de una vasta extensión de arena.

La profusa vegetación se postraba hacia el agua, mostrando dócil su pleitesía. Cañaverales y juncos se apretaban en la ribera de la amplia charca, como el mostacho de un bigote circundando una boca.

Aquella explosión de vida en mitad del árido desierto imprimió un atisbo de ánimo en mí, pues si aquel oasis había logrado emerger del persistente goteo de algún pozo subterráneo, ¿por qué mi fe no podría alimentar con tanta abundancia una esperanza ya transida, resucitándola? Y no fe en ningún credo ni en ningún dios, sino fe en mí, en mi fortaleza, en mi tenacidad y en el convencimiento de que todavía podía recuperar las riendas de mi destino.

El carromato se detuvo y los hombres comenzaron azarosos a montar un campamento bastante rudimentario: apenas una hoguera, alfombras sobre las que tumbarse y una lona extendida en la horquilla de un arbusto para dar cobijo al que parecía el líder.

Tras asentarse, algunos de ellos se desnudaron y se introdujeron alborozados en la tentadora laguna. Yo, como cada crepúsculo, recogía la capa del techo para cubrirnos a las hermanas y a mí, cuando los descubrí mirando entre burdas risotadas en nuestra dirección. Una punzada desazonadora me atravesó y me afané en extender sobre nosotras aquella prenda, acurrucándonos en la esquina opuesta a la puerta, temiéndome lo peor.

Mi inquietud se acrecentó cuando oí pasos que se aproximaban.

—No dejaré que vuelva a pasar —susurré entre dientes.

Juana frunció el entrecejo y se tensó alerta. Dolores gimió asustada cuando la cancela se liberó con un estridente chirrido que erizó mi piel más de lo que ya estaba.

El oasis ya se azulaba bajo una noche clara y luminosa, y lo que nos dejaba ver eran unos demonios desnudos y sonrientes que alargaban los brazos para sacar a las mujeres del carro.

Los gritos, las súplicas y los llantos rompieron la quietud de la noche, convirtiendo aquel pequeño trozo de paraíso en un infierno de terror.

—Quizá sea nuestra oportunidad de escapar —murmuró Juana con gesto ansioso.

—Debe serlo —aseguré afincando en mi mente aquella posibilidad—. Lo logre o no, escaparé de este horror, pero no volverán a ultrajarme.

Dolores liberó un sollozo y miró contrita a su hermana. Juana alargó la mano hacia nosotras. Las unimos, enlazando además una mirada determinada.

Cuando nos tocó el turno y nos dejamos arrastrar al exterior, todavía envuelta en la capa, fuimos empujadas hasta la poza.

Pronto comprendí el motivo: apestábamos. No abusarían de nosotras hasta habernos aseado. Nos obligaron a desnudarnos, pero, mientras lo hacía, inspeccioné el oscuro lago. Le di un golpe con el codo a Juana señalando subrepticamente el borde contrario. Ésta asintió y emuló el gesto con su hermana.

Por la indulgencia en su vigilancia, advertí que a ninguno de aquellos hombres se les pasaba por la imaginación que pudiéramos escapar. La razón resultaba obvia. Fuera de ese oasis estaba la nada, un terreno hostil e inhóspito que aseguraba la muerte a todo aquel que fuera ajeno a él. Sólo que la muerte era con creces mejor opción que el sometimiento y la tortura.

El agua estaba tibia, agradable al tacto, sedosa y seductora. La luna la salpicaba de plata, otorgándole un velo místico, y no pude reprimir un gemido placentero cuando me introduje hasta el cuello en ella. ¡Dios, fue como si todo mi ser despertara a la vida! Braceé simulando un paradero errático, y aunque mi mente se centraba en mi objetivo, mi cuerpo paladeaba hambriento el gozo de aquel baño.

No duró mucho.

Los hombres, impacientes, decidieron no esperar mucho más y se adentraron en la poza eligiendo a su presa.

Aquél era el momento.

Miré a las hermanas Monfort y asentí. Otras dos mujeres se percataron de nuestra complicidad y se acercaron a nosotras huyendo de las bestias que ya chapoteaban avanzando en su caza de hembras.

Me zambullí y bucéé hasta que me ardieron los pulmones. Y, cuando emergí, comencé a nadar rauda hasta la orilla contraria, donde la vegetación era más espesa. A mi espalda oía gritos y salpicaduras de agua, que estaba siendo tan vilipendiada como las mujeres que habían atrapado para desatar su lujuria.

A mis flancos, Juana y Dolores nadaban con la misma desesperación que yo.

Llegamos al borde opuesto, donde la sombra del aligustre ennegrecía la ribera ocultándonos del destello lunar. Mientras salía de la poza, pensé que lo más sensato era escondernos en aquel oasis, buscar una madriguera, o confeccionarla. Y, puesto que allí no había rocas, ni grutas, ni árboles con oquedades considerables, sólo cabía la posibilidad de cavar un hoyo en la tierra y meternos dentro cubriéndonos con hojas de palmera.

No fue necesario explicar nada. Cuando me vieron recorrer en cuclillas el terreno, se limitaron a seguirme. Al mirar hacia atrás descubrí que otras dos mujeres se nos habían unido.

Elegí un suave declive arenoso junto al tronco de una palmera y comencé a excavar con los dedos. Comprendiendo el plan, el resto eligió su propia madriguera.

Inmersa en mi apremiante labor, no reparé debidamente en el estruendo belicoso que llegaba hasta nosotras, incluso me pareció reconocer un desconcertante entrechocar de aceros. Lo que sí me sobrecogió fue el abrupto silencio que se hizo a continuación. Mientras cavaba, mi mente intentaba discernir lo que estaba ocurriendo. Mi inquietud se acrecentó.

Una voz rugió entre el palmeral, erizándome la piel. Una voz que me resultaba ya sobradamente familiar.

Sudaba, jadeaba y miraba hacia la poza con el corazón atronando en mi pecho. A mi alrededor, las mujeres comenzaban a desesperar. El tiempo apremiaba.

Limpié con el antebrazo el sudor que perlaba mi frente y observé el agujero excavado. Sería suficiente. Cogí varias hojas de palma, me cobijé hecha un ovillo en él y me cubrí con ellas.

En aquel momento, y oyendo cómo las demás jadeaban entre sibilantes

sollozos rasgados, supe que, si descubrían a una de ellas, nos encontrarían a todas.

Y ya no estábamos a merced de unos indolentes bereberes, no. El hombre que nos buscaría era mucho más sagaz y tenaz.

Tendida de costado y abrazada a mis rodillas, pensé en la emboscada que se habría desarrollado en el campamento poco después de nuestra huida, pues no albergaba ninguna duda de que el capitán y sus piratas debían de haber estado acechándonos para atacar por sorpresa, aguardando el momento oportuno. Y así había sido, nada más vulnerable que un grupo de hombres desarmados y desnudos enfrascados en los placeres de la carne. Era condenadamente astuto, el sibilino Dragut. Y, como era natural, no cejaría hasta recuperar la última de sus posesiones.

De repente, un foganazo clarividente me hizo abrir los ojos de golpe.

Cinco mujeres solas, desnudas y perdidas en aquel mar de dunas, eran cinco cadáveres. Y aquellos agujeros nuestras tumbas.

Aparté las hojas de palma y salí del precario escondrijo, notando en mi piel aún húmeda, velada con una fina capa de arena, el frío de la noche.

Sentí ganas de llorar de impotencia.

Otro dedo de esa mano providencial del capitán.

—Salid de ahí. Los piratas han venido a rescatarnos.

Un murmullo de hojarasca, resoplidos y rostros contrariados me enfrentaron al cabo.

—¡Ellos van a vendernos como esclavas! —me increpó Manuela, una de las mujeres que nos habían seguido.

—O esclava o cadáver —respondió Juana, asimilando la nueva situación.

La mujer se abrazó a su vientre y sollozó desconsolada. Fue cuando advertí la suave protuberancia que lo moldeaba.

—Debes vivir por tu hijo —musité posando mi mano en su trémulo hombro.

—Nadie comprará a una mujer encinta —masculló derrotada.

—No veo por qué no —repuso Juana—, pagarían por un esclavo y se llevarían dos.

Manuela intensificó sus sollozos y miré reprobadora a Juana.

Dolores intentó consolarla abrazándola. La otra mujer, Adela, se abrazó a sí misma y nos observó con el miedo brillando en su mirada.

—No tenemos otra opción. Regresemos nadando al campamento —propuse aspirando una última bocanada de libertad.

—Yo no voy a volver —anunció Adela.

Me acerqué a ella y la miré ceñuda.

—Lo harás, por tu propio pie o por mi mano —amenacé—, lo que decidas. Pero no dejaré que te pudras en este maldito desierto.

Sostuvo un breve instante mi mirada hasta que finalmente cedió a mi determinación.

—Las damas castellanas primero —proferí imitando el ademán galante de un caballero a modo de chanza.

Juana, que iba delante de mí, se rezagó para ponerse a mi altura.

—¿Por qué te has erigido en nuestra protectora?

—No tengo nada mejor que hacer —contesté encogiéndome de hombros.

Sonrió ante mi mordacidad y entornó su aguda mirada para contemplarme curiosa.

—Yo, en cambio, creo que hay un motivo de peso.

—Lo hay en realidad —acepté, simulando una ligereza que no sentía—: cuanto más rebaño, más pasa desapercibida una oveja.

—Por mucho que te empeñes en balar, tu apariencia de lobo no cambiarás.

Esta vez fui yo la que sonrió ante su despierto ingenio. Juana me guiñó un ojo y volvió a adelantarse.

Debía cuidarme de ella, pues podía representar una amenaza para mí. Había sospechado desde el principio de mi comportamiento tan inusitadamente altruista con Blanca, y, de nuevo, mi actitud protectora le chirriaba. Y aunque su astucia resultaba evidente, tuve la sensación de que sabía más de lo que aparentaba. Algo que podría usar en mi contra a la menor oportunidad. Pero, en tal caso, ¿a qué aguardaba?

Tomé una profunda bocanada de aire cuando llegué a la ribera, seguí a mis compañeras de desgracias entre los tupidos cañaverales hacia la laguna y me introduje en ella.

Nadé sin prisas, atrapando en mis sentidos aquella relajante sensación del

sedoso abrazo del agua dulce, y miré la hermosa luna llena. Le habría aullado, sí, y lo haría cuando obtuviera mi libertad.

Salimos en fila de la poza.

Frente a nosotras, las mujeres habían sido cubiertas con capas, y los piratas registraban las pertenencias de los berberiscos. Seguramente algunos habían huido, pero muchos yacían inertes y sangrantes desperdigados por el campamento.

Frente a mí se alzó una capa, sostenida por dos grandes manos. Sobre ella, un rostro taimado y complacido.

No me pasó desapercibida su libidinosa mirada acariciando mi desnudez.

—Casi voy a lamentar que te cubras con ella —arguyó Dragut con los ojos entornados—. Aunque, por lo que he observado estos días, ya es más tuya que mía.

Me apresuré hacia el resguardo del paño para huir de su escrutinio, sin percatarme de que, en realidad, me estaba ciñendo a su pecho, momento que aprovechó para cerrar sus brazos en torno a mí, atrapándome en ellos como se apresa un gorrión en una red.

Me puse rígida en el acto y, ante mi asombro, comenzó a frotarme la espalda con una delicadeza inaudita, casi con ternura, gesto que me inquietó más que una esperada bofetada.

—Llegará un día en que seas tú la que busque mi abrazo, intrépida morisca.

—Antes cae la luna a la poza —aduje airada.

Dragut me volvió entre sus brazos encarándome al lago y señaló su superficie.

—Ya cayó, Isabet.

La luna reflejada en las negras aguas me miró burlona.

Bufé desdeñosa.

—Todo depende de cómo se miren las cosas —susurró en mi oído—. Yo ahora soy un demonio para ti, hasta que me mires desde otro lado.

—Del único lado que desearía mirarte es de pie sobre tu tumba.

Su vasto pecho se sacudió con una risa seca y contenida.

—Si supieras lo mucho que me excita tu rebeldía, la contendrías.

Volví mi rostro para toparme con su dulzón aliento.

—Si supieras cuánto ansío tu muerte, me matarías.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza. El calor que manaba de su pecho se irradió por mi espalda, destensándola a mi pesar.

—Sé cuánto la ansías, y en la misma medida lograré que ansíes otras cosas de mí. Como yo de ti.

—Sí —convine—, ansiarás no haberme conocido.

CAPÍTULO 13

ENTRE VELOS, ARDIDES Y PROMESAS

Mercado de esclavos de Cabilia, reino de Argel

Un nutrido grupo de coloridas jaimas se diseminaba entre aquel alto palmeral al abrigo de una árida cordillera. Más allá, algunas casas de adobe se apiñaban en la falda de una escarpada montaña, al amparo de su sombra. Me sorprendió descubrir un estrecho riachuelo cascabeleando entre las rocas, procedente de algún manantial subterráneo y evidente fuente de vida de aquel bullicioso centro de actividad comercial.

A pesar de ser un sitio de paso, se veía bastante asentado, con lo que supuse que varias de las caravanas bereberes que pasaban por allí se afincaban durante cortas temporadas.

Mercachifles tocados con vistosos turbantes y voces estridentes cantaban sus productos ensalzando sus virtudes. La sibilante música de un flautín se enroscaba en la seca brisa palmeando los toldos de las jaimas. Se me secó la garganta al ver algunas abiertas en un porche sujeto con postes donde exhibían mujeres sobre una palestra.

El berrido de los camellos abrevando en el riachuelo se entremezclaba con piafares, rebuznos e incluso los balidos de varias cabras en una sinfonía bucólica discordante que se sumaba a la algarabía de aquel confín del mundo.

Y, tras el silencio del desierto, aquella explosión de sonidos resultaba molesta, casi irritante.

El carromato se detuvo y nos sacaron del interior para conducirnos a una de las jaimas de lona escarlata, flanqueada por altas palmeras. Dentro nos esperaban varias mujeres bereberes en torno a dos grandes tinas humeantes de las que manaba un penetrante aroma floral.

Las mujeres, de rostros oscuros y ajados y maneras bruscas, nos impelieron a desnudarnos y a repartirnos en ambas cubas.

De nuevo inmersa en el agua, me embargó aquella sensación plácida, que otorgó algo de solaz a mi ánimo. Me recosté cuanto pude, teniendo en cuenta que compartía baño con otras cuatro mujeres, y cerré los ojos un instante, decidida a paladear el baño. Aspiré profundamente inhalando aquel perfume intenso y acompasé mi respiración viajando con la mente a otro lugar.

A lo lejos, la vibrante melodía de un laúd logró opacar la algazara del exterior, logrando intensificar aquel breve momento de gozo personal.

Cuando abrí los ojos, descubrí otros puestos en mí, más concretamente, en mis senos, que asomaban altivos por el borde del agua, donde la espuma ascendía para besar mis erguidos pezones.

Juana apartó presta la mirada al saberse descubierta, y yo me hundí más para ocultarme a su vista. Su inusitada atención me desconcertó, pero fue el brillo que capté en sus ojos antes de reparar en que yo había abierto los míos lo que realmente me inquietó. Me había parecido ver un destello anhelante en ellos. Si antes ya me desazonaba, aquella condenada mirada me desasosegó hasta el punto de alejar mis piernas de ella, evitando todo contacto.

Nos lavaron el cabello, nos secaron con suaves lienzos y nos untaron en perfumados afeites. Nos cepillaron el pelo hasta dejarlo reluciente, maquillaron nuestros ojos con kohl y nos cubrieron con hermosas túnicas de seda tornasolada. Para mí eligieron una de color rojo, y me tocaron con un velo del mismo tono, sujeto a mi cabeza por una diadema dorada.

Durante los preparativos, sentí los ojos de Juana fijos en mí, pero sabiamente cubiertos con un velo inexpresivo que no borró de mi mente el fuego que ya había visto en ella.

Una vez listas, nos sentamos sobre almohadones en una alfombra que había

visto tiempos mejores y nos ofrecieron ricas viandas y un apetecible té caliente con hierbabuena.

Tras una larga espera, la luz comenzó a decaer hasta convertirse en apenas un hilo dorado bajo la lona roja de la tienda. Cuando de la entrada asomó un hombre y nos hizo señas para que saliéramos, Dolores cogió mi mano temblorosa y me miró mordiéndose el labio inferior claramente asustada.

—Todo irá bien —susurré tranquilizadora.

Juana pasó un brazo por encima de los hombros de su hermana y la ciñó a ella.

—No dejaré que nos separen —murmuró decidida. Aunque era a mí a quien miraba.

Salimos justo cuando el crepúsculo incendiaba el horizonte, regalándonos una imagen tan hermosa que me detuve para absorberla.

Resultaba curioso que, cuanto más efímera se volvía la vida, más se paladeaba cada instante. Sólo siendo plenamente consciente de la vulnerabilidad de nuestra existencia se podía valorar cada sensación con la suficiente intensidad, pues aquellos breves momentos de disfrute los iba almacenando como pequeñas perlas en mi particular arcón, uno que podía cerrarse en cualquier momento.

—No será el último que veas —animó Juana con una sonrisa consoladora.

—Sí hoy.

Mi respuesta la hizo mirarme con orgullosa admiración. Su sonrisa se amplió, aunque no llegó a sus ojos. En ellos, el miedo y la angustia rielaban a partes iguales. Yo todavía asimilaba que finalmente Dragut había decidido venderme en lugar de enfrentarme a su sultán. Algo que agradecí, pues en la corte de Solimán sólo me aguardaba la muerte en cuanto se desenmascarara mi ardid.

Nos introdujeron en una tienda mucho más grande, con dos altas cúpulas puntiagudas y un interior más profuso en mobiliario y decoración. Varios hombres con chilabas blancas y kufiyas del mismo color estaban cómodamente recostados entre grandes cojines. Delante de ellos había repartidas varias mesitas taraceadas con forma hexagonal donde había vasitos de metal junto a una ornamentada jarra a juego.

La mujer que nos guiaba nos empujó suavemente al centro y nos alentó a caminar en círculos.

Varias luminarias que colgaban del techo proyectaban en su calado figuras geométricas a nuestro alrededor. Varillas de incienso esparcían un penetrante y pesado aroma, aunque no logró opacar el olor del miedo que se respiraba entre las trémulas mujeres que paseaban siendo devoradas por miradas ladinas y lujuriosas.

La mayoría mantenían la mirada baja; yo, en cambio, recorrí con mirada hostil el rostro de aquellos hombres, enarbolando un gesto desafiante.

Uno de ellos, de mediana edad y almendrados ojos del color de la miel de romero también maquillados con kohl, barba cuidada, piel canela y labios carnosos, me siguió con la mirada, claramente cautivado con mi actitud.

Continuamos paseando lentamente en círculo y, al cabo, la mujer guía nos detuvo y nos colocó en fila. Acto seguido, tomó la muñeca de Adela y la adelantó para dar comienzo a la subasta.

Los hombres empezaron a lanzar sus ofertas en dírhams de plata.

No todos los allí presentes pujaron, y finalmente, Adela fue entregada a uno de ellos, que se limitó a asentir conforme y, tras un aspaviento desdeñoso, su criado se aprestó a llevársela. La última y aterrada mirada de Adela antes de ser sacada de la jaima se me clavó en el pecho como un puñal.

Contuve el aliento cuando otra de las mujeres fue puesta en venta.

En mi interior comenzó a crecer una bola de rebeldía y furia que burbujeó en mi sangre como el acero fundido en una fragua.

Poco a poco, la hilera de mujeres iba menguando y mi rabia aumentando.

Cuando le llegó el turno a Manuela y ésta me miró suplicante, tuve que apretar los dientes y repetirme que nada podía hacerse por enmendar lo que mi orgullo había provocado. Aunque la tremenda repercusión del gran error cometido me estaba devastando, justo en el peor momento.

El hombre que dirigía la subasta resaltó su estado, y por un instante los compradores titubearon indecisos. El hombre de los ojos color miel fue el único que pujó. Manuela fue vendida a él y sacada de la tienda, imaginaba que a la jaima privada de su reciente dueño.

Sólo quedábamos Juana, Dolores y yo, y las tres nos dimos la mano en

señal de mutuo apoyo. Las hermanas Monfort me miraron con expresiones diferentes, yo les regalé un gesto de fuerza, aunque por dentro mi interior se derrumbara lenta y agónicamente.

Tomaron la mano de Dolores, pero ni Juana ni yo la soltamos, avanzando las tres al tiempo. El hombre intentó separarnos, pero nosotras forcejeamos.

—Vamos juntas —pronuncié en árabe.

Aquello sorprendió a los compradores, que fruncieron el ceño desconcertados. El que dirigía la subasta nos miró irritado, negó con la cabeza, y la vara que había estado usando para encauzar la puja la descargó sobre nosotras para intentar separarnos. Juana y yo cubrimos con nuestros cuerpos a Dolores, que sollozaba asustada, recibiendo todos los azotes pero sin despegar nuestras manos enlazadas.

El dolor era lacerante, y sentí cómo rasgaba la seda de mi túnica y mi piel, hasta que una voz grave y estentórea detuvo los golpes.

—¡Treinta dirhams de plata por las tres!

Oí una maldición velada, alcé la vista y vi al hombre de los ojos color miel abalanzarse hacia el subastador, arrancarle la vara y partirla en dos con las manos.

Ningún otro comprador pujó por nosotras, con lo que la transacción terminó en el acto.

—Os será entregado su escrito de propiedad por estas tres mujeres cuando realicéis el desembolso.

Nuestro nuevo dueño desanudó una bolsa que llevaba atada a su fajín y se la entregó, tendiendo la mano para recibir su documento. El subastador, aún contrariado por el arrebato del comprador, relleno un pergamino que lacró y se lo entregó ceñudo.

En aquel preciso instante, un vendaval atravesó la lona de entrada, trayendo consigo la fresca brisa nocturna. La rotunda presencia de Dragut irrumpió en el centro de la tienda mirando a los presentes irritado. Cuando reparó en los surcos sangrantes de mi atuendo, su gesto se encolerizó y su mirada despidió un fuego que amenazó con incendiar la lona que nos protegía de la noche.

—¡La morisca no está en venta! —rugió con semblante fiero.

El hombre de los ojos melosos se adelantó alzando su documento de propiedad.

—Tarde, me pertenece.

Se sostuvieron retadores la mirada unos segundos.

—Mi señor, se encontraba con el lote que nos pedisteis vender —intervino el subastador conciliador.

—¡Pues no fueron ésas mis instrucciones, maldición! —bramó Dragut furioso.

Aferró con airosa posesividad mi brazo y me atrajo hacia sí. La tensión creció hasta el punto de que mi flamante dueño desenvainó su alfanje y el resto de los compradores se pusieron en pie alertas y ceñudos.

—Suéltala, Dragut, he pagado una buena suma por las tres, aunque yo sólo la quería a ella. Pero me han resultado conmovedoramente inseparables.

—No, recoge tu bolsa, Nasir, esto ha sido una triste equivocación. Esta mujer debe rendir cuentas a Solimán, y a mí. Debo llevarla a la corte de Constantinopla.

Nasir entornó su ambarina mirada, reflexivo, y oprimió su boca en una fina línea blanquecina.

—¿Qué debe testificar ante el gran sultán? —inquirió curioso.

—Debe confirmar su identidad —explicó lanzándome una mirada resentida—. Si mintió, será ejecutada; si dice la verdad, yo mismo te la devolveré.

Nasir frunció el entrecejo y suspiró profundamente.

—No voy a separarme de ellas —alegué con firmeza, clavando mis ojos en Dragut.

Las hermanas se acercaron a mí; Juana altiva, Dolores temerosa e insegura.

Dragut resopló impaciente y ofuscado.

—Esos caudales son fruto de mucho trabajo y cuanto traje para adquirir esclavas para mi casa —adujo Nasir pertinaz—, no puedo regresar con las manos vacías.

—Nada te impide llevarte a las otras dos —sugirió ladino Dragut, traspasándole el problema—, sólo la morisca tiene una deuda de honor

conmigo. Respecto al dinero, se te devolverá un tercio de esa bolsa, y si finalmente es quien dice ser, la dejaré en tu noble casa sin que pagues un solo dírham por ella. Creo que te ofrezco una solución rentable.

Se hizo un prolongado silencio, que aproveché para cavilar sobre si debía insistir o no en llevarlas conmigo, pues mi único fin durante todo el viaje hasta Constantinopla no sería otro que escapar de las afiladas garras del capitán. Por otro lado, el tal Nasir se me antojó un hombre de buen corazón: su mirada era limpia y su gesto noble. Mi instinto me impelía a confiar en él. No obstante, ya me había fallado respecto a Pere. Inmersa en mis cavilaciones, no reparé en que Juana avanzaba hacia Nasir con una determinante expresión.

—Regresaremos las tres o ninguna —afirmó con firmeza—. O vamos con ella, o mi hermana y yo nos mataremos a la menor oportunidad y te quedarás sin esclavas y sin caudales.

La miré demudada: conocía la lengua árabe.

Dragut alzó una ceja con asombro y cruzó sus fornidos brazos sobre su vasto pecho. Sonrió maliciosamente, divertido, aguardando la decisión de Nasir, cuyos ojos chispeaban enojados. Por fin, el hombre de ojos de miel inspiró profundamente y asintió resignado.

—Bien, en tal caso, si te llevas a mis tres esclavas, yo iré también con ellas. Y si la morisca finalmente es ejecutada, regresaré con las hermanas y mi tercio de la compra.

Cerré los ojos, lamentando mi mísera suerte. Aquel giro complicaría mi plan, pues ya no sólo tendría que sortear a un chacal, sino a dos.

—¿No es una travesía demasiado larga para custodiar tres esclavas? —inquirió Dragut, tan contrariado como yo.

—Soy mercader de sedas, ten por seguro que aprovecharé el viaje —replicó convencido.

Dragut claudicó, y el ambiente se relajó cuando ambos hombres estrecharon sus manos.

—Sin embargo —reanudó Nasir—, creo merecer una compensación por esta imprevista alteración de mis planes, ajena a mi voluntad.

—Creo que soy yo quien la merece —puntualizó Dragut—, dado que debo hacerte hueco en mi galera, pero en aras de mi buena voluntad escucharé tu

deseo.

—La morisca será mi esclava hasta que se presente en la corte y, por tanto, podré disponer de ella como me plazca —declaró clavando una anhelante mirada en mí.

Dragut también me miró, pero irritado y cansado. Suspiró profundamente, y con un gesto hastiado rebuscó en su zurrón y extrajo varias monedas de plata que entregó a Nasir.

—Tu tercio —masculló en un tono que no admitía réplica—. Ella sólo será tuya cuando el sultán la absuelva y yo te la entregue en propiedad. Hasta entonces, yo la custodio. Puedes disponer de las hermanas a voluntad, ellas sí te pertenecen.

—En este documento figuran las tres —insistió el hombre disconforme.

Dragut bufó exasperado y su plateada mirada amenazó tormenta. Tomó el documento que Nasir le mostraba, lo giró mirándolo calculador y, chasqueando la lengua, comenzó a rasgar una tercera parte del pergamino. A continuación, le entregó el de mayor tamaño, ante la estupefacción de Nasir.

—¡Esto es una afrenta! —se quejó furioso. Sus ojos ambarinos se oscurecieron disgustados.

—En tal caso, sólo hay dos maneras de solucionarlo —expuso Dragut en tono sosegado, a pesar de que su mirada se había convertido en hielo—. Una es que salgamos ahí afuera y lo arreglemos con acero, y la otra es que, ya que vamos a la corte, dejemos que sea el propio Solimán quien imparta justicia. Tú decides.

Nasir evaluó ambas propuestas. Su rictus se estiró tenso y crispado y su ceño se acentuó. No obstante, transigió a regañadientes, claramente conocedor de que su adversario era uno de los piratas berberiscos más feroces y temidos de la flota de Barbarroja, curtido en mil batallas.

—Y ahora, festejemos nuestras satisfactorias transacciones con una celebración a la altura. Nada como un buen vino especiado y hermosas mujeres para apaciguar los ánimos.

Dragut palmeó vigoroso, y un grupo de hombrecillos irrumpieron en la tienda portando jarras de vino y bandejas con suculentas viandas. Tras ellos, en un desfile ordenado, asomaron cinco odaliscas, tan sólo vestidas con

reducidos corpiños empedrados con joyas y velos de colores atados a sus caderas con un pañuelo anudado y decorado con hileras de cuentas de metal.

Y, ante nosotras, dio comienzo el espectáculo.

Los crótalos comenzaron a repiquetear y las bailarinas contonearon sus caderas con movimientos secos y rítmicos, atrapando la cautivada mirada de los presentes. Los timbales y los flautines sumaron sus armónicos sonidos a la melodía, y los hombres empezaron a palmejar solazados, admirando la sensual femineidad de las odaliscas mientras daban buena cuenta del ágape.

Nos condujeron a una esquina de la tienda y, allí, pasamos del todo desapercibidas, para nuestra fortuna.

Dragut se sentó cómodamente entre el resto de los hombres, disfrutando de la danza con semblante complacido. Nasir, en cambio, salió airado de la jaima tras dirigirme una última mirada frustrada.

Nos pasaron una bandeja con gruesos racimos de uva, dátiles, pan ácimo, quesos y cuencos con un delicioso guiso de cordero que me supo a gloria. Saboreamos el mejor vino especiado que jamás había probado, aromatizado con canela, clavo, anís estrellado y corteza de naranja. Una delicia que paladeé gustosa.

Dragut alzó su copa hacia mí, recordándome que aquella dispensa corría de su cuenta, y me guiñó artero un ojo mientras levantaba la otra mano y la hacía girar con una sonrisa ladina prendida en sus voluminosos labios. Otro recordatorio, observé sin mostrar emoción alguna, de que podía mejorar mi destino tanto como empeorarlo, según su capricho, pues, en verdad, él se había convertido en mi dueño en el mismo momento en que me había arrancado de Oropesa.

Desvié la mirada con gesto huraño y me centré en comer y beber aquellos manjares, evitando pensar en cómo lograría escapar de él.

Tras acabar la danza, las odaliscas acudían al regazo de quien las requiriera, o simplemente ellas elegían a quién seducir.

Una acabó en el regazo del avieso capitán, cobijando su rostro en el cuello del hombre, besándolo melosa. Dragut agarró su larga melena bruna obligándola a encararlo y la besó ardiente, pero era a mí a quien miraba, de tal forma que, de alguna descabellada manera, casi sentí ese apasionado beso en

mi boca.

Intenté romper el contacto visual, pero me fue imposible. Aquel maldito rufián logró su propósito, besarme sin que yo pudiera evitarlo, sin que pudiera abofetearlo y sin que pudiera responder en modo alguno, pues no era mi boca la que tomaba con tanto afán.

De nuevo, se jactó de su poder sobre mí. Y yo... yo sólo gruñí impotente.

No tardó en levantarse, tomando a la odalisca de la mano, dispuesto a liberar sus más bajos instintos. Pero, antes de salir con ella, la soltó y enfiló hacia mí.

Ignorando a las hermanas, se acuclilló a mi lado y aproximó la boca a mi oreja.

—Agradece que la use en tu lugar —susurró. La cálida vibración de su voz hormigueó mi nuca—, pues mereces que descargue en ti lo que sólo tú provocas. Mi ansia por someterte crece peligrosamente, condenada morisca, pero jamás he forzado a una mujer, y tú no serás la excepción, aunque el deseo me nuble. Hoy estás muy hermosa, y será a ti a quien tome esta noche en mi mente. Y esa fantasía se cumplirá, como que me llamo Dragut Aliosí.

Me limité a sostener su ardorosa mirada, esforzándome por no mostrar lo mucho que me afectaba su perturbadora cercanía. Se rascó suavemente una pequeña cicatriz que adornaba su sien izquierda y me guiñó un ojo.

—Sigue soñando —conseguí proferir.

Sonrió con altiva suficiencia y se puso en pie.

Salió de la tienda con la odalisca en brazos.

CAPÍTULO 14

EL NÚMERO 11

Oropesa del Mar, septiembre de 2018

Aquella era la quinta llamada de teléfono que ignoraba ese día.

Dejé que el bip-bip-bip se esparciera por mi salón, rompiendo la paz que tanto me estaba costando encontrar.

Cerré los ojos y cubrí mi rostro con el cojín que abrazaba, maldiciendo no haber desconectado también el teléfono fijo. El móvil llevaba dos días apagado, tras enviarle a Julia un rotundo mensaje: «Necesito un par de días».

Sentada en mi butaca preferida, había pasado gran parte del tiempo mirando por la ventana, sin ver más que desgarradoras imágenes del pasado. Recuerdos que había cubierto con grandes y pesadas lonas negras, dejando que el polvo las envolviera hasta hacerlas desaparecer. Pero no mirarlas no implicaba que no estuvieran, y estaban, y Luis había sacudido peligrosamente la esquina de aquel manto, levantando un polvo que hacía lloriquear mis ojos y me impedía respirar con normalidad.

Que hubiera indagado en mi historial, en mi jodido pasado, había abierto una delicada ventana a un mundo que había decidido desterrar de mi memoria. Y, no, no podía permitirlo.

Y allí estaba, reclusa en casa, ignorando el mundo exterior, centrada en

una sola cosa: cerrar puertas entreabiertas, asegurar lonas con fuertes cabos y apuntalar ventanas. Y, hasta tener de nuevo el absoluto control, no podía reanudar mi vida.

Inspiré el reconfortante aroma del suavizante impregnando el algodón del cojín donde enterraba mi rostro y comencé una cuenta regresiva de diez. Con cada número, mi respiración se sosegaba y mi mente ejecutaba mis precisas órdenes: clausurar esa parte de mi vida, convenciéndome de que nunca había existido.

Y funcionaba.

Tras tanta terapia con el psiquiatra del centro, que insistía en desnudar mi alma y enfrentar mis miedos para poder liberar mis traumas, descubrí que sólo una cosa podía ayudarme a llevar una vida relativamente normal, y era olvidar. Pues revivir una y otra vez aquellos espantosos momentos me había llevado casi al borde de la locura, y eso que no les había dado voz siquiera. ¿Qué sentido tenía hablar una y otra vez sobre ello, más que la de hallar un tormento infinito? ¿Cómo liberar o desbloquear, como él lo llamaba, mi trauma, sino borrándolo de mi memoria? Pues no se podía viajar al pasado para evitar lo sucedido. Así que abandoné la terapia convencional buscando lo que yo misma consideré mi salvación y le pedí a mi psiquiatra que, mediante hipnosis, borrara mis recuerdos. Consiguió reprogramarme, sumiendo en sombras esa parte de mi vida y enseñándome técnicas que llevar a cabo si la lona se descorría accidentalmente.

Y lo había hecho, y de qué horrible manera.

Dos noches infernales pobladas de pesadillas espantosas marcaban ahora mi rostro, donde se dibujaba la crispación tensando mis facciones y la clara sombra de las ojeras oscureciendo mi mirada en un cuadro que no era capaz de mirar mucho tiempo. Aquella Elisa no era la que yo tanto me había esforzado por crear.

El sonido cesó y aparté el cojín de mi cara.

Respiré profundamente tres veces y abrí los ojos.

Lo primero que vi los agrandó, acelerándome el pulso.

El reloj digital que había en una estantería del mueble marcaba un número que me robó el aliento: las 11.11 horas.

Sacudí la cabeza y me dije que hasta la maldita casualidad parecía burlarse de mí, nada más. No podía dejar que la sugestión de lo que Luis me había contado interfiriera justo ahora, en plena crisis. No, me dije.

Y si había logrado reflexionar sobre algo durante mis dos días de encierro había sido acerca de su insólito testimonio sobre realidades paralelas y dobles cuánticos. Definitivamente, Luis había acabado más tocado de la cabeza que yo, no supe si en la cárcel o justo tras el fatal accidente, pero resultaba evidente que había creado un mundo imaginario mucho más excitante para poder dejar de atormentarse con su conciencia. Sí, aquello era de manual. Luis rehuía la realidad porque dolía demasiado, y mientras su mente anduviera ocupada con otra cuestión, una bastante rebuscada, lo liberaba de la culpa y de su tormento particular. Si mi psiquiatra pudiera tratarlo, su diagnóstico sería sin duda psicosis, o, lo que es lo mismo, un estado mental en el que se produce una escisión o pérdida de contacto con la realidad.

Sonreí mordaz, podría hacer un máster de Psiquiatría con la cantidad de libros leídos sobre el tema, si en verdad creyera que funcionaban.

En aquel momento mi mente captó un detalle incuestionable. Luis y yo compartíamos traumas personales, huíamos de la locura como podíamos, aunque él había cruzado la tan temida raya sin ser apenas consciente de ello. Y, siguiendo aquella línea de pensamiento, me percaté de otro matiz que nos unía: ambos habíamos huido de profesiones creativas. A mi cabeza acudió un párrafo leído en uno de los tantos manuales de psiquiatría que había devorado: «Existen muchos estudios sobre la vinculación de la creatividad artística con la locura. De hecho, un gran número de artistas de todo tipo, escritores, músicos y pintores de fama mundial, han padecido toda clase de enfermedades mentales. Y es este llamativo vínculo común lo que ha despertado el interés de afamados psiquiatras. Resulta que la genialidad está íntimamente ligada con el pensamiento divergente, el encargado de buscar soluciones alternativas a cualquier problema, y esa visión tan amplia del mundo en general los convierte en seres atormentados, pues ven más allá de lo que podría ver un individuo que no está imbuido de esa extraordinaria percepción del mundo. Una percepción que los inunda de ideas, pensamientos e inquietudes creativas, pero que, a la vez, los condena a pagar una arriesgada deuda: la cordura...».

Escalofriante para quienes huíamos con tanta desesperación de la locura, lo que conllevaba contener y estrangular cualquier expresión artística. Yo, por mi parte, había apartado mi afición por la pintura. Y, como apostaba a que Luis había llegado a la misma conclusión, me pregunté qué faceta artística habría reprimido él.

Luis, de ciencias; yo, de letras. Todo muy... racional.

Paradójicamente, él era la persona más parecida a mí en cuanto a vivencias y superación, y justo por eso debía alejarme sin pérdida de tiempo.

Pero ¿cómo?

No era un hombre que aceptara una negativa, ni que se rindiera a la primera de cambio. Me había envuelto en sus visiones psicóticas, y además decía necesitar me para poner en práctica una de sus insensatas teorías. Y ahora mi máxima prioridad era escapar de él.

No obstante, sus delirios sí habían traído algo positivo a mi vida. Ahora estaba segura de que su versión de lo ocurrido en mi accidente era falsa: mi atropello había sido accidental. Lo había inventado para tener la excusa de acercarse y usarlo a su conveniencia. Ésa era la razón por la que no había testificado ante la policía, y no sus antecedentes.

Una preocupación menos, pero un problema más.

Debía conseguir apartarlo de mi vida como fuera.

Y, de repente, otra cuestión relumbró sobre el resto. ¿Por qué yo? ¿Habría estado siguiéndome con anterioridad? ¿O quizá presenciar mi accidente, de algún modo, me había puesto en su punto de mira? Pero no, eso último no encajaba, pues ya en la biblioteca se había dejado su libro sobre Barbarroja y...

¡Un momento, eso era! No lo había olvidado, no: lo había dejado aposta. Quería que yo lo leyera, seguramente esperando que, de algún descabellado modo, conectara con aquella historia. Lo que significaba que él, en efecto, me había estado buscando o, lo que resultaba más obvio, un día me vio y su mente enajenada me lanzó de golpe a aquel mundo de caos que gobernaba su psique.

¡Vaya suerte de mierda, la mía! Y, razonando sobre todo aquello, la fatal conclusión no de ese momento, sino de mi vida en general, era ésa: una jodida suerte de vida.

Tragué saliva e inspiré hondamente, alejando a manotazos mentales los fognazos que acudían insidiosos en atropellado carrusel sobre el curso de mi compleja existencia.

Decían, y las evidencias científicas lo demostraban, que cuando estaba en riesgo nuestra vida, o condenada ya, pasaba ante nuestros ojos una especie de película sobre ella. Y eso era así porque, según numerosos estudios, el fenómeno podría ser causado por las partes del cerebro que almacenan recuerdos autobiográficos, como el córtex prefrontal, la corteza medial temporal o parietal.

Esas partes no son susceptibles a la pérdida de oxígeno y sangre durante lesiones graves, lo que significa que sus funciones son unas de las últimas del cerebro en sufrir. Las últimas que se apagan.

Pero yo no había estado en riesgo mortal y, sin embargo, esa condenada película sobre diversos estadios de mi vida se había sucedido con dolorosa frecuencia hasta que logré cubrirla con mi salvadora lona. Una lona ahora inestable por las locuras de un psicótico traumatizado.

Lamenté en el acto aquel último pensamiento. Luis era un hombre tan atormentado como yo, y en tal caso quizá preferiría que lo ofendiera a que lo compadeciera, me consolé puerilmente. No obstante, no evitó mi malestar por haber tenido esa cruel observación sobre él.

Me levanté con la certeza de que esa vez necesitaba ayuda, y me dirigí a mi portátil. Mi pobre MacBook Pro necesitaba ya una merecida jubilación, pensé mientras tomaba asiento.

Encendí el ordenador decidida a enviar un e-mail al psiquiatra que me había tratado, el doctor Ramos, para pedirle cita. Cuando entré en mi Gmail, lo primero que vi agitó de nuevo esa serpiente que reptaba capciosa en mi estómago. Tenía 11 mensajes sin leer.

—¡Joder! —farfullé dando un puñetazo sobre la mesa.

Hundí los dedos en mi espeso cabello oscuro, recorriendo la parte superior de mi cabeza hasta casi la nuca, y resoplé preocupada.

No podía permitir que la locura de Luis me arrastrara. Tenía que combatirla y ahuyentarla, como fuera. Joder, no podía flaquear ahora, no tras tanta lucha detrás, tras tantas victorias conseguidas. No, por un desconocido

que nada tenía que ver conmigo. ¿O quizá sí?

Bufé irritada conmigo misma y me centré en escribir el correo, escueto pero claramente desesperado.

Y en aquel momento comprendí que la reclusión y la inactividad comenzaban a repercutir en mi contra. Debía evitar pensar de más.

Cogí el teléfono y miré las llamadas recibidas: tres eran de Julia, dos de un número desconocido, cuyo origen, sin embargo, era fácil de averiguar.

A pesar de continuar con la rehabilitación, ya había solicitado la reincorporación a mi puesto de trabajo. Otro mantra de psicología era el de recuperar cuanto antes la vida rutinaria para anclarnos al presente y alejarnos del incidente sufrido. En mi caso, *sólo* habían sido dos: un puto atropello fortuito y el desafortunado encuentro con Luis.

Me preparé un té de hierbabuena y me dirigí hacia la bañera. Nada como un buen baño aromático y humeante para evaporar preocupaciones. La llené casi hasta el borde. La prieta espuma lamía los costados y parte de la pared de azulejos, tentadora y sedosa. Deposité mi taza en una esquina de la bañera, me desnudé y me sumergí cuidadosamente. Una vez dentro, me estiré y cerré los ojos exhalando un largo gemido placentero. ¡Dios, fue como si todo mi ser despertara a la vida!

El agua siempre había supuesto para mí un elemento de desconexión, era como entrar en otro mundo, uno lleno de paz, de placer, de meditación. Un viaje recesivo al vientre materno, a ese universo único y protector donde sólo nosotros existíamos, donde la maldad no alcanzaba, donde podíamos flotar livianos, despreocupados, solos pero al tiempo abrazados por su suave y acogedora masa. Nada como sumergirme en el agua para evadirme de la realidad, incluso hasta de la corporeidad, pues se podían alcanzar altos niveles de conciencia dentro de ella. Favorecía los viajes astrales, las meditaciones y toda clase de prácticas espirituales, como el *janzu*, como si el líquido elemento fuera una puerta a ese otro mundo que transgredía las fronteras corpóreas e incluso la razón. Un viaje a nuestro interior y, de ahí, a un exterior desconocido, pero accesible y modificable.

Suspiré nostálgica, hacía tiempo que no meditaba, y sonreí apenas, recordando que también Luis era aficionado a la misma práctica. En verdad, la

peculiaridad de los nexos que nos unían era tan apabullante que resultaba inquietante. Tal vez las vivencias traumáticas forjaban individuos similares, curtidos en el dolor y expertos en la evasión. Pero no lo creí realmente. Por desgracia, yo tampoco era muy amiga de apoyarme en casualidades, y la idea de que la aparición de Luis tenía un sentido aún oculto titiló ante mí, haciendo que me replantease mi decisión de alejarme.

¿Y si, en lugar de alejarme, enfrentaba lo que el destino parecía querer mostrarme a través de Luis? Era arriesgado, mucho, si dejaba que me introdujera en su paroxismo psicótico, pero si permanecía tan firmemente incrédula como hasta ahora, aunque me prestara a lo que él necesitaba de mí, quizá me fuera revelado el motivo de su irrupción en mi vida.

No obstante, ¿cómo lidiar con el pujante impulso de alejarme de él? ¿Cómo sortear el temor a dejarme llevar por sus delirios?

Finalmente decidí no tomar una decisión precipitada y simplemente manejar la situación guiándome por mi instinto.

Cogí el vaso de té y le di un largo trago. Lo dejé en su lugar, cerré complacida los ojos de nuevo y me dediqué a disfrutar del baño, despejando la mente y centrándome únicamente en mi respiración.

Una agradable laxitud inundó mi cuerpo, un relajante sopor nubló mi mente y la paz llegó, otorgándome una liviandad reconfortante y evasiva.

Y, en mitad de aquella profunda relajación, una imagen cruzó por mi mente, huidiza pero clara...

... Alguien me esperaba fuera. Un hombre con una capa roja extendida delante de él. Sus ojos... grises..., su mirada felina..., su expresión... morbosamente hambrienta...

Aquel paño áspero y maloliente me envolvió, pero fue el calor que me traspasó su cuerpo lo que más me tensó. Me abrazaba... Me susurraba...

Me incorporé como un resorte, profiriendo un gemido asustado, sobresaltada y jadeante. El agua rebasó el borde de la bañera, chasqueando contra el suelo.

La sensación había sido tan vivida, tan real, que aún me cosquilleaba

aquel susurro en mi oído, que aún sentía la rotundidad de aquel abrazo.

Me estremecí y me abracé las rodillas. Temblaba.

Tardé un rato en serenarme.

¿Qué demonios me había pasado? No estaba dormida, por lo que no era un sueño. Y, estando despierta, por muy aletargada que me encontrara, aquel episodio sólo podía catalogarse de visión.

«¡Por favor, joder, no! No, no, visiones, no...»

Refregué mi rostro con ambas manos y gruñí impotente.

¿Acaso era contagiosa la locura?

Sentí ganas de llorar, de gritar y de salir corriendo. Sin embargo, permanecí inmóvil, encogida sobre mí, asustada y angustiada.

Esos ojos grises, ese rostro me resultó vagamente familiar.

Un vibrante e irritante sonido me hizo dar otro violento respingo y mascullé una maldición.

Alguien llamaba a la puerta. Pero fue mi ventana interna la que se entreabrió.

CAPÍTULO 15

INTUICIONES

Esperé paciente a que la inoportuna visita se largara. Pero, por cómo llamaba, sacándome de quicio, supe que no se iría, como también supe su identidad. Acompañó su insistencia en el timbre de llamada con golpes en la puerta, al tiempo que perjuraba que la echaría abajo si no le abría. Acordándome de toda su estirpe, y jurando en arameo, salí de la bañera y me cubrí con el albornoz. Me calcé con mis chancletas de toalla y me apresuré a la puerta con el cabello goteando y aún cubierto de espuma.

Abrí con furiosa vehemencia para encontrarme con la preocupada mirada de Julia y la verde mirada ansiosa de Luis. Hice ademán de cerrar, pero él trabó su pie en el quicio y yo simplemente bufé irritada y solté la puerta, dejándolos entrar.

Clavé en Julia una mirada resentida, y, cruzándome de brazos, me enfrenté a ellos.

—¿Buscáis que me dé un infarto? —incredé ceñuda.

—¿Tienes idea de lo angustiada que he estado? —se defendió mi amiga.

—*Hemos estado* —puntualizó Luis.

—Te avisé de que necesitaba dos días —reliqué ignorándolo a él.

—Han pasado cuatro —respondió Julia, mirándome desazonada.

Abrí los ojos demudada.

—¿Cuatro? ¿No es posible? Yo... yo sólo recuerdo haber amanecido dos mañanas...

—Porque habrás dormido prácticamente todo el tiempo —barajó Luis, tomando asiento en mi butaca.

—¿Alguien te ha dado permiso para sentarte? —recriminé, tan enojada como confusa.

—No, tampoco para entrar, y aquí estoy.

Esbozó una sonrisa descarada y cruzó indolente las piernas. Me guiñó un ojo y me recorrió con la mirada.

—¿Vas a echarme?

—Ganas no me faltan.

—Lo que te falta es fuerza para largarme a empujones, ¿no?

—Y a ti lo que te sobra es desfachatez.

—Me sobran y me faltan más cosas —reconoció.

—A mí, en cambio, sólo me sobras tú.

Encogió el rictus, como si lo hubiera golpeado y luego dibujó su sempiterna sonrisa mordaz.

—Guau, nena, buen rechazazo.

Se frotó la mandíbula y abrió la boca varias veces en un gesto socarrón que terminó de impacientarme.

—No es momento de que saques tu lado capullo a relucir, si no quieres que te lance a la cabeza lo primero que encuentre a mano. No estoy de humor para tus payasadas.

Luis se volvió hacia mi amiga, que nos miraba reprobadora.

—¿Ves, Julia? Te dije que debía traer mi casco.

—No, lo que debes hacer es llevar tu cabeza a él y largarte por donde has venido.

—No, hasta que termine lo que he venido a hacer.

—Me importa una mierda lo que hayas venido a hacer. Ya te escuché y no quiero saber nada más de toda esa locura que me contaste.

—No me dejaste terminar la historia...

—No es necesario, no me interesa lo más mínimo.

Comencé a caminar de un lado a otro, exasperada y furiosa, con los brazos

cruzados bajo el pecho y mascullando entre dientes. Hasta que me detuve frente a Julia, que permanecía inusitadamente silenciosa.

—¡Por Dios, Julia! ¿De veras has oído su historia y lo crees?

—Lo único que creo de veras es que él pretende ayudarte y protegerte — se defendió algo confusa por mi reacción.

La fulminé con la mirada y bufé frustrada.

—¿En serio? —Pasé ambas manos por mi pelo, intentando serenarme—. No me lo puedo creer. Tú me conoces más que nadie, por amor de Dios, sabes lo peligroso que es desanclarme de la realidad que tanto me ha costado conseguir. Te juro que no entiendo que lo apoyes.

La miré dolida, y ella bajó la vista y se mordió el labio con gesto apesadumbrado.

—No voy a obligarte a nada, Elisa —intercedió Luis poniéndose en pie y avanzando hacia mí.

Mi primera reacción fue dar un paso atrás, pero logré mantener mi posición doblegando aquel acuciante impulso.

—Ya me estás obligando a escucharte.

—No creo que sea un gran tormento, sólo te pido algo de tu tiempo y una pizca de empatía, joder —replicó incisivo.

Sostuve su mirada suplicante, aunque en su ceño permanecía un atisbo resentido.

—Haremos algo: te escucharé si me prometes que acatarás la decisión que tome al terminar tu historia. Respecto a eso de que puedes protegerme... — miré condenatoria a Julia—, ya me tengo a mí misma, gracias.

Luis me observó largamente, su gesto se agravó y pude ver cómo en su mente analizaba minuciosamente su discurso para conseguir lo que yo ya me había negado a darle: mi credibilidad.

—¿Te importaría dejarnos solos, Julia? —pidió esgrimiendo una agradecida sonrisa.

Ella me miró a mí dubitativa.

—Tranquila, no llevo casco, pero tengo la cabeza dura si la Rottenmeier se decide a abrirmela con un jarrón —murmuró Luis socarrón.

—Ve, Julia —animé—, tengo muchos jarrones, pero me gustan más que su

cabeza.

Mi amiga sonrió más tranquila y asintió conforme.

—Tengo que hacer algunas compras, volveré dentro de un rato. Espero que su cabeza siga intacta, no tengo edad para ir por ahí enterrando cadáveres.

Luis amplió su sonrisa y pude ver un sincero brillo afectuoso en la mirada que le dirigió a Julia. Mi amiga, por su parte, tampoco ocultó el aprecio que aquel hombre había despertado en ella. Resultaba evidente que, tras mi ingreso en el hospital, había germinado entre ambos una bonita amistad.

Salió, cerrando tras de sí, pero no sin antes dedicarnos un gesto admonitorio señalándonos con el dedo índice.

—¿Puedo saber cómo has conseguido que Julia te crea? Es la persona más pragmática y racional que conozco.

—Julia no conoce esa parte de la historia, sólo la que te conté en el hospital.

—Ya decía yo... Si supiera el resto, sería ella la que te echaría de mi casa a golpe de jarrón.

—No lo creo, es más... comprensiva y razonable que tú.

—Pues aún carezco de más cosas, de paciencia, por ejemplo. Así que dispara.

—¿Qué tal si te pones algo de ropa y te secas el pelo antes?

Abrí los ojos extrañada y lo miré confundida.

Luis me dedicó una sonrisa tirante, clavando sus ojos en la abertura de mi albornoz, que en el fragor de mi enojo se había entreabierto dejando ver el nacimiento de mis senos y parte de mi vientre.

—Me gustaría exponer mi teoría y mi petición con claridad y centrarme en los detalles, y dudo que lo consiga con unas vistas tan... atrayentes. Ya sabes, por muy físico que sea..., soy hombre, y el raciocinio se nos anula cuando otra cosa se despierta.

Me cerré hoscamente el albornoz y tomé rumbo a mi habitación. Ya llegaba al pasillo cuando una petición en voz alta me hizo gruñir nuevamente:

—¡No te pongas las gafas!

* * *

Minutos después aparecí con unos sencillos vaqueros, una camiseta roja y unas cómodas sandalias a juego, el pelo todavía húmedo recogido en una cola alta y, por supuesto, mis gafas de pega.

Lo encontré ojeando el libro sobre trastornos psicóticos que había estado consultando y había dejado sobre la mesita junto al sillón.

—¿Ya tengo diagnóstico, doctora?

Alzó la vista con mirada traviesa, dibujando en sus mullidos labios una mordaz sonrisa ladeada.

—Lo que tienes es mi atención, y lo que no creo que tengas es arreglo.

Luis amplió su sonrisa y me guiñó un ojo.

—¿Para qué? Soy perfecto así —bromeó.

—No me hagas perder más el tiempo, ¿quieres?

—Como querer, querría hacerte perder otras cosas, pero visto el caso que me haces... —señaló mis gafas y puso los ojos en blanco—, lo veo complicado. Aunque, ahora que lo pienso, esas gafas te dan un punto sexy bastante morboso.

—Sé lo que intentas —adiviné en el acto—, que me las quite, usando mi oposición a tus gustos.

Chasqueó la lengua y se rio divertido.

—¿Si te digo que me resulta atractiva tu inteligencia, te vas a lobotomizar? No, ¿verdad? Acepta entonces que puedas gustar a quien detestas y no por eso voy a abalanzarme sobre ti.

—Yo no te detesto.

—Pues lo finges de puta madre.

Nos miramos largamente. Al final, me quité las gafas, las dejé en la mesita y ocupé el sillón de enfrente.

—Empecemos por ahí —adujo tabaleando en los brazos de la butaca—, ¿por qué motivo sientes ese rechazo por mí?

—¿Qué tal si vamos de una vez al tema que nos ocupa? —inquirí exasperada.

—Ya estamos en él —afirmó entornando su verde mirada y clavándola en mí—. Contesta.

Cavilé un instante, buscando un motivo de peso que justificara aquel rechazo. Sin duda había sido en la biblioteca, a raíz de nuestro primer contacto.

—En nuestro primer encuentro te comportaste como un verdadero capullo engreído.

—Lo hice porque tú ya te perfilaste como una jodida Rottenmeier ácida y cortante. Pero, piensa bien, antes de que yo me acercara a tu mostrador, tu mirada era recelosa y disgustada, ¿por qué?

—Pues no sé, simplemente no me gustó tu pinta. Hay veces que se siente *feeling* o aversión por alguien y no se sabe muy bien por qué. Quizá nos dejamos guiar por la intuición o...

—Ahí está —interrumpió él con un gesto triunfal—. *Intuición*. Ésa es la palabra —aseveró adoptando una expresión concentrada—. Ahí está la clave de todo, Elisa, en nuestra intuición. ¿Y sabes qué es realmente la intuición?

—Una especie de percepción de nuestros instintos más primarios —respondí.

—Un instinto, sí, que no atiende a razones —aclaró—. En verdad, la intuición es el conocimiento, la comprensión o la percepción inmediata de algo sin la intervención de la razón. Por tanto, es una habilidad innata sin explicación lógica o fundamentada, pero certera. Nuestra mente le da prioridad, y la mayoría de las personas se dejan llevar por ella, y pobre del que la ignore. Porque lo que realmente implica es un aviso, una alarma, un consejo o una respuesta, y no de nuestro subconsciente. Aunque antes se llamaba así (a pesar de que nadie se preguntaba cómo ese subconsciente podía saber cosas que nos habían pasado), ahora está demostrado que proviene de nuestro yo cuántico. Ese ser que, aunque conectado a nosotros, vive en otra realidad, se supone que en el futuro, por eso conoce lo que nos depararán nuestros actos. Y por eso nos avisa de peligros, de gente peligrosa o de decisiones desacertadas. Muchos dicen que es como una voz mental que nos detiene o nos alienta en función de una decisión.

Entorné suspicaz los ojos y, meditando su explicación, comprendí desconcertada adónde quería llevarme.

—Así pues, mi rechazo por ti, según tú, proviene de un mensaje de mi yo

cuántico que me avisa de que no confíe en ti o me mantenga apartada porque puedes ser peligroso para mí.

—Pero no aquí ni ahora, sino en otra realidad.

—Y yo, claro está, tengo que creer eso.

—Tienes que creerlo para poder salvar tu presente y tu futuro, y quizá para poder cambiar el pasado.

—Mi presente y mi futuro dependen exclusivamente de mí, de las decisiones que tome y del rumbo que elija. Y, respecto al pasado, es lo más absurdo que he oído de ti hasta el momento, y te aseguro que estás en el *top* de mi ranking de locuras.

Dirigió una significativa mirada al volumen sobre psiquiatría todavía abierto sobre la mesa e inspiró paciente.

—Comprendo que me creas un puto psicótico, de hecho, es la reacción que yo tendría en tu lugar. Por eso, cuando termine mi relato, acataré tu decisión de que te deje tranquila, como presupongo estás deseando, y tendré que esperar a que seas tú la que acuda a mí.

Lo miré escéptica y me encogí de hombros.

—Eso sí sería inaudito, te lo garantizo.

—Lo harás —aseguró rotundo—. Cuando las evidencias te persigan como lo hicieron conmigo, la desesperación y el miedo te llevarán a mí.

—O al acantilado —aduje burlona.

La mirada grave y penetrante de Luis me erizó la piel durante un instante.

—Espera un momento. Según tu teoría, si el yo cuántico vive en el futuro —elucubré hilando en mi cabeza retazos de su historia—, y tú crees que fuiste Barbarroja, y me ciño a tus palabras, entonces tú, que vives en una realidad más adelantada, eres su yo cuántico.

—Sólo que no puedo conectar con él, con mi yo del pasado, para decirle lo que sé. He probado todas las técnicas posibles para conseguirlo, y no ha habido manera. Algo falla, algo no está bien, eso, o en mi otra realidad aún soy más testarudo que en ésta.

Lo observé unos segundos, quizá buscando en su expresión lo que en mi cabeza no terminaba de encajar.

—Hay algo que no entiendo —objeté recelosa—: si eres la misma persona

en dos líneas temporales distintas, entonces son dos vidas distintas bien diferenciadas que no tienen por qué influir la una en la otra. No tiene sentido que los actos de Barbarroja te repercutan, pues la suya es una vida concluida, se sabe hasta la fecha exacta de su muerte.

Luis exhaló un pesaroso suspiro, perdiendo la mirada a través de mi ventana, sumido en sus propias cavilaciones.

—En realidad, lo que la ciencia ha averiguado sobre el yo cuántico no se ajusta a lo que me ocurre a mí. Quiero decir, en teoría, se trata de dos entidades que comparten un mismo cuerpo y una misma vida, eso explica la teoría de Jean-Pierre Garnier Malet. Con lo cual, el yo futuro vive por delante del real, que es el corpóreo, días, semanas, meses..., depende, y al lograr conectarse con el del presente le susurra datos vitales que éste aprovecha para tomar decisiones beneficiosas para ambos. En mi caso, nos hemos deslizado en dos realidades que conviven paralelas, sólo que en épocas diferentes. Vivimos vidas simultáneas, eso es lo más extraordinario de todo.

Lo contemplé perpleja, intentando asimilar aquella nueva información, consciente de que, incluso siendo una invención de su mente, era absolutamente fascinante.

—Por tanto —comencé, ordenando en mi cabeza todo lo que había entendido de su explicación—, tu caso transgrede toda base científica constatada hasta ahora.

—Mi caso va por delante de los estudios, nada más —especificó—. Pero es cuestión de tiempo que las investigaciones en materia de física cuántica converjan justo en ese punto, pues el desdoblamiento del tiempo, que es la base teórica de Malet, es exactamente lo que me ocurre a mí. Mi realidad se ha desdoblado en dos y, por fortuna o por desgracia, mi otra entidad es un famoso corsario berberisco del siglo XVI.

—Es realmente apasionante —reconocí—, si lograra creerte.

La luz de la ventana incidió en sus rasgados ojos verdes, aclarándolos. Me recordaron al turquesa del mar bajo un sol cegador. Quedé prendada en ellos, y a mi mente acudieron otros ojos..., unos que había visto recientemente, una penetrante mirada plateada tan felina como la suya... Tragué saliva y rompí el contacto visual, evaporando aquella inquietante visión.

—No voy a pedirte que me creas —alegó repasando su mentón con la mano mientras en su rictus asomaba un veta ansiosa—, sólo que intentes algo.

—Bien, ya va siendo hora de que pongas tus cartas sobre la mesa.

Me esforcé mostrarme serena y expectante, cuando lo que en verdad me gritaba mi instinto era que saliera corriendo. Enlacé las manos en el regazo, más para sujetar el temblor en ellas que para aparentar tranquilidad.

—Te he visto junto a mí en esa otra vida —comenzó escudriñando mi expresión con evidente preocupación—. Eres tú, aunque no exacta a como eres ahora. Tu piel es más oscura, tus ojos más vivos, tu cabello es más largo y rizado, tu gesto es completamente diferente, diría que audaz, casi fiero. Pero eres tú. Compartimos esa realidad, he tenido visiones que tú protagonizas. Y, como ya te he dicho, aunque son como trozos de película rotos que no tengo modo de unir, excepto buscando datos precisos de la vida de Barbarroja, sé que eres importante para mí. Y si tú existes en esta realidad actual, quiere decir que también puedes comunicarte con tu otro yo. Y, no sé, quizá tú tengas más suerte y puedas darme la clave para que logre enlazar con él.

Me puse en pie e inspiré hondo, aquello ya me estaba superando de nuevo.

—O sea, que tu petición es que intente conectar con mi otro yo del pasado, nada más y nada menos. Y, claro —apenas me di cuenta de que estaba alzando la voz conforme caminaba de un lado a otro de mi salón, pasando las manos por mi pelo en un gesto repetitivo, claro síntoma de que estaba perdiendo la paciencia—, seguro que es muy fácil, según tú.

Me detuve frente a él con los brazos en jarras, fulminándolo con la mirada.

—Tienes el jodido valor de pedirme que haga algo que tú no sabes hacer —acusé indignada.

Luis se puso en pie y aferró mis hombros. Yo me desasí hoscamente.

—Cálmate, ¿de acuerdo? Sí sé hacerlo. Sólo que, por algún puto motivo que desconozco, conmigo no funciona.

—Oh, claro, pues, en tal caso, ¿por qué no utilizar a alguna gilipollas que se preste? —farfullé ofuscada.

—Vamos a ver, Elisa, se supone que no crees una sola palabra de todo lo que te he contado, ¿no?

—Ni una —admití, apartando las últimas casualidades, que decidí lanzar

al cajón de la sugestión.

—Bien, pues si no crees nada, ¿qué puede importarte que te pida que antes de dormir pronuncies una simple frase? No creo que esa minucia trastoque tu... apasionante vida de bibliotecaria.

—Eres un imbécil, ¿lo sabías?

—Uno bastante desesperado para correr el riesgo de que finalmente decidas lanzarme todos los jarrones de tu casa.

—Es lo que mi *intuición* lleva gritándome desde que te dejé entrar.

Luis avanzó un paso hacia mí. Yo lo retrocedí.

—¿Sabes lo que más odio de mi «yo pirata»?

Avanzó otro paso. Yo volví a retroceder.

—Este puto rechazo —agregó mirándome de forma extraña.

—Seguro que merecido, me provocas escalofríos —confesé, evitando indagar en el motivo de ese inevitable encono hacia él.

Tras una mirada grave e indefinida, alzó los hombros y suspiró resignado.

—Probablemente —se lamentó.

—¿Cómo tienes la seguridad de que eres o fuiste Barbarroja?

—Por detalles muy concretos de su vida que coinciden con mis visiones, y fundamentalmente porque el hombre que veo, aunque mis ojos no compartan el mismo color, soy yo. El hombre de esa ilustración que copié de varias crónicas, a pesar de la barba que oculta buena parte del rostro y del cabello largo, soy yo. Y, créeme, hasta consulté con un fisionomista. Comparto rasgos, vivencias y recuerdos, y, tras elaborar mi propio mapa de vida, con recortes rotos, emergió mi identidad, una que me dejó en *shock*, te lo aseguro.

Sentí la necesidad de sacar del cajón el libro de Luis. Lo abrí buscando el grabado que tanto había llamado mi atención y al que se refería y, cuando lo encontré, me detuve a examinarlo concienzudamente.

—Es la misma ilustración que figura en varias crónicas —señaló acercándose a mí—. Pero a ésta le añadí detalles más personalizados.

—¿Como por ejemplo?

Se puso a mi lado, rozándome con su brazo.

—Ese rictus grave en el rostro, la dura línea de la boca y esa pequeña cicatriz en la sien izquierda.

Agucé la mirada y, en efecto, vi una línea irregular cruzándola.

Volví la cabeza hacia él para contemplar su rostro. Estaba demasiado cerca del mío, aun así, me demoré en estudiarlo. Sin la barba, sin aquella mirada fiera y sin aquel largo cabello, su aspecto era menos atemorizador. Pero, sin duda, las marcadas facciones de Luis se vislumbraban en cada trazo. Pómulos altos, frente despejada, nariz recta, mirada felina de ojos rasgados y profundos, y, aunque la barba ocultaba el mentón, éste se adivinaba definido y prominente. La boca también se asemejaba, amplia y de labios voluminosos, aunque unidos en un gesto circunspecto y casi diría que angustiado.

—También enriquecí los detalles en el vestuario. Ese atuendo era el más común en él, sobre todo, cuando navegaba.

Sentí un desazonador escalofrío ante la minuciosa réplica en tinta de él mismo, un dato que me hizo ser más consciente de la gran implicación de Luis en aquel peliagudo desvarío.

—Nada me asegura que todo esto no sea más que un invento de tu mente. No puedo saber cómo fue Barbarroja en realidad. Dibujaste tus facciones en él, eso es cuanto puedo ver aquí.

—Y hasta aquí es donde alcanza mi poder de convicción. No dispongo de pruebas ni de ninguna herramienta que verifique cuanto digo. Pero, aun así, apelo a tu empatía, o a tu generosidad, para con un pobre loco.

Sentí su respiración agitada y su verde mirada atrapó la mía durante unos segundos. Cuando se desvió hacia mi boca, logré reaccionar.

Cerré el libro y se lo ofrecí.

—No tiene sentido que yo lo conserve. Hiciste un gran trabajo de investigación.

Ya me volvía cuando él aferró mi brazo y me detuvo.

Su mirada suplicante removi6 algo dentro de mí.

—Lo necesito, Elisa.

Exhalé el aire contenido y asentí.

—Pero antes, dime, ¿en qué puede afectar a tu vida? Él murió, su vida ya corrió en otro tiempo. En el supuesto caso de que logres pasarle información, ésta le beneficiaría a él, no a ti, en tu presente actual. Por mucho que seáis la misma persona, vuestras vidas no pueden ser más dispares. Os separan cinco

siglos, nada menos.

—El karma, Elisa —respondió—. Estoy pagando todos sus desatinos, todas las injusticias y las crueldades cometidas. Pero, sobre todo, debo redimirlo y liberarme a un tiempo. Nada puedo esperar de esta vida, nada bueno, si no logro hacerle ver que sus actos repercutirán en su yo futuro, en mí.

—¿Y si ya es demasiado tarde? Se supone que tenéis la misma edad, ¿no? Con lo cual, ya ha cometido más de una atrocidad.

Me sentí estúpida enfrascándome en una conversación tan surrealista, pero por algún motivo necesitaba desmontar su descabellada teoría.

—Sólo sé que tengo que intentarlo. Me estoy muriendo, Elisa.

Dejé escapar un gemido sorpresivo, agrandé estupefacta la mirada y sentí que me faltaba el aliento.

—Dime que es una broma de mal gusto.

Luis me soltó y bajó la mirada.

—Nada me gustaría más, te lo aseguro. Pero no lo es.

—Joder, yo...

No supe qué decir. Sólo supe que deseaba fervientemente seguir sin creerlo, pero, por algún motivo, quizá por su atribulada expresión, intuí que decía la verdad. Llevé una mano a mi pecho. Dentro comenzó a aletear una agitada mariposa con alas de hielo que esparció un frío intenso por mi interior.

—¿Qué frase he de decir?

Luis alzó de nuevo la vista; pareció azorado e irritado.

—Odio tu puta compasión, pero no me has dejado más alternativa, así que la sufriré si por fin aceptas ayudarme. Sin embargo, te pediría que al menos me la ocultes.

—Tengo corazón, joder —repliqué.

—Felicidades —musitó ácido.

Su rictus se había endurecido, asemejándose más si cabía al del pirata que decía ser.

—La frase —pedí, deseando zanzar aquel tema.

—Bien, ahí va... Bebe un vaso de agua antes de ir a la cama y, cuando estés a punto de dormirte, pronuncia mentalmente esta frase: «Isabet Llerán, sé que existes. Abre tus sueños a mí».

—¿Eso es todo? —inquirí impávida.

—Eso es todo.

—Esta noche lo pondré en práctica.

—Gracias —murmuró huraño y todavía molesto.

—No es ninguna molestia, en realidad.

—Claro, por eso me ha sido tan fácil convencerte —barbotó mordaz.

—Admitirás al menos que no es algo fácil de aceptar, y menos aún de creer.

—No lo es, y ya te dije que no espero que me creas; con pronunciar esa frase me sobra. Pero sí te pido encarecidamente que, si obtienes respuesta o comienzas a experimentar cosas extrañas, por favor, acudas a mí. Eso significaría que has conectado con ella, y es ahí donde debes pasarle mi petición.

—Creí que tu petición era esa simple frase que debo pronunciar.

—No, esa frase es, digamos, el cable de conexión. Si funciona, tendré alguna oportunidad; si no, te dejaré en paz.

Por primera vez vislumbré ante mí la inminente despedida de Luis.

Por supuesto que no funcionaría.

Entonces ¿por qué no sentí el alivio esperado?

CAPÍTULO 16

ALGO ESTÁ DESPERTANDO

Tras tomar un gran vaso de agua, me fui a la cama con una misión en mente y mil incertidumbres mordisqueando mi modorra. Pero, a pesar de que debía dejar que el sopor me envolviera para lograr pronunciar aquella frase en un estado de semivigilia, justo antes de dormirme, la confesión de Luis alejaba a patadas el sueño, sumiéndome en un estado ansioso y preocupado.

No podía apartar de mi mente su mirada cuando me reveló que se moría. Y, aunque mi parte más racional, insensible y desconfiada me alertaba de que podía ser una simple treta para ablandarme y aceptar ayudarlo, mi intuición me gritaba que era verdad. Y, al recordar su mirada antes de irse, esa profunda amargura que tildaba sus profundos ojos verdes, mi malestar se acentuaba.

Me revolví inquieta e intenté acomodarme. Suspiré profundamente dispuesta a dejar la mente en blanco y acabar con aquello de una maldita vez.

Cerré los ojos y me centré en la respiración. Inspiré lentamente llenando los pulmones y exhalé de manera pausada relajando cada músculo. Repetí una y otra vez el proceso hasta que todo mi cuerpo se destensó y poco a poco comencé a sentirme adormecida.

Entonces, en mi mente evoqué mi propia imagen, pero con las características que había descrito Luis de mi supuesta doble, e intenté visualizarla. Y en ese momento justo pronuncié aquella frase en un susurro

estirado varias veces hasta que la negrura me arrastró.

* * *

Desperté sobresaltada, sudorosa y jadeante.

En mí, todavía adormecida, conciencia pendían sinuosas guedejas de un sueño inquietantemente real. De hecho, hasta resonaban en mi cabeza las palabras de aquel hombre, el mismo que me había envuelto con la capa en mi visión durante el baño. Esos ojos eran inconfundibles, y aunque el resto de su rostro no terminaba de perfilarse, sin duda era él.

Sacudí la cabeza para disipar el eco de aquella voz que todavía erizaba mi piel y refregué bruscamente mi rostro para terminar de despertarme.

... No tientes tu suerte, condenada morisca...

—¡Joder! —mascullé sobrecogida.

Ese tono grave y profundo, susurrado y amenazante, provocó un violento escalofrío que recorrió mi espina dorsal, haciendo que me pusiera rígida.

Me levanté y me encaminé hacia el balcón, cuyas puertas acristaladas abrí de par en par.

Amanecía.

Desde mi casa en la plaza de la Iglesia, en lo alto de la villa, gozaba de unas vistas espectaculares para poder admirar la magnificencia de un alba que prendía el horizonte de fuego y silueteaba las montañas de oro. Dejé que el fresco aire de septiembre acariciara mi rostro. Tomé una honda bocanada de aire que refrigeró mis pulmones y despejó mi mente, y salí al balcón aferrándome a la baranda.

Cuando posé la mirada en la calle, lo que vi un poco más allá mandó al carajo cualquier esperanza de arreglar la mañana.

En el banco justo enfrente de mi casa, en el lado opuesto de la plaza, una figura se acurrucaba inmóvil sobre los duros listones. A su lado, una potente Harley parecía velar su sueño: ¡había pasado la noche tumbado en aquel banco!

Me adentré en mi cuarto y me cubrí con una bata. Bajé la escalera hacia la planta baja como una centella, salí de mi casa y crucé la plaza como una exhalación hasta llegar junto a él. Sacudí su hombro y aguardé. Lo observé frotarse los ojos y rezongar molesto, parpadear y por fin mirarme confuso.

—¿Qué diablos se supone que haces durmiendo en un puto banco?

Se incorporó y permaneció sentado mientras se pasaba las manos por el pelo y terminaba de despertarse.

—¿Dormir en un puto banco? —masculló socarrón levantando la mirada hacia mí y alzando indolente los hombros.

—¿Y la razón es...?

—Me gusta dormir al aire libre —respondió extendiendo las manos en un gesto ingenuo, haciéndome resoplar.

—Y a mí comer cactus —farfullé mordaz—. Anda, ven, que te invito a un café y, si te portas bien, hasta te cedo una cama, no creo que hayas podido dormir mucho.

Se puso en pie y recogió su cazadora de piel negra, que había enrollado a modo de almohada.

—¿Estás segura de invitar a un capullo a tu casa? —inquirió enarcando una ceja y exhibiendo una sonrisa traviesa.

—No, por eso no me hagas pensarlo mucho.

Enfilé hacia ella, seguida por sus pasos.

—Tus muros colindan con la fachada de la iglesia de la Virgen de la Paciencia, pero veo que no te han contagiado esa virtud.

—También limitan con la fachada del museo Naturhiscope, y no por eso conozco toda la historia de Oropesa.

Abrí la doble puerta de madera con relieve de cuarterones y me adentré en mi casa, dejándolo pasar antes de cerrar.

—Creo que sabes de sobra dónde está el sillón. Te traeré un buen café, y espero que seas de tostadas: no tengo otra cosa.

No esperé a que me contestara. Me dirigí hacia la cocina, casi agradecida de tener otra cosa en lo que pensar y no en aquel sobrecogedor sueño, y encendí la cafetera.

—Vetusta —oí a mi espalda—, casi como tu sentido del humor.

Me volví para verlo observar mi cocina con semblante crítico.

—Sobria, como tu sentido de la gratitud —repliqué frunciendo el ceño.

Sonrió ampliamente en una mueca irónica. Acto seguido, tomó asiento en uno de los taburetes junto a la encimera que tenía bajo la ventana, en la que yo desayunaba cada día contemplando el horizonte.

—¿Qué debo agradecerte en concreto, este desayuno o que anoche me complacieras mentalmente?

La doble intencionalidad de sus palabras me hizo sonreír mientras colocaba las cápsulas en la cafetera.

—Eres un hombre fácil de complacer entonces. Una sola frase y quedas en éxtasis.

Luis rio al tiempo que abría sus largas piernas flexionadas y se reclinaba contra la encimera mientras observaba mis movimientos.

—Son más bonitas las vistas desde la ventana —sugerí incómoda con su atención.

—Creo que eso habré de decidirlo yo —adujo guiñándome un ojo.

Me encogí de hombros y me coloqué un largo mechón oscuro tras la oreja, simulando una indiferencia que no sentía.

Puse la radio, y los rítmicos acordes de la guitarra de Shawn Mendes en el estribillo de *There's Nothing Holding Me Back* me arrancaron una animada sonrisa, adoraba esa canción.

Luis comenzó a palmear el taburete por debajo, inclinándose ligeramente y moviendo las punteras de sus botas al ritmo. Agitaba la cabeza siguiendo los acordes, y me miró esbozando una sonrisa cautivadora.

Sus labios pronunciaban con fluidez la letra de la canción, con tal soltura que resultó evidente que no era la primera vez que la cantaba.

Me volví a observarlo y mis pies imitaron los suyos. Entre nosotros floreció una divertida complicidad que se traslució en sonrisas luminosas.

Resultaba notoria la habilidad con que palmeaba el madero de su asiento, siguiendo con precisión cada acorde. Su cuerpo acompañaba cada movimiento con una gracia innata y sugerente. Desprendía un magnetismo tan arrollador, una masculinidad tan poderosa y sensual que me descubrí recorriéndolo con la mirada, absorbiendo cada detalle de su atractivo cuerpo sin tapujos.

Cuando la canción terminó y el locutor la ensalzaba, mis ojos se posaron en su boca, él se pasó la lengua por los labios, atento a mis reacciones. Cuando logré mirarlo a los ojos, el fuego que vi en ellos me sobresaltó, sacándome de mi inusitado atrevimiento. «¡Joder! —me dije—, parezco una adolescente en pleno festival hormonal.» Aparté rauda la vista y me concentré en introducir unas rebanadas de pan en la tostadora.

Deseé que él rompiera aquel tenso silencio con alguno de sus comentarios sarcásticos, pero no lo hizo. Por alguna razón, supe que tenía sus ojos fijos en mí, y aquella certeza me alteró todavía más. Entonces me vino a la cabeza un detalle de nuestro primer encuentro. La forma repetitiva de puntear con los pies, como si siguiera alguna melodía que resonara en su cabeza.

—¿Tocas la batería?

Oí cómo se ponía en pie y se acercaba a mí. Se puso a mi lado y, cuando la tostada saltó, la extrajo, la untó con la mantequilla que yo había sacado de la nevera y la acercó a mis labios. Mordí, y sus ojos apresaron mi boca con la avidez con que la mía masticaba el bocado.

La intimidad que se creó fue tan palpable que un cosquilleante hormigueo acarició mi piel como si fueran sus manos las que me recorrieran.

Tragué, y entonces fue él quien se llevó la tostada a la boca y mordió un buen trozo. Tras engullir el bocado, quedaron migajas diseminadas por sus labios. Me desconcertó tener que reprimir el impulso de limpiarlas con mi lengua. De nuevo aparté la vista azorada y le acerqué su café mientras yo tomaba el mío. El aterciopelado calor que descendió por mi garganta agravó el punzante ardor que ya abrasaba mis sentidos.

Aquellas emociones eran tan desconocidas para mí que no supe cómo gestionarlas.

—La toco.

Lo miré confusa y fruncí el ceño, hasta que él dibujó el gesto de manejar unas baquetas imaginarias.

Sonreí y asentí, tomando otro trago.

—Me impresiona tu capacidad de observación y deducción —agregó mordiendo de nuevo la tostada.

Tuve que esforzarme por no mirar su boca. Por el modo en que me miraba,

supe que percibía claramente mis encontradas emociones y, aun así, continuaba tentándome.

—Hace mucho descubrí que observar revela muchas cosas de nuestro entorno, y, por tanto, es una gran arma de prevención. Conocer a la gente es primordial para poder actuar en consecuencia sin exponernos, pues podemos anticiparnos a según qué conductas.

Luis se volvió a mirarme y escudriñó curioso en mis ojos.

—Aun así, no siempre podemos evitar un ataque. Aun así, jamás será culpa nuestra, sino del agresor —repuso en tono acariciador.

Me agité nerviosa. La ventana a mis enterrados recuerdos volvió a entreabrirse. La cerré de un manotazo.

—¿Por qué la batería? —pregunté para desviar su atención.

—Fue mi modo de aliviar presión, furia y dolor. Descargaba en ese instrumento toda la rabia acumulada contra mí hasta acabar agotado física y mentalmente; además, lograba evadirme. La música fue mi gran terapia. También descubrí que tengo oído musical y ritmo, con lo que adquirí cierta destreza. Algunos fines de semana toco junto a un grupo de rock, de manera ocasional, nada relevante.

—¿Te habría gustado convertirlo en tu profesión o la física pesó más?

Apuró el café y metió su taza y la mía en el fregadero.

—Ser músico es una profesión bastante inestable, sólo la considero una liberación esporádica. En cambio, me volqué en la física porque necesitaba respuestas y sabía que en ella las encontraría, y así ha sido.

—¿Alguna vez se te pasó por la cabeza que tu pasión por la música pudiera desanclarte de la realidad, que podría abrir una puerta arriesgada en tu mente?

Luis alzó las cejas mostrando cierto asombro, luego entornó los ojos y me estudió con más interés.

—Vaya, sé a lo que te refieres. Y que me lo preguntes indica que tú sufriste del mismo temor —respondió. Volvió a sentarse en el taburete y palmeó el que tenía a su lado, alentándome a sentarme junto a él—. Verás —prosiguió una vez que yo tomé asiento a su lado. Posó los pies en el travesaño inferior del mío y se inclinó ligeramente sobre mí, como si fuera a contarme un secreto—,

había ocasiones en que, sumido en mi éxtasis musical, perdía la cabeza por completo. Gritaba, maldecía y desvariaba, y debo confesar que he roto más de una batería. Jamás podría haberme dedicado de forma profesional a algo que me desgastaba tanto emocionalmente. A algo que, en efecto, arañaba mi alma, un alma tan rota que había días que me faltaban las fuerzas para seguir adelante.

Acercó su rostro al mío. La gravedad de su mirada me estremeció.

—Dios, hay tantas cosas que nos unen, Elisa, tantas, que por eso me temes. Soy una especie de reflejo de tus miedos. Un espejo en el que te aterra mirarte y que cubriste con una sábana hace muchos años. Pero déjame decirte algo: los muertos que tienen cosas que decir saldrán a la superficie por muchas capas de tierra con que te empeñes en enterrarlos. De una manera u otra, resurgen, más furiosos y vengativos que nunca, y entonces sí acaban contigo. Olvidarlos no es la solución, lo único que los hace desaparecer es enfrentarlos. Llevas mucho tiempo postergando esa batalla. También yo intenté olvidar, reanudar mi vida, pero es inútil. La culpa es la tortura más inhumana y cruel que existe, nos descarna, nos consume, hasta destruirnos por completo. Ninguno de nosotros podrá recuperarse y lograr recomponer su vida si antes no derrota la culpa. Es como un maldito estigma que se debe borrar.

Sentí la yema de su dedo en mi mejilla, dibujando una caricia errática por mi piel. No fue hasta que despegó los dedos de mi rostro y los vi húmedos cuando descubrí mi propio y silente llanto.

—Llorar es bueno, es la lluvia del alma —susurró afectado.

—No para mí, yo...

Me puse en pie y salí de la cocina. El nudo de mi garganta me impedía respirar. No, no podía dejar que aquel hombre derrumbara mis muros.

En aquel momento sonó el teléfono del salón. Me enjuagué las lágrimas con el antebrazo y respiré hondo antes de descolgarlo.

—¿Diga?

—Hola, Elisa, soy yo, Simón.

—¿Simón? —inquirí confusa.

Una pausa y un chasquido reprobador.

—El doctor Muñoz —aclaró en un leve tono desencantado.

—Ah, perdona, me pillas algo embotada —me justifiqué.

—Te llamaba para invitarte a un café hoy. Quiero ver cómo te desenvuelves fuera del formal terreno clínico. Y seguro que es mucho más distendido para ti contarme tus progresos y más divertido para mí comprobar tu evolución. ¿Qué te parece?

—¿Un café?... Eeh..., bien, bien. Lo prefiero, por supuesto. ¿Dónde quedamos?

—Pasaré a recogerte a las cuatro, ¿te viene bien?

—Claro, hasta la tarde entonces, Simón.

—Hasta dentro de un rato, Elisa.

Fue fácil apreciar regocijo en su tono. Colgué evitando pensar en el motivo real de aquella invitación.

—El buen doctor no pierde el tiempo.

Me volví para encontrar a Luis apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho con aire indolente, a pesar de que en su gesto se perfilaba una pincelada de desagrado.

—Digamos que es una cita médica fuera del centro.

Esbozó una media sonrisa sardónica y sacudió la cabeza mirándome con suficiencia.

—No te pega el papel de ingenua.

—No lo soy, acabo de decirte lo que es para mí. Lo que signifique para él es problema suyo.

—Me temo que va a necesitar algo más que una seductora sonrisa y el estetoscopio colgado del cuello para romper tus escudos.

—Tampoco creo que lo consigan unas baquetas, una sonrisa pendenciera o una historia rocambolesca.

Posó la mano derecha sobre su pecho y se encogió como si le hubiera disparado.

—*Touché*... —gimió con aguda teatralidad.

—Eso te pasa por meterte donde no te llaman.

Se encogió de hombros y se acercó a mí con las manos en los bolsillos y actitud prudente.

—¿Volverás a hacerlo esta noche?

—Sí, prometí ayudarte y lo haré. Pero con una condición.

—Adelante.

—Deja de acosarme.

—¿Eso es lo que crees que estaba haciendo en ese jodido banco?

—Es justo lo que parece.

Frunció irritado el ceño y asintió molesto.

—Pues no, joder, no te estoy acosando.

—Si no tienes dónde quedarte, puedo buscarte un lugar...

—Tengo amigos en Benicàssim, descuida —interrumpió enojado—, y no te molesto más. Gracias por el desayuno y por atender los desvaríos de un pobre loco.

Cogió su cazadora de cuero negra del perchero y se dirigió a largas zancadas hacia la puerta principal.

—Luis, espera, yo no... no quería ofenderte...

Ya cerraba la puerta cuando se detuvo y se volvió hacia mí.

—Es un mal menor, te lo aseguro —rezongó adusto—. Pero insisto en recordarte algo importante: si experimentas sucesos extraños, por favor, acude a mí.

Y salió con vehemencia, evidentemente airado.

En aquel preciso instante sentí el impulso de seguirlo y confesarle que ya los había experimentado, pero mi férreo sentido de protección continuaba negándolos. Así que permanecí inmóvil, mirando aquella recia puerta y rezando internamente por que aquello cesara, convirtiéndose así en una mala jugada de mi mente. No obstante, esa intuición, como una molesta y estridente vocecita interna, me gritó en aquel momento que volvería a sufrirlos.

No bien ese pensamiento terminaba de afianzarse en mi mente, una prueba irrefutable de que desgraciadamente aquello era sólo el principio: algo titiló ante mis ojos como una marquesina.

Un número, una fecha en el calendario: el 11 de septiembre.

«Maldita sea...» La misma fecha en que años atrás mi vida entera se había derrumbado entre sangre, lágrimas y dolor.

El día en que estallé...

CAPÍTULO 17

UN RAYO ATRAVESANDO EL MAR

Rumbo a Constantinopla, 1536

—No tienes tu suerte, condenada morisca —rugió impaciente.

—Quiero verla —insistí tenaz, cruzando los brazos bajo el pecho.

Los grises ojos de Dragut centellearon admonitorios. Reforcé mi ceño y permanecí impassible cuando avanzó hacia mí.

—Bien parece que te guste provocarme, creo que es hora de demostrarte lo peligroso que es eso.

Aferró mi brazo y, en el mismo movimiento, me ciñó a su pecho. Dejé escapar una sorpresiva exhalación cuando inclinó su rostro hacia el mío y apresó mis labios con dureza, en un gesto más de sometimiento que de lujuria.

Combatí su lengua, golpeé sus hombros, intenté desasirme, pero su acerado brazo me adhería a su pecho como un cepo. Aun así, no dejé de luchar volviendo el rostro para esquivarlo, a un lado y a otro, hasta que él terminó de perder la paciencia y sujetó mi mentón con su gran manaza.

Teniéndome inmóvil y presa, tomó mi boca de nuevo, más salvajemente, con tal voracidad que me robaba el aliento. Hubo un momento en que de verdad creí que me estaba ahogando, así que dejé de resistirme y opté por permanecer pasiva e indiferente. Gruñó satisfecho, deseé que mi sumisión lo

complaciera lo suficiente para que me soltara al fin, pero nada más lejos de su intención, al parecer.

Suavizó el beso, y su lengua, antes dura y brusca, se transformó en delicada y habilidosa, revoloteando por el interior de mi boca en una danza melosa, enlazando la mía, frotándola y repasando mis labios. Aquel inesperado cambio consiguió dos cosas: una, que mi cuerpo traidor reaccionara provocándome ardorosos estremecimientos, y otra, que derramara en su boca delatores gemidos que clamaban con vergonzosa continuidad mi maldita rendición.

Me tenía a su merced. Y lo sabía.

Se regodeó en aquel beso, como un pintor famoso exhibiendo su talento con el pincel. Y resultaba innegable la experimentada habilidad de la que estaba haciendo alarde. Tan incuestionable como el maremágnum de emociones que estaba despertando en mí.

Sentí la cabeza pesada, la mente nublada y mil hogueras devastando mis sentidos. Sólo supe que su hambre contagió la mía, que su lengua alentó a la mía, y que eran mis brazos los que rodeaban su nuca ciñéndome a él. Sólo supe que en mi interior burbujeaba una necesidad tan acuciante como la suya, y que me estaba rindiendo peligrosamente a ella.

No sé en qué momento exacto recuperé la conciencia. Quizá oír en la lejanía un trueno fue algo así como un extraño aviso de la Providencia para sacarme de aquella densa neblina apasionada.

No fue fácil apartarme. Y no es que él me lo impidiera, es que mi propio cuerpo era reticente a separarse del suyo.

Cuando lo logré, lo miré aturdida y arrebolada. En los ojos del capitán, tan grises y nublados como el cielo que nos cubría, tronaba otra tormenta, una de fuego.

Me aparté de su lado, trémula y jadeante, y retrocedí unos pasos trastabillando torpemente. Salí de la compartimentada camareta de popa y me aferré a la baranda de la balconada, tomando una gran bocanada de aire puro. Inhalé profundamente, dejando que el fresco aire disipara el ardor que crepitaba en mi piel como las ascuas de una fragua.

Miré al cielo, y en aquellas oscuras nubes apretadas, donde refulgían

matizados los primeros relámpagos, rasgándolas, descubrí que algo también me había quebrado por dentro. Algo tan potente como esos rayos que atravesaban aquel mar, que, aunque difusos en la lejanía, se acabarían perfilando peligrosamente.

Abajo, los esclavos galeotes cristianos, de cabezas rapadas para que evidenciaran su condición, bogaban con gran esfuerzo. Había cinco hombres por remo y veinticinco remos por banda. Un peligroso número de esclavos maltratados, que, aunque encadenados en sus puestos para que no conspiraran contra la tripulación, suponían un riesgo que tener en cuenta. Por ello, el taimado capitán había pagado los servicios de remeros musulmanes, que por buenas monedas ejecutaban la boga y, además, se prestaban a vigilar a los galeotes con los que compartían banco. No llevaban cadenas, descansaban más a menudo y se les ofrecían mayores raciones, aunque la comida a bordo era la misma para todos, una especie de potaje unas veces de habas, otras de garbanzos, medio quintal de bizcocho y agua. A los remeros se les proporcionaba agua en abundancia, dada la extenuación de su trabajo. Alentados por el afilado látigo del cómitre, el oficial que se encargaba de la navegación tanto de vela como de remo desde el estanterol, a menudo perdían tanto sudor como sangre.

En aquel momento, y a tenor de cómo el cielo se encorajinaba amenazador, recogían vela y aseguraban cabos.

Pensé en mi fallido intento de ver a Blanca, mientras sentía en mi rostro un viento más rudo y frío. Sabía que estaba en la camareta de popa a cargo del médico de a bordo, un otomano de mirada zaína y gesto astuto que había paseado por cubierta inspeccionando a algún maltrecho galeote.

También había compartido alguna partida de alquerque en las bodegas con los oficiales y el capitán. Y era en aquel espacio húmedo, oscuro y maloliente donde nos habían situado, colocando algunos mamparos para darnos un poco de intimidad a las mujeres. Algo que agradecíamos, tras haber vivido otra travesía bastante más dura.

Nos trataban como invitadas, no como esclavas, y aquella dispensa se la debíamos a Nasir, el hombre que, tenaz, me acompañaba por si podía disponer de mi propiedad. También me sorprendió que, siendo el amo de las hermanas

Monfort, las respetara y las tratara más como damas que como siervas. Aquellos inesperados gestos lo convertían a mis ojos en un hombre de buen corazón.

Comencé a pensar que quizá, y dado que su empeño por conseguirme lo había empujado a aquel largo viaje, podría contar con su ayuda para escapar y luego huir también de él.

Su patente interés en mi persona me ofrecía una favorable baza si usaba mis artimañas de mujer para terminar de embaucarlo. Y por Dios que lo haría sin un ápice de remordimiento, pues, incluso presuponiéndole por sus actos una gentileza que agradecía, no dejaba de ser un hombre que compraba a semejantes para someterlos a su voluntad.

Cuando me topaba con el médico otomano, llamado Ibrahim, y le preguntaba por Blanca, siempre me decía que Alá cuidaba de ella y que pronto lo haría Solimán, con lo cual interpretaba que se había recuperado. Sin embargo, no verla me inquietaba y me desazonaba poderosamente, tras varias jornadas ya de travesía.

Algo extraño sucedía.

Comenzó a caer una lluvia oblicua que se convirtió en afiladas agujas de pino contra mi piel. Me encogí instintivamente y bajé la escalinata hacia la cubierta principal. Recorrer la amplia crujía entre los remeros, que, aunque sufridos y cabizbajos, siempre oteaban de soslayo las presencias que sentían cercanas, me inquietaba sobremanera. Sus miradas, algunas vacías, otras cargadas de odio y resentimiento, algunas rotas y atormentadas y la mayoría vengativas, causaban impresión y malestar. Sus trágicos destinos los convertían en hombres sin nada que perder, y nada había más peligroso que eso.

La lluvia arreció virulenta, el viento se tornó huracanado y aullante, silbando entre la jarcia como si ejerciera de heraldo de la tempestad que ya se gestaba ante nuestros ojos.

Una gruesa ola alzó abruptamente la proa de la nave, haciéndome retroceder tambaleante. Un férreo pecho frenó mi caída.

Exhalé un gemido y me volví, parpadeante bajo una lluvia recia. Un rostro tan duro como aquel clima me contempló inexpresivo. El negro y largo pelo

del capitán se aplastaba contra su cráneo, goteando sobre sus brazos y su torso.

—Baja a la bodega y ataos con las maromas a la base de los mástiles.

Entornó los ojos y escrutó ceñudo el horizonte.

—Si nos atamos y el barco se hunde, no tendremos ninguna oportunidad —rebatí angustiada.

—Te aseguro que nadar en alta mar y en mitad de una tormenta no es una oportunidad. Ve y reza lo que sepas al dios al que más fe tengas.

Un estentóreo trueno retumbó sobre nosotros, ensordeciéndonos. Di un respingo y me abracé temblorosa. No tardó en aparecer un zigzagueante relámpago que murió en el mar, muy cerca de nuestra posición. La nave zozobró ante el empuje de unas olas cada vez más altas y espumosas.

—¡Aprisa, mujer, tengo que cerrar la bodega!

Órdenes gritadas por sus oficiales combatían con la desatada furia del temporal. Marineros experimentados pertrechaban el buque para mermar daños, y Caramaní, al timón, intentaba mantener trabajosamente la posición encarando las escarpadas olas con la proa, pues si la nave viraba, estaríamos perdidos.

Casi llegaba a la trampilla cuando una enorme masa de agua empujó la proa y me catapultó hacia atrás. Una feroz cortina de agua helada barrió la cubierta, haciéndome rodar. Un férreo abrazo atrapó mi cintura.

El capitán estaba agarrado a uno de los bancos de los galeotes, que, encadenados en sus puestos, se abrazaban a los remos recogidos soportando el violento azote del mar.

Me acurruqué en el pecho de Dragut, él me cubrió con su cuerpo, ejerciendo de parapeto. Cuando pareció que el mar nos daba una tregua, se apresuró a ponerme en pie y arrastrarme hacia la trampilla.

Bajé la escalerilla y, cuando él ya cerraba el enjaretado, me dirigió una mirada grave y un ceño preocupado.

—Saldremos de ésta —aseguró tronando por encima del viento huracanado.

Su empapada camisa blanca perfilaba cada línea de su poderoso torso. Allí arriba, con una feroz determinación pintada en el rostro, se me antojó un titán invencible. Asentí transmitiéndole mi confianza y aquel gesto suavizó su

rictus curvando apenas las comisuras de sus labios en una suerte de sonrisa.

Cerró la trampilla encajándola en el hueco y se alejó. Descendí a la bodega y, agarrándome a los baos y los puntales para impedir que el movimiento del casco me derribara, conseguí llegar a la improvisada camareta que nos habían asignado. Abrí la portezuela del mamparo y me encontré a Nasir y a Juana tranquilizando a Dolores, que, agazapada en un rincón, sollozaba entre plegarias.

—Debemos atarnos con maromas a los mástiles —proferí con urgencia.

—Hay varios rollos en el pañol del fondo —masculló Nasir—. Iré a por uno.

Salió raudo, y Juana, que abrazaba a su hermana, me miró inquisitiva.

—¿Pudiste ver a Blanca?

—No, no me dejaron.

Bajé la vista, rehuendo su mirada de águila.

—Esto no me gusta, Isabet —murmuró acariciando el cabello de Dolores—. Quizá esté muerta, hayan tirado su cuerpo por la borda y no quieren que lo sepamos.

—¿Y por qué nos lo ocultarían?

Se encogió de hombros, aunque su expresión se agudizó cavilosa.

—No sé, tal vez porque el maldito capitán sabe que te importa y cree que sin ella no escaparás.

Reflexioné sobre aquella conclusión, y, en verdad, parecía un buen motivo. Dragut había sido testigo de cómo me había convertido en la salvaguarda de Blanca para limpiar mi propia conciencia. Intuía que me había prometido cuidarla por aligerar de algún modo mi culpa. Era una buena teoría, aunque desoladora. No obstante, algo me decía que Blanca estaba viva.

—Si salimos de ésta, pienso averiguarlo.

—¿Si salimos de ésta? —barbotó Juana alarmada—. ¿Tan mal están las cosas ahí arriba?

—Peor, parece que el cielo se está desplomando sobre nosotros, y el mar..., bueno, ya lo están notando.

—Saldremos de ésta —afirmó convencida.

Eran las mismas palabras de Dragut. Sonreí, lo tomé como un buen

augurio. Sí, saldríamos de ésa, me repetí.

Nasir apareció en la puerta y nos alentó a salir; llevaba dos rollos de cuerda, una en cada hombro.

Las hermanas Monfort terminaron atadas a un mástil, y Nasir y yo a otro. Y, de esa guisa, fuimos balanceados y zarandeados bruscamente mientras oíamos cómo torrentes de agua se filtraban por las celosías de los enjaretados, chasqueando contra la cubierta de la bodega, formando un preocupante charco que crecía a nuestros pies, cómo las órdenes vociferadas de los marineros se amalgamaban con el aullido del viento, el rugido de los truenos, y el ruido más aterrador de todos, el azote virulento del mar haciendo crujir cada madero de la embarcación.

De pronto, un crujido espantoso, como si se estuviera partiendo el barco en dos, nos arrancó un grito de la garganta, helándonos la sangre.

Algo impactó contra la cubierta principal, algo muy pesado.

Arriba se desató un pandemónium de actividad, incluso me pareció oír el golpeteo regular de un hacha.

—Ha caído un mástil —conjeturó Nasir—, e imagino que están cortando los cabos para que no nos arrastre al fondo.

Un violento escalofrío erizó mi piel.

—¿Llegaste a renegar de Alá? —me preguntó de repente.

No podía verlo, pues estaba al otro lado del mástil.

—Intenté conservar cuanto pude las tradiciones de mi raza, pero como morisca tuve que adaptarme a la tierra que me vio nacer, y para integrarme acudía a la parroquia para asistir a misa. Y, verdaderamente, he descubierto que Dios sólo hay uno, se llame como se llame, y que el resto es sólo palabrería, superchería y excusas para someter a los pueblos en general, sean del color que sean, y a las mujeres en particular.

Me habría gustado verle la cara, pero tuve que imaginarla a tenor de su silencio.

—Tus gentes te tacharían de sacrílega impía y te excomulgarían, aunque dudo que te importe; las mías te lapidarían.

—En tal caso, reniego de Alá.

La ligereza en mi tono lo hizo reír.

—Astuta, valiente y desafiante..., será un milagro que llegues a anciana.

—Las sumisas viven infelices hasta el fin de sus días —apostillé—. Prefiero morir joven.

—Sin duda eres una mujer fascinante. Y tendrás suerte conmigo, soy tolerante con opiniones y dogmas diferentes de los míos. Además, poseo una gran biblioteca en mi hacienda que seguro hará las delicias de tu curiosidad y colmará tus inquietudes intelectuales, tu viva inteligencia resulta excitante. Podremos debatir sobre muchas cuestiones filosóficas y teológicas.

—Necesitaré algo más que suerte para poder conversar tranquila contigo en esa tentadora biblioteca.

—¿A qué te refieres?

—A que, si comparezco ante Solimán, estoy muerta.

Otro silencio, esta vez acompañado de un vaivén más sobrecogedor. El nivel del agua ya nos llegaba hasta las pantorrillas.

—¡Maldita sea! —imprecó contrariado—. ¡Mentiste a Dragut sobre tu identidad!

—Tuve que hacerlo, necesitaba una baza para evitar que me matara allí mismo.

—Dragut no mata mujeres, las vende. Se lucra de ellas.

—¿Crees que estar rodeada de piratas y con una daga apoyada en mi garganta me permite pensar otra cosa? Usé mi ingenio como pude y, dada mi comprometida situación, logré salir bien parada, aunque no por mucho tiempo, me temo.

Aguardé la reacción que buscaba, rezando por que su interés por mí fuera mayor que su temor por Dragut.

Oí por encima de los sonidos de aquella escalofriante tempestad un hondo resoplido que me supo a victoria.

Contuve el aliento. Y, mientras Nasir continuaba debatiendo consigo mismo, me topé con la astuta mirada de Juana. Fue fácil leer en su expresión un claro mensaje: o todas o ninguna. Asentí para tranquilizarla. Y no es que Juana estuviera realmente preocupada, pues sabía que, si las dejaba tiradas, hallaría el modo de devolverme el golpe. Por no recordar que podía traicionarme en cualquier momento, pues conocía mis planes a la perfección.

Y, como si Nasir leyera mi mente, arguyó:

—Deduzco que ya ingeniaste una manera de evitar el temido encuentro con el sultán.

—Sólo se me ocurre escapar en cuanto pongamos un pie en tierra, colarnos en algún jabeque y regresar a Argel.

—Dragut me buscaría para rebanarme el cuello —objetó.

—No, si yo escapo antes y tú muestras tu desagravio para después encontrarnos en algún punto...

—Se enteraría de que estás en mi casa y nos lo rebanaría a ambos.

—Bien —acepté fingiendo resignación—, parece que mi destino es que me lo rebane Solimán, al menos quedas fuera de peligro. Discúlpame, Nasir, he sido egoísta en mi desesperación por escapar de una condena a muerte.

Me mordí el labio inferior, anhelando que mi último gancho funcionara.

Fuera la tormenta arreciaba y los crujidos de las vapuleadas tracas me sonaron a lamentos agonizantes. Ríos de agua se filtraban por los enjaretados, inundando la sentina y parte de la bodega de carga. El viento silbaba entre los maderos, y la progresiva oscuridad nos abocaba a un ensordecedor infierno de agua.

A mi derecha, los gimoteos de Dolores se mezclaban con las plegarias de Juana. Detrás, el silencio de un hombre que seguramente rezaba fervoroso a su Alá. Envidié aquellos consuelos, aquellos asideros de fe o de llanto a los que se aferraban, pero nada había en lo que yo creyera lo suficiente para encomendar mi alma o mi angustia.

Y en aquel momento me sentí más sola y desamparada que nunca. En aquel momento comprendí que, a pesar de que la religión fuera una herramienta del hombre para someter a su prójimo, había algo mucho más trascendental que escapaba a cualquier mandamiento, y era la fe. La fe en Dios, en ese ser supremo que desde el más allá velaba por nosotros y que, incluso tras la muerte, nos arroparía entre sus brazos otorgándonos o el descanso eterno o un paraíso lleno de luz y bienaventuranzas. Así, dejarse acoger por la muerte adquiriría otro significado, uno mucho menos angustioso que pensar en la nada como la conclusión de una existencia.

Y ahí, sumida en mis profundas reflexiones, descubrí que en verdad no

sabía quién era realmente, que jamás me había enraizado realmente a nada, que ser libre de pensamiento, corazón y obra también tenía un precio, el desarraigo con el mundo que me rodeaba. Pues ya era tarde para creer que algún dios pudiera apiadarse de mi alma, era tarde para confiar que me aguardaría edén alguno, ya que no lo merecía, y en la justicia sí creía. Mejor no creer en nada, me dije, que atormentarme con ser recibida en el infierno para el pago de mis pecados. Había aniquilado a todo un pueblo, su sangre teñía mi alma como un estigma. Y toda culpa se pagaba, de un modo u otro, y yo me entregaría a ese castigo, no sin antes tener algo que atestiguar a mi favor en mi juicio final: devolver sanas y salvas a las hermanas Monfort y a Blanca a su hogar.

De repente, el barco escoró peligrosamente hacia estribor y el pánico nos invadió. No fui capaz de imaginar el enorme riesgo que correrían los hombres allí arriba, pero mi mente se detuvo en uno en particular.

—¡Dios mío, ayúdanos! —gritó Dolores desesperada.

Un gruñido largo y quejumbroso se estiró en aquella penumbra, erizándonos la piel. Contuve el aliento, convencida de que el barco se quebraría sin remedio. Aquel espeluznante sonido eran los estertores agonizantes de las cuadernas, que resistían sufridas el envite de un mar castigador.

El agua acumulada se desplazó hacia el escoramiento cubriéndome hasta la cadera, también toda la carga que no estaba sujeta se estrelló contra el lado opuesto, desestabilizando la nave.

Cuando ya consideré un hecho que volcaríamos, el casco regresó a su posición y lo sentí virar, como si el capricho de las olas fuera a girarnos como una veleta sin control.

Tras un tenso y angustioso instante, regresamos al movimiento originario, al balanceo de proa a popa, como si cabalgáramos intrépidos a lomos de espumosos corceles. Y, al cabo, el galope pareció tornar a un trote más tranquilizador.

Sólo entonces pude exhalar el aire retenido y respirar, en lugar de jadear asustada.

—Ese maldito lo ha conseguido —masculló Nasir con franca admiración y

denodado alivio.

Ese maldito, al parecer, manejaba el timón con la misma habilidad que la boca, e imaginaba que dominaba más artes. Intenté recordarme que una de ellas era su dominio del alfanje y de toda clase de argucias.

—¡Es Dios quien nos ha protegido alejando la tormenta! —profirió Dolores en un grito jubiloso.

—Sí, pero en el tiempo en que se decidió a alejarla, esos hombres de ahí arriba han luchado por su vida y han conseguido enfrentar la tempestad. Sin su pericia, la indecisión de Dios nos habría costado cara —repliqué devolviendo el mérito a quien creí justo que debía poseerlo.

—Llevas mucha razón, Isabet, y por el infierno que han tenido que vivir a la intemperie, no me cabe duda de que se ha perdido más de un alma —concordó Nasir—. Aunque, si la tormenta llega a durar más, dudo que lo hubieran logrado.

—Aun así, ellos no se habrían rendido —argüí—, pues cuando la muerte acecha, el instinto de supervivencia late con fuerza. Yo tampoco pienso rendirme.

Y no lo haría, me ayudara Nasir o no. Aquella declaración de intenciones le dejaba claro que intentaría escapar a cualquier precio, y que no sólo perdería mi propiedad, sino también la de las hermanas, pues, por avatares del destino, nuestras vidas se habían enlazado.

Juana entornó su astuta mirada en un gesto cómplice, confirmándome aquello.

El temporal amainaba y pareció que en cubierta se hacía la calma. Pero se me antojó una calma tensa y desazonadora.

—Algo está pasando —murmuré más para mí misma.

Miré hacia arriba. Una tenue luz se filtraba entre los tablones, listando la penumbra. Se oyeron voces sofocadas, en lugar del esperado ajeteo para recomponer los daños o ayudar a los heridos.

Pero, tras ese tenso silencio, el caos se desató. Esta vez no eran los elementos, esta vez era el odio...

CAPÍTULO 18

UN INESPERADO GIRO DE TIMÓN

Un definido haz de luz atravesó la bodega aclarando la penumbra.

Habían quitado el enjaretado, y varias figuras descendían por la escalerilla.

Comencé a desatar el nudo que ceñía mi talle al grueso mástil, esperando ver aparecer a Dragut o a alguno de sus secuaces.

Oí el chasquido de un bulto cayendo a plomo en el agua remansada, y exabruptos e imprecaciones hilvanadas entre amenazas, sólo que no en la lengua que esperaba. Aquellas voces hablaban en castellano.

Juana me miró con urgente apremio, y la voz de Nasir llegó hasta a mí en un tenso susurro.

—No te desates —aconsejó.

Me detuve e hice un gesto de negación a Juana, que se encontraba imitándome.

Varios hombres de cabezas rapadas vestidos con harapos comenzaron a golpear al grupo de piratas que habían conseguido maniatar.

Tragué saliva, pensando con rapidez si aquella imprevista situación podía favorecerme de algún modo. Los galeotes habían aprovechado ventajosamente que la tripulación estuviera demasiado ocupada evitando que el barco se fuera a pique y se habían amotinado.

Un golpe sordo acompañado de un gruñido dolorido llamó mi atención sobre el hombre al que estaban vapuleando con tanta saña.

Era el capitán.

Al parecer, ya estaba malherido. Una fea brecha surcaba la parte superior de su brazo derecho. Un corte profundo en la frente bañaba casi por completo su rostro de sangre, y en el costado su camisa mostraba una gran flor escarlata que no dejaba de crecer. Y, aun así, estaba siendo apaleado brutalmente.

Me admiró comprobar cómo él no dejaba de levantarse tambaleante y exhausto, y no para defenderse, sino para lanzar sus puños contra sus numerosos adversarios.

Yo misma me encogía tras cada golpe. Apretaba la mandíbula y cerraba los puños, tal como él lo hacía, como si de algún modo pudiera transmitirle mi fuerza para combatir. Y, aunque la posibilidad de su muerte quizá me beneficiara, fueron mis tripas las que tomaron el control, hermanándome con él. ¿Acaso aquello no era una nueva traición, esta vez perpetrada contra mi persona? Aquel hombre seguía siendo el demonio que había asolado mi pueblo, con mi ayuda, sí, pero había sido su mano la que ejecutó cada alma. Aquel hombre había consentido mi abuso y me había esclavizado, y sin embargo... Y, sin embargo, cada golpe que recibía revolvía mis entrañas. Me maldije internamente y me odié más si cabía. ¿Era posible que pudiera caer más bajo de lo que ya lo había hecho?

Por fin no tuvo fuerzas para volver a levantarse, y eso implicaba un inminente ahogo, pues el agua lo cubría.

Vi gorgoritas emerger en la superficie y tuve que amordazarme mentalmente para no gritar que lo sacaran de allí. Cuando esas pequeñas burbujas comenzaron a espaciarse y mi pecho se constriñó, cerré los ojos un instante para decirme que lo merecía, que yo misma había jurado matarlo, pero la opresión no pasó.

Un hombre alargó entonces el brazo y lo aferró del pelo para sacar su cabeza del agua.

—¿Qué hacemos con él?

—Encadénalo al mástil —respondió otro—, quizá podamos sacar buen provecho de este malnacido. Es la mano derecha de Barbarroja, podremos

canjearlo por algunos de nuestros oficiales capturados. En cuanto al resto..., pasad por la quilla al cómitre y a los remeros musulmanes. A los demás los usaremos como moneda de cambio, no sin antes torturarlos como merecen.

Alzaron a Dragut entre dos hombres y lo arrastraron hasta donde nos encontrábamos.

—Éste está ya medio muerto, quizá mañana no amanezca, ha perdido mucha sangre —resaltó uno de los que lo portaban.

El hombre que parecía liderar al grupo de los amotinados se detuvo ante mí y frunció el ceño, frotándose pensativo el mentón.

—¿Quién eres y de dónde procedes?

—Mi nombre es Isabet Llerán, nací en la villa de Oropesa, en el reino de Valencia. Fuimos capturadas por los piratas berberiscos, nos llevaban como esclavas para Solimán.

El hombre se rascó la calva mugrienta y me miró con recelo.

—Para ser una esclava, no he visto argollas en tus muñecas, y además te paseabas por la cubierta con excesiva libertad. Hablas su lengua y resulta evidente que eres morisca, un rasgo que me hace desconfiar ya de por sí.

—Pues fui vilipendiada por esos salvajes y vi morir a mis seres queridos bajo su acero. Pero me las ingenié para lograr confiarlos y así tener alguna posibilidad de escapar.

Entornó los ojos y oprimió los labios con disgusto.

—Del mismo modo que ahora pretendes embaucarme a mí, supongo.

Sostuve su escrutadora mirada sin amilanarme.

—Cuando se pierde la libertad, cualquier ocasión es aprovechable, como acabas de demostrar —increpé provocando una taimada sonrisa en sus finos y cortados labios—. ¿Quién mejor que tú para entender que cada cual usa las armas que tiene a su alcance?

—Armas te sobran sin duda: belleza, ingenio y coraje; sin embargo, ninguna es susceptible de llamar mi atención ni rivaliza con mi astucia. Desembarcaremos en Malta y serás libre junto a esas dos mujeres, pero deberás ganártelo. Cuida y vigila al capitán: si él muere, tú morirás con él; si él escapa o se subleva, ejecutaré a los que ahora abrazan estos recios mástiles. De ti dependen sus destinos, ahora demuestra cuán ingeniosa eres.

—Descabellada empresa, cuidar de un hombre tan malherido atado a un mástil —espeté decidida a mejorar mi situación—. Y, puesto que acabo de oír que tienes un gran interés en su supervivencia, no dudo de que me facilitarás la tarea dejando que me ocupe de él en el lecho de su camareta, donde las condiciones serán mucho más favorables para su recuperación. Algo que nos interesa por igual.

—Por igual, no: yo pierdo una baza para negociar, y tú la vida.

—Cierto —concedí—, a mí se me acabarían los problemas y a ti no.

El hombre prorrumpió en carcajadas ante el desconcierto del resto de los galeotes, que rajaban fardos para inspeccionar su contenido.

—Estoy deseando llegar a puerto y liberarte, o temo que serás tú la que te me amotines.

—Puedes dormir tranquilo, gobernar una galera nunca fue un sueño por cumplir.

Volvió a reír y me miró de forma extraña.

—Debería agradecerte que recuerde cómo reír, desde que fui capturado pensé que jamás volvería a hacerlo.

—¿Dónde te capturaron?

—Durante un abordaje a la carraca *Santa Ana*. Yo la comandaba, soy miembro de la Orden de los Caballeros Hospitalarios de San Juan, bajo el mandato de Carlos V. Hace dos años me encontraba protegiendo la costa de Calabria, en aquel momento fondeábamos en el puerto de Cetraro, cuando apareció la flota de Barbarroja. Destruyó el puerto y todas las naves allí ancladas. Por suerte, nosotros pudimos sortear sus cañones, aunque fuimos rodeados por la galera del almirante turco y la de su más temido capitán, Dragut *el Renegado*. No tuvimos ninguna oportunidad. Fuimos apresados y convertidos en galeotes.

—Dos años... —murmuré con hondo estupor.

—Dos años de infierno, sí, en la galera de este maldito despojo, que sólo merece morir entre horribles estertores.

Miré el cuerpo desfallecido de Dragut, sostenido por dos fornidos galeotes, y pensé en la cantidad de enemigos que se habría forjado a pesar de su juventud. Si siembras muerte, recoges guadañas. Y no podía esquivarlas

todas.

—Al menos, servirá para devolverte a tus hombres.

—No sin antes sacarle información —agregó con un marcado brillo ansioso en sus ojos—. En Constantinopla, el sultán está reuniendo un poderoso ejército de jenízaros y una inmensa flota para perpetrar un nuevo ataque contra la flota cristiana. Si descubrimos su objetivo, podremos anticiparnos.

—¿Flota cristiana?

A pesar de que Dragut precisaba urgentes cuidados, no podía dejar de aprovechar la locuacidad de aquel hombre, que se jactaba de astuto y, a pesar de ello, confiaba información en exceso a una desconocida.

El hombre asintió. En su rictus se dibujó un aire melancólico.

—En aquel entonces ya se hablaba sobre la intención del papa Pablo III de crear una Liga Santa, uniendo así a todos los reinos afectados por las incursiones otomanas. Por supuesto, sólo un hombre puede estar al cargo de ella, Andrea Doria, el almirante genovés que se enfrentó a Barbarroja en el ataque a Túnez el año pasado. ¡Y, pardiez, no sé a qué diablos están esperando!

—No debe de ser nada fácil poner de acuerdo a tantos reyes.

El gesto del galeote pareció concentrarse inmerso en alguna cavilación inesperada. Nasir y yo terminamos de desatarnos, y Juana y Dolores hicieron lo propio. Varios esclavos armados con las cimitarras que habían sustraído a sus antiguos propietarios nos apuntaron con ellas en un claro gesto amenazante.

—Llevad a este miserable a su camareta en la carroza de popa, será atendido por la morisca. El resto serán mis prisioneros hasta llegar a puerto. Llevadlos a cubierta mientras achicamos el agua de la bodega. Hay que poner de inmediato rumbo a Malta. Yo subo ahora con la morisca.

Los demás se aprestaron a cumplir las órdenes, llevándose consigo a las Monfort y a Nasir. Me preparé para lo que tendría dispuesto para mí aquel hombre.

—¿Qué harás cuando seas libre?

—Regresar a Oropesa para ayudar a mi tía con la alquería.

Recordarla me pellizcó el corazón.

—Quizá podrías ayudarla mucho más con unos buenos ducados de oro en los bolsillos.

—Quizá —aduje con prudencia—, aunque imagino que depende del encargo que me los procurara. Prefiero regresar sin nada que no regresar.

El hombre sonrió avieso y sacudió la cabeza con gesto divertido.

—Todo encargo lucroso entraña un riesgo, una habilidad o un esfuerzo, o las tres cosas. Y, aunque podría obligarte a cumplirlo valiéndome de amenazas, prefiero ganarme una aliada en esta causa contra el infiel. Pienso que, si no hay arraigo a ningún bando, como creo es tu caso, el oro puede convertirse en el mejor elemento persuasivo. Sin embargo, no hay nada más elevado y digno en el ser humano que la fidelidad a los seres que amamos. Por ellos, somos capaces de todo, hasta de las más terribles aberraciones.

Al apelativo de traidora ingrata debía añadirle el de indigna, me dije con ácida amargura.

—¿Y qué tipo de aberración debo cometer por oro en nombre de tu dios?
—mascullé con profundo cinismo.

Su sonrisa se curvó forzada en un gesto duro y reprobador.

—Tu lengua es más afilada que el alfanje de un berberisco. No obstante, y a tenor de que mi deseo es convertirlos a la causa, pasaré por alto tu insolencia.

Tuve la acusada sensación de que o elegía el encargo, o jamás podría elegir nada más.

—Sería muy útil tener un espía en la corte de Solimán, y, a tenor de tu ingenio y tu gallardía, creo que ejercerías tal cargo con bastante fortuna. Además, eso me evita matarlo a golpes para sacarle información, pues dudo que traicionara a Barbarroja, quedándome sin una pieza clave para recuperar a mis hombres. De este modo, lo consigo todo.

Sonreí tibia. No dejaba de resultar cómico que el destino volviera a burlarse de mí. Algo que inventé para escapar de la parca regresaba ahora para cobrarse una ofrenda a la mentira, atándome a ella.

—Creo que no soy tan ambiciosa —musité hierática, tanteando una posible escapatoria.

—Bien —aceptó—, tendré que subir la oferta.

Contuve la respiración y apreté los puños. Supe ipso facto que el golpe sería bajo.

—Una nutrida bolsa de ducados de oro nada desdeñable —comenzó pausado, mirándome a los ojos para saborear mi reacción, como el zorro que acecha a su presa y se relame antes de lanzarse sobre ella— y la vida de la castellana que cuidan en la carroza de popa. Esa por la que preguntabas tanto a Ibrahim.

Apreté la mandíbula como si me hubieran golpeado. La mención al médico otomano instaló una inusitada desazón en mí.

—Vaya, no sabía que en la Orden de los Caballeros de Malta se permitieran tales bajezas... ¿O le has tapado las orejas y los ojos a tu dios, ese por el que tanto rezas?

Me complació ver cómo él también arrugaba el gesto. Asimismo, pude ver cómo reprimía los deseos de abofetearme.

—Guarda tus agudezas y admite que no tienes más alternativa que cumplir una misión sagrada. Te prometo que, tras pasarnos la información que requerimos, te liberaremos.

—¿Qué más da incurrir en los más terribles pecados si es en nombre de Dios, aunque Dios nunca se pronuncie? ¡Ah, claro, que por eso se usa el término *sagrado*, para que nadie lo cuestione! ¡Muy astutos!

Esta vez, su mano no se contuvo. La estampó en mi cara con cruenta saña. Mi rostro giró violentamente y casi pierdo el equilibrio. Lo fulminé con una mirada desbordada de odio y él la sostuvo altivo y seguro de su victoria, aunque le había arrebatado parte de su goce con mi irrefutable argumento.

Grupos organizados de galeotes en hilera comenzaron a achicar agua con baldes que iban pasando de uno en uno hasta lanzar su contenido por la borda.

—Tengo tres preguntas —comencé, masticando aquel nuevo varapalo e intentando atar bien mis cabos.

—Adelante.

—¿Cuál es tu nombre?

—Hernán de Parma.

—¿Quién será mi contacto en la corte? —pregunté, aunque ya lo imaginaba, mis corazonadas solían ser infalibles.

—Ibrahim, forma parte de los médicos de la corte del sultán.

—¿Quién nos sacará de la corte cuando tenga la información?

—¿«Nos»?

—A las hermanas, a la castellana y a mí —aclaré en tono rotundo.

—Mi trato es contigo.

—Y yo no haré nada sin ellas.

Su ceño se pronunció, pero asintió conforme.

—Contesta —insistí.

—El propio Ibrahim dispondrá vuestra huida, tienes mi palabra de caballero hospitalario, y eso es inquebrantable —afirmó solemne.

—Se me plantea una cuestión más —añadí.

Alzó la barbilla en un gesto impaciente y exhaló un hastiado resoplido.

—Vas a canjear prisioneros para recuperar a tus hombres, ¿en qué momento vas a obsequiarles a cuatro esclavas y por qué lo harías? Algo bastante sospechoso, a mi parecer, lo que me dejaría en una situación un tanto delicada.

Pude observar en su aviesa mirada cómo su mente ya urdía un plan lo bastante consistente para evitarme suspicacias. Mi misión ya era lo suficientemente complicada como para añadirle trabas.

—He de admitir mi admiración por tu astucia, algo que reafirma mi elección —espetó con una sombra de sonrisa curvando tibiamente sus comisuras—. Pues, aunque aún debo pulir cuidadosamente ese importante detalle, se me ocurre incluíros en la negociación junto a Dragut. Dado que los caballeros hospitalarios estamos sujetos a los votos de pobreza, castidad y obediencia, como orden religiosa que somos, preferimos no alternar con compañía femenina para evitar tentaciones entre los hermanos. Eso es bastante consistente y no levantará recelos.

—En efecto, es un argumento sólido —convine.

Sus pequeños e incisivos ojos azules me escrutaron con atención, quizá esperando una nueva réplica mía. No obstante, el asunto, lamentablemente, no tenía más aristas que limar. Ni yo decisión alguna que tomar.

—Sin embargo —añadí—, Dragut va a hacerme comparecer ante Solimán justo para que encare una mentira. Me ajusticiarán cuando me descubran y no

seré de mucha ayuda a vuestra causa.

El hombre entornó la mirada. Me sorprendió ver una sonrisa taimada y complacida en su faz.

—Vamos a tener suerte. Solimán está en Persia, en Bagdad, intentando contener a los insurrectos leales al antiguo sah, con su gran visir, pero los consejeros están en Constantinopla y usan una red de información para comunicarse. Tu misión es acceder a los mensajes antes de que sean enviados.

Como un barco a la deriva, mi timón viraba sin parar en mitad de un nuevo temporal.

CAPÍTULO 19

UN CAFÉ Y UNA CONFESIÓN

Oropesa del Mar, 11 de septiembre de 2018

Simón alzó su capuchino y bebió del borde sin dejar de observarme con aquel gesto indefinido con el que pretendía ocultarme su interés.

Yo también bebí del mío, aunque desviando la mirada hacia la calle.

Estábamos en la Gelateria Fiorentina, sentados a una mesa de la terraza, sin saber muy bien qué demonios hacía yo allí.

—Es sorprendente tu recuperación —comentó admirado—. Me dijeron que habías faltado a las últimas dos sesiones de rehabilitación... Espero que todo esté bien. Pero he de recordarte que son esenciales para tu completa curación.

Depositó la taza en el plato e inspiré hondo.

—Me encontraba enferma —mentí.

El doctor Muñoz me miró agrandando los ojos alarmado.

—¿Dolores de cabeza?

—No, una simple indisposición estomacal. Algo debió de sentarme mal.

Sonrió aliviado y se reclinó hacia atrás, volviéndose lo suficiente en la silla para poder cruzar sus largas piernas. Sus movimientos eran elegantes y fluidos, su porte distinguido y sus maneras delicadas, aunque firmes. Era un

hombre guapo, de bonitos ojos avellana, abundante cabello castaño claro modelado en un corte clásico y sonrisa arrebatadora. Además, reconocí que con aquella ropa informal parecía mucho más joven y accesible. Imaginé a un buen redil de enfermeras disputándose su atención. No obstante, también resaltaba en él un acusado aire estirado. Me pareció uno de esos hombres cuadriculados y extraplanificadores que no gustaban de dejar nada al azar. «Demasiado formal y serio para su edad», sentenció.

Tras otro incómodo silencio que dedicamos a terminarnos el café, Simón pareció tomar valor tras apurarlo y se inclinó hacia mí como si quisiera contarme alguna confidencia.

—Seguro que te estarás preguntando si hago esto con todas mis pacientes.

—Dudo que lo hagas. En realidad, me preguntaba por qué decidí crearme tu excusa para poder quedar.

—Lamento que ahora te cuestiones esa decisión, sólo pretendía charlar un rato con una paciente que debo confesar que me gusta mucho.

Se pasó algo nervioso la mano por el pelo, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Suelen funcionar las tretas de médico?

—Es la primera vez que las uso, y por lo que veo se me dan de pena.

Sonrió para aligerar la incomodidad que se había instalado de pronto como una pared acristalada.

—Me sorprende que un tipo como tú necesite de tretas para pedir una cita.

—Contigo no funcionaron mis encantos —musitó con sorna.

—Ni yo estaba receptiva ni tú demostraste más que una afable profesionalidad.

—Bueno, no suelo ser tan afable, ni paso dos veces consulta al mismo paciente, a no ser que necesite justificar mi deseo de verlo.

Sonreí halagada y sus ojos brillaron suavizando su tensa expresión.

—Pues querer ver mi careto tras el coma tiene su mérito, ¿o tenías pendiente alguna penitencia?

Simón soltó una carcajada que terminó de relajar sus hombros.

—Miré tu careto antes de que despertaras del coma muchas veces, solía pasarme por la UCI incluso cuando ya estaba fuera de turno sólo para mirarte

un poco más.

Aquella revelación me agrandó los ojos, e imagino que sonrojó mis mejillas, por cómo me ardían. No supe cómo interpretar aquello, ni tampoco qué decir.

—No quiero que pienses que soy un depravado, simplemente permanecía unos minutos al pie de tu cama, deseando verte despertar.

Parpadeé desconcertada y apuré el último trago de mi capuchino mientras ordenaba en mi cabeza las inquietantes emociones que su incomprensible interés en mí me despertaba.

—¿Qué viste en mí de especial?

Suspiró profundamente antes de responder, regalándome una mirada penetrante que me removi6 en mi asiento.

—No sabría explicarlo, eres muy guapa, pero no fue tu exterior lo que llamó mi atención. Fue algo más incorp6reo, sentí algo la primera vez que te vi, me conmoviste y al principio creí que se debía a tu delicada situación. Pero luego mi necesidad de verte creció, y te juro que me preocupó. Jamás había experimentado nada parecido. Pero, por mucho que me negaba esa inexplicable atracción por una mujer a la que ni siquiera había visto consciente, no era capaz de contenerla, así que cada día, antes de abandonar el hospital, claudicaba y acudía a verte y a pasar unos minutos contigo. Hasta te hablaba.

Pasé las manos por mi pelo, completamente confundida por su confesión. Aturdida e inquieta, dejé escapar un suave resoplido y lo miré con el ceño algo fruncido.

—Esto es de locos, aunque últimamente me veo envuelta en situaciones de lo más surrealistas.

—¿Por ejemplo?

Lo miré titubeante y me mordí inquieta el labio inferior. No obstante, al fin y al cabo, era médico y quizá pudiera dar explicación científica a mis visiones. Por muy preocupante que fuera el posible diagnóstico, casi lo prefería a admitir que podía haber un germen de realidad en la historia de Luis. Sea como fuere, al menos cambiaríamos de tema.

—Estoy..., bueno, estoy sufriendo una especie de ensoñación extraña

mientras estoy despierta, aunque en estado de relajación, y además no dejo de ver un número en particular por todos sitios. Y, joder, me está preocupando mucho.

—¿Visiones concretas o imágenes fugaces y difusas?

—Son *flashes* rápidos pero contundentes, que además no sólo veo, sino que siento, como si lo viviera, como si... me pasara a mí. —Esa última coletilla instaló en mi garganta un acusado amargor al descubrir que algunas de las piezas de Luis estaban encajando.

—Necesitaría hacerte un tac, aunque el que figura en tu alta hospitalaria está perfecto. También puedo comentarlo con un amigo neurólogo. Tal vez sean secuelas postraumáticas que comienzan a manifestarse quizá por algún suceso angustioso que las ha refrescado. ¿Sueñas con el accidente?

—No.

Simón arrugó el entrecejo concentrado. Su faceta profesional volvió a indefinir su expresión.

—¿Te ha pasado algo fuera de lo normal últimamente?

—Bastante inusual, sí —respondí, decidida a no dar detalle alguno.

—En tal caso, está claro que ese suceso ha sido el detonante.

—¿Y es posible que oír una historia, por muy fantástica que ésta sea, sugestione hasta ese punto?

Pareció meditar un segundo y por fin asintió.

—Totalmente —afirmó rotundo—. De hecho, es un recurso en la hipnosis para abocar al paciente al trance. Hay gente más susceptible que otra, y en tu caso, en el que tu cerebro ha estado desconectado tres meses y todavía estará reforzando las sinapsis neuronales, más aún si cabe.

—¿Algún consejo?

—Sólo si aceptas acompañarme a un concierto mañana.

—¿A la puerta, para que no te violen?

Simón rio de nuevo y yo sonreí ufana. Luego mantuvo una amplia y preciosa sonrisa que admiré más de la cuenta. Que fijara mi atención en su boca hizo que sus ojos chispearan esperanzados.

—Ya puestos, acompáñame dentro, que es donde está el peligro. Es en el club nocturno de moda en Benicàssim, el Casablanca. El grupo se llama

Kamaleón, dicen que son muy buenos, es una banda de rock que interpreta con bastante fortuna temas de Imagine Dragons, también tocan algunas de su autoría.

—Me encanta Imagine Dragons —admití.

—Pues como médico te prescribo una estupenda noche con buena música y mejor misión: proteger mi inocencia.

Esta vez reí yo y él alzó la mano para pedir la cuenta, manteniendo aquella sonrisa entusiasta.

—Venga, Elisa, ánimo, te vendrá de perlas un poco de diversión.

—Veo que te urge guardaespaldas.

—Me urge, sí.

Su mirada cambió, agravándose con una intensidad que me turbó.

—Todo sea por salvaguardar tu virtud —claudiqué.

En realidad, me apetecía pasar un rato distendido con buena música. Necesitaba olvidar la espiral de locura que Luis había impreso a mi vida sin mi consentimiento.

—Ahora dispara tu consejo.

Insistió en pagar y, galantemente, me ofreció su brazo. No supe si porque solía ser un gesto de cortesía para féminas que deseaba impresionar, o si tan sólo prestaba ayuda a una paciente todavía convaleciente.

Nos dirigimos a su coche, un potente Audi Q7 negro, y él me abrió la puerta y me ayudó a subir. Aunque ya no usaba muletas, me faltaba adquirir más tono muscular, con lo que mis movimientos eran todavía algo inseguros.

Me coloqué el cinturón mientras él se ponía alegre frente al volante. Pero, en lugar de arrancar, se volvió hacia mí, pasando el brazo por encima de mi asiento. Me erguí alerta.

—El consejo —aclaró, aunque sus ojos recorrían mis labios con un anhelo bastante evidente en ellos—. Evita a personas complicadas, huye de situaciones enrevesadas y dedícate a mimarte y a centrarte en tu recuperación. Piensa en un detalle que quizá te ayude a alejarlas: si no piensan en ti, en que prácticamente acabas de salir de un coma y en que deben cuidarte y no enredarte en sus problemas, es que no son verdaderos amigos.

—No, no lo son, sin embargo... —convine.

Pensar en Luis despertaba en mí emociones enfrentadas. Su última e impactante revelación se había adherido a las paredes de mi corazón como un manto de espinos.

—¿Sin embargo...?

—Sin embargo, hay cosas que escapan a nuestro control.

Se limitó a asentir, apartándose a desgana, y arrancó el motor, que rugió enérgico. Luego aceleró para incorporarse a la vía.

Miré por la ventanilla y otro hombre acudió a mis pensamientos, un hombre al que parecían perseguir las desgracias, negándome a creer que su vida se estuviera extinguiendo. No parecía enfermo, no obstante, sus ojos no mentían. En ellos moraba todo el dolor sufrido, y en mitad de aquella negrura pude ver con claridad que esa angustia y ese apremio nacían de la desesperación por encontrar una alternativa, una escapatoria a su destino, por muy irreal que fuera. Y, sin apenas conocerlo, y a pesar del rechazo o la antipatía que me producía, debía reconocer que había algo que me unía a él. Y ese algo era el culpable, no la compasión, del amargor profundo que sentía atenazando mis tripas tras aquella desoladora revelación.

Suspiré hondamente, atrayendo la curiosa mirada de Simón.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—Si puedo ayudarte en algo..., ya sabes.

Asentí agradecida y le sonreí apoyándome en el reposacabezas. Me miró como si quisiera absorber mi imagen allí. Volvió a centrar su atención en la carretera con una expresión satisfecha en su faz.

—Simón.

—Dime.

—¿Qué buscas exactamente de mí? No tengo mucho que ofrecer.

—Pues ahora mismo me estás ofreciendo mucho.

Me miró de soslayo para escrutar mi reacción.

—Sólo me llevas a casa.

—Ese *sólo* para ti es mucho para mí.

Observé su perfil y me pregunté cómo era posible que un hombre como él adoleciera de esa fijación por mí. Porque no me conocía y, por mucho que lo

hubiera conmovido, no terminaba de encajarme aquel extraño interés hacia mi persona. Era guapo, cirujano, interesante y encantador, tendría mujeres a patadas.

Volví a fijar la vista en la calle para toparme con un número en un portal que me aceleró el pulso. El maldito 11.

Comenzaba a odiar aquel puto número.

—¿Crees en las casualidades? —pregunté.

—No mucho, aunque las hay.

—¿Qué probabilidades crees que hay de que vea el mismo jodido número sin parar?

—Muchas.

Abrí los ojos con asombro. Él me regaló una sonrisa divertida.

—Ilumíneme, doctor.

—Verás —comenzó girando suavemente el volante a la derecha para adentrarse en la avenida Columbretes—, si algún detalle en particular, número, objeto, incluso palabra, aparece en tu vida asociado a una historia peculiar, o si alguien te cuenta alguna leyenda o suceso extraño, tu mente retiene el dato como importante y te lo resalta cada vez que se le presenta la ocasión, porque lo interpreta de algún modo como un aviso importante. Con lo cual, la explicación científica que buscas es ésa. Si tu mente no lo asociara a un hecho excepcional, pasaría por completo inadvertido, aunque lo vieras inconscientemente incluso más veces.

—¿Esa misma explicación puede aplicarse a las visiones?

—Si la historia culpable es lo suficientemente impactante, sí. Nuestra mente es todavía un pozo de secretos insondables. Reacciona de manera tan diferente de un individuo a otro que es imposible trazar un patrón. Aunque en psiquiatría se hallan agrupados los trastornos por sintomatologías similares, cada caso es tan particular que hay que estudiarlo por separado.

—¿Sabes?

—Dime.

—Nunca me alegraré lo suficiente de haberme decidido a tomar ese café.

Sonreí tan abiertamente que Simón me miró cautivado.

Tras varias rotondas, subió por la avenida La Plana.

—Seguro que no más que yo.

Me sentía tan ligera con aquella maravillosa explicación, tan libre de preocupación por mi salud mental, que, aunque ya había decidido ayudar a Luis, ahora lo haría mucho más confiada. Como él bien había dicho, no lo creía, pero sí creía que podía desprogramar mi segura compuerta al pasado, por eso me había resistido tanto.

Tras recorrer la calle San Jaime y girar a la derecha hacia la plaza de la Iglesia, detuvo el vehículo frente a la puerta de mi casa. Salió del coche y lo rodeó para abrirme la puerta como todo un caballero.

—Sólo te falta tomarme en brazos y dejarme sentadita en mi sillón.

—Lo único que me falta es que me des permiso.

—No, gracias, no soy Clarita, soy Rottenmeier.

Simón agrandó la mirada y las comisuras de sus labios se alargaron hasta abrirse en una sonora carcajada. Tuvo que apoyarse en la puerta mientras se doblaba de la risa.

—Eres tremenda...

Bajé del coche mientras él se recomponía todavía posando una mano en su vientre como si así pudiera sofocar las ganas de reír.

—Me lo dicen mucho —bromeé.

Tomó una gran bocanada de aire y por fin logró recuperar el habla.

—Bueno, Elisa, mañana paso por ti a las nueve, cenamos algo y nos vamos al concierto, ¿te parece?

—Perfecto.

Me acerqué a él y me puse de puntillas con intención de darle un beso en la mejilla, pero giró el rostro y se lo estampé muy cerca de la comisura de los labios. Di un respingo que disimulé con una risita.

—Hoy debe de ser mi día de suerte —murmuró mirándome con fijeza.

—Sigo pensando que te conformas con muy poco, pero eso justamente te hace más especial.

Sus ojos refulgieron y miró mi boca anunciando una clara intención.

Me volví hacia la puerta, inclinando la cabeza hacia mi bolso, buscando mis llaves.

—Hasta mañana, dejémoslo en un día de casi suerte.

Y me adentré en casa tras una mirada solazada.

Me pareció oír el característico ronroneo de una moto que arrancaba, sólo que aquel sonido procedía de una en particular. Cuando me asomé por la ventana del recibidor, sólo vi el Audi de Simón descendiendo la calle.

CAPÍTULO 20

UN CAMBIANTE *KAMALEÓN*

—¿Y qué tal tu cita con el guapo doctor?

El marcado tono interesado de Julia a través del hilo telefónico no fue entusiasta, sino tirante y ansioso. Aquello me desconcertó.

—Bien, parece buen tío.

—¿Parece buen tío? —me increpó. Casi podía ver su ceño.

—Sí, esta noche me lleva a un concierto al Casablanca.

Un silencio extraño, inusual.

—Has aceptado una segunda cita, lo que significa que te gusta.

—No, eso sólo significa que necesito distraerme.

—Bueno, está claro que el buen doctor sabe hacer las cosas. Y me alegra que por fin abras esa puñetera compuerta hermética que te cierra al mundo.

—Pues, por tu tono, bien parece que lo lamentes.

—Sólo me ha pillado por sorpresa, nada más.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos Julia?

—Bastantes, ¿por qué?

—Porque me jode horrores que, tras tantos años, no tengas las agallas suficientes para decirme lo que realmente piensas. Porque yo sí puedo decirte que no me engañas, que no te alegra una mierda que deje que Simón se acerque, tu voz es un libro abierto. Y no tengo ni idea de por qué, o, mejor

dicho, no quiero tenerla porque me cabrearía bastante.

Otro silencio y un afectado suspiro.

—Lo reconozco, mi apuesta era por Luis —confesó—. He visto la química que hay entre vosotros y es brutal. Y, aunque el doctor es un partidazo y «parece buen tío», Luis me ha robado el corazón.

—Pero no a mí.

Otro suspiro y un chasquido de lengua.

—Bien, parece que has elegido —sentenció lacónica.

—No he elegido nada, Julia —aclaré paciente—. Lo último que deseo ahora mismo es complicarme la existencia con una relación, por muy esporádica que sea. Tan sólo voy al concierto de un grupo local para pasar un buen rato con un hombre que me hace sentir bien, nada más.

—Ahora eres tú la que no me engaña —contraatacó.

—Déjalo ya, Julia.

—Tranquila, lo voy a dejar, pero no hasta que me escuches.

—Adelante —la animé, aunque tomé aliento y apreté los dientes ante lo que temía oír.

—¿Crees que no sé lo que intentas permitiendo al buen doctor que te ronde? Pues está muy claro, alejar a Luis de tu lado. Sí, tienes miedo, maldita sea, miedo de sentir, porque jamás en toda tu vida has estado tan cerca de alguien con la llave de tu corazón en su mano. Y no te entiendo, te juro que no. Luis es un hombre fascinante, atractivo, sexy, inteligente, divertido, y con tantas cicatrices como tú. Un hombre curtido en el dolor que se ha cubierto con una coraza, que va de duro para evitar volver a sufrir. Justo como tú.

«Un hombre con un trastorno psicótico producido por el miedo a morir. Un hombre condenado», me recordé.

Cerré los ojos, sintiéndome la persona más insensible y cruel del mundo. Aunque en mi favor tenía que recordarme que mi rechazo había sido inmediato, incluso antes de saber nada de su vida. Resoplé abatida, el malestar persistía, y la verdad que Julia acababa de lanzarme a la cara ardía como una bofetada.

—Quizá tanta similitud sea lo que menos me atraiga —expliqué al cabo—, aunque ya mi intuición me avisó contra él la primera vez que lo vi en la

biblioteca.

Y, gracias a sus teorías, debería dar mucha importancia a las intuiciones. Pero, si era así, ¿por qué necesitaba a otro hombre para alejarlo? La respuesta reafirmaba la conclusión de Julia: había algo en él que hacía tambalear no sólo mis corazas mentales, sino también el muro con que había rodeado concienzudamente mi corazón.

—Tu intuición no es más que la alarma que ahora suena porque alguien ha franqueado tu perímetro de seguridad, cariño —musitó ella suavizando el tono.

—Es posible —terminé reconociendo en voz alta.

—Y, por eso, has reforzado tus barreras contra él.

—Julia, hay otros condicionantes que han influido bastante, no sólo mi miedo y mis corazas.

—Mira, Elisa, es tu vida, y aunque ya sabes que sólo deseo lo mejor para ti, únicamente puedo ofrecerte mis impresiones. Luis es un tío misterioso y complicado, pero la forma en que te mira es...

—¿Y cómo me mira?

—Como si no existiera nada más a su alrededor.

No supe qué contestar. Respiré hondo y miré la hora.

—Debo irme, Simón está a punto de llegar.

—Pásalo bien, cielo.

—Gracias por estar siempre ahí, mi niña.

—Ya sabes lo que te quiero, trasto.

Mis labios se estiraron en una sonrisa amplia.

—Tanto como yo a ti, mi Julia.

Colgué y suspiré profundamente.

Justo en aquel momento llamaron a la puerta. Me miré en el espejo del recibidor antes de abrir. Apenas si podía creer que me hubiera atrevido a ponerme aquel vestido rojo entallado, con una falda abriéndose a mitad de la cadera, que Julia me había regalado hacía un par de años y que nunca me había decidido a estrenar. Y, aunque le había arrebatado el formalismo con una chaqueta de cuero negro y unos botines de tacón del mismo color, me seguía pareciendo atrevido e inadecuado. No obstante, me apetecía romper con mi

antiguo yo, al menos en lo que se refería al vestuario. Después de todo, había vuelto a nacer para algo, o eso quería creer.

* * *

Cenamos en el restaurante japonés Umami, que estaba justo al lado del Casablanca. Nuestra mesa se encontraba en la terraza, junto a un hermoso árbol que ofrecía algo de intimidad a nuestro rincón. Todo el mobiliario era blanco y moderno, y el servicio fabuloso.

Degustamos unas deliciosas *gyozas*, una ensalada de algas, *maki* de vieira y de salmón tempurizado, *tataki* de atún, *nigiri* de anguila y el más succulento *ramen* que había probado. El punto dulce lo puso un sabroso bizcocho blanco.

La conversación fluyó entre risas y miradas intencionadas. Las de Simón solían dejarme reiterados mensajes picoteando en mis labios. Las mías, mal que me pese, se habían suavizado lo suficiente para disfrutar de aquel hombre guapo e interesante que tanto se esforzaba por complacerme.

Tras la cena, nos acercamos al Casablanca. En la puerta había ya una considerable fila de gente esperando para entrar. Sin embargo, Simón tomó mi mano y me condujo hacia el trenzado cordón rojo que un enorme portero custodiaba con ceñudo celo.

Reconoció a mi acompañante y en su gesto adusto se dibujó una amplia y cordial sonrisa. Se saludaron afablemente y nos abrió el paso.

—Vaya —murmuré—, trato de favor.

—Suelo venir a menudo —respondió guiñándome un ojo—, soy cliente vip, por eso no necesito invitación.

Nos adentramos en el elegante club de estilo *chill out* con una zona abierta, entre palmeras y columnas blancas, con mobiliario del mismo color y diseminados puntos de luz tenue que le otorgaban un ambiente relajado e íntimo. Ya había mucha gente en aquella terraza, esperando a adentrarse en el local, donde el grupo ya debía de estar afinando sus instrumentos, pues se oían notas disonantes.

En lugar de soltarme la mano, Simón entrecruzó sus dedos con los míos dedicándome una sonrisa chispeante y me acercó a un grupo que charlaba

animoso.

—Eh, ya tenemos doctor —anunció uno de ellos—, ya podemos abandonarnos al desmadre. Por cierto, te habrás traído la B12, ¿no?

El grupo estalló en carcajadas.

—No, pero puedo ponerte en marcación rápida con el 112.

—¿Qué clase de médico eres?

—Uno que no está de guardia.

Más risas.

Los hombres se palmearon la espalda amigablemente. La expresión de una chica rubia y muy elegante se contrarió al reparar en nuestras manos unidas. Intenté soltarme, pero él me lo impidió.

—Os presentó a Elisa, una amiga.

—Hola —saludó algo seca la chica en cuestión. Fue fácil adivinar por qué, a tenor de la mirada encandilada que posaba en Simón.

El resto se inclinaron para estamparme dos besos en las mejillas.

Apenas retuve los nombres, me limité a asentir con una sonrisa cortés.

—Tienes buen gusto, es una preciosidad —alabó el guasón de la B12. Se llamaba Andrés, y era el que parecía más cercano a Simón.

Me sentí algo incómoda siendo inspeccionada con tan directa atención, pero pronto me ofrecieron una copa, un especiado gin-tonic en el que me escondí bebiendo tragos cortos y frecuentes.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó la insulsa chica rubia.

—Fue mi paciente —contestó él escueto.

Agradecí que no diera más detalles.

—¿Y a qué te dedicas, Elisa?

—Pues soy bibliotecaria.

—Oh —musitó ella alzando la ceja perversamente complacida—, debe de ser el oficio más aburrido del mundo, ¿no?

—Todo lo contrario —rebatí—, es el más excitante del mundo. Es como comandar una gran flota de barcos muy diferentes entre sí, que navegan de una mente a otra y que a menudo dejo que fondeen en la mía para que me lleven a mundos ignotos y maravillosos. Es como un plus a mi trabajo, toda una recompensa, por la que hasta perdonaría el sueldo, aunque esto último negaré

haberlo dicho.

Los presentes me miraron sorprendidos, algunos con sonrisas admiradas, otros con confusos ceños, Simón con una gran sonrisa pendiendo en sus labios.

—Ya me gustaría a mí poder decir lo mismo —arguyó Andrés—, pero, claro, soy fiscal, y los únicos barcos que me interesan son los que puedo apresar y sacar del mar.

Todos reímos y el ambiente se distendió.

Sentí que Simón se desligaba de mi mano para ir un paso más allá. Me enlazó la cintura y me miró de soslayo mientras conversaba con Andrés. De algún modo, aquel gesto, aunque cómplice en exceso, me reconfortó, como si quisiera arroparme ante aquel círculo tan esnob en el que yo me sentía tan fuera de lugar.

—Vamos, ya han abierto las puertas.

—Dicen que son muy buenos —comentó una tal María, dirigiéndome una dulce sonrisa. En sus ojos castaños encontré una entrañable empatía que me hizo devolverle la sonrisa.

Nos adentramos en la gran sala, ambientada con una suave, indirecta y penumbrosa atmósfera azul. Arriba, un gran foco de luces estroboscópicas de colores giraba en todas direcciones. Fuimos conducidos por una guapa camarera hacia un reservado entarimado con largos sofás blancos y mesas bajas sobre las que parpadeaban pequeños vasitos de cristal con velas en su interior. Sin duda era el mejor sitio de todo el local, el escenario estaba enfrente, y aunque la gente ya abarrotaba la pista, desde allí se veía a la perfección.

No tardaron en llevarnos varias cubiteras repletas de hielo de las que asomaban botellas de champán entre las servilletas de hilo blancas. También repartieron en las mesas varias cachimbas muy ornamentadas.

Nos acercamos a la baranda que circundaba el reservado. Aferré la barra de metal con una mano, mientras en la otra aún sujetaba mi gin-tonic. A mi lado, Simón me sonreía feliz.

Apareció un presentador, que agradeció la concurrida asistencia y casi en el acto alabó al grupo, que ya aparecía tras el telón. Cuando los músicos empezaron a desfilan y se pusieron junto al presentador, mi corazón se detuvo

cuando un par de ojos felinos se posaron en mí.

—Con todos vosotros: Kamaleón... Pedro Lozano, solista; Manel Valls, a la guitarra; Xema Oliva, al bajo, y Luis Roig a la batería. Un fuerte aplauso para ellos. Y ahora, chicos..., ¡a romper el escenario!

El cantante aferró con firmeza el micro.

—Muchas veces no sabemos por qué las cosas pasan —comenzó sonriente—, pero pasan, ¡y nada como imaginar dragones! *I Don't Know Why*, de Imagine Dragons.

Y, ante el anuncio de la canción, los primeros acordes comenzaron a bailar por el local.

La voz era clara y rasgada como la del cantante original, y cuando la batería comenzó a restallar con golpes secos y potentes, mis latidos se aceleraron. Emanaba de él una energía tan vibrante y poderosa que mi piel se erizó ante la maestría con que se manejaba.

La gente empezó a bailar alzando los brazos.

Eran muy buenos. Jodidamente buenos. Conectaron con el público con tal facilidad que el ambiente chispeó lleno de electricidad y hasta coreaban los estribillos eufóricos.

Luis estaba arrebatador, con una sencilla camiseta blanca de manga corta que pincelaba un marcado torso y unos desgastados vaqueros que enfundaban unas piernas de músculos largos y definidos. Sus torneados brazos se contraían cuando descargaba con garra las baquetas en los platos. Movía la cabeza marcando el ritmo y su rebelde melena negra danzaba alocada sobre su concentrado rostro. Su rictus apasionado, cerrando los ojos y mordiéndose el labio inferior, resultó tan salvajemente sexy que hasta las amigas de Simón suspiraban y lo señalaban dándose codazos entre risitas tontas.

Cuando alzó la vista, en sus rasgados ojos verdes refulgió una pasión que me aprisionó, encogiéndome el estómago. Sentí que me atravesaba.

—Dios, el batería está cañón—opinó María a voz en grito, y las demás asintieron arrobadas.

—Lo he visto llegar con una Harley, casi me da un infarto —apuntó a gritos otra de ellas.

—Está mirando hacia aquí —casi chilló la rubia mustia, toda excitada.

Y, en el acto, todas se pusieron a alzar los brazos y a bailar, a ver quién destacaba más.

Yo, en cambio, permanecí inmóvil, todavía taladrada por aquella mirada dura y penetrante. Una mano se desplazó de mi cintura unos centímetros hacia mi vientre en actitud posesiva y, aunque quise zafarme de ella, fui incapaz de moverme.

Los ojos de Luis se entornaron feroces mientras observaba cómo Simón me ceñía a su pecho desde atrás. En el estribillo se descargó furioso, golpeando los platos casi con saña, mientras cantaba la canción con el mismo fervor con que manejaba la batería. Cerró los ojos y se dejó poseer por aquella pasión que brotaba de él...

... Dangerous, your love is always dangerous.

And now I'm lost in us.

We're living in a lie of trust.

*I don't know why, but I guess it's got
something to do with you, to do with you.*

*I don't know why, but I guess it's got
something to do with you, to do with you...*

Toda la sala tarareó la estrofa, el público enardecido bailaba dejándose llevar hacia aquel clímax musical que habían desatado nada más llegar. El cantante los alentaba palmeando y dirigiendo el micro hacia la pista para captar sus voces. Todo fluyó con una pasión que crepitó en cada molécula de los presentes, llevándolos a un paroxismo efervescente.

Yo tampoco podía apartar mis ojos de él; verlo liberar aquella pasión con una gracia natural que desbordaba me cautivaba. La puntera de su bota derecha manejaba el pedal del bombo con rápida y rotunda soltura. Sus bíceps se tensaban en cada impacto, y cuando alzaba los brazos, todo el conjunto de músculos se estiraban en onduladas formas, exudando una masculinidad que tenía a todas las féminas del reservado, e imaginaba que de toda la sala, completamente subyugadas por el magnetismo de un hombre de mirada atormentada y físico de vértigo.

Cuando la canción llegó a su fin y la gente comenzó a vitorear, volvió a fijar sus ojos de gato sobre mí. Tragué saliva y me puse rígida.

—¡Es como un puma negro, santo Dios! —exclamó María cautivada—. ¿Os habéis fijado en esos ojos?

Esos ojos estaban clavados en los míos con una intensidad que me secó la garganta.

Tras una breve pausa, el bajo comenzó a cimbrear notas que arrancaron un clamor popular de aprobación.

Los acordes hilvanaron otra canción de Imagine Dragons que me encantaba: *Hear Me*.

Tan ensimismada me encontraba en él que apenas fui consciente de cómo Simón ronroneaba en mi oreja mientras sus manos repasaban mis caderas con una intimidad a la que debería haber reaccionado de inmediato, pero que, sin embargo, creció ante mi indolente pasividad.

Luis empezó a manipular las baquetas entre sus dedos con la fluida habilidad de una majorette, antes de volver a restallarlos contra los distintos platillos. De nuevo inmerso en los acordes de la canción que ejecutaba con enérgica efusión, pude relajarme y respirar hondo.

Cuando volví el rostro para pedirle a Simón que dejara de manosearme, me topé con su boca muy cerca de la mía. Me aparté rauda, cogí sus manos y las despegué de mis caderas.

—¿Otro día de casi suerte? —inquirió en mi oído.

—Y, como sigas así, lo mismo hasta te abandona.

Una risa sofocada agitó su pecho, de nuevo acercó sus labios a mi oreja y su aliento me cosquilleó la piel.

—¿Reduzco a primera? —bromeó.

—Pon el punto muerto, campeón, y relájate.

—Si lo prometo, ¿me dejarás llevarte esta noche a pasear junto al mar?

—¿A ver las estrellas con las manos en los bolsillos?

Otra risa sacudió su cuerpo. Hundió el rostro en mi pelo e inspiró profundamente.

—Hueles tan bien... —ronroneó meloso—. No tienes ni idea de lo difícil que es mantener las distancias.

—Seguro que has hecho cosas más complicadas.

—No creas...

—Si quieres que te lo ponga fácil, me compraré *eau* de mofeta para nuestras citas.

Esta vez, su risa fue más sonora. La rubia nos miró mostrando una expresión de disgusto. Me nació sacarle la lengua, pero me contuve.

—¿Quién es Cara de Apio? —pregunté en un discreto susurro.

—¿Cara de Apio?

Le hice gestos en su dirección. Simón elevó las cejas y su boca pareció luchar contra la carcajada que ya se abría en ella. Finalmente, se rindió y se rio a mandíbula batiente. Fue una risa tan contagiosa que lo imité ante la censuradora mirada de la rubia en cuestión.

—¡Dios, hacía tiempo que no me reía tanto! —confesó limpiándose las lagrimillas de los ojos—. Pues es Alicia, mi exnovia.

—Ahora me explico por qué casi olvidas reír.

Sus chispeantes ojos avellana me miraron divertidos.

—Eres refrescante, ¿lo sabías?

—Si es un sinónimo de sincera, sí. Por cierto, sí que te ha cambiado el gusto: del apio has pasado al cardo.

—Me ha mejorado bastante, a Dios gracias, y en todo caso, jengibre: apuesto a que cosquillearías el paladar de poder probarte —musitó componiendo un mohín pícaro.

Sus ojos se enlazaron en los míos mostrándome cuánto le gustaba el jengibre. Le sonreí y volví mi atención al concierto.

El grupo continuó con su repertorio y yo decidí pasarlo bien, a pesar de no poder apartar los ojos de Luis. A mitad de una canción, pareció prestar excesiva atención a un punto en concreto en mitad de la pista. Frunció el ceño y contrajo la mandíbula. Pareció imprecisar algo y, de repente, soltó las baquetas y abandonó su puesto.

Sus compañeros lo miraron anonadados. Uno intentó retenerlo, pero Luis se acercó al borde del escenario y pareció reprender a alguien. Señaló amenazador con el dedo y lo fulminó con una mirada feroz. Cuando ya se daba la vuelta, oyó algo que lo hizo girarse y bajar raudo del escenario.

Contuve el aliento cuando lo vi cernirse sobre un tipo, cogerlo de la pechera de la camisa y sacudirlo con mirada asesina al tiempo que mascullaba insultos. El cantante saltó del escenario y acudió para separar a Luis del tipo al que agarraba. Hubo un forcejeo, y cuando Luis por fin lo soltó, el hombre agraviado le lanzó un derechazo contra el mentón que él esquivó por muy poco. No sé si fue la inercia, la furia o qué, pero Luis respondió con otro puñetazo que alcanzó de lleno a su agresor y lo derribó.

Hubo gritos y la gente comenzó a apartarse formando un rodal en torno a ellos. Los amigos del caído rodearon a Luis emprendiéndola a golpes. Por la pose encogida de Luis cubriéndose con los puños y esquivando con ágil experiencia cada lance del contrario, lanzando a su vez certeros puñetazos, supe que la cárcel lo había convertido también en un avezado púgil. Separó los pies y comenzó a moverse con apabullante velocidad, enfrentando a un contrincante tras otro, hasta que llegaron sus compañeros para equilibrar la pelea.

Con el corazón estrangulado y a la vez extrañamente excitada ante la magistral demostración de lucha que exhibía y la ferocidad de su expresión, aferré con fuerza la baranda, temiendo que le hicieran daño.

Recibió un par de derechazos que le abrieron la ceja izquierda. Ver cómo la sangre serpenteaba por su sien me encogió el estómago.

—Joder, ese tío me pone como una moto.

Todos miramos boquiabiertos a María, que en aquel momento exhalaba un profundo suspiro con ensoñadora expresión.

—Es un salvaje —manifestó Cara de Apio escandalizada.

En aquel momento se organizó un gran revuelo cuando aparecieron los de seguridad, y la gente que antes los alentaba se escabulló rápidamente.

Un tipo enorme se plantó en medio de la pelea balanceando una convincente porra que dio más rotundidad a sus palabras disuasorias. Luis bajó la guardia jadeante y alzó las palmas en señal de paz. Y de repente todo se activó de nuevo.

Un hombre apareció de la nada escondiendo algo en su mano y avanzó hacia la espalda de Luis. Sentí un aguijonazo angustioso atravesando mi pecho al ver cómo alargaba el brazo hacia él. Grité su nombre para alertarlo.

Cuando miró en mi dirección, su rostro se contrajo y el estómago me dio un vuelco. Se revolvió contra su atacante, lo cogió del brazo y se lo retorció obligándolo a que soltara el cuchillo. El guardia se abalanzó para ayudarlo y redujo al hombre. Cuando reparé en la mancha roja que se extendía en el costado de su camiseta blanca no pude aguantar más y corrí hacia él. Simón me siguió.

Luis alzaba el borde de su camiseta para examinar la herida, rodeado de sus compañeros de banda, cuando llegué a su altura.

Era un tajo largo pero superficial; por fortuna no había logrado clavarle la hoja, sólo había rasgado la piel.

—¿Estás bien? —pregunté.

A cambio recibí un gesto huraño.

—Sí, no creo que necesite a tu médico —escupió la última palabra con un desdén evidente.

—Deja al menos que te eche un vistazo —intervino Simón.

—Es un puto rasguño, sobreviviré.

Al oírlo decir eso, lo miré consternada. Luis frunció los labios con disgusto y resopló hastiado.

—Quizá necesites tiras de sutura adhesiva, por lo que he podido entrever. Además, hay que desinfectarla. Tengo un maletín en el coche —insistió.

—Mejor no te digo lo que necesito ahora mismo —masculló él mordaz.

Me miró tan intencionadamente que aparté la vista incómoda.

—Y, si tantas ganas tienes de ayudar, en el suelo hay tres tipos retorciéndose de dolor. Es muy posible que uno de ellos tenga una fisura en alguna costilla; creo que también te encontrarás con una nariz rota y algún diente flojo. Por lo demás, no han salido malparados, después de todo —añadió con una irresistible sonrisa arrogante.

En ese momento se acercó una muchacha llorosa y se lanzó a sus brazos. La miré impávida. Luis la arropó cálido y la consoló. Finamente, la chica le dio un beso en la mejilla y pronunció un afectado «gracias» que él aceptó con una sonrisa.

—¿La conoces?, ¿por eso la defendías de algún baboso?

Luis arqueó una ceja y no tardó en aparecer aquella sonrisa

endiabladamente maliciosa que tanto le gustaba mostrar.

—No, es la primera vez que la veo.

Lo miré con asombro.

—¿Entonces?

—Imagino que el patán al que le he roto la nariz es su novio. Los vi discutir acalorados, él la tenía cogida por el cuello con el brazo desde atrás, asfixiándola mientras la insultaba recriminándole algo.

—¡Qué hijo de puta! —exclamé indignada.

Luis asintió y se presionó la herida a través de la camiseta.

—No sé si les dejarán continuar el concierto. Hablaré con el gerente —comentó inquieto.

—No te preocupes, yo me encargo, es amigo mío. Seguro que no hay problema —intervino Simón.

—Bien, yo debo irme.

—Sin batería no es posible —comentó el solista contrariado—. Tendremos suerte si vuelven a contratarnos.

Luis frunció el ceño y asintió.

—De acuerdo, necesito un puto esparadrapo y volvemos arriba.

—Pero no puedes... —proferí alarmada.

—No puedo muchas cosas y las hago. Otras son inalcanzables. Por suerte para ellos, ésta no lo es.

Su expresión me encogió el pecho.

Se volvió y se perdió entre la curiosa concurrencia.

Y, justo en aquel momento, mi rechazo se evaporó en una cortina de motas brillantes tras la que apareció su contrario: la necesidad de estar a su lado.

CAPÍTULO 21

EL HOMBRE DE LA CAPA ROJA

No sólo aguantó todo el concierto como si no tuviera una larga brecha en el costado, sino que además lo disfrutó.

Ni que decir tiene que se convirtió en un héroe a ojos de todas las mujeres del local, que suspiraban y lo piropeaban sin medida. Toda aquella exaltación femenina me irritaba; no obstante, lo achaqué a lo inmaduro que me parecía exhibir así el interés por alguien y no a lo que en realidad era: una palabra nueva para mí, incómoda y fea.

Ya en la salida, mientras lo veía despedirse de su banda y ponerse su cazadora de piel negra, cruzamos varias miradas: las de él, duras; las mías, quise creer que indefinidas, aunque, por las emociones que estaba despertando en mí, lo dudaba.

Simón recibió una llamada en ese momento. Se disculpó para atenderla y, a medida que escuchaba, su gesto volvió a adquirir ese velo profesional y concentrado que asomaba cuando su trabajo lo reclamaba. Al cabo, me miró con cierto apremio y un acusado deje disgustado.

—Debo volver al hospital, han ingresado a uno de mis pacientes y está muy grave. Te dejo en casa y salgo pitando para Castellón.

—No te preocupes, cojo un taxi. Ve directo al hospital.

—Nosotros podemos acercarla, he traído el Audi Q7 —musitó Andrés.

Simón pareció titubear.

—Es una urgencia, debes atenderla —insistí.

Asintió y se inclinó para darme un beso en la mejilla, pero muy cerca de la comisura del labio.

—Queda pendiente ese paseo bajo la luna.

Le sonreí y asentí.

—Claro.

—Te llamo mañana, jengibre.

Amplíé mi sonrisa y asentí de nuevo.

—¿Ves? Al final regresas con la virtud intacta.

Simón soltó una larga carcajada y me guiñó un ojo.

—Por desgracia.

Se despidió de sus amigos y enfiló hacia su coche estacionado en esa misma avenida.

—Vamos, Elisa, el nuestro está a un par de calles de aquí.

Oí el rugido de una Harley y un impulso me hizo alzar el brazo hacia Luis, que se estaba poniendo el casco.

—Quizá él pueda acercarme, lo conozco, va a Oropesa —mentí.

Las chicas del grupo me miraron con una mezcla de envidia y reproche.

—Como prefieras. Pregúntale, te esperamos —espetó Andrés.

Tomé una gran bocanada de aire y avancé hacia Luis, que ya tenía el casco puesto. Se encogió de hombros en un gesto inquisitivo.

—¿Puedes llevarme?

Levantó la visera del casco y me miró con extraña complacencia.

—Puedo, otra cosa es que quiera —respondió con suficiencia.

—Vaya, vuelve el capullo.

—Nunca se ha ido —admitió con una sonrisa descarada—. ¿Aún quieres que te lleve?

—No.

—Bien, porque yo sigo sin querer llevarte.

Dio puño a su moto y se cerró la visera, pero no arrancó.

—Quizá quiera contarte algunas cosas que seguro te interesan, aunque yo ya les he buscado explicación.

Volvió a alzar la visera para lanzarme una mirada desconfiada.

—¿Intentas embaucarme por algún motivo? Ya tienes coche de alta gama para llevarte a casa.

—Me apetece un paseo en moto. Y alguna cosa más —confesé entrando en un juego que, además de peligroso, yo no dominaba.

Luis agrandó la mirada con receloso asombro.

—Vaya, vaya, sí que se ha soltado el pelo la Rottenmeier... El apuesto doctor ha obrado el milagro y te ha puesto a tono. Y, como ha tenido que largarse, ¿buscas sustituto, nena? Siento decirte que no soy segundo plato de nadie. Ese premio es suyo, y bien que se lo ha estado currando esta noche.

—¡Vete a la mierda, gilipollas!

Me di la vuelta furiosa y avancé a grandes zancadas hacia donde me esperaban los amigos de Simón.

Mi ceño evitó preguntas incómodas, pero no me pasaron desapercibidas las miradas divertidas y maliciosas de las chicas, excepto María, que me regaló una sonrisa amigable.

Nos dirigimos al coche y me encogí en mi cazadora. El frío de la madrugada punzaba más que las miradas de Cara de Apio.

Justo cuando ya cerraba la puerta apareció Luis en su Harley, precedido por el peculiar ronroneo de su motor. Alzó la visera y se asomó por la ventanilla abierta.

—Sal.

—No quiero.

—He dicho que salgas del puto coche.

—Y yo que no.

Bufó exasperado y puso los ojos en blanco.

—Retiro lo dicho, ¿contenta?

—Pues no.

—Pues peor para ti, sal de una vez.

Sostuvimos un duelo de miradas ceñudas que se saldó sin ganador.

—Eh, amigo, ha dicho que no. Ya la llevamos nosotros —interrumpió Andrés.

Luis asintió furioso, me lanzó una mirada airada y con gesto torvo bajó la

visera.

De nuevo aquella necesidad tiró de mí hacia él.

Arrancó la moto, ya avanzaba cuando abrí la puerta del coche y grité su nombre. Giró la Harley y regresó a mi posición. No lo dudé, me encaramé tras él y, tras ponerme el casco que me tendió, rodeé su cintura abrazándome a su espalda.

Aceleró y nos perdimos en la noche, entre los destellos de las farolas y las interrumpidas líneas de una carretera que no me importó si no iba a ninguna parte. Y aquella certeza fue lo que más me asustó del cambio.

¿Qué diablos me estaba pasando?

Antes de salir a la Nacional, se detuvo en el arcén, se quitó el casco. Yo hice lo propio.

—Me arde la cara, me vendrá bien un poco de aire fresco.

Le echó un vistazo a su herida levantando la camiseta. Sus oblicuos se perdían en la cinturilla de sus vaqueros, y mi vista en ellos. El esparadrapo estaba manchado de sangre. Luis se palpó cuidadosamente.

—Al final va a llevar razón tu doctor.

—¿Te he apretado demasiado la cintura? —pregunté mortificada.

Me miró con inusitada ternura y negó con la cabeza. Alzó la mano y repasó mi mejilla con el dorso de sus dedos. El contacto despertó mariposas en mi estómago.

—Tranquila, pero agradecería que rodearas mi pecho, hay algo ahí dentro que necesita un poco de calor.

Sentí que el corazón se me encogía y ganas de llorar. Desvié la mirada. Acto seguido me puse el casco.

—Lista —musité con una sonrisa trémula que encerraba a duras penas la maraña de emociones que me asaltaba en aquel momento tras su última frase.

Luis asintió, se puso el suyo, destrabó el estribo y dio puño.

Esperó a que yo enlazara su pecho con mis brazos y me ciñera a su espalda. Cuando arrancó y el gran motor de su Harley vibró bajo nosotros, sentí que mi corazón también se agitaba así.

Aceleró y la moto quemó el asfalto, rugiendo de alivio ante aquel aliento de libertad.

Sentí que volábamos.

El aire de la noche hacía ondear mi vestido y mi cabello, imprimiéndome una sensación de ligereza casi etérea. Y no sólo eso, sino que incluso sentí que ambos nos fundíamos en un único ser en mitad de aquella solitaria carretera.

Lo estreché con fuerza, deseando ofrecer algo de calor a aquel corazón repujado de cicatrices, rogándole que siguiera latiendo hasta envejecer. Que no podía flaquear, que merecía algo de solaz.

No. Él no podía estar muriéndose.

No podía ser verdad.

No era justo. ¡No lo era, joder!

Suspiré contrita y lo ceñí con más fuerza.

Salió de la Nacional 340 y tomó la rotonda junto a la plaza de toros. Pasamos al lado de la columna que albergaba una pequeña imagen de la patrona, la Virgen de la Paciencia, y me descubrí haciendo algo que jamás habría imaginado. Cerré los ojos y pedí por él.

Ascendió por la calle Doctor Alemany hasta la plaza de la Iglesia y se detuvo justo en mi puerta.

Bajé de la moto, me quité el casco y se lo devolví. Él también se había quitado el suyo.

—Bien, si tienes algo que decirme, éste es el momento, estoy reventado.

Saqué las llaves del bolso que llevaba cruzado y me volví para introducirlas en la cerradura. Abrí la puerta y lo miré.

—Te he dicho que tenía ganas de más cosas.

Alzó suspicaz una ceja y frunció el ceño desconfiado.

Formó una cruz con sus dos índices y me la encaró.

—¡Satán, sal de ese cuerpo!

Solté una carcajada y le di un empujón reprendedor en el hombro.

—No, en serio: o te has bebido todas las existencias del Casablanca o te estás quedando conmigo.

Me acerqué a él, le cogí el casco que me había prestado y me lo colgué del brazo.

—Pasa y descubrirás de qué tengo ganas.

—Creo que lo adivino, tienes ganas de lanzarme todos los jarrones de la

casa.

—No, ya sabes que me gustan mucho.

—Más que yo, eso dijiste.

Lo cogí del brazo y lo alenté a bajar de la moto.

—Te creía un tipo duro; en el concierto, al menos, lo parecías.

—Lo parecía, ¿eh?, pues prefiero un regimiento de matones a tus jarrones.

—Vamos, machote, creo que entrar en mi casa de noche lo convalidan con el título de Ninja Warrior. *Luis y los jarrones voladores...*, suena bien para peli china.

Rio y se rascó la cabeza alborotando más su cabello. Sentí el impulso de acomodar algunos mechones, pero lo retiré cuando ya alzaba el brazo.

Entramos y cerré la puerta.

—Si llego a oír dos vueltas de llave, me da un infarto.

Solté una carcajada que se expandió por el salón y reverberó en el amplio espacio cascabeleando hacia los rincones como si fuera el haz de luz de una linterna agujereando la oscuridad. Aquello me hizo detenerme a pensar cuándo había sido la última vez que aquellas tristes paredes habían oído mi risa.

Descubrí la curiosa mirada de Luis escrutando mi rostro.

—Cuando se vive solo, y más encerrado en uno mismo, convertimos nuestro hogar en algo así como un retiro del mundo —musitó interpretando a la perfección mi expresión entre confusa y liberada—. En nuestra particular cueva, reina el silencio, pues nos negamos tanto la risa como el llanto. La primera no encuentra razón para materializarse, y el segundo es estrangulado por miedo a no poder detenerlo.

—Deberías escribir el manual de costumbres de los corazones rotos —repliqué dejando mi bolso y la cazadora en el perchero. Luego me acerqué a él.

—¿Y en qué sección de la biblioteca lo pondrías? ¿En la de Libros de No Ayuda?

Estiré las comisuras en una mueca que no llegó a sonrisa.

—En la de Literatura Gótica. Cuevas oscuras y miedo a vivir.

—Podría funcionar.

Me detuve frente a él y le bajé la cremallera de la cazadora.

—Quítate la cazadora y la camiseta —pedí suavemente.

—Bésame primero al menos, ¿no, nena?, no soy un hombre objeto.

Me guiñó pícaro un ojo y esta vez mi sonrisa sí apareció en todo su esplendor.

—Me muero de ganas... —ronroneé seductora— de curarte —completé, lo que provocó que él posara su mano en el pecho y se encogiera teatralmente, lanzando un quejido.

—Me acabas de partir el corazón.

—No me des más trabajo, ¿quieres?

—Voy a dejar que me cures si me cuentas eso tan interesante.

Asentí conforme y él se desprendió de la cazadora.

—Voy a desnudarme. Por favor, no te desmayes —bromeó.

—No te prometo nada. Hace que no veo un hombre desnudo..., eeh..., espera..., mmm...

Luis rio y sacudió la cabeza divertido.

Se quitó la camiseta y la dejó sobre el sillón más cercano. Se plantó frente a mí, inmóvil, y yo... yo no pude más que absorber cada detalle de aquel fornido pecho, de su marcado vientre, de la salvaje sensualidad que emanaba su sola presencia. Allí, con su largo cabello negro alborotado, su rasgada mirada felina y aquella expresión entre desgarrada y tierna, podría encajar a la perfección en la definición más completa de la palabra *irresistible*. Que varias cicatrices surcaran su pecho no deslucía para nada el conjunto; al contrario, lo realizaba, confiriéndole una estampa dura y peligrosa que lo hacía más atractivo. La herida de su costado había coagulado y era superficial, pero tendría que desinfectarla.

Su forma de mirarme, atento, expectante y contenido, supuso todo un reto a mi control.

Sin embargo, yo no contaba con que él también me deseara.

Y ese fuego comenzó a crepitar en sus ojos, oscureciéndolos. Sus hombros se tensaron, cerró los puños con fuerza y pareció debatirse unos segundos antes de avanzar determinado hacia mí.

Contuve el aliento cuando se detuvo frente a mí e inclinó su rostro sobre el mío, a apenas unos milímetros de distancia.

—Dime que me largue ahora mismo —gruñó en un susurro estirado que erizó mi piel—, porque si te beso no podré detenerme. Y eso es justo lo que he estado necesitando toda la puta noche desde que te vi.

No pude replicar. No quise replicar. Tan sólo exhalé un afectado suspiro que fue el que rompió sus cadenas.

Se abalanzó sobre mi boca con la desesperación de un animal famélico. Aferró mi rostro con sus grandes manos y cercó mi lengua enredándose en ella.

Gemí.

Gruñó.

Su sabor me golpeó nublándome el juicio, desatando mi propia hambre. No sólo respondí fogosa, es que tomé el control. Mis manos lo recorrían con apasionado fervor, y él, mientras me arrancaba el vestido con rudeza, fue llevándome a la pared contraria para aprisionarme contra ella.

Aquello no fue un beso, aquello fue una oda al hambre en su más erótica expresión. Nos devoramos con la misma urgencia, como si sólo en la boca del otro pudiésemos respirar.

Me desnudó con torpe apremio, excitando mis sentidos hasta cotas inimaginables. Tenerlo sobre mí, fuera de control, temblando de deseo, salvajemente apasionado, me enloqueció. Hundí mis dedos en su nuca, aferrando su suave pelo negro y estrujándolo entre mis dedos. Lo atraje más, con la acuciante necesidad de fundirlo en mí.

Luis jadeaba y gruñía en mi boca mientras sus manos encendían hogueras en mi piel, embotando mi juicio. Las mías recorrían su espalda, sus nalgas, sus hombros. Ardí de deseo ciñéndome contra la férrea dureza que abultaba su ingle.

Deslicé la mano entre nosotros y desabotoné su bragueta. Me guiaba por instinto y por pura necesidad. Tomé su verga en mi mano, cálida, acerada y tersa, y comencé a acariciarla. Él dejó escapar un gruñido largo, casi un rugido ronco y estirado, echando la cabeza hacia atrás. Aproveché para morderle juguetona la garganta.

—Joder, nena, me matas...

Su mirada sufrida refulgió ardiente.

Acarició mis nalgas con una mano y me alzó una pierna, colocándola en torno a sus caderas. Pasó su mano por mi húmedo sexo y le bastaron unas pocas caricias para que convulsionara de placer. Casi llegaba al clímax cuando él me penetró, y todo mi cuerpo se rindió a un orgasmo tan violento mientras me embestía que, si no hubiera sido porque me aprisionaba contra la pared, me habría desmadejado en el suelo.

Apresé su boca y nos besamos desaforados, mordimos, lamimos y nos devoramos con tal voracidad que me sentí desfallecer.

Sus dedos se hundieron como garras en la suave piel de mis nalgas, alzándome del suelo. Las embestidas se intensificaron y el placer arrancó gritos extasiados de mi garganta como si salieran de ella estorninos revoloteando.

Mis duros pezones se frotaban contra su pecho en cada sacudida, y aquello terminó de completar el más perfecto cuadro de paroxismo sexual que pudiera crearse.

Llegamos juntos a un orgasmo tan brutal que casi perdimos el sentido.

Me abracé a su cuello jadeante y, sin salir de mí, Luis me llevó al sofá y se sentó conmigo encima.

Intenté moverme, pero él me lo impidió.

—Quiero estar dentro de ti... un poco más.

Aquel deseo casi sonó a súplica. Algo que me conmovió profundamente. Una emoción más en aquel festival descontrolado y efervescente que dominaba mi pecho, llenándolo de serpentinas incandescentes y confeti de colores vibrantes.

Sin saberlo, aquel hombre había conseguido con pasmosa facilidad algo que ningún otro había logrado, que disfrutara del sexo sin que ningún doloroso recuerdo se inmiscuyera malográndolo. Y no es que les hubiera dado demasiadas oportunidades, no después del único fallido intento... tras... aquello.

Escondí el rostro en su hombro y él me envolvió en sus brazos, logrando aislarme de cuanto me rodeaba, como una protectora, cálida y acariciadora crisálida. Tampoco recordaba la última vez que me había sentido así, si es que alguna vez había llegado a sentirme tan liviana.

Tener su cuello tan a mano fue demasiado tentador. Froté mis labios contra él, inhalé su olor y besé su piel. Su ronroneo ronco me hizo sonreír poderosa.

—Creí que querías curarme, y estás acabando conmigo.

Me aparté de su cuello para mirarlo a los ojos.

Aquel hermoso y verde océano tempestuoso me prendó unos instantes.

Nuestras miradas se engarzaron como dos moléculas de ADN en una espiral infinita. Su intensidad me aturdió tanto que cerré los ojos y apoyé mi frente en la suya.

—Luis..., no... no sé qué me está pasando contigo...

Su pecho se hinchó inhalando una buena bocanada de aire para exhalarla luego lentamente.

Cogió mi cabeza entre sus grandes manos y me obligó a mirarlo.

—Nena..., no podemos luchar contra esto, somos víctimas de nosotros mismos.

Me acercó a él y me besó dulce pero minuciosamente. Sus manos se pasearon por mi espalda hasta desembocar en mi nuca. Agarró mi pelo en una coleta, me echó la cabeza hacia atrás apartándome de su boca y mordió mi cuello arrancándome un quebrado gemido. Luego me miró atormentado y mi deseo estalló de nuevo. Besé el corte de su ceja con la sangre ya reseca y cubrí su rostro de besos breves y melosos. Una vez abierta aquella compuerta, todo el caudal contenido brotó incontrolable, convirtiéndome en una entregada esclava de las pasiones que despertaba en mí.

Me tumbó en el sofá y salió de mí para perderse en mi cuerpo, para llevarme muy lejos, y muy alto. Para volver a tomarme con la misma urgencia posesiva, entremezclando esta vez gestos que también le hicieron el amor a mi alma.

Me rendí a su conquista, asumiendo aquella derrota como la más dichosa capitulación que jamás nadie pudiera entregar.

Completamente extenuado, tras otro clímax compartido que nos rompió en dos, cayó desfallecido sobre mí, aunque intentaba no sepultarme.

—Creo que no puedo moverme.

Su voz me llegó sofocada, tenía el rostro hundido en mi hombro.

—Duerme sobre mí.

—No quiero despertar sobre un cadáver.

Reí y sumergí los dedos entre su espeso cabello negro.

—Vamos, te llevaré a la cama —musité revolviéndome bajo él.

—¿En brazos? Porque dudo hasta que pueda arrastrarme.

—Espera, tengo una idea: tumbate tú.

Se apoyó en los codos permitiéndome salir y me ladeé hacia el respaldo. Luego se tumbó boca arriba. De costado, lo abracé y me acomodé sobre su agitado pecho. Suspiré plena y cerré los ojos, aunque no el corazón, a aquella maravillosa sensación de encontrarme en mi hogar, pues así sentí su abrazo.

Inmersa en aquella nube densa, casi onírica, que abotargaba mi mente, un rayo de conciencia arrugó mi ceño con una pregunta molesta que me negué a atender. No, todavía deseaba saborear ese valioso momento antes de poner los pies en la tierra y obligarme a sellar aquella brecha que Luis había abierto en mí.

—He estado teniendo visiones —confesé—, y veo el número maestro por todas partes.

Su rostro se volvió hacia mí y sus ojos se entornaron escudriñando mi expresión. Le conté las visiones y su faz se iluminó animada.

—Pero debo decir que creo que todo es sugestión.

—¿La capa era roja con ribete negro?

Lo miré demudada.

—Sí.

—Era yo.

CAPÍTULO 22

UN DESTINO MARCADO A FUEGO

Birgu, Malta, 1536

Arribábamos al puerto de Birgu cuando el cobre de un atardecer esplendoroso bañaba el escarpado relieve de la isla, sombreando las grietas de los riscos y enseñoreándose en la amable curva de la bahía donde se abría el puerto.

Tras las murallas y los bastiones defensivos asomaban algunas tímidas cúpulas y las techumbres de las edificaciones más altas, recortadas por un cielo incendiado y preñado de colores cambiantes. La estampa resumaba una belleza sobria y un poderío palpable. Aquella isla fortificada resultaba un refugio inexpugnable y un lugar estratégico para una flota bien pertrechada.

Los antiguos galeotes gobernaban la nave bajo las órdenes de Hernán de Parma, el capitán de los caballeros hospitalarios y mi nuevo amo.

Pertenecer a una orden religiosa y militar al tiempo, en contra del infiel, eximía por completo de un precepto, que yo siempre consideré más un rasgo en el carácter: la piedad.

Jamás olvidaría días atrás cómo habían pasado por la quilla al cómitre. Aparte de la parafernalia de cabos y poleas que se precisaron para armar aquella suerte de recorrido, el castigo resultó ser de una crueldad tan abominable que apenas pude probar bocado en los días siguientes. Una vez

que el reo era atado de pies y manos al cabo en cuestión, lo lanzaban por una borda y los tripulantes comenzaban a tirar con fuerza de la maroma para pasarlo bajo el casco hasta que asomaba por el otro costado. Lo mejor que podía pasarle era que muriera ahogado, pero al menos él no tuvo tanta suerte. La primera vez que lo sacaron sangraba copiosamente, exhibiendo colgajos de carne pendiendo de largos y profundos rasguños. Su cuerpo había sido raspado contra el casco repleto de broma, pequeños moluscos y crustáceos adheridos a las tracas que cortaron su carne como si fuera manteca. En la segunda vuelta emergió casi desmembrado. No fue necesaria una tercera. El espectáculo fue tan atroz que cortaron el cabo, dejando que se convirtiera en comida para peces.

La ejecución obró el efecto deseado: apaciguar los ánimos de los belicosos corsarios berberiscos, aceptando el inesperado giro de roles. Otro golpe de fortuna que les regaló la terrible tormenta pasada fue desviar al resto de la flota, con lo que la captura de la galera principal, en la que iba el capitán y su contramaestre, fue todavía más ventajosa. Libres del resto de las naves perdidas, dirigirse a Malta había sido cosa de niños.

Aquella situación también había traído alguna ventura para mí. Por fin pude ver a Blanca, a la que habían mantenido presa en un compartimento de la carroza de popa, atada a un jergón en el suelo. Se había repuesto por completo, aunque su palidez afirmara lo contrario. Ibrahim, el médico traidor, debía pasar por prisionero para no levantar las sospechas de los berberiscos, y estaba encadenado en la bodega de carga junto a Caramaní, Hasan y Murad, los hombres de confianza del capitán. La marinería había ocupado en los remos el puesto de los galeotes y bogaban a golpe de látigo. De tal modo que mi labor de sanadora con Dragut no tuvo más ayuda que mis entendederas y algunos recuerdos dispersos de algún accidente en la alquería.

El capitán soportó con estoicidad que cosiera la gran brecha de su brazo, contándome cómo aquel cabo suelto de la vela lo había golpeado como un látigo, derribándolo. Y cómo al caer el mástil se habían soltado las cadenas de los galeotes, liberándolos; así, mientras ellos cortaban las maromas que sujetaban el palo caído para que la gran vela sumergida no nos arrastrara a las profundidades, los astutos galeotes cristianos se habían rebelado. El profundo

corte de su costado era otra cuestión. Lo había provocado una daga mientras él había intentado detener a los insurgentes. Pero, aunque había cosido la herida con la misma torpeza, había comenzado a supurar y sus bordes se hallaban rojos e inflamados. La fiebre lo hizo delirar durante casi toda la travesía. Pasé largas noches velándolo, refrescando su frente con agua de mar y escuchando sus desvaríos.

Una noche lo oí llorar y, tomándolo de la mano, intenté calmarlo de algún modo. Aquel estado febril lo llevó a un momento pasado de su vida, a uno muy amargo, pues sollozaba como un niño pequeño y suplicaba piedad sin cesar. No pude por más que acompañarlo y observar cómo aquel aguerrido y feroz pirata mostraba aquella oculta faceta emocional y desgarradora que tanto me intrigaba. ¿Qué habría vivido que tan profundamente lo había marcado?

Cuando, al cabo de los días, tras drenar el pus del costado y aplicarle un linimento que encontré en la enfermería de a bordo despertó lúcido, me miró confuso, poniendo en orden sus recuerdos mientras su rictus se agriaba y sus labios se fruncían con enojo.

—Debería haber matado a esa sabandija cuando tuve ocasión —farfulló dando un puñetazo al mamparo contra el que se extendía su jergón.

—Y no deberías haber hecho muchas otras cosas.

—Cierto —admitió—. Cada decisión tomada es un paso que damos en una dirección. Tus pasos te han llevado hasta aquí, junto a mí. Quizá, en lugar de lamentarnos de nuestro destino, debemos aceptarlo y buscar la manera de dar pasos en otra dirección.

—¿Acaso yo puedo decidir mis pasos?

Dragut entornó sus sagaces ojos grises y asintió.

—Dentro de una demarcación que ahora no está dentro de mis dominios, pero puedes.

—¿Y qué pasos me aconsejarías dar que procuren un cambio de dirección?

—Darías un gran paso para mejorar tu futuro si degollaras a ese maldito monje.

—Claro, para volver a caer bajo tu yugo.

—Sabría agradecerte tan valerosa dispensa, créeme.

—¿De veras pretendes que me fie de la palabra de un pirata?

—Tampoco te fíes de la de un hombre que porta una biblia en una mano y una espada en la otra. En la fe cristiana, ambos preceptos se oponen.

—En la tuya van de la mano, un detalle nimio, a mi parecer. De un lado o de otro, el interés es el mismo: matar al contrario.

Dragut sonrió sibilino y cerró los ojos un instante con una sonrisa extraña en los labios.

—Echaré de menos nuestros retos de ingenio, morisca. —Hizo una larga pausa en la que pensé que se había vuelto a quedar dormido, pero de sus labios escapó una frase que incluso con tono amodorrado me erizó la piel—: Quizá vuelva a raptarte, me han quedado muchas cosas pendientes que hacer contigo...

Lo que más había llamado mi atención en aquellos días de travesía había sido la excesiva atención que Blanca le prestaba. Aunque demacrada y débil, solía visitar al capitán y relevarme. En alguna ocasión, cuando yo entraba en la camareta sin que ella se apercibiera de mi presencia, la sorprendía acariciándole el cabello mientras él dormía, o simplemente mirándolo con evidente arrobó. Aquellos incomprensibles gestos me intrigaban en exceso, tanto, que intenté averiguar a qué se debían. Aunque lo único que conseguí abordándola con preguntas fue que se retrajera a la defensiva. Sólo una frase dicha por ella se grabó en mi memoria: «Él me cuidó».

El tañido de una campana se alzó sobre los tejados de la ciudad, mezclándose con el graznido de las gaviotas que ya volaban a sus nidos. Hernán de Parma había tenido la prevención de arrancar la bandera otomana del mástil y colgar un buen trozo de lino en tono natural en el que había pintado con sangre de los prisioneros una bastante lograda cruz de Malta. Quizá de haber pasado por alto ese detalle, los amedrentadores cañones que asomaban por las troneras de los recios muros de piedra caliza habrían reducido la galera a un montón de maderos humeantes.

Atracamos en el puerto y desembarcamos en la misma condición que nuestros antiguos captores: encadenadas. Fuimos conducidas a las prisiones de Birgu y recludas en una pequeña e infecta celda desde la que se oía el mar, como si éste fuera a tragarnos en cualquier momento. Dragut y el resto fueron llevados a una celda contigua. Cuando Hernán se despidió, me miró cómplice

y yo simplemente asentí.

Ahora habría que esperar a que las negociaciones de intercambio de prisioneros dieran resultado.

Fueron dos días muy largos y tediosos. Y, allí, puse al día a mis compañeras sobre mi nueva misión y el viso de libertad que aquello nos ofrecía a las cuatro. Juana me contempló con honda preocupación y poco convencimiento.

—Será peligroso y complicado —manifestó ceñuda.

—Escapar lo es. Al menos, tenemos una oportunidad. Por nuestra cuenta sería imposible, y más en un país lejano —resalté.

—Quizá nos traten bien como esclavas.

La inocencia de Dolores me partía el corazón.

Blanca, en cambio, parecía inmersa en su mundo. Y cuando busqué su aprobación, se limitó a asentir sin argüir ni una pega; es más, hasta me pareció descubrir un deje de alivio en su faz. La desazón ante su actitud se acentuó.

Aquella noche, mientras las olas nos acunaban con su cercano rumor y el nácar de la luna pintaba barrotes luminosos en el suelo, Blanca dormía acurrucada junto a mí, agitándose en sueños, que supuse pesadillas por cómo su rostro se contraía sufrido. Acaricié su desmadejada y sucia melena trigueña en un intento por apaciguar de algún modo aquellos duros recuerdos con que su mente la atormentaba.

De pronto, un nombre susurrado con afectación brotó de sus labios, deteniendo mis caricias. Un agudo desasosiego me poseyó un instante. Fue aquel tono entre íntimo y anhelante engarzado a un nombre que debería odiar lo que me confirmó los sentimientos de la castellana por aquel malnacido corsario que le había arruinado la vida. Y, aunque dormía sobre la verdadera causante, me resultaba incomprensible que pudiera abrir su corazón a un hombre como él. Y esa enigmática cuestión me sulfuraba y me aturdía a un tiempo.

A mi mente acudió un recuerdo, el de aquel beso al comienzo del temporal, y en su favor debía reconocer que Dragut sabía cómo embriagar con sus apasionadas artes el juicio de una mujer. Quizá Blanca sólo se hallaba cautiva de sus arteras seducciones. No pude dejar de preguntarme hasta adónde

habrían llegado. El magnetismo del capitán era poderoso, yo misma, incluso odiándolo profundamente, había caído bajo su influjo. Había algo tan subyugador en él que lograba fascinar cuando se lo proponía. Sin duda era un hombre con dos manos, como bien había señalado en una ocasión, y cuando usaba la mano izquierda exhibiendo sus encantos, la derecha se escondía tras él, logrando hechizarte hasta hacerte olvidar momentáneamente esa mano oculta. Aunque me temía que, en el caso de Blanca, ese «momentáneamente» se había convertido en «indefinidamente». No obstante, yo debía abrirle los ojos al peligro al que se exponía; no por nada me había erigido en su ángel guardián, y la salvaría de aquel demonio de todas las formas posibles.

Intenté dormir. No lo conseguí.

* * *

Un metálico murmullo tintineante y el eco de unos pasos repiqueteando entre los muros de piedra recorrieron las lóbregas galerías, poniéndonos en pie.

Un grupo de hombres asomó por un recodo con Hernán a la cabeza. Todos portaban hábitos monacales en blanco, con una gran cruz de Malta escarlata en el pecho, sobre una cota de malla ceñida por cinturones y una capa negra con la misma cruz en el hombro izquierdo. En sus cintos, una larga espada enfundada en su vaina.

Los vivaces ojos azules de Hernán centellearon complacidos cuando los posó sobre mí. Supe al punto que todo parecía seguir el orden estipulado.

Se aproximó a la celda contigua seguido de una larga hilera de caballeros, que desenfundaron sus espadas disponiéndose en guardia.

—Barbarroja ha aceptado el intercambio, pronto regresaréis a formar parte de sus huestes —comenzó Hernán en tono solemne—. Me consuela saber que pronto tendré oportunidad de volver a capturarte, y la próxima vez caerás bajo mi acero.

—O tú bajo el mío.

La voz de Dragut tronó estentórea rebotando en la piedra. Sentí cómo Blanca, a mi lado, suspiraba queda.

—De un modo u otro, volveremos a encontrarnos. Nada me complace más que apresar demonios.

—Tan fácil como atarte las manos —replicó Dragut mordaz.

La agudeza de aquel hombre era tan afilada como su espada.

Podía ver el perfil de Hernán, que en aquel momento esbozaba una sonrisa ácida que trastocó su severa expresión en una mueca pérfida.

—Mañana al alba serás liberado junto a tus secuaces. Ahora el gran maestro quiere conocerte.

Se oyó el gruñido de la cerradura cediendo ante el empuje de una llave. Al cabo, el quejido de los goznes chirrió, provocando que los hospitalarios cerraran filas frente a Hernán.

Cuando Dragut apareció encadenado, Blanca se aferró a los barrotes. La tensión de sus hombros evidenció su preocupación por él.

Dragut se detuvo frente a nuestra celda, pero no fue en Blanca en quien posó sus ojos, sino en mí.

—¿Qué va a ser de las mujeres?

—Todavía estamos decidiendo su destino.

Dragut arrugó el ceño y respiró hondo.

—No es un trato muy cristiano tenerlas encadenadas en una inmunda celda húmeda y maloliente, y más compartiendo dios. Aunque ya descubrí que la piedad y la bondad no son rasgos de vuestra orden.

—Aquí están a salvo hasta que algún barco parta para sus tierras, la decisión la tomará el gran maestro.

—A salvo de la lujuria de vuestros soldados célibes, imagino.

—Malta es un fortín militar, poco adecuado para mujeres —añadió Hernán, cada vez más irritado.

—En todo fortín hay un castillo con dependencias secas y cómodas donde recluirlas —persistió incisivo—, pero, claro, si los preceptos divinos son tan frágiles entre vuestros hermanos, comprendo que alejéis de ellos la tentación. Empiezo a compadecer a tu dios, la debilidad de un ejército comienza cuando no se respeta su causa.

Hernán frunció los labios con disgusto, sus puños se cerraron y su mirada se enconó sobre Dragut.

—Harás mejor en compadecerte de ti mismo.

Se volvió altivo aunque indignado y se alejó a grandes zancadas. El carcelero tiró de la cadena enlazada a las argollas de las muñecas de Dragut, pero éste abrió las piernas y se aferró a los barrotes de nuestra celda. Blanca se aprestó hacia él y acarició tímida sus manos. Pero la atención del pirata estaba puesta en mí.

—Hazte un favor, morisca, y no regreses a Oropesa. Conduce tus pasos a un nuevo lugar, pues no puede deshacerse un entuerto ni enmendarse un error, lo único posible es no volver a cometerlo. Y allí sólo puede esperarte un destino.

—Quizá el que merezco.

—Es posible. —Miró a Blanca y de nuevo a mí—. Pero, aun así, tú no eres de las que se rinden. Y creo que en tus manos tienes muchos destinos de los que cuidar.

Un violento tirón de cadena lo arrancó de los barrotes; sin embargo, fue otra voz la que se quejó. Blanca alargó el brazo hacia él, pero Dragut ya caminaba tras el carcelero.

* * *

Despuntaba el alba cuando me sacaron de la celda.

Supuse que Hernán deseaba informarme de algunas premisas antes de partir. Fui conducida hacia el puesto del carcelero, una estancia igual de fosca que el resto de la prisión, pero con mobiliario, una mesa cochambrosa, una silla desvencijada y unos ganchos de los que pendían llaves y argollas. En un rincón, un caldero con brasas alejaba, sin mucha fortuna, el húmedo frescor que rezumaba de los muros. Resaltaron ante mis ojos varios atizadores y algunas fustas que me erizaron la piel. Hernán y dos caballeros me aguardaban con expresión circunspecta.

—Siéntate.

—Llevo sentada dos días.

Hernán mostró en su rictus lo mucho que lo irritaba mi resistencia incluso a aquella simple petición.

—La obediencia no es una de tus virtudes, por eso mismo he de asegurarme de ella.

Asintió, y los dos caballeros me obligaron a sentarme, reteniéndome en la silla.

Hernán caminó hacia el caldero con brasas y extrajo lo que creí un mero atizador. Pero lo que en realidad emergió fue un hierro con una incandescente punta en forma de cruz de Malta. Me tensé y forcejeé nerviosa.

—En mi afán de atar cabos, para procurar que tu misión llegue a buen término, se me ha ocurrido la manera de evitar que tu sangre infiel se incline por el sultán y, por supuesto, que escapes. Ya que, de hacerlo, no sólo te perseguiríamos nosotros, también ellos. Una espía marcada es más fácil de seguir.

Mis latidos se desbocaron. Una punzada angustiosa cerró mi garganta y el miedo me poseyó.

—Sería un grave error —argüí tragando saliva—, pues si me marcas sabrán que soy una espía y el plan se malogrará en el acto.

—He pensado en todo, no te preocupes —explicó esbozando una sonrisa maliciosamente condescendiente—. Y puesto que, siendo esclava en la corte de la lujuria y el pecado, tu cuerpo será expuesto y ofrecido, he pensado en un lugar que deberás mantener bien oculto por el bien de todos.

Tras un seco gesto, el carcelero se abalanzó sobre mí y apresó una de mis piernas mientras yo pataleaba con la que me quedaba libre. No tardaron en inmovilizarme, y el pánico burbujeó en mis venas con la misma intensidad con que las olas golpeaban la parte exterior de aquellos muros.

—El dolor te recordará tu fidelidad a la orden, la cicatriz te atará a ella y la necesidad de ocultarla será el acicate que precisarás para completar la misión. —Sonrió sibilino y se acercó con el hierro en su mano.

»También he de resaltar que, si pasara por tu cabeza la idea de escapar, no sólo Ibrahim estará vigilando tus pasos, y no serías tú quien pagará tu insensatez. Por cada error que cometas, una de tus amigas morirá. Seguro que de ese modo velarás mejor por sus vidas.

Apresaron mi pie izquierdo y, por mucho que intenté zafarme, me fue imposible. No obstante, no dejé de revolverme contra ellos maldiciendo.

Cuando el hierro al rojo se hundió en la suave piel de la planta del pie crepitando en su intrusión, proferí un alarido que pronto se aprestaron a sofocar cubriendo mi boca con una gran manaza. Una intensa punzada de dolor se irradió por toda mi pierna, que se agitaba con violentos espasmos ante la agonía que estaba sufriendo.

El olor de la carne quemada, mi propia carne, se fundió con el del carbón, y si el odio tuviera algún aroma, habría impregnado aquella sala y a aquellos hombres con su hedor, marcándolos para toda la vida.

Mi visión se desdibujó, sin embargo, no perdí completamente la conciencia, y en mitad de aquel sufrimiento sentí que alguien me llamaba. Alguien que me miraba a través del agua. Un rostro familiar, un rostro que había visto muchas veces reflejado..., el mío, aunque extrañamente más pálido.

CAPÍTULO 23

UN HORIZONTE DE CÚPULAS Y CRÁPULAS

Tras vendarme el pie con unos lienzos y calzarme, salí trémula, sudorosa y jadeante rumbo a mi próximo destino.

Cojeaba y tiritaba, pero, apoyada entre Juana y Blanca, logré seguir el ritmo que nos imponían hasta una cala en la parte este de la isla, donde se efectuaría el intercambio de prisioneros.

Me escocía con tal intensidad que gimoteaba cada vez que mi pie rozaba el suelo. A las demás les dije que me habían azotado los pies con una vara. Cuantos menos ojos vieran la verdad, más fácil sería de ocultar.

Llegué en un penoso estado al punto de encuentro. Pero no fui la única.

Tras nosotras iban los secuaces de Dragut, el taimado Ibrahim y Nasir, que había sido tomado por un rico comerciante e incluido en la negociación. En la playa, de fina arena dorada protegida por montículos calcáreos que la ocultaba de ojos curiosos, un hombre arrodillado y maniatado permanecía con la cabeza gacha. Cuando alzó el rostro, la impresión que me causó casi hizo que olvidara el ardor demencial que ascendía de mi pie izquierdo.

Su maltrecho rostro estaba tan amoratado e inflamado que a duras penas resultaba reconocible. El único ojo que podía abrir destellaba fogonazos de plata fundida en una fragua de puro odio. De haber podido liberarse, su ira habría assolado toda la isla.

Lo habían golpeado salvajemente y apenas si podía tenerse en pie, pero si algo no habían podido doblegar había sido su orgullo. Cuadraba los hombros alzando la barbilla ante sus enemigos, negándoles verlo desfallecer.

Tres galeras que enarbolaban el emblema de Solimán se mecían en la bahía, a la espera de la señal.

—Recoged a esta escoria y metedlo en los esquifes junto a sus hombres — ordenó Hernán.

Dragut logró ponerse en pie antes de que nadie lo aferrara y, tambaleante, avanzó hacia él.

—Reza..., monje..., por morir... antes... de que te encuentre...

Pronunciar aquella frase debió de dolerle mucho, teniendo en cuenta lo inflamada y sanguinolenta que estaba su boca.

Luego caminó todo lo recto que pudo hasta las barcas. Temió que las olas de la orilla lo derribaran, pero, ante el asombro de todos, él solo se metió dentro y se acurrucó en la popa.

Pensar en introducir mi pie en el agua salada me dio escalofríos. Pero si él había podido, yo también lo haría, me dije.

Mis dientes rechinaban de dolor cada vez que el agua lamía mi herida, y, aunque el brazo de Juana en mi cintura me ceñía a su costado con fuerza, alzándome cuanto podía, el trayecto, aunque corto, fue tan lastimero que me costó no gritar. Ocupamos el otro esquife, y cuando de las galeras partieron otras dos falúas con los prisioneros cristianos, Hernán alzó la punta de un catalejo hacia ellos para corroborar que, en efecto, eran los hombres que él había pedido. En aquel momento asintió, y sus soldados de Cristo empujaron los bateles alejándolos de la playa, hasta que los berberiscos lograron hacerse con los remos y enfilarse hacia las galeras.

La reconfortante brisa marina perfumada de salitre y engañosa libertad agitó mis cabellos y refrescó mi rostro. Y, aunque mi pierna izquierda era una tea palpitante, logré aspirar profundamente aquel aire y cerrar los ojos para serenar mi atribulado espíritu. Un brazo se posó consolador sobre mis hombros. Creí que era Blanca, pero cuando abrí los ojos me topé con la mirada indescifrable de Juana.

—Lo lograremos —afirmó convencida.

—Lo lograremos —repetí, grabando aquella meta en mi corazón.

Entrelazó sus dedos en los míos y los oprimió ligeramente.

Blanca permanecía asomada a la borda, con su ansiosa mirada posada en el otro esquife.

* * *

Bordear el Cuerno de Oro y adentrarnos en el mar de Mármara fue como atravesar la puerta a otro mundo. La esplendorosa ciudad que se alzaba ante nosotros cortaba el aliento.

Una miríada de cúpulas y minaretes se recortaba contra el horizonte hasta perderse de vista. Mezquitas, palacios y diversas edificaciones que competían en vistosidad y belleza se alzaban orgullosas, conformando la mayor urbe del mundo conocido. Aquella ciudad imperial mostraba su poder al borde del Bósforo, con una actividad portuaria bulliciosa y el pulso vivaz de sus habitantes, que llenaban de color y movimiento cada callejuela que atisbaba desde la cubierta de la galera.

Mis ojos apenas si podían dejar de admirar cada cosa que veía, absorbiendo cada detalle. Blanca también estaba asomada a la amura de la borda, pero inmersa en otros menesteres: vomitaba.

Me preocupaba que siguiera enferma. Cuando no suspiraba por el capitán corsario, dormitaba continuamente. Se mostraba inapetente y cansada, su apatía la encerraba en sí misma, con lo que evitaba cualquier conversación.

Dragut, por su parte, a pesar de los golpes recibidos, tan sólo se había permitido recluirse un día en su camareta. Al siguiente, y a pesar de su lamentable estado, ejecutó sus labores de capitán gobernando la nave.

En aquel momento, maniobraba el timón observando con orgullo la ciudad, mientras ordenaba recoger velas. A golpe de boga, la galera se situó en el embarcadero.

Conmigo tan sólo había cruzado una frase: «Parece que el destino se niega a separarnos».

El canto del muecín reverberó en el aire junto con el sonido hueco de un cuerno, cuyo mensaje desconocía. El murmullo sordo de la ruidosa metrópoli

flotaba a nuestro alrededor, envolviéndonos. Una suave brisa almizcleña y especiada perfumó nuestra llegada con un saludo exótico que resultaría atractivo de no representar la abierta puerta a una celda, que, aunque hermosa, podría convertirse en mi tumba.

Mi pie mejoraba, aunque continuaba inflamado y la herida tierna. Necesitaba ungüentos que no podía aplicar, pues no contaba con sus ingredientes. Así que me limitaba a lavar la herida, pinchar las ampollas y mantenerla seca, una operación dolorosa en extremo. Solía hacerme las curas cuando todos dormían, y aunque Juana había insistido en ayudarme, había rehusado quitándole importancia a mi dolencia. No obstante, su mirada suspicaz me perseguía.

Atracados en el muelle, descendimos, esta vez sin cadenas. Dragut había fabricado una especie de muletas para ayudarme a caminar. Pero o yo era torpe con ellas, o la empedrada calzada era incompatible con su uso. Trastabillaba sin parar y, aunque Juana y Dolores estaban pendientes de mí en todo momento, casi logro enviarlas al suelo conmigo.

Dragut, que observaba ceñudo mi lastimero avance, se acercó a nosotras a grandes zancadas, me arrebató las muletas y las tiró al suelo. Tras una mirada decidida, me tomó en sus brazos.

—Puedo andar sola —repliqué revolviéndome contra él.

—Y yo volar —se mofó caminando a buen paso.

—Los demonios no vuelan.

—Ni las arpías andan.

Gruñí malhumorada suspirando hondamente. Dragut me observaba de soslayo, mientras yo miraba al frente intentando ignorarlo.

—Eres la mujer más condenadamente rebelde que he conocido nunca. No te dejas ni ayudar.

—Y tú, el más insufrible y terco. —Le lancé una mirada resentida—. ¿Tan difícil es entender que te detesto?

—No creo recordar que detestaras mi boca hace unos días.

Aquella mención al beso me sulfuró. Tantas palabras acudieron a mis labios que se atoraron en ellos, convirtiéndose en un exasperado gruñido.

Sin embargo, ver la sombra de una sonrisa triunfal en él las destrabó.

—No me lo recuerdes, o temo que te vomitaré encima.

Un músculo de su mentón palpitó tenso. Su rostro se endureció.

—Creo que lo que necesitas precisamente es que te lo recuerde, así que no me tientes.

Nuestros rostros estaban tan cerca que sentir su aliento dulzón en mi boca hizo hormiguar mi vientre. Proferí internamente una maldición y aparté mi cara todo lo que pude.

Al atisbar por encima de su hombro, me topé con una mirada envidiosa. En sus celestes ojos relumbraban las candentes ascuas de los celos.

Blanca, Juana y Dolores nos seguían, y tanto Juana como Blanca parecían prestarnos excesiva atención. Ambas compusieron semblantes serios y disgustados.

Agrandé admirada los ojos ante la magnificencia arquitectónica que se alzaba ante mí. Tras atravesar la entrada de un gran muro, una bella puerta dentro de un arco entre dos torres octogonales se abría a un amplio patio.

—Ésta es la residencia de Solimán, el palacio de Topkapi —explicó Dragut—. Viviréis en el harén real, aunque no como concubinas, sino como sirvientas, hasta que el sultán regrese de su campaña en Persia y decida vuestro destino. Nada habrás de temer si tu verdad es confirmada. Te aseguro que el sultán es más piadoso que los que luchan por la cruz abandonando a mujeres cristianas a merced del infiel.

Caminó atravesando un vasto patio con una fuente ornamental en el centro y giró a la derecha rumbo a una enorme construcción, donde se abrían unos decorativos portones abiertos.

Dragut agitó el cordel de la campana que había en el umbral y esperó paciente.

—¿No tienes autorización para pasar?

—Ningún hombre que no haya sido castrado puede atravesar esta puerta.

—¿Todas las concubinas son para el sultán?

—No, sólo las que destacan. El resto son elegidas por los altos funcionarios y los hombres de confianza del sultán.

—¿Y tú no eres un hombre de confianza?

—Yo apenas paso tiempo en palacio. Y soy el hombre de confianza de su

almirante, no de él.

—Resulta reconfortante saber que no volveré a verte entonces —aduje sosteniendo su penetrante mirada.

—Que yo no pueda pasar no significa que no te mande llamar.

Sonrió, y sus mullidos labios llamaron mi atención. Perfilados por su barba negra, destacaban como una isla en mitad del mar.

Oímos unos pasos que se acercaban, pero ninguno de los dos logró desenlazar la mirada de la del otro.

—Y, por cómo me miras, creo que lo haré muy pronto —susurró ronco.

Su mirada se enturbió cuando se posó en mi boca.

Cuando iba a replicar, me dejó en el suelo. Apenas fui consciente de que si seguía pegada a su pecho era porque mis brazos todavía enlazaban su nuca.

—Algo muy fuerte nos une, morisca —murmuró contra mis labios—. Ahora pienso que no fue tu arrebató vengativo lo que me trajo hasta a ti; fue el destino, que aquella noche se conjugó para acercarnos.

Las palmas de sus manos en mis costados desprendían tal calor que pensé que eran las culpables de que todo mi cuerpo aumentara de temperatura ante su contacto. Pero no eran sus manos, era aquella mirada, intensa, subyugadora. Era su voz grave pero acariciadora. Era ese algo, que tiraba de nosotros por encima de enconos, razón y cordura.

Un carraspeo logró apartarme de ese influjo con un leve sobresalto. Aturdida, separé mis manos de aquel espeso cabello negro que había atrapado entre los dedos, y lo hice a desgana, para mi completa desolación.

A Dragut también le costó despegar sus ojos de mí para ponerlos sobre el dueño de aquel carraspeo.

—De momento sólo servirán como ayudas de cámara a las concubinas —explicó adoptando de nuevo su tono frío.

Un gigante de ébano, vestido con ricos brocados y sedas, asintió y me observó curioso.

Dragut se volvió entonces hacia las demás, alentándolas a entrar. Al pasar por su lado, Blanca se lanzó a sus brazos. No me pasó desapercibida la expresión contrariada y asombrada del corsario. Aun así, dejó que la castellana derramara su afectada despedida sobre él.

—Isabet cuidará de ti —profirió cuando ella logró apartarse.

Blanca se limpió la humedad en sus ojos e inclinó acongojada la cabeza.

Dragut y yo volvimos a mirarnos con intensidad. Y, por primera vez, entendí a Blanca.

—Seguidme, tengo muchas cosas que enseñaros —apremió el enorme eunuco con una sorprendente voz aniñada.

Juana tomó mi cintura y me ayudó a caminar. Aún volvía la cabeza sin parar para mirarlo ahí de pie, inmóvil en aquella entrada, pensativo y poderoso, hasta que las grandes puertas se cerraron tras nosotras.

Suspiré, y ella me miró de reojo.

Entre largas galerías abovedadas se abrían edificaciones diversas unidas por patios ajardinados. La hermosa opulencia de las construcciones y la gran extensión de aquella parte del palacio lo convertían casi en otra ciudad. Fuimos conducidas por un largo corredor, del que partían otros muchos que conectaban las diferentes salas del harén, que el eunuco denominó *camino de oro*.

Finalmente llegamos a la última sala, la de las sirvientas.

—No os sentéis ni toquéis nada hasta que os bañéis. La pulcritud es una exigencia para todas —nos advirtió—. Me llamo Ahmed, y soy el jefe de los eunucos negros. El encargado de custodiar a las mujeres del harén, junto con mis subordinados. Pronto os explicarán las jerarquías dentro del recinto, para que sepáis a lo que ateneros.

No tardaron en asomar tres mujeres, la de mayor edad nos inspeccionó ceñuda.

—La rubia es perfecta para ser instruida. —Sus ojos se posaron en Blanca.

Me adelanté cubriéndola con mi cuerpo.

—Estamos aquí como ayudas de cámara, no como concubinas —aclaré mirándola con determinación.

La mujer avanzó hacia mí con una tensa sonrisa en sus finos labios. Su mano se estampó en mi mejilla, haciéndome retroceder.

—Las normas del harén son las siguientes: obediencia, sumisión, disciplina y respeto a las clases superiores. Ante la infracción de cualquiera

de ellas, se ejecutará el castigo pertinente. Vosotras estáis en el escalón más inferior, con lo que cualquier orden del resto es ley y no se puede cuestionar. La autoridad principal del harén recae en la *valide*, la madre del sultán. En segundo lugar está la *kadin*, la primera esposa y madre de su primogénito. A continuación, van las favoritas, las *ikbal*, y, por último, las concubinas que comparten su cama y reciben el nombre de *gözde*. Luego están las concubinas imperiales, llamadas *cariyes*. Vosotras estáis aquí para servirnos a todas. ¿Ha quedado claro?

Todas asentimos. Aunque en mi mirada no había ni un ápice de aprobación.

—Y, si yo decido instruir a quien considero del gusto del sultán, nadie puede interferir en esa decisión.

Nos escrutó con mirada severa y, tras un leve mohín complacido, nos impelió a seguirla.

—Mi nombre es Yamila, y soy la instructora de este harén —explicó mientras caminaba con paso marcial.

Me ardía la mejilla, y mis ojos le atravesaron con inquina la nuca.

Dobló un recodo a la derecha y se adentró en una sala de la que manaba una neblina vaporosa.

En el recinto tachonado de columnas y arcadas, revestido de mármol blanco, se abría una alberca repleta de agua humeante. A un lado, en unas bancadas del mismo material, varias mujeres desnudas se cepillaban el cabello unas a otras o se extendían aromáticos ungüentos entre joviales conversaciones.

—Desnudaos, oléis a porqueriza.

Ciertamente, me apetecía mucho ese baño. El último aseo completo había sido en aquella cuba en Cabilia. Lo único bueno que precedía a nuestro perenne estado de esclavitud era aquello. No obstante, cuando ya enfilaba hacia la alberca, Yamila me detuvo.

—¿Adónde crees que vas, muchacha?

—A bañarme... —respondí—, para complaceros —me apresuré a añadir.

En la astuta mirada de la mujer relampagueó un halo malicioso.

—La suciedad debéis dejarla fuera, o el agua de la alberca se corromperá.

Y, tras un gesto determinante, varias sirvientas cogieron cubos de agua y

los lanzaron sobre nosotras. Estaba tan fría que gritamos casi al unísono.

La instructora sonrió perversa y, cuando mis dientes ya comenzaban a castañetear, unas manos armadas con esponjas jabonosas frotaron con rudeza mi piel. Me manipularon como una muñeca inerte, alzando mis brazos, separando mis piernas y lavando con casi dolorosa fruición cada recóndito rincón de mi cuerpo. Luego se ocuparon de mi melena, enjabonándola con esmero y aclarando el conjunto con generosidad. Casi relucientes, nos condujeron por fin a la alberca. Ahora incluso pensaba que esa agua era la que podía ensuciarme a mí, porque hasta creí haber bajado un par de tonos el color de mi piel.

Descendí por la escalerilla de mármol y me sumergí cerrando gozosamente los ojos para disfrutar más intensamente de la maravillosa temperatura del agua. Al instante, todos mis músculos se distendieron, y me acomodé en una repisa que hacía de banco, donde me recliné relajada liberando todas las tensiones sufridas. Y, aunque sentía aguijonazos en la tierna quemadura de mi pie, me afané por apartarlos de mi mente decidida a recrearme.

Juana se sentó a mi lado, y al otro Blanca, que permanecía distante y acongojada.

Dolores, que comenzó a bracear cruzando la alberca, fue recriminada por la rígida instructora, arguyendo que esa práctica no era adecuada.

El vapor ascendía espeso y sinuoso entre nosotras, y la sensación era tan placentera que mis labios se curvaron ampliamente hasta que de ellos escapó un lánguido suspiro. Sentí como si mi cuerpo flotara en la nada, mi mente se evadió y mi espíritu se aligeró, otorgando a mi alma un merecido respiro.

No sé cuánto tiempo pasó, sólo sé que el tacto de una mano en mi muslo me sobresaltó. Miré a mi izquierda, pero Juana continuaba con los ojos cerrados, simulando que aquella mano que recorría mi piel no era la suya. Me agité inquieta, pero no se detuvo. Cuando la punta de sus dedos alcanzaba mi ingle, frené su avance con mi mano. Entonces ella abrió los ojos y me sonrió con fingida inocencia.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —susurré molesta.

—Tu piel es muy suave —adujo a modo de respuesta.

—Eso no te da permiso para...

—No creí que una simple caricia te violentara tanto.

—Pues lo hace.

Sus grandes ojos castaños me miraron penetrantes.

—Tan sólo buscaba aliviar tensiones. No hay nada de malo en ello.

La miré desconcertada y ella me sonrió tranquilizadora.

—Hace un instante, esas mujeres nos han frotado todo el cuerpo y no te has escandalizado —espetó pragmática—, yo tan sólo quería reconfortarte.

—Esa caricia ha sido excesivamente íntima —reproché ceñuda.

—Podría haberlo sido más si no me hubieras detenido.

Esta vez mis cejas se arquearon asombradas. Mi turbada expresión no borró aquella traviesa sonrisa.

—¿Qué hay de malo en procurarnos algún goce tras tantas penurias vividas?

—Podría rebatirte eso, pero ni me voy a molestar.

—No, adelante, moléstate —insistió acicateada por mi rechazo—. Tengo curiosidad. ¿Acaso te lo impide una religión en la que no crees, o quizá la otra que no practicas? ¿Acaso te debes a alguien? ¿O simplemente la idea te parece tan antinatural que sólo por eso la condenas?

—No es nada de eso; por fortuna, no me atan creencias ni me encadenan sentimientos. He leído la suficiente cultura clásica a escondidas para saber que hasta la sociedad romana no hacía distinción en cuanto al género. Al igual que ocurría en otras antiguas civilizaciones, si los dioses les habían otorgado el disfrute carnal, habría sido un oprobio hacia ellos no darle buen uso. Por tanto, agasajaban con ese regalo divino a quien provocara en ellos tal apetito. Y ahí se encierra mi respuesta.

Juana forzó una sonrisa rígida que no ocultó el brillo airado de sus ojos.

—Hasta tu forma de rechazar resulta excitante.

—Espero que eso no lo convierta en un reto.

—No suelo darme por vencida a la primera de cambio —advirtió con una sonrisa dúctil.

Me aparté de ella con un mohín desaprobador.

—Ni yo cambiar de opinión por mucho que insistan.

—No es necesario que te alejes —murmuró cerrando los ojos tras un

afectado suspiro—, he entendido sobradamente tu postura. Quizá si tuviera un colgajo entre las piernas y te mirara con unos maliciosos ojos grises, mi suerte sería otra.

La referencia a Dragut provocó un abrupto chapoteo a mi derecha.

—Que yo sepa, compartes su suerte en ese aspecto —maticé—. Con la salvedad de que a ti te guardo afecto. Algo que sólo tú puedes malograr si continuas por ese camino.

Abrió los ojos y, tras una larga mirada, asintió. No obstante, no vi resignación ni derrota en ella. Y eso sí me inquietó.

—Se acabó el descanso, hay mucho por hacer —rezongó Yamila impaciente.

Cuando miré a mi derecha, Blanca me contemplaba con un brillo que me pareció acusador. Supe que tenía una conversación pendiente con ella que no podía postergar mucho más.

Salimos del agua, y Yamila se puso frente a nosotras observando pensativa nuestra desnudez. Sus pequeños ojillos oscuros se entornaron calculadores posados en mí, sus labios se fruncieron y se frotó la barbilla con ademán concentrado.

—Tienes grandes y turgentes senos, sensuales curvas y hermosos rasgos. Tu aspecto es algo aselvajado, indomable, ese matiz gusta a ciertos hombres, aunque predomine la inclinación por la sumisión femenina y la dulzura. Tu amiga, en cambio, es el ideal de belleza en estas tierras. Cabellos y ojos claros, piel de alabastro, cuerpo y rostro aniñado. Creo que hará las delicias del sultán, pero antes debemos aleccionarla debidamente.

Clavó su desafiante mirada en mí, pero me guardé muy bien de volver a replicar. Nos cubrieron con túnicas de lino y nos condujeron a otra sala. Blanca se rezagó emitiendo un estrangulado gemido. Me volví hacia ella y le ofrecí mi mano.

—No... no dejes que me toquen —murmuró lívida.

La angustia que constreñía sus preciosas facciones me desazonó.

—Prometo que pronto te sacaré de aquí. Pero tienes que ser fuerte hasta entonces.

Asintió, pero su rostro comenzó a adquirir una preocupante tonalidad gris.

Apretó los labios en un fútil intento por contener una arcada y, finalmente, se dobló en dos y vomitó sobre sus pies. Yamila se volvió hacia nosotras y puso los ojos en blanco. Ayudé a limpiar el estropicio, lanzando constantes miradas a Blanca, que no dejaba de temblar. Me puse en pie, intentando adelantarme a lo que preveía. No llegué a tiempo: Blanca se desplomó al suelo entre espasmos.

CAPÍTULO 24

LUZ EN LA PENUMBRA

Oropesa del Mar, finales de septiembre de 2018

Regresar al trabajo sin duda había sido la mejor terapia.

Finalizaba septiembre, y al cabo de unos días, el primer domingo de octubre, el día 7, se celebrarían las fiestas patronales de la Virgen de la Paciencia. Curiosamente, el motivo de la celebración jamás había llamado mi atención tanto como ahora. Quizá porque en ellas se conmemoraba un acontecimiento histórico que se remontaba siglos atrás, cuando Oropesa había sufrido un asalto de los piratas berberiscos. En aquella incursión arrasaron toda la villa y destrozaron la iglesia, reduciendo a escombros los altares y las imágenes. La Virgen del Rosario, la patrona de entonces, quedó hecha añicos. Pero el conde de Cervelló recogió todos y cada uno de los trozos rotos y los llevó al convento de las Carmelitas Descalzas de Valencia, donde las monjas, con infinita dedicación y paciencia, lograron recomponerla: de ahí su cambio de nombre, en honor a las religiosas que obraron la reconstrucción.

Suspiré y miré por la ventana. El mundo allí fuera parecía igual, pero no lo era. No para mí. Todo mi mundo cambiaba, y tan vertiginosamente que me provocaba aprensión. Todavía intentaba asimilar que aquello no parecían ser las alucinaciones de un lunático. Todo mi racional castillo de naipes se había

desmoronado a mis pies. Y, sin explicaciones lógicas, mi mente vagaba a la deriva, temerosa de encallar en algún puerto de donde quizá no pudiera partir jamás.

Incluso investigué el tema de las alucinaciones compartidas, o más técnicamente llamado *síndrome psicótico compartido*, donde un enfermo era el inductor y el otro el receptor paranoide. Escalofriante, si no hubiera sido porque Luis no tenía modo de conocer los detalles de la vestimenta del hombre de mis visiones. Por mucho que él conociera a Barbarroja y yo lo hubiera visto en grabados, aquella capa era la prueba de que Luis decía la verdad. Y si compartíamos visiones..., era muy posible que hubiéramos compartido ese mismo tiempo, y yo fuera quien él pensaba.

Y, aunque él me insistía de manera pragmática en que era ciencia, todavía no explorada a ese nivel, mi mente más arcaica siseaba pérfida en mi oído que aquello era una completa locura. Y la palabra *demente* me azotaba con implacable saña, por mucho que la apartara a manotazos.

Aun así, mi empeño por ayudarlo persistía, y cada noche llamaba a mi yo de otro tiempo mentalmente, intentando contactar, por mucho que aquello me aterrara.

Curiosamente, había empezado a cojear del pie izquierdo. Sentía una gran quemazón en la planta del pie, pero nada justificaba aquella dolencia. En una de mis revisiones, Simón incluso me hizo una placa para decirme que todo estaba bien, que debía de tratarse de algún tendón inflamado por haber dado un mal paso. Y eso quise creer, aunque la desazón que germinaba en mi interior se revolvía como una culebra.

Respecto a Luis, le había pedido tiempo. Lo necesitaba, y no sólo por terminar de racionalizar algo que escapaba a mi entendimiento, o quizá simplemente lo tachaba de antinatural sólo por ser algo tan tremendamente desconocido. Sin embargo, ¿acaso no todos los nuevos avances fueron considerados mágicos en sus albores? La mente humana tendía a rechazar aquello que no entendía, huyendo de todo lo que pudiera hacerla sentir diferente. Justo por nuestro sentido de supervivencia más primario, que incluía vivir dentro de un grupo en el que debíamos ser aceptados. El miedo a ser excluidos primaba, puesto que la soledad solía ser una condena a muerte. Y,

tras siglos de evolución, nuestro cerebro continuaba manteniendo latentes muchos de los instintos conservacionistas. Instintos que a menudo producían un efecto contraproducente, cerrando la mente a caminos que podrían abrirnos otras perspectivas.

Al regresar de mis divagaciones, dos cosas llamaron mi atención. Una, que había un hombre demasiado rato dentro de un coche estacionado mirando en mi dirección. La otra fue un sonido: el de un motor, que creí conocer. Sólo que, de nuevo, mi necesidad de evitar desvaríos innecesarios me recordó que habría más de una Harley en Oropesa. No obstante, ¿cómo demonios justificaba el característico hormigueo que sentía en mi estómago sólo cuando Luis estaba cerca? Y, aunque podía pensar que el ruido en sí podría haberlo traído a mi pensamiento, incluyendo aquella sensación que me unía a él, algo en mi interior me decía que estaba cerca. Y no era la primera vez. A pesar de que no me incordiaba, lo había sentido cerca en más de una ocasión.

Intenté centrar mi atención en el hombre que parecía vigilar la fachada de la biblioteca, pero, a pesar de que se encontraba en la acera de enfrente y la vía no era muy ancha, la penumbra dentro del vehículo me impidió reparar en sus rasgos. A pesar de ello, sí vislumbré que llevaba gafas y que su nariz era aguileña. Memorice también el modelo del coche y el color: un Renault Megan gris.

Un grupo de estudiantes depositó en mi mostrador los libros que habían consultado, y ya los despedía cuando la puerta de entrada se abrió y apareció Luis con el casco en la mano. El estómago se me encogió.

Me dirigió una luminosa sonrisa y apoyó los codos en el mostrador para dirigirme aquella mirada entornada y terriblemente sexy que erizaba mi piel.

—Te dije que...

—Busco un libro, no a ti —interrumpió guiñándome un ojo.

Sentí una irracional punzada de decepción.

—Creí que ya tenías sobrada documentación sobre Barbarroja.

—Y la tengo. Aunque las crónicas ni son tan minuciosas como me gustaría, ni tan rigurosas. Ya sabes, la maldita tendencia humana a interpretarlo todo según convenga.

—Es tan frustrante como no saber interpretar lo que no conviene —acusé

mordaz.

Luis amplió su sonrisa y se inclinó más sobre el mostrador acercando su rostro al mío. Su boca ocupó todo mi campo visual, instigando todas mis barreras de contención.

—O tanto como ser acusado injustamente —se defendió frunciendo el ceño, aunque en sus comisuras se adivinaba la sombra de una sonrisa—. He venido a por un libro y, aunque debo reconocer que tu presencia es un aliciente muy tentador para leer, necesito consultar algunas cosas. Anoche tuve un sueño extraño.

—¿Qué sueño? —pregunté intrigada.

—Esa conversación necesitaría un café que rompería mi promesa de darte espacio.

—Serías un gran negociador.

—¿Qué te hace pensar que no lo soy?

Sonrió burlón, y yo con él.

De repente, arrugó su rostro en una mueca que pareció dolorosa. Se refregó la cara con rudeza y gruñó exasperado.

—¿Te ocurre algo?

—Me levanté hace unos días como si me hubieran dado una paliza. Me duele la cara horrores, todavía.

—A mí lleva unos días doliéndome el pie.

Alzó las cejas en un gesto entre sorprendido y socarrón.

—Vaya, estamos para ir de romería y tocar la capa de la Virgen.

Solté una carcajada que me apresuré a sofocar con la mano.

—Espero que no sea nada —murmuró preocupado.

—Y nada es; al menos, nada que una prueba médica diagnostique.

—Yo creí que me había partido la crisma al caerme de la cama —explicó circunspecto—, pero en el espejo no vi contusión alguna. Aun así, tengo adormecida media cara, como si la tuviera inflamada, y me late el puto labio como si lo tuviera partido.

—Quizá sea el karma, o te estén haciendo vudú los matones que noqueaste en el Casablanca.

Amplió forzosamente su sonrisa, la mía fue natural.

—Muy graciosa.

Y, así, sin más, el silencio llegó cargado de palabras. Nuestras miradas se engarzaron, y el ambiente a nuestro alrededor crepitó.

—¿Sabes? —murmuró rompiendo con un tono grave y profundo mi absoluto arrobamiento—, ahora mis noches son más frías por tu culpa.

Tragué saliva y me retiré nerviosa un mechón de pelo tras la oreja, re Coloqué mis gafas subiéndolas por el puente de la nariz y respiré hondo antes de poder proferir algo inteligible.

—Luis...

—Cuando no sabes lo que es el calor, el frío es más llevadero —añadió pellizcándome el corazón.

Paseó la punta de su dedo índice por mi mejilla, caracoleando hasta llegar a mi mentón. Un ejército de hormigas incandescentes revoloteó por mi piel. Cerré inconscientemente los ojos y suspiré.

—No sé cómo lo haces, pero tienes la fulminante capacidad de desarmarme.

—Yo tampoco sé cómo consigues que sólo piense en besarte cuando te tengo cerca. Ya ni sé a qué he venido.

Ansié ese beso con tanta vehemencia que me resultó desgarrador. Intenté acompañar mis alterados latidos y respiré hondo de nuevo.

—A por un libro —recordé, aferrándome a aquel frágil hilo de control que ya se deshilachaba peligrosamente con la necesidad de devorar aquellos mullidos labios.

Se mordió el labio inferior. De mi garganta escapó un gemido extraño, entre ansioso y frustrado. Me reprendí mentalmente. Percibí la misma necesidad contenida en él.

—¿Có... cómo se llama el libro que buscas?

Me erguí en mi silla de oficina y dirigí la vista al buscador del programa que iluminaba el monitor de mi ordenador.

—Espera que borre de mi mente el impulso de arrancarte de esa silla y llevarte al primer rincón apartado que encuentre entre esos libros.

Una punzada en mi bajo vientre agitó mis piernas. Sentí el impulso de morderme el labio, pero lo reprimí.

Luis suspiró profundamente y reclinó un segundo la cabeza. Su negro cabello acicateó la punta de mis dedos.

—Bien, bien, ya lo tengo. —Alzó el rostro palmeando triunfal el mostrador, y aunque su mirada permanecía turbia, su gesto era más sereno—. Se llama *Cuestiones cuánticas. Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*.

Tecleé en el buscador, aunque tuve que rectificar un par de veces. Sólo podía pensar en él atrapándome contra los estantes para derretirme con un beso flamígero.

—Es una biblioteca pequeña, dudo que lo tengamos. A decir verdad, apostararía lo que quieras a que no está.

—Una cena —se apresuró a proponer.

Justo terminaba de pronunciarse cuando frente a mí apareció su lugar en el archivo. Por mi atónita expresión, Luis se inclinó hacia el monitor y soltó una risotada triunfal al ver el resultado. Torcí el gesto, pero asentí. Aunque en realidad aquella pantomima contrariada quizá lo engañara a él, porque, muy a mi pesar, yo había claudicado a sus encantos incluso creyendo que me repelía.

—Nunca nadie ha consultado ese libro —musité mirando el historial—. Debe de estar flamante.

—Es que es sólo para raritos.

Me guiñó un ojo y miró por la ventana. Algo cambió en su expresión, de manera muy fugaz. Un músculo de su mentón pulsó en una breve frecuencia, oprimiendo sus labios con disgusto. Cuando se percató de mi atención, se aprestó a relajar el rictus y me sonrió disimuladamente.

Supe en el acto lo que ocurría.

Le di la referencia de búsqueda y enfiló hacia el fondo guiado por mi dedo.

Volví a mirar aquel coche, que arrancaba en aquel momento, y sentí una desazón aguda. Luis me había estado siguiendo, no acosando, y el motivo era aquel misterioso hombre que se había pasado buena parte de la tarde acechándome.

Tragué saliva, y lo primero en lo que pensé fue en el atropello. Si Luis llevaba razón, yo estaba en peligro. Pero ¿por qué demonios alguien querría

acabar conmigo? No tenía enemigos, ni rencillas con nadie, aparte de alguna estúpida discusión vecinal. Y en aquel momento, todo mi cuerpo reaccionó, liberando torrentes de adrenalina por mis venas, aumentando mi ritmo cardíaco.

Respiré pausadamente mientras intentaba tranquilizarme. Pero el miedo fue un duro oponente.

Observé a Luis, que, apoyado indolente en una columna, simulaba ojear el volumen que tenía entre las manos. No obstante, su fingida pose despreocupada no perdió la rigidez cuando siguió con la mirada el coche que partía.

Era casi la hora de cerrar, y sólo había un hombre consultando unos mapas, así que decidí abordar el tema sin más tapujos.

Me acerqué a Luis y lo cogí del brazo.

—Tenemos que hablar.

—Yo tengo que leer —murmuró alzando una ceja.

—Pues ahora vas a escuchar.

Cerró el libro, lo dejó en su hueco y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Dispara, nena.

—Ese tipo del coche gris lleva días siguiéndome, ¿no? Por eso tú también lo haces. Intentas protegerme.

—No sé de qué te sorprendes, es lo que dije que haría.

—Pero yo te dije que no lo necesitaba.

Dirigió su mirada hacia el ventanal de nuevo y alzó los hombros con gesto vacuo.

—No soy muy obediente, lo primero, y lo segundo, creo que acabas de darte cuenta de que sí necesitas protección.

Me froté las palmas contra la cara y resoplé angustiada.

—Imagino que habrás cogido su matrícula, porque ahora mismo voy a ir a la comisaría de policía a denunciarlo.

—Ya he comprobado la matrícula, no es un coche robado, aunque seguramente no estará a su nombre. Y no puedes denunciar a un tipo sólo por estar estacionado de manera coincidente en el mismo lugar donde estés tú. Eso no es delito, y, que yo sepa, no has recibido amenaza alguna para solicitar una

orden de alejamiento.

—Pe... pero tú lo viste atropellarme —mascullé furiosa—. Tú puedes testificar que fue intencionado, que me esperaba, y, joder, ahora vuelve a las andadas, eso es intento de homicidio.

—No es el mismo.

Lo miré anonadada, y el miedo repicó como un agorero redoble de tambores, haciendo vibrar ominosamente la tensa piel de mi corazón.

—Y el intento de homicidio es cuando intenta matarte y no lo consigue. No es el caso. De momento, sólo puedo ser tu escolta. Mi presencia lo mantiene lejos. Se limita a observar.

—No es el mismo... —repetí angustiada—, eso sólo significa...

—Que el verdadero culpable se mantiene a la sombra y usa a otros para sus fines.

—Dios santo...

Me estremecí y sentí la garganta seca y rasposa.

Luis me abrazó ciñéndome con fuerza a su pecho. Me dejé arropar rendida a la necesidad de calor y consuelo que me ofrecía. En su amplio y vasto pecho, me sentí segura, y por fin mis latidos se acompañaron con los suyos, ofreciéndome solaz.

—Por eso dormías en un banco frente a mi puerta.

Sus grandes manos acariciaban melosas mi espalda, trazando erráticos círculos. Cuando alcé mi rostro hacia él, mis labios casi rozaron los suyos. Oírlo suspirar, sentir su aliento en mis labios y su penetrante mirada esmeralda en la mía agudizó el deseo de perderme en aquella boca, con la que no había dejado de soñar desde que había probado su sabor.

—Y lo sigo haciendo —reconoció.

Esta vez, suspiré yo. Luis miró por encima de mi cabeza con expresión contenida. Supe que oteaba a nuestro alrededor con un propósito.

De repente tiró de mí y me llevó más al fondo, me encajó entre dos grandes estanterías y se cernió sobre mí. Entreabrí ansiosa la boca para recibirlo y él gruñó en ella, reclamando su premio. Gemí cuando su voraz lengua se enredó en la mía y me dejé arrastrar a aquella vorágine de pasión descontrolada. Su desesperación se sumó a la mía aumentando la intensidad de

aquel beso, convirtiéndonos en dos animales famélicos. Su sabor impregnó mis sentidos, devastándolos. Y cuando sus manos se ahuecaron en mis senos, las mías levantaban el borde de su camiseta ávidas de su piel. Recorrí los ondulantes músculos de su espalda, clavando las uñas en su carne. Él se arqueó sobre mí, inclinó la cabeza hacia atrás liberando un sofocado gruñido atormentado, y yo me cerní sobre su garganta mordisqueándola.

—Joder, para, o te follaré aquí mismo.

Aquellas palabras no terminaron de calar en mi conciencia, porque fui incapaz de abandonar su cuello.

—¡Elisa..., bufff, ardo! —exclamó mortificado.

Yo también ardía, y sabía dónde encontrar alivio a aquella acuciante necesidad.

Me mordí lasciva el labio y lo miré decidida. Lo cogí de la mano y lo arrastré hacia el almacén. Abrí la puerta y no pude avanzar más.

Luis la cerró y me ciñó a ella con rudeza. Y entonces liberó aquella bestia salvaje que había estado conteniendo.

Sus manos me desnudaron burdamente, con trémula urgencia. Las mías fueron torpes e impacientes. Y, sin despegar nuestras bocas, nuestros cuerpos se fundieron. Él me alzó sobre sus caderas y yo las rodeé mientras me embestía con tal ímpetu que creí que echaríamos la puerta abajo. Sus manos en mis nalgas se convirtieron en garras, y su boca en las fauces de un león imponiendo su dominio. El placer me sacudió con la fiereza de una fusta y convulsioné ante un orgasmo tan violento que no pude evitar gritar sumida en un éxtasis brutal. Luis se tensó, todo su gesto se contrajo en una mueca feroz, apretó los dientes y se liberó en una profunda acometida que estremeció cada músculo de su cuerpo.

Jadeantes, permanecemos abrazados, yo todavía suspendida en sus brazos, con las piernas en torno a sus caderas.

—Dios, Elisa, jamás he sentido nada igual... Me conviertes en un puto animal salvaje.

—¿Crees que yo me reconozco?

Despegué mi rostro de su hombro para mirarlo a los ojos.

A pesar de la penumbra, su afectado brillo me emocionó.

No. No sabía qué nos pasaba, pero era tan maravillosa la sensación que tampoco vi necesario ponerle nombre.

—Tener tu boca tan cerca supone todo un reto para mí. No dejaría de besarte nunca —susurró envolviéndome con su cálido y tentador aliento—. No sé qué clase de influjo ejerce sobre mí, sólo sé que despierta una necesidad como nunca antes había sentido.

—Mi sensación es parecida —confesé—, aunque habría que añadirle una familiaridad extraña. Mi cuerpo reacciona ante ti con una naturalidad inaudita.

Luis salió perezosamente de mí y me depositó en el suelo. Sin embargo, no se apartó. Cogió mi rostro entre las manos y pegó su frente a la mía.

—Porque ya hemos sido amantes, Elisa. De hecho, lo somos también de manera simultánea en otra realidad, y, aunque muy distinta por situarse en un espacio temporal diferente, ambas tienen evidentes similitudes... ésta, por ejemplo. El vínculo que nos une allí también lo hace aquí. Por eso esta increíble conexión.

Unos golpes en la puerta nos sobresaltaron.

—¿Se encuentra bien, señorita? He oído gritos.

Luis sonrió divertido y alzó expectante una ceja aguardando mi respuesta.

—Sí, todo está bien... Es que he visto una rata muy grande. Salgo ahora mismo, no se preocupe.

—Una rata grande, ¿eh? —susurró en mi oído haciéndome cosquillas.

—En realidad, es más un puma negro —respondí risueña.

Su felina mirada refulgió mordaz, hizo el gesto de enseñarme los dientes y gruñó burlón. Yo sofoqué una carcajada.

—Si necesita ayuda... —se ofreció la voz de fuera.

—No, gracias, ya voy a cerrar.

Luis comenzó a besar mi cuello y yo ronroneé.

—Bien, en tal caso, me marcho ya. Le dejo los planos en su mesa.

—Perfecto, Roberto, muchas gracias.

Oímos pasos alejándose y, cuando puse las palmas de las manos en su pecho para apartarlo, cambié de idea y lo atraje hacia mí para besarlo.

Mi voracidad por él era incontrolable.

—Eres insaciable, nena... Pero sigue, joder, no dejes nada de mí.

Volvimos a entregarnos a la lujuria más desenfrenada, esta vez en el suelo.

* * *

Acomodada en su pecho, pero ya en mi cama, suspiré larga y plácidamente.

No iba a permitir que siguiera durmiendo en un banco, ni que estuviera escondido en algún rincón vigilando que nadie se me acercara y que además yo lo viera, nunca más.

Me había llevado a casa, habíamos cenado frugalmente y, en mi cama, habíamos continuado intentando apagar sin éxito aquella pertinaz necesidad de fundirnos en el otro. Apenas lograba entender cómo fisiológicamente su cuerpo correspondía a mis exigencias tras varios asaltos, pero lo hacía.

Y ahora, exhausta pero plena, escuchaba su regular respiración mientras dormía. Él era el primer hombre que metía en mi cama, y en mi casa, que para mí siempre había sido mi santuario. Él era el primer hombre con el que dormía. El primero en tantas cosas que nunca sabría cómo estaba, no sólo transformando mi vida, sino también a mí misma.

Resultaba curioso descubrir cuán muerto se había estado cuando la vida burbujeaba por fin en las venas con la efervescencia de un géiser. Y aquello a lo que yo llamaba vida tranquila no era sino un sombrío sucedáneo, repleto de escudos que no dejaban entrar la luz del sol. Y, allí, en la penumbra de una noche inolvidable, esa luz me inundó a raudales.

CAPÍTULO 25

MI ROSTRO EN EL AGUA

Desperté sedienta e inquieta de un sueño que no recordaba, pero me había impregnado de un desasosiego tan latente que me impedía volver a dormir.

Salí de entre los brazos de Luis y me dirigí al aseo.

Necesitaba refrescarme, por algún motivo me escocía mucho la mejilla, y sentí la necesidad de sumergirme en agua. No obstante, darme un baño a aquellas horas lo despertaría, así que llené el lavabo con agua fría e introduje mi rostro en él. La sensación fue tan refrescante y agradable que permanecí un instante bajo el agua, cuando necesité respirar emergí y me miré al espejo. Apenas reconocí a aquella mujer que me devolvía la mirada. Su gesto pleno y su mirada brillante resultaron tan desconocidos para mí que fruncí el ceño incrédula.

Cuando fui a vaciar el lavabo, miré mi reflejo en el agua, y la impresión por lo que veía hizo que me tambaleara. Me agarré con fuerza a los bordes y escudriñé mi imagen. Pero esta vez sí que no era yo, pues ya no se trataba del cambio de gestos o expresiones, no; esta vez eran transformaciones más físicas. El cabello del agua era más rizado y creí que también más espeso, la piel más morena y los ojos miraban diferente, estaban preñados de dureza, pero también de ingenio y resolución; eran más vivaces y penetrantes que los míos. Pareció mirarme curiosa y asombrada, tan intrigada como yo. Y, de

repente, la imagen se perdió y regresó la actual. Mi cabello volvió a ser más lacio y ligero, y mi piel más blanca, mi mirada más serena, aunque ácida y con un toque vulnerable que no había visto en esa otra yo.

Exhalé un gemido afectado y cerré los ojos un instante, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Era ella, Isabet Llerán.

Coincidía con la descripción que había hecho Luis. Y, en efecto, era yo sin serlo. Y no sólo por los matices físicos, sino porque su existencia desvinculada de la mía en una realidad paralela tan distinta había forjado una mujer muy diferente. Pues la vida curte y moldea, y por la mirada que había visto en sus ojos, había vivido cosas extremas que la habían templado a fuego.

Bien, aquello no eran alucinaciones, estaba claro. De algún modo se había abierto una brecha en el tiempo, y ambas realidades no sólo coexistían simultáneas, sino que podían conectarse. Yo la había invocado y ella había aparecido. Y en aquel instante tuve la certeza de que ella también me había visto a mí.

Me embargó una sensación extraña, pintada de cierto tono aprensivo que me mareó. Aturdida ante aquel impacto que ya llevaba tiempo llamando a mi puerta, las rodillas se me aflojaron. Me sujeté con más firmeza a los bordes cerámicos del lavabo y respiré profundamente.

Descubrir las evidencias de un mundo oculto a la vista no era algo fácil de asimilar. Pero sin duda ratificaba que es real lo que no vemos, lo que no es tangible o lo que no tiene explicación, pues no tenerla únicamente significa que desconocemos ese mundo, nada más. Sin embargo, existía, como existen muchas cosas que no es que no veamos, sino que nos negamos a ver. Quizá el ser humano tenga implícito en su ADN el gen de la involución inculcado por el miedo a lo desconocido, otro rasgo de la supervivencia más elemental.

«Bien —me dije—, sea lo que sea lo que el destino me tenga preparado, lo pienso afrontar.» Y, ya decidida a recorrer ese camino, no pensaba titubear.

Regresé a la cama y me arrebujé contra el costado de Luis, que se removió con un gemido ronco mientras volvía a cobijarme entre sus brazos. Suspiré y cerré los ojos. Me sorprendió descubrirme sonriendo, pero no me lo recriminé. Estaba determinada a vivir cada instante, aunque desembocara en

un callejón sin salida o dejara a mis pies más de un escudo roto.

Me dejé envolver por el sopor preguntándome qué estaría viviendo ahora en aquel otro mundo...

* * *

Desperté jadeando, sudorosa y angustiada.

Di un respingo y me incorporé como un resorte, estrangulé un gemido doloroso y mis dedos se crisparon contra la sábana.

Unos brazos se posaron sobre mis hombros suavemente. Una voz pareció querer romper la neblina hipnótica que todavía nublaba mi mente. Pero yo aún no podía escapar de ella..., ni de él...

... Sus sucias manos recorrían mi joven cuerpo con repugnante lascivia mientras susurraba que, si gritaba o lo delataba, la mataría. Y mi mente, completamente embargada por un terror denso, tan opresivo que apenas me dejaba respirar, sólo podía pensar en mi madre, que dormía en la habitación contigua, ajena a los sucios abusos a los que su marido sometía a su hija de once años.

Su voz pastosa escupía susurrantes amenazas entrecortadas entre jadeos lujuriosos mientras su cuerpo mancillaba el mío. Su fétido aliento me provocaba náuseas, y su sudorosa piel, pegajosa y maloliente, despertaba en mí tal repulsa que odié todos y cada uno de mis sentidos por ser receptores de aquel despreciable contacto. Lloraba en silencio mientras el dolor me acometía con más fuerza que sus impúdicas incursiones. Con el rostro vuelto contra la almohada y cerrando con fuerza los ojos, repitiéndome que aquello no estaba pasando, que era una abominable pesadilla, suplicaba a Dios despertar. Pero a la mañana siguiente, la sangre en mis braguitas y la marca amoratada de sus dedos impresa en mi piel me recordaban con cruel saña que sí, que cada noche aquel monstruo entraba en mi cuarto y que yo era su armario particular...

—¡Elisa, despierta! —exclamó Luis asustado.

Sentí que me zarandeaba en un intento de hacerme volver en mí.

Yo temblaba en violentos espasmos e hiperventilaba arrítmicamente. Sus brazos me rodearon y me tumbaron sobre él.

—Sólo es una pesadilla, cariño, pronto pasará... Chis..., los demonios pronto se irán. Estoy contigo.

Sus mimos y sus caricias terminaron de alejar todo rastro del pasado, dejándome tan vívidas sensaciones que rompí a llorar en sollozos violentos.

Luis me acunó sobre su pecho. No dijo nada, tan sólo acariciaba mi espalda y mi pelo con extrema dulzura. Poco a poco pude calmarme, hasta que conseguí inhalar una profunda bocanada de aire que luego expulsé lentamente, logrando serenarme lo suficiente para dejar de llorar.

—Sólo hay un modo de alejar a los demonios —musitó él en tono quedo.

—Nunca se van. Tan sólo puedes levantar muros altos para no verlos, pero están ahí —respondí abatida.

—Los demonios saltan muros, en cuanto una piedra se mueve y la ven —murmuró pausado—. Y yo lamento haberla movido. Aunque todo muro, tarde o temprano, flaquea. Sólo se puede volver a vivir plenamente cuando los expulsamos.

—¿Tú has echado a los tuyos?

—A la mayoría, sí. Con el resto puedo vivir sin que me entorpezcan demasiado —confesó—. Con el transcurso de los años, y las cicatrices que cruzan no sólo mi piel, sino también mi corazón, he descubierto que quejarse y lamentarse es una espiral de autodestrucción, que compadecerte es absurdo, y que odiar es un puñal en nuestro pecho. Que la vida no hay que lucharla, sólo hay que vivirla. Que nos pasamos la existencia detrás de un sueño que cuando conseguimos no nos satisface, porque nos gusta vivir insatisfechos para tener algo de lo que quejarnos. Que nos centramos mucho más en las carencias que en las tenencias. Que si aparece una minúscula nube en un día despejado, acapara más nuestra atención convirtiendo ese día en nublado. Que no existe la felicidad como meta, ni tenemos que superarnos, sino tan sólo aceptarnos. Porque, como te dije, hay dualidad en el universo, y en el interior de cada uno. Todos somos ángeles y demonios, y esa parte sombría que nos da miedo mirar y rechazamos tenemos que abrazarla para poder querernos de verdad. Nadie

puede amarse sin ser del todo consciente de su oscuridad. Es la naturaleza humana, compleja y continuamente enfrentada. El auténtico amor es querer los defectos del otro, no las virtudes. Pero, antes, esa otra persona tiene que estar lo suficientemente segura para mostrarlos. Porque ser libres, Elisa, es tan fácil como romper nuestras cadenas haciendo lo que nos nace hacer en cada momento. Y eso sí que es la clave de una vida plena y dichosa, aunque no rosa. La vida son momentos de colores diversos, pero son nuestros ojos los que eligen el tono.

Alcé el rostro para mirarlo y su concentrada expresión me cautivó.

—¿Es así como los alejaste de tu vida?

Negó con la cabeza y me dedicó una sonrisa triste que deseé borrar con un beso.

—No, cuando nos acecha un trauma, por mucho que nos digamos que fuimos víctimas, el poso de culpabilidad asoma traicionero, minándonos, devastándonos. Y el demonio de la culpa es incluso peor que el del odio, pues nos induce a castigarnos por algo que creemos que deberíamos haber hecho o por algo que hicimos. Y ese demonio muerde y desgarrar el alma. A mí casi me devora, hasta que un día, tras una conferencia sobre biodescodificación emocional, mi mente halló la clave.

—¿Y cuál fue?

—Perdonarme y perdonarlos. Liberándome yo, los liberaba a ellos.

—Dicho, parece fácil, pero yo... yo no puedo perdonar... ni perdonarme.

—Puedes —aseguró con convicción. Clavó sus ojos en los míos con tanta intensidad que me estremecí—, y debes. Pues el origen de muchas enfermedades está en la psique. En tal caso, si nuestro estado emocional es capaz de somatizarse en desequilibrios orgánicos y físicos, también puede curarnos. El origen de todo, Elisa, está en las emociones y los pensamientos.

—Fascinante, pero ¿cómo controlarlos?

—Asistí a las conferencias de afamados biodescodificadores y estudié de manera meticulosa un interesante libro titulado *El código secreto del síntoma*, en el que Enric Corbera y Rafael Marañón explican que las emociones son las causantes de la activación de nuestros genes, ellas son las frecuencias que nuestro inconsciente biológico descifra. Únicamente se pueden sentir dos

emociones elementales: el amor y el miedo. El resto proceden de ellas. La emoción del amor tiene una frecuencia vibratoria más alta y rápida que la del miedo, que es más baja y más lenta. Las frecuencias vibracionales de nuestras emociones afectan directamente a nuestra fisiología, y en función de su intensidad o su duración, pueden provocar verdaderos cambios físicos. Y eso es lo más fascinante de todo. Verás, existen sesenta y cuatro códigos posibles de aminoácidos en nuestra estructura de ADN. Se supone que todos deberíamos tener esos códigos activados; sin embargo, sólo tenemos veinte de ellos en este momento, y te preguntarás por qué. Pues bien, imagina que hay un interruptor que apaga y enciende esos códigos: ese interruptor son las emociones. Y, como ya te he explicado las frecuencias vinculadas a cada una de las emociones básicas, cuando sentimos miedo, ésta toca pocos códigos, y con el amor sucede todo lo contrario. Así pues, toda persona que vive con temores e inseguridades no sabe encontrar soluciones a sus problemas porque apenas tiene códigos activados. Y la que vive inmersa en el amor y la confianza se halla en la situación contraria y, por tanto, más favorable.

Hizo una pausa y se reclinó sobre la almohada descansando la cabeza sobre un brazo. Yo me apoyé en el codo para prestar debida atención a sus argumentos.

—Continúa —animé interesada.

—Según la teoría de la biodescodificación, las emociones son cuánticas —agregó con la mirada perdida en el techo de mi cuarto—, no distinguen tiempo ni espacio. Si hemos sufrido una gran decepción, o vivido una situación angustiosa y dolorosa, padecemos un fuerte *shock* emocional que nos paraliza a nivel neuronal, grabándose en nuestro más profundo inconsciente, donde aguarda latente y altera nuestra vida en forma de trauma. Es como una cicatriz que nos recuerda de manera dolorosa el conflicto sufrido. Si el suceso se repite en otro momento de la vida, incluso si es mucho menos duro, se activa nuevamente el bloqueo neuronal. Y es en ese preciso momento cuando se libera una respuesta en el ADN, somatizándose en un síntoma físico que llamamos enfermedad, para alertarnos de que algo grave está ocurriendo.

»Esto ocurre cuando nos sumimos en una incoherencia emocional, simplemente porque nuestros actos, nuestros pensamientos y nuestros

sentimientos no se ajustan a lo que realmente hacemos, pensamos o sentimos. Por desgracia, la deshonestidad para con nosotros mismos, esa contradicción que nos desgarran por dentro, termina convirtiéndose en una serie de malestares físicos que nos “gritan” el terrible desajuste que nos gobierna, pues no somos conscientes de que nos estamos autoengañando.

»Indudablemente, nuestras emociones están condicionadas por muchos y diversos factores, y supeditadas por la sociedad que nos rodea. Tenemos miedo de no ser correctos, de herir sentimientos, de no encajar, y actuamos movidos por lo que creemos que debemos hacer y no por lo que sentimos que debemos hacer. Y justo ahí radica el conflicto interior.

»La biodescodificación, según estos expertos, se basa en mostrar el conflicto emocional que se libra en nosotros para lograr convencernos de que la solución a nuestros problemas es dejar de mentirnos.

»Las emociones negativas son venenosas para la salud. La culpabilidad es una de las más perjudiciales, pues controla nuestra psique y se proyecta en nuestra biología, enfermándonos. De hecho, existen enfermedades concretas provocadas por determinadas emociones nocivas.

»Esta teoría resalta la enorme importancia de nuestros pensamientos, sentimientos y emociones, y naturalmente, también de nuestros actos. Cuando no somos coherentes, enfermamos, por eso hemos de meditar sobre el motivo que nos empuja a ese conflicto y ser honestos con nosotros mismos. Ahí reside la clave de nuestra curación.

»Y, de toda esta miniconferencia que te estoy dando, la frase que podría resumirlo todo es: sana tu mente y tu cuerpo sanará.

Volvió su rostro hacia mí y esbozó una tibia sonrisa, aunque sus ojos se empañaron con un oscuro velo mortificado.

—Sí, sé lo que estás pensando.

—¿De veras?

Asintió y respiró hondo para exhalar con lentitud, imaginé que eligiendo cuidadosamente sus siguientes palabras.

—Piensas que todo esto no es más que palabrería, pues soy el más claro ejemplo de la contradicción en lo que digo. Ya que la biodescodificación no desprogramó mi trauma y, por consiguiente, no eliminó la enfermedad que está

acabando conmigo.

—¿Qué enfermedad es? —balbuceé temerosa—. Y, te equivocas —añadí—, pensaba en lo mucho que deseo volver a besarte.

Luis sonrió afectado y se inclinó sobre mí para cumplir mi deseo.

Fue un beso tierno, conmovedor y tan profundo que incluso sentí cómo sus raíces se enredaban en las mías, cómo su savia inundaba cada minúscula radícula, cada vaso leñoso, cada peciolo de las hojas de mi árbol, impregnándolo de vida, de luz y de color. Hasta tal punto que, cuando apartó su boca de la mía, ambos temblábamos sacudidos por aquella emoción tan intensa que nos unía, dejándonos turbados y confusos.

—Llevas razón —musité arrobada—, las emociones son cuánticas: ahora mismo no soy consciente del tiempo ni del espacio, es como si todo se detuviera.

—Todo se detiene, sí, tus besos son como pequeñas evasiones de realidad.

—Creo que es lo más bonito que me han dicho nunca. Aunque tiene poco con lo que competir.

—No eres una chica fácil de halagar, ni que invite a ello. Impones bastante, señorita Rottenmeier.

—¿Ah, sí? Contigo no funcionó mi escudo.

—Me van los retos —adujo.

—¿Es lo que soy para ti?

—Me gustaría responder que sí, pero creo que ambos sabemos que este vínculo va más allá de toda razón. Yo no sé a ti, pero a mí me da vértigo.

—¿También tienes ganas de salir corriendo? —inquirí asimilando que se debatía del mismo modo que yo.

—Tantas como abrazarte para no soltarte nunca.

Suspiré y tuve que contener el deseo de entregarme a su última afirmación.

Movió la cabeza y volvió a contemplar el techo, adoptando una expresión grave y tensa. Un músculo en su mentón pulsó de nuevo y su rictus se endureció.

—Tengo leucemia linfocítica crónica —explicó—. Bueno, eso y fecha de caducidad.

—No quiero saberla —confesé con un nudo en la garganta. Sentí el ardor

de las lágrimas rebosando mis párpados. Agradecí que él no me estuviera mirando.

—Los perdoné y me perdoné, aunque no fue nada fácil, te lo aseguro, pero no funciona porque mi otro yo no deja de adquirir deudas de sangre que termino pagando yo. Por eso conmigo no funciona, porque estoy desdoblado en dos realidades separadas. Ésa es la razón por la que debo encontrar la manera de comunicarme conmigo, para intentar frenar mis desmanes y conseguir que ese pirata que soy sepa que todo cuanto haga volverá contra él, multiplicado por mil, y, por ende, contra mí.

—Me he visto en el agua —anuncié a bocajarro.

Luis agrandó con asombro los ojos y me miró estupefacto.

—¿Estando consciente?

—Sí, me lavaba la cara y la vi reflejada. Era yo, pero con tantos matices diferentes que, incluso siendo mi rostro, me costó reconocerme en él.

—Las piedras de tu muro comienzan a caer. Ahora tus demonios saldrán a la luz, pero sólo así podrás combatirlos. Únicamente espero que no termines odiándome.

—Vivía con miedo a que salieran —reconocí tras exhalar un largo suspiro—. Y vivir así es morir lentamente. En efecto, mis códigos se apagaban día a día. Es hora de, al menos, intentar activarlos, aunque algunos estallen.

—Elisa —su tono se volvió grave—, el peligro no sólo está en destapar tus traumas y enfrentarte a una realidad que transgrede toda razón. El peligro es real y está ahí fuera esperando no sabemos muy bien qué. Lo que está claro es que tú eres sin duda su objetivo. Pero te juro que, mientras tú tratas de solucionar mi pasado, yo voy a protegerte de tu presente para asegurarte un futuro.

—Yo también procuraré que lo tengas —prometí, grabando aquella determinación en lo más hondo de mi ser.

—Quizá sea tarde para mí —advirtió—, pero saber que lo has intentado será el regalo que me lleve. —Hizo una pausa en la que su ceño se acentuó concentrado—. Además, tengo la percepción de que ese hombre que te acecha está vinculado de algún modo con nosotros.

—Apareció cuando llegaste a mi vida.

Su rostro se veló con un paño oscuro.

—Lo traje yo, pero te buscaba a ti.

Aquella lóbrega y desazonadora afirmación aguijoneó mi pecho.

Yo también lo sentía así, lo que me hacía comprender que la clave de todo estaba en la enigmática Isabet Llerán. Mi otra entidad.

No sólo debía escudriñar en su vida, sino que debía hallar el modo de trazar un patrón de comunicación con ella. Y, entonces, un pinchazo en la planta del pie abrió un fogonazo clarividente en mí. Aquel malestar no era mío, sino de ella, por lo que... ¡Dios santo! ¡El cuerpo era nuestro medio de comunicación! Lo que se vivía en el cuerpo físico, si era lo suficientemente traumático, se grababa en el subconsciente, y éste era el terreno común que compartíamos. Debía escribirle un claro mensaje.

La carne sería el papel y la sangre, la tinta...

Una idea comenzó a perfilarse en mi mente, tan escalofriante como brillante.

Pero si había decidido dejar de lado mis dudas y mis temores, debía actuar con rotundidad. El tiempo apremiaba...

CAPÍTULO 26

TRAS EL VELO DE MI CONCIENCIA

Palacio de Topkapi, Constantinopla, finales de septiembre de 1536

Asistir a las concubinas del harén requería memoria y una buena dosis de paciencia. Las jerarquías de antigüedad y las rivalidades entre las favoritas y su séquito eran tan afiladas como la lengua de los eunucos, que en la mayoría de los casos acicateaban con su maledicencia las tensiones entre las mujeres.

Bien era cierto que la vida en el harén era plácida y ociosa, y ante la falta de ocupación, la lengua se desataba y la mente elucubraba. Era como si convivieran diversos clanes con sus líderes en una batalla elitista por ocupar el mejor lugar en la cama del sultán y sus dignatarios. Las concubinas imperiales se posicionaban de un lado u otro, ofreciendo su apoyo a la que creían que podía procurarles más comodidades, consejo o simplemente respaldo. Y, así, las ninguneadas ayudas de cámara debíamos conocer los distintos escalafones de autoridad y servirles en consecuencia, otorgándoles las mejores raciones o premura en cuanto lo requerían.

Aquel mundo exquisito de sedas, joyas y envidias era casi tan peligroso como las luchas territoriales en el exterior de aquel vergel, tan exótico como emponzoñado por las traiciones más rebuscadas.

Las favoritas del sultán centraban toda su atención en destronar a la

poderosa y última esposa, Hürrem, arrebatándole el título de *haseki sultan*, y eso desataba toda una maliciosa cadena de rumores que esperaban hacer llegar a Solimán para indisponerlo contra ella.

La primera vez que vi a Hürrem, que vivía en las lujosas estancias al final del harén, junto a sus cinco hijos y herederos, comprendí por qué había prendado al gran sultán. En el exterior, en Occidente, la llamaban Roxelana, por su abundante y llamativa cabellera pelirroja, su tez blanca y sus grandes ojos de gacela, que miraban con agudeza y sabiduría. Su porte regio contrastaba con sus suaves gestos y sus delicadas maneras. Desprendía una serenidad contagiosa y, a la vez, una determinación firme. Ducha en diversas artes, había sobresalido fácilmente sobre el resto, cautivando, sin mucho esfuerzo, al hombre más poderoso de Oriente.

Ella tenía ojos y oídos en todas partes, y sabía con inteligente estrategia revertir una situación desfavorable en su beneficio sin que su esposo tuviera que interceder. La admiré por ello, pues no sólo evitaba molestar con problemas domésticos al sultán, sino que, de ese modo, se ganaba el respeto de su rival al evitarle el castigo pertinente. No obstante, y a pesar de su piedad y su paciencia contra las que todavía ansiaban su lugar, no lograba sofocar la inquina de la favorita real, la bella y taimada Aysha, empeñada en conseguir lo que ella: convertirse en esposa del sultán.

Desde mi más modesta posición, en la que mi misión era servir cerrando mis oídos y mis ojos a cuanto acontecía a mi alrededor, observaba con detalle cada movimiento, pues aguardaba sacar un buen provecho de mi papel de sierva invisible. La información daba poder, y podía convertirse en arma o escudo dado el caso. Pero, sobre todo, me permitiría ganar ciertos favores, como el de servir en palacio, que era mi objetivo principal, ya que ningún hombre con sus atributos al completo podía penetrar en aquel reino.

Sin embargo, fue la continuada indisposición de Blanca lo que consiguió su traslado a la botica (acompañada por mí), donde Ibrahim atendía a los miembros de la corte.

Guiadas por Ahmed, atravesamos los enormes jardines hasta el pequeño edificio donde se había instalado la consulta del médico. Durante el trayecto, observé con detenimiento cada construcción, cada salida y cada detalle que

llamaba mi atención, reteniéndolo en mi memoria. Por ejemplo, dos grandes guardias con lanzas atravesadas en una entrada me indicaban que esa parte del palacio era privada, por lo que deduje que sería el palacete de Solimán. También había almacén, panadería, tesorería, armería, sala del Consejo, sala de circuncisión, sala de reliquias, una bella biblioteca y otras dependencias que no pude identificar.

En aquel momento, varias escuadras de soldados formaban en el patio, cuadrándose ante un hombre que caminaba arrogante frente a ellos. Su barba no era roja, pero su mirada era tan fiera y astuta como decían. El afamado corsario Jeireddín Barbarroja pasaba revista a sus tropas, quizá a punto de partir para combatir la flota cristiana al mando de Carlos V. Rezumaba poder incluso a aquella distancia. Un brazalete rojo era la única consigna del apodo que había heredado de su legendario hermano Aruj.

Pensé de inmediato que Dragut debía de andar cerca y aquella posibilidad aceleró mis latidos, y no de miedo, sino de anhelo por verlo.

Aferrando a Blanca por el talle, aunque caminaba con bastante soltura, llegamos a la enfermería. Ahmed nos invitó a entrar, y yo no pude reprimir el impulso de mirar tras él, quizá esperando ver aquellos ojos acerados fijos en mí. No fue así.

Ibrahim estaba de espaldas consultando un grueso tratado mientras machacaba hierbas secas en un almirez. Se volvió contrariado y estranguló sin mucha fortuna la sorpresa de verme allí.

—Yamila te pide que intentes sanar a esta esclava —explicó Ahmed—, tiene grandes planes para ella.

Ibrahim frunció concentrado el ceño y escrutó a Blanca mientras asentía.

—La exploraré, aunque tardaré un buen rato. Puedes marcharte, te mandaré llamar cuando termine mi cura.

El enorme eunuco negro asintió, y su feo rostro surcado de cicatrices desapareció a través del umbral, dejándonos la intimidad que precisábamos.

—No puedo cumplir mi misión dentro del harén —objeté impaciente.

Blanca, con aire indiferente, comenzó a pasear por la estancia deteniéndose en las alacenas, donde numerosos potes etiquetados se alineaban ordenados.

—No es fácil requerir servicio a otras dependencias, cada cual tiene el suyo. Pero hay dos formas de conseguir que te expulsen del harén.

Lo miré intrigada y me encogí de hombros.

—Una es convertirte en una amenaza para Aysha, lo que puede costarte una cicatriz en el rostro para asegurarse de que sigue siendo la más bella. Y otra es conseguir que un hombre de cierta posición en palacio caiga subyugado por tus encantos y te mande llamar como su asistente personal, entre otras cosas, naturalmente. Sólo hay una forma de que una mujer captive a un hombre, y es en el lecho.

—Hay más maneras —repliqué—; ésa es la más fácil, lo que habla en detrimento de la inteligencia masculina, que se anula en pos de sus más bajos instintos.

—Te aseguro que la inteligencia femenina no cautiva, sino que, por el contrario, ofusca.

—Es comprensible que el hombre se sienta amenazado ante ella y sienta inseguridad ante la pérdida de la hegemonía en ese campo.

Ibrahim dejó escapar un gruñido exasperado y respiró hondo antes de responder.

—Veo hartos difícil que cualquier hombre se sienta atraído por una mujer soberbia y deslenguada como tú.

—Bueno, con abrirme el escote seguro que le hago olvidar mi insolencia —murmuré incisiva.

—¿He de recordarte que te juegas el pellejo y el de tus amigas?

Un tintineo nos hizo volver la vista hacia Blanca, que toqueteaba algunos frascos de barro cocido con aire ausente.

—Lo tengo muy presente —afirmé endureciendo el rictus—. Y, de todas formas, Blanca está realmente enferma y deseo que se restablezca, por lo que necesito tu ayuda para lograr infiltrarme en la corte. Y, a tenor de tus pésimos criterios sobre mi persona, creo que lo más indicado es que seas tú el que finja ser mi amante y mi protector.

Una amplia sonrisa taimada acompañada de un brillo admirado aprobó mi plan sin necesidad de palabras.

—En cuanto a la palabra *fingir*, me temo que no será negociable.

Meterme en el nido de una serpiente para salir del de un halcón seguramente no era la mejor idea, pero ya pensaría en la manera de zafarme de aquel obligado concubinato.

Ibrahim pidió a Blanca que se recostara en la losa de piedra que hacía de camilla y comenzó a explorarla. La castellana clavó su celeste mirada en mí y yo tomé su mano para reconfortarla. Vi su inquietud y yo oculté la mía en una sonrisa tranquilizadora.

Le hablé de los síntomas, aunque su excesiva palidez, su debilidad y su apatía eran suficientes indicios de enfermedad. Además, ya eran demasiados días sin lograr mejoría. Su angustiada expresión me conmovió, y acaricié su mejilla con el dorso de mis dedos. Ella sonrió tibia, y su faz se distendió notablemente.

—No sé qué sería de mí sin ti —profirió agradecida.

Tuve que apartar la vista y tragarme la respuesta, por mucho que raspaba mi garganta y mi conciencia.

Ibrahim palpó su vientre y le pidió que abriera las rodillas para terminar su examen. Blanca oprimió los labios con disgusto, pero aceptó a regañadientes. Yo mantuve la sonrisa, aunque una insidiosa desazón anidó en mi vientre.

Sus dedos se engarrotaron en los míos y en su hermoso rostro se estiró una mueca dolorosa ante la incursión que estaba sufriendo en sus partes más íntimas.

Cuando Ibrahim terminó, se lavó las manos en una tina con agua. Me llamó la atención que no lo hubiera hecho antes de invadir con tanta rudeza la femineidad de la muchacha.

—¿Y bien? ¿Qué mal la aqueja?

—Ninguno —contestó mientras se secaba las manos en una tira de lino.

Alcé las cejas contrariada, debatiéndome entre el alivio y el desconcierto.

—¿Entonces?

—Está preñada.

Abrí desmesuradamente los ojos y sostuve incrédula su mirada.

—También está desnutrida, por eso su debilidad. Debe aumentar sus raciones, dormir más y maldecir su suerte. Esto malogra cualquier posibilidad

de alcanzar una buena posición en el harén.

—Eso me importa un bledo —rugí furiosa—, no tenía pensado quedarme mucho, ni su destino sería ése. Pero... pero esto complica las cosas en la huida.

—Quizá no sea necesario que me vaya contigo, si me acepta el padre de mi hijo.

La contemplé atónita.

—¿De... de qué demonios estás hablando?

Ibrahim frunció curioso el ceño y sostuvo su intrigada mirada en la mía.

Blanca nos observó nerviosa, su labio inferior retemblaba y su mirada se humedeció ante la hosquedad de nuestros gestos.

—No quiero ser una carga para ti —gimoteó apenada.

—Blanca, no lo eres —suavicé mi tono y relajé mi rictus—. Mi único anhelo es devolverte a Oropesa con tu familia y que algún día puedas olvidar esta pesadilla.

Ella negó con la cabeza, y unos claros mechones de su melena escaparon del bonete balanceándose sobre sus arreboladas mejillas.

—Nunca olvidaré esto, Elisa, como no lo olvidaremos ninguna de nosotras. Sólo nos queda aceptar nuestro destino y cargar con él.

—¡No! —contradije beligerante—. Yo no acepto nada, bien sé que las riendas de mi destino están en mis manos y en cada decisión que tome. Y, aunque no consiga escapar de este infierno, te aseguro que me dejaré la piel en el intento. Pero ¡someterme, jamás, ni al destino, ni a los hombres, ni a nada!

Ibrahim me observó un instante. No supe interpretar su mirada, pero algo en ella me provocó un escalofrío.

—Puedo extraer el bebé, nadie tiene por qué saberlo, y se acabó el problema —atajó pragmático.

Blanca cruzó los brazos en torno al vientre en actitud protectora, dejando escapar un gemido estrangulado. Su respuesta gestual fue evidente.

Suspiré aceptando aquel giro de los acontecimientos y preguntándome qué sería de nosotras.

—Debe saberlo —murmuró Blanca llorosa.

—¿Quién? —inquirí confusa.

—Dragut.

El impacto de aquella revelación me cortó el aliento. La contemplé boquiabierta, abriendo y cerrando la boca demudada sin poder articular palabra.

—¿Fue el único que abusó de ti? —intervino Ibrahim—, ¿de ahí tu convencimiento?

Blanca me dirigió una mirada huidiza y se mordió el labio inferior.

—No abusó de mí —confesó.

Una bola de fuego comenzó a crepitar dentro de mí, haciendo tambalear mis sentidos.

—Él puede que no, pero sí lo hicieron otros —repliqué, diciéndome que aquel arrebató se debía a mi incendiario sentido de la justicia.

De los grandes ojos azules de la castellana brotaron dos lagrimones que recorrieron aquel tenue velo tras el que se ocultaba mi conciencia, mostrándome ese oscuro y demoníaco rostro que asomaba fiero, clavando sus dientes en mi alma.

—En tal caso, ¿a qué se debe tu seguridad? —inquirió acusador el médico.

—Hay un mes aproximadamente de diferencia —respondí yo—. Cuando abusaron de nosotras no nos separamos durante toda la travesía. Sólo cuando íbamos camino de Cabilia, Dragut la alejó de mí.

—Fue en la galera, cuando me recuperaba en la camareta junto a la suya, cuando... —explicó Blanca con timidez.

—Cuando te sedujo —completó Ibrahim, enarbolando una taimada sonrisa. Ella asintió, pero bajó la mirada inquieta.

—Habría que informar al capitán de que va a tener un bastardo más —concluyó desdeñoso el médico—. Pero ya te anticipo, muchacha, que, si lo que buscas es un padre para tu hijo, no lo obtendrás. Con lo cual, mi consejo es que te replantees tu decisión.

—Voy a tenerlo —anunció ella alzando la barbilla.

Me cogió de nuevo la mano y me miró buscando mi apoyo.

Yo, en cambio, me debatía entre la oleada ardorosa que me lamía implacable en aquel momento, fruto de algo que me negaba a aceptar, aunque fácilmente reconocible por haberlo vivido con la misma rival, y el

convencimiento de hacer lo correcto esta vez, no cargando injustamente de nuevo contra la víctima. Que en ese momento decidió abrazar mi cintura y llorar contra mi pecho.

No, esta vez haría lo correcto, lo que ya había decidido hacer en mitad de la arrasada Oropesa: protegerla. Sólo había un enemigo, el hombre que engañaba, seducía y abandonaba, y más si encima era el culpable de tantas desgracias.

Contra él sí cargaría, y contra el destino que se empecinaba en trabar nuestros pasos.

La rodeé con los brazos acunándola con fraternal dulzura. En cambio, la mirada que posé en Ibrahim fue dura e impaciente.

—No hay tiempo que perder —recordé—, debes infiltrarme en palacio con lo que se te ocurra para tener acceso a los consejeros.

Los ojos del médico otomano se entornaron sagaces y un brillo malicioso refulgió en ellos.

—Serás mi protegida y mi ayudante —anunció—. Creo que voy a empezar a recomendar la aplicación de emplastos y masajes a los hombres de Estado que deberás administrar tú. En la sala de reposo, suelen distenderse y conversar con despreocupación sobre sus asuntos. No les preocupa que los esclavos los escuchen, quizá puedas descubrir algo interesante.

Asentí grave, todavía sacudida por la maraña de emociones contrapuestas que pugnaban por tomar el control. Pero esta vez sería la razón la única que se impondría. Y, aunque la mujer que sollozaba entre mis brazos parecía compartir algo más que mi destino, en esta ocasión agradecí que alejara de mi pensamiento a hombres tan dañinos.

—Un consejo más —masculló Ibrahim sacudiendo una pequeña campanilla junto a la puerta—, que nadie sepa el estado de Blanca hasta que ya sea demasiado evidente.

—¡Dragut debe saberlo! —insistió la aludida con excesiva vehemencia.

—Tu ingenuidad resulta conmovedora, pequeña —adujo él en tono compasivo—. Lo sabrá por mí, tal como deseas, pero te advierto de algo: sólo habrá una evidencia si en el nacimiento las fechas se corresponden. Pues por mi exploración me atrevería a asegurar que estás de más tiempo del que crees,

aunque podría hacer que una matrona te examinara.

—No es necesario, yo sé que es suyo.

Esta vez, Ibrahim me clavó una mirada taimada, alzando suspicaz una ceja.

—Y me refería en el harén —aclaró—. Aprovecha que vas a disfrutar de las atenciones de Yamila antes de que vea que sólo valdrás para fregar suelos.

Al cabo apareció Ahmed para llevarnos de regreso al harén, nuestra jaula de oro, azulejos y jardines de ensueño.

Cuando cruzábamos uno de los grandes patios, donde varios destacamentos de jenízaros todavía formaban filas, una figura alta e imponente conversaba con quien había identificado como Barbarroja.

Como si hubiera adivinado nuestra presencia, se volvió hacia nosotras. Blanca, al reparar en él, hizo ademán de soltarme para correr a su encuentro. La detuve a tiempo, mientras descubría en aquellos felinos ojos grises curiosidad e interés. Ella se debatió en mis brazos y Dragut titubeó pero mantuvo su posición, aunque su porte adquirió rigidez y su expresión, desconcierto.

Tras intercambiar unas palabras con su almirante, enfiló hacia nosotras y a mí me dio un vuelco el estómago. Intenté avanzar siguiendo los pasos de Ahmed, aferrando a Blanca de la cintura, pero el forcejeo me lo impidió. Finalmente se desasíó de mí y corrió a los brazos de Dragut, que se detuvo claramente sorprendido pero no abrió los suyos para recibirla. Ella, al ver la dura expresión del capitán, se detuvo frente a él sin atreverse a dar un paso más.

Avancé hacia ambos y de nuevo aferré a Blanca del brazo, tirando en sentido contrario.

—¿Qué demonios ocurre? —inquirió en tono grave Dragut.

—Nada, Blanca estaba indispuesta y la hemos llevado a la enfermería.

Su mirada inquisitiva penetró la mía con una desconfianza punzante.

Tiré nuevamente de ella, pero la castellana menuda gruñó y se zafó de mí ofuscada.

—Tienes que sacarme del harén —pidió—, voy a tener...

—¡Mujeres! —interrumpió furioso Ahmed—, no podéis tener contacto con nadie del exterior.

Le lancé una mirada amenazadora a Blanca, rezando por que no la pasara por alto. Negué sutilmente con la cabeza para rubricar el aviso, y ella asintió dirigiendo una mirada tan afectada a Dragut que se me partió el corazón.

Ya nos girábamos cuando una férrea mano apresó mi muñeca y me detuvo en seco. Tiró de mí hacia su pecho y aferró mi mentón con su otra mano, obligándome a mirarlo. Su poderosa presencia, cálida y rotunda, obnubiló momentáneamente mi juicio, abotargando mis sentidos. Sus ojos ejercieron alguna especie de maldito influjo que silenció mi queja y anuló la ofuscación que sentía contra él durante unos peligrosos instantes.

Dio la impresión de que él también olvidaba su reclamo, pues sus ojos se clavaron con tanto anhelo en mi boca que incluso creí oír un tenue gemido estrangulado escapando de sus labios. O quizá escapó de los míos, no supe discernir muy bien el origen.

Acercó su rostro al mío y su cálido aliento acarició mi boca, ávida de la suya. La atracción era tan patente y vibrante que crepitó a nuestro alrededor, envolviéndonos en su red. Casi sentí cómo unos invisibles tentáculos me empujaban hacia su boca, instándome a satisfacer la imperante necesidad de besarlo. Tuve que cerrar los ojos con fuerza para resistir aquel persuasivo canto de sirena, recordándome a quién tenía frente a mí. Cuando los abrí de nuevo, me encontré con una expresión tan turbada y tirante como debía de ser la mía. Él también luchaba contra aquello.

—Regresa al harén —murmuró ronco—, aunque exigiré respuestas muy pronto.

Asentí sin atreverme a mirarlo y, cuando me soltó, me alejé con el pulso desbocado y maldiciendo mentalmente esa parte de mí tan susceptible a sus encantos.

No fui capaz de sostener la mirada de Blanca, y atendí a la reprimenda de Ahmed mientras nos conducía al harén. Sólo fui capaz de una cosa, de intentar cazar una a una las mariposas que se habían desatado en mi interior. Pero, por cada una que atrapaba y pisoteaba, el recuerdo de su ardorosa mirada liberaba miles.

Apreté furiosa los dientes y mascullé una maldición, esta vez audible.

Y entonces... unas punzadas lacerantes en mi antebrazo desviaron mi

atención.

Cuando alcé alarmada la manga de mi liviana túnica de algodón blanco, para mi completo estupor, unas letras se perfilaron sangrientas antes de desaparecer ante mis ojos, aunque el dolor persistió.

Parpadeé conmovida, y acaricié la intacta piel de mi antebrazo, a pesar de seguir sintiendo un afilado dolor resaltando las letras que había visto desvanecerse como por arte de magia...

Agua.

¿Agua?

Y, como si me atravesara un rayo, el extraño sueño que había tenido la noche anterior resurgió alarmante, recordando con claridad cómo en la espejada superficie del agua, envuelta en una densa bruma onírica, un rostro me miraba curioso... El mío.

Me sentí desfallecer. No era un sueño, sino un auspicio. Y supe con inexplicable certeza que sería vital desentrañar aquel enigma.

CAPÍTULO 27

ENTRE AFEITES, CONFESIONES Y BAJAS PASIONES

Cuando aquella mañana Roxelana me mandó llamar, no imaginé cuánto iba a cambiar mi suerte.

La cámara imperial era la sala más hermosa que yo jamás hubiera visto. Varios incensarios de plata repartidos por la estancia perfumaban el ambiente de sándalo y jazmín. Siervas hacendosas iban y venían inmersas en sus quehaceres, repartiendo fruta en las bandejas y llenando jarras de lo que parecía té. Me detuve un instante en el umbral admirando aquel vasto espacio. Las paredes estaban recubiertas del mejor azulejo de Iznik, en azul, rojo y oro. Las cúpulas del techo estaban profusamente adornadas con pinturas al fresco sobre tela, y unas regias columnas de mármol sostenían las amplias arcadas rematadas en oro. Una fuente ornamental sofocaba con su murmullo las conversaciones, y junto a una suave melodía del laúd que una virtuosa esclava tocaba con gran maestría, otorgaba a la sala un ambiente sereno y cautivador.

En el centro, adherido a la pared frontal, un palco cubierto por un techo decorativo cobijaba un ostentoso y mullido diván tapizado en seda adamascada. A ambos lados, dos grandes ánforas de cerámica azul lo flanqueaban. Más allá, en un rincón delimitado por una baranda de madera labrada, un largo asiento tapizado en rojo y recubierto de almohadones invitaba a tomar un especiado té de hierbabuena. Su aroma ya invadía mis

fosas nasales, avivando mi sed.

Una figura esbelta llamó mi atención. De espaldas a mí, miraba a través de la celosía de una ventana que daba a un patio de abundante vegetación. Su hermoso cabello rojo trenzado a su espalda y el tocado recubierto de joyas ciñendo un velo traslúcido indicaban su condición.

Roxelana volvió lentamente el rostro. Su perfil regio, de tez pálida, se recortó contra la luz que penetraba por la ventana. Miró de soslayo en mi dirección sin girarse hacia mí, pero me pareció adivinar una sombra de sonrisa en sus labios.

Alisó la falda de su bordada túnica esmeralda y caminó hacia el palco con la espalda recta y la barbilla alta. Subió el escalón alfombrado y se sentó en el diván cruzando las manos sobre el regazo. Luego clavó sus grandes ojos en mí y, con un casi inapreciable gesto, me llamó a su presencia.

Acudí presta, olvidando una vez más una de las principales normas del harén e indicativo de sumisión y obediencia: bajar la mirada ante alguien de mayor linaje y posición. No había en aquel lugar nadie con más poder que la sultana.

Cuando llegué a su altura, bajé la cabeza a modo de saludo, recriminándome no haber recordado antes el protocolo. Ya esperaba temerosa mi reprimenda cuando la dulce y melodiosa voz de Roxelana me pidió que me sentara en el escalón.

Tras una palmada contundente, el séquito de doncellas desapareció tras la gran puerta principal.

—Ya puedes deshacerte de tu fingida pose servil —comenzó con un inusitado deje de ligereza en su tono—, ambas sabemos que no estás hecha para esto.

La miré con extrañeza y alarma, preparándome para lo que requiriera de mí.

—No obstante, es mi destino ahora y debo acostumbrarme a mi nueva condición —murmuré con suavidad.

La sultana negó con la cabeza, en su mirada relumbró un encantador brillo travieso.

—Puedo asegurarte que el carácter no lo moldea ningún destino, por

aciago que éste sea.

—Evidentemente, no se llega tan lejos siendo sumisa —aduje, sosteniendo su escrutadora mirada.

—Pero sí fingiéndolo cuando lo requiere la ocasión —añadió con suficiencia—. Es parte de la astucia saber cuándo sacar las garras y en qué momento ocultarlas. Fingir ingenuidad otorga una gran ventaja, también debilidad y desamparo, incluso conceder algunas derrotas estratégicas para ganar una batalla.

Me pregunté adónde querría llegar y simplemente la miré expectante. La sultana se puso en pie y, ante mi sorpresa, se sentó a mi lado en el escalón.

—Tú eres como yo —comenzó observándome con aquellos grandes y sagaces ojos oscuros—, lo supe la primera vez que te vi. Fuiste la única esclava que no bajó la mirada ante mí.

Suspiró y esbozó una tibia sonrisa en la que titiló un claro halo de orgullo.

—Eso fue lo que cautivó a Solimán —agregó—, yo hice exactamente lo mismo, sostuve retadora su mirada y aquel gesto fue lo que llamó su atención sobre mí. Destaqué entre las demás y eso me valió un pase directo a la alcoba real, fue suficiente para terminar de conquistarlo. El resto fue más complejo, lo sigue siendo, y por eso necesito tu ayuda.

Aquello me tensó. Si algo no necesitaba era otra misión; no obstante, partiendo de ella, no tenía más opción que aceptar.

—Me resulta curioso que decidáis encomendar un asunto que ya imagino delicado en alguien que se presupone poco obediente.

Los rosados labios de Roxelana se curvaron complacidos.

—Apelo a tu inteligencia, es cuanto necesito. Y, como mujer astuta que eres, sabrás lo que podría implicar para ti una traición.

Estiró las piernas y se reclinó en el peldaño con gesto indolente.

—Déjame contarte algo sobre mí, aunque supongo que ya habrás oído rumores dispares al respecto.

—No suelo dar mucho crédito a las habladurías —murmuré imitando su pose, intentando simular una tranquilidad que no sentía. Pero, como bien ella había resaltado, había que fingir complicidad para ganarla.

—Aunque adornadas, suelen esconder mucho de verdad —continuó—.

Bien, no me conformé con compartir lecho con el sultán, que en aquel entonces estaba casado ya con Mahidevran. Como me preocupé de estudiar la ley otomana, supe que una de las normas inquebrantables era que el sultán no podía casarse con una odalisca del harén, por muy favorita que fuera. Y, partiendo de eso, tracé mi propio plan. Cuando logré cautivarlo con mis encantos, enloqueciéndolo, decidí convertirme al islam, arguyendo que Alá me había llamado a su doctrina, y yo, obediente, me rendía a su culto.

La miré intrigada. Su faz se iluminó regodeándose en los recuerdos.

—Según el islam, ninguna mujer puede yacer con un hombre si éste no es su esposo —aclaró paladeando mi expresión admirada—. Cuando Solimán regresó de una de sus contiendas y me llamó a su lecho, yo me negué a cohabitar con él, amparada en mi nueva condición. Montó en cólera y me echó de su lado. Pero sólo aguantó tres días de separación. Fue a mi encuentro y me dijo que iba a convertirme en su consorte, rompiendo con ello el rígido código otomano. Puedes imaginar el revuelo en la corte y la indignación de Mahidevran. Una furia que vertí a mi favor, cuando ella, toda ofuscada, se enfrentó a mí, arañándome la cara. Cuando Solimán se enteró de lo ocurrido, yo me eché la culpa con fingido remordimiento y aquello no sólo me hizo ganarme el respeto del resto de las concubinas y los eunucos, sino que reforzó la decisión del sultán sobre nuestros esponsales, dejando a Mahi en mal lugar ante todos. Pero aquello no quedó así, como imaginarás, y no me refiero a la cantidad de veces que han atentado contra mi vida.

—Por lo que he oído de Mahidevran, no es una mujer ni que se rinda ni que perdone. Es fácil imaginar que vuestra rivalidad actual no es por ganar sólo los favores maritales.

La sultana sonrió y asintió acariciando su larga trenza con un gesto taimado.

—En efecto, la cuestión es mucho más relevante para el Estado, y naturalmente para el futuro de nuestros primogénitos —precisó tras un resoplido preocupado—. Mahi tiene tres hijos, yo cinco. El heredero al trono es Mustafá, el hijo mayor de ella. No sé si ya sabrás que a la muerte del sultán y subida al trono del heredero se estrangula al resto de los hermanos para asegurar la supremacía y el trono al flamante sultán. Yo tengo pensado romper

también esa norma, pero sólo cuando mi hijo Selim suceda a su padre.

—Con lo que vuestro principal objetivo es encargarnos de que Mustafá sea eliminado —adiviné.

—Mi *vital* objetivo —puntualizó—. Selim debe llegar al trono y, para eso, necesito a alguien de confianza, que sume su astucia a la mía y logre, además, estar cerca de Mustafá.

Mis peores temores se consolidaban, y mi mente ya elucubraba una manera de zafarme de un nuevo y escalofriante apelativo a mi larga lista de pecados, el de asesina.

—Tengo entendido que ya poseéis informantes infiltradas en el palacio de Mahidevran, en Manisa —musité, fingiendo no haber entendido lo que precisaba de mí.

—Son simples peones que me tienen al corriente de los pasos de Mahi, pues, igual que yo deseo acabar con su hijo, ella ansía lo mismo. Pero yo necesito a alguien que se convierta en mi mano, no sólo en mis oídos.

Respiré hondo y no escondí mi desasosiego.

—Me han informado de que ahora eres la ayudante de Ibrahim y de que en breve acudirás a la corte para dar masajes medicinales a los hombres de Estado. Y ese acceso te abre la posibilidad de encontrar a Mustafá desprevenido. En breve vendrá a visitarnos, ahora es el joven e inexperto gobernador de Manisa, el *sanjak bey*, y requiere de los consejos de su padre, que ocupó el mismo cargo en la misma ciudad. Quizá encuentres la ocasión de verter algún veneno en su copa. Tener acceso a la enfermería te facilita conseguirlo, tener acceso a palacio te da la oportunidad. Creo que el destino te trajo a mi lado por una única razón, Isabet.

—¿Cumplir con vuestro cometido sacrificando mi vida con ello? —No pude esconder la incisiva acidez en mi tono.

—Te sacaría de palacio en el acto, y disfrutarías no sólo de tu libertad, sino de una considerable suma de dírhams de plata, digamos que quinientos. Una pequeña fortuna.

—Tan peligroso como tentador —mascullé con preocupación.

El hermoso rostro de la sultana adquirió un brillo grave, y sus rasgos se tensaron pertinaces.

—Tú no eres una mujer que soporte la esclavitud, Isabet. Eres luchadora, sagaz y valiente. Yo soy la mujer más poderosa del Imperio, sólo yo puedo cambiar tu destino, pero todo en la vida tiene un precio, y el tuyo es éste.

Tragué saliva. Su mirada me retó a un duelo de voluntades, y, aunque yo no tenía ninguna oportunidad, me permití la licencia de mostrar mi arrojo sosteniéndosela imperturbable.

—Creo que no tengo nada que decidir, ¿no es cierto? —inquirí al cabo.

Su triunfal sonrisa me respondió.

—No me equivoqué contigo: tu inteligencia es brillante —alabó satisfecha—. Como veo entiendes, no puedo permitir que salgas con vida de esta sala sin la promesa de cumplir mi encargo.

—En tal caso, no requerís respuesta. Dudo mucho que haya alguien que prefiera la muerte a matar, a no ser que la persona en cuestión requiera por afectos tal sacrificio.

Asintió, se puso en pie y se dirigió hacia una de las mesitas, donde humeaba una jarra de metal. Tomó un pequeño vaso y lo llenó con el contenido. Hizo lo mismo con otro y, tras cogerlos ambos, regresó al escalón donde me encontraba, ofreciéndome uno.

—Quizá algún día puedas contar orgullosa a tus hijos que la gran sultana del Imperio otomano te ofreció té en persona.

—Omitiré que tuve que matar al heredero para conseguirlo.

Roxelana agrandó los ojos y, acto seguido, profirió una carcajada que reverberó melódica por toda la sala.

—Seguramente sea el té más caro que jamás degustarás. Disfrútalo.

Y, a pesar de eso, el primer sorbo me supo tan amargo como la achicoria.

* * *

La sala de reposo era una estancia anexa a los baños, donde los hombres eran agasajados con masajes y ungüentos para aliviar la tensión del cuerpo y aligerar la mente del bullicioso ajeteo de palacio.

Por lo general, solían ser fornidos siervos los que practicaban tal menester, pues se requería fuerza para trabajar debidamente la musculatura.

No obstante, y gracias a la influencia de Ibrahim, yo me encargaba de aplicar diversos ungüentos y afeites según la dolencia. A pesar de que los hombres solían ignorar a las esclavas, pues satisfacían sus más bajos instintos con las concubinas del harén, saberme rodeada de cuerpos masculinos, medio desnudos, tumbados en camillas aguardando mis servicios, me inquietaba sobremanera.

Cuando se me requirió expresamente en una sala aparte, mis temores se agudizaron.

Pregunté por la dolencia del paciente que solicitaba mis servicios, pues, en función de eso, utilizaba un afeite u otro, ya que estaban confeccionados con hierbas diversas: el de romero era antiinflamatorio y tonificante, el de lavanda cicatrizante y calmante, el de eucalipto aliviaba dolores musculares y articulares, el de enebro activaba la circulación, el de melisa era un excelente tónico relajante y sedante.

No supieron decirme, así que porté el cesto con todos los frascos y me dejé guiar por un sirviente.

Un hombre tumbado boca abajo me aguardaba tan sólo cubierto por un pequeño trozo de lienzo sobre las nalgas, aunque al estar su piel húmeda todavía del baño, la tela se ceñía a sus lozanas formas, resaltándolas. Desvié la mirada y respiré hondo, lamentando mi suerte, pues un hombre solo no mantendría conversación, que era el motivo principal de mi destino allí.

Deposité el cesto sobre el amplio alféizar de la ventana y me giré hacia mi primer paciente. Reparé en los acerados músculos de su espalda, en la estrechez de su cintura, en los férreos brazos cruzados, sobre los que apoyaba la cabeza y en unas largas y torneadas piernas que se salían de la camilla por su longitud.

Su largo y húmedo pelo negro goteaba sobre su espalda, trazando senderos de rocío que zigzagueaban por su piel, hasta que se detenían en las irregulares y rugosas cicatrices que la cruzaban, como los rebordes de la tierra formando caballones tras ararla. Tenía la cabeza vuelta hacia la pared, con lo que sólo pude ver que era un hombre joven, grande y fuerte.

—¿Qué dolencia deseáis aliviar? —inquirí con excesiva sequedad.

—Muchas —se volvió hacia mí y sonrió taimado—, pero con tus afeites

sólo una: suavizar las tensiones de mi espalda. Aunque apuesto a que, sin ellos, puedes aplacar otras muchas cosas que me aquejan, la mayoría por culpa tuya.

Tragué saliva y maldije mi suerte.

Dragut me guiñó un ojo y yo mascullé una maldición.

—Si esto es una treta para forzarme a...

—No —interrumpió manteniendo aquella sonrisa pícara que dibujaba hoyuelos en sus mejillas—, ya te dije que no me gusta forzar ni imponer, prefiero seducir.

Aquellos malditos hoyuelos me hicieron fijarme más en su rostro para descubrir un detalle inaudito. ¡Ya no tenía barba! Y aquella carencia desveló su verdadera apostura. Parecía más joven, aunque no le restaba fuerza a sus rasgos. Su mandíbula libre de vello se perfilaba dura y masculina; su boca desprotegida de aquel cerco de duros espinos negros se mostraba terriblemente tentadora. Y, aunque sus cautivadores ojos grises conservaban su fiereza, algo en ellos había cambiado.

Se puso de lado, y mis ojos no pudieron evitar embeberse de aquel poderoso cuerpo curtido en mil batallas. Su vasto pecho se me antojó un muro de piedra; su vientre, un sendero empedrado, y lo que ocultaba el lienzo que envolvía sus caderas y sólo servía para resaltar más sus generosos atributos se perfilaba lujuriosamente tentador.

Fue el hecho de recordar que Blanca ya los había disfrutado lo único que consiguió que apartara los ojos de él.

De hecho, aquel pensamiento me alteró y me molestó lo suficiente para estrangular aquel influjo que provocaba en mí. Tomé el tónico aceitoso de eucalipto, lo destapé y vertí un generoso chorreón en mis manos. A pesar de que Ibrahim me había aleccionado al respecto sobre frotar bien mis palmas para calentarlas antes de aplicarlas sobre los pacientes, obvié ese paso y, tras un gesto hosco para que volviera a tumbarse boca abajo, las puse en la parte baja de su espalda, regocijándome ante su tenue sobresalto.

—Me vas a obligar a calentarte, mujer, estás fría como el hielo.

Quizá lo estuvieran mis manos, pero no mi ánimo. Acariciar su piel encendía hogueras en la mía, un detalle que me guardaría muy bien de mostrar.

Extendí la loción en círculos, guiándome más por mi intuición que por la técnica que se me había enseñado tan someramente. Abrí los dedos en abanico y los subí por su espalda hasta los hombros. Oírlo gemir de placer hizo que me detuviera y me replanteara mi táctica. Oprimí con más fuerza clavando rudamente los dedos en su piel, buscando irritarlo, pero él continuaba gimiendo.

Su tacto era sedoso y duro. Repasar las ondulaciones de sus marcados y largos músculos habría sido un goce para los sentidos de haberme permitido tal licencia. Y, a medida que se alargaba el masaje, mis manos ganaban hambre y mi voluntad perdía terreno. Me encontré luchando por evitar cubrir con besos el rastro aceitoso que dejaban mis dedos en su piel, por apartar la melena de su nuca y posar en ella mi boca, y todos aquellos impulsos fueron desgastándose hasta la extenuación. Debía poner fin a aquello antes de que fuera demasiado tarde.

—Creo que ya es suficiente —aduje frotándome las palmas entre sí.

Ya me giraba cuando un movimiento veloz me sobresaltó.

—Yo opino todo lo contrario —masculló grave.

Se había levantado de la camilla y, cuando mis ojos repararon con estupor en cómo el paño se escurría de sus caderas dejando a la vista su basculante y firme hombría, apenas tuve tiempo de escapar hacia la puerta. Me apresó contra la pared y tomó mi boca con tal voracidad que fui incapaz de impedir la incursión de su lengua.

El hombre que no forzaba nada me impuso un beso salvaje y desesperado que, en lugar de provocar rechazo y rabia, despertó aquella maldita y cegadora hambre que obnubilaba mi juicio y acicateaba cada uno de mis sentidos.

Su lengua me llevó al delirio, y mis manos, libres ya de su yugo, recorrieron gustosas cada palmo de su piel.

Jamás en toda mi vida había deseado nada tanto. Era como si algo inexplicable pero poderoso me instara a fundirme en él, como si necesitara de manera vital respirar por su boca, sentir por su piel, meterme en su alma.

—¡Por Alá, estoy ardiendo! —gruñó contra mi boca.

Yo no supe encomendarme a ningún dios, pues ninguno parecía escucharme. Sólo fui consciente de aquel fuego que nos devoraba a ambos,

convirtiéndonos en dos alimañas famélicas, en dos bestias desesperadas por encontrar alivio a nuestro tormento.

No supe cómo, no supe de qué manera, pero me encontré desnuda entre sus brazos, sabiendo que ya nada podría impedir que me hiciera suya, que yo lo hiciera mío. Pues, ya que bajaba sin remedio a los infiernos, me regodearía en sus llamas, gozando infinitamente de aquel pecado que ya sabía terminaría pagando caro, pero a cambio obtendría un placer sin igual. Quizá fuera un justo trato, me dije antes de perder completamente la poca conciencia racional que me quedaba.

Me poseyó salvajemente contra la pared, alzándome en torno a sus caderas y embistiéndome con tal rotundidad que el placer convulsionó mi cuerpo hasta casi hacerme perder el sentido. No sé bien qué ocurrió, pero de mí brotó un cálido fluido que me rompió en dos. Mi grito fue tragado por su boca y, mientras mi cuerpo se sacudía envuelto en espasmos, él seguía empujando dentro de mí, impidiendo que me recuperara.

—Voy a morir —gimió tortuoso—, pero te juro que te llevaré conmigo.

Agarré su pelo negro en mi puño y tiré de él mientras lo besaba con desespero. Arañé su espalda, mordí su hombro y volví a liberarme en un clímax que me cimbreado como un junco. Extenuada, descansé en su pecho mientras sus grandes manos abarcaban mis nalgas y me balanceaban contra sus caderas una y otra vez.

Cuando él se derramó en mí, en un último y profundo envite, gritó como si le estuvieran arrancando el alma.

Jadeantes y sudorosos, fundidos en uno, ambos supimos que aquello no era normal. Que algo extraño nos unía, que aquel acto, quizá repetido por él con mil mujeres y en mi caso con un solo hombre, no era el común. No, aquel deseo tan feroz era distinto. Y entonces tuve la sospecha de que ambos éramos igual de vírgenes en aquel sentir.

Dragut alzó el rostro que había escondido en mi hombro y, por la forma en que me miró, descubrí por la impresión que todavía titilaba en su faz que no me equivocaba.

Buscó en mis ojos una respuesta que yo no tenía. Pero al final fueron nuestras bocas las que decidieron dar solaz a la confusión y el temor que nos

asolaba en igual medida.

De pronto, un poderoso estruendo nos sobresaltó. Era el rugido de un cañón. Comenzaron a seguirlo otros, enlazándose en una feroz andanada que parecía sacudir los muros de la ciudad.

Dragut salió de mí, me depositó en el suelo y, tomando mi rostro entre las manos, me miró con penetrante urgencia.

—¡Regresa de inmediato al harén! ¡Nos atacan!

Tras un último y fogoso beso, salió de la estancia como una exhalación.

CAPÍTULO 28

EL NÚMERO 22

Oropesa del Mar, octubre de 2018

Desperté sobresaltada, jadeante y con el corazón desbocado. Un nombre extraño cosquilleaba mis labios, lo pronuncié en voz alta: «¡Dragut!».

La palpable y reconocible sensación que oprimía mi pecho se extendía por cada fibra de mi ser, burbujeando en cada rincón y aleteando en mi vientre, justo como me ocurría cuando Luis... cuando Luis me hacía el amor.

Y aquellas efervescentes sensaciones, vestidas con retazos de imágenes difusas pero sobrecogedoras, me confirmaron que había logrado conectar con ella, con Isabet. Y supe al punto que aquel hombre, Dragut, era su Luis.

El escozor de la herida que yo misma me había provocado a punta de cuchillo grabando en mi piel la palabra *agua* se intensificó en un ardor que ascendió hasta el hombro. Me había desinfectado los cortes y, aunque superficiales, los llevaba vendados, más por evitar preguntas que porque fuera necesario.

Salté de la cama y me abalancé al teléfono. Tenía que contarle a Luis aquella visión y mis sensaciones. Pero justo cuando lo tenía en la mano, comenzó a vibrar. Descolgué.

—¿Diga?

—Creo que me debes un paseo nocturno por la playa, pero hoy te propongo algo más chispeante.

La voz de Simón me llegó jovial y entusiasmada.

—¿Y es...?

—Bueno, a las nueve comienza la traca corrida y acaba con un gran castillo de fuegos artificiales en la calle Peñagolosa, junto al instituto. Me gustaría verlos contigo.

Me sentí mal por él, pero no tenía mucho sentido continuar dándole esperanzas sobre algo que no ocurriría. Y era obvio lo que él buscaba de mí.

—Simón, yo...

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Suspiré hondo, y ya abría la boca cuando él agregó:

—Como amigos, Elisa —precisó. Su tono era más seco—. Sé quién te llevó a casa la otra noche y en qué términos saliste del coche de Andrés. No hay que ser muy listo para imaginar que ya existía una... gran complicidad entre vosotros.

Me tensé y solté el aire contenido.

—Ya no espero seducirte —agregó—, pero me gustaría ser tu amigo al menos. No veo qué problema puede haber en ello.

—No hay ningún problema, naturalmente, sólo...

—Por favor, Elisa —su tono suplicante me desconcertó—, no me gusta insistir, pero no quiero renunciar a conocerte y mantener una inocente amistad sólo porque tú..., bueno, tengas pareja.

—No tengo pareja, en fin, quiero decir que...

—Lo entiendo —interrumpió de nuevo. Se oyó un resoplido derrotado y un chasquido antes de que añadiera—: Vas a ir con él.

—No, en realidad, hace un par de días que no sé nada de él.

Decirlo en voz alta agudizó mi preocupación por Luis. Ni una llamada, ni un mensaje, nada. Al principio pensé que necesitaba espacio, pensar, o simplemente que estaría ocupado. No obstante, su ausencia me causaba una incómoda desazón. Y, aunque yo había ido a trabajar atenta a mi alrededor, recelando de cualquier desconocido con el que me cruzaba, también me preguntaba si Luis estaría oculto en algún rincón velando por mi seguridad,

pero no había observado nada fuera de lo normal, ni a ningún hombre pendiente de mis pasos.

—Entonces ¿por qué no te animas? Te vendrá bien distraerte —insistió de nuevo Simón.

—Está bien —acepté al fin, más para terminar aquella conversación que otra cosa.

—Genial, te recojo a las ocho y media.

Colgué con una sensación extraña en la boca del estómago, aunque decidí no recriminarme no haber sabido negarme cuando en realidad no me apetecía.

Suspiré hondo y marqué el número de Luis.

Un tono...

Dos...

Tres...

El maldito contestador saltó, y corté la llamada frustrada.

Bueno, quizá al ver la notificación se pondría en contacto conmigo, me dije esperanzada.

Froté las palmas de las manos contra mi rostro en un gesto nervioso, cuando un aroma detuvo mi movimiento en seco. Me acerqué las manos a la nariz e inhalé profundamente. Olía a eucalipto.

No tenía nada en mi casa con ese aroma, ni chicles, ni caramelos, ni siquiera el bálsamo mentolado para el resfriado. Nada.

Negué con la cabeza y evité pensar sobre aquello, pero aquel maldito olor era intenso, y hasta me picaba en las fosas nasales. ¡Joder!

Me metí en la ducha y me enjaboné frotando con fruición de manera reiterada y casi convulsa. Mi agitación crecía cada vez que comprobaba que aquella fragancia no se desvanecía. Me aclaré minuciosamente, volví a enjabonarme y a repetir el proceso, cada vez más irritada.

Finalmente me rendí, gruñí furiosa y me sequé con brusquedad.

Mientras me vestía y cubría los cortes de mi antebrazo con un esparadrapo, la palabra que había grabado en mi piel destelló ante mis ojos: *agua*, y entonces, una nueva idea comenzó a madurar en mi mente.

Llené el lavabo hasta los bordes y miré fijamente mi reflejo en la superficie del agua. Escudriñé con aguda atención durante un buen rato, sin

que nada alterara el rostro que veía. Respiré profundamente y cerré los ojos, me concentré repitiendo en mi mente el nombre de Isabet. Finalmente la invoqué en voz alta y, cuando abrí los ojos, un número titiló mortecino en la superficie durante una milésima de segundo antes de desaparecer. Parpadeé varias veces, pero no volvió a resurgir. El 22.

Inspiré despacio y exhalé largamente, cavilando sobre su significado. Necesitaba respuestas y sólo se me ocurrió un lugar donde encontrarlas: en la red.

Corrí a mi ordenador y lo encendí. Lo primero que vi me cortó el aliento. Tenía veintidós correos pendientes de leer.

Dios..., ¿qué estaba pasando?

Entré en el navegador y simplemente tecleé el número 22 en relación con la física cuántica. Y comencé a abrir webs donde se explicaba su significado. De entre toda aquella cantidad de artículos y vídeos, me adentré en un canal de YouTube llamado «Tripulantes», donde una joven pronunció varias frases que captaron poderosamente mi atención: «... El 22 nos evoca una doble energía femenina con una gran capacidad intuitiva... Está llamado a realizar grandes obras que sirvan a la humanidad, proyectos ambiciosos y de gran amplitud, tienen la posibilidad de trabajar a un nivel concreto, con estrategia y resistencia, para “construir” propósitos elevados. Este doble dígito 2 necesita equilibrar sus aspectos emocionales para evitar vivir conflictos psicológicos que puedan llevarlos a trances afectivos y vinculares...».

Tragué saliva y comencé a entender que ya no había marcha atrás, que Isabet y yo estábamos conectadas a un nivel más profundo de conciencia. Lo que no pude evitar preguntarme fue en qué medida podría eso alterar mi futuro, y hasta quizá mi pasado, como bien había resaltado Luis. Aquél era un campo todavía inédito e inexplorado de la física cuántica, y en aquel momento me sentí como una cobaya ante un tratamiento experimental. Cualquier cosa podía suceder, sin embargo, tal como el 22 ya me avisaba, no había vuelta atrás.

* * *

La traca corrida había comenzado en la plaza de la Constitución,

continuaba por la calle Francisco Sevillano, avenida de la Estación, plaza Mayor, calle Rondamar, y regresaba al punto de partida hasta terminar en la calle Peñagolosa, donde ahora nos encontrábamos Simón y yo, admirando cómo la empresa que estaba al cargo, Pirotecnia Tomás, hacía gala de unos espectaculares fuegos artificiales.

Sin embargo, yo no pude disfrutarlos.

Mi mente volaba una y otra vez hacia el paradero de Luis, y lo que más me angustiaba era si se encontraría bien.

Racimos de colores chispeantes, acompañados de impetuosos estruendos, pintaban la noche de Oropesa perfumándola de pólvora y suspiros arrobados.

Tras cada fogonazo, yo me encogía y me abrazaba sintiendo un frío que no hacía y una desazón tan punzante que comenzaba a convertirse en un malestar físico. Simón, que percibió mis temblores, pasó su brazo sobre mis hombros y me ciñó a él. Me dejé acoger en aquel abrazo, esperando que aquella perturbadora inquietud se aplacara un poco.

Pero, a medida que el estallido de la pólvora retumbaba ensordecedor en la noche, mi pecho se constreñía como si una garra helada lo oprimiera.

Con cada explosión de color sobre nuestras cabezas, la humareda flotaba a nuestro alrededor, y aquel aroma picante y acre aceleró mi pulso, imprimiéndome una sensación de alarma que me impelía a correr. Fue tan rotundo aquel impulso, tan palpable la percepción de estar en peligro, que supe que ella lo estaba viviendo.

Aquellas emociones no eran más, al menos en esa realidad, pero si estábamos enlazadas, si habíamos logrado entreabrir una brecha entre ambos planos, tuve la preocupante sospecha de que nuestras vivencias quizá no sólo se proyectaran en inofensivas sensaciones, sino quizá también en sucesos. Y, aunque evidentemente no serían los mismos, sí se amoldarían a la época vívida según el momento que nos rodeara. Y, siguiendo el hilo de aquellas reflexiones, si Isabet estaba viviendo una situación arriesgada...

—Este año son más bonitos que ninguno, ¿y sabes por qué? —apreció Simón con un suspiro afectado mientras clavaba una mirada intensa en mí.

Negué con la cabeza, a pesar de conocer la respuesta.

—Porque es la primera vez que los comparto con alguien que me hace

vibrar con sólo mirarme.

—Simón...

—No espero reciprocidad —repuso resignado—, sólo hablo con mi verdad, y, puestos a ser sinceros, acabo de pedir un deseo que espero se cumpla algún día.

Fue tan enternecedora su mirada que lamenté no poder corresponderle. Y entonces, sus ojos se prendaron anhelantes en mis labios y, antes de que pudiera reaccionar, me besó.

Cuando logré apartarme, descubrí dos cosas: una, que los únicos fuegos artificiales que era capaz de sentir en mi interior sólo los provocaba Luis, y la otra, la extraña familiaridad que me asaltó.

Lo miré con extrañeza un instante, y con el chupinazo final del castillo me aparté de él.

—Creí que tenías las cosas claras, pero veo que no es así —repliqué molesta.

—No he podido evitarlo, de todos modos, has dicho que no tenías pareja —objetó.

—Eso no te da ningún derecho a besarme.

—Derecho ninguno, es puro deseo, uno irreprimible —arguyó con mirada intensa y gesto contenido.

—Pues habrás de reprimirlo si es cierto que te conformas con mi amistad.

Asintió entre irritado y conforme, y me sacó de entre el gentío para llevarme a su coche.

—¿Me dejas que te invite a cenar para disculparme?

Alcé suspicaz una ceja, me retiré un mechón del rostro, que acomodé tras la oreja, y negué con la cabeza.

—Eres un tipo muy listo —concedí guiñándole un ojo mordaz—, pero no me encuentro bien.

—Puedo examinarte en tu casa si quieres —se ofreció arrancándome una sonrisa sardónica.

—Rectifico: eres jodidamente listo.

Simón sonrió travieso, admitiendo en aquel gesto su verdadera intención.

—Digamos que soy pertinaz.

—No estoy lo suficientemente enferma para necesitar un médico, es tan sólo un malestar repentino.

—Quizá estés incubando algo —aventuró.

—Es posible.

Simón alzó la muñeca para comprobar la hora en su reloj de pulsera digital. El número que destacaba luminoso me secó la garganta: las 22.00.

—Deja, al menos, que te acerque a casa.

Asentí, tomó mi mano y nos dirigimos hacia su Audi Q7 negro.

Durante el trayecto, Simón comenzó a hablarme de un paciente con cáncer, y mi desasosiego emergió más ácido si cabía.

—¿Cuál es el tratamiento para la leucemia?

Miré su apuesto perfil concentrado en la carretera. Él alzó sorprendido las cejas y me observó curioso.

—¿Qué tipo de leucemia?

—Linfocítica crónica —respondí.

—Depende del grado —contestó—. Quiero decir que, en función de las características de la LLC y de las condiciones del paciente, edad, estado físico, etcétera, el tratamiento se ajustaría a esos parámetros. Por ejemplo, si la enfermedad está en un estadio temprano y es asintomática, no se trata hasta que evoluciona el diagnóstico.

—Tenía entendido que un cáncer, cuanto antes se combata, mucho mejor —aduje confusa.

—La leucemia linfocítica crónica, o LLC, a menudo avanza con lentitud —explicó adquiriendo ese matiz profesional en su tono—, por ello es mejor esperar a que evolucione para combatirla más efectivamente.

—¿Y cuando llega ese momento?

—Pues hay un tratamiento a base de corticoides, quimioterapia citotóxica, anticuerpos monoclonales, etcétera. Y, si se comporta de manera agresiva, tratamiento antitumoral. Si, por desgracia, es resistente a los tratamientos, quedaría la repetición de la terapia con anticuerpos monoclonales y quimioterapia combinada o la participación en un ensayo clínico de quimioterapia con trasplante de células madre.

—¿Ya no se hacen trasplantes de médula ósea?

Simón negó con la cabeza al tiempo que giraba el volante para entrar en una rotonda.

—No, ahora se han sustituido por trasplantes de células madre de sangre periférica: es menos invasivo y más efectivo. Digamos que antes se trasplantaba la materia orgánica de la médula, y ahora sólo las células madre.

Miré por la ventanilla dejando vagar mis pensamientos hacia aquella conversación en que Luis había confesado que tenía fecha de caducidad. Y, a pesar de todo, la enfermedad no había mermado sus condiciones físicas.

—Cuando a un paciente con LLC el oncólogo le da un tiempo determinado de vida, desahuciándolo, es porque han fallado todas esas terapias, supongo..., incluso la de las células madre.

—Si el diagnóstico es terminal, la expectativa de vida es inferior a seis meses. Pero siempre que se hayan agotado todos los tratamientos antes mencionados y ninguno haya conseguido remitir la enfermedad.

Respiré hondo. Mi malestar se agudizaba, sentí el estómago encogido y un sudor frío perlado mi frente.

—Pero ¿es posible que un paciente terminal no aparente estar enfermo, sino, por el contrario, parezca sano y fuerte?

—Es posible —murmuró ascendiendo la calle hasta la plaza de la Iglesia—, sobre todo si es joven y se cuida y su entereza mental no se resquebraja. El positivismo activa las defensas del organismo, está demostrado científicamente. Pero, sobre todo, es posible si está tomando un tratamiento paliativo que anule los síntomas para mejorar su calidad de vida.

Asentí abatida y reprimí un afectado suspiro que nació del centro mismo de mi ser, impregnado de tristeza, rabia e impotencia.

Inferior a seis meses, y a saber cuándo le habían dado el terrible diagnóstico. Sacudí la cabeza en un fútil esfuerzo por alejar luctuosos pensamientos.

Simón detuvo el vehículo frente a mi puerta y salió de él. Yo hice lo mismo y nos cobijamos en el umbral de mi puerta.

—Elisa, si puedo ser de alguna ayuda...

—Lo sé, Simón —musité con una trémula sonrisa agradecida, aunque por dentro sólo tuviera ganas de gritar y maldecir al destino.

Tomó mis manos entre las suyas en un gesto consolador y escrutó preocupado mi rostro. Yo, en cambio, recorrí con la mirada la plaza, desando encontrar en alguna esquina el alto manillar de una Harley, o quizá su guardabarros trasero asomando en un rincón. Cerré los ojos un instante, asimilando que él no estaba allí acechándome, pero, incluso así, mi oído se aguzó anhelando oír el ronroneo pesado de aquella moto.

Nada.

Y mi ánimo se ahogó en las lágrimas que a duras penas ya contenía.

Para disimular mi congoja, agaché la cabeza y rebusqué un buen rato en el interior de mi bolso las llaves, intentando recomponerme a tiempo. Cuando las encontré, me volví hacia la puerta, evitando todavía mirar a Simón; no deseaba preocuparlo más.

—Se trata de él, ¿no es cierto?

Su pregunta detuvo mi mano. Temblé haciendo tintinear el llavero metálico.

Simón me cogió por los hombros y me obligó a mirarlo.

Me limité a asentir.

Dejó escapar un tenue resuello y asintió para sí.

—Repito, si necesita contrastar su diagnóstico, tengo un buen amigo oncólogo que podría examinarlo. Creo que... también existen tratamientos experimentales que, bueno, quizá podrían alargarle la vida.

—Me odiará si descubre que lo sabes.

—Es un riesgo que quizá merezca la pena correr, en vista de su delicada situación. Odiar es una peculiaridad propia de la vida. En la muerte no hay emociones.

Sostuve su grave mirada aceptando en mi fuero interno que, aunque llevaba razón en su planteamiento, entrometerme en decisiones tan trascendentales, por mucho que esa persona me importase, era algo que no me correspondía, pues no dudaba que Luis ya habría agotado todos los recursos.

Giré la llave y la puerta se abrió. Dejé escapar un gemido sorpresivo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Simón.

—Eché dos vueltas de llave cuando salí —murmuré alterada.

Aferró mi brazo con suavidad y me hizo retroceder.

Su intención fue clara, pero yo lo detuve.

—Deberíamos llamar a la policía —propuse nerviosa—, puede seguir dentro.

—Deja primero que eche un vistazo, ya tendremos tiempo de llamarlos.

Asentí, pero cuando entró yo lo seguí.

Simón cogió el perchero que había en la esquina a modo de defensa y avanzó cauteloso. Ya en mitad de mi salón, miré sobrecogida el tremendo estropicio que había causado el intruso. Cajones tirados en el suelo, puertas de muebles abiertos, infinidad de papeles y de objetos diversos desparramados por todas partes. Mi sofá rajado de parte a parte: por sus heridas asomaba su blanca y tierna carne. Sillas rotas, jarrones hechos añicos, hasta la televisión descansaba moribunda sobre la alfombra. Mi desasosiego se tornó en rabia al instante. Me despegué de la espalda de Simón y caminé desolada por aquel destrozo, mirando impotente a mi alrededor.

Él ya marcaba el número de la policía en su móvil mientras revisaba la cocina y el baño de la planta baja.

De pronto, oímos un ruido en la planta superior.

Nos miramos sobresaltados. Mi corazón galopó desacompañado y el pulso me latió alocado en la sien.

—Sal a la calle, Elisa —ordenó rotundo.

—Ven conmigo —repliqué angustiada en un hilo estirado de voz.

—No —insistió con firme determinación—, hazme caso.

Entró a la cocina de nuevo y salió armado con un recio rodillo de madera.

Me sorprendió que eligiera esa arma en lugar de un cuchillo, aunque, dada su profesión, era de esperar.

Titubeé en la entrada, preocupada por Simón, que ya subía lentamente la escalera y, tras salir a la calle, cambié de parecer y decidí unir mis fuerzas a las suyas. No podía dejar que se enfrentara por mí a aquel desalmado.

Ya entraba de nuevo cuando varios golpes sordos provenientes de arriba me cortaron la respiración. Corrí a la cocina, y tuve claro qué arma elegir. Un recuerdo lacerante me atravesó, fulminándome. Solté la empuñadura como si quemara y di un paso atrás, gimiendo alterada. Apreté los dientes luchando contra el impulso de salir corriendo y finalmente logré sofocar el enconado

ataque de aprensión y repulsa que me atosigaba para volver a empuñar el mango del cuchillo.

Respiré hondo y subí la escalera con el corazón en un puño.

CAPÍTULO 29

UN PRÍNCIPE A LOMOS DE SU CORCEL

Cuando me adentré en la habitación de donde provenía el ruido, me encontré a Simón de rodillas en el centro de la estancia, intentando ponerse en pie claramente aturdido. La ventana estaba abierta de par en par, y yo me abalancé hacia ella justo para ver una figura oscura doblando la esquina.

Un gemido a mi espalda me hizo volverme. Simón se había puesto en pie, palpándose la herida que tenía en la sien y que sangraba en regueros por un lado de su rostro. Me acerqué preocupada.

—No es nada, me desarmó y me golpeó para poder escapar. Fue todo muy rápido —masculló con la boca seca y gesto contrariado.

El rodillo descansaba a sus pies, manchado con lo que supuse era su sangre. Al final había sido más juicioso no haber elegido nada con filo.

—Ven, siéntate, deja que cure tu herida.

Lo llevé hacia la cama, apartando el contenido que habían desperdigado al vaciar los cajones de la cómoda.

Era la habitación de invitados y la habían registrado con la misma saña que el salón. Cuadros rotos, armarios revueltos, cajones abiertos. Todo un pandemónium invadía cada rincón, mirara donde mirase.

Justo en aquel momento oímos sirenas de policía adentrándose en la plaza.

—Ve, Elisa, ahora bajo yo, aún estoy algo mareado.

Asentí, posé mi mano en su hombro y me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Gracias —murmuré.

—Me habría gustado poder cogerlo —se lamentó.

—Te has puesto en peligro por mí, ha sido una temeridad.

Abajo, oí pasos y una voz grave anunciando quiénes eran. No había cerrado la puerta tras de mí, recordé de pronto.

—Anda, ve.

Salí del cuarto y bajé apresurada la escalera. Dos guardias civiles observaban los estragos en el salón.

—¿Es usted la propietaria?

El hombre que había hablado rondaría la cincuentena; su expresión adusta y su mirada sagaz resaltaron su autoridad.

—Sí, soy yo.

—¿Han forzado la cerradura, Fermín?

El otro agente inspeccionó la puerta principal durante un instante y negó con la cabeza.

El agente que parecía estar al cargo asintió y comenzó a apuntar datos en una libreta que sacó de un bolsillo de la camisa verde de su uniforme.

—Su nombre, por favor.

Sus vivaces ojos marrones se fijaron expectantes en mí.

—Elisa Beltrán.

—¿Tenía dinero en el domicilio, objetos de valor, joyas...?

—No suelo tener mucho dinero en casa, y mis joyas, además de escasas, son abalorios, excepto una cadera de oro y alguna sortija que fue de mi madre y nunca me pongo.

—Soy el sargento Ángel Ruiz, y le pido que no toque nada, debemos buscar huellas dactilares. Luego podrá comprobar qué le falta, aunque lo que puedo observar a tenor de los daños causados es que no es un robo, sino un registro con un mensaje claro. Han destrozado objetos que podrían haber robado, lo que desmonta esa posibilidad. La persona que ha entrado en su casa buscaba algo concreto. Por cierto, ¿quién nos ha llamado? La central ha mencionado a un hombre.

—Un amigo que me traía a casa tras los fuegos artificiales, está arriba, ha sido atacado por el intruso.

Tras un gesto seco pero evidente, el otro agente se precipitó hacia la escalera. Justo en ese momento apareció Simón descendiendo por ella. Llevaba un apósito en la herida y el rostro limpio.

—¿Su nombre, por favor?

—Simón Muñoz. Sorprendí al ladrón en el piso superior e intenté detenerlo.

—Muy mala decisión —decretó el sargento Ruiz señalando la frente del médico con la punta de su bolígrafo.

—Será mejor que nos acompañen a comisaría, imagino que querrá interponer una denuncia, señorita Beltrán. Su amigo debe testificar sobre lo ocurrido y, mientras, procederemos a dar comienzo a la recogida de pruebas.

Otra sirena policial quebró la silenciosa quietud de la plaza. Oí el sonido de las puertas de un vehículo cerrarse y pasos raudos que se acercaban.

—Mis compañeros los llevarán a comisaría. Tras registrar la denuncia, podrá comprobar qué echa en falta y añadirlo al expediente.

Simón se acercó a mí y rodeó mis hombros con el brazo. Su cercanía y su apoyo me reconfortaron, aunque mi preocupación horadaba mi pecho como gotas de ácido en un metal, de manera lenta y corrosiva.

Una pareja de guardias civiles nos condujeron a su vehículo. Nos sentamos en la parte de atrás y Simón volvió a arroparme en un abrazo que agradecí profundamente. Temblaba, todavía conmocionada por lo ocurrido, mientras en mi cabeza estallaban al unísono inquietantes preguntas sin respuesta. Sin embargo, sí supe algo, y es que aquello sin duda estaba relacionado con el hombre que me seguía, y con aquel terrible día en que toda mi vida había comenzado a tambalearse, el día en que me atropellaron. El día que Luis entró en mi vida. Pero ¿qué demonios estaba ocurriendo? ¿Qué querían de mí? Pues, si hubieran querido matarme, lo habrían vuelto a intentar y, en cambio, se limitaban a vigilarme, y ahora incluso me habían destrozado la casa supuestamente buscando algo en ella. Imaginaba que algo crucial y que pensaban que yo tenía en mi poder. Pero ¿qué?

Otra cuestión más peliaguda era si debía sincerarme con la policía y

contarles lo que sospechaba por muy inverosímil que esto fuera. Deseé con toda mi alma poder hablar con Luis. Y entonces saqué mi móvil del bolso y marqué su número.

Un tono.

Dos tonos.

Tres...

Contuve el aliento y cerré los ojos deseando oír su voz.

Pero de nuevo el maldito contestador saltó, y maldije en silencio antes de colgar.

—No pienso dejarte hasta que él aparezca.

Miré emocionada a Simón y apoyé la cabeza en su hombro, conteniendo las ganas de llorar.

A mitad de trayecto, alcé la cara para mirarlo, recordando el enfrentamiento.

—¿Has podido ver al intruso?

—No, iba de negro y llevaba pasamontañas, tan sólo reparé en que era alto y espigado. Y condenadamente rápido.

—Yo lo vi desaparecer por una esquina. Debió de bajar por los canalones de la fachada.

—Tranquila, darán con él.

—Llevaba pasamontañas, por lo que también llevaría guantes: no encontrarán una sola huella —aventuré abatida.

—Deja que la Guardia Civil haga su trabajo. Yo te propongo una cosa, y, por favor, no me malinterpretes.

—¿Qué?

Se pasó las manos por su espeso cabello castaño claro y me dedicó una mirada compasiva.

—Quédate unos días en mi casa, Elisa, es lo más seguro. Tengo un ático en Castellón, allí estarás tranquila hasta que capturen al culpable y puedas reparar los daños. Probablemente el seguro los cubra, pero hasta entonces no puedes vivir ahí. Tampoco yo estaría tranquilo, ni tú.

Sonreí con gratitud, pero negué con la cabeza.

—No imaginas cuánto agradezco el ofrecimiento, pero puedo quedarme en

casa de Julia. De hecho, se molestará si no lo hago.

Simón contrajo levemente el rictus, no supe si disgustado. Sus labios se oprimieron, pero simplemente asintió.

—De todos modos, no son horas de llamarla y preocuparla. Pasa la noche en mi casa y mañana, como tendrás que regresar a evaluar los daños, podrás trasladarte con ella después.

Barajé su sugerencia y finalmente la acepté. Esta vez, su rostro se distendió y su sonrisa se amplió más marcada y luminosa.

* * *

Tras una larga y agotadora noche, ya instalada en el cuarto de invitados del ático de Simón, me arrebujé entre las sábanas con un nombre en mi cabeza que titilaba chisporroteante e intermitente como la marquesina de un decrepito hostel.

La incipiente angustia que había asomado por la mañana, tras mi primera llamada a su móvil, había crecido fustigadora, instalándose de manera permanente y odiosa, como un conflictivo y escandaloso huésped que me impedía conciliar el sueño.

«¡Joder, Luis! ¿Dónde coño estás?»

Ni me atreví a pensar que pudiera haberle ocurrido algo malo. Esa sola posibilidad me abocaba a un estado de desesperación que descubría algo que me negaba a reconocer y que, además, provocaba en mí una ansiedad tan abrumadora que hasta mi cuerpo reaccionaba con aquel malestar físico que casi me resultaba imposible de sofocar.

Alargué la mano y cogí el móvil para revisar las notificaciones. Nada. Bufé ofuscada y me levanté. Tenía que encontrarlo como fuera.

Me ardía la mejilla, y la picazón era intensa. Extrañada, me acerqué al espejo que había sobre la cómoda y me pareció ver una rojez en ella que comenzó a desaparecer progresivamente. La sensación era la de una bofetada.

Entré en el cuarto de baño anexo y refresqué mi rostro. Al instante, la molestia desapareció. Supe a quién acababan de golpear.

Resoplé intentando mantener el control. Aquello comenzaba a

materializarse de manera alarmante.

En ese momento, el sonido de llamada de mi móvil quebró el silencio e hizo aletear mi corazón. Corrí hacia el cuarto y me abalancé sobre él. Era un número desconocido.

—¿Diga?

—Soy yo.

La voz de Luis me hizo soltar el aliento. Cerré los ojos y respiré aliviada.

—He estado muy preocupada por ti. Tenemos que hablar.

—Sé que anoche registraron tu casa.

—La destrozaron —concreté con un nudo en la garganta—. ¿Dónde estás?

—Asómate al balcón.

Caminé hacia las grandes puertas acristaladas que daban a la terraza, las abrí impaciente y salí para asomarme por la barandilla.

Abajo, en la acera de enfrente, Luis, con el teléfono pegado a la oreja y subido a su moto, miraba en mi dirección. Llevaba unas gafas de sol, lucía su larga melena negra alborotada, su cazadora de cuero negro y sus desgastados vaqueros. Su casco colgaba del manillar. Su aspecto desaliñado, peligroso y tremendamente atractivo pellizcó mi corazón.

—Ahí arriba ya no pareces Rottenmeier, sino Rapunzel —gritó para hacerse oír.

Reí, y sus labios se estiraron en una sonrisa burlona. ¡Dios, deseaba besarlos!

—Creo que me falta melena para que puedas trepar por ella.

—Vas a tener que bajar tú. Mi corcel se impacienta.

Dio puño a su moto y ésta rugió impetuosa.

Sonreí abiertamente y asentí entusiasmada. De inmediato, regresé rauda al cuarto y me vestí a toda prisa. Sabía que Simón ya estaría trabajando en el hospital, la noche anterior me había dicho que empezaba el turno a las siete. Algo que agradecí, pues no quería disgustarlo, después de lo bien que se había portado conmigo.

Bajé la escalera saltando los peldaños de dos en dos. Y, cuando abrí el portal, él estaba de pie junto a la moto, todavía con las gafas de sol en un día nublado y gris. Fue suficiente su gesto de abrirme los brazos para que yo

corriera hacia ellos.

Me fundí en su pecho y, cuando me rodeó, todo aquel núcleo contenido de emociones se liberó en un torrente de lágrimas que fui incapaz de estrangular. En cada lágrima derramada brotó la angustia, la preocupación, la rabia, la confusión y el miedo por aquella singular y caótica situación que empezaba a dejar de ser un cúmulo de simples conjeturas para convertirse en hechos inexplicables pero contundentes.

Sus manos acariciaron mi cabello con infinita dulzura, y aquel rasgo que apenas solía prodigar me caló muy dentro. Cuando logré controlar los sollozos y busqué su verde mirada, me molestó toparme con aquellas lentes oscuras. Cuando hice el gesto de quitárselas, él me esquivó.

—Me molesta la luz —se disculpó con una débil sonrisa.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes. Sube.

—¿Adónde me llevas? —inquirí mientras él se ponía el casco y montaba en el sillín.

En realidad, debía reconocer que no me importaba dónde, todo lo que me importaba era estar con él.

—Al rompeolas.

Miré al cielo. Apretadas y oscuras nubes amenazaban tormenta, pero asentí y monté tras él. Me puse el otro casco, rodeé su cintura y me ceñí a su espalda.

Aceleró y nos incorporamos al tráfico.

Manejaba la Harley como si fuera una extensión de su propio cuerpo. Su gran dominio y su extraordinaria habilidad, junto con unos agudos reflejos, resultaban no sólo admirables, sino cautivadores. No era un conductor imprudente, al contrario, además de respetuoso. Pero cuando enfilaba un tramo despejado y seguro, apretaba puño y dejaba que su potente Harley rugiera de gozo, como imaginaba que hacía su propio corazón. Luis era el puma negro que parecía. Un puma encarcelado que necesitaba sus dosis de libertad, repartidas en veloces chutes de adrenalina quemados en octanos. Y en cada aceleración su cuerpo se tensaba, como fusionándose con la moto, vibrando como ella, sintiendo el asfalto casi en la piel. Sin embargo, en un tramo ya de la Nacional, comenzó a adelantar con bastante más asiduidad, apurando las

curvas con más urgencia. Ante mi sorpresa, se salió de la Nacional y tomó un desvío hacia las urbanizaciones de las afueras de Benicàssim, enfilando hacia la Gran Avenida Jaume I. Se dedicó a girar al azar en cada esquina, recorriendo el barrio residencial como si trazara a golpe de neumático un enrevesado laberinto.

Finalmente se introdujo en un angosto callejón y condujo la moto hasta la entrada de un garaje privado. Apagó el motor, pero no se quitó el casco. Estaba claro que nos escondíamos de alguien.

Transcurridos unos minutos, destrabó la pata de cabra, desmontó y, pegado a la pared, acechó la entrada del callejón. No me pasó desapercibido el detalle de palparse el pecho como buscando algo y el gesto contrariado al no encontrarlo. Regresó al cabo y volvió a la moto.

—Creo que he conseguido despistarlo.

—Quítate las gafas —pedí quizá demasiado seca.

—Ya te he dicho...

—Sé lo que me has dicho, pero quiero verte los ojos y aquí no hay tanta luz.

Pareció titubear durante unos segundos, hasta que por fin se quitó el casco y las gafas.

Tenía un moretón junto al ojo izquierdo y varias venas rotas que resaltaban más aún el color verde de sus ojos. En el nacimiento del puente de la nariz tenía una brecha, más las heridas ya resacas que le habían ocasionado en la pelea del concierto.

—No dejas de meterte en líos, ¿eh? —murmuré.

—Me persiguen, creo que sienten cierta fascinación por mí.

—Es fácil sentir cierta fascinación por ti.

Sus comisuras se estiraron levemente en una sonrisa arrogante.

—¿Te fascino, nena? —ronroneó seductor.

—Más de lo que me gustaría admitir —reconocí.

—¿Te has preguntado qué ha sido de tu rechazo por mí?

—Lo has ido venciendo y se ha ido a llorar a un rincón.

Esta vez, su sonrisa se amplió y sus ojos refulgieron.

—Soy muy peleón, aunque no siempre gano.

Acaricié suavemente su sien amoratada y deslicé la yema de los dedos por su pómulo hasta desembocar en sus labios. Los repasé y él gimió cerrando los ojos.

No pude contenerme más.

Lo besé depositando en aquellos esponjosos labios cuanto sentía, como si abrazarlo y besarlo fuera la solución a todos mis problemas. Y, no, no lo era, pero sí todo el consuelo que necesitaba. A pesar de saber que mi mundo comenzaba a resquebrajarse, que la mujer que había sido moría cada nuevo día a su lado, que mis escudos caían como hojas de otoño y que mis miedos antiguos palidecían ante temores nuevos, no me importó. Nada me importaba mientras pudiera seguir disfrutando de esas emociones tan intensas nunca antes sentidas, del inmenso goce de desnudar por fin mi alma al viento del destino y paladear aquella brisa con sabor a libertad, de abrir mi corazón a aquel torrente de sensaciones dispares que lo cosquilleaban como si lo rozaran alas de mariposa o lo besaran gotas de rocío.

Inmersa en aquel beso, el mundo desapareció por un instante.

Sólo éramos él y yo, y esa maravillosa evasión bien valía el caos en que se había convertido mi vida. Pues ahora comprendía el gran abismo que existía entre vivir y fingir hacerlo. Vivir era sentir, y hacerlo además con esa intensidad era sin duda un regalo para alguien que había pensado que nunca podría abrir su corazón ni permitirse sentir, para quien huía del dolor y se escondía del mundo. Hasta que el mundo decidió encontrarlo.

Cuando logramos separar nuestros labios, todavía embriagados de aquel sentimiento que se afianzaba a pasos agigantados, nos miramos turbados y embelesados, asimilando aquello que nos dejaba trémulos y desorientados.

Y en ese preciso instante, aquel extraño nombre acudió a mis labios y lo pronuncié de manera tan natural que hasta yo me sobrecogí.

—¿Dragut? —preguntó él confuso.

—Por eso te llamé ayer —respondí—. Si algo tengo claro es que, si yo soy Isabet, y lo soy, tú eres Dragut, no Barbarroja.

Parpadeó varias veces y su ceño se frunció en gesto concentrado.

—Dragut... —repitió mirándome inquisitivo.

Asentí.

—¿Estás segura? La ilustración...

—Debe de haber una explicación para esa ilustración —barrunté—, pero ese hombre, o sea, tú, es Dragut.

—Eso explicaría...

—Por qué no has podido contactar con tu yo cuántico —completé—, porque te has equivocado de hombre, y todo este tiempo imagino que has invocado, o como se diga, a quien no eres.

Luis se pasó las manos por el rostro hasta hundirlas en su abundante melena. Se retiró el pelo hacia atrás, despejando la frente en un gesto ansioso mientras resoplaba profundamente.

—¡Joder, tiene sentido!

Luego me miró intrigado y su ceño se acentuó.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—He empezado a ver el número 22 por todas partes, y aunque de eso no me has hablado, he estado recabando algo de información en la red. Por lo que he leído y por lo que estoy viviendo, creo que he alcanzado una conexión más profunda. Ella siente lo que yo, tanto emocional como físicamente.

Sus ojos se agrandaron incrédulos y me contemplaron con una mezcla de preocupación, culpabilidad y estupor.

—El 22 es la confirmación de que has logrado enlazar con tu yo en el otro plano, por lo que podéis comunicaros, no sé muy bien si a nivel mental justo antes de entrar en el sueño REM, o quizá...

—Yo he sido algo más rudimentaria —interrumpí.

Me quité la cazadora y comencé a subirme la manga izquierda de la camiseta hasta llegar al esparadrapo del antebrazo. Rasqué los bordes para levantar el adhesivo y lo levanté para que leyera en la herida.

Parpadeó completamente estupefacto. Abría la boca y la cerraba con gesto atónito, para terminar mirándome reprobador.

—¿Te has vuelto loca?

—La vi en el agua —proseguí cubriendo la herida de nuevo— y ella me vio a mí. Yo la reconocí, juego con ventaja, pero no sé qué estará pensando ella o cómo lo habrá interpretado. Es justo como la describiste, y esa diferencia física entre nosotras, aunque en pequeños matices, ha conseguido

separar afortunadamente nuestras individualidades temporales. Y, de ese modo, revelarnos que hay un mundo oculto que se está abriendo a nosotras.

—Esto es... increíble —murmuró Luis impresionado—, supera con creces cualquier formulación física conocida. Y aunque, como te dije, la física cuántica todavía está en sus albores y es evidente que terminará cambiando el mundo tal como lo conocemos, este gran paso que acabas de dar...

De pronto, sus palabras murieron en sus labios al tiempo que su expresión se iluminaba en un gesto de asombrada comprensión, como si un fogonazo de conocimiento hubiera reactivado cada músculo facial.

—¡Santo Dios...! —exclamó todavía asimilando aquella verdad que asolaba su entendimiento. Sus ojos se clavaron en mí con un brillo que no pude identificar.

—¿Qué ocurre?

—Ya sé por qué te siguen y lo que quieren de nosotros.

Abrí la boca demudada, tragué saliva y lo miré inquisitiva, ávida de esa información. Pero él se puso apresurado el casco.

—Vamos, te lo explicaré todo en el rompeolas.

CAPÍTULO 30

EL OJO DEL SULTÁN

Constantinopla, octubre de 1536

Una flota compuesta de galeras y naos enarbolando la bandera de la Liga Santa asediaba a golpe de artillería las murallas de la ciudad.

El infame estruendo desataba el pánico y el caos en Constantinopla. Su objetivo no consistía en derribar las murallas, ni siquiera en tomar el sitio. Su principal finalidad era hundir las numerosas galeras otomanas ancladas en el puerto.

Entre el barullo que se había formado en el palacio, pude pasar desapercibida y, en lugar de regresar al harén como me había ordenado Dragut, logré ascender a las murallas, por las que veía el ataque de los cristianos agazapada en el adarve.

Los cañonazos ensordecedores, las mechas incandescentes, la humareda que flotaba entre las naves y el estallido de maderas quebradas conformaban una estampa escalofriante.

Algunos disparos se encajaban en los muros, haciéndolos retemblar, arrancando guijarros y polvo de ellos. Varias naves amarradas al muelle se hundían progresivamente en el mar con los cascos perforados. Otras carecían ya de arboladura y, mientras los cañones defensivos de las murallas intentaban

apuntar a los bajeles imperiales sin mucho acierto, las andanadas cristianas se sucedían masacrando el puerto.

Allí, un nutrido grupo de jenízaros se apostaban parapetados y disparaban sus arcabuces sobre las naves más cercanas, mientras otro grupo de soldados otomanos intentaban llegar a las galeras, todavía ilesas, en botes de remos, en un temerario intento por gobernarlas y contraatacar. Desde mi posición, era imposible ver a los ocupantes de aquellos bateles, pero mi corazón me decía que él iba en una.

Y era ese corazón el que se encogía cada vez que los disparos cortaban silbantes el aire y caían cerca de alguno de los botes, levantando violentas salpicaduras de agua que cabalgaban en olas abruptas, zarandeándolos peligrosamente.

Los artilleros de las murallas cargaban los cañones con rauda urgencia, disparando de forma continuada y metódica. Un regimiento de arqueros se apostó entre las recias almenas, equipados con ballestas y unos baldes repletos de untuosa brea. Su intención resultó evidente: lanzar flechas incendiarias sobre las velas de las galeras cristianas.

Escondida en una garita desierta, observaba a través de la saetera el feroz combate que ambos adversarios mantenían. Me pregunté en aquel momento si ante mí no tenía ahora la mejor posibilidad de escapar de palacio, pues toda la guardia estaba ocupada en la defensa de la ciudad. Quizá podría intentarlo al menos, me dije. ¡Tenía que sacar a las hermanas Monfort y a Blanca del harén!

Salí de mi escondrijo y me deslicé escaleras abajo cruzando el gran patio de armas hasta los jardines y las galerías que llevaban al harén.

El acre aroma de la pólvora pendía pesado en el aire, picándome la garganta. La batahola de sonidos era atronadora, y allí abajo las órdenes gritadas se entremezclaban con el repiqueteo metálico de una pequeña campana que alguien tocaba con precipitada urgencia. Más allá, extendiéndose alarmante, el estridente sonido de un cuerno movilizaba a cada hombre dispuesto a defender enseres y familia.

Cuando llegué al harén, los grandes portones estaban cerrados. Toqué la campanilla del umbral y aguardé, pero nadie acudió. ¡Maldita sea, se habían atrincherado dentro!, adiviné pesarosa.

Sin saber muy bien dónde resguardarme, caminé errante. Mis pasos me llevaron al lugar que creí más seguro, situado en el segundo patio, el diván, la cámara del Consejo Imperial, paso previo a las dependencias privadas de Solimán, situadas en el tercer patio.

En las grandes y ornamentadas puertas con filigranas caladas en oro a modo de enrejado ya no estaban los guardias con sus imponentes alabardas cruzadas, cerrando la entrada. Miré recelosa a mi alrededor y, aunque todavía transitaban siervos y soldados a la carrera por los patios, nadie me prestaba atención.

Me adentré cautelosa por los pasillos hasta que desemboqué en la antesala previa al Consejo. Allí me detuve indecisa, pues dentro oí con claridad un murmullo de voces. Con toda seguridad, los consejeros, en ausencia de Solimán y su gran visir, estarían trazando sus estrategias ante el inesperado ataque. Miré nerviosa a mi alrededor y enfilé hacia un corredor más angosto que parecía rodear la sala del Consejo, llamada *diván* porque era donde se sentaban a debatir cuatro veces por semana los asuntos de Estado.

Me topé con una puerta y la abrí. Una escalera llevaba a un nivel superior. Y entonces me iluminé al recordar un dato que había oído en el harén. No hacía mucho se había decidido que el sultán no tenía por qué estar presente en sesiones de índole tan mundana, por lo que se había habilitado una sala por encima del diván a la que acudía siempre que lo deseaba. Solimán escuchaba a través de una ventana enrejada, conocida como el «ojo del sultán», situada sobre el asiento del gran visir, con quien hablaba tras cerrar las cortinas cuando deseaba intervenir. Después de las reuniones, el visir acudía en presencia de su monarca para resumirle las principales cuestiones debatidas y responder a sus preguntas. Como nunca se sabía si el sultán había estado presente o no, el gran visir tenía que dar siempre buena cuenta de lo allí acontecido sin poder omitir ni tergiversar nada.

La habitación era pequeña, pero suntuosa. Fijé la vista en el mullido asiento junto a la tupida celosía de la ventana y, sin titubear, tuve la gran osadía de sentar mis posaderas en el sillón real. Si en aquel momento alguien me sorprendía, sabía cuál sería mi castigo. No obstante, jamás tendría una oportunidad como aquélla para poder presenciar una reunión de emergencia

que quizá me diera los frutos ansiados.

La cortina roja estaba ligeramente descorrida. Acerqué mi rostro y miré por los huecos enrejados. Abajo, varios hombres de Estado sentados en un largo diván azul miraban con honda preocupación la alta figura que caminaba nerviosa de un lado a otro mientras hablaba.

—¡El maldito Andrea Doria! —clamó furioso uno de ellos, que gesticulaba vehemente—. ¡Y con Barbarroja y toda su tripulación en tierra! Alá nos ha abandonado —se lamentó.

—Están intentando embarcar en sus naves, quizá lo consigan —balbuceó inseguro uno de los ministros.

—¿Mientras los repelen a cañonazos? —inquirió el anterior mordaz.

—Jeireddín es un hombre muy sagaz y corajudo —interpeló otro—. Mientras les hacen creer que sólo quieren salvar las galeras fondeadas frente al puerto y atacarlas, otro grupo de corsarios embarcan en las galeras aún intactas ancladas en el puerto sólo para disparar los cañones contra el maldito almirante genovés.

—¿Les hacen creer? ¿Acaso no es justo lo que hacen en este momento? —El primero mostró su profundo desagrado ante el desconocimiento de aquel plan.

—Fue idea del capitán de Barbarroja, Dragut *el Temerario*, lo llaman ahora, y entiendo por qué —se apresuró a excusarse su interlocutor—. No hubo tiempo para decisiones. Jeireddín lo aprobó y el capitán puso en práctica su plan sin dilación. Fue una medida desesperada, pero quizá sea efectiva.

Tras un resoplido inquieto, el que parecía ocupar el lugar del visir por su rezumante autoridad se refregó el rostro con las manos y miró expectante y agitado al ministro.

—¿Y cuál es el plan?

—Abordar una galera enemiga, tomarla y contraatacar las de alrededor. Se dirigen a la que está más en el centro de la flota para que las andanadas tengan mayor alcance.

El sustituto del visir agrandó atónito los ojos.

—¡Eso no es un plan! —bramó furioso—. Es un sacrificio que, además, nos costará la capital del Imperio.

—No había otra alternativa —se defendió el consejero, contrayendo angustiado el rictus—. El propio Jeireddín lo autorizó para tal empresa, y simplemente nos mandó un informante, pues no había tiempo de debatir nada.

—Siempre hay otra alternativa, y es mucho más sensato perder un poco de tiempo en algo más sensato y eficaz. Ese plan es inviable, es una completa y estúpida temeridad. ¡Que Alá nos proteja!

El líder del Consejo caminó hacia su asiento y se derrumbó derrotado en él.

—Sólo pretenden hundir nuestra flota, no se atreverán a entrar en la ciudad con miles de jenizaros defendiéndola —arguyó otro hombre de orondas formas y rostro insulso.

—Eso ya es un buen varapalo —rezongó abatido—. Al menos, si tienen que rodar cabezas, no serán las nuestras. Si Barbarroja fracasa, la perderá. Aunque lo mismo nos ahorra el trabajo con los nazarenos.

Cerré los ojos. Me faltaba la respiración.

Saber que la muerte enarbolaba su guadaña sobre Dragut me sumía en un abismo de preocupación. La desazón por su destino se convirtió en punzantes dagas en mi pecho. Maldije profundamente al condenado capitán.

Intenté sofocar aquellas emociones, sin conseguirlo. Y la impotencia no sólo por no poder reprimirlas, sino por aceptar mis sentimientos hacia él, me desgarraba. Pero se había filtrado arteramente en mi pecho y, sibilino, había reptado como una traicionera culebra hasta mi corazón, enroscándose en él.

¡No había mujer en el mundo más desdichada que yo! Enamorada de nuevo de una sabandija. ¿De qué valía mi astucia si mis sentimientos gobernaban sin razón alguna llevándome a la deriva? Esta vez, me maldije a mí misma.

—Al menos, tenemos una gran alianza en la mano, y con ella devolveremos el golpe con mayor saña —masculló el consejero, intentando aplacar la ofuscación del ministro.

—El rey de Francia, Francisco I, es un gran aliado —coincidió el líder—, y va a proporcionarnos valiosísima información sobre las posiciones de los nazarenos. Los vamos a aniquilar.

Agudicé el oído, aquello podía procurarme la libertad que tanto ansiaba.

—Ya partió para ocupar el Piamonte, región que pertenece al duque de

Saboya, gran aliado del emperador Carlos V. La traición del rey de Francia a la Liga Santa por su encono y su rivalidad hacia Carlos nos beneficiará en futuras empresas. Pero tengo entendido que Carlos ha enviado un ejército imperial para invadir la Provenza con la intención de conquistar París y eso ha desatado el pánico entre los galos. Solimán le aconsejó a Francisco un modo de frenar a Carlos.

Hubo un silencio y recé en silencio para que desvelaran aquel plan.

—Creo que el mariscal de Francia, el actual duque de Montmorency, ya lo está ejecutando. Pero es una argucia que le costará cara al reino, demasiado cruel y arriesgada —opinó una voz a la que por su posición no pude ponerle cara.

—Solimán es astuto, dijo que es bueno tener un aliado en contra de tus enemigos, pero no lo suficientemente poderoso para creer que pueda crecerse y volverse en nuestra contra. Y, si él mismo arrasa su reino, se condena a ser un secuaz útil, pero no un aliado como tal. Además, es una medida desesperada necesaria.

—En efecto, de ese modo es posible que frene el avance del ejército imperial, pero condena a sus súbditos a la hambruna y a la desolación.

—No tiene elección —murmuró el líder—. Sus huestes no están lo suficientemente entrenadas ni son lo necesariamente numerosas para combatir a los tercios imperiales de Carlos. Su única alternativa es quemar todos los pueblos, talar todas las mieses y convertir el reino en un desierto para que los tercios no tengan con qué mantenerse y, de ese modo, se retiren antes de llegar a París. Es un sacrificio necesario, pero que además favorece el objetivo del sultán, empobreciendo a un aliado para someterlo a su poder. Así, Francisco sabrá que sólo con la ayuda de los ejércitos de Solimán podrá vencer a su gran enemigo Carlos V, que también es el nuestro, pues es el bastión de la Liga Santa. Y si algo nos urge es descabezarla.

Sonreí para mí. Aquella información era oro. Un tesoro que habría de saber dosificar para poder conseguir la libertad que me había prometido Hernán de Parma, el caballero hospitalario. En efecto, si algo intuía era que, una vez entregada la información, me arriesgaba a dos cosas: una, a que me mataran, y otra, a que me obligaran a seguir recabando confidencias para

ellos, alargando mi cautiverio con una engañosa libertad. No me valía ni la palabra de un hombre de fe, ni la de una madre protectora, pues sabía que Roxelana no me dejaría con vida si cumplía el cometido que me había impuesto.

Debía jugar sabiamente mis cartas, pues ahora más que nunca me urgía escapar y cumplir mi promesa de enmendar en lo posible la tragedia que había provocado mi infame despecho, pues cada día que pasaba todo se complicaba endemoniadamente.

Abandoné con sigilo aquel cuarto privado y salí del edificio por el lado opuesto. Atravesé el tercer patio, asombrada al no ver guardia alguna protegiendo las estancias privadas del sultán, a pesar de no estar él en la ciudad.

Y, de pronto, caí en la cuenta de un detalle que daba urgencia a mi plan. Si en breve el joven Mustafá acudiría a la corte de Constantinopla para reunirse con su padre..., eso significaba que Solimán estaría a punto de regresar de Persia... y entonces... todo se iría al diablo.

Me detuve angustiada. Tenía que reflexionar pausadamente sobre cada paso que debía seguir elaborando mi propia estrategia para precipitar mi huida de palacio, pues cualquier nimio error podía condenarme.

Sumida en mis cavilaciones, mis pasos me llevaron a una fuente ornamental dentro de un jardín pequeño y escondido tras el palacete de Solimán. Un laberinto vegetal la protegía del exterior. Curiosa, recorrí los frondosos corredores, que me llegaban a la cintura, y, como en un juego, fui doblando recodos hasta encontrar el camino que llevaba a ella, atraída por su belleza y por ese murmullo acariciador. Allí, los cañonazos se oían en la lejanía, y aquella paz que transmitía el lugar fue un bálsamo para mi atribulada alma. Me concedí una tregua y, repasando las recortadas puntas de los setos con la yema de los dedos, fui aproximándome indolente a aquella hermosa fuente.

El regular gorgoteo pareció acompañarse con mi corazón y, cuando admiraba la exquisita escultura central, que representaba una gran concha abierta por la que fluía el agua, un detalle captó mi atención: una perla de cristal transparente engarzada en la boquilla de la fuente surtía de agua el

fondo de la valva inferior. En aquel momento, un rayo de sol incidió en ella refractándose en el agua que la cubría, de tal modo que ante mis ojos se abrió un luminiscente abanico de colores. Completamente cautivada por aquel mágico efecto, alargué la mano y toqué la perla de agua. Cerré los ojos y pedí un deseo..., uno que no salió de mi cabeza, sino de mi corazón...

... Que Dragut sobreviviera.

* * *

La enfermería estaba atestada, y no dejaban de llegar heridos que colocábamos en camillas repartidas por el patio principal. Todos los siervos estaban concentrados allí, curando heridas, entablillando miembros que luego Ibrahim decidía si amputar. El suelo de la enfermería había sido cubierto de arena, como solían hacer en las cubiertas de las galeras para evitar caídas y resbalones. Y los heridos, la mayoría jenizaros que habían estado en primera línea en el muelle, o tripulantes de los barcos que había destrozado la artillería cristiana, gemían clamando un alivio a sus dolores.

De Dragut nada se sabía, ni de los hombres que lo habían acompañado en tan temeraria misión. Pero, a pesar de que el puerto estaba devastado y se habían perdido más de una veintena de galeras, decían que el capitán había conseguido abordar una nao cristiana y disparar sus cañones contra las circundantes. El punto mas vulnerable de una galera era la popa, y él había aprovechado ese punto maniobrando hábilmente el buque para hundir cuatro galeras cristianas, consiguiendo romper así la línea enemiga y logrando que se dispersaran. Pero, según comentaban algunos corsarios, una de ellas se había apostado junto a la nao que tripulaba Dragut y se habían batido a cañonazos. Tuvo que huir maltrecho con el casco perforado y dos mástiles quebrados. Quizá se habían hundido en alta mar o quizá habrían logrado encallar en algún pedazo de costa. Y aquella incertidumbre me estaba consumiendo.

Al acabar el día, completamente exhausta, regresé al harén, arrastrando los pies casi desfallecida.

Cuando entré en las dependencias de la servidumbre deseando derrumbarme en el camastro de mi cuarto, me encontré con Juana, que parecía

esperarme junto a la lucerna que colgaba bajo el arco de entrada.

—Estás hecha un desastre —masculló compasiva.

—Dime algo que no sepa —rezongué.

—Podría, pero ya habrá tiempo. Ve a descansar, aunque deberías asearte: estás recubierta de sangre seca.

—No. ¿Qué pasa?

La curiosidad superó mi extenuación.

Juana entornó los ojos y me escudriñó evaluando si debía decírmelo o no.

—Aquí también se desató el pánico y la locura —rebeló acentuando mi intriga.

Aguardé a que ampliara su información, pero la impaciencia me pudo.

—¡Maldita sea, suéltalo ya!

—Supimos por Ahmed que nos atacaba la Liga Santa por orden de Carlos, el monarca castellano. Eso desató la ira y el miedo, y..., bueno, los volcaron con las que encontraron más afines al emperador: sus antiguas súbditas.

—Vosotras.

—No hay más castellanas aquí.

Miré alarmada a mi alrededor. De espaldas a mí, Blanca dormitaba en su jergón y Dolores imitaba su posición en el suyo.

Luego posé mi inquisitiva mirada en ella de nuevo.

—Primero atacaron a Blanca y yo la defendí, pero cuando fueron a por mi hermana tuve que dejarla a su suerte, como comprenderás, para proteger a Dolores. Las golpearon con cruel saña antes de que yo llegara. Luego, daga en mano, logré sacarlas de allí con ayuda de Yamila y algunas más. Los eunucos pudieron contenerlas evitando que nos siguieran.

Apreté los dientes, reprimiendo la veta de furia que comenzaba a arder dentro de mí.

—Se recuperarán —prosiguió Juana—, pero Blanca ya no será tan hermosa.

Agrandé preocupada los ojos y tragué saliva. De dos zancadas, alcancé el jergón de Blanca y la volví suavemente hacia mí. Un lienzo manchado de sangre oscura y seca cubría la totalidad de su mejilla derecha. Cerré los ojos desolada y la tapé con la manta. Ella continuaba dormida, aunque al removerse

exhaló un tenue gemido dolorido.

—¿Quién...? —inquirí entre dientes.

—Las concubinas del grupo de Aysha.

Gruñí de rabia y apreté los puños clavando las uñas en mis palmas.

—Todo esto ha sido una maldita treta de esa arpía —adiviné iracunda.

—Lo sé, esa serpiente ha aprovechado la contienda en el exterior en su beneficio. Teme que Blanca le haga sombra en su papel de favorita real y ha conseguido con su veneno encabezar una revuelta para quitarse de encima a una rival. Por eso te estaba esperando.

La miré fijamente a los ojos y vi lo que imaginé refulgía en los míos, un relamido brillo vengativo.

No tuvimos que decir nada más. Ambas salimos de las dependencias de servicio y enfilamos hacia los corredores que llevaban al patio de las Favoritas. Al pasar por una de las arcadas, cogí la antorcha que iluminaba el umbral y me adentré en la sala de los dormitorios comunales.

CAPÍTULO 31

QUIEN A HIERRO HIERE A FUEGO MUERE

Juana y yo nos detuvimos frente a los alineados lechos con dosel de las concubinas. El de Aysha estaba al fondo, bajo la ventana enrejada.

Nos miramos cómplices con gesto decidido y asentimos casi al unísono, formulando un plan que no necesitó palabras, pues nuestras mentes parecían converger en el mismo propósito.

Ya frente al lecho de Aysha, Juana se subió a él para inmovilizar a la favorita, y yo me senté a su lado y acerqué la llama a su durmiente rostro. El calor la hizo parpadear molesta.

—Aysha, despierta, ya salió el sol para ti —murmuré.

Juana fue más rotunda. Estampó en su mejilla una sonora bofetada y, acto seguido, la aferró contra el colchón. Tras un sorpresivo gemido, Aysha abrió desmesuradamente los ojos. Su confusión se evaporó en cuanto vio la llama tan cerca de ella y a mí empuñando la antorcha. El pánico pintó sus facciones, desdibujándolas en una mueca que transfiguró completamente su hermoso rostro. Yo sonreí lentamente, saboreando su terror y dosificando mi rabia.

—Dicen que quien a hierro mata a hierro muere —susurré con pérfido regocijo.

Aysha ya abría la boca para gritar pidiendo auxilio cuando Juana se apresuró a cubrísela con su mano. La favorita se revolvió en el lecho y Juana

forcejeó con ella, hasta que yo acerqué más la llama a su rostro y ella quedó quieta, cautivada por el fuego, como una polilla por la luz. Sus grandes ojos verdosos se abrieron aterrados. Sus pupilas se achicaron y su tez palideció. Un sudor frío perló su frente y su gesto se crispó.

—Pero yo he decidido cambiar el hierro por el fuego, dicen que es más purificador, y si algo necesita un demonio como tú, es eso. Quizá logre de ese modo erradicar tu veneno o quizá suavizar tu carácter. Pero de lo que estoy segura es de que quemará tu orgullo y te enseñará humildad.

Juana asintió con gesto duro y redobló sus esfuerzos por mantenerla pegada al colchón. Yo no lo dudé. Acerqué la llama a su cabello oscuro y éste prendió retrocediendo, convirtiéndose en puntas que se rizaban incandescentes mientras se carbonizaban. Comenzó a agitarse desesperada, mientras su larga melena bruna desaparecía devorada por las llamas. Dejé que algunas lamieran parte de su sien antes de retirar la antorcha, consciente de que en ese lugar ya no le crecería cabello. El olor penetrante de la carne quemada flotó por la habitación.

Su pelo seguía en llamas, así que me apresuré a coger el bacín con su propia orina nocturna y se lo vacié en la cabeza para apagarlas antes de que llegaran a su cráneo. El dolor hizo que se desvaneciera. Las mujeres de los lechos contiguos se habían despertado y salían de su sopor para descubrir que estaban siendo atacadas y avisaban a gritos a los eunucos.

—¡Silencio! —bramé iracunda—. Prenderé fuego a la primera que abra la boca.

Azucé mi antorcha ante ellas y se encogieron temerosas. Compuse mi mueca más feroz y hasta gruñí como un animal salvaje. Juana se puso a mi lado, su gesto fue tan atemorizante como el mío.

—Esto es lo que ocurre cuando atacan a nuestras hermanas. Y si osáis acercaros a alguna de nosotras lo pagaréis con vuestra vida —siseé rezumando odio por cada poro de mi piel.

—Estáis muertas —se atrevió a mascullar una silueta en la penumbra.

—Eso lo decidirá Solimán, pero, mientras regresa, juro por Dios que acabaré una a una con todas vosotras.

Salimos de la gran alcoba comunal y lancé la antorcha al interior de una de

las fuentes del patio, donde pereció en una voluta de humo que crepitó agónica.

—Los eunucos nos apresarán mañana y nos ajusticiarán si así lo consideran necesario. Sólo somos siervas, ni siquiera concubinas..., tienen la potestad de decidir nuestro destino. Deberíamos intentar escapar esta noche — propuso Juana.

Negué con la cabeza y la miré confiada.

—No podrán tocarnos. La sultana lo impedirá.

Ella me miró algo anonadada.

—Creo que debería saber algo más si quieres que esta noche pueda conciliar tranquila el sueño.

—No sólo le soy útil a Ibrahim, también a Roxelana.

Su oscura mirada recorrió mis facciones para posarse en mis labios. Se aprestó a apartarla para contemplarme con gesto admirado.

—Me rindo ante ti, Isabet —confesó. En su tono se traslució de manera patente que se rendía ante mí en más aspectos.

Caminamos juntas y dejé que tomara mi mano. Su sonrisa orgullosa terminó de revelarme lo que a duras penas lograba estrangular. Cuando llegamos a nuestro cuarto y por fin me metí en el camastro junto al de Blanca, y Juana hizo lo propio junto al de Dolores, sentí su fija mirada en mí.

Cerré los ojos y pensé en la extraña unión que las cuatro habíamos forjado. Juana mataría por su hermana, también por mí. Yo mataría por Blanca, la hermana que el destino me había adjudicado, y por ellas dos, pues si algo vinculaba con más arraigo que la sangre y el amor era el dolor compartido. Y, en mi caso particular, esa unión la sellaba la culpa, como el buen mortero entre grandes bloques de piedra caliza.

* * *

La fea herida de la mejilla de Blanca era profunda e irregular, y desfiguraba su rostro. Había sido trazada con particular precisión, intentando causar el mayor daño posible. Le habían arrebatado su belleza para siempre, y esa certeza había convertido a Blanca en una sombra muda que me desgarraba

el alma.

Nos habían confinado en una celda a la espera de un juicio, que presidiría *la kadin*, que era Roxelana, en la cual confiaba mi absolución, ya que la *valide*, madre de Solimán, había muerto hacía dos años. No obstante, hice enviar una nota a Ibrahim, advirtiéndole de que ya tenía en mi poder la valiosa información que requería Hernán. Toda precaución era poca, me dije, y en una situación tan delicada, cuantos más escudos mejor.

No sólo nos condujeron a Juana y a mí en presencia de la sultana, sino también a la maltrecha Blanca y a Dolores, que tenía el rostro amaritado y apenas podía erguirse, pues se nos acusaba a las cuatro de desobediencia, y a mí y a Juana de agresión con conato de incendio.

El castigo sería proverbial, de eso estaba segura, pues no se podía permitir que la rivalidad adquiriera semejantes proporciones. Una frase dicha por mí se me cruzó en mitad de aquella sala, frente al trono ocupado por aquella regia y poderosa mujer. Si hice pagar con fuego a quien hirió con hierro..., ¿cómo pagaría yo?

—Lo acontecido anoche fue tan despiadado —comenzó el jefe de los eunucos negros, Ahmed— que dudo tengas la desfachatez de exponer ante nosotros una justificación a la altura.

—Tan despiadado como aprovechar un infame ataque a nuestra ciudad para saldar rencillas, o, mejor dicho, para dar goce a envidias y eliminar competidoras —repuse alzando la barbilla sosteniendo retadora su mirada.

Ahmed me miró severo y compuso un mohín admonitorio.

—El ataque cristiano nos crispó a todos en palacio —apuntó la sultana en tono gélido—, los ánimos se alteraron y todo se desbordó. Pero vosotras actuasteis con premeditada frialdad, entrando en las dependencias de las concubinas para cobraros una venganza desmedida. Aysha jamás volverá a ser la misma.

—Tampoco Blanca —argüí sin amilanarme—. Y pasáis por alto un detalle, mi señora, y es que fue ella la que calculó con deliberada perfidia su ataque a una rival que ni se había perfilado todavía como tal. Una rival que no podría serlo, por su condición.

Ambos me miraron intrigados. Ahmed frunció los labios y el ceño con

enojo y Roxelana se limitó a aseverar su expresión en espera de mis siguientes palabras.

—Blanca espera un hijo de Dragut —revelé arrancando el golpe de efecto que deseaba: exhalaciones de desconcierto.

—¿Ellos... están enamorados? —preguntó atónita Roxelana.

Ante mi completo asombro, Blanca, que había permanecido cabizbaja y trémula, alzó la barbilla, afirmó su mentón en un gesto categórico inaudito en ella y avanzó unos pasos con los puños apretados.

—Nos queremos, sí —declaró clavando en mi pecho la misma daga que habían hundido en su mejilla, y quizá por el mismo motivo.

Juana me miró de soslayo, pero yo mantuve mi pétrea expresión, aunque en mi interior se había desatado una vorágine de emociones encontradas.

Roxelana entornó la mirada en un gesto suspicaz y frunció el ceño mientras observaba a Blanca.

—Si es como dices, ¿por qué permite él que se te adiestre para ser concubina? Si te hubiera sacado de aquí, nada de todo esto habría ocurrido —interpeló recelosa.

Esa vez, no intercedí. Mantuve mi pose indiferente aguardando a que ella saliera del jardín en el que había decidido meterse.

—Pensó que aquí estaría más segura hasta que pudiera reclamarme al sultán.

Supe que aquello eran una sarta de embustes en cuanto salieron de su boca, pero me mantuve en silencio, luchando contra mis propias emociones. Bien sabía que Dragut era desalmado y pendenciero, pero en sus gestos hacia Blanca jamás vi en él nada que indicara más que compasión, afecto o protección. Aunque bien podía equivocarme, no sería la primera vez, me conminé oprimiendo disgustada los labios. Necesitaba apartar mi desconfianza hacia Blanca o al menos no juzgarla, pues lo que resultaba patente era que ella sí estaba enamorada del pirata.

—¿Y dónde está ahora? —intervino de nuevo Ahmed, con su vocecita aguda y chillona contrastando con las apabullantes proporciones de su cuerpo.

—Ha desaparecido —me oí decir.

Un sofocado sollozo escapó de la garganta de Blanca. Sus ojos se

arrasaron en lágrimas y su rostro se marchitó contrito, embargado en una pena tan honda que mi compasión por ella ganó aquella feroz batalla interna que libraba.

Una mano se enredó en la mía en señal de apoyo y tragué saliva conteniendo mi propio llanto. Juana parecía ver dentro de mí. Su gesto me reconfortó.

—De todas formas, aquí, en el harén, se respetan normas diferentes que han de ser cumplidas. Independientemente de los motivos, la infracción es la misma, y el castigo debe equipararse al acto cometido —comenzó Ahmed cruzando sus imponentes brazos sobre su pecho de ébano.

Roxelana respiró hondo y se puso en pie. Paseó con porte majestuoso por delante de todas como meditando su veredicto y finalmente se plantó frente a nosotras, pero fue a mí a quien miró.

—Nadie en el harén puede tomarse la justicia por su mano, pues eso implica un gran oprobio a mi posición y mi deber en este lugar. Por ello, el castigo ha de ser sobre todo ejemplarizante. —Se volvió hacia el resto de las concubinas asistentes y demás eunucos y añadió—: No obstante, si vuelvo a toparme con un acto de rebeldía así, será sofocado con la muerte instantánea del culpable. Nadie está por encima de mí. —Posó de nuevo sus vivos ojos en mí y su rictus se tensó, aunque en su mirada vi un atisbo de desagrado con lo que estaba obligada a hacer. Naturalmente, sólo yo sabía el motivo—. Si vosotras hubierais acudido a mí para denunciar la agresión sufrida a las castellanas, sería Aysha la que ahora lo recibiría. No ha sido así, y para que nunca olvidéis que tomar represalias es un acto de doble filo y una ofensa a mí, habremos de grabarlo debidamente.

Por la mirada desairada y confusa que le dirigió Ahmed, supe que el castigo debía ser la muerte. Sin embargo, no podía ajusticiar a Juana sin hacerme lo mismo a mí, y yo ahora era su peón más útil.

—El castigo será saldado a base de latigazos hasta que perdáis el sentido.

Juana me miró crispada, pero al cabo en sus ojos afloró la resignación. Le dediqué un gesto confiado y una sombra de sonrisa de ánimo. Sus dedos se cerraron en los míos y yo simplemente asentí con fingido aplomo.

Al cabo, dos eunucos nos rasgaron violentamente la parte de arriba de la

túnica, desnudando nuestro torso, y nos condujeron a los pilares centrales de la amplia sala. Con la prenda apenas suspendida en las caderas, fui atada abrazando la columna. Sentí el frío del mármol en la suave piel de mis pechos y apoyé el lateral de mi rostro en la piedra, observando cómo hacían lo mismo con Juana, que no dejaba de mirarme. Su expresión era dura, pero sus ojos estaban tan fijos en mí que parecían taladrarme, presos de una ensoñación.

Tras de mí, el verdugo hacía ondear el látigo chasqueándolo contra el suelo. Su silbante sonido rasgaba el aire con la misma facilidad con que lo haría en mi piel. Sentí un abrupto escalofrío y apreté instintivamente los dientes.

Antes de recibir el primer latigazo, un pensamiento irónico curvó apenas la comisura de mis labios en un gesto mordaz dirigido a mí misma. Estaba claro que no tenía mano con las venganzas...

El siguiente chasquido no concluyó en un seco impacto contra el suelo, sino en un rasposo y escalofriante siseo que se incrustó en mi piel, abriéndola. El dolor fue tan agudo y vibrante que hizo flojear mis rodillas y nubló mi vista un instante.

Oí un gruñido rabioso que no supe a ciencia cierta si provenía de Juana o de mí. Pero el segundo latigazo extendió por toda mi espalda tal fuego que en verdad empecé a visualizar un látigo incendiario. El escozor era insoportable, y me asolaba en oleadas flamígeras que terminaban en violentos escalofríos. Sentí una humedad cálida y pegajosa deslizándose en hilillos por mi piel. Comencé a temblar sin control.

Fijé la vista en Juana. Su sangrante espalda debía de ser un espejo de la mía. Su rictus contraído mostraba el sufrimiento que la acometía. Pero sus ojos, sus grandes ojos oscuros, irradiaban resistencia y una fortaleza que ya quise para mí. Pues a cada nuevo azote, las fuerzas me abandonaban, y aunque la liberación era perder el sentido, algo dentro de mí pugnaba por acompañar a Juana en aquel infierno de dolor en el que nos sumíamos. Aguantaría con ella hasta su último aliento de conciencia. Gruñimos juntas, las lágrimas surcaban nuestros rostros, pero ninguna se abandonó a los sollozos, ni gimoteamos, ni suplicamos. Mantuvimos una compostura absurda, aferrándonos al orgullo.

Perdí la cuenta de los azotes, el dolor ya era demencial. La expresión

«arrancar la piel a tiras» estaba siendo literal. Nuestras miradas engarzadas insuflándonos fuerza comenzaron a enturbiarse, nuestros gruñidos se convirtieron en gritos rabiosos, y finalmente... Juana cerró los ojos y comenzó a deslizarse por la columna sumiéndose en la inconsciencia. Lo último que yo vi fue un nauseabundo charco de sangre tras ella...

Sentí arcadas y, tras el último azote..., me rendí.

* * *

Despertaba para sentir cómo alguien embadurnaba con algún ungüento mi ardiente espalda abierta para volver a caer en un sueño oscuro, espeso y profundo.

Aquella negrura era diferente, menos densa. Parecía abrirse en cercos lechosos, aclarándose. Y, de repente, alguien me cogió en brazos con semblante preocupado. Oí el rumor de las olas y el viento bramando contra las rocas. Cuando distinguí a quién me abrazaba, sonreí. Era él, era Dragut, pero vestía de forma extraña. Lucía una chaqueta de piel curtida negra, y su cabello era más corto. Tenía un ojo amoratado y una mirada diferente... Sí, sus ojos no eran grises, sino verdes. Pero aquello no podía ser... No..., yo divagaba...

—Luis... —gemí ronca.

Pero esa voz... no era la mía... Y ese nombre me era desconocido...

Me asusté y miré en derredor.

Sofiqué una exhalación sorpresiva y asustada. ¿Dónde diantres estaba?

A mi alrededor se alzaban extrañas edificaciones tachonadas de ventanucos, un camino entarimado, una playa pulcra, un mar sucio..., un muro de piedras que se asemejaba a un muelle pero sin embarcación alguna... Y aquel ruido demoníaco e indescriptible que taladraba mis oídos...

Aquel mundo... no era mi mundo... Aquel Dragut... no era el que yo conocía..., no obstante..., lo sentí como tal...

Y entonces vi algo que me resultó familiar.

Una perla que el falso Dragut llevaba prendida en un colgante en su pecho. Alargué el brazo hacia ella y la tomé entre los dedos... Era exacta a la de la fuente de la concha resguardada en el laberinto de setos... En ella había

depositado mi deseo... Ella lo custodiaba.

Reparé en la intrigada mirada del Dragut de ojos verdes y me sobresalté. Entonces miré mi mano... y me espantó ver un anillo que jamás había tenido, unas uñas cuidadas y una piel fina y blanca... Retiré la mano con un grito y la negrura... regresó para llevarme de nuevo...

CAPÍTULO 32

GRABANDO UNA MELODÍA

Rompeolas de la playa del Torreón, Benicàssim, octubre de 2018

Las abrasadoras punzadas de dolor que atravesaron mi espalda me doblaron hacia atrás en un gesto abrupto y gemí sobrecogida. Luis se detuvo a mi lado alarmado y me miró confuso.

—¿Qué te ocurre?

Deposité en él una mirada crispada, tan aturdida como la suya. Jadeante, posé las palmas de las manos en la parte baja de mi espalda y, cuando fui a abrir la boca, otro agujonazo agudo me dobló en dos.

Luis me tomó en brazos sin dilación y enfiló de vuelta por el camino tableado hacia el paseo marítimo, rumbo a la moto que había estacionado en una calle transversal, pero yo le pedí que se detuviera.

Se sentó conmigo en su regazo en el murete cercano a la torre de San Vicente, dentro de los jardines. Y me abrazó con fuerza, acunándome.

—Es la espalda —mascullé entre dientes.

—Deja que la mire, quizá sean contracturas.

—No —proferí—. Ese dolor no es mío.

El sufrimiento regresó, tan intenso que estuve a punto de perder la conciencia.

—¡Elisa! —su tono asustado reverberó entre los pinos, aleteando entre sus hojas y llevándome a un lugar extraño.

Parpadeé confusa y aquel jardín se convirtió en una gran sala revestida en mármol, con grandes columnas, arcadas y arbotantes. Un gruñido sufrido me sobresaltó. A mi lado, una mujer atada a una columna era azotada con un látigo; tenía la espalda ensangrentada y me miraba con tal intensidad que me secó la garganta. Su dolor era el mío, y entonces grité aterrada...

Luis me abrazó sofocando mis espasmos. Sus latidos eran rápidos y su respiración agitada.

El dolor dio paso a un escozor soportable, pero la sensibilidad en la piel de mi espalda hacía que hasta el suave algodón de mi camiseta me molestara.

—Creo que ya ha pasado —murmuré contra su cuello.

Él me separó de su pecho para inspeccionar preocupado mi rostro.

—¡Santo Dios, me has dado un susto de muerte! —exclamó todavía angustiado.

—Ha sido azotada —argüí recuperando aún el resuello.

—Déjame ver tu espalda.

Me puse en pie mareada y Luis me subió la camiseta. Sentí las yemas de sus dedos paseando por mi piel con extremada delicadeza. Lo oí exhalar un gemido asombrado y, acto seguido, su boca punteó de besos mi piel.

Cuando me volví, encontré una expresión conmovida en su faz. Una mirada húmeda y un gesto que danzaba entre la culpabilidad y la excitación.

—Es... Dios, es... Joder, es asombroso... —musitó conmocionado—. He podido ver cómo se desdibujaban en tu piel unas brechas sanguinolentas hasta desaparecer por completo.

Se pasó las manos por el rostro siguiendo el movimiento hasta abarcar toda su cabeza, echándose el pelo hacia atrás. Su verde mirada se oscureció preocupada, su ceño se frunció y en la marcada línea de su mentón titiló nervioso un músculo.

—La brecha se está abriendo, Elisa, y temo... temo que ambas realidades converjan, y entonces... entonces no sé qué ocurrirá.

Sus manos, nerviosas, jugaron con un colgante. La perla de cuarzo que le había visto aquella noche en el rompeolas pendía ahora de una cadena de

plata. Sentí la necesidad de tocarla, y lo hice.

—Tengo miedo —confesé, todavía trémula e impactada por las dimensiones ciclópeas que estaba adquiriendo aquel asunto.

—Yo también —profirió afectado—, pero por ti.

Le acaricié la mejilla lentamente para destensar su rictus contraído. Casi pude ver cómo sus pensamientos se atropellaban en un carrusel de teorías y soluciones que imaginaba manejaba en su mente, buscando encontrar la mejor manera de enfrentar aquella descabellada situación.

Me senté abatida a su lado. Y entonces recordé el motivo para acudir al rompeolas.

—Dijiste que ya sabías por qué me estaban siguiendo.

Luis dejó escapar un largo resoplido para tomar luego una profunda bocanada de aire antes de contestar.

—Vamos al rompeolas, hay mucha gente en el paseo. ¿Puedes caminar?

—Sí, estoy ya perfectamente, pero ni me atrevo a imaginar cómo estará Isabet. —Hice una pausa y esboqué una sonrisa tirante en una mueca burlesca. Era mi modo de liberar la tensión de una vivencia difícil de gestionar—. ¡Dios, es tan surrealista! Me resulta todo tan irracional, tan inconcebible, que temo haber perdido el juicio. Tengo otra vida, en otro plano existencial, en una realidad paralela separada por varios siglos de distancia. Vamos, que esto empieza a parecerse peligrosamente a los mundos de Lovecraft.

—En tal caso, esperemos no ver salir del mar a ninguna criatura lovecraftiana; ahora mismo no recuerdo ningún pasaje del *Necronomicón* para devolverla al fondo —repuso con sorna.

—Francamente, a estas alturas, hasta empiezo a creer en las leyendas que circulaban sobre ese libro —musité caminando a su lado.

—El *Necronomicón* lo escribió H. P. Lovecraft —expuso tomando mi mano y mirando receloso hacia atrás—. Aunque muchos piensan que en realidad fue escrito en torno al siglo VIII por un árabe loco llamado Abdul Alhazred, con lo que el autor logró de ese modo que la ficción transgrediera la realidad, desatando toda una persecución obsesiva por encontrar el original. Un libro peligroso, decían, repleto de fórmulas mágicas para invocar lo sobrenatural, además de insinuar un particular conocimiento de la relación

espacio-tiempo. Eso fue lo que llamó mi atención.

—Por eso me ha venido a la cabeza —mascullé—. En algunos de sus relatos, los personajes daban saltos dimensionales, e incluso había guardianes que controlaban «los viajes».

—Siempre me pregunté qué mierda fumaría Lovecraft —comentó Luis burlón.

Sonreí y agité la cabeza.

—Un alucinógeno, fijo.

Bajé la vista, todavía abrumada por la experiencia sufrida, intentando apartar aquellas vívidas sensaciones de mi mente. No podía dejarme sumir por el pánico, debía tener la cabeza fría para intentar racionalizar de algún modo aquella sinrazón. Debía anclarme bien a la realidad, porque en mi fuero interno me aterraba perder mi identidad, mi vida, cuanto conocía, para abocarme a un mundo desconocido y hostil. Mi yo del pasado era sin duda una mujer curtida a fuego y dolor, forjada en una vida dura. En comparación, yo me sentía afortunada. Miré a mi derecha y lo encontré mirándome.

—Eh, nena...

Apresó mi barbilla y acercó su rostro al mío. De inmediato, como si los polos opuestos de un fuerte imán gobernaran nuestras bocas, sentí aquel influjo poderoso que me impelía hacia él. Me mordí el labio en un vacuo intento por resistirme.

—Todo irá bien, no dejaré que nada malo te pase.

Su voz, grave, rasgada y susurrada, fue una caricia para mis sentidos.

Asentí.

Sus penetrantes ojos verdes aceleraron mis latidos.

—Estoy aquí, y pasaremos por esto juntos. Toda mi vida se concentra en este punto, aquí y ahora, a tu lado. No me iré sin saberte a salvo.

Mi garganta se cerró ante aquella posibilidad.

Luis vio la incipiente humedad en mis ojos y apretó los dientes, reprendiéndose en un gesto su última acotación.

—¿Cuánto... tiempo te queda? —pregunté imprudente, luchando contra el llanto que me escocía en la garganta y me abrasaba los ojos.

—El suficiente —respondió seco.

Se apartó molesto y aceleró sus pasos, tirando de mí. Su actitud hosca hizo que me sintiera mucho peor.

—Lo siento, no debería... Soy imbécil, perdona.

—Tranquila —profirió torvo—. Y, cuando yo no esté, seguro que el buen doctor te cuidará gustosamente.

Me detuve y me desasí brusca de su mano.

—No necesito que nadie me cuide —repliqué subiendo el tono. Sentí que esa llama que giraba en mi interior, producto de emociones que no lograba aplacar, comenzaba a centrifugar peligrosamente.

—Mejor para ti, pero ahora nos necesitamos.

Entonces comprendí que él pensaba que yo sólo me preocupaba de mi bienestar y que temía quedarme sin su ayuda. Pero ¿cómo decirle que se equivocaba sin confesarle que..., Dios..., lo amaba?

Aquella certeza terminó de estrujarme el corazón. Ya no podía engañarme más, ya no podía eludir aquel sentimiento, que, cobijado en el rechazo, había ido creciendo hasta desbordarme por completo.

—Luis, joder, me importas.

Aquella frase fue todo el valor que encontré para mostrarle mis sentimientos.

Me observó detenidamente. Su rictus imperturbable me inquietó. Pareció debatirse tras aquel escudo impenetrable, que titubeó un instante con lo que parecía una chispa emotiva, pero pereció finalmente a favor de un gesto duro e indiferente.

—Si eres lista, y sé que sí, no dejes que vaya a más —recomendó en tono grave.

Estaba claro que era la mujer más estúpida del universo.

—Espera, que le doy al *off* a mi corazón —palmeé furiosa mi pecho—. ¡Ya está! ¡Soy jodidamente lista y práctica, tranquilo, capullo!

Su gesto se endureció. En sus ojos bailaron lenguas de fuego. Se plantó frente a mí con porte rígido y apretó los puños furioso.

—¿Crees que es fácil para mí? —vociferó alterado—. ¿Crees que no lucho, joder?

—¿Por eso te alejaste de mí?

—¡Sí, maldita sea! —bramó fuera de sí—. Por eso tengo que aguantar que el puto médico te bese, te abrace, te proteja. ¡Por eso tengo que convencerme de que es lo mejor, de que haces bien dejando que te seduzca, aunque sólo tenga ganas de reprochártelo y de partirle a él la cara!

Bufó iracundo y se volvió dándome la espalda. Se pasó las manos por el pelo y comenzó a caminar a grandes zancadas hacia el rompeolas.

Boquiabierta, permanecí inmóvil, asimilando lo que escondía realmente su apasionado exabrupto.

Al cabo de unos segundos, caminé tras él con el corazón latiendo desbocado en mi pecho y una firme determinación. Luis se sentaba ya sobre las rocas más planas, abrazándose las rodillas mientras miraba absorto el horizonte líquido que se extendía ante nosotros. Tomé asiento a su lado y respiré hondo.

—Yo no puedo ordenarle a mi corazón sentir o no sentir, como tampoco puedo decirle por quién hacerlo —comencé pausada.

—El doctor no te es indiferente, sólo dale tiempo. Es un cabrón con suerte.

—Ni en mil vidas podría hacerme sentir lo que sólo tú consigues con una sola mirada —reconocí enardecida.

Cerró los ojos con semblante sufrido. Sus labios se oprimieron y su gesto se contrajo mientras combatía con sus propias emociones.

—Luis...

—No, no digas nada más, por favor —me interrumpió cortante.

—Te quiero —confesé vehemente.

—Nena..., no...

Su expresión mortificada se me clavó en el alma. Intentaba protegerme, pero ya era demasiado tarde. Y lo que debía hacerle entender es que cada segundo a su lado era una rosa floreciendo en un pecho que creí marchito e inerte.

—¿Sabes? Quizá no sea la mujer más lista del mundo, pero sí la más afortunada. Sentir esto es un regalo. Me has devuelto a la vida, y yo... nunca podré agradecértelo suficiente.

—Joder... —se lamentó con voz quebrada.

Cerró los ojos, pero no pudo encerrar en ellos las lágrimas que ya

brotaban liberadas recorriendo sus mejillas. Se cubrió el rostro con las manos.

Lo abracé liberando mi propio llanto. Y aunque él al principio mantuvo su distante pose, todavía batallando con la decisión de alejarme, finalmente claudicó. Abrió los brazos, me cobijó en ellos y apresó mi boca con una urgencia que incendió mis sentidos.

Fue un beso con sabor a lágrimas, aderezado con rabia, con dicha, con fuego, al servicio de dos corazones rebosantes de un amor condenado por el tiempo.

Su «Te quiero» afloró sin voz, pero tan ensordecedor que se grabó en cada fibra de mi ser, perforándolo, como las tiras de papel en el cilindro de una caja de música, haciendo sonar una melodía que oiría por siempre en mi interior mientras yo viviera.

Cuando logramos apartarnos, nuestros ojos se engarzaron ratificando lo que nuestros corazones gritaban alborozados.

—No importa cuánto te alejes —susurré contra su boca—, estás ya muy dentro de mí.

—Ya no distingo si este vínculo lo forjaron ellos o nosotros, o el destino —murmuró trémulo—. Sólo sé que ahora mismo el corazón me estalla en el pecho, que no importa el tiempo que lata en él, sino la intensidad con que lo hace. —Tomó mi rostro entre las manos. Sus húmedos ojos verdes centellearon apasionados—. No sé qué pasará con nosotros, Elisa, no sé adónde nos llevará esta locura, pero sí sé algo, y es que, vaya a donde vaya, mi alma está enlazada a la tuya en otras mil realidades. Quizá porque una sola vida no es suficiente para quererte como mereces.

Cerré los ojos, completamente embargada por una emoción intensa que constreñía mi garganta y encogía mi corazón. Sentí su boca secando a besos los regueros de lágrimas que surcaban mis mejillas.

—Debería haber sido más fuerte —se lamentó—, pero no pude contener la pujante atracción que sentía por ti.

—Yo, en cambio, me arrepiento justo de haberlo sido —musité abriendo los ojos para embeberme de su expresión—. El miedo a sufrir me impedía abrirme.

—¿Y ya no tienes miedo? —preguntó.

—Claro que lo tengo, pero no a sentir, no a amar como lo hago. El sufrimiento es parte de la vida, darle la espalda es negarte a vivir. Y se acabó la cobardía. Sin riesgo, no hay victoria, y yo ya gané.

Guardó silencio un instante, perdiendo de nuevo la mirada en la ondulante superficie del mar. Admiré su perfil, deseando eliminar a besos ese ceño que se negaba a desaparecer.

—Necesito que me prometas algo.

Volvió su rostro hacia mí. Su expresión grave se tiñó con un deje ansioso que me inquietó.

—Dime.

—Quiero que me prometas que cuando... yo me vaya seguirás tu vida con la misma fuerza y entereza que ahora veo en ti. No quiero que te ancles a los recuerdos ni que te escondas de nuevo del mundo, sino que sigas abriéndote a él. Que no te cierres al amor ni a otros hombres y que vivas una vida plena... por mí.

Asentí forjando una expresión firme y resoluta, a pesar de saber que tardaría mucho en salir de aquel pozo, si acaso lo lograba.

—Bien, y si no cumples tu promesa, volveré del más allá para atormentarte.

Enarcó una ceja suspicaz, componiendo un mohín amenazador acompañado de una sonrisa burlona. Gracias a eso, pude esconder un conato de llanto tras una risa extraña, pero que logró tranquilizarlo y arrancarle una sonrisa más ligera.

—No sé si sabes que esa bravuconada fantasmagórica me resulta tentadora.

Esconder el dolor en comentarios socarrones era un modo de normalizar una situación desgarradora que amenazaba con precipitarme a un abismo de congoja y desolación que debía evitar a toda costa, y más aún en su presencia.

—¿Has agotado todas las posibilidades, incluso algún tratamiento experimental?

Luis apretó con fuerza la mandíbula y compuso una mueca incómoda.

—Todas —respondió escueto.

Resultaba patente que no le agradaba hablar del tema. Pero mi curiosidad

fue más poderosa e irreverente que mi sentido común.

—¿Y has contrastado opiniones...? —Me detuve. Su rostro se tornó admonitoriamente sombrío—. Quiero decir si...

—Sé lo que quieres decir —interrumpió hosco.

Respiró hondo y sacudió la cabeza antes de volverse hacia mí y tomarme por los hombros.

—Escúchame bien, Elisa, mi caso no tiene solución médica. Si la tuviera, quizá yo no habría llegado tan lejos con esto. Pero incluso siendo esto mi última y excéntrica oportunidad, no hay ninguna garantía de éxito. En realidad, en mi desesperación, no se esconde una esperanza real, pues la parte racional de mi cerebro sigue pensando que esto es simplemente el puto desvarío de un hombre desahuciado que se agarra patéticamente al último y desquiciante resquicio de vida que cree tener.

Hizo una pausa, exhaló un frustrante y derrotado resoplido, y apretó los labios en un mohín obstinado.

—Elisa, no quiero que albergues ninguna esperanza sobre mi curación.

—Pero tú tienes una teoría y un plan —repliqué testaruda—. Me convenciste para ayudarte a contactar con tu otro yo para que dejara de sembrar mierda en tu karma. Para que intentara cambiar vuestros destinos desde su plano existencial, imagino que porque crees que todo esto no es sólo culpa tuya, sino de él. Pues, por mucho que tú trates de saldar tus deudas con el destino, él no lo hace, y te aferras a hacerle saber que debe cambiar de algún modo. Es así, ¿no?

—Como bien dices, son teorías, posiblemente absurdas, pero muchas lo fueron hasta que se comprobaron. Y, la verdad, no tenía nada mejor que hacer. —Se encogió de hombros y añadió—: No soy hombre de quedarse de brazos cruzados esperando a la parca. Prefiero remangarme y darle un buen derechazo cuando aparezca, aunque lo esquive y me tumbe.

Reprimí un escalofrío, pero no mis ganas de abrazarlo.

—Cierto, eres muy peleón —musité, acariciando su mejilla con el corazón todavía trémulo y los sentimientos a flor de piel—. Aún no me has dicho con qué puño se estrelló tu cara.

—Con uno que ahora tendrá vendado con algún hueso roto. No sé lo que le

pagarán, pero te aseguro que se va a dejar el sueldo en la farmacia.

Sonreí maravillada. Su ingenio chispeante lograba colorear hasta el ánimo más gris. Adoraba su sentido del humor y, además de resultarme admirable, acentuaba su rotundo magnetismo natural.

—No lo dudo, eres un gran púgil —reconocí besando la brecha de su sien—. ¿Cómo fue?

—Pensaba que sólo te seguían a ti, pero no. También destrozaron el estudio donde me alojo. Perseguí al tipo que pillé saltando de mi ventana, corrí un buen trecho tras él y logré alcanzarlo.

—¿Le viste la cara?

—Llevaba pasamontañas, pero se lo arranqué para firmarle la mejilla.

—¿No lo llevaste a la policía?

—Se escapó cuando me golpeó y caí. Pero, sí, le vi la cara.

—¿Y no piensas denunciarlo?

—No. La policía no podrá ayudarnos.

—Has dicho que ya sabes por qué van tras nosotros —le recordé.

Asintió. Su expresión se agravó y su mirada se oscureció, perdiéndose entre las suaves olas que lamían perezosas los oscuros bloques de piedra del rompeolas.

En el cielo, gruesas y oscuras nubes se apretaban algodonosas parapetando un sol oculto que pugnaba pertinaz por asomar el rostro, reclamando su protagonismo. En aquel instante, brilló con fuerza, y unos definidos haces dorados se abrieron en abanico en lo que en arte llamaban *rompimiento de gloria*. No sé por qué recordé la obra de El Greco, en especial, *La anunciación*. La estampa adquirió un notable matiz místico que nos cautivó por un largo instante. Los rayos solares reverberaron en la superficie del mar, arrancando destellos de oro.

—En prisión, me trató el psiquiatra del centro —comenzó—. No fui un paciente muy fácil, la verdad. Estaba tan abrazado al dolor y a la culpa que no quería que nadie me los arrebatara. Éstos se convirtieron en una especie de boya dañina, llena de espinas que se me clavaban y me hacían sangrar, pero que al mismo tiempo impedía que me hundiera en el vacío más aterrador. Otra boya a la que me aferré fue la investigación y la física cuántica. Pasé la mayor

parte de mi tiempo en prisión con la nariz enterrada en los libros.

—Sé de lo que hablas —musité tras un suspiro.

Me miró ahondando en mis ojos y dibujó en sus labios una sonrisa cómplice.

—Es curioso, jamás pensé encontrar a alguien que entendiera cómo me siento. Sólo una persona que haya vivido un trauma similar puede entenderme, y aunque agradezco sentirme comprendido por primera vez en la vida, lamento justamente eso mismo, por la parte que te toca.

Esta vez fui yo la que se encogió de hombros.

—El caso es que, como no respondía a terapia, decidió hacerme una hipnosis para destrabar el trauma y liberar mis demonios.

Fui a replicar cuando él alzó la mano deteniendo mi interrupción.

—Sé lo que vas a decirme. Ya llegaré a eso —apuntó ante mi asombro—. Me sometió a varias sesiones, pero, según él, ninguna dio frutos. Así que digamos que tiró la toalla conmigo, aunque insistió en que acudiera una vez por semana a su consulta. Y, bueno, me alentaba a hablar sobre lo que más me apasionaba, la física. Recuerdo que mencionó que su hermano también era físico. Trabajamos cierta amistad, y cuando salí de la cárcel solía llamarme para saber de mí.

—No entiendo qué tiene que ver...

—Luego comencé a tener las visiones y a verte en ellas —prosiguió—, y entonces empecé a buscarte. Como te dije, tengo un amigo en la policía que hace retratos robot, con mis indicaciones te calcó y, por descarte, te metió en la base de datos y, bueno, ante nuestro asombro, apareciste con el cargo de homicidio voluntario con el atenuante de enajenación mental transitoria a la edad de quince años. No fuiste a un correccional de menores, pero sí a un centro psiquiátrico del Estado, donde se te trató durante tres años. Logré incluso acceder a los expedientes de ese centro. Y leí tu caso.

—Eso es... información confidencial —balbuceé frotando nerviosa las palmas de mis manos, un gesto que antes practicaba de manera convulsa y que había logrado erradicar, dejándolo atrás, junto a aquella joven que tanto se odiaba a sí misma cuando por fin me dieron el alta.

—Siento la intromisión a tu privacidad, pero era necesario. Tenía que

saber quién eras, y qué nos unía. Y, desde luego, si mi vida fue dura, la tuya no le fue a la zaga. Pero cuando te encontré y te conocí, vi una mujer con un armazón de hierro escudada del mundo. No habías conseguido superar tus traumas, te habías limitado a esconderlos tras un muro alto y grueso. Y, como te dije, por muy alto que sea el muro, los demonios terminan saltándolo.

—Tú sigues abrazado a tus boyas.

—No, logré soltar la de la culpa, y ahora cada vez abrazo menos la del dolor por lo ocurrido —aclaró alzando la vista al espectacular rompimiento de gloria, que, en verdad, parecía una batalla entre la luz y las sombras, derramando sobre el mar cierto toque divino que invitaba a la solemnidad y a la introspección—. El pasado duele —continuó—, incluso si no es oscuro, pues nos apresa en la nostalgia y nos roba atención en el presente. Pero si además es oscuro, es como un veneno ponzoñoso que termina devorándonos si no lo soltamos a tiempo. Se trata de no mirar atrás, de sentirnos orgullosos por haber superado los duros trances vividos, de matizarlos con aspectos positivos para poder soportarlos. El orgullo, la fortaleza, el perdón..., emociones positivas que al final terminan llevándose las negativas, liberándonos así de los demonios. Alguno suele regresar de visita alguna descuidada noche, pero termina yéndose si no le prestamos mucha atención. Porque eso es lo que buscan, para volver a atraparnos.

—Entonces tuviste mejor psiquiatra que yo —dije afanada en sujetar la puerta de los recuerdos, que retemblaba peligrosamente.

—Tuvimos el mismo.

Lo contemplé anonadada.

—Ese dato me llamó poderosamente la atención, y más tras leer en tu expediente que también habías sido sometida a varias sesiones de hipnosis, que, curiosamente, tampoco dieron resultados.

—¿Conoces al doctor Ramos? —inquirí sorprendida.

—Félix Ramos, sí, hermano de Martín Ramos, un prestigioso investigador en el campo de la física cuántica.

—Demasiadas casualidades, ¿no? —murmuré suspicaz—. ¿Y a qué conclusión has llegado?

—A que nuestras hipnosis sí dieron sus frutos —respondió misterioso—.

Frutos compartidos, además.

CAPÍTULO 33

DEMONIOS SALTANDO MUROS

Finalmente, las combativas nubes formaron un escudo infranqueable haciendo capitular al sol, que retrocedió ante aquel hostil empuje. Las sombras se cernieron sobre el mar apagando sus destellos, extendiéndose hasta la costa acompañadas de un viento frío y huraño. Un escenario perfecto para que los demonios escaparan de sus escondrijos, dispuestos a hostigarme.

Recordar mi estancia en aquel centro psiquiátrico me provocó escalofríos. Me abracé a mí misma y, en el acto, unos brazos me rodearon acercándome a un pecho cálido y fuerte. Y era aquello lo único que yo habría necesitado entonces, un simple abrazo, y no medicación, ni terapia, ni reclusión, ni aislamiento, ni largas y tediosas peroratas sobre mi estado, ni consejos terapéuticos ni escarbar en mi mente con la intención de curar lo que un largo abrazo sentido habría sanado.

Estar rodeada de pacientes con severas enfermedades mentales te obligaba a retrotraerte en tu propio mundo interior para evitar dejarte arrastrar por la locura ajena. Yo, como él, me sumergí en la lectura, en los mundos que otros creaban para poder esconderme del mío, para poder vivirlos sin riesgo alguno. Y así fue como logré esquivar la demencia y los recuerdos.

De los que pasé interna, el peor de todos fue el día que murió mi compañera de cuarto. Jamás podría olvidar aquella noche en que me

despertaron unos extraños gemidos rasgados, que eran en realidad lúgubres estertores que creí producto de mi imaginación. Las pastillas que me daban para dormir me anclaban a un sueño profundo plagado de pesadillas dantescas. A la mañana siguiente, la encontré muerta en su cama. Se había metido trapos en la boca y amordazado con varias vendas que había atado precipitada pero concienzudamente. Ella había elegido una evasión más definitiva.

A partir de ese día, fingí tomarme la medicación para escupirla en el lavabo cuando la enfermera se marchaba. Sin ella, podría haberla salvado; sin ella, las noches eran más largas, pero al menos reconocía a mis demonios.

A veces me levantaba con un regusto ferroso en la garganta y veía mis manos manchadas de sangre. Y, por mucho que me las lavara, la sensación pegajosa permanecía en mis palmas, motivo por el cual desarrollé la obsesiva manía de frotarlas sin parar, entre sí, en mi ropa, en cualquier parte. Había días en que ni siquiera recordaba el rostro de mi madre. Mi mente había decidido olvidarlo como un mecanismo de defensa, pues, al evocarla, sólo veía una mirada inerte y sin vida, y la palidez mortal de su rostro. Su cara era la entrada directa a mi infierno particular. Y lo que aquella horrible noche ocurrió no podía definirse de ninguna otra manera.

—¿Cómo conociste a Julia? —preguntó Luis de pronto.

—Por Dios, no me digas que sospechas de ella... Creí que te gustaba.

—Y me gusta, lo que no me gusta es dejar cabos sueltos —arguyó pragmático.

—Fue la asistente social que me ayudó a integrarme. Me buscó un lugar donde vivir y me facilitó un trabajo. Desde entonces, ha sido una madre para mí.

—O sea, que conoce tu pasado.

—Ella también tuvo acceso a mis expedientes —revelé sin ocultar un deje disgustado en mi tono.

—¿Quiere eso decir que no le has contado de primera mano todo por lo que has pasado?

Inhalé una gran bocanada de aire y negué con la cabeza ante el mudo asombro de Luis.

—No me hace bien hablar de ello —justifiqué—. Ella siempre me respetó. E incluso dándome consejos, pasaba de puntillas por el tema, temiendo herirme.

Se limitó a asentir, pero frunció los labios pensativo.

—Con lo cual, sólo te has abierto en las sesiones con el doctor Ramos.

—Tampoco —musité tímida.

Esta vez, su asombro se convirtió en incredulidad.

—¿Qué clase de terapia usó contigo? Por lo general, intentan sacar a la luz los traumas para liberarlos.

—Justo eso, lo intentó, pero yo no cooperé. Me negaba a hablar. En una de las sesiones en que insistió demasiado, sufrí una crisis nerviosa y tuvieron que sedarme. Desde entonces dejó de insistir y me permitió enterrar los recuerdos. Sí que trabajó mi confianza y mi positividad, para ayudarme a integrarme en un mundo que me aterraba.

Luis me miró rezumando una compasiva ternura que hizo que el muro de contención se sacudiera. Al otro lado, intentaban saltarlo.

—Pero el doctor Ramos encontró una manera de hacerme hablar, ¿no es así? —murmuré comenzando a entender muchas cosas—. Mediante la hipnosis. Resulta paradójico que luego yo misma le pidiera que la utilizara para hacerme olvidar.

Asintió y acarició suavemente mi mejilla. A punto estuve de acompañar aquel gesto con un movimiento de adhesión a su mano, como lo haría un gato mimoso.

—La hipnosis es la puerta de atrás de nuestra mente. No debemos permitir que cualquiera tenga acceso a ella —opinó retirándome un mechón tras la oreja.

Seguramente no tenía ni idea de cómo aquellos cariñosos gestos se estaban grabando en mí ni de cómo devastaban mis escasas defensas. Como bien había dicho él, no se sabía cuánto frío se había sentido hasta que se probaba el calor.

—Abrir nuestra mente a un desconocido es toda una temeridad —prosiguió—, por muy profesional que sea, pues ni siquiera nosotros mismos somos conscientes de lo que realmente escondemos en ella. Por no mencionar que puede acceder a recuerdos e incluso manipularlos con la debida sugestión.

Es todo un riesgo, pero si, además, es alguien que busca algo en particular y que formula las preguntas adecuadas, está robando algo que nos pertenece para su beneficio, convirtiéndonos en sus cobayas particulares.

—¿Eso fuimos? —pregunté preocupada.

—Eso somos —corrigió para mi completa consternación—. Seguimos recorriendo el laberinto que construyeron para nosotros. Pero, aquí, la presa principal eres tú. Tu capacidad para conectar con tu otro plano existencial es mayor. Justamente por tu sufrimiento.

—No entiendo qué tiene que ver lo que viví con esto. Ni por qué les interesa que yo conecte. Creí que sólo te concernía a ti, y esto ya está adquiriendo dimensiones conspirativas que ponen la guinda surrealista a toda esta historia.

—Vayamos por partes —propuso—. Está científicamente demostrado que el trastorno postraumático genera un conflicto en la psique, abre una herida y entonces la mente activa todos los mecanismos de defensa para protegerse. La memoria no puede borrarse, así que opta por empujar los recuerdos hacia el inconsciente y, una vez arrinconados, construye un muro y pone guardianes. Los guardianes dan la voz de alarma cuando un recuerdo asociado al trauma hace peligrar el muro, y entonces libera de inmediato una sensación angustiada para obligar a que ese recuerdo asociativo sea también apartado al inconsciente, dejando una laguna en su lugar. Si algo duele, lo apartamos. Acción-reacción. Es infalible.

Ahora ya sabía por qué había olvidado el rostro de mi madre.

—Pero has dicho que al final todo eso se acaba derrumbando, que es mejor liberarlos y lidiar con ellos —recordé confusa.

—A eso voy —prosiguió paciente—. Todo ese entramado concienzudo de nuestra psique se cobra un precio. Nos desgasta. La mente se agota y entonces se corre el peligro de que todo lo que tanto se esforzó en encerrar salga de golpe, aniquilándonos. Lo ideal sería ir liberando demonios de uno en uno para poder combatirlos sin riesgos. —Tomó aire y acarició mi mentón—. Bien, eso por un lado. Ahora vamos a lo que nos ocupa. Tras entender con esto cómo funciona nuestra mente, ya habrás adivinado que los traumas la transforman. Y es esa transformación lo que facilita que se abra una brecha en

nuestro inconsciente. Al abrirse para guardar recuerdos dolorosos, también existe la posibilidad de que escapen otras cosas.

—¿Otras cosas? —repetí intrigada.

—Sí, recuerdos de otra vida, pero no de una vida pasada, sino de una simultánea a ésta. Y eso es justo lo que buscaba el doctor Ramos. Se asomó a esa brecha abierta y encontró lo que buscaba tan ansiosamente: tu otra realidad. Por eso trabajaba en un centro psiquiátrico, nada mejor que pacientes con trastornos de todo tipo, y, sobre todo, postraumáticos para poder tener acceso a sus mentes. También colaboraba en centros penitenciarios cuando los casos que le llegaban llamaban su atención, como fue el mío. Y tuvo la gran fortuna de encontrar recuerdos comunes en dos individuos muy distintos que ni siquiera se conocían. Aunque no fue capaz de relacionarlo hasta que me vio contigo. Tengo la sospecha de que llevan vigilándote desde que saliste del centro. Y eso es porque tiene grandes esperanzas depositadas en ti, en poder demostrar contigo como prueba la teoría de su hermano. Una teoría científica que hasta podría valerle el Nobel y el reconocimiento mundial, algo que revolucionaría el mundo y que tendría un alcance inimaginable.

Mientras intentaba asimilar toda aquella información, que, a pesar de sonar convincente, seguía pareciéndome delirante, una cuestión la desmontaba en su totalidad.

—Pero si, para ellos, yo soy la base de su teoría científica, su cobaya o su maldita prueba viviente, ¿por qué demonios intentaron matarme?

—No querían matarte.

Lo miré boquiabierta.

—Tú mismo lo presenciaste —repliqué aturdida.

—Lo que buscaban era provocarte un nuevo trauma. Los pacientes que han tenido experiencias cercanas a la muerte relatan que vieron toda su vida pasar ante sus ojos. Y eso era lo que buscaban: llevarte a ese estadio, y que esa otra vida floreciera como un geranio en primavera. Que tú buscaras de nuevo la ayuda de tu psiquiatra, y él, así, pudiera acceder de nuevo a tu mente, para ver..., para extraer.

Entonces recordé aquella mañana en mi casa tras el alta hospitalaria, con

la firme intención de mandarle un e-mail al doctor Ramos, mi psiquiatra. Un momento... ¡Se lo había mandado!

—¡Dios santo! —exclamé sobresaltada—. Le mandé un correo, y con todo este lío lo había olvidado.

—Comprueba tu e-mail.

Extraje mi móvil de la chaqueta y abrí la aplicación de Gmail.

En efecto, tenía un correo de respuesta, el mismo día, además.

—Me pide que elija cita, que está a mi completa disposición.

Luis apretó los dientes, su mandíbula se tensó.

—Respóndele y dile que necesitas urgentemente una sesión de hipnosis.

Tragué saliva y asentí. Cuando le di a «Enviar», sentí una aguda aprensión.

—Tranquila, no voy a dejarte sola —aseguró protector.

Asentí con semblante inquieto y Luis me abrazó de nuevo.

Al ceñirme a su pecho, su colgante presionó el mío. La perla de cristal de cuarzo parecía emitir calor, algo que me sorprendió. Me retiré y la atrapé entre los dedos, maravillándome de su tersa calidez. Sentí una pequeña descarga eléctrica, apenas un cosquilleo, y me pareció ver un pequeño destello azulado en su interior. Gemí hechizada y miré asombrada a Luis.

—Termoluminiscencia —recordó—, pero nunca había brillado conmigo. Creí que necesitaría más temperatura para que ese efecto emergiera. O tu temperatura corporal es muy alta, o te está eligiendo a ti.

Fruncí el ceño ante aquella insólita reflexión.

—¿Las piedras eligen a la gente? Creí que era al revés.

—Eso nos hacen creer —respondió con una sonrisa—. Pero, aunque lleves idea de comprar una piedra en particular en un mercadillo, normalmente medieval, o en una feria de artesanía, tú miras entre ellas y al final tu vista se detiene en una, quizá no es la más bonita, y puede que ni la que estabas buscando, pero te atrapa y la compras. La piedra llamó tu atención, te eligió. Es así.

Se quitó el colgante y me lo pasó por la cabeza.

—Pero es tuyo..., lo necesitas.

Y entonces rememoré las características del cuarzo que él mismo me había explicado. Una de ellas era la de sanación. Hice ademán de devolvérselo,

pero me lo impidió.

—Nada ya puede hacer por mí. Mi insensata esperanza está en otra parte, ya lo sabes —afirmó.

De pronto pareció acordarse de algo.

—Espera —musitó.

Tomó de nuevo el colgante y descendió cauteloso por los bloques de piedra hasta el nivel del mar. Se inclinó cuidadoso y hundió la perla en el agua, manteniéndola sumergida un largo instante. Luego se incorporó y la sacó, regresando a mi lado.

—Ahora ya está purificada y lista para ti.

La pasó reverencial por mi cabeza y dejó caer en mi pecho la cadena de plata que la sujetaba.

En aquel preciso instante, y como si todo estuviera orquestado por un tramoyista invisible en una escena mágicamente teatral, un rayo de luz solar escapó impetuoso de su cárcel de algodón gris para incidir justo en mi pecho. La desvaída luz que refulgía en el interior de la esfera de cristal de roca se intensificó sobrecogedoramente.

Dejé escapar una abrupta exhalación alarmada y Luis agrandó demudado los ojos. Ambos manteníamos la vista fija en la perla, y entonces mi mente se abrió ante aquel brillo cegador...

Unos golpes me despertaron.

Me levanté sobresaltada y salí de mi cuarto al pasillo. Un chillido sofocado, nuevos golpes y aquella voz que yo tanto detestaba. Estaba ocurriendo de nuevo.

Cerré los ojos contrita y apreté con fuerza los dientes. Paralizada por el terror y por una firme advertencia de mi madre: «Oigas lo que oigas, Elisa, no salgas de tu cuarto. Fernando y yo sólo jugamos a cosas de mayores». Pero esos juegos de mayores los había conocido yo de sobra a los once años. Sólo que a mí no me pegaba.

Titubeé en el umbral de su alcoba. Ya no era una niña, ya estaba harta, y ya sabía lo que ese animal hacía con mi madre cuando se emborrachaba. Y, aunque ella, con el rostro amoratado, siempre lo negaba al día siguiente,

todavía lo defendía cuando yo le suplicaba que nos marcháramos lejos. Inexplicablemente, lo quería, e inexplicablemente yo la quería a ella y hacía lo mismo que ella hacía con él: la justificaba.

Quizá si ella se enterara de lo que esa bestia repulsiva me hacía..., pero no. La mataría y luego me mataría a mí. La única manera de escapar era huir de él, y, por desgracia, también de ella. Y ésa era mi meta, ahorrando cuanto podía trabajando de camarera, repartidora y cosas por el estilo. A veces, el malnacido descubría dónde guardaba mis ahorros y me los quitaba para gastarlos en alcohol. Pero yo había logrado encontrar el lugar perfecto, en el cajón de la persiana de mi cuarto. Y ya casi estaba lista para desaparecer.

Me di la vuelta rumbo a mi habitación cubriéndome las orejas con las manos. Pero a cada paso que daba los gemidos de dolor, los golpes y los insultos misóginos incendiaron en mi interior una llama de odio tan virulenta que detuvo mis pasos. La rabia, el dolor, la humillación y el amor que aún conservaba por mi madre fueron los que me impulsaron a ir a la cocina en busca de un cuchillo.

Lo empuñé con fuerza y, con determinación, caminé hacia la alcoba de mi madre.

Cuando abrí la puerta, la escena fue tan aberrante que me inmovilizó en el umbral.

El cuerpo de Fernando sepultaba a mi madre en el suelo. La estaba golpeando con tal saña que su rostro estaba ya cubierto de sangre y ella apenas si tenía fuerzas para detener los puñetazos que recibía. Su ropa estaba rasgada, y el animal que tenía encima la violaba con empellones furiosos. Sus silbantes gruñidos lujuriosos se intercalaban con burdas imprecaciones denigrantes.

Temblé sometida por un odio tan atroz que ni siquiera titubeé.

Me abalancé sobre su espalda y le clavé el cuchillo iracunda. No obstante, debió de dar en hueso, porque no profundizó y cayó al suelo. Fernando gritó y se volvió hacia mí con una mueca demoníaca en su faz. Entonces se abalanzó hacia el cuchillo, lo cogió y fue tras de mí. Me acorraló en una esquina y yo cogí una silla para defenderme.

No la vi venir. Pero mi madre había logrado ponerse en pie y acudía en mi ayuda. Se lanzó hacia la espalda de Fernando y comenzó a golpearlo entre rotos sollozos. Cuando él se volvió cuchillo en mano, lo hundió en su abdomen. Mi grito histérico rasgó no sólo mi garganta, sino que partió mi alma en dos.

Él la miraba completamente aterrado cuando ella se desplomó. La abrazó en el suelo y la acunó en su regazo sumido en un llanto desesperante. Yo me sacudía entre sollozos y temblores, poseída por una furia tan demoledora que no dudé en descargar la silla en su cabeza con toda la fuerza que logré reunir.

No me detuve.

Cuando él cayó hacia atrás soltando el cuerpo de mi madre, cogí una figura de bronce de la cómoda y comencé a descargarla repetitiva y salvajemente contra su cabeza, hasta que un espeluznante crujido me detuvo. La sangre inundaba la alfombra, y él dejó de sacudirse como una culebra sin cabeza.

Entre hipidos y gemidos rotos, me acerqué al cuerpo inerte de mi madre, me tendí junto a ella y la abracé. Cerré los ojos y deseé que la muerte me llevara también a mí. Aunque supe que gran parte de mí había muerto aquella noche.

Las sirenas de la policía rompieron el sepulcral silencio...

«Otra cosa rota», me dije.

Parpadeé confusa y aturdida entre los brazos de Luis por segunda vez aquella mañana. Lo miré como en estado catatónico. El doctor Ramos lo habría llamado *shock postraumático*. Y lo era.

Mi falta de reacción fue lo que más lo asustó. Comenzó a sacudirme suavemente y a susurrar mi nombre. Pero yo aún estaba lejos, en aquella extraña antesala a la realidad en la que intentaba asimilar que los demonios no sólo saltaban muros, sino que también mordían con saña.

Aquel brusco salto a mi pasado había desintegrado completamente el muro de contención, el olvido que la hipnosis había creado, pero, en lugar de aniquilarme, había conseguido algo que Luis había dicho. Me había liberado,

pues, reviviendo aquella dura noche, a pesar del vívido dolor que todavía arrastraba, supe que en la vida sucedían cosas que no podíamos controlar, que aquel miserable cabrón merecía el destino que había tenido, que la ceguera y la permisividad de mi madre también habían firmado el suyo, y que yo... yo era la víctima de ambos.

Pero no sólo era víctima, era una superviviente, una mujer fuerte que, en lugar de rendirse, había intentado encontrar soluciones. Erradas o no, había tenido el coraje de seguir enfrentando el mundo, eligiendo vivir con dolor, con miedo, con desconfianza, pero había elegido vivir, y eso ya era un acto heroico del que sentirme orgullosa.

Y ahora me enfrentaba a otro reto, uno más peliagudo y quizá más peligroso que aquél, pero, como entonces, elegía luchar, pues ya no temía al dolor. Este último era tan compañero de vida como la dicha, así como el miedo era compañero del valor, todo tenía su contrario. Había dualidad en todo. Sólo había que saber encontrar el equilibrio entre ambos.

Tomé la perla en mi mano y tuve la certeza de que también existía en el otro plano. No supe dar sentido ni fundamento a aquel razonamiento, pero la sensación de que aquella esfera de cristal era importante refulgió con fuerza en mi cabeza.

Tenía que darla a conocer a Isabet, y sólo sabía de un modo.

CAPÍTULO 34

EL LABERÍNTICO SENDERO DE LA LIBERTAD

Palacio de Topkapi, octubre de 1536

No sé el tiempo que pasé recuperándome de las heridas.

Despertaba y dormía a intervalos irregulares. A veces era de día, otras, noche cerrada, pero siempre veía a Juana tumbada en un jergón junto al mío, en el mismo lamentable estado que yo. No obstante, cuando nuestras miradas coincidían me regalaba una sonrisa acariciadora que reconfortaba.

Cuando el flamígero escozor de espalda se fue aplacando y la fiebre comenzó a remitir, fui recuperando las fuerzas y el apetito. Blanca y Dolores nos cuidaban con mimo. Y Yamila, que se había compadecido de nosotras, nos prodigaba atenciones y buenas viandas.

Según contaban, nos habíamos ganado el respeto de casi todo el harén al enfrentarnos al despotismo cruel de Aysha. También comentaban que pronto sería desterrada para que mendigara en las calles de Constantinopla. Sin belleza, lo había perdido todo, algo que me resultaba incomprensible, pues su rostro seguía siendo hermoso, y aunque en una pequeña zona sobre su oreja derecha no volvería a crecerle el cabello, había mil modos de cubrir esa calvicie, con peinados o con tocados. Sin embargo, tuve la sospecha de que, por mucho que ocultara su defecto, su fealdad la había mostrado ella a ojos de

todos, pues no había súbdito en palacio que no conociera la reyerta en el harén.

Con el paso de los días logramos levantarnos y vestirnos, y, aunque las heridas seguían tiernas, ya estaban protegidas con costrones resecos. No podíamos ejercer trabajo alguno, pues los movimientos bruscos podían reabrir las.

Aquella mañana, caminando por las galerías del harén hasta el jardín de uno de los patios, mientras pensaba cómo plantear mi huida de palacio, un nuevo dolor comenzó a aflorar de mi otro antebrazo, un dolor familiar, espectral, pues no dejaba marca alguna. Como la otra vez, subí la manga de mi túnica alarmada para encontrarme un nuevo rastro rojizo que se diluía ante mis ojos formando una nueva palabra...

Perla.

¿Perla?

Un nuevo mensaje. Y era de esa mujer que se parecía tanto a mí, y que era de un extraño mundo futuro. Una mujer que quería comunicarse conmigo por alguna razón. Quizá una hechicera que pretendía avisarme de algo o guiar mis pasos con algún misterioso fin. Pero ¿por qué se parecía tanto a mí? ¿Por qué en mi última visión había sentido a través de ella, como si lo fuera? Era como si procediera de un tiempo muy adelantado, en el que también estaba él, el falso Dragut. ¿Estarían juntos? ¿Y qué maldito sortilegio había desatado para retroceder hasta mí? ¿Sería una bruja que pretendía embaucarme? ¿O simplemente pesadillas que se materializaban estando despierta? ¿Estaría perdiendo el juicio?

Tantas preguntas y ninguna respuesta.

Acaricié meditabunda mi antebrazo y repetí en voz alta aquella palabra: *perla...* Y entonces a mi mente acudió una de cristal engarzada en una fuente. ¿Sería ésa? Había muchas perlas en las alhajas de las concubinas, en el tocado de Roxelana y en otros sitios, pero ninguna tan particular y fascinante como la de la fuente, que además era muy diferente: era de cristal. Y, curiosamente, fue esa perla la que me había cautivado con tanta fuerza. Y, además..., Dios santo..., ¡la había visto en el pecho del falso Dragut!

¡Era ésa!

Excitada y ansiosa, desanduve mis pasos con gesto decidido. No me sería tan fácil acceder esta vez a las dependencias del sultán, pero sabía quién podría ayudarme a infiltrarme en ellas.

Ya enfilaba hacia la salida del harén cuando Blanca me detuvo.

—¿Adónde vas? Todavía estás muy débil.

La miré y fue entonces cuando me apercibí de que su tripa ya se curvaba reveladora. A mi mente acudió la valoración de Ibrahim respecto al tiempo de gestación. Y en mi cabeza comenzaron a revolotear dudas como pequeñas luciérnagas iluminando la noche. En su rostro lucía la fea muestra de la envidia, y, a pesar de haber sido otra mano la que había marcado su mejilla, yo me sentía la verdadera autora.

—A la enfermería, por un remedio que necesito.

»Me apetece caminar y salir de aquí.

Blanca me miró con ternura y asintió.

—¿Te importa que te acompañe?

Su mirada suplicante podría haberme convencido de haber sido cierta mi excusa.

—Discúlpame, Blanca, pero me apetece estar sola. Además, tú no tienes permiso para abandonar el harén.

—A Yamila ya le da igual lo que haga —musitó apenada—. No le valgo ni para sirvienta.

Bajó la mirada abatida y yo me acerqué a ella para tomarla entre mis brazos. Y aunque el solo gesto de abrirlos descargó leves punzadas de dolor en mi espalda, la ceñí contra mí acariciando su suave melena dorada.

—No importa, Blanca, pronto te sacaré de aquí. Tu rostro se curará y podremos rehacer nuestras vidas —susurré en su oído.

Cuando alcé la vista, me crucé con la mirada recelosa de un eunuco, que se aprestó a disimular su interés en nosotras.

Me seguían, adiviné.

Y fue fácil pronosticar quién lo enviaba.

Cuando me separé de Blanca y alcé su rostro para que me mirara, descubrí en su expresión una mirada ansiosa.

—¿Podrás hacer algo por mí?

—Claro, lo que necesites —respondí, viendo en sus ojos lo que deseaba.

—Intenta averiguar si se sabe algo de Dragut.

Un ruego que coincidía con mi inquietud. En los momentos de conciencia, librando mi particular batalla contra el dolor de las heridas, aquel granuja acudía a mis pensamientos con molesta asiduidad. Pero, inmersa en mi convalecencia, había descubierto que rememorarme entre sus brazos, rendida al inmenso placer que me había procurado, actuaba de bálsamo curativo, pues, evocándolo, me evadía y mi mente se alejaba del dolor. No obstante, aquel paliativo conllevaba un riesgo: pasar el control a mi corazón. Algo peligroso en demasía, pues, de tanto recordar sus labios, sus caricias y sus miradas, todo mi ser acusaba su ausencia.

—Descuida, traeré noticias de él —afirmé—. Pero escúchame bien, Blanca, no albergues esperanza alguna, ya no sólo sobre su paradero, sino sobre lo que ansías de él.

La mirada celeste de la castellana se arrasó en lágrimas. Se cubrió el largo tajo tierno de su mejilla con la mano y asintió afligida.

—Entiendo —gimió pesarosa—, ya ningún hombre podrá quererme.

—¡No, maldición! —exclamé impaciente—. ¿Qué clase de amor es ese que sólo se detiene en la belleza exterior? ¿Ése es el amor que esperas obtener? En tal caso, ¿qué sucederá cuando la vejez te atrape? No, Blanca, el amor de verdad es el que enlaza almas, el que perdura, el que muere amando y nace de nuevo para volver a amar. Ése es el amor que debes ansiar. ¡Ningún otro!

—Es así como yo lo amo a él —confesó apesadumbrada.

—Debe ser mutuo —apunté con dulzura, aun sintiéndome nuevamente su verdugo. Sin embargo, yo era fiel en mis creencias a un sabio proverbio árabe: «La verdad que duele es mejor que la mentira que alegra».

La mirada de Blanca me traspasó el alma.

—Quizá yo pueda hacer que lo sea si me da la oportunidad —masculló esperanzada.

—El amor surge o no —repliqué suavemente, intentando encontrar palabras que le abrieran los ojos sin dañarle mucho el corazón—. No podemos ni obligar ni convencer a quien nada siente por nosotras, sino aceptar

que no somos correspondidas y pensar que, si él no es nuestro destino, es porque el verdadero sigue ahí, en algún lugar, esperándonos. Y la única manera de encontrarlo es soltar lo que no es nuestro para buscar lo que sí lo es. No te empecines en imposibles, o sufrirás lo indecible.

Y entonces, otro proverbio acudió alarmante a mi mente a tenor de la mirada resentida que surgió en ella: «Aconseja a un necio y lo convertirás en tu enemigo».

—Pero yo lo amo, ¿qué hago con esto que siento? —insistió pertinaz.

Yo mejor que nadie sabía lo peligrosos que eran el despecho, la rabia y la desilusión, sentimientos que podían abocar a la tragedia. Me sentí hipócrita por aconsejar lo que yo misma no había sabido hacer. ¿Quién demonios era yo para atreverme a opinar siquiera? ¡Yo, que había arrasado a todo un pueblo condenándolo a la desgracia sólo porque no había sabido gestionar mis emociones!

—No lo sé, Blanca, sólo puedo decirte que, en mi caso, el amor por Pere se tornó en odio y desprecio porque me sentí utilizada por él. Me cubrió de falsas promesas y fui tan estúpida que hasta le entregué mi pureza. Sólo puedo decirte que esos hombres no merecen la pena, y que el tiempo lo sacará de tu corazón. No sé qué te prometió Dragut, aunque él no es el tipo de hombre que necesita prometer nada para conseguir lo que quiere. Lo toma y ya.

—No me prometió nada, tampoco me confesó nada, pero yo sé que me quiere. Me cuidó con tanto mimo, Isabet...

—Quizá después de todo sea un hombre piadoso, tú estabas muy enferma y él...

—¿Tanto te cuesta entender que pueda sentir algo por mí?! —estalló de repente. Entornó sus llorosos ojos y me lanzó una feroz mirada esquinada.

—No es eso, Blanca, es que me cuesta creer que un hombre así tenga corazón.

—Pues lo tiene, me tomó y fue tan gentil...

Nos sostuvimos la mirada, y aquella rivalidad añeja resurgió de nuevo. Sólo que yo ya no era la misma de entonces. A pesar de reconocer mis sentimientos por Dragut, esta vez no iban acompañados de ningún sentido de propiedad, y mucho menos de futuro. En realidad, sabía que, cuanto antes me

alejara de él, mejor para mí. Y de eso iba a encargarme sin pérdida de tiempo.

—Presupones entonces sus sentimientos por ti, y además los alimentas. Y, no, no soy nadie para cuestionar nada, y menos lo que hay entre vosotros —repuse cortante—. Así que, si es tu deseo esperar a que aparezca para comprobarlo, hazlo. Pero te diré algo: si te ama, te seguirá allá adonde vayas, porque yo no pienso permanecer aquí más tiempo. Tengo en mi mano nuestra libertad y pienso abrir nuestra celda con ella. Tú decides si te quedas o marchas con nosotras.

Blanca oprimió los labios y asintió mostrando sentimientos encontrados al respecto.

—Piénsalo bien, yo no me entrometeré en tu decisión —recalqué.

Me volví y salí del harén. Una sombra oscura me siguió.

Atravesé el patio principal para descubrir que la vida en el palacio se había reanudado con normalidad. Ya no había camastros diseminados por todas partes, ni gemidos quejumbrosos, ni siervos corriendo de un lado a otro con baldes de agua y lienzos limpios. Me pregunté hasta qué punto la flota cristiana de Andrea Doria había logrado mermar la otomana con aquel ataque sorpresa.

Cuando llegué a la enfermería, oí una voz masculina que hizo que me detuviera en el umbral.

En lugar de entrar, me adherí a la pared exterior junto a la puerta abierta, intentando agudizar el oído.

Pero sólo oí murmullos soterrados.

Maldije para mis adentros.

Al percibir pasos dirigiéndose hacia la salida, me apresuré a alejarme de la puerta y hacerme la encontradiza con ellos. Pero sólo Nasir apareció frente a mí.

Fingí sorpresa y forcé una sonrisa cortés.

—No sabía que estabas en el palacio —comenté indagando en su gesto.

—Y no lo estoy. Me alojo en una hospedería junto al puerto, pero suelo pasarme para preguntar por el regreso de Solimán. He logrado establecer varios acuerdos comerciales con un tratante de seda bastante satisfactorios, pero me urge regresar a Cabilia.

—Solimán está en Persia.

—Ya no, está de regreso —anunció.

Mi rostro debió de palidecer, porque en los luminosos ojos de Nasir reverberó un halo preocupado.

El hombre aferró mi brazo y me llevó hacia un rincón del jardín.

—Vas a intentar escapar, ¿no es así? —susurró inquieto.

—Creo que no te incumben ni mi destino ni mis decisiones.

—No, siempre y cuando no olvides que las hermanas me pertenecen. Acabo de enterarme de lo que sucedió en el harén.

—¿Y? —repuse cubriendo mi semblante con un escudo impenetrable.

—Que me preocupa mucho vuestra unión. Lo que me lleva a pensar si, en verdad, podréis separaros. Yo ya intenté manteneros unidas, pero Dragut me lo impidió. Tu destino sí escapa de mi mano, y nada puedo hacer para ayudarte. Entiendo que no te rindas, pero no inmiscuyas a nadie más en tus temerarios planes. Y, si realmente sientes algún afecto por ellas, aléjalas de tu lado.

Sostuve su amenazante mirada sin amilanarme.

—Hay quien prefiere morir libre a vivir presa —repliqué desafiante—, y eso no depende de mí. Que no las lleve conmigo no implica que decidan vivir contigo.

Mencionarle la amenaza de Juana lo soliviantó. Sus ojos color miel chisporrotearon agraviados.

—¡Condenadas castellanas insurrectas! —escupió ofendido clamando al cielo—. He pagado unos buenos dirhams por ellas, les ofrezco una casa de bien, comodidades y alimento a cambio de complacencia, y prefieren morir como perras ingratas.

Bufó exasperado y respiró hondo mostrando su incompreensión en su alterada faz.

—Pues bien, si he de exponerme a eso, que así sea, maldición. Son de mi propiedad y a mi casa las llevaré. Y, por tu propio bien, espero que tu compasión no tropiece con tu astucia. Huye sola, o no únicamente Solimán irá tras de ti.

—Gracias por tus consejos, Nasir, que Alá acompañe tus pasos y destrabe los míos.

Lo dejé solo para encaminarme a la enfermería. Algo tramaban, de eso podía estar segura.

Encontré a Ibrahim enrollando un pergamino. Se volvió hacia mí parsimoniosamente, en su faz lucía una expresión taimada.

—No se te da muy bien espiar —observó mordaz—, espero que se te haya dado mejor respecto al tema que nos ocupa.

—Recibiste mi nota, pero ni te molestaste en aparecer. Podrían haberme condenado a muerte y tú te habrías quedado sin tu valiosa información — increpé mientras él colocaba el pergamino enrollado dentro de un cilindro.

—No tengo acceso al harén —recordó—, y mucho menos autoridad para intervenir en los asuntos de la sultana. Tan sólo me quedó confiar en la compasiva decisión de Roxelana.

—Muy compasiva no fue, pero al menos me dejó con vida.

—Un acto piadoso, teniendo en cuenta que te tomaste la justicia por tu mano. Debes de haberte ganado el aprecio de la sultana, y te aseguro que no es una mujer fácil de impresionar —resaltó suspicaz.

—Su talante piadoso ha beneficiado que hoy pueda estar aquí para que el médico de su esposo pueda traicionarlo.

Me fulminó con la mirada. El gesto de cerrar sus puños manifestó el deseo de descargarlos contra mí, pero yo me mantuve altiva y retadora.

—Veamos cuán valiosa es la información que tienes para mí.

—¿Qué hacía aquí Nasir?

—Suele venir a preguntar por sus esclavas. Yo le confirmo que sólo sirven como doncellas, que están seguras y que le serán devueltas, pues tiene la palabra de Dragut.

Oír su nombre sembró en mí una inquietud desazonadora.

—¿Se sabe algo de Dragut?

—No, a estas alturas debe de ser ya comida para peces. —Sesgó su mirada para escudriñar ladino en la mía—. La flota de Andrea Doria ha aniquilado a gran parte de la flota corsaria. Será un duro golpe para Solimán. No hay tiempo de construir galeras nuevas, tendrá que hacerse con navíos como sea. Barbarroja planea atacar y apresar galeras enemigas, si no ha partido ya es porque siguen buscando por el litoral la nave que gobernaba

Dragut. Dentro de unos días, si no la han encontrado, saldrán dispuestos a emboscar y a capturar todo lo que flote.

Asentí ocultando mis emociones.

—Debo salir de palacio sin pérdida de tiempo, Solimán viene en camino.

Ibrahim se encogió de hombros, mirándome despreocupado.

—Sin Dragut, estás a salvo. Era él quien iba a enfrentarte al sultán, nadie más conoce tu mentira. Así pues, mientras el capitán no aparezca, nada debes temer. Y ahora cuéntame lo que has descubierto.

—Se trata del nuevo aliado de Solimán, el rey francés.

Él alzó las cejas mostrando un genuino interés.

—¿De quién has oído la información?

—De los ministros del sultán, durante el ataque. Logré infiltrarme en la cámara del Consejo Real y acceder a la habitación donde Solimán escucha las sesiones.

—¿El ojo del sultán? —preguntó impresionado.

—Sí.

Me contempló con asombrada admiración y asintió, alentándome a continuar.

—Carlos ha enviado un ejército imperial para conquistar la Provenza con la intención de partir rumbo a París. Y sé qué le ha sugerido Solimán a Francisco para impedir que Carlos tome la capital.

Ibrahim entornó su artera mirada y frunció el ceño pensativo.

—Si Carlos descubre esa treta y se anticipa o modifica su ruta, se hará con toda Francia, derrocando al traidor —masculló entusiasta.

—Y recompensará sobradamente al informante —añadí intencionada.

—Y el informante a nosotros: yo recibiré tierras, ducados y vasallajes, y tú, la libertad que tanto ansías.

—¿Será el mismo Hernán quien transmitirá el mensaje al emperador?

—Supongo. Pero eso es algo que no te interesa.

—Deseo hacerlo yo.

Ibrahim abrió desorbitadamente los ojos, formando una graciosa «O» con los labios fruncidos. Su asombro fue tan gestual que hasta palideció, para luego enrojecer ofuscado.

—¿Has... has perdido el juicio?

—No, nunca he estado más lúcida.

—¡El emperador jamás recibirá a una vulgar esclava en su corte! Y menos siendo morisca.

—¡Soy súbdita suya y, gracias a vosotros, espía del reino! No veo por qué no habría de escucharme.

—Eres una maldita arpía —escupió furioso.

—Puede, pero al menos no soy tan ingenua de creer que no me matarás en cuanto desvele lo que sé. La única manera de mantenerme con vida es llegar hasta el emperador y que él y sólo él decida mi destino.

Ibrahim gruñó exasperado. Golpeó la mesa con ambas manos y se volvió hacia la ventana, apoyándose en el alféizar. Bajó la cabeza y pareció rumiar su decisión de espaldas a mí.

Aguardé paciente. Y deposité la vista en el cilindro donde había introducido el pergamino. Me acerqué sigilosa y lo cogí. Luego, sin dejar de vigilar la tensa espalda del médico otomano, escondí el tubo en el ancho fajín de mi túnica. Sabía lo arriesgado e incauto de aquel arrebato, pero mi instinto no dejaba de gritarme que aquello era importante. Llevármelo no sería buena idea, me dije, él sabría que lo había robado yo. Mi mejor opción era leerlo antes de que lo echara en falta, y para eso debía lograr sacarlo de la enfermería con alguna argucia.

Se volvió hacia mí, todavía con el rostro crispado y la mirada colérica, pero con una resignación palpable en su expresión.

—Debo comunicarlo a Hernán. Te mandaré llamar cuando tenga su respuesta. Pero, a partir de ahora, no dormirás en el harén.

Lo miré alerta y con extrañeza. Tuve la sensación de estar delante de un escorpión que alzaba su cola para descargar su aguijón en mí.

—Es hora de ejercer mi potestad sobre ti. Deambulas fuera del harén porque estás bajo mi protección. Has conseguido la información que requeríamos sin haber cumplido parte de tu papel, ser mi protegida. Y, como tal, habrás de yacer conmigo, como ya te anticipé. No todo te va a resultar tan fácil de esquivar, perra morisca.

Lo fulminé con una mirada preñada de desprecio, pero asentí. No tenía

otra opción, y él lo sabía. Quería cobrarse su pago, y lo haría de la forma más cobarde y mezquina.

—Una última cosa, Ibrahim. Nasir te aguarda en el jardín, me dijo que te esperaba junto a la fuente.

Me miró extrañado y frunció el ceño.

Ya me volvía cuando me detuvo.

—No tiene sentido que continúes en el harén. Trasládate a mi alcoba.

Asentí con gesto torvo y salí de la enfermería. Me escondí tras un rosal y aguardé a verlo salir.

Saqué el cilindro de mi fajín, lo abrí y extraje el pergamino con urgente torpeza. Lo desenrollé apurada mientras oteaba entre las flores. Era un mapa, y en él había trazada una cruz con las palabras «Entrega de mercancías» abajo, en rojo, sobre lo que parecía una pequeña ensenada oculta tras un pronunciado barranco. Memoriqué cuanto pude los puntos de referencia del relieve de aquel mapa y volví a enrollarlo precipitadamente para introducirlo en el cilindro. Coloqué el tapón en su lugar y lo oculté de nuevo en mi fajín para asomarme cautelosa. Ibrahim recorría el jardín en busca de Nasir, no tardaría en regresar.

Corrí hacia la enfermería, deposité el cilindro en su lugar y volví a salir con paso apresurado.

Supe que me sería imposible llegar a las estancias privadas del sultán hasta aquella fuente a plena luz del día sin que nada justificara mi presencia allí. No obstante, se me podría presentar la posibilidad de infiltrarme arropada por la noche, ahora que me alojaría con Ibrahim.

Sentí un agudo acceso de repulsa sólo imaginando sus sucias manos sobre mí. No, me dije, debía ingeniar algo, debía conseguir ser astuta para evitar yacer con él.

Quizá Yamila pudiera ayudarme.

CAPÍTULO 35

EL MÁGICO PODER DE LA LUNA

—¿Algo para perder el conocimiento? —repitió Yamila, mirándome reflexiva —. No tengo ni la menor idea.

—Sí, algo: un tónico, una hierba, algo que deje a un hombre inconsciente —insistí.

—Ábrete el escote y seguro que pierde el sentido —masculló burlona Juana, que en ese momento entraba en uno de los pabellones gemelos, donde yo había localizado a Yamila. Iba seguida de Dolores y de Blanca, que portaban sendos baldes con agua y jabón.

—Eso es justo lo último que tengo pensado hacer —murmuré dirigiendo mi ceñuda mirada a Juana.

—¿Y quién es el pobre desgraciado a quien quieres tumbar? —preguntó depositando el balde en una esquina y limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—Es mi protector, Ibrahim.

—Pues ha tardado mucho en reclamarte, ¿no? —comentó Dolores.

—Y me temo que va a lamentar haberlo hecho —opinó Juana con una sonrisa perversamente complaciente pendiendo en sus labios.

—Se me acabó la suerte y, aunque tengo ingenio, me temo que no será suficiente.

—¿Y por qué no lo complaces y luego te olvidas? —propuso Blanca—. Sería lo más fácil.

—Quizá —acepté—, pero una cosa es que me violen y otra dejar que lo hagan. Esto último lo llevaría mucho peor.

—No obstante, lo harías si no tuvieras otro remedio, como todas las mujeres que acabaron aquí condenadas al concubinato —recordó Yamila en tono de reproche—, pero tú buscas un recurso para evadirlo. Una opción que ninguna tiene. Pues cuando se cierran todas las puertas y quedas sola en una habitación, no tienes más remedio que aceptar lo que te rodea, moldearte a tu nuevo entorno y sacar el mejor provecho posible. Y no sólo eso, también saber ver que, después de todo, se ha tenido suerte, pues hay muchos destinos peores.

—Admiro a esas mujeres, Yamila, son mucho más fuertes y valerosas que yo. Pero en mi caso, quizá fruto de un espejismo, yo sí veo puertas entornadas y no puedo evitar acercarme a ellas e intentar escapar.

Se hizo un prologando silencio, cada cual mirando las puertas de su particular habitación. Una de ellas tuvo la compasión de abrir la mía.

—Polvo de raíz de mandrágora —dijo al cabo Blanca.

Todas la miramos sorprendidas.

—Unas gotas en su bebida y caerá desplomado. Pero habrás de ir con tiento, es muy venenosa. Si te excedes en la cantidad, puedes matarlo.

Aunque la primera pregunta que quiso salir de mi garganta fue cómo diantres conocía ella aquel veneno, fue otra la que surgió.

—¿Y de dónde saco yo una mandrágora? Ni siquiera sé qué aspecto tiene.

—Dicen que sólo la usan la brujas —adujo Dolores temerosa.

—Circulan muchas leyendas sobre ella —confirmó Juana—. En la villa hay una conocida hechicera que usa todo tipo de plantas extrañas para sus conjuros.

Yo también las había oído y conocía sobradamente los rumores ponzoñosos que se vertían sobre la anciana, pero ella los ignoraba continuando con su labor, que no era otra más que sanar cuerpo, mente y espíritu. Ninguna bruja haría el bien por unas míseras monedas, y si eran nuestros actos los que hablaban de nosotros, aquella anciana había demostrado

con creces que era un ser de luz, no de oscuridad. Pero hacer el bien sin estar al servicio de Dios levantaba suspicacias y, además, resaltaba la falta de caridad y piedad a quien se le presuponía por estar bajo el mandato divino. Por ese motivo, era más fácil condenar que seguir ejemplo.

—Mi madre solía acudir a la buena de Patou por alguno de sus remedios, por eso conozco las propiedades de algunas hierbas —se justificó Blanca.

—Dudo que pueda encontrar a alguien como ella por estos lares —alegué abatida.

—Ibrahim tiene ese veneno —anunció Blanca, atrayendo de nuevo las estupefactas miradas del resto.

Nos sonrió con timidez y se encogió de hombros con gesto ingenuo.

—Cuando me llevaste a la enfermería para que me examinara y mientras hablabas con él, pude curiosear las alacenas donde guarda los remedios en potes. Los tiene etiquetados, creo que él mismo los prepara. En uno de ellos vi el dibujo de la raíz de mandrágora. El letrero no logré verlo, pero es sin duda esa planta: tiene un aspecto bastante característico.

—¿Cómo es? —profirió fascinada Dolores.

—La raíz tiene forma de pequeño demonio humano, con rasgos terroríficos. Dicen que se convierten en siniestros hombrecillos maléficos que cumplen todos los deseos de su dueño, y que aúllan cuando se las arranca de la tierra, provocando la locura de las personas que las oyen, hasta incluso provocarles la muerte. Por eso se utiliza un perro para extraerlas del suelo: se cava profundamente alrededor de la raíz hasta dejarla al descubierto, a continuación, se ata a ella un extremo de una cuerda y el otro se anuda al cuello de un perro. Se llama al animal y éste, al acudir, la arranca y perece al instante tras oír el escalofriante alarido de la mandrágora.

A mí lo único que me pareció escalofriante fue el extenso conocimiento de Blanca sobre aquella planta tan vinculada a la brujería.

—¿Y podré usarla todas las noches? —pregunté.

—Si quieres matarlo, sí.

No, me dije; ya cargaba con suficientes muertes en mi conciencia.

—Sigo pensando que deberías ahorrarte complicaciones cediendo a sus deseos. Quién sabe, quizá sea un buen amante —sugirió de nuevo Blanca.

Yamila se acercó a mí y apoyó una mano en mi hombro.

—Muchacha, después de todo lo que has vivido, acostarte con Ibrahim es un mal menor. Haz caso a Blanca y déjate de hierbas mágicas. Si no es él, será otro, pero aquí, o limpias suelos o complaces egos. En ambos casos te pondrán de rodillas.

Asentí a regañadientes, todavía aferrada a la idea de evitarlo, a pesar de que ellas llevaban razón.

—Y ahora, terminad vuestros quehaceres, pronto se servirá la cena.

Cuando Yamila abandonó el pabellón, Blanca me tomó del brazo y me llevó a un rincón.

—¿Has sabido algo de él? —susurró ansiosa.

—Siguen buscándolo, aún no ha aparecido.

Su cerúlea mirada se empañó apenada.

—Pero aparecerá. —Yo misma me sorprendí ante la determinación de mis palabras, a pesar de haberlas pronunciado con el único fin de animarla.

Blanca me sonrió y se acarició el redondeado vientre con ternura.

Observé su gesto, y sólo imaginar que en verdad albergaba al hijo de Dragut despertó en mí emociones encontradas.

Trataba de olvidar cómo me había entregado apasionadamente a aquel rufián, pero lo que más me costaba olvidar era la pasión con la que se había entregado él. Aquellos turbadores recuerdos incendiaban mis noches y apresaban mis días, martirizándome con una gran verdad: lo que había sentido por Pere palidecía ante lo que me hacía sentir Dragut, para mi completa desgracia. Pues esa pasión desbordante compartida había sido mágica y diferente, y nos había cautivado por igual.

Ver el enamoramiento arrobado de Blanca hacía que me cuestionara ese «diferente», pues sin duda había probado las mismas mieles que yo. Y aquel maldito hombre sin duda hechizaba a las mujeres con esa masculinidad y esa pasión tan arrolladoras.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que sigue vivo? —inquirió ella.

—No lo sé, lo siento así.

Y era cierto. Todos mis sentidos me gritaban que lo estaba.

La mirada confusa pero recelosa de Blanca me siguió cuando fui en busca

de Juana.

Ésta atisbaba en dirección al patio de las Favoritas con gesto desconfiado, alerta. Unas concubinas amigas de Aysha conversaban sentadas en un banco de piedra.

—No creo que se atrevan a vengarla. Nuestro castigo ha sido suficientemente aleccionador —murmuré.

—De todos modos, no me fio.

—Me he encontrado con Nasir —informé atrayendo su mirada sobre mí.

—No puede reclamarnos hasta que tu destino lo decida Solimán. Así quedó con Dragut.

—El sultán viene de camino.

Juana alzó las cejas con mudo asombro. Su expresión se contrajo preocupada.

—Entonces hemos de apresurar nuestra salida de palacio —determinó en tono urgente.

—Tengo la información que nos sacará de aquí. Además, mientras Dragut siga sin aparecer, no corro peligro, pero no puedo perder más tiempo. La sultana también me impuso un delicado encargo.

—El encargo que nos salvó la vida en el juicio —recordó Juana—. Y, naturalmente, debes cumplir.

—No tengo intención de hacerlo —confesé mirando mi entorno.

Ella arrugó el ceño y me miró contrariada.

—Más nos vale largarnos cuanto antes, sólo veo espadas a nuestro alrededor.

—El problema es Nasir: teme que huyáis conmigo y está alerta.

—Pero tú hiciste un trato con Hernán en el que nos incluías para escapar, y te dio su palabra —repuso Juana vehemente—, con lo cual, es Ibrahim quien debe esquivar a Nasir y enfrentarlo luego.

—No me fio de ninguno —revelé desazonada.

Juana alargó un brazo y apartó un mechón suelto de mi moño para acomodarlo tras mi oreja en un gesto más íntimo que fraternal.

—Todo saldrá bien. Simplemente tenemos que forjar un plan que les ate las manos —me animó con una dulce sonrisa.

—Ya le até las manos a Ibrahim diciéndole que sería yo quien le transmitiría el mensaje al emperador, convirtiéndome así en el mensaje en sí.

—Me fascina tu inteligencia, Isabet, pero no debes fiarte. Seguro que la idea de torturarte en un calabozo inmundo para sonsacarte le es más atractiva.

—Yo también lo creo. No obstante, al menos tenemos asegurada la salida de palacio —convine, reparando en la mirada de Juana sobre mis labios.

Me los relamí nerviosa y desvié la vista hacia los jardines.

—Creo que Nasir e Ibrahim traman algo. Los sorprendí conversando en la enfermería y luego descubrí un extraño mapa donde marcaban un lugar para hacer una entrega de mercancías. Tengo la sospecha de que ese lugar está cerca de aquí, pero necesito comprobarlo.

Juana compuso un semblante concentrado mientras reflexionaba sobre aquello. Yo seguía observando a mi alrededor con la aguda sensación de ser vigilada. Esta vez no descubrí al eunuco que me seguía; sin embargo, sabía que estaba oculto en algún lugar de aquel frondoso y cuidado vergel.

—Tengo la sospecha de que en esa entrega de mercancías nos incluye a mi hermana y a mí —conjeturó Juana.

—Es lo que temo.

—Quieren separarnos —farfulló con enojado agravio. Su rictus se tensó furioso.

—No lo conseguirán. Me prometí devolveros a Oropesa, y juro por mis ancestros que lo haré.

Juana entornó entonces su sagaz mirada y me escudriñó como si rascara con su uña una superficie mugrienta. Esa mugre era el paño con que ocultaba mi conciencia, donde la culpa seguía brillando con fuerza.

Pareció abrir la boca para decir algo, pero titubeó y finalmente optó por asentir. No me pasó inadvertida su mirada ni su gesto contenido.

—Permaneceré atenta. Ningún hombre puede entrar en el harén, así que sólo les queda sacarnos de aquí.

—Yo intentaré localizar ese punto en el mapa, quizá encuentre algo en la biblioteca. Y, estando junto a Ibrahim, me será más fácil averiguar qué se trae entre manos.

—¿Y qué te ha pedido Roxelana?

—Que envenene a Mustafá, el heredero.

—Está claro que sería tu sentencia de muerte —murmuró Juana.

—Lo sé.

Nuestras miradas se entrelazaron cómplices y determinadas. Ya me marchaba cuando, de repente, ella me atrapó en un abrazo intenso. Un abrazo que ocultaba un desasosegador consejo.

—Cuidado con Blanca —susurró en mi oído.

Cuando me separé de ella, su gesto grave y admonitorio subrayó su aviso.

Compuse un discreto asentimiento y miré subrepticamente a Blanca, que conversaba animada con Dolores.

—Cuando haya dispuesto la huida, yo misma vendré por vosotras. No mandaré mensaje alguno.

De ese modo impedía que salieran engañadas con un recado falso a mi nombre.

—¿Usarás ese polvo de mandrágora esta noche?

—Es mi intención —respondí decidida.

Y no sólo para evitar yacer con el médico, sino para tener la libertad de infiltrarme en los jardines del sultán.

Juana dirigió sus recelosos ojos hacia Blanca y su mirada entornada la estudió un instante.

—Yo también he acudido a la vieja Patou por algún filtro curativo o mágico; en verdad, creo que casi todos en la villa lo hacíamos a escondidas —reconoció en voz baja—. Sin embargo, nunca supe qué contenía ni cómo se conseguían los ingredientes o los efectos concretos de éstos. Eso sólo lo sabía Patou, y creo que eso únicamente puede saberlo una bruja, o una sanadora. Y está claro que Blanca no sabe curar.

Sentí un incipiente brote aprensivo que comenzó a madurar en la boca de mi estómago y que me hizo preguntarme quién era realmente Blanca. No obstante, tenía mayores preocupaciones y acuciantes prioridades de las que encargarme.

Salí del pabellón ordenando mis pensamientos y planificando cuidadosamente mis siguientes pasos, consciente de que otros seguían los míos.

* * *

Fulminante.

El efecto del polvo de raíz de mandrágora en su copa de vino fue fulminante.

Se desplomó tras los primeros tragos. Contuve el aliento hasta comprobar que seguía vivo y, acto seguido, sudé copiosamente arrastrándolo a la cama y desnudándolo para que amaneciera creyendo que había consumado. Tras recuperar el resuello, salí de la alcoba sigilosa y me escabullí entre los pasillos hasta llegar a la parte más profunda de aquel inmenso palacio, donde se hallaba el tercer y último gran patio con los edificios principales.

Al amparo de la noche, me escondía en algún recodo o rincón penumbroso para sortear la guardia. Huyendo de las lucernas y las antorchas que parpadeaban en luminosos cercos ahuyentando las sombras, rodeé la cámara del Consejo y enfilé hacia el laberinto de setos que protegían aquella exótica fuente.

La caricia nacarada de la luna se posaba con mimo sobre aquel privado jardín, cubriéndolo de tímidos besos plateados. La superficie de aquel pequeño laberinto parecía refulgir ante mis ojos. El murmullo del agua mansa deslizándose perezosa componía la melodía perfecta para aquel idílico entorno. El misticismo de aquel lugar fluía como el agua que brotaba cristalina, derramando su esencia por cada rincón, confiriéndole una apariencia casi onírica.

Recorrí los pasajes como la primera vez, acariciando con la yema de los dedos la recortada punta de los setos, inmersa en aquel recinto geométrico, recorriendo el sendero de grava, sintiendo hasta en la más recóndita fibra de mi ser la vibrante atracción que aquella fuente ejercía sobre mí.

Me acerqué a ella en actitud reverencial, como lo haría un creyente en el santuario de su dios, y miré con embelesada solemnidad aquella perla, que parecía brillar incandescente. El sol le había arrancado destellos de colores. Pero ahora, bajo el mágico poder de la luna, irradiaba un brillo diferente: perlado, hipnótico.

Me detuve en el borde y alargué el brazo hacia la perla. Sentí la amable caricia del agua en mi piel, y luego..., luego algo extraño, un hormigueo que fue aumentando en intensidad. Gemí sobresaltada y retiré la mano asustada.

El hechizo de aquella perla, que parecía una gota de agua solidificada, seguía apresándome con fuerza. Respiré hondo y de nuevo alargué el brazo para tocarla.

El cosquilleo reapareció, y la luz que nacía de su interior se intensificó hasta deslumbrarme. Cerré los ojos y entonces mi mente se abrió en un estallido de imágenes confusas que pasaron raudas en una secuencia vertiginosa...

... Vi a Dragut. Combatía en un campo de batalla lleno de cadáveres y sangre. Alzaba su alfanje para descargarlo con violento frenesí sobre sus enemigos. Pude apreciar que luchaba contra un regimiento de tercios cristianos con largas picas y rodelas, tocados con los característicos morriones.

Lo estaban rodeando.

Todavía resistían varios reductos aislados de combatientes otomanos que batallaban enardecidos. Dragut intentaba llegar hasta ellos, pero se lo impedían. Y, por muchos soldados que derribara, siempre aparecían más. Mi angustia se redobló cuando en aquella escena infernal observé impotente cómo un nuevo frente cristiano asomaba justo tras él. Vi una capa blanca que reconocí al instante por su singular emblema: la cruz de Malta... Dragut se volvió hacia ellos y, armado con una pica enemiga, logró contener el asedio al que era sometido. La hacía girar con habilidad, trazando un letal círculo para alejar a sus enemigos, que ya aparecían por todas partes, acorralándolo.

De repente, una lanza se hundió en su pecho, pero él se la arrancó sin dilación, como si fuera el insignificante aguijón de una avispa. Un aguerrido caballero hospitalario dio un paso al frente, y Dragut frenó los envites de su espada con el palo de la pica. Necesitaba las dos manos para utilizarla, lo que le impedía usar su alfanje. El borde de la espada rasgó su costado, y esa herida se sumó a las que ya llevaba. Tantas, que parecía que

la sangre de todo su cuerpo lo vestía, convirtiéndolo en un demonio rojo y enfebrecido que rugía desesperado y furioso. La imagen era tan desgarradora que gemí contrita. Con él inmerso en su lucha, los enemigos a su retaguardia acortaron terreno y comenzaron a hostigarlo. Estaba condenado.

Sofoqué un grito cuando los alabarderos avanzaron hacia él. Uno de ellos lanzó una estocada y atravesó la parte baja de la espalda de Dragut, que gimió dolorido cayendo de rodillas. La inclemente arma salió de su carne para volver a atravesarla desde otro ángulo. El caballero hospitalario que lo tenía a su merced descargó su espada ropera en un movimiento lateral para sesgar su pecho. No buscaba que tuviera una muerte rápida, sino que agonizara mientras se desangraba.

Al fondo, los piafares asustados de las monturas, choques de metal, gritos desesperados, lamentos sufridos y disparos de arcabuces y mosquetes. Nubes de pólvora y lluvia de sangre en un ocaso que enmarcaba el más infame de los infiernos.

Dragut se desplomó entre bruscos estertores agónicos en un inmundado charco ensangrentado. Y una frase pronunciada en la lengua franca reverberó en aquel pandemónium de muerte y destrucción...

... Trastabillé hacia atrás con el corazón en un puño y la garganta cerrada, por la que apenas lograba emitir un sibilante jadeo. ¡Dios santo, acababa de presenciar la muerte de Dragut!

Posé una mano en mi pecho completamente consternada. Aquella sobrecogedora experiencia había liberado un torrente amargo y ácido que ascendía desde mi estómago hasta mi garganta, depositando un desagradable regusto a hiel en mi boca. Mis latidos desbocados eran punzantes, dolorosos. Tardé un buen rato en acompasar mi respiración. Mi mente negaba aquella visión, tenía que ser un maldito delirio. Fijé la vista en la perla, que ya no desprendía aquel brillo cegador, y de nuevo la toqué. El agua besó mis dedos, pero nada más los cosquilleó. No obstante, aquella perla era especial, era una piedra de videncia. Y, por algún motivo, se había abierto a mí.

Y entonces sentí un brusco escalofrío al recordar el rostro de aquella

mujer tan parecida a mí, aquel lugar tan extraño perteneciente a un mundo distinto, y a aquel hombre que era una copia de Dragut, a excepción del color de sus ojos. Me remangué ambos brazos y observé la intacta piel de mis antebrazos. En uno había visto la palabra *agua* y en el otro la palabra *perla*, dos mensajes claros con un nexo común: sentir que aquellas letras habían sido grabadas a punta de cuchillo. Ella, aquella extraña yo del otro mundo, se comunicaba conmigo. Sin duda, aquella perla mágica tenía un efecto clarividente. Y quizá ella lo sabía y por eso me había llevado hasta allí. Sea como fuere, estábamos conectadas, su mundo y el mío se habían cruzado, y tal vez debía impedir que se fusionaran.

Era muy posible que estuviera enloqueciendo, pero de todos los males que me amenazaban, aquél era el más piadoso.

Miré a mi alrededor para comprobar que seguía sola. Y entonces no lo pensé. Aferré la perla que estaba adherida al centro de la cánula por donde salía el agua, de modo que ésta fluía en cascada alrededor, y tiré con fuerza con intención de desprenderla. Apreté los dientes ejerciendo más presión y por fin se soltó.

El agua brotó liberada en un chorro más alto y más impetuoso. El sonido cambió. Ya no era un relajante murmullo, sino un enérgico gorgoteo.

La escondí entre los pliegues de mi fajín y salí de aquel laberinto zigzagueante con paso raudo. Y entonces pensé en la anciana Patou, y en un elemento que solía cubrir con un retal de terciopelo verde oscuro, una bola de cristal donde solía ejercer la adivinación. ¿Estaría hecha del mismo cristal mágico que mi perla?

«Mi perla...» Ese pensamiento me desazonó. No necesitaba más complicaciones. Sin embargo, quise convencerme de que eso en particular era más una solución que una dificultad. Y entonces otro pensamiento se entrecruzó arrogante y temerario.

Si ella podía escribirme mensajes..., yo también...

CAPÍTULO 36

MÁS RESPUESTAS

Castellón, octubre de 2018

La consulta del doctor Ramos en Castellón era luminosa y moderna.

Un diván de diseño en un elegante tono gris junto a un amplio ventanal invitaba a tumbarse y a dejar perder la vista en el límpido cielo de un día frío. Frente a él, un mullido sillón, una pequeña mesa de acero y cristal y, más allá, una imponente mesa de despacho con un ordenador y unos expedientes abiertos. Tras ella, una larga estantería repleta de gruesos tomos de psiquiatría. En las paredes, títulos, diplomas varios, cursos y galardones enmarcados, hablaban de la incuestionable profesionalidad del terapeuta, que ahora tendía con calidez su mano hacia mí.

La visión de aquel diván, quizá por la asociación con el inconsciente, me recordó el inquietante sueño de la noche anterior. Más bien una terrible pesadilla, dada la angustiada sensación con la que me había despertado, sudorosa y jadeante, con el corazón en un puño. No recordaba los detalles, pero era una batalla feroz, sangrienta y caótica. Recordaba incluso los agónicos relinchos de caballos, los desgarrados gritos de los combatientes entremezclados en una masa informe y difusa de colores, el agudo chirrido de espadas cruzándose y estandartes ondeando. No lograba recordar nada más

preciso.

Me estremecí y sacudí ligeramente la cabeza para apartar ese recuerdo, que era más bien una sensación física, de mi mente.

—Querida Elisa, qué gran placer volver a verte. Tienes un aspecto fabuloso —saludó cordial, estrechando mi mano con gesto afectuoso.

—Que, temo, no se corresponde con mi ánimo —anticipé con apenado abatimiento, poniendo en marcha el plan trazado con Luis.

Yo llevaba un micro y un auricular ocultos, cortesía de su amigo el poli, y él también. Estaba en aquella misma calle, en el bar de enfrente, atento al ventanal del despacho y presto a intervenir si se diera el caso.

—Parece que tienes mucho que contarme —se lamentó, aunque en sus ojos castaños refulgió un brillo excitado que no logró disimular.

Me condujo hacia el diván, y yo me tumbé en él. Ver aparcada en la acera la Harley de Luis me confirió la tranquilidad que necesitaba. Sólo había estado una vez en aquella consulta, pocos días después de que me dieran el alta, para ratificarla y cerrar mi expediente.

Félix Ramos sobrepasaba con creces la cincuentena. Su cabello canoso, abundante y cuidado, brillaba bajo el sol que entraba por el ventanal. Sus pequeños y vivaces ojos se entornaron a causa de la luz, compuso una mueca molesta y se ajustó sobre el puente de la nariz sus gafas rectangulares de pasta. Su aspecto bonachón y su actitud serena, acompañados de una voz suave, con una cadencia baja y pausada, invitaban a relajarse al instante. Era de esa clase de personas que inspiraban confianza, que transmitían comprensión con una sola mirada y que te hacían sentir en las mejores manos. Cualidades perfectas para su profesión.

—Dado el cariz urgente de tu e-mail pidiendo cita, pensé que acudirías mucho antes.

Cruzó las piernas y se recostó. Sacó una grabadora del bolsillo de su camisa y la manipuló frunciendo el ceño.

—Ya sabes que siempre grabo las sesiones, para luego estudiarlas con más detalle —explicó, a pesar de conocer sobradamente el procedimiento—. Bien, Elisa, ¿qué te ha estado ocurriendo exactamente?

—De todo. Mi vida ahora es un completo caos —comencé suspirando

teatralmente.

—Vayamos al principio —aconsejó tras una sonrisa paternal.

—Sufrió un atropello casi mortal, y a partir de ahí no han dejado de sucederme cosas extrañas.

Asintió con la misma impavidez que si le hubiera dicho que se me habían acabado los pepinillos en vinagre.

Respiré hondo y comencé a relatarle de manera intencionalmente versionada mi interpretación ingenua de los hechos. Introduje las visiones sin entrar en detalles, los números maestros reiterados en señales claras y todo aquello que sabía que podía suponerle el caramelo que buscaba.

El doctor me escuchaba atento y de vez en cuando apuntaba notas en un cuaderno.

Apoyó su dedo índice sobre el puente de las gafas y lo presionó ligeramente. Compuso un gesto preocupado y frunció los labios en una mueca concentrada.

—Te persiguen las tragedias, Elisa, eso sin duda. Pero debes focalizarte en lo positivo de cuanto me has contado. Has sobrevivido al accidente sin secuela alguna. Entraron a robar en tu casa, pero, por fortuna, no estabas dentro ni corriste peligro. Y, en cuanto a las visiones, creo que son síntomas claros de que tanto desafortunado incidente, y tan seguido además, ha abierto brechas en tu subconsciente liberando los traumas que tanto nos costó borrar de tu memoria. Creo que necesitas reforzar la terapia de hipnosis para conseguir anular esas visiones tan extrañas. Lo del número es una clara muestra de sugestión. Seguramente lo viste en alguna parte y tu mente, que ya está en modo alerta, te advierte contra todo lo que no puede racionalizar, como un mecanismo de defensa.

—Tengo miedo de volver a recaer —musité compungida.

El psiquiatra compuso su gesto más dulce y una sonrisa beatífica trepó a sus labios, fijándose un buen rato allí.

Me pregunté a quién de los dos podrían nominar a un Goya. Nuestros papeles, aunque sobreactuados, eran dignos del galardón.

—Confía en mí, Elisa, todo va a salir bien. Ahora quiero que te relajes un momento, voy a por mi péndulo. Vuelvo enseguida.

Dejó su cuaderno de notas en la mesa y salió de la habitación ante mi desconcierto, pues no concebía que tuviera sus herramientas de trabajo en otro lugar que no fuera su consulta. Así pues, deduje que tenía que hacer algo de lo que yo no podía enterarme, como, por ejemplo, informar de lo que acababa de contarle y recibir órdenes concretas.

Dirigí la vista de inmediato a la mesa y, movida por un impulso curioso, me levanté presta y me precipité hacia donde reposaba el cuaderno.

Incliné la boca lateralmente para hablarle al micro que llevaba prendido en la solapa de mi chaqueta.

—Se ha dejado el cuaderno en la mesa, ha estado apuntando cosas en él —susurré sin dejar de mirar la puerta—. Voy a echar un vistazo.

Un débil murmullo surgió del minúsculo auricular que yo llevaba en el oído, acompañado de disonantes interferencias.

—*Puede entrar en cualquier momento, regresa de inmediato al diván* —ordenó Luis impaciente.

Abrí el cuaderno y comencé a pasar páginas hasta llegar a la última escrita.

—*No me estás haciendo ni puñetero caso, ¿no?* —se quejó.

Casi pude ver cómo Luis ponía en aquel momento los ojos en blanco. No tardaría en resoplar exasperado... Lo hizo, y yo sonreí divertida, aunque mis dedos nerviosos parecían no encontrar lo que buscaba.

La última anotación era de una tal Almudena. Gruñí frustrada. ¿Qué narices había estado garabateando ahora, y dónde?

—*¡Joder, maldita sea! ¿Quieres dejarlo? Está a punto de entrar.* —Su tono fue imperante y nervioso.

Volví a ignorarlo y, sin dejar de atisbar ansiosa la puerta, repasé de nuevo el cuaderno. Por fin encontré algo en la última página en blanco. Había escrito mi nombre y una frase que me cortó el aliento.

Cerré apresurada el cuaderno, procurando dejarlo en el mismo lugar y ángulo, y corrí hacia el diván con el corazón en un puño.

No había terminado de tumbarme cuando la puerta se abrió.

Fingí cambiar de posición y me acomodé del otro lado con indolente parsimonia.

—¡Qué cabeza, la mía! —se disculpó el psiquiatra con una sonrisa dúctil mientras se encogía de hombros—. Creí que lo tenía en mi despacho, pero, no, está aquí.

Chasqueó los dientes recriminándose su falso despiste y se dirigió hacia la mesa. Abrió uno de los cajones y extrajo el péndulo que buscaba.

Regresó a su butaca y la acercó más al diván para poder inclinarse sobre mí.

—Bien, Elisa, creo que todavía recuerdas el procedimiento.

Estiró ante mis ojos el colgante con el disco hipnoidal y comenzó a hacerlo girar en su eje antes de hacer oscilar el péndulo.

—Fija unos segundos la vista en el disco y deja que te lleve a su interior.

El dibujo concéntrico de líneas blancas y negras empezó a atraparme en aquel movimiento circular que convergía hacia el centro como si de un remolino se tratara. No supe si porque yo ya era susceptible a la terapia de hipnosis, o porque mi mente estaba tan abierta que era receptiva a todo, pero mi intención de resistirme, mirando un punto por debajo o por arriba de aquel maldito disco, comenzó a flaquear.

Parpadeé para evitar ser arrastrada por aquel influjo hipnótico, repitiéndome que no le permitía entrar en mi mente.

—*Ahora, Elisa.*

Oír la voz de Luis fue el asidero que necesitaba. Debía fingir el trance perfectamente orquestado con él antes de caer en el del doctor Ramos.

Cerré los ojos y comencé a ladear la cabeza a un lado y a otro con agitación para desplomarme inerte en el diván.

—Elisa, ¿estás ahí?

—Sí —pronuncié atonal.

—Bien, ahora deja que mi voz te lleve lejos. Estás muy muy muy a gusto. Somnolienta, pero despierta. Siente la ligereza de tu cuerpo, ya no es consistente..., ahora flotas, Elisa.

Esboqué una sonrisa placentera.

—Estás dentro de ese remolino y giras con él, déjate llevar.

Su cadencia melódica me envolvió, tuve que recurrir a recuerdos más cercanos para evadir el influjo de su voz.

—Todo a tu alrededor es blanco y deslumbrante, pero al final..., al final hay una puerta. Ve hacia ella, yo estoy junto a ti.

Oí de fondo el característico sonido de un metrónomo de cuerda. Sabía que se usaba en determinadas hipnosis porque bajaba las vibraciones del cerebro y las acomodaba a los intervalos regulares de ese sonido.

—Quiero que tomes mi mano y que me lleves a ese otro lugar. Al lugar donde está ella..., ¿la recuerdas?

Noté un escalofrío.

Asentí.

¿Hasta adónde lo habría llevado, joder?...

—Vamos, Elisa, sólo tú puedes abrir esa puerta. Un paso, otro más..., cuanto más te acercas, más feliz te sientes. Sigue, Elisa, escucha el sonido de tus pasos.

El metrónomo pareció marcar el ritmo, simulando el regular eco de unas pisadas. Mi mente viajó a aquel recuerdo, a aquel rítmico sonido. Estaba claro que había utilizado aquel instrumento en mis hipnosis.

—¡Ábrela, veamos qué hay ahora tras ella!

La ansiosa excitación de su voz resaltó lo trascendental que era para él aquel instante.

A mi mente acudió la última e impresionante visión que había tenido en el rompeolas. Quizá aquello lo animaría a seguir guiándome. Aunque yo ya sabía lo que ellos buscaban en realidad. Saber que Luis lo estaba escuchando todo me reconfortó lo suficiente para seguirle el juego.

—Veo una sala inmensa —proferí en apenas un adormilado susurro.

—Mira a tu alrededor y detállame qué ves —pidió ávido el doctor Ramos.

—Hay muchas columnas de mármol y arcadas ornamentadas con motivos vegetales. Veo a una mujer atada a una de esas pilastras: está siendo brutalmente azotada. Su espalda está empapada en sangre.

—¿Esa mujer es Isabet? ¿Te ves en algún espejo?

Que conociera ese nombre me puso el vello de punta. Quedé paralizada por un momento, nerviosa y confusa, también furiosa.

Sacudí la cabeza mostrando aturdimiento.

—No, no es ella, no..., no soy yo.

—Intenta mirarte tú, mira hacia abajo, tu ropa, tu cuerpo..., ¿qué ves?

—Es... estoy atada a otra columna. Me... me arde la espalda, sufro...

Gemí y apreté los dientes, arqueándome, mientras emulaba el dolor sentido en el rompeolas.

—Chis..., tranquila, Elisa, tú estás a salvo. Ya conoces nuestra premisa, nuestro código de seguridad, cuando algo te asuste o te hiera, regresarás a tu cuerpo olvidando el recuerdo con sólo pronunciarla. Pero ahora debes aguantar un poco más. Ese dolor no es tuyo, tú estás a salvo. Yo te llevo de la mano —murmuró tranquilizador.

—Me duele —gemí alterada, imprimiendo más realismo a mi interpretación.

—¿Qué llevas puesto? Mira tu escote.

Esa pregunta me sobrecogió.

—No..., no veo nada..., estoy pegada a una columna, abrazada a ella.

¿Cómo haría para hacer que me repitiera la palabra de seguridad?, pensé mientras ideaba qué más podía decirle.

—Bien, viajemos a otro momento —sugirió ahora más sereno—. ¿Recuerdas lo que antes buscábamos? Sé que lo has encontrado, ahora lo llevas puesto, pero necesito saber si Isabet también lo lleva encima.

Estrangular mi estupor no fue fácil. Me esforcé tanto por controlar mis impulsos faciales que no fui consciente de cómo mi respiración comenzaba a agitarse convirtiéndose en regulares jadeos. Estaba hiperventilando, y pronto me marearía si no gestionaba con rapidez mis emociones. Apelé a mi más aplomado autocontrol y, lentamente, logré bajar mi ritmo cardíaco.

—Relájate, Elisa —me pidió con acusada preocupación—. Estás a salvo, estás cogida de mi mano. Yo te traeré de vuelta, como siempre, nada has de temer. Sólo necesito saber si ella también lo tiene.

Sentí cómo sus dedos rozaban el hueco entre mis senos para coger en su mano la bola de cuarzo. Contuve el aliento.

Nunca había necesitado tanto una puta palabra. Tenía que salir de aquel fingido trance como fuera. De repente, una susurrada y familiar voz acudió en mi auxilio:

—*Aguanta, cariño, te sacaré de ahí.*

Saber a Luis tan cerca logró tranquilizarme.

En aquel momento, un molesto y sonoro zumbido se inmiscuyó en el tenso ambiente de la consulta, tan persistente que oí imprecisar entre dientes al psiquiatra. Provenía del portero automático del recibidor.

—*Finge convulsionar* —pidió Luis.

Comencé a arquearme abruptamente simulando violentos espasmos.

—¡Maldita sea! —exclamó Félix Ramos.

Me sujetó de los hombros intentando tranquilizarme, mientras Luis continuaba con el dedo pegado al timbre.

—*Voy a subir* —anunció con urgencia.

—¡Cuarzo! —profirió el médico en voz alta, acompañado de una rotunda palmada.

Supuse, estupefacta, que aquélla era la palabra clave para hacerme regresar.

Abrí los ojos de manera desorbitada e inhalé una profunda bocanada de aire mirándolo con gesto aturdido.

—¿Qué... qué ha pasado?...

—Nada, tranquilízate, pero no he podido terminar la terapia. Debemos repetirla.

Me incorporé mirando mi reloj de pulsera y me mordí el labio con fingida contrariedad.

—Será en la próxima cita, ahora mismo tengo una revisión en el hospital.

—Yo paso consulta allí —informó—. ¿Quién es tu médico?

—Simón Muñoz —respondí con una sonrisa indefinida.

—Un gran profesional, sin duda. Salúdalo de mi parte.

Se puso en pie al tiempo que yo y cogió su agenda para darme cita.

—¿Qué tal mañana? —preguntó cordial.

—Tendrá que ser la semana que viene —contesté—. Le mando e-mail para concretar el día.

Él me miró por encima de las gafas componiendo un mohín reprobador.

—No lo dejes, Elisa. Durante la sesión te he visto muy alterada y eso me preocupa. La semana que viene a más tardar, ¿prometido?

Asentí con una sonrisa dócil.

Comencé a jugar con la bola de cuarzo que pendía del colgante. Su gesto se tensó visiblemente.

—Es muy bonita, ¿dónde la has comprado?

—Me la regaló un amigo.

—¿Conoces el poder del cuarzo?

—La verdad es que no.

—La mayoría de los cuarzos transparentes son unos potentes proyectores de conciencia e incrementan de manera apabullante las percepciones extrasensoriales de un individuo susceptible de estas energías y pueden incluso abrir portales dimensionales. Pero si se trata de un cuarzo maestro, de una pureza completa, refuerza, además, el campo áurico, transmutando algunos estados mentales. Cuando dos cuarzos maestros se conectan, emerge de ellos una luz tan intensa que despeja la oscuridad y abre la puerta a un mundo desconocido, ofreciéndonos la posibilidad de descubrir nuestra esencia divina con el fin de completarnos. Por eso la llaman «la piedra del poder».

—Interesante —musité manteniendo una sonrisa forzada y comprendiendo en aquel instante lo trascendental de aquella información.

Me acompañó a la puerta y me estrechó la mano con calidez.

—Y, recuerda, estoy a tu completa disposición. Sea la hora que sea.

—Gracias, doctor Ramos.

—Déjate de formalismos. Llámame Félix, nos conocemos de sobra.

«¡Sobre todo, tú a mí, capullo!», pensé disgustada. Oculté mi desazón en una sonrisa agradecida y salí de la consulta.

Ya bajaba por la escalera cuando una mano apresó mi brazo, haciéndome retroceder. Luis salió del recodo donde había estado escondido, me atrajo hacia sí y me abrazó.

—¡Joder, qué puto mal rato he pasado! —se quejó. Su aliento vibró en mi cuello, donde había enterrado el rostro, y yo me estremecí.

—Yo tampoco es que haya ido de acampada.

Sofocó una carcajada, se apartó apenas para mirarme y me acarició la mejilla con la mirada prendida en mi boca.

—Lo has hecho genial, nena.

—Como lo hago todo —me jacté burlona con una sonrisa ladeada.

—Ya salió mi cuadriculada y modesta Rottenmeier —susurró mordaz, aunque su tono fue meloso.

Le saqué la lengua, frunciendo divertida el ceño, y él sonrió travieso alzando pícaro una ceja.

—Será mejor que nos larguemos ya, provocadora. No creo que sea muy juicioso arriesgarnos a que nos pille nuestro loquero follando en su rellano.

Tuve que taparme la boca para ahogar la risotada.

Luis cogió mi mano y me arrastró tras él. Descendimos dos plantas hasta el portal, pero, en lugar de salir, me guió escaleras abajo hacia lo que parecía la entrada a los trasteros. Y, en aquel hueco penumbroso, tomó mi boca con urgente avidez.

Nuestras lenguas se enlazaron en un baile tribal, primitivo, desesperado. Aquel fuego que nunca se apagaba creció en una llamarada salvaje, crepitando bajo nuestra piel y burbujeando en nuestras venas.

—Dios, nena..., ¿qué me haces? —gimió contra mi boca.

Respondí devorándolo con enloquecedora ansiedad. Sus manos se cerraron en mis nalgas y me alzó contra la pared. Envolví sus caderas con las piernas y dejé que me frotara contra su prominente dureza. ¡Dios santo, lo deseaba tanto que hasta sentía ganas de gritar!

—¡Joder..., voy a estallar! —exclamó sufrido.

Mordió mi labio inferior, y yo el suyo. Gemí. Gruñó. Y de nuevo sucumbimos al influjo de nuestras bocas.

Llevó una mano a la bragueta de sus vaqueros intentando liberarse, pero el sonido de unas llaves lo detuvo en seco. Me bajó apresurado y se curvó sobre mí para cubrirme contra la pared, ocultándose.

Un hombre emergió de la puerta de uno de los trasteros.

—Llévala a un hotel, campeón, ten algo más de clase —reprendió disgustado.

Pasó por nuestro lado mascullando y subió la escalera rumbo a su piso.

—¿Has oído, *campeón*? —aguijoneé entre risas.

—Ese tío ha olvidado lo que es un buen calentón, y, si no llega a ser tan inoportuno, ahora mismo te estaría demostrando lo campeón que soy, nena.

Reí y lo atraje hacia mí, agarrando las solapas de su cazadora de cuero

con la intención de atrapar nuevamente su hinchada boca. Pero él me detuvo.

—Si me besas de nuevo, te aseguro que te oirán gemir hasta en el ático —ronroneó contra mi boca—. Será mejor que honre mi título en un lugar más privado.

Enterré los dedos en su nuca, entrelazándolos en su espeso y sedoso cabello negro. Él gruñó lascivo y echó la cabeza atrás. Sentí el impulso de besar su cuello, pero supe que, si lo hacía, volveríamos a perder el control.

Salimos de aquel portal de la mano, portando en nuestro ánimo una buena carga de frustración sexual, que no dudaba aliviaríamos muy pronto, y la satisfacción de haber conseguido lo que buscábamos: más respuestas.

CAPÍTULO 37

LA PIEDRA DEL PODER

Abrazada a su pecho, en aquella amplia cama de su estudio en Benicàssim, sentí que él era mi hogar.

Había sido una noche larga, fogosa y conmovedora. Nos habíamos amado hasta la extenuación, en una entrega tan profunda y vital que no sólo habíamos enlazado cada uno de nuestros sentidos, sino también lo intangible, nuestras almas, nuestro ser. Todavía vibraba ante el recuerdo de lo vivido, de las palabras dichas y los gestos que las rubricaban. Todavía mi corazón, henchido de dicha, suspiraba pleno. Jamás imaginé poder llegar a sentir algo parecido, algo tan inmenso que eclipsaba cuanto me rodeaba, que vencía con su luz la oscuridad del pasado, que curaba mis heridas y que, además, me llenaba de vida con una fuerza tal que sentía que podía lograrlo todo. Incluso retenerlo junto a mí.

Luis tomó el colgante que yo había dejado sobre la mesilla y comenzó a balancear la bola de cuarzo transparente sobre sus ojos.

—¿Llegaste a encontrar algo en el cuaderno?

—Sí, aunque durante la falsa hipnosis dejó muy claro lo que había intentado buscar en mis anteriores sesiones.

—¿Qué tenía apuntado?

—Mi nombre, el del experimento, y una frase. —Hice una pausa y suspiré

arrebujándome contra su costado—. En el encabezado ponía «Experimento agujero de gusano», y la frase era: «Lleva el cuarzo de Luis encima, todo va según lo planeado».

Alcé la vista y observé cómo su expresión se contraía furiosa.

—Seguimos siendo unas putas cobayas, joder.

—¿De dónde sacaste este cuarzo?

Oprimió los labios y su pecho se hinchó con una inspiración profunda.

Me incorporé sobre un codo y lo miré inquisitiva.

—Lo robé —confesó.

—¡Joder, eso buscaban, por eso destrozaron mi piso y el tuyo!

—Sí —murmuró apesadumbrado.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—¿Cuando me preguntaras? —respondió sardónico, alzando los hombros.

Lo fulminé con una mirada resentida y me aparté de él para salir de la cama.

—Elisa, joder, temía terminar de aturullarte y que me mandaras al carajo. Me siento culpable por haberme inmiscuido así en tu vida, a pesar de saber que ya estábamos vinculados. Durante este tiempo he estado solo en esto. He intentado desentrañar el misterio de la mejor forma que he sabido o podido, y, cuanto más rascaba, más se complicaba todo. —Se sentó en la cama. La sábana se enrolló en sus caderas y reparé en los pequeños cardenales que tenía en los hombros y diseminados por sus pectorales y que antes no estaban—. Yo... trabajaba con Martín Ramos... Poco después supe por qué él me había contratado: no por mis excelencias en materia cuántica, sino porque yo era en sí el puto sujeto de estudio. El experimento. Cuando yo creía que actuaba por mi cuenta, en realidad ellos movían mis jodidos hilos. —Se pasó las manos por su alborotado pelo en un gesto frustrado—. Fueron ellos los que dejaron todo el trabajo en mis manos, limitándose a seguirme y a esperar los frutos que yo les daría.

Bufó contrito y agitó la cabeza.

—Soy un redomado gilipollas, ahora lo veo. Los he llevado hasta a ti.

—Cuéntamelo todo.

Me puse la ropa interior y mi camiseta y me metí de nuevo en la cama. Me

recliné contra el cabecero y crucé los brazos a la espera de su relato.

Sus ojos verdes se oscurecieron, me miró con semblante grave y aspiró una larga bocanada de aire antes de asentir.

—¿Y esos moretones? —pregunté señalándolos con un leve gesto de la barbilla.

—Me los has hecho tú en el fragor de la noche —respondió ante mi mudo asombro.

—Pues sí que soy bruta...

—No, tranquila, no es eso. Es sólo uno de mis síntomas: la falta de plaquetas produce sangrados y hematomas. También mi palidez, por algo parezco un vampiro.

—Tu pelo negro y tus ojos verdes no ayudan a humanizarte —mascullé con sorna—, pero a mí me recuerdas más a un puma.

—Sea lo que sea, aparento ser un depredador, cuando en realidad soy una presa.

«De esa maldita enfermedad», me dije. Pero él agregó algo que me estrujó el pecho.

—Presa de una preciosa bibliotecaria que me ha robado el corazón.

—Desde luego, sabes cómo conseguir que olvide, porque estaba molesta contigo.

Me miró travieso, alzando una ceja. Una pendenciera sonrisa trepó a sus labios, agudizando ese gesto pícaro que tanto incendiaba mis sentidos.

—Seré presa, pero avisado.

Sonreí divertida y no pude contener el impulso de alargar el brazo y revolver su pelo. No sé qué raro influjo ejercía su melena sobre mí, pero siempre sentía la necesidad de enredarme en ella.

—Martín trabajaba en un proyecto novedoso en materia cuántica —comenzó recostándose de nuevo, esta vez con la mirada perdida—: el entrelazamiento cuántico, según el cual, dos partículas separadas entre sí por una distancia monstruosa son capaces de *comunicarse* sin que exista nada, ningún canal de transmisión, entre las dos. Y ya sabemos que un cuerpo o materia es el conjunto de muchas partículas, de modo que cualquier modificación en una de ellas transforma automáticamente a la otra, esté a la

distancia que esté o con independencia del plano donde se encuentre.

»Hasta el momento ya existían experimentos exitosos al respecto. Investigadores chinos habían conseguido un entrelazamiento de fotones entre dos estaciones terrestres separadas por nada menos que mil doscientos kilómetros, vía satélite. Pero Ramos quería ir más allá, su ambición era conseguirlo, no con partículas, sino con objetos, con materia. Y demostrar que podía conectar dos objetos idénticos no a través de la distancia y no a través de un satélite, sino a través del tiempo y utilizando un agujero de gusano.

—¿Qué es un agujero de gusano? —interrumpí.

—Un agujero de gusano es un túnel que conecta dos puntos del espacio-tiempo, o dos universos paralelos. Todo es teoría, naturalmente, nadie ha logrado utilizarlos, aunque es matemáticamente posible.

—¿Quiere decir que, a través de ese túnel, alguien puede viajar en el tiempo?

—Sería un viaje arriesgado —respondió—, pues un agujero de gusano tiene una vida muy corta. Se abre y vuelve a cerrarse rápidamente. La materia quedaría atrapada en él y, aunque consiguiera salir por el otro extremo, no podría regresar. Evidentemente, tampoco podríamos elegir adónde nos llevaría. Pero Ramos no pretendía cometer semejante locura; en el supuesto caso de que lograra abrir uno, su intención siempre había sido hacer viajar un objeto. Y no un objeto cualquiera, sino uno que tuviera un poder clarividente.

—El cuarzo —adiviné.

—En efecto. Para tal empresa, encontró una pieza única, perteneciente a los cuarzos maestros, con una composición de pureza máxima. La pulió para que reflejara la luz y la moldeó con una forma cilíndrica para que atrapara imágenes dentro. La idea era mandar una a través del agujero de gusano a otra realidad o tiempo, y quedarse otra para observar los resultados de la viajera. Pues, como acabo de explicar, según el entrelazamiento cuántico, ambas piezas estarían conectadas, pues son la misma materia. Y lo que le ocurriera a una le sucedería a la otra al mismo tiempo.

—¿Y qué pintamos nosotros en su plan?

—Abrir un agujero de gusano hoy en día es algo prácticamente improbable: no tenemos los avances necesarios. Ramos es todo un físico

excéntrico, aunque brillante. Pero fue su hermano y la teoría de Malet sobre el desdoblamiento del tiempo los que le brindaron un plan B. Y una nueva alternativa suplantó la original. La idea de que, según el físico francés, todos tenemos un yo cuántico viviendo en otro plano existencial, naturalmente, sin ser conscientes de ello, hizo que Ramos se replanteara todo el procedimiento haciéndose una simple pregunta: «¿Y si consigo que alguien sea consciente de su otra realidad?». Y ahí entraba en juego su hermano Félix.

—De ese modo —intervine comprendiendo el razonamiento que había surgido en la mente del científico—, es todo mucho más fácil y seguro. Ahora se trata de despertar la conciencia de una persona, rebuscando en su más profundo subconsciente. Y que esa persona le cuente de primera mano su otra realidad. Y, para eso, nada mejor que un psiquiatra de confianza. No obstante, no fuimos elegidos al azar.

—El azar tuvo mucho que ver, o quizá la Providencia —replicó Luis—, pues empiezo a pensar que el destino nos hace seguir los pasos que nos marca. Félix Ramos se dedicó a curiosear en el subconsciente de sus pacientes. Algo difícil, pues necesitaba a alguien con una percepción mucho más abierta; con una brecha en ese inconsciente, y no sólo por traumas personales, sino por haber nacido con una capacidad extrasensorial. Yo no sé tú, pero yo de niño soñaba cosas raras, y a veces hasta las sentía al despertar. Eran extraños *déjà vu* que ni me atrevía a contar y que terminaba olvidando sin entenderlos.

Sí, recordé, yo también veía de niña una gran hacienda con varios chiquillos correteando a mi alrededor burlándose de mí, o campos de arroz, donde los jornaleros trabajaban mientras yo los observaba huyendo de las chanzas. Otras veces soñaba que peleaba con ellos y una mujer adulta nos separaba y nos castigaba. Y, curiosamente, era justo ahora, cuando rememoraba aquellos vívidos sueños, cuando advertía lo extraño de aquella estampa que se repetía en mis sueños con un claro tinte añejo.

—Y entonces Félix Ramos dio contigo —prosiguió—, y posteriormente conmigo. Y nos estudió a ambos, escarbando como una vil comadreja en nuestras mentes. Sin embargo, optó por mí en un principio, puesto que yo ya era consciente de mis visiones y, además, era también físico. Pero algo fallaba conmigo, y ahora, gracias a ti, sé lo que es: no lograba conectar con mi otro yo

porque estaba equivocado acerca de su identidad. Pero, igual que yo te vi en mis visiones, también lo hicieron ellos, y, dando por hecho que yo te buscaría, sólo tuvieron que esperar.

—¿Ellos conocen tu enfermedad?

—Sí —contestó agravando su ceño—. Fue Martín quien me dijo que, si mi destino estaba entrelazado con mi otro yo, quizá fuera él la solución. Tal vez mi enfermedad era consecuencia de sus actos, y más pensando que era Barbarroja, un corsario con una gran deuda de sangre adquirida, sangre que envenenaba la mía. La teoría era de locos, pero cuando a un cuerdo se le acaban las ideas, sólo le queda la locura por estudiar. Además, necesitaba descubrir quién soy antes de no ser nada.

Sentí un aguijonazo y me esforcé por que mi rostro no lo mostrara. Bajé la vista, temiendo que él leyera en ella mi angustia. Me había negado a pensar en su enfermedad y en el destino que le deparaba. No lo soportaba.

—Eres Dragut —recordé todavía con un nudo en la garganta.

—Lo soy, y ahora ya tengo una excusa real para molestarte en la biblioteca.

Sonrió travieso y yo acaricié con ternura su mejilla.

—Hay algo que no entiendo. Si ya cambiaron el procedimiento, ¿qué tiene que ver el cuarzo en esto? —planteé intrigada.

—Una teoría científica se apoya en datos empíricos y en toda una larga serie de hipótesis basadas en leyes de la física. Pero teorías hay muchas, y sin pruebas concluyentes que las validen, quedan en simples conjeturas. No obstante, con una prueba constatable, se convierte en una ley científica, y eso... eso sí vale un Nobel, por no decir que revolucionaría no sólo el campo de la investigación en cuanto a materia cuántica, sino al mundo, tal como lo conocemos. El cuarzo es la prueba que él necesita. Dos personas, como nosotros, no sustentarían su experimento, pues puede argumentarse que estamos sujetos a sugestión. En cambio, una bola de cuarzo que refleje otro mundo, un mundo que su otra mitad refracta en sí misma, sería la prueba irrefutable de que están conectadas a través del espacio-tiempo de manera simultánea.

Alargué la mano hacia el colgante y entorné los ojos para escudriñar el

interior de aquel cristal de roca pulido.

—Pero aquí no se refleja nada.

—Porque necesita un catalizador: tú..., ella —respondió—. Ramos cree que, cuando Isabet tenga la perla al tiempo que tú, será vuestro medio de comunicación. Los cuarzos se convertirán en una especie de transmisor, ya que son amplificadores y potenciadores de conciencia. Lo que es imposible saber es cómo será la comunicación, en el caso de que la haya. No olvidemos que todo es experimental.

Permanecí un instante en silencio sumida en mis propias reflexiones.

Todo aquel batiburrillo de información, a pesar de sonar rebuscado y descabellado, tenía su sentido. Y más cuando yo misma había tenido la certeza irracional de que existía otra perla en el otro lado. Yo misma, mi experiencia, ratificaba la investigación, al menos en lo que se refería a las realidades paralelas. Descubrir que existía en otro plano temporal resultaba, como poco, sobrecogedor y provocaba vértigo. Y no pude evitar preguntarme si mis trágicas vivencias también las había experimentado allí, o si, por el contrario, las había generado ella y yo las sufría. Aunque, al recordar los latigazos y el dolor en el pie, tuve claro que una vida fácil no llevaba.

Mi curiosidad despertó con la impetuosidad de una flor que se abre con la caricia del sol. Encerré la perla entre las manos y la sentí cálida.

—Este cuarzo ya nos demostró su poder —musité mirándolo con gravedad—. Esa luz, esa termoluminiscencia, penetró en los recuerdos que la hipnosis había sepultado y me llevó de nuevo a aquel... día. Sin el cuarzo ya tenía las visiones; si dices que las potencia..., es muy probable que Martín Ramos lleve razón en sus planteamientos. Pero, si todos estamos en el mismo barco, quizá podamos colaborar juntos, sin enfrentarnos.

Luis emitió un leve gruñido disconforme y negó con la cabeza.

—No soy capaz de conjeturar qué consecuencias tendrá todo esto, pero mis temores son justificados. Cuanto más se abra la brecha entre vosotras, más peligroso será. Conozco a Ramos y no se detendrá, aunque las conexiones representen un riesgo para ti. Además, ahora que ya sé en quién focalizar mis pensamientos, quizá pueda conectar yo, y evitar que tú sigas exponiéndote.

—Pero el cuarzo me eligió a mí —resalté—, y empiezo a pensar que tal

vez haya una misión más elevada, algo que deba hacer para favorecer mi destino, bueno..., mis destinos, y posiblemente los tuyos, pues si Ramos hasta el momento está acertado en sus suposiciones, tal vez también lo esté respecto a tu cura. Ya todo es posible, ¿no lo ves?

Cogí su mano, abrí la mía donde el cuarzo parecía destellar y uní nuestras palmas, atrapando en ellas la perla.

—Todo esto tiene que tener un sentido, Luis, no hay azar alguno en lo que nos ocurre. Esto es demasiado extraordinario como para ser tan sólo el fin de un experimento, por muy relevante que sea para la ciencia. Sé que es crucial para nosotros, y si esta perla es la llave que nos conducirá a nuestras otras conciencias, aprovechémosla.

Sus rasgados ojos verdes relampaguearon presos de esa excitante inquietud que brilla en la mente de todo científico junto con un solemne misticismo fruto de la profundidad de un ser abierto a los misterios del universo.

—Juntos —pronunció con gravedad.

—Juntos —repetí apasionada.

Acerqué mi boca lentamente a la suya y lo besé con dulzura. Si algo tuve claro en ese preciso instante fue que haría lo impensable por salvar su vida.

En aquel momento, la melodía de mi móvil se derramó invasiva por la habitación. Chasquéé la lengua molesta por la inoportuna interrupción y salí de la cama para rebuscar el teléfono en mi bolso. Miré la pantalla y mis labios se curvaron en una sonrisa. Descolgué.

—Hola, Julia —saludé jovial.

—Por lo menos recuerdas mi nombre —rezongó molesta—, porque llevo días sin saber de ti. Ya temía que hubieras perdido la memoria. He tenido que enterarme de lo sucedido por tus vecinos. ¿Te parece bonito? ¿Es así como me quieres? Puedes imaginar el susto que me he llevado.

—Te he cogido la llamada a la primera, o sea, que tu susto habrá durado unos... ¿treinta segundos?

Sonreí imaginando su gesto enojado y reprendedor.

—Encima, búrlate —incredó indignada—. Eso pasó hace dos días, y sé que no has aparecido por aquí ni has tenido la decencia de acudir a mí. ¿Eso

hacen las amigas? Han sido los treinta segundos más terribles de mi vida. Creí que te importaba.

—Y me importas, y te pido perdón, pero no he querido preocuparte, y además he estado liada con unos temas un tanto...

—No pienso perdonarte —interrumpió ofuscada. Luego guardó un breve silencio que terminó ocupando su curiosidad—. ¿Con qué temas...?

Luis se acercó a mí. La sábana cayó y su esplendorosa desnudez me hizo perder el hilo de la conversación. Aproximó su rostro al mío para escuchar mejor la conversación y sus labios se estiraron en una sonrisa divertida.

—Pues... temas... —mascullé sin saber cómo aliviar su curiosidad.

—Temas de capullos —intervino Luis sofocando la risa—. Verás, como durante el robo le rompieron todos los jarrones, me animé a conquistarla y..., por suerte, la cosa fue bien. En resumen, que la tengo secuestrada y atada a mi cama... por eso no ha podido llamarte antes.

Yo no logré contener la risa. El silencio se hizo al otro lado de la línea, aunque me pareció oírla regruñir.

—Eres todo un granuja —farfulló reprobadora, pero en su tono ligero se traslucía una sonrisa contenida—. Dile a tu secuestrada que hoy, sin falta, venga a mi casa o daré parte a la policía.

—¿Extorsionando a un secuestrador? —murmuró Luis simulando el tono de un gánster—. Vaya, Julia, tienes agallas.

—Lo que tengo son jarrones —repuso mordaz.

Esta vez, los tres estallamos en carcajadas.

—No puedes darle parte a nadie —prosiguió él—, todavía no la he troceado.

Julia seguía riendo, y yo empujé a Luis con el hombro para apartarlo de mi móvil, amonestándolo entre risas.

—Dentro de un rato estoy en tu casa —aseguré antes de colgar.

Impulsada por una acuciante necesidad, me abalancé sobre él y apreté su boca con avidez. Sentir su aterciopelada lengua, embeberme de su sabor y oírlo gruñir en mi boca aumentaron mi hambre. Tenerlo desnudo y a mi completa disposición facilitó que la colmara.

* * *

Luis me dejó en casa de Julia ya cerca del mediodía y se marchó a la biblioteca en busca de datos sobre Dragut. Llamaba a la puerta cuando un agudo escozor en la cara interna del antebrazo me hizo apretar la mandíbula. Alcé la manga de mi cazadora arrastrando también la de la camiseta para ver ante mis ojos unos finos trazos rojizos brillantes dibujando una palabra.

Contuve el aliento y exhalé un gemido estrangulado.

La puerta se abrió. El rostro risueño de Julia se trocó en una expresión alarmada al reparar en mi gesto consternado.

—¡Santo Dios, Elisa! ¿Qué te ocurre?

No fui capaz de responder. Abrí y cerré la boca reiteradamente sin atinar a explicar nada. Volví a fijar la vista en mi antebrazo para comprobar cómo aquella frase se desvanecía ante mis ojos.

CAPÍTULO 38

EL REGRESO DE SOLIMÁN

Palacio de Topkapi, octubre de 1536

El regreso del gran sultán movilizó todas las áreas de palacio.

Se organizó una gran recepción, a pesar de que su imprevista vuelta se debía al ataque por sorpresa de la flota cristiana, y su ánimo soliviantado no comulgaba con aquel recibimiento festivo. No obstante, para su amante esposa, la bella Roxelana, la llegada de su marido era sin duda motivo de celebración. También supuse que deseaba agasajarlo y hacerle olvidar momentáneamente la cruenta guerra que libraba con sus enemigos, en especial, con el emperador Carlos V.

La recepción se celebraba en el salón imperial, un recinto amplio y opulento donde se erigía su suntuoso trono bajo una ornamentada techumbre decorada en azulejos geométricos ribeteados con filos de oro. Numerosos jarrones con vistosas flores adornaban cada rincón.

Junto a mi protector, Ibrahim, que lucía sus mejores galas, aguardaba expectante la entrada de Solimán en la sala. Yo vestía un caftán de seda atlas en tonos azules, y mi pelo oscuro se recogía bajo un tocado adornado con profusa pedrería. La mirada admirativa de mi protector me recorrió de pies a cabeza con un marcado tinte lujurioso.

Cuando los timbales sonaron, las recias puertas doradas de la sala se abrieron para recibir al gran sultán. Se despejó un pasillo entre los engalanados asistentes y una altiva figura avanzó con las manos a la espalda y gesto sereno. Solimán poseía una aguda inteligencia que brotaba afilada de su atenta mirada. Su gesto era regio, y su porte emanaba todo el poder que encerraba su posición.

Su indumentaria era llamativa y fastuosa, con tres bellísimos caftanes tan diferentes entre sí que contrastaban vivamente. Encima del primero, de seda atlas verde, lucía un vistoso *entari*, una túnica con mangas tres cuartos confeccionada en seda kemha, en un violeta oscuro ribeteado de hilos de plata anudada con diversos *cintamari* (lazos dobles cruzados). El tercero era una prenda abultada en seda kemha rematada de armiño, con mangas hasta el suelo y abertura en los hombros. En la cabeza llevaba un magnífico turbante compuesto por varias capas de muselina blanca, y, en el centro, una tallada esmeralda de la que brotaba altiva una solitaria pluma roja.

Un largo y profuso mostacho descendía enmarcando su barbilla. Avanzó hacia el trono, y Roxelana bajó la escalera del estrado para recibirlo. El brillo de sus ojos mostraba un amor profundo, que a su vez recibió de parte de su esposo en igual medida. Fue en aquel único momento cuando los labios del sultán se curvaron prendados en el rostro de su bella esposa.

Alzó la mano y la música de varios laúdes comenzó a fluir y las conversaciones a flotar entre los congregados en tono jovial. Grandes bandejas repletas de ricas y variadas viandas eran servidas en una larga mesa, donde los invitados daban buena cuenta del ágape.

Uno de los consejeros, Rustem, conversaba animoso con su sultán. Ibrahim, ávido de información, se acercó al estrado, prestando disimulada atención a la conversación. No obstante, se estaba desarrollando en un tono lo suficientemente alto como para no considerarse privada.

—En la tierra regida por mí, el pueblo judío será libre de practicar su propia religión y hablar su propio idioma —proclamó Solimán con determinación.

—Pero, mi señor —replicó Rustem—, una actitud tan noble y leal hacia los judíos puede conllevar consecuencias desastrosas: los que han sido

desplazados y desterrados pondrían inevitablemente en peligro la paz y la estabilidad del Imperio.

Solimán sostuvo la mirada de su consejero un instante y, al cabo, la posó sobre el colorido ramo de flores que había en una mesa, señalándolo.

—¿Qué opinas de esas flores, mi buen Rustem?

El hombre pareció desconcertado ante el nuevo rumbo de la conversación, parpadeó confuso y acto seguido musitó:

—La explosión de colores de estas flores es impresionante, mi soberano.

El sultán dio una palmada y varios sirvientes se acercaron prestos.

—Quitad todas las flores que no sean amarillas.

Todos en la sala se miraron intrigados. Los siervos acataron la orden sin dilación y en el jarrón sólo quedaron las flores de ese color.

—¿Y ahora, Rustem? —preguntó Solimán.

—Está peor, mi señor —murmuró confuso.

El gran sultán esbozó una sonrisa beatífica y asintió.

—El Todopoderoso ama la diversidad, Rustem —comenzó paciente—. De lo contrario, se habría creado un solo tipo de flor, una especie de ave, una sola raza de personas. Sin embargo, observa —abarcó con su brazo a los presentes—, todos somos muy diferentes. Esta mesa era hermosa porque albergaba una gran variedad de flores.

»Sobre la tierra que yo gobierno, todos, sin importar el idioma y la religión, cristianos, musulmanes y judíos, todos deben vivir juntos, felices y en paz, como estas flores. La diversidad del mundo es un gran regalo del cielo.

Tras ese discurso se hizo un silencio proverbial. La inconmensurable sabiduría y tolerancia del sultán avivó más la respetuosa y profunda admiración de sus súbditos por él. Y ganó la mía.

Me volví hacia Ibrahim, que lucía un gesto duro en su rostro.

—¿Por qué? —inquirí curiosa.

No fue necesario que aclarara aquella pregunta.

—No es lugar ni momento, ni es de tu incumbencia —barbotó huraño, llevándome a un rincón más discreto.

No obstante, por la inquina que traslucía su mirada cuando la posaba en su sultán, adiviné que alguna de sus decisiones habría perturbado o

desfavorecido los intereses del médico. No era simple ambición el motivo de su traición, sino venganza.

—Mañana regresa también Mustafá —informó bebiendo de su copa. Clavó sus sagaces ojos oscuros en mí, con tal intensidad que me provocó un escalofrío—, necesita consejo de su padre. —Bebió otro largo trago y depositó la copa en la mesa antes de continuar—. Te han designado sierva particular del heredero.

Abrí los ojos con angustioso estupor.

—¿Có... cómo?

—Lo que oyes, he sido informado al respecto esta misma mañana.

—Yo... yo no puedo... —tartamudeé nerviosa—, no estoy preparada para tan gran responsabilidad, es el hijo mayor del sultán y yo...

—Y tú no quieres matarlo —sentenció esgrimando una sonrisa artera.

Abrí la boca dejando escapar un resuello sorprendido.

—Tengo informantes —prosiguió en apenas un susurro sin dejar de mirar a su alrededor con una sonrisa indefinida en sus labios—, y, además, el encandilamiento repentino e inaudito de la sultana por ti ya me resultaba sospechoso. Roxelana no es mujer de desplegar sus encantos sin un interés oculto. Tampoco siente inclinación alguna por las sirvientas ni les procura sus simpatías. Pero a ti, sí. De hecho, me consta que te quedaste a solas con ella en su cámara, con lo que es fácil presuponer que trama algo. El que te haya designado para servir a Mustafá me deja muy claro la misión que te fue encomendada ese día.

Exhalé el aire contenido y acepté con mi silencio su conjetura.

—Pues, en tal caso, comprenderás ahora mi urgencia por escapar.

—Habría de ser antes de que rompa el alba, pues o cumples tu cometido y mueres, o te rebelas y mueres.

Apreté los labios en un gesto tenso y desazonado.

—Puesto que ya adivinabas mi delicada situación y sabías, además, que Mustafá vendría mañana, espero que tengas preparada mi huida. O el mensaje que guardo en mi cabeza morirá conmigo aquí.

Ibrahim respiró hondo y asintió satisfecho de sí mismo.

—Nos aguarda un esquife en una cala oculta, para llevarte a bordo de una

de las naos de la flota maltesa. El emperador está a punto de salir de Génova tras reorganizar sus fuerzas allí y protegerse del infame Francisco para regresar a Tordesillas, donde lo espera su familia reunida. Tiene pensado pasar las Navidades allí antes de trasladarse a la corte de Valladolid. Tú partirás rumbo a las costas que te vieron nacer, en el reino de Valencia, para ser escoltada hasta Tordesillas, donde serás recibida por el emperador en persona. Más te vale que la información sea valiosa, o tu cabeza rodará a los pies de tu monarca.

Todas mis alarmas saltaron en aquel preciso instante, no obstante, me aseguré de ofrecerle una sonrisa complacida y confiada.

Bebí de mi copa y, al alzar la vista, me tropecé con la mirada calculadora de Roxelana, que alzó la suya en un brindis mudo y luego la dirigió hacia un hombre en particular. Era uno de los eunucos, el que llevaba días siguiéndome.

—Me temo que no te va a resultar tan fácil sacarme de palacio —susurré disimulada tras un trago, mirando de soslayo a mi vigilante.

Ibrahim no pareció preocupado.

—Contaba con ese imprevisto, y con otros que seguro ni siquiera conoces, por muy cerca que los tengas.

Lo contemplé suspicaz y arrugué el ceño analizando aquella observación.

—Debería regresar al harén y avisar a mis amigas de que partimos de inmediato —sugerí ansiosa.

—Será lo mejor —coincidió—, no hay tiempo que perder. Mandaré un eunuco a por vosotras, ese que ahora nos observa.

Seguí su mirada para descubrir a un eunuco blanco, alto y espigado.

Asentí discreta y salí del salón imperial asediada por una creciente sensación ominosa que agriaba la boca de mi estómago.

No tenía ni idea de cómo pensaban librarse del eunuco que seguía mis pasos, tampoco yo sabía cómo sortear el plan de Ibrahim, que ahora ya se revelaba muy claro. Caminé a buen paso entre los patios atravesando los jardines iluminados por fanales y una luna menguante ya, enfilando hacia el harén.

Mientras caminaba, mi mente no dejaba de elucubrar alternativas que finalmente descartaba por un motivo u otro. El eunuco guardián de las puertas

del recinto más privado de palacio las abrió en cuanto me vio.

Me dirigí con paso largo y gesto preocupado a nuestros aposentos y sonreí aliviada al descubrir a Juana en la galería adyacente, apoyada indolente en una columna, sumida en sus propios pensamientos.

Alertada por mis pasos, se volvió hacia mí y sus ojos se agrandaron admirados. Conforme avanzaba y reparaba con más detenimiento en su arrobada expresión, mi sonrisa moría a favor de un rictus incómodo.

Cuando llegué a su altura, me detuve. Juana paseó su mirada por cada curva de mi cuerpo, sin un ápice de recato en ella.

—Estás... —comenzó embelesada.

—En un condenado aprieto —terminé con dureza.

Sus oscuros ojos se entornaron inquisitivos.

—¿Qué ocurre?

—Dentro de un rato vendrán a sacarnos de aquí. Nos fugamos esta noche.

—Pero eso es una muy buena noticia —alegó sonriente. Observó mi rostro contrariado y el suyo se ensombreció—. Ya veo que no es así. ¿A qué se debe tanta urgencia?

—Mañana regresa Mustafá, y me han asignado como su sirvienta personal.

La aviesa mirada de Juana comprendió de inmediato la situación.

—Pero ése no es ya el mayor de mis problemas.

—Tus problemas nunca han sido pequeños —murmuró mirándome con ternura.

—Ya sé qué tramaban Ibrahim y Nasir —anuncié. Respiré hondo y miré hacia atrás esperando ver una sombra negra acechante, pero no vi nada—. Nos van a llevar a la cala que vi marcada en aquel mapa. Allí nos espera un esquife para llevarnos a la nao que fondeará en la bahía. Pero estoy segura de que, junto a esa nao, habrá una galera donde Nasir aguardará a que se le devuelvan sus esclavas. Piensan separarnos en esa cala. Imagino que Nasir, temiendo mi plan, ha sobornado a Ibrahim. Prefiere pagar unos dírham más a perder los que ya invirtió.

—¡Malditos! —farfulló ofuscada Juana, apretando los puños.

—Y no sé cómo impedirlo.

Juana pareció concentrar toda su atención en la búsqueda de una solución

componiendo un semblante ceñudo y decidido.

—Bueno, si Ibrahim se ha vendido por unos dírhams, quizá vuelva a hacerlo si se los duplicas, dejando a Nasir en la estacada —aventuró.

—¿Y de dónde demonios saco yo esos dírhams?

—De Roxelana —contestó.

Barajé aquella sugerencia y supe al punto que era nuestra única oportunidad.

—Pero Roxelana hoy yacerá con su esposo, no acudirá a sus aposentos en el harén.

—Apuesto lo que sea a que te recibirá esta misma noche si vas en su busca.

Sostuve la sagaz mirada de Juana agradeciendo tenerla a mi lado.

—Es momento de exigir parte del pago antes de ejecutar mi misión — comprendí, consciente del riesgo de aquel atrevimiento. Aun así, no tenía otra elección.

—Despierta a Dolores y a Blanca y preparaos para partir. Yo regresaré a la recepción para provocar un encuentro privado con la sultana. He de apresurarme, no puedo arriesgarme a que vengan a buscarnos y yo no esté.

—¿Y si Blanca no quiere venir con nosotras? —barajó Juana.

Aquella posibilidad había estado muy presente en mis pensamientos desde el día en que se le planteó.

—Es hora de que ella elija su destino —aseveré apesadumbrada.

Bajé la vista afligida, apagando las ascuas de una culpa que se negaba a desaparecer y que una y otra vez prendía ante los recuerdos de aquel funesto día.

Juana pareció leer en mí de nuevo. Posó una mano en mi hombro y la otra la llevó a mi mejilla para acariciarla con extrema ternura.

—A veces, Isabet, no se trata de enmendar errores, sino de no volver a cometerlos.

Aquel consejo me llevó a otro parecido pronunciado por un hombre que había desaparecido, pero que, sin embargo, tenía muy presente en mi corazón.

Nos sostuvimos la mirada un largo instante, y algo en mi interior vio una piadosa comprensión en sus ojos.

—Me viste aquel día, ¿no es así? Me viste con ellos. —Mi tono se estranguló en una pena que había conseguido apartar en pos de una dura supervivencia, pero que ahora asomaba inmisericorde.

—Te vi, sí, como te vieron muchos de los convecinos de Oropesa, pero como una presa de esos desalmados. Sin embargo, yo ya te había visto mucho antes agitando una antorcha encarada a las islas Columbretes. Luego dormitaste al borde de los riscos bajo la torre del Rey. —Hizo una pausa para comprobar mi reacción, y al cabo prosiguió—: Presencí tu repudia en el castillo de los Cervelló, y cómo huiste dolida rumbo a los acantilados. Te seguí —confesó, sus ojos adquirieron un brillo revelador— y me escondí para observarte. Desde mi escondrijo no pude ver las galeras que se acercaban a la costa ni adivinar tu intención. Cuando lo descubrí, ya estaban casi desembarcando. Corrí a la aldea para avisar del ataque, pero era demasiado tarde.

Cerré los ojos mortificada, exhalando un gemido estrangulado.

—No obstante, también vi cómo luchabas por cada una de nosotras y, aunque sabía que la culpa y el arrepentimiento guiaban tus actos, habrías dado tu vida por nosotras sin dudar. Y ese sacrificio no nace de la necesidad de redención o perdón, sino de un corazón valeroso que despertó ante la adversidad. De un espíritu inquebrantable que, con su luz, aleja las sombras que siguen acechándolo. Y eso, Isabet, debe liberarte de la culpa.

Sentí un nudo en el estómago y ardientes lágrimas asomaron amargas a mis ojos.

—Deberías odiarme de todos modos. Soy culpable de muchas muertes, incluida la de tu padre.

—Sé que en ningún momento llegaste a imaginar el alcance real de tu despecho. En tu ofuscación, no pensaste, no creíste que todo se desbordaría. Y eso es lo que ocurre cuando actuamos presos de un arrebató y, además, la maldita Providencia nos da las armas que le pedimos. Ví tu sufrimiento, el horror pintado en tu faz, el terror ante la barbarie que se cometía ante tus ojos y la angustia de saberte la autora. Pero tú no empuñaste ninguno de esos alfanjes, Isabet; tú sólo esgrimiste una burda venganza contra la mujer que te había arrebatado a ese petimetre con ínfulas. Aquella maldita noche, todo se

alineó para que la tragedia asolara la villa y nuestros destinos.

Juana me estrechó entre sus brazos y yo descargué mi llanto preñado de todo cuanto había vivido hasta aquel momento. Miedo, angustia, dudas, intrigas, luchas, huidas, dolor, visiones sobrenaturales, y el amor más infame del mundo.

—Yo, Isabet..., no podría odiarte, aunque quisiera —susurró en mi oído.

Quizá aquello podría considerarse la más completa declaración de amor, y más sabiendo que nunca sería correspondida. No juzgué sus inclinaciones, pues en un mundo tan duro y cruel, cualquier tipo de amor debía tenerse en alta estima. También la confianza, y en ella había depositado la mía, junto a mi eterno cariño y mi más profunda gratitud.

Cuando nos apartamos, sus ojos estaban tan húmedos como los míos.

—Volveremos a casa —aseguró con determinación.

—Lo haremos —ratifiqué.

Y desanduve mis pasos en busca de la sultana. Pero, conforme me alejaba del harén, un reflejo insidioso despertó una desazonadora inquietud. ¿Y si esa noche la tragedia volvía a desencadenarse?

Alargué las zancadas apresurando mi avance. Mi instinto me alertaba de algo, pero con tantos frentes abiertos, era imposible saber de dónde provendría el peligro.

Atravesé los grandes portalones y me adentré de nuevo en el fastuoso salón imperial. Recé por no toparme con Ibrahim, pero reparé en que mi centinela ya no andaba tras de mí.

Roxelana se había sentado en su trono y observaba distendida a su esposo conversando con el visir. Me acerqué disimuladamente y busqué su mirada. Cuando la encontré, compuse un mohín preocupado y retiré la vista. Ella asintió apenas y se puso en pie. Con un gesto de su barbilla, me señaló un rincón apartado, y me encaminé hacia él. Amparada por una recia columna, aguardé su llegada.

No obstante, pasó por mi lado sin detenerse y traspasó unas puertas ricamente labradas sin pararse a mirarme. Las dejó entreabiertas y yo la seguí.

Aquella pequeña sala estaba tan sólo iluminada por una lucerna de bronce que proyectaba estrellas doradas sobre el pavimento de mármol. Entre las

celosías de dos angostas ventanas se filtraba la luna, dibujando a su vez caprichosas figuras de plata. Tuve la impresión de estar en un lugar irreal, en la antesala no supe si del cielo o del infierno.

—Espero que sea urgente, me estoy exponiendo demasiado —masculló disgustada.

—Necesito acumular valor para lo que me encomendasteis —comencé midiendo mis palabras—, pues el miedo ha empezado a hacer mella en mi ánimo.

Roxelana respiró hondo en busca de paciencia. Frunció levemente los labios con evidente desagrado y sacudió la cabeza contrariada.

—Bien, ¿y qué clase de aliento necesitas?

—Prometisteis pagar el encargo con mi libertad y una buena bolsa de dírham de plata —recordé, intentando mostrar un prudente titubeo—, pero mi receloso carácter me hace ser desconfiada. Y, bueno, yo... quizá si percibo la mitad de los caudales prometidos antes de realizar el encargo, logre apartar mis dudas.

—¿Dudas de la palabra de la sultana? —profirió agraviada.

—Dudo de mi coraje, mi señora —me apresuré a corregir—. Una buena bolsa de plata inflamaría mi valor y anularía cualquier flaqueza. Pues asesinar al heredero del gran Solimán pesará en mi conciencia hasta el final de mis días, eso si no salgo peor parada.

Me escudriñó un largo instante con una mirada afilada; su ceño se arrugó mientras cavilaba sobre mi propuesta. Caminó reflexiva, con las manos a la espalda y la vista perdida. Las luminosas figuras geométricas adornaron su larga trenza rojiza y su regio perfil.

Se me antojó en aquel momento como la bella e intrigante Scheherezade tramando un nuevo ardid.

—Te daré la mitad del pago. Cuando ejecutes lo acordado, procuraré tu libertad y percibirás la otra mitad —aceptó al fin.

Solté el aire contenido y sonreí para mis adentros.

—Aguarda aquí un momento.

Salió de aquel privado saloncito y yo caminé impaciente de un lado a otro como ella había hecho barruntando su decisión. Me acerqué a la ventana y

miré a través de la celosía la mordida luna, que estaba atravesada por hilachos desmadejados de nubes negras, como los oscuros auspicios de una hechicera lanzando una maldición.

Agité la cabeza para apartar funestos pensamientos y me tensé cuando, al cabo, oí pasos firmes acercándose.

La puerta se abrió y Roxelana entró cerrando tras ella.

Alargó su brazo hacia mí. Una abultada bolsa de piel pendía entre sus dedos. La tomé confiando en la generosidad de la sultana y la introduje en mi escote. Sonreí agradecida y asentí respetuosa.

—Mañana, Mustafá debe morir. Si no lo hace él, lo harás tú.

Nos miramos con gravedad. Y en sus vivaces ojos de gacela, vi la leona que escondía. No cabía duda alguna, muriera o no Mustafá, yo estaba condenada si me quedaba.

—Así será —confirmé resuelta.

La sultana sonrió complacida. Ya se volvía para salir cuando se detuvo y me miró de nuevo.

—Por cierto, a tu amiga Blanca le agradecerá saber que Dragut ha regresado. De hecho, acaba de llegar a la recepción y se ha prosternado frente a su soberano. Quizá sea yo la que le diga que va a ser padre de un bastardo castellano. ¿O prefieres tener tú el honor?

Negué con la cabeza, conteniendo todas las emociones que comenzaban a aflorar a borbotones, tirando de mí en todas direcciones. Aquella alarma interna sonó ensordecedora. Mi pulso se aceleró y mi respiración se agitó.

«¡Dios santo, no..., ahora no!»

Sentí la escrutadora mirada de la sultana en mí, parecía relamerse. Luego salió de nuevo, dejándome trémula y angustiada.

CAPÍTULO 39

UN FALSO ÁNGEL

Me asomé subrepticamente.

Para mi completa desgracia, fui incapaz de localizar a Dragut dentro de mi campo de visión. No podía arriesgarme a salir y toparme con él.

Maldije mi suerte una y mil veces y caminé como un animal enjaulado hasta que me detuve de nuevo frente a las ventanas. Filtré los dedos entre los huecos de la celosía y empujé con fuerza, pero ésta no se movió. Miré a mi alrededor y fijé mi atención en una mesa. La arrastré hasta la ventana, me senté en el tablero frente a ella, aferré los bordes con las manos e impulsé con fuerza las piernas contra ella. Una y otra vez, hasta que oí crujir la madera. Animada, continué imprimiendo más fuerza a las patadas. Por fin logré quebrar una de las uniones, y, tras unos cuantos impactos más, conseguí desencajarla.

Me precipité por el hueco abierto y salí al fresco aire de la noche, jadeante pero triunfal. No tenía tiempo que perder.

Corrí entre los setos, ocultándome a la vista, hasta que alcancé la entrada al harén. Atravesé las largas galerías a la carrera, y entonces divisé en un recodo dos figuras cubiertas con capas de abrigo y un hatillo pendiendo de sus hombros: Juana y Dolores me aguardaban inquietas. Bastó un cruce de miradas con Juana para confirmarle que lo había conseguido.

—¿Dónde está Blanca?

—Le dijeron que Dragut había regresado y salió en su busca.

—¡Maldición! —exclamé furiosa—. ¿No quiso venir con nosotras?

—En principio, sí, pero cuando le dijeron que Dragut había aparecido, no pudimos retenerla.

«¡Condenado e inoportuno pirata!», me lamenté barajando mis opciones.

—Ella acaba de elegir su destino, Isabet.

—No piensa con claridad, está enamorada —la justifiqué, incluso sabiendo que Juana llevaba razón.

—Sea como fuere, tú no puedes despejar esa nube, ni de su cabeza ni de su corazón.

No, no podía. Finalmente asentí y entré en nuestra alcoba para coger mi modesta capa de sarga. Me cubrí con la capucha y salí a la galería, arrebujándome en ella. Sentí el aguijonazo de las heridas que me había infligido en el antebrazo y, a pesar de llevarlo vendado, cada letra parecía relucir atravesando el lienzo y la manga de mi caftán, recordándome aquella desgarradora visión de la muerte de Dragut en el campo de batalla. Cada letra escocía ardiente, pero no por su invasión en mi piel, sino por horadar mi corazón.

Ese día, con suerte, partiría muy lejos de allí, para no volver a verlo jamás. El destino de Dragut también lo decidía él, fiel a su obediencia o quizá a su naturaleza, pues un guerrero se enfrentaba habitualmente a la guerra, y ésta sólo podía ofrecer dos cosas: victoria o muerte. La segunda estaba a punto de atraparlo.

Escondida en mi pecho llevaba la perla robada, dentro de un saquito que colgaba de mi cuello; un rudimentario colgante que me permitía tenerla cerca de mí y oculta a la vista. Sentí el impulso de tomarla en mi mano. Su tacto y su tibieza me reconfortaban, a pesar de recordarme que era presa de un hechizo.

—Deberíamos esperar en la habitación —sugerí—, aquí llamamos demasiado la atención.

Justo en aquel instante apareció por el largo corredor punteado de arcadas y columnas una figura alta que avanzaba con determinación hacia nosotras.

Juana tomó a Dolores de la muñeca para entrar en nuestro cuarto, pero yo

la detuve al reconocer el rostro del eunuco blanco a las órdenes de Ibrahim. El hombre, de rostro enjuto y mirada ladina, nos hizo un leve gesto con la cabeza y nos apresuramos a seguirlo.

Acompañadas del eco de nuestros pasos, pensé en Blanca, y aquella alarma resonó con fuerza en mi cabeza. Todas mis inquietudes respecto a ella refulgieron desazonadoras. Respiré hondo intentando alejarlas, pues nada podía hacer ya, excepto permanecer alerta y recelosa.

Las tres nos cubrimos con las capuchas al salir del harén, siguiendo los raudos pasos del eunuco. No nos dirigíamos hacia la Puerta Imperial, sino hacia la parte este, más concretamente, hacia el muro exterior.

Arropados por la noche, llegamos a una pequeña puerta abierta en el muro. Me detuve y miré hacia atrás con la absurda esperanza de ver aparecer a Blanca. A pesar de mis reservas con ella, el deseo de llevarla conmigo, de devolverla a su hogar, continuaba punzante. Ya no por esa culpa que carcomía mi alma, sino porque le guardaba un gran afecto. Mi sentido de protección hacia ella había forjado finalmente ese vínculo.

Respiré hondo y hundí los hombros abatida.

—Fue su decisión —repitió Juana.

—Tiene el rostro marcado y está embarazada. Está condenada aquí.

—Quién sabe, quizá Dragut se ocupe de ella.

—En caso de que lo haga, no será por mucho tiempo.

Juana intentó leer en mi expresión. Yo bajé la vista para ajustar el cordel de mi capa.

La puerta se abrió y salimos al exterior.

Un sendero serpenteante descendía una colina pedregosa hasta lo que parecía un arrabal dormido. Las angostas y oscuras callejuelas empedradas estaban desiertas a aquellas horas. Las transitamos veloces, doblando varios recodos hasta salir del arrabal. Desembocamos en una vereda, donde nos aguardaba un carromato. Los caballos piafaron y se agitaron nerviosos ante nuestra llegada.

—Falta Blanca —señaló Ibrahim, que permanecía de pie junto a la carreta.

—Ha decidido quedarse —me limité a responder.

—Por desgracia, puedo imaginar el motivo. Ésa es la mayor estupidez que

alguien puede cometer por amor.

Teniendo en cuenta que la mayor estupidez por desamor la había cometido yo, podríamos haber formado una buena pareja de necias insensatas.

—Aprisa, subid, debo estar de vuelta antes de que amanezca —apremió Ibrahim subiendo a la parte cubierta del carromato.

Lo imitamos, y pronto el carretero restalló su fusta contra el recio lomo de los caballos de tiro. Avanzamos traqueteando camino abajo. En el abrupto bamboleo, Juana y yo nos desplazamos hacia atrás, chocando con los maderos del compartimento. Proferimos un gemido doloroso al unísono. Las todavía tiernas cicatrices de nuestra espalda punzaron quejicosas por el impacto.

—Nos llevamos un duro recuerdo de estas tierras —aseveró ella frunciendo el ceño.

—No sé si la experiencia habrá curtido nuestro carácter, pero nuestra espalda seguro —murmuré jocosa.

Juana asintió sonriendo y respiró hondo, enlazando cómplice su mano en la mía. Dolores nos contempló con una indescifrable expresión y se acercó más a su hermana, enredándose en su brazo con un gesto posesivo que no había observado hasta aquel momento.

Por el minúsculo ventanuco pude apreciar que nos alejábamos de la gran urbe y nos adentrábamos en un sendero que discurría entre cañaverales. Campo a través, el carromato rodaba renqueante entre colinas y arboledas. Un intenso aroma a mies recién cortada impregnaba el habitáculo. El continuo vaivén habría resultado soporífero de no abocar con tanta frecuencia en baches profundos que nos levantaban literalmente del banco en el que íbamos sentadas.

Ibrahim iba delante, con el carretero. Una antorcha enclavada en un soporte lateral iluminaba apenas el camino y recortaba las dos cabezas que asomaban por la abertura frontal. Ibrahim se volvía a menudo para comprobar nuestro estado.

Poco después oí con claridad el rumor del mar y aspiré ensimismada su salobre fragancia, saboreando la primera bocanada de libertad que con tanto esfuerzo había logrado ganar.

Nos adentramos en un estrecho desfiladero entre dos grandes peñascos de

piedra caliza. El carretero aminoró la marcha y guio la carreta con tiento evitando rozarla. En algunos tramos parecía que íbamos a quedar encajados.

Cuando por fin salimos del barranco, el batir de las olas resonó con fuerza, impactando contra la piedra de los altos acantilados que flanqueaban aquella pequeña y recóndita cala. La que estaba marcada en aquel mapa.

El vehículo se detuvo y, al poco, Ibrahim nos abrió la portezuela.

Salté sobre la fina arena seguida de las hermanas Monfort, para descubrir que la playa no estaba precisamente desierta. Una cuadrilla de hombres de aspecto pendenciero rodeaba una hoguera frotándose las manos. Imaginé que serían parte de la tripulación de confianza de Ibrahim. La luna recortó las sombras de dos navíos, tal como yo había supuesto.

Otro grupo de hombres pareció surgir de la nada. Conforme se acercaban, reconocí el rostro de Nasir. Me tensé y tomé aliento. Aquel delicado momento era crucial para decidir nuestros destinos. Yo no partiría sin ellas, y eso era cuanto sabía.

—No pareces sorprendida —advirtió Ibrahim con extrañeza.

—¿Qué se puede esperar de un traidor, sino una traición?

Sus ojos despidieron una llama perversa. Sus labios se cerraron, pero al cabo logró estirarlos en una mueca de maligna satisfacción.

—Ellas me pertenecen —intervino Nasir con una sonrisa relamida.

En mi mente comenzó a madurar una idea que me protegía de la ambición de Ibrahim, pues nada le impediría arrebatarme las monedas que escondía bajo el escote del caftán. Avancé unos pasos y me dirigí resuelta hacia Nasir.

—Recuérdame cuánto pagaste por ellas, más la tasa por recuperarlas que tuviste que ofrecer a Ibrahim.

Nasir frunció el ceño desconcertado.

—Veinte dírhams de plata, y otros veinte más a Ibrahim.

—Te pagaré el doble por ellas.

Tanto Ibrahim como Nasir me contemplaron demudados.

—¿Llevas ese dinero encima, morisca? —preguntó sibilino el médico.

Me sentí acorralada por su mirada lobuna. Supe en aquel preciso instante de lo peligroso de mi situación, temiendo una reacción por su parte. Tragué saliva, mientras los latidos de mi corazón golpeteaban descompasados en mi

pecho.

—Eso sólo debe concernirle a Nasir —espeté.

Apelé a la integridad del mercader berberisco, ocultando el miedo que sentía oprimiendo en mi pecho.

—Eso compensará los días que has estado ausente y los gastos que te hayan podido generar sobradamente.

—Doscientos dírhams de plata —exigió Nasir ambicioso—. Aún mastico el sinsabor de no llevarte conmigo.

Asentí, preguntándome cómo me las ingeniaría para que no descubrieran que llevaba más dinero encima.

No me pasó desapercibida la mirada que cruzó con Ibrahim, que se encontraba unos pasos más atrás. Mi más primitivo instinto de supervivencia se removió inquieto, pulsándome la sien. Me volví para encarar al avieso médico.

—De ese modo, todos ganamos —aseguré.

Los miré alternativamente, alerta a cualquier movimiento extraño.

—Parece que yo soy el que menos gana en este asunto —señaló Ibrahim ladino—, y viendo las cantidades que se manejan en este provechoso acuerdo, creo que he de duplicar mi tasa. Y, puesto que Nasir ya me pagó veinte dírhams de plata, tú deberás entregarme la misma cantidad.

Bien sabía el muy zorro que no podía negarme.

Asentí, está vez fingiendo sentirme ofuscada. Aquello agradó a Ibrahim, que me sonrió victorioso.

Me encaminé hacia Juana y Dolores y las abracé formando un círculo. Ellas abrieron sus capas para cubrirme y, de espaldas a los hombres, mientras las hermanas vigilaban, rebusqué en mi escote. Extraje la bolsa con las monedas y conté la cantidad acordada para ambos. Le pasé las monedas a Juana y cerré la bolsa devolviéndola a su cálida morada. Ahuequé las manos para recibir los dírhams y me di la vuelta encaminándome hacia los hombres.

Nasir abrió la talega que llevaba atada a su cinto y comenzó a contar las monedas que iba metiendo. Después concluí el pago con Ibrahim y, finalmente, me encomendé a la Providencia.

En aquel momento, un silbido llegó hasta nosotros.

—El esquife viene a recogeros —anunció Ibrahim—. Aquí concluye mi misión.

Asentí a modo de despedida, y ya me volvía cuando me detuvo aferrando mi brazo.

—Debería haber imaginado que usarías el mismo truco que tu amiga —alegó entornando la mirada—. Fui confiado en exceso, aunque, conociendo las propiedades de la raíz de mandrágora, puedo agradecer seguir vivo.

Lo contemplé alarmada.

—¿El mismo truco? No sé de qué hablas —proferí turbada.

—De Blanca. Ella me pidió durante la travesía en la galera que le procurara una dosis de polvo de raíz de mandrágora. Fue fácil deducir que intentaba solucionar de una manera muy poco honesta sus continuos y fallidos intentos por seducir a Dragut. —Hizo una pausa tan sólo para saborear mi ofuscado estupor—. Me sorprendió que conociera los efectos de esa raíz mágica, como me asombró descubrir que había sido ella quien llevaba tiempo provocando a Aysha y aprovechó aquel día de caos y miedo para atacarla. Imagino que para ocupar su lugar de favorita o por alguna rencilla entre ellas. Dos serpientes temibles, pero la más peligrosa es siempre la que muda su piel por la de un inocente ángel. Por ese falso ángel te desollaron la espalda.

No fui consciente de hasta qué punto me estaba clavando las uñas en las palmas de las manos. Un acceso de rabia me inundó dejándome temblorosa. Apreté los dientes y fruncí el ceño y contuve las lágrimas. Dolor, decepción, impotencia y furia, todas aquellas emociones enrojecieron mis mejillas y atribularon más mi corazón.

Supe de inmediato quién era el padre del hijo que esperaba. Como supe que habían sido sus malas artes, o más probablemente sus habilidades en hechicería, las que habían logrado atrapar a Pere. Ni su belleza ni la poderosa posición de su familia habían influido en él: había sido la magia. Con lo que mi fatídico desatino tenía un origen, y aunque no renegaba de mi responsabilidad, sí la aligeraba. En lo que a ella se refería, había pagado sobradamente mi despecho.

—Hay algo más. Ella robó un pote de mi dispensario cuando estuvo rondando mis anaqueles mientras hablábamos.

Tragué saliva y lo miré expectante.

—Un concentrado tónico de ajeno.

Alcé levemente los hombros para mostrar mi desconocimiento sobre hierbas.

—Se usa para provocar fuertes sangrados —explicó—. Para deshacerte de embarazos no deseados. No obstante, en el tiempo de gestación de Blanca es bastante arriesgado. Y aunque dudo que ella haya estudiado los tratados de Avicena como yo, estoy seguro de que es mucho más experta en estos temas.

—¿Por qué me cuentas esto? Blanca ya ha salido de mi vida.

—Yo no estoy tan seguro —musitó misterioso.

Sentí un aguijonazo insidioso en mi pecho. Mi malestar aumentó.

Otro silbido.

—Daos prisa, deben alejarse de la bahía antes del alba.

—Que Alá sea contigo, morisca —murmuró Nasir, mirándome con un agudo deje anhelante.

—No necesito a nadie, me tengo a mí misma —repliqué altiva.

—Sin duda, eres una mujer excepcional.

—Soy lo que me obligan a ser, quizá dentro de poco consiga ser quien me gustaría.

Me volví hacia las hermanas y las tres caminamos casi a la carrera hacia la barca, que ya llegaba a la orilla. Nos adentramos en el mar chapoteando hasta que las olas lamieron nuestras rodillas. Un hombre alargó el brazo y nos ayudó a subir al bote.

A golpe de remo, nos dirigimos hacia la nao cristiana. No fue necesario ver la bandera con la cruz de Malta ondeando al viento; el murmullo de conversaciones en la borda revelaba el origen de la tripulación.

Subimos a bordo y unos vivaces ojos azules me recibieron complacidos.

—Te subestimé, Isabet, tu astucia despierta mi admiración tanto como ofusca mis creencias.

—Si tus creencias hacen que nos veáis como seres débiles sin entendederas, sólo válidas para procrear y atender las necesidades del hombre, comprendo tu asombro. Pero hay más heroínas salvando vidas cada día que héroes que matan en contadas batallas. Sólo que se nos arrebató la

gloria, pues para Dios es más útil matar en su nombre que vivir en el nuestro.

Hernán de Parma me contempló un largo instante.

—Serías un jugoso bocado para la Santa Inquisición.

—Seguramente, las mujeres que piensan por sí mismas son peligrosas, demoníacamente peligrosas.

—Por fortuna para ti, no comulgo con la Santa Inquisición. Además, tu ingenio resulta todo un reto para mí. Y puedo asegurarte que mi visión sobre el género femenino ha mejorado bastante gracias a vosotras. Descubriros como aliadas para la causa contra el infiel ha sido sin duda un designio divino. No podéis darme más alegrías.

—¿Podéis?

Una sombra avanzó hacia nosotros. Contuve el aliento al descubrir su identidad.

Clavé mi acusadora mirada en ella y apreté con fuerza la mandíbula y los puños, intentando sofocar la bola de fuego que giraba y crecía en mi interior, alimentada por la furia y el desengaño.

Juana y Dolores me flanquearon en un gesto de apoyo y unión.

—No esperaba volver a verte, Blanca —saludé—, como tampoco que fueras una vil rata, aunque debería haber estado más atenta.

Sus angelicales facciones se estiraron en una mueca perversa que jamás había visto en ella, pero que sin duda era su verdadera naturaleza.

—Ése es el secreto, ocultar la intención con un velo de ingenuidad —reveló con arrogancia.

—¿Y cuál es tu intención en todo esto?

—Sacar siempre el mejor provecho de la situación en la que me halle y conseguir lo que deseo de la manera que sea.

—¿Qué hace ella aquí?—pregunté seca, dirigiéndome a Hernán.

—Ella te vigilaba —respondió dejándome atónita—. Se ofreció a colaborar, y además me ha traído lo que le pedí.

Alcé las cejas interrogante.

—En las bodegas de este navío va preso Dragut.

Clavé una feroz mirada en Blanca, que me observaba con malicioso goce.

—¿De veras llegaste a creer que podía enamorarme de él? —musitó

desdeñosa—. Tampoco lo estaba de Pere.

—Entonces ¿de quién es el hijo que llevas en tu vientre?

—De su padre, del conde de Cervelló.

Cada una de sus respuestas fue como un puñetazo en el estómago que me cortaba el aliento y aflojaba mis rodillas.

—¿Por... por qué dijiste que era de Dragut?

Se acercó a mí, y sentí tal repulsa hacia ella que se me erizó la piel.

—Necesitaba engatusarlo, seducirlo para que confiara en mí. Que además sea un hombre tan apuesto y gallardo hizo más fácil mi tarea. Pero el maldito me ignoraba, sólo estaba interesado en ti. Fue tan humillante... Así que no me dejó otra opción más que usar la mandrágora para, de esa forma, atraparlo con la responsabilidad de mi embarazo y aprovechar de algún beneficioso modo mi estado, aunque al final no fue necesario. Despertó en su camareta una mañana, conmigo desnuda entre sus brazos. Naturalmente no recordaba nada, aunque la situación requería poca explicación. Conseguí que sintiera ternura y compasión por mí, pero ninguna otra cosa más. No obstante, fue suficiente.

Paseó a nuestro alrededor, como lo haría un gato acechando a un ratón, no con hambre, sino con páfida diversión.

—Hernán me prometió una nada desdeñable bolsa de ducados de oro si lograba traerle a Dragut. Curiosamente, has sido tú quien al fin lo ha llevado a esa celda en la bodega.

—¡Yo no he hecho tal cosa! —exclamé soliviantada.

—Conseguí que él me trajera hasta aquí en su falúa, diciéndole que Nasir te había raptado. Deberías haber visto su expresión angustiada...

—Será ajusticiado en Malta —prorrumpió Hernán con orgullosa complacencia—. Y su cabeza será enviada a Barbarroja, que ahora combate en las costas de Francia, apoyando a las tropas del rey traidor. Los tercios del emperador van camino de París. Francisco I ha solicitado refuerzos a Solimán, se libraré una gran batalla en la que nosotros, los caballeros hospitalarios, participaremos en nombre de Dios y de la verdadera y única fe.

Y entonces recordé la visión de su muerte proyectada por la perla mágica. No se correspondía con aquella sentencia, aunque eso no me otorgó ningún alivio, pues la escena que yo había visto con tan vívida intensidad sí se

correspondía con una batalla entre los tercios cristianos y las tropas del sultán. Dragut escaparía de su condena en Malta para terminar muriendo en Francia. De repente, comprendí que, quizá conociendo su futuro, podría de alguna manera cambiarlo.

—Si Dios necesita aliarse con el demonio —proferí mirando a Blanca— para conseguir sus propósitos, éstos pierden su razón y su sentido.

—En la guerra, todo vale, tan sólo importa el fin, y más si es tan elevado.

—Claro, hay que aniquilar a todo aquel que no se someta a la fe impuesta. No soy estúpida, la fe es sólo la excusa, esta guerra no es por religión, es por poder. Tus ojos derrochan ambición, odio y venganza, ¿ésos son los preceptos que predica tu dios?

Hernán alzó la mano y la descargó con furia contra mi mejilla. La bofetada volteó mi rostro con violencia.

—Y éstos son tus argumentos —escupí con inquina, cubriendo mi dolorida mejilla con la mano—: la fuerza, cuando la razón no puede respaldarte.

—Mereces mucho más —masculló furibundo.

Sus ojos azules despedían chispas coléricas, su rictus agraviado se contrajo feroz.

—No permitiré una ofensa más —advirtió—. Por cada sacrilegio que salga de tu boca, serás azotada. Así que, mujer, ata bien tu lengua o la travesía se convertirá en un infierno para ti.

La sola mención a ser azotada surtió el efecto deseado. No merecía la pena ni era sensato por mi parte enfrentarlo. Ya tenía suficientes problemas.

Domé mi orgullo y bajé la vista sumisa. No lo veía, pero intuí que sonreía complacido.

—Llevadlas a la bodega de carga, dormirán en el pañol del carpintero —ordenó rotundo.

Sí taladré a Blanca con una mirada resentida en la que volqué todo mi desprecio. A cambio, recibí una sonrisa descreída.

Fuimos conducidas a la bodega ante la mirada curiosa de la tripulación. Cuando descendimos a la cubierta inferior, sentí la presencia de Dragut antes de verlo. Estaba encadenado a un puntal en un oscuro y húmedo rincón. Apenas se recortaba su silueta, pero, por cómo resollaba, supe que le habían

dado una paliza. También detecté el metálico olor de la sangre. Deseé acudir a su lado, pero no me lo habrían permitido.

—Parece que nos une la adversidad, morisca. Raras son las veces en las que nos encontramos sin estar en aprietos —masculló con voz rasgada y tono irónico.

—Quizá sea una señal para que procuremos perdernos de vista —respondí.

Rio ronco, y al cabo lo acometió una tos que lo hizo atragantarse. Lo oí escupir, supuse que sangre.

—Espero que eso no sea un diente —musité mientras nos conducían al mamparo del fondo.

—Yo también lo espero, aunque, por lo que me duele, podría ser hasta un riñón. No obstante, lo prefiero, un diente es mucho más necesario.

Sonreí admirada ante su buen humor.

—Tienes otros para poder masticar sin problemas —repuse.

—Pero tendría problemas para seducir, ¿no crees?

—Donde se ponga la vanidad, que se quite la inanición.

Otra risa. Otra tos. Otro escupitajo.

—Descansad, capitán, será una noche larga.

—Más me vale, no me quedan muchas —alegó indiferente.

Aquella última frase punzó mi pecho como si lo atravesara un carámbano de hielo.

Nos abrieron una pequeña portezuela en un mamparo y accedimos al pañol del carpintero, una especie de almacén donde guardaban todo tipo de piezas de repuesto, herramientas, cabos e incluso rollos de lona, imaginaba que para reparar el velamen. Había varios jergones enrollados en una esquina y una bacinilla para nuestras necesidades, algunas mantas de aspecto sucio y tacto rudo, y un pequeño tonel que supuse contenía agua.

Mi noche también sería larga, pensando en el hombre encadenado a aquel puntal.

No albergaba esperanza de dormir alguna cuando por fin las tres estiramos los jergones uno junto al otro y nos tendimos en ellos.

Mi mente se agitaba inquieta enredada en la posibilidad, quizá remota,

quizá absurda, de impedir que él acudiera a esa batalla. También me preguntaba cómo lograría esquivar perder la cabeza al llegar a Malta, a no ser que yo lo ayudara a escapar... Era lo menos que podía hacer por él. Sin embargo, si lo hacía, su destino lo llevaría a combatir en Francia, y entonces...

Inmersa en aquella crucial decisión, sentí la necesidad de tomar en mi mano aquella perla. Su tacto me reconfortó.

Dragut debía escapar en Malta, pero yo debía convencerlo de no ir a Francia.

Y en ese instante, el calor que desprendía la perla capturó mi atención sobre ella. Me pareció ver algo en su interior, una imagen en principio difusa.

Entorné los ojos agudizando la vista, pero no fue necesario. Como si un invisible haz de luz abriera mi mente, vi escrita una frase.

Gemí sobresaltada y la imagen desapareció, dejándome conmocionada y jadeante...

Esa otra mujer del futuro había logrado una forma más precisa e inocua de comunicarse conmigo. La perla reflejaba lo que ella me había escrito. Y al final fueron esas frases las que estrangularon cualquier posibilidad de dormir.

CAPÍTULO 40

EN UN MAR DE MENTIRAS

Oropesa del Mar, octubre de 2018

Recostada en el sofá de Julia, cubierta con una manta, mis temblores comenzaron a evaporarse.

Todavía veía en mi mente aquella frase que tantas piezas desplazaba en mi cabeza buscando su lugar. Sentí una ensalzada excitación ante la confirmación del vínculo que Luis y Dragut compartían. Esa frase —«¿Cómo salvo a Dragut?»— era en sí misma reveladora. Ambas compartíamos la misma necesidad: salvarlos. Pero ¿cómo sabía ella que Dragut iba a morir? ¿Estaría muy enfermo o malherido? Esperaba que Luis encontrara en los registros históricos información sobre él. Quizá conocer la fecha en la que se suponía que había muerto podría ser determinante, o la causa, para poder trasladarla a Isabet y, tal vez, así, lograr evitarlo. Que su éxito fuera el mío era una cuestión bastante más peliaguda, aunque también la última alternativa que me quedaba.

Julia me observaba preocupada mientras me acercaba una humeante taza de poleo menta. Tomé la caliente taza con ambas palmas y soplé por encima antes de dar un tentativo trago.

—Está delicioso.

—No sé muy bien por qué, pero todas las bebidas calientes reconfortan.

—La orina, no —repliqué con sorna.

—Pues hay algo llamado «orinaterapia», y creo que la mezclan con jugo de naranja para hacer tolerable el sabor —repuso sonriente.

—No fastidies...

Compuse una mueca entre asombrada y aprensiva, y Julia rio.

—Como método de tortura, no está mal —me mofé.

—Pues tendré que usarla para que me cuentes qué demonios está pasando. Así que, si no quieres que la próxima taza la llene yo, empieza a hablar.

—Entraron en mi casa y...

—Me llamó el psiquiatra que te trataba en el centro —apuntó ella con semblante ceñudo—, me dijo que estaba preocupado por ti, que habías acudido a verlo. Y te juro que no entiendo por qué me ocultas lo que te está pasando. Yo siempre, siempre he estado a tu lado, y me duele que ahora no tengas la suficiente confianza para abrirte a mí.

Su expresión dolida me llegó al alma. Dejé la taza en la mesita y me incliné para tomar sus manos en las mías.

—Elisa, cielo, has vuelto a pasar por situaciones traumáticas: el atropello, el robo, es comprensible que temas una recaída y acudas en busca de ayuda profesional. También sé que ese bravucón adorable ha entrado en tu vida como un misil, y hasta comprendo que, bueno, te vuelques ahora más en él que en mí, pero...

—Julia —comencé—, no estoy mal ni me preocupa una recaída, es que lo que me está pasando es tan surrealista que no podrías creerlo ni sabría cómo explicarlo.

—¿Surrealista?

De pronto, una cuestión se filtró en mi mente, apartando el hilo de mi exposición.

—¿Suele llamarte el doctor Ramos?

Su expresión culpable me dio la respuesta.

—De vez en cuando, para preguntarme por ti.

—¿Y qué te pregunta exactamente?

—Si estás bien, si te noto extraña, si regresaron las pesadillas, cosas de ese estilo. Es un gran profesional, y su dedicación es encomiable. Sigue

preocupándose mucho por ti.

Mientras la escuchaba defenderlo y debatía interiormente la decisión de contárselo todo con detalle, me pregunté hasta qué punto la pondría en peligro. Pues aquella especie de retorcida conspiración había demostrado con creces que sólo importaba el fin, no los medios. Eran gente sin escrúpulos, capaz absolutamente de todo para la consecución de sus objetivos. No, me dije, debía mantener a Julia al margen en la medida de lo posible.

—Acudí a él para quedarme más tranquila, a pesar de encontrarme perfectamente. Es cierto que es mejor que no compre un boleto de lotería, por si me toca pagar a mí el premio, pero aun así no llevo mal esta ristra de contratiempos tan seguidos. Sólo quería asegurarme, ¿vale?

Julia entornó la mirada calibrando la mía.

—¿Y a qué te referías con eso de surrealista?

Me encogí de hombros con una sonrisa tibia.

—¿Acaso no es surrealista que me enamore de la noche a la mañana de un tipo como Luis? Justo la clase de hombre que siempre he detestado...

—¿Quién demonios puede detestar a un hombre guapo, sexy, inteligente, con sentido del humor y que, además, tiene una Harley?

—Está claro que nadie —reconocí.

De pronto, la sonrisa de Julia se iluminó entusiasmada.

—Dios santo..., ¡tú, enamorada!

Sus manos apretaron ilusionadas las mías. Yo respondí a su sonrisa.

—Alguien ahí arriba escuchó mis plegarias —declaró feliz.

—¿De veras creías que enamorarme era la solución a mis problemas?

—Problemas habrá siempre, pero acompañados se sobrellevan mejor. Y, con semejante compañía, dudo que tengas tiempo de pensar mucho en ellos.

Me guiñó un ojo pícara y volvió a tenderme la taza.

—Quiero que te lo termines todo, ¿de acuerdo?

—Sí, mami.

—Pero tengo otra pregunta.

—Adelante —murmuré, y bebí un largo trago.

—¿A qué se debía tu cara de espanto cuando he abierto la puerta? Creí que ibas a desmayarte ahí mismo.

—Creo que a un bajón de azúcar, tanto amor y poca comida; no es una buena combinación.

—Así que es verdad que te tiene atada a la cama ese granuja, ¿eh?

Sonreí divertida y escondí mi reparo en un nuevo sorbo de poleo menta.

—Tiene pinta de ser una bestia en la cama.

—Un puma —mascullé entre risas.

—Pues dile a tu bestia que o te alimenta o mis jarrones y yo iremos a verlo.

Reímos juntas y toda mi desazón quedó momentáneamente en el olvido.

—Creo que eso te lo deja a ti, ¿no íbamos a comer juntas?

—No le va a ser tan fácil sacarte de aquí. Voy a ofrecerte un banquete pantagruélico.

—Entonces me sacará rodando.

Decían que la risa era la cura del alma, también la mejor manera de enfrentar la vida, por mucho que a veces ésta se empeñara en arrebatártela.

* * *

Tras la comida, Julia me obligó a echarme una siesta reparadora en su sofá mientras ella terminaba de rellenar algunos expedientes urgentes en su despacho.

Arrebujada por la manta y con el soniquete de fondo de un buen documental de lobos esteparios, el sopor me invadió mientras divagaba sobre encontrar alguna otra forma de comunicarme con Isabet sin que tuviéramos que tatuar nuestro cuerpo a punta de cuchillo, que a ese paso íbamos a parecer taradas rituales.

Julia me había dejado un curioso y oportuno libro junto al sofá, *El mapa del caos*, de Félix J. Palma. Era el tercer volumen de su trilogía victoriana de ciencia ficción, y este en particular tocaba el tema de las realidades paralelas. La pregunta que leí en la contracubierta me impactó: «¿Qué harías para recuperar a un ser querido, presunto lector? ¿Irías incluso a buscarlo al más allá, desafiando a la propia muerte?». «Iría a donde hiciera falta», me respondí. Y, en realidad, ya estaba en otro mundo buscando su salvación.

Abrí la tapa y releí por encima frases sueltas: «Ocho meses le llevó dar con la poción mágica que permitiría al hombre fugarse al universo vecino sin la necesidad de excavar ningún túnel». Respiré hondo y continué pasando páginas al azar. Un párrafo llamó poderosamente mi atención: «Y si una partícula que se mece en el mismísimo confín de nuestro mundo puede comunicarse con nosotros, quiere decir que existe algún modo de que nosotros podamos asomarnos a ese abismo, ver qué hay tras él y saltar. Lo queramos o no, estamos unidos a esos otros mundos por un imperceptible cordón umbilical. Sólo tenemos que encontrar la manera de que esa conexión pase de niveles atómicos a nuestra realidad macroscópica».

No pude evitar preguntarme cuántas novelas de ciencia ficción no estarían mostrando una realidad más certera que la que vivíamos, pues, presos de una ceguera aprendida por una sociedad que estipulaba lo que debíamos ver, anulando por su propio interés lo que no deseaba que viéramos, vagábamos por la vida convencidos de que esa pantalla que ponían ante nuestros ojos era la verdadera. Haciéndonos creer que no había más vida que ésa. Poniendo una venda a nuestros más primarios instintos, a nuestras percepciones más naturales y poderosas, las que estaban enterradas en nuestra mente, sepultadas por siglos de adoctrinamiento, cubiertas por una venda añeja, bien impregnada de tintes religiosos, sociales y represores. Guiados siempre por una mano invisible que nos mostraba un mundo ficticio, el que más le convenía. Arrebatándonos las inquietudes o con guerras que nos mantenían ocupados o con la paz que nos apresaba ociosos. Pero nunca cuestionándonos si cuanto nos decían era cierto, o si lo que veíamos era real, pues el miedo a lo desconocido viajaba generación tras generación casi impreso en nuestros genes como una impronta de pura supervivencia.

Esto es pecado, esto está mal visto, esto es denunciabile... era la vara del pastor, según la época. Tanto daba, siempre había cadenas que arrastrar y miedos que cargar. Pero la mejor herramienta para contener y reprimir la inquietud del hombre estaba en el miedo a ser excluido de la sociedad, de ese gran rebaño cuidadosamente aleccionado, acusando de locura al que se despojaba de su venda y, por ende, anulando de un plumazo la posibilidad de que otros siguieran su ejemplo. Y entonces, la venda volvía a su lugar y la

gente continuaba feliz en su ceguera. Daba igual cuántas pruebas tuviéramos a la vista, cuántos argumentos, cuántas experiencias propias incluso, siempre se encontraba una justificación racional que encajara con los cánones establecidos, para seguir siendo una sumisa oveja, pero «cuerda».

El libro se me escurrió de las manos y acabó sobre mi pecho. Justo en la base de la perla de cuarzo. Y entonces, algo ocurrió.

Varias letras aparecieron en el curvo cristal, agrandándose. El efecto lupa me dio una idea. ¿Y si pudiera mandar mensajes escritos acercándolos a la perla?

No era más descabellado que escribir palabras en mi piel, y, por supuesto, era mucho menos invasivo y doloroso. Podía probar y, si no obtenía resultados, volver al método original.

Cavilando sobre aquello, mi móvil comenzó a vibrar. Era una llamada entrante. Descolgué, mordiéndome el labio inferior con cierto remordimiento.

—Hola, Simón.

—Hola, Elisa. —Su tono era frío—. Sólo llamaba para saber cómo estabas. Desapareciste sin dejar ni una nota.

—Bien, estoy bien, gracias. Yo..., bueno, no caí en la cuenta, estoy aún algo aturullada con todo esto y...

—Y vinieron a por ti —interrumpió. Su voz se estiró molesta.

Tragué saliva y respiré hondo.

—Sí.

—Entiendo.

Un silencio tenso.

—Simón, lamento no haberte avisado, y te agradezco de corazón cuanto haces por mí, no merezco tanto.

—Nadie me pone una pistola en la sien —masculló él—, simplemente me hace preocuparme por ti. No sé qué está pasando realmente, Elisa, pero no soy un imbécil. Sé que estás involucrada en algo turbio, y que ese tipo, Luis, tiene mucho que ver. Apareció de improviso en tu vida, y desde ese día sólo te han perseguido las desgracias.

—Simón, no...

—Escúchame —pidió endulzando su tono—, sé que..., bueno, que estás

encandilada con él y que justo eso no te permite ver con claridad. Verás, he estado haciendo algunas averiguaciones sobre Luis, y no va a gustarte lo que he encontrado.

Llené mis pulmones con una profunda inhalación, intentando apaciguar mis emociones. Que Simón se entrometiera en mi vida me enfurecía, que se preocupara por mí suavizaba aquella llama, consiguiendo que no estallara.

—Conozco a Luis, me lo ha contado todo sobre él, y creo que sé lo que vas a decirme.

—No lo creo —replicó.

—Sé que es un expresidiario, y el motivo por el que cumplió condena.

—Me alegra saber que al menos en eso haya sido franco.

—¿En eso?

—Sí, porque en lo que respecta a su enfermedad te ha mentido.

Parpadeé demudada. Mis latidos se aceleraron.

—Ésa es una acusación muy grave —resalté incrédula.

—Tan grave como la mentira con la que te manipula.

—Espero que tengas pruebas para atreverte a...

—Las tengo —aseguró—, por eso necesito mostrártelas. ¿Qué tal si nos vemos esta tarde?

Cerré los ojos y exhalé lentamente el aire en un intento por apaciguar mis latidos. Sentí la garganta seca y un aprensivo hormigueo en mi estómago, como si una pequeña culebra se retorciera dentro.

—De acuerdo, pero tendrás que prometerme que, tras lo que hablemos, dejarás que yo me encargue sola de mis problemas. Y, aunque te agradezco tu preocupación, no quiero salpicar a nadie con ellos.

—Está bien, pero, como comprenderás, el afecto que te guardo impide que me quede callado ante lo que sé. No espero agradecimiento, ni siquiera que me veas como un amigo, pues has demostrado que ni como eso te intereso. Así que, tranquila, soy un hombre cabal que acepta deportivamente sus derrotas. Pero eso es una cosa, y cumplir con mi deber moral es otra. Siento que estás en peligro, Elisa, y esa sensación se confirmó cuando entraron en tu casa.

—Estoy en casa de Julia, es un chalet en la urbanización El Balcó, aquí, en Oropesa. Te mando la ubicación por mensaje. Dentro de una hora.

Colgué con una acentuada sensación de traición a Luis, pero la curiosidad superaba el malestar. Y, aunque en aquel momento estaba siendo asediada por punzantes dudas, buscando resquicios por los que minar mi confianza en él, luché contra ellas, apartando aquellos desazonadores pensamientos. «No», repetía mi mente. Luis sería incapaz de jugar así con mis sentimientos, y menos con un tema tan delicado. No sabía qué clase de pruebas podía tener Simón, pero decidí confiar plenamente en Luis.

No obstante, aquella vocecita insidiosa y desconfiada, con la que solía confeccionar mis escudos ante el mundo, me susurró malintencionada que quizá su enfermedad era la manera que tenía para embaucarme e implicarme en su plan, utilizando así la compasión para manipularme emocionalmente y que accediera a ayudarlo. Algo tan repugnante y miserable que lo convertiría en aquello contra lo que me advertía y luchaba, en parte del equipo de los Ramos. ¿Y si él era una pieza más de aquel rocambolesco puzle al servicio de la ciencia? ¿Y si todo era un engaño vilmente orquestado, un estadio más en aquel experimento maldito en el que la única cobaya era yo?

Bufé furiosa conmigo misma por el desasosegador hilo de mis traicioneras reflexiones. Agité la cabeza vehemente, apartándolas. «No, maldita sea, no seas estúpida», me recriminé. Tenía pruebas de que Luis era Dragut, y de que estábamos, por tanto, en el mismo barco.

* * *

Simón hizo sonar el claxon de su Audi Q7 y, tras decirte a Julia que iba a dar una vuelta por la urbanización, salí del chalet. Justo cuando abría la verja, me pitaron tres mensajes en el móvil. Era Luis.

He encontrado mucha información sobre Dragut.

Te vas a quedar de piedra cuando te muestre lo que he descubierto respecto a nuestros nombres.

Esta noche paso por ti. Ni todos los jarrones de Julia lograrán apartarme de tu lado.

Sentí el impulso de regresar a la casa. Me sentí tan traidora que no fui capaz de contestar.

El coche negro de Simón me aguardaba en la acera de enfrente. Crucé la calzada y me adentré en el vehículo. El nudo en el estómago se cerró con más fuerza y mi malestar aumentó. Simón se inclinó y me dio un fugaz y tímido beso en la mejilla a modo de saludo. Yo me limité a sonreír forzada. Arrancó, y ni siquiera pregunté adónde me llevaba.

—¿Se sabe algo de los autores del allanamiento? —preguntó con la vista fija en la carretera.

—Ni siquiera he pasado aún por mi casa para ordenarla. Todavía no sé si me falta algo, aunque, según la policía, no parece un robo.

Comprobé cómo la línea de sus hombros se tensaba.

—Por eso he dicho «allanamiento» —murmuró incomprensiblemente a la defensiva—, yo estaba contigo cuando pasó.

—Y fuiste muy valiente —señalé.

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

Me miró y yo le regalé una sonrisa más amplia que pareció destensarlo.

Enfiló hacia el paseo marítimo de la Concha y lo recorrimos hasta el puerto. Luego continuó por la carretera comarcal, hacia las salidas a las urbanizaciones. La calzada atravesaba un apretado monte de pinos, como una ondulante serpiente de alquitrán que reptaba zigzagueante entre la retama. Finalmente desembocamos en la Vía Verde, que unía Oropesa con Benicàssim, y de ahí hasta la Vía Pista, que comunicaba con la calle Sector la Renegà, dándome una clara pista de nuestro destino.

Bordeamos la torre de la Corda y continuamos perfilando la rocosa costa donde el profundo azul del mar lamía el irregular paisaje con serena desidia.

Como había supuesto, llegamos a la cala de la Renegà, una hermosa y tranquila playa pedregosa con unas vistas espectaculares.

—Si te apetece tomar algo, podemos pasar al bar La Renegà. De lo contrario, puedo detener el coche en algún saliente y, de paso, contemplar un bonito atardecer.

—Todavía estoy digiriendo el festín con el que me ha atiborrado Julia al

mediodía.

Simón sonrió y asintió. Dirigió el Audi hacia la cala y lo estacionó en un promontorio desde el que se contemplaba un paisaje subyugador. Roca, pinos y un mar sereno, que contrastaba con mi ánimo.

—Suelo venir aquí a menudo, cuando necesito evadirme y reflexionar sobre algo que me inquieta —confesó él, ofreciéndome una dulce sonrisa—. Es como si en el vaivén de las olas hallara la respuesta que busco.

—Eso es porque las respuestas suelen estar siempre en nuestro interior, pero necesitamos algo de paz para poder verlas.

—Eso es muy cierto.

Su mirada se tornó tan profunda como aquel mar que nos contemplaba indiferente a nuestras reacciones, pero que tan fácilmente ahondaba en las nuestras.

—Nada más inspirador que el mar —suspiré rompiendo el contacto visual, desviando mi atención sobre aquella ondulante masa de agua en la que tantos pensamientos había volcado.

Simón se volvió hacia mí y se inclinó ligeramente. Alargó la mano hacia la guantera y la abrió para extraer de ella una carpeta flexible. No apartó los ojos de mí en el proceso, incomodándose con su cercanía. Regresó a su posición y abrió la tapa. Luego sacó varios informes, que releyó en silencio.

—Luis Roig Rada no figura en ninguno de los listados de pacientes con leucemia, no sólo de la provincia de Castellón, sino tampoco en otras comunidades. No hay ningún paciente con ese nombre en todo el territorio nacional que haya sido sometido a tratamiento alguno o tenga asignado un oncólogo.

Me pasó el informe, lo cogí, pero, aunque lo miré, no vi más que letras confusas. Fui incapaz de centrar mi visión, la angustia apenas me dejaba respirar.

—¿Cómo conoces su segundo apellido si ni siquiera yo lo sé?

—Para poder visitarte en la UCI, tenían que dejar sus datos completos.

Asentí, más concentrada en controlar mis emociones que en el informe que tenía en las manos.

—Puedes quedártelo.

Asentí, notando cómo las lágrimas pugnaban por salir.

—No sabes cuánto lo siento —añadió—, pero tenías que saberlo.

—Te... te agradezco que lo hayas hecho. La verdad que duele es mejor que la mentira que alegra.

Y, para añadir aún más desconcierto a mi situación, sentí un marcado *déjà vu* con la última frase dicha. Sonaba a refrán o a proverbio, pero de lo que estaba segura era de que nunca la había usado, a pesar de sonarme tan familiar.

—Elisa, debes alejarte de él de inmediato —me aconsejó volviéndose completamente hacia mí—. Por cómo te ha afectado esto, soy consciente del grado de... implicación que tienes con él. Pero no debes permitirle que se burle más de ti.

Volví a asentir.

Sin argumentos, sin justificación, sin palabras, las emociones me desbordaron. No obstante, no podía derramarlas en el interior de aquel coche, y menos con él.

Abrí la portezuela y salí del vehículo. Caminé entre los peñascos hasta llegar al borde, donde me detuve abrazada a mí misma. Simón pareció respetar mi espacio y yo lo agradecí. Sólo unos brazos, sólo una explicación podría aliviar la congoja que ahora me anudaba.

Pero ¡¿qué jodida explicación podía ofrecerme ante aquella evidente prueba, maldita sea?!

Él me había asegurado que había agotado todos los recursos médicos posibles, y eso... eso era la puta confirmación del engaño más despreciable y cruel que nunca habría imaginado vivir.

De mi respiración agitada nacieron una suerte de gruñidos irritados que apenas liberaron toda la furia que me embargaba. Porque, si eso era una mentira, todo lo demás podría serlo de igual forma, y esa sola suposición me provocó hasta vértigo.

¿Hasta ese punto era capaz de llegar Luis por una puta teoría científica, por muy trascendental que ésta fuera? Lo único que yo tenía claro era que el experimento se centraba totalmente en mí y que, aunque él compartía conmigo ese vínculo en mi otra realidad, era yo el eje principal, el catalizador de los mensajes que demostrarían mis dos identidades en distintos planos

existenciales.

Y, completamente envuelta en aquella densa y opaca nube de aflicción y desamparo, fue la frase que Isabet había escrito en la cara interna del antebrazo la que desmontaba todo.

¡Dios santo!

¿Y si... y si aquel informe era falso? Pues, puestos a cuestionar, Ramos conocía a Simón, evidentemente porque ambos trabajaban en el hospital de Castellón, pero Simón también podía ser parte del maquiavélico experimento.

Isabet quería salvar a Dragut, y tenía todo el sentido que, si él y Luis eran la misma persona, ambos estuvieran en la misma dramática situación.

Sólo había un modo de saberlo, y era comunicarme con ella y enfrentar a Luis.

CAPÍTULO 41

MENSAJES ENTRE DOS MUNDOS

Jugueteaba con la perla de cuarzo mientras recorría el infernal desorden que reinaba en mi salón.

Le había pedido a Simón que me dejara en mi casa. Previamente había avisado a Julia de mi decisión. Quizá poner orden en aquel caos me ayudara a aclarar mi mente. Y, como el libro de Félix J. Palma, debía crear mi propio mapa del caos. Analizar con detenimiento todo lo vivido y agruparlo en tres montones: lo incuestionable, lo dudoso y lo comprobado.

Lo incuestionable, por haberlo vivido en mi piel, era mi conexión con mi otro plano.

Lo dudoso era todo aquello que no podía constatar, al menos, de momento. Luis estaba en ese montón, mal que me pesara.

Y lo comprobado era sin duda que los hermanos Ramos, y sus acólitos, me habían metido en su laberinto experimental, y me abrían y me cerraban compuertas para guiarme hacia la meta que ellos buscaban.

Allí de pie, en mitad de mi anárquico salón, supe que debía escapar de aquel laberinto como fuera para empezar a actuar por mi cuenta. Y la única manera de estar segura de que nadie movía mis hilos ni conocía mis propósitos era no contarlos, ni siquiera a Luis.

Me llevaría horas ordenar mi casa y, aunque andar apartando mis cosas era

desolador, por no mencionar las que estaban rotas, necesitaba primero dilucidar una cuestión vital para mí en aquellos momentos.

Me dirigí a la mesa y me senté tras un largo suspiro. Tomé mi bloc de notas y la pluma Waterman que solía usar y cavilé sobre el mensaje que debía escribirle a Isabet. Además, si funcionaba, ella podría utilizar el mismo medio para trabar comunicación.

Anocheía, y me pregunté cuánto tardaría Luis en llamarme. No tenía mucho tiempo. Y necesitaba la respuesta de Isabet antes que la de Luis.

Tras mucho meditar, reparé en un detalle. En el siglo XVI no se hablaba el mismo castellano que ahora. Quizá no hubiera mucho cambio, pero debía ceñirme en la medida de lo posible al castellano antiguo de la época para que mi mensaje fuera lo más claro posible. Encendí mi MacBook, que por fortuna había quedado ileso, y me aseguré buscando información en algunas páginas lingüísticas.

En efecto, el cambio no era mucho, a excepción de alguna ligera modificación en artículos, pronombres y formas verbales, además del cambio de algunas consonantes, la «X» reemplazaba a la «J» o la «G» en algunas ocasiones, la «F» a la «H» muda, y la «Ç» a la «C». Pero lo que más me interesaba era la forma de construir las frases, pues, al parecer, se solía usar el verbo al final.

Con aquellas directrices me concentré en el contenido.

Cuando posé la punta de mi querida Waterman sobre el papel en blanco, la frase surgió de manera fluida. Primero la escribí como apareció, después ya la acomodaría al siglo XVI:

¿Está Dragut muy enfermo? ¿Qué le ocurre? Necesito saberlo, también la fecha en la que vives y tu nombre completo.

Quizá, y aunque nuestras realidades anduvieran paralelas, la suya ya estaba escrita respecto a sucesos históricos relevantes, con lo cual podría situarme en cuanto a su entorno y lo que podría acontecerle. De ese modo, y desde mi ventajosa posición, podía ayudarla a sortear según qué peligros.

Modelé la frase según lo que creí más correcto para su época y rasgué la

página. Luego la recorté, dejando sólo la tira escrita, y, con ella, envolví la perla. Me sentí estúpida ciñendo el papel con mi mano sin saber qué más podía hacer para que el cuarzo atrapara el mensaje y lo proyectara. Esa sola esperanza no sólo me parecía ilusoria, sino que también comenzó a resultarme absurda.

Acuné la perla entre las manos y la sentí cálida, incluso percibí un suave hormigueo que despertó en mí una conocida excitación.

Luego volvió a quedar fría, y, tras esperar un poco más, le quité el envoltorio y recé por recibir respuesta.

Para mantener la mente ocupada, me dediqué a limpiar el salón. Fue un buen método para desfogar mi frustración, mi rabia, mi confusión, y sobre todo ese maldito informe que todavía estaba en mi bolso, martilleando mi cabeza y apuñalando mi corazón.

No sé bien el tiempo que pasó, pero cuando llamaron al timbre ya era noche cerrada y mi salón había vuelto a ser habitable. Supe quién era, y tuve que respirar hondo y repetirme que debía mantenerme serena y fría antes de abrir la puerta.

No fue fácil dar un paso atrás cuando Luis hizo el ademán de darme un beso en la boca. Su expresión desconcertada pintó de desagrado su ceño.

Abrí más la puerta y me aparté para dejarlo pasar.

Él miró en derredor, como si la clave de mi extraño comportamiento se escondiera en la pulcritud de mi salón. Luego se volvió hacia mí y me escudriñó molesto.

—¿Puedo saber qué te pasa?

—Pues me pasan muchas cosas, quizá demasiadas.

—También a mí, y no por eso te hago la cobra con cara de ajo —replicó ofuscado.

—Quizá porque yo no te miento descaradamente.

Su verde y brillante mirada centelleó con indignación. Sus labios se sellaron y su rictus se endureció.

—¿Qué cojones ha pasado desde que me despedí de ti esta mañana en la puerta de Julia hasta ahora?

—Más cosas de las que me habría gustado —respondí dirigiéndome a mi

bolso.

—Cosas graves, para que me acuses con tan injusta contundencia, supongo.

Me acerqué lentamente a él, rogando a Dios que pudiera justificar de algún modo aquella irrefutable prueba de su mentira.

—Muy graves, sí, sustentadas con pruebas además.

Le tendí el informe y crucé los brazos por debajo del pecho, sintiendo cómo mis latidos se aceleraban y el dolor que había logrado camuflar mientras me dedicaba de forma metódica a la limpieza, concentrando toda mi atención en aquella labor para evitar que ese roto que había descosido mi corazón siguiera deshilachándose.

Luis leyó el informe para sí. Y durante más rato de lo que me habría gustado, permaneció en silencio, con la vista baja, no supe si todavía puesta en el papel o simplemente buscando una respuesta que lograra satisfacerme o volver a embaucarme. Sentí un opresivo nudo en la garganta y cerré los puños sin ser consciente en realidad de la tensión que todo mi cuerpo mostraba.

Contuve el aliento cuando alzó la vista y depositó el informe en la mesa que tenía más cercana. Cuando posó sus ojos en mí, apenas podía respirar. Aquella mirada derramó un dolor profundo, pero también una extraña determinación.

—¿Y bien? —pregunté con un hilo de voz.

—Está claro que lo crees.

—Es un registro hospitalario de oncología. No te encontraron como paciente en ninguna de las unidades del país.

—Un registro que tu querido y sospechosamente atento doctor ha tenido a bien entregarte para apartarte de mí.

—Jamás habría creído la palabra de Simón, pero esto... —señalé el informe alzando furiosa la voz— esto es incuestionable.

—En tal caso, no tenemos nada más que hablar.

Y, ante mi asombro, Luis se dirigió a la puerta con intención de marcharse.

Lo adelanté y le corté el paso.

—¡Exijo una jodida explicación, ya que parece aceptar que me mentiste como el miserable capullo que eres!

Lamenté aquellas palabras en cuanto salieron de mi boca. Pero, como si mi

propio corazón me traicionara, vomitó todo el dolor y el resentimiento acumulado durante la tarde.

La dura mirada de Luis me golpeó, acicateando todavía más todos los reproches que creía no albergar.

—No —musitó grave en tono tirante—. No exiges una explicación, sino una jodida confirmación de tu veredicto. Ya me has juzgado y condenado, y aunque reconozco que las pruebas me llevan al paredón, no voy a defenderme. No tengo que demostrar nada, y mucho menos que ya estoy en el puto cadalso.

—Luis, entiende que...

Entonces su rostro se contorsionó en una mueca dolida que se me clavó en el corazón.

—Lo entiendo —masculló seco—. Te faltaba la gota que colmara el vaso que yo mismo llené y por fin tocaste fondo. Lo entiendo, necesitabas algo, lo que fuera, para tener una excusa y así poder alejarte de esta locura, de mí. Inconscientemente, la buscabas, y el bueno del doctor te la ha servido en bandeja. Pues bien, perfecto, ya tienes lo que querías. Y por los Ramos no te preocupes, ya me encargo yo de alejarlos de ti y mantenerlos entretenidos. Pero, aun así, sé cauta, no se rendirán fácilmente.

Alargó el brazo para aferrar el pomo de la puerta, pero yo no me aparté.

—Dime que no te estás muriendo, que me quede al menos ese consuelo, y, aunque no perdono la mentira, tan sólo eso serviría para dar gracias porque lo sea.

Cerró un instante los ojos, pude ver cómo luchaba contra sus propias emociones.

¡Dios, me estaba desgarrando por dentro! Y, sin embargo, fui incapaz de hacer lo que tanto deseaba: abrazarlo y llorar en su pecho.

Cuando los abrió, vi derrota y resignación en ellos.

—Ese papel así lo dice. Y ahora, aparta.

Se metió la mano en el bolsillo de su cazadora para sacar las llaves de su moto; me pareció ver caer algo, pero mis ojos anegados no fueron capaces de determinar qué era.

—¡No es justo! —exploté entre lágrimas—. Creo que, al menos, merezco una explicación. ¿Por qué me mentiste?

Sus ojos se empañaron húmedos, su labio inferior pareció retemblar, cerró con fuerza los labios y el mentón, y sacudió la cabeza con impotencia. Por un segundo creí que iba a desmoronarse; sin embargo, encontró un ápice de control en su interior y su gesto se endureció de nuevo, recomponiendo a duras penas las grietas que comenzaban a resquebrajarlo.

—Porque soy un jodido capullo, por eso. Harás bien en olvidarme.

—Luis... —gemí en tono estrangulado.

—Apártate o tendré que hacerte a un lado.

Nos sostuvimos la mirada, y de ambas emergió un rasgo común, el dolor.

—No... no quiero volver a verte... nunca... —dije de manera entrecortada.

Me aparté de la puerta y él la abrió. Antes de salir, me dirigió una mirada tan rota que me partió el alma.

—Pronto se te cumplirá ese deseo —musitó con voz quebrada.

Cuando cerró tras de sí, apoyé la frente en la madera y sollocé desolada.

Mis rodillas flaquearon y mi llanto creció en intensidad por no encontrar solaz alguno en aquellas amargas lágrimas que brotaban de lo más profundo de un alma rasgada ya tantas veces. No obstante, aquella herida no sanaría, pues, con él, se iba una buena parte de mi corazón.

Oír el grave ronroneo de su Harley alejándose terminó de aflojar mis rodillas. Acabé en el suelo, llorando desconsolada contra la puerta, maldiciendo el día en que entró en la biblioteca.

No sé cuánto tiempo pasé así. Cuando al fin decidí levantarme, apenas logré caminar como una autómatas hacia la escalera, subirla y meterme en mi desordenada cama para mirar el techo como si en él se encontrara ese mapa de mi caos particular, buscando qué punto debía seguir ahora que estaba sola y a merced de mis recursos, con un corazón mutilado y un vacío tan inmenso que me provocaba un vértigo atroz.

* * *

Me despertó un tenue y tibio rayo de sol matutino.

Parpadeé repetidas veces y me refregué el rostro con rudeza para terminar de evaporar las pegajosas briznas de sopor adheridas a mi conciencia. Por fin

logré abrir los ojos para fijar la vista en el desmadejado haz de luz que se repartía difuso por mi cuarto, a través de los orificios de la persiana.

Permanecí un instante observando la ventana agujereada por el sol.

Absorta en aquel juego de luces, me pregunté si habría más universos paralelos, como aquellos fraccionados rayos de luz provenientes de un mismo origen aunque filtrados por el azar: misma materia, idénticas moléculas, pero con trayectorias diferentes. Pero ¿y si funcionaba así? ¿Y si el universo albergaba tantos planos como aquella miríada luminosa que punteaba mi cuarto?

Que yo hubiera establecido contacto con uno de ellos no implicaba que fuera el único. Quizá en las otras realidades yo había tenido una infancia feliz, quizá mis padres estaban juntos y unidos. Quizá yo estaba felizmente casada con Luis y teníamos niños, o era una gran mujer exitosa e independiente. En mi imaginación se abría un gran abanico de posibilidades, todas más halagüeñas que la que yo vivía. Y aquella sola suposición, de alguna extraña manera, me consoló.

Me levanté y caminé sobre el rodal punteado que se proyectaba en la tarima y me detuve en el centro, atrapando con mi cuerpo los múltiples haces dorados. Luego comencé a dar vueltas, girando sobre mí misma con los brazos extendidos, viendo cómo los pequeños rayos bailaban sobre mi piel. Y, en mitad de aquella danza casi ritual, una nueva y excitante inquietud se sumó a mis divagaciones. Si aquella teoría era cierta y se demostraba, la gente en realidad no moría definitivamente; sólo dejaba de existir en un plano existencial, pero seguía vivo en otro. ¿Y si los espíritus que decían ver los médiums o la gente con percepciones especiales no eran sino sombras del otro plano en el que vivían? Rastros vitales que atravesaban las realidades para dar consuelo a los seres queridos que los perdían. Aquello abría un vasto espectro de posibilidades que otorgaba una esperanza reconfortadora a quienes carecían de cosas, de personas o de ilusiones.

Suspiré y me detuve.

El colgante de la perla se balanceó ligeramente entre mis senos ante el brusco freno de mis giros. La sentí cálida y, cuando la miré, una de esas hebras circulares de luz incidió sobre su pulida superficie, despertando en su interior

un singular palpito luminoso.

La tomé entre los dedos y la alcé para escrutarla.

Contuve el aliento al ver trazos negros sobre un fondo amarillento y rudo. El mensaje flotó suspendido en el interior y comenzó a crecer, emergiendo y proyectándose ante mis ojos antes de volatilizarse diluyéndose en el polvo que danzaba entre la luz.

Trastabillé hacia atrás, exhalando un sobrecogido gemido.

No era una simple frase, era un párrafo. Y, aunque moldeado por la época de la que provenía, resultó fácilmente traducible.

Me dirigí presurosa hacia la mesita y saqué del cajón un pequeño cuaderno de dibujo y el lápiz que lo acompañaba. Me dispuse a transcribir aquel mensaje etéreo y, a medida que lo hacía, mi pulso se desbocaba y la desolación de saberme sola ante aquel nuevo reto creció, sepultándome. No porque no me creyera capaz de resolver lo que el destino me había deparado, sino por compartir aquella mágica experiencia con el hombre al que amaba.

Cuando terminé, releí lo escrito y tragué saliva ante lo que encerraba aquel mensaje interdimensional:

La perla de agua me mostró la muerte de Dragut en una batalla en Francia. Mi nombre es Isabet Llerán. Corre el mes de octubre del año de Nuestro Señor de 1536. Debe de haber otro modo, la perla es poderosa, abre la mente. Déjame ver dentro, ya vi antes parte de tu mundo. Yo abriré la mía para ti.

Sentí el impulso de abrazar el cuaderno, lo liberé.

Temblaba y me ardía algo dentro del pecho. Eran de nuevo mis ganas de llorar. Deseaba tan fervientemente sentir los brazos de Luis alrededor que hasta el aire que me envolvía acicateaba mi piel con el recordatorio de la soledad y de la pérdida. Y a mi mente acudió la frase que él me había dicho en la biblioteca: «Cuando no sabes lo que es el calor, el frío es más llevadero». Gran y dolorosa verdad, aquélla. Y lo maldije por ello. Y todo cuanto yo le había replicado moría agonizante mientras me compadecía de mí misma.

Había dormido con la ropa de calle, y mi pinta debía de ser espantosa.

Tenía que centrarme en aquel mensaje y lograr abrir mi mente al amplificador que llevaba colgando del cuello. Pero antes necesitaba una ducha y un buen desayuno.

Ya seguiría lamiendo mis heridas más tarde. Tenía toda una vida para hacerlo.

* * *

Mientras desayunaba, luchando contra la imagen de Luis sentado en aquella misma barra y su sonrisa traviesa, me sumergí en el mensaje de Isabet, analizando su propuesta.

Me sorprendió que tuviera una mentalidad tan abierta, no sólo en cuanto a aceptar aquella experiencia que para ella debía de ser mágica e inexplicable, pero que, curiosamente, asimilaba de forma más natural que yo, teniendo en cuenta que nos separaban varios siglos de diferencia, sino que denotaba un rasgo singular: no parecía tener miedo ni se cuestionaba lo que le estaba sucediendo, por asombroso que fuera. Pues, a pesar de los avances en todos los campos, en ese aspecto, ella estaba mucho más abierta a lo sobrenatural, su mente estaba menos contaminada que la mía. En un mundo en el que no podía probarse nada, tampoco nada podía rebatirse. Lo que significaba que su credulidad era mucho más extensa, también sus percepciones y su mente, con toda seguridad, era más poderosa por no vivir bajo tanta influencia exterior. Ella no estaba tan condicionada como yo, justamente por no poseer tanto conocimiento. O quizá tantos muros represores de nuestros instintos más primarios y naturales. Pues si nadie te dice que es imposible, si nada te empuja hacia atrás, por no conocer los límites de tus capacidades, entonces todo es posible. Y eso era la mente de Isabet, todo un mundo abierto a lo que ocurriera, por inverosímil que esto fuera. Sin duda, era una mujer con recursos, astuta y templada. Su mensaje así la tildaba, pues había comprendido de inmediato lo exasperantemente limitada que era mi alternativa sobre el papel. No nos bastaba con párrafos para conocer lo que le acontecía a la otra y, así, saber cómo interactuar, no. Debíamos abrir nuestras mentes y conectarlas, y supe cuándo: en ese preciso instante antes de entrar en sueño

REM.

Salía de la cocina rumbo a la puerta principal para coger mi abrigo del perchero, con intención de ir a la biblioteca, cuando reparé en un trozo de papel blanco plegado que resaltaba en el suelo del recibidor.

Recordé de inmediato que a Luis se le había caído algo del bolsillo cuando había sacado las llaves de la moto. Me agaché y lo cogí. Respiré hondo antes de desdoblarlo.

Coinciden todas las letras, es increíble. Dragut Aliosí contiene las mismas letras que Luis Roig Rada, pero mezcladas. Isabet Llerán y Elisa Beltrán, también.

Y ahí tenía una prueba más de que Luis y yo compartíamos esa realidad, y puede que muchas otras. Tampoco olvidaba que Dragut estaba en peligro de muerte, lo cual era otra prueba de que Luis lo estaba. Y eso sólo significaba... que ese puto informe era falso, y que Simón era el infiltrado.

De pronto, como si un rayo atravesara mi mente, recordé la pesadilla de esa difusa batalla aquella mañana en la consulta de Ramos. ¡Dios santo, todo encajaba! Habíamos compartido aquella visión. Por tanto, Isabet llevaba razón: la perla nos conectaba, pero era nuestra mente, no nuestro cuerpo, la portadora de mensajes.

Abrí el ordenador y tecleé el nombre de Dragut.

Respiré profunda y pausadamente y leí la biografía del feroz almirante de Barbarroja. Había nacido cerca de Bodrum, en la costa turca del mar Egeo, fue el más temido de los corsarios de su flota y arrasó en particular las costas españolas. Releí por encima, buscando la fecha de su muerte con un opresivo nudo atenazando mi garganta...

Cuando mis ojos se posaron en ella, sentí una piedra por corazón.

Moría en los alrededores de París, en una cruenta batalla contra los tercios del emperador, el 11 de diciembre de 1536.

Dentro de apenas dos meses sería 11 de diciembre.

Cerré los ojos y me derrumbé.

CAPÍTULO 42

EN EL FRAGOR DEL COMBATE

Mar Mediterráneo, costa de Malta, diciembre de 1536

El primer cañonazo sacudió el casco con virulencia. El resto de los impactos balancearon la nao como una cáscara de nuez flotando en un charco, golpeada por el granizo.

El pánico nos invadió y nos abrazamos angustiadas.

El ensordecedor estruendo de las andanadas y el vocerío en cubierta taladraban nuestros oídos. Nos atacaban, y estaba claro de quién se trataba y por quién lo hacían.

Paradójicamente, el vengativo deseo de Hernán se estaba cebando contra él mismo. Capturar a Dragut había sido la peor decisión que había tomado, y en ese momento debía de estar lamentándola con gran intensidad.

Un silbido nos hizo encogernos. El impacto sonó tan terriblemente cerca que nos cortó la respiración. Al estallido de astillas le siguió el rugido del agua. La bala de cañón había perforado el casco por debajo de la línea de flotación, justo en la bodega, donde nos encontrábamos.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamé alarmada.

Me precipité a la puerta, seguida de las hermanas Monfort, para descubrir que estábamos encerradas. Por debajo de la misma, el agua comenzó a

filtrarse.

—¡Vamos a morir! —gimió Dolores asustada.

Juana la abrazó y me miró angustiada.

Miré a mi alrededor con gesto ansioso, evaluando los objetos que tenía a mi alcance. Me abalancé sobre el tonel de agua y lo volqué, vaciándolo. En el suelo, el trozo de pliego que había usado para escribir mi respuesta al mensaje recibido de la perla se empapó, soltando las sinuosas hebras negras del carboncillo, como si fueran las patas de una inquietante araña. Para mi fortuna, el carpintero de a bordo llevaba un registro de todos los artículos que se almacenaban en el pañol.

Hice rodar el tonel vacío hacia la puerta y lo detuve frente a ella.

—Juana, ayúdame a golpearla con él.

Se apartó rauda de su hermana y, entre ambas, alzamos el tonel para comenzar a aporrear la puerta. Dábamos un paso atrás, balanceábamos el barril y lo lanzábamos con fuerza contra el madero. Una y otra vez, hasta que el tablero comenzó a quebrarse. El agua empezaba a subir de nivel preocupantemente.

En un último y feroz envite, la puerta se quebró.

Salimos a la bodega ya con el agua por las rodillas. El tronero que debía de haber reventado las tracas dejaba entrar un torrente de agua que ya inundaba toda esa cubierta.

Dirigí la vista al fondo, donde Dragut estaba atado al puntal, comprobando cómo el buque comenzaba a escorarse por la popa.

—Subid a cubierta, yo voy ahora.

Juana me retuvo y negó con la cabeza.

—No encontrarás nada que corte esas argollas.

Sostuve su mirada con determinación.

—No puedo dejarlo ahí —repuse.

Sus oscuros ojos se entornaron suspicaces, su rictus mostró su desacuerdo, pero sin embargo asintió.

—Lo haremos juntas. Buscaré algo en la bodega que pueda liberarlo.

Retrocedió apremiante, y justo en ese momento otra andanada retumbó con fuerza. La nao se sacudió violentamente, y, por el horripilante crujido que oí

esa vez, supe que el objetivo era la arboladura.

El agua que entraba ya me llegaba a mitad de muslo. Por el boquete de tablones rotos, el flujo crecía a medida que el buque se escoraba.

Dragut estaba de pie, afanado en la cerradura de sus argollas. Llevaba en la boca la hebilla de su pantalón e intentaba manipular con ella el candado.

Me acerqué a él, estaba empapado. Me miró con urgencia.

—Necesito tu ayuda, morisca.

—Juana ha ido a por alguna clase de herramienta.

—Ven, acércate, necesito tus manos.

Me aproximé a él y cogí su cinto. Dragut alzó las muñecas hacia mi rostro.

—Separa el hebijón e introdúcelo en la cerradura lateralmente.

Hice lo que me pedía, mientras el mar continuaba reclamando aquella rota cáscara de nuez.

—Gira bruscamente a la derecha tres veces y una a la izquierda, así debería romperse el engranaje interior.

Los penetrantes y apremiantes ojos grises de Dragut accionaron mis manos.

Forcejeé con fuerza, pero nada sucedió. Gruñí frustrada.

—Vuelve a intentarlo, deben ser golpes secos y rápidos.

Juana regresó entonces esgrimiendo un hacha pequeña, en el preciso instante en que la cerradura cedía finalmente y las argollas de Dragut se abrían.

—Me vendrá genial ahí arriba —arguyó él, arrebatándosela.

Un rasgado quejido, proferido por el moribundo buque, aceleró nuestros movimientos.

Arriba oímos gritos, lamentos y entrechocar de metal. Los cañonazos se sucedían intermitentes y el intenso olor a pólvora y a sangre flotaba denso a nuestro alrededor. Justo cuando subíamos la escalinata, dos caballeros hospitalarios descendían por ella.

Dragut se enfrentó a ellos manejando con aterradora destreza el hacha. Nosotras descendimos precipitadamente, contemplando angustiadas cómo el avezado capitán lidiaba con ambos, esquivando con tan agudos reflejos las estocadas de sus adversarios que parecía desdoblarse en dos. Su rapidez fue

letal para sus enemigos. Se deshizo de ambos casi al tiempo.

Cuando se volvió hacia nosotras, todavía con rictus feroz y mirada combativa, se me antojó un negro demonio salido de las profundidades del mar, despiadadamente hambriento y endemoniadamente atrayente. Rezumaba tal poder, tal seguridad, que su sola expresión ya amedrentaba por sí sola a sus oponentes.

Salimos tras él a la cubierta superior y lo que allí vi me dejó sin aliento. Un nutrido grupo de corsarios berberiscos luchaban denodados contra los caballeros hospitalarios. El abordaje sólo tenía un fin, y era rescatar a Dragut. Cuando éste emergió y gritó eufórico, sus secuaces vociferaron junto a él, redoblando con entusiasmo la lucha.

Juana me arrastró al castillo de popa, el lugar más elevado del buque, desde el que podíamos observar la contienda estando a salvo.

Entre aquel pandemónium, el barco comenzaba a hundirse por estribor. Los hombres perdían el equilibrio y nosotras nos abrazamos asustadas al trinquete.

Divisé a Dragut, que se había provisto de un alfanje y combatía enfebrecido contra Hernán de Parma. A pesar de estar herido, su furia equilibró sus fuerzas, derramando en la lucha toda su maestría.

Verlo girar, detener el acero de la espada cristiana y embestir nuevamente resultó un espectáculo tan angustioso como cautivador. Aquella bestia negra, empapada y cubierta de sangre, no parecía de este mundo. A mi mente acudió la sobrecogedora visión que me había mostrado la perla. Su solo recuerdo me erizó la piel y oprimió mi pecho.

Hernán no tenía ninguna oportunidad.

A pesar de estar Dragut en el lado que comenzaba a escorarse, lograba con admirable habilidad no sólo mantener el equilibrio, sino avanzar para atacar a su contrincante, cuando por fin, y en un hábil quiebro, consiguió hundir su acero en el vientre del capitán hospitalario. El monje guerrero abrió los ojos desmesuradamente y comenzó a boquear. Cayó de rodillas y miró al cielo, acaso para encomendar su alma al Altísimo.

Me pregunté si moriría realmente en paz, si en verdad creía que la sangre del infiel era distinta de la suya, pues, mezclada sobre las maderas de la cubierta, no se distinguía diferencia alguna. Y si Dios era omnipresente y

magnánimo, si sólo se preocupaba por el espíritu y el alma, entonces ¿qué más daban las malditas creencias de cada cual? ¿Qué importaba cómo se llamara Dios, qué ritos deseaba para sí o qué oraciones se le debían rezar? La fe tan sólo era una, como el ser supremo al que se le dedicaba, tuviera el nombre que tuviese.

Juana llamó mi atención sobre un balandro que se alejaba a remo hacia la costa maltesa. En aquel bote fue fácil distinguir una melena rubia, entre las capas blancas de los hospitalarios que habían logrado huir.

—Esa rata miserable... —siseó iracunda Juana.

—Nos engañó a todos —murmuró Dolores apesadumbrada.

—Pero en realidad se engaña a sí misma —comenté convencida—, pues la vida no perdona ni olvida. La vida persigue y atrapa, y ella terminará pagando cada deuda, pues no puede haber arrepentimiento cuando no hay conciencia, ni remordimientos cuando no hay corazón. Y eso, justo eso, será su condena.

Abajo, la reyerta había concluido con la holgada y fácil victoria de los piratas berberiscos. Tras sembrar la cubierta de cadáveres, descendían por las escalas por las que habían trepado a la nao cristiana con la misma urgencia con la que abandonarían las ratas una casa en llamas.

Dragut nos hizo señas para que bajásemos de la toldilla. Su gesto grave se acentuó cuando un espeluznante crujido se alzó quejicoso entre los maltrechos maderos.

—¡Rápido, el buque va a partirse en dos!

Primero ayudó a las hermanas a enredarse a la escala para descender a la cubierta de la galera. Advertí entonces que ésta se hallaba unida a la borda de la nao por tensos cabos terminados en ganchos clavados en la borda del barco enemigo. Luego se volvió hacia mí, pero en lugar de ayudarme a bajar, aferró mi cintura y me besó con tan desahogada pasión que por un breve instante hasta olvidé que el barco se iba a pique.

Cuando se apartó, sus acerados ojos grises se habían convertido en plata fundida. La comisura de sus labios se curvó apenas, y en aquel simple gesto derramó una ternura que jamás le había visto. No fui consciente de que yo también sonreía.

Entonces, un violento estallido hizo saltar la base del trinquete de un

cañonazo. Una nube de astillas voló a nuestro alrededor. Nos agachamos sobresaltados, y el mástil se quebró crujiendo admonitorio.

Dragut me cogió en volandas y me colocó sobre la escala por fuera de la borda.

—¡Aprisa, baja!

Obedecí rauda, comprobando angustiada cómo él se afanaba en cortar los cabos para liberar a la galera de aquel abrazo mortal.

Cuando llegué a la cubierta, alcé la vista hasta la nao para descubrir horrorizada cómo el recio mástil se derrumbaba sobre la cubierta que se volteaba rumbo a las profundidades. La gran vela cuadrada sepultó a Dragut en aquel nicho de lona y cuerda. Proferí un agudo gemido y mi corazón se detuvo.

Caramaní, la mano derecha de Dragut, ordenó a los remeros bogar para alejarse del hundimiento y de los proyectiles que impactaban a nuestro alrededor, que no estaban lanzados con demasiada puntería. Estábamos tan cerca del puerto de Malta que los cañones de las recias murallas desplegaron en aquel momento toda la artillería sobre nosotros.

—No podemos irnos sin Dragut —incurrió a Caramaní, que me miró ceñudo sin ocultar su asombro por mi preocupación.

—Si nos quedamos, nos hundirán, estamos a tiro de sus culebrinas.

—Pero...

—No hay alternativa, demasiadas vidas en juego —explicó abarcando con su brazo el resto de las galeras que nos rodeaban.

Cinco galeras remaban mar adentro. Entre ellas, las balas salpicaban violentos regueros de agua, fallando por muy poco el blanco.

Me aferré a la baranda del estanterol y miré con horror cómo la nao era tragada por las azules aguas de aquel mar calmo pero hambriento entre los quebrados estertores del casco, que, bajo la presión del agua, sufría su particular agonía. La mía era no ver una oscura cabeza emerger a la superficie.

Cuando el buque desapareció de la vista entre gruesas burbujas complacidas y espumosas olas relamidas, bajé los hombros contrita y de mi garganta brotó un sollozo roto que me ardió en el pecho.

Juana rodeó mis hombros y Dolores mi cintura.

—Sí —susurró Juana—, querer duele.

Su porte abatido y su rostro resignado mostraron de nuevo sus sentimientos hacia mí.

—No está muerto —aseguré llorosa.

Y, aunque la visión fue el único asidero a mi angustia, no alivió mi desesperación.

A medida que la flota de galeras se alejaba de la línea de tiro, mi dolor se alargaba.

Las culebrinas de las murallas defensivas de Malta continuaban disparando andanada tras andanada, a pesar de lo inocuo ya de sus impactos.

De pronto, un movimiento captó mi atención, un pequeño chapoteo y esa cabeza que tanto anhelaba ver asomar. Alargué el brazo y señalé su posición gritando su nombre. Caramaní acudió presto y oteó aquel punto con su catalejo.

—¡Levad un esquife!

Varios marineros comenzaron a maniobrar el aparejo para hacer descender la embarcación. Caramaní y cuatro hombres fletaron la falúa, enfilando su proa rumbo a Dragut. A golpe de remo, se aproximaron a la zona de tiro. Los proyectiles impactaban en el mar, salpicándoles espuma y zarandeando el casco violentamente.

Llevé la mano al pecho y la crispé en la pechera de mi caftán, a pesar de saber que él no moriría allí. Pero esa confirmación resaltaba dolorosamente la otra, pues, si a pesar del peligro que estaba corriendo se salvaba, también significaba que perecería en Francia, como marcaba su fatal destino.

Presenciar aquello era revivir nuevamente aquel presagio en primera persona. Y rogué que esa mujer de mi futuro diera con la clave para poder salvarlo, pues dudaba de poder convencerlo para que no acudiera a su final.

Inspiré profundamente cuando el esquife llegó a su altura. Caramaní se inclinó sobre la borda y le tendió el remo. Dragut nadó hacia ellos y se agarró a la larga pala. Tiraron de él y lograron subirlo a bordo. Aprecié más sangre brotando de sus heridas y cómo se derrumbaba casi desfallecido.

Remaron veloces alejándose de los proyectiles que continuaban cayendo erráticos. Comprendí que, desde las murallas, dar en el blanco a una pequeña

embarcación era como apuntar a una lejana mosca que apenas se divisaba.

Todo mi cuerpo se destensó cuando el esquife fue arriado en cubierta y desembarcaron a Dragut entre cuatro hombres, dada su corpulencia. Lo llevaron a una de las camaretas del estanterol, y yo los seguí.

Lo depositaron en un camastro y Caramaní se volvió hacia mí tras examinarlo someramente.

—No hay ninguna herida de gravedad, son rasguños y brechas, aunque seguramente algunas necesiten sutura. Lo dejo a tu cuidado, tenemos que partir sin dilación hacia la Provenza. Los malteses no tardarán en enviar una flota para darnos alcance.

A solas con él, me senté a su lado y simplemente me abracé a su pecho. Amaba a aquel hombre tan entregadamente que haber usado antes esa palabra me pareció incluso un sacrilegio.

Sentir la tibieza de su piel y los rítmicos y pausados latidos de su corazón reconfortaron el mío. Su pecho se dilataba y se contraía de manera regular, y yo me dejé mecer en aquel arrullador vaivén, acunada por su respiración.

Una mano acarició mi cabello, y yo sonreí.

—Estás condenada a ser mi ángel de la guarda, aunque no sea cristiano — profirió en apenas un suave susurro.

Mi sonrisa expiró estrangulada por aquellas palabras. Alcé el rostro hacia él, topándome con su dulce boca.

—En tal caso, deberás obedecer cuanto ordene para preservar tu vida.

—Pues, como ahora mismo no me ordenes besarte, creo que moriré sin remedio.

Suspiré rendida y me lancé a sus labios. No encontré mayor deleite que regodearme en su ardorosa boca, impregnándome de aquel sabor que tanto nublaba mis sentidos. Cuando logré apartarme, su turbia mirada debió de ser un fiel reflejo de la mía.

—Tu fuego, morisca, aparta a empellones a la muerte, al frío y al dolor, no hay mejor cura ni resurrección.

—Si Solimán descubre tu talento para la prosa, te convierte en trovador de la corte.

Dragut rio, su pecho se sacudió alborozado, y yo con él.

—Sigo manejando mejor la espada que la lengua. Y le es más útil, te lo aseguro.

—Yo creo que las manejas con la misma habilidad —opiné rozando sus labios—, y a mí está claro lo que me es más útil.

Deslizó su mano rodeando mi nuca y me atrajo hacia sí.

—Y más útil que te será cuando recupere las fuerzas, pues hambre no me falta, y disposición menos.

Se inclinó ligeramente para rozar con su abultada disposición mi cadera. Alcé las cejas sorprendida y me mordí el labio inferior.

—Acabas de salvar el pellejo por poco y todavía plantas batalla.

—A tu lado, la paz no es una opción —musitó mordisqueando mi boca—. Me la robaste desde el primer instante en que posé mis ojos sobre ti.

Introdujo su lengua entre mis labios buscando la mía y se la ofrecí gustosa.

Oírlo gruñir en mi boca incendiaba cada fibra de mi ser, daba vida a mis manos y desbordaba mi ansia por fundirme en él. No supe qué clase de poderoso influjo ejercía sobre mí, pero no precisaba cura.

Aquel deseo voraz que nos consumía comenzó a descontrolarnos peligrosamente. Sin saber cómo, acabé tendida sobre su cuerpo mientras él abarcaba mis nalgas con sus grandes manos, ciñéndome a la rotunda protuberancia que destacaba en sus calzas.

No supe discernir quién de los dos logró apartarse lo suficiente para poder recuperar el juicio.

—Por Alá, voy a estallar —gimió sufrido.

Nuestros ojos se engarzaron apasionados, mientras nuestras respiraciones pugnaban por recuperar la normalidad.

Hice ademán de besarlo, pero él me detuvo.

—Si me besas de nuevo, te aseguro que te oirán gemir hasta en Constantinopla.

Sonreí con la extraña sensación de haber oído ya esa frase.

Justo en ese instante llamaron a la puerta.

—Tendrás que soltar mis nalgas para poder levantarme a abrir.

—¿Y quién ha dicho que desee visitas?

Ladeó la cabeza y me mordió el cuello. Solté un gritito entre risas y

conseguí liberarme de sus garras mientras él gruñía frustrado.

Salté del camastro y abrí la puerta insertada en el mamparo.

El serio rostro de Juana me contempló con evidente desagrado.

—Sólo..., bueno, sólo quería ver si necesitabas algo para la cura —miró por encima de mi hombro y su rictus se tensó incómodo—, pero ya veo que no.

Su dura y resentida mirada se me clavó en el alma.

Ya se retiraba cuando aferré su muñeca.

—Necesitaré lienzos, una aguja e hilo. Tiene una brecha profunda en el brazo derecho.

—Y los labios hinchados, por lo que puedo apreciar desde aquí. —Tragué saliva y apreté la boca con gesto culpable—. Debieron de pegarle muy duro —añadió mordaz.

—Ese capitán hospitalario era un animal —intervino Dragut sin encubrir la sorna de su tono.

—Ya veo —replicó Juana sin disimular tampoco su irritación—. Pues es curioso, parece que se contagia.

Clavó una acusadora mirada en mis labios y los suyos se cerraron disgustados.

Ya se iba cuando se volvió de nuevo.

—Cuando consiga lo que precisas, volveré. Espero no ser tan inoportuna esa vez, y que esa... inflamación remita.

Se marchó y yo cerré la puerta. Sentí un agudo malestar por haber herido sus sentimientos.

—Creo que no me aprueba —masculló Dragut.

—No olvides que arrasaste nuestra villa.

A mi mente acudieron las imágenes de mis hermanastros de crianza sucumbiendo bajo el acero de sus hombres. Aunque bien era cierto que esa atrocidad me la achacaba más a mí.

Dragut se incorporó quejicoso y se sentó, no sin esfuerzo. La larga brecha de su brazo comenzó a sangrar otra vez.

—Isabet —su tono fue suave, acariciador—, soy lo que soy, una bestia inclemente que mata o muere. Mi vida siempre ha sido ésta, yo también he perdido seres queridos en el camino, yo también arrastro culpas y demonios. Y

jamás me he planteado ser otra cosa, pues nunca creí que alguien pudiera... sentir afecto por mí. Yo contaba con tu odio. —Alzó una mano, la diestra—. Ésta lo sembró. Pero fue en ésta —alzó la izquierda— en la que deposité todas mis esperanzas, con la que ansiaba poder tocarte el corazón. Y, como te dije aquella noche en el desierto, tengo dos manos, pero me cortaré la derecha por ti, sólo para que pudieras olvidar todo el dolor que te infligí antes de saber que eras cuanto deseaba en la vida.

Sus palabras se abrazaron a mi corazón, con tanta fuerza que supe que permanecerían grabadas por siempre en mí.

—Si Blanca no te hubiera tendido la trampa, yo ahora estaría muy lejos de ti.

—¿Sabes dónde estuve tras la encarnizada lucha en el puerto de Constantinopla?

Negué con la cabeza.

—Tramando todo esto.

CAPÍTULO 43

LA ALARGADA SOMBRA DE LA GUADAÑA

Agrandé asombrada los ojos.

—Supe quién era Blanca cuando os llevaba en mi galera e intentó seducirme. No contaba con que intentaría envenenarme, pero lo hizo, y aquello sólo ratificó lo que yo ya sospechaba: un lobo con piel de cordero. Y entonces recordé lo que me contaste sobre ella. Te había desbancado como prometida de un rico terrateniente de Oropesa, y, aunque es muy bonita, no puede compararse contigo. Conocerte a ti, y conocerla a ella, me hizo pensar que el hombre que te había sustituido por ella debía de haber perdido el juicio. Y, después de que me envenenase, fue fácil llegar a la conclusión de que posiblemente había hecho lo mismo con él.

—¿Cómo sabes que te envenenó?

—Ibrahim no es un traidor, sólo finge serlo.

Aquella información me dejó atónita.

—Me contó, tras encontrarme abotargado y confuso aquella mañana, que Blanca le había cogido del dispensario de la galera un remedio bastante inusual.

—¿Ibrahim te ha mantenido informado de todo?

—De casi todo, sabe que yo no habría aprobado cosas que ha intentado.

—¿Sabías también lo de Roxelana?

—Sí, por eso lo planeé todo, para que te fugaras esa misma noche, antes de la llegada de Mustafá. Yo soy leal a Solimán, no a los intereses de su esposa. Y, por supuesto, a los míos. La sultana habría acabado contigo inmediatamente después de que tú cumplieras su encargo. Algo que tu astucia no pasó por alto, y ahora me doy cuenta de que, sin ella, nada de lo que yo había trazado habría salido bien. Parecías ir siempre un paso por delante de mí. No imaginas cuánto admiro tu inteligencia.

—Pero cuando Ibrahim se citó con Nasir en la cala, si yo no llego a tener la bolsa de dinero..., no sé qué habría pasado. Podría haber actuado de otra forma, incluso haber intentado escapar al margen de Ibrahim, puesto que yo no me fiaba de él —mascullé confusa.

—Yo estaba en el salón imperial, vi cómo Roxelana entraba en una sala aparte con una bolsa escondida en la mano.

—Pero antes no podías imaginar cuál era mi intención. Además, no entiendo por qué negoció con Nasir la entrega de las hermanas, si actuaba bajo tu mandato.

—No podía imaginarla, sólo suponerla —respondió calibrando mi gesto—. En la cala, fue tu ingenio el que salvó la vida de Nasir. Los hombres de Ibrahim tenían orden de ejecutarlo a él y a los suyos, por eso quedó con él en aquella cala oculta. Ibrahim, de todos modos, podría haber ordenado que lo mataran, tenía mi permiso, pero, sin embargo, decidió dejarlo con vida y que tú pagases la libertad de tus amigas.

—¿Y cómo sabías que Blanca te entregaría a Hernán?

—No lo supe hasta que ella acudió a decirme que te habían secuestrado. Entonces descubrí que Hernán me quería como botín. Y fragüé mi rescate, además del tuyo, avisando a mi flota, que, además, tenía orden de unirse de inmediato a las tropas de Barbarroja en la Provenza.

—¿Me entregabas a Hernán para luego rescatarme?

—Te entregaba para sacarlo de Malta y acabar con él en alta mar.

—Pero él pensaba llevarme a Tordesillas a ver al emperador.

Dragut me miró largamente y negó con la cabeza.

—Ahí pecaste de ingenua. Jamás te habría llevado en presencia de Carlos V. Lo conozco lo suficiente para saber que te habría torturado en aquellas

mazmorras hasta hacerte hablar; además, podía valerse de tus queridas hermanas para que cantaras como un jilguero. Lo que de veras me impresiona es cómo lograste la información que él tanto ansiaba.

—¿Y todo esto porque te robé la paz?

Pude apreciar lo extenuado que estaba en el ligero balanceo de su cuerpo, a pesar de agarrarse al borde del camastro con ambas manos.

Sus ojos se entornaron adoptando una mirada grave y profunda, pero su boca se estiró en una sonrisa tierna.

—Llevaba tiempo reflexionando acerca de cómo liberarte sin levantar sospechas y devolverte a tu tierra —confesó—. Pero, cuando te besé en mi galera, bajo aquella tormenta, la segunda intención se tambaleó.

Su mirada se oscureció presa de un recuerdo particular.

—No tienes ni idea de las veces que he tenido que luchar contra mí mismo para reprimir el voraz deseo que me despertabas. Tenerte tan cerca sembraba hogueras en mi interior, y más cuando descubrí que yo no te era indiferente. Sabía que te aferrabas a tu odio por mí, y que también luchabas. Fue cuando llegamos a Constantinopla cuando me dije que tenía que derribar tus barreras y las mías como fuera, porque yo... yo jamás había sentido nada ni remotamente parecido por nadie. —Hizo una pausa que dedicó a mirarme con visible afectación. Estaba abriéndome su corazón y desnudando su alma, no sólo con aquella confesión, sino con sus gestos y sus miradas—. Cuando te hice mía, vi en tus ojos lo que había en los míos, y entonces fue cuando tomé la decisión.

—¿La de volver a secuestrarme?

Asintió con un gesto de la cabeza y de sus labios brotó una sonrisa aviesa.

—Y para siempre —musitó.

Avancé hacia él. Separó las piernas, aferró mis caderas y me colocó entre ellas.

—¿Y qué harás para que no intente escapar? —ronroneé contra su boca.

—Hacerte la mujer más feliz del mundo.

Tomé su boca con tan ansiosa vehemencia que lo impulsé hacia atrás y ambos caímos sobre el jergón.

¡Dios, aquella boca era mi delirio!

Entonces él exhaló un gemido dolorido. Me aparté apenas para mirarlo

inquisitiva. Su brazo sangraba profusamente y, al caer sobre él, la herida se había abierto más.

—Tengo que curarte para poder devorarte después.

—Estoy deseando ser tu presa.

Esa última palabra me causó una aguda desazón.

—Dragut...

Se incorporó de nuevo y me sentó en su regazo, frotando su nariz en mi cuello.

—Dime, mi indomable morisca —susurró ronco, erizándome la piel.

Comenzó a besar mi cuello, arrebatándome volátiles hilos de conciencia que casi veía ascender en ondulantes volutas.

—Necesito que me hagas una promesa.

—Mmm.. —Aspiró mi piel y yo me estremecí—. ¿Y qué promesa es ésa?

—Que no pises Francia.

Apartó el rostro de mi cuello para sostener mi mirada. Frunció confuso el ceño y me observó suspicaz.

—Mis órdenes son reforzar la flota de Barbarroja para bloquear la costa de la Provenza, impidiendo que los tercios reciban provisiones o refuerzos. No tengo intención de desembarcar. No soy un jenízaro.

Tragué saliva y lo miré nerviosa.

—Escúchame, por favor. Algo ocurrirá que te obligue a hacerlo. No sé qué, pero te ordenarán presentar batalla en tierra.

El ceño de Dragut se acentuó.

—¿Por qué estás tan segura? ¿Eso fue lo que oíste en la cámara del Consejo Real?

—No, a través del ojo del sultán oí la estrategia que usaría el comandante del rey traidor, Francisco I, por sugerencia de Solimán, y que pondría en práctica su mariscal, el duque de Montmorency.

—¿La de devastar su propio reino para dejar sin sustento a las tropas enemigas? —murmuró él cada vez más intrigado.

—Sí.

—Por eso debemos hacer el bloqueo en la costa. Pero sigo sin entender por qué crees que puede cambiar esas órdenes.

Acaricié la dura línea de su mentón y lo miré suplicante.

—No puedo decirte mucho más, pero te ruego, te suplico, que si te ordenan bajar a tierra no lo hagas.

—Isabet, eso es porque has oído algo que yo desconozco. Debes contármelo. Yo no me fío de Francisco, es un bastardo traidor que, igual que ahora le interesa la alianza con Solimán, en cualquier momento firma otro tratado de paz con su enemigo Carlos a nuestras espaldas y nos ofrece en bandeja. Pero me consta que hay espías del sultán en la corte francesa, justo porque él también recela de tan traicionero aliado.

Me cogió por los hombros y me clavó una mirada penetrante.

—Sólo deseo protegerte —mascullé apoyando mi frente en la suya.

—En tal caso, debes contármelo todo, para saber a lo que atenerme.

—Te amo, Dragut, como jamás creí poder hacerlo.

Tomó mi rostro entre las manos y su afectada mirada se humedeció.

—Y yo a ti, tanto, que dejaré esta vida para entregarte cuanto soy.

—Déjala ya, huyamos juntos.

—No puedo fallarle ahora a Barbarroja, pero, tras el bloqueo en la costa franca, presentaré mi renuncia y jamás me separaré de tu lado, te lo prometo.

—No —insistí en tono ansioso—, sé que algo te hará desembarcar, lucharás en campo abierto y morirás en el campo de batalla.

—Pero, por Alá, ¿cómo puedes estar tan segura de eso?

Bajé la vista a mi escote y tiré del cordel donde pendía la perla de agua para mostrársela.

—Lo vi aquí.

La balanceé ante sus ojos, aun sabiendo que no me creería.

Dragut tomó la perla entre los dedos y la examinó con agudo desconcierto.

—Es... es una piedra mágica.

—¿De dónde la has sacado? Me es muy familiar.

Titubeé un instante y lo miré indecisa, preguntándome si debía confesarle el origen.

Respiré hondamente y exhalé despacio el aire.

—De una curiosa fuente dentro de un laberinto ajardinado. Era la perla de una concha abierta.

La asombrada expresión de Dragut se petrificó un tenso instante.

—Solimán la trajo de uno de sus viajes a Persia, mandó construir la fuente expresamente para esa perla. Fue un regalo del sah. Según los persas, es una piedra muy antigua, mágica, que necesita agua para proyectar su luz y proteger a su dueño. Pero son sólo antiguas supersticiones absurdas.

—He visto su luz —confesé—, y he visto tu futuro en ella.

Los felinos ojos de Dragut me estudiaron unos segundos. Su faz se oscureció y sus labios se oprimieron en una mueca tensa.

—Debes creerme, te lo ruego. Morías en esa batalla, rodeado de caballeros hospitalarios.

—Quizá lo soñaste —aventuró con suavidad.

—No, no fue un sueño, esa imagen me persigue cada noche.

—Isabet...

—En honor al amor que sientes por mí, hazme esa promesa. No pongas un pie en Francia.

Su rictus se contrajo y su ceño se acentuó, pareció cavilar sobre aquello, debatiéndose internamente.

—Entiendo que no me creas, sé que parece un delirio, pero hay un modo de probarlo.

—¿Cómo? —preguntó expectante.

—Si recibes la orden de desembarcar y sumarte a las tropas de jenízaros, algo del todo improbable, según tú, entonces la visión es cierta.

—Incluso con ese contratiempo, no tendría por qué serlo, aunque resultaría inquietante —replicó descreído.

Bufé exasperada y me aparté de él.

Dragut alargó los brazos hacia mí, pero yo retrocedí unos pasos poniéndome lejos de su alcance.

—Si me amas, debes prometerlo —exigí pertinaz, cruzando los brazos bajo el pecho.

—Te amo, y prometo tener cuidado —profirió mirándome con infinita ternura.

—No, debes prometer no desembarcar.

Dragut se puso en pie y, aun empapado, extenuado y herido, caminó hacia

mí para atraparme entre sus poderosos brazos.

Me revolví furiosa, sintiéndome impotente y embargada por un pánico atroz.

Él tomó mi barbilla con una mano mientras su otro brazo me ceñía a su pecho, y me obligó a mirarlo.

—Escúchame, Isabet —su voz susurrada y dulce me acarició—, soy almirante de la tropa de Barbarroja y...

—Creí que eras capitán —interrumpí irritada.

Me sonrió paciente y mis ojos se prendaron peligrosamente de sus carnosos y subyugadores labios.

—Capitán de mi galera, así me llama mi tripulación, pero mi rango en la flota es el de almirante —precisó, me dio un suave beso en la punta de la nariz y prosiguió—: Soy parte del ejército de Solimán y pertenezco a la jerarquía militar. Obedezco órdenes, pues, al formar parte de la flota de Barbarroja, nos convertimos en corsarios al servicio del sultán, lo que supone estar sujeto a las leyes del ejército. Yo puedo renunciar si lo deseo, pero antes de que se me asigne una misión, o tras concluirla, pues, de lo contrario, estaría contraviniendo una orden expresa. ¿Y sabes lo que les ocurre a los insurrectos?

Negué con la cabeza, aunque era muy fácil de adivinar.

—Que son ajusticiados en el acto —se respondió.

Fruncí más el ceño y él besó mi entrecejo antes de continuar:

—Si, por el motivo que sea, y en mitad de una misión, nos ordenan desembarcar y yo decido escapar, me convierto en un desertor y en un fugitivo. Y eso aún es peor, pues me perseguirían hasta en el mismísimo infierno para acabar conmigo de la forma más ignominiosa posible, y no sólo recaería la desgracia sobre mí, sino también sobre los que me cobijaran.

Tragué saliva y mis ojos se empañaron, comprendiendo cómo de atadas tenía yo las manos.

—Tendré extremo cuidado, y no sólo por tu advertencia, haya salido de donde haya salido, sino porque jamás he tenido tantas ganas de salir vivo de una batalla.

Inclinó su rostro sobre el mío, la plata fundida de sus ojos me pellizcó el

corazón. Acarició con el dorso de sus dedos mi mejilla y los deslizó sobre mis labios. Su expresión afectada me cautivó.

—Y eso, mi hermosa y valiente morisca, es gracias a ti.

—Dragut —gemí conmovida.

Su boca apresó la mía, imprimiendo su apasionado manifiesto en un beso flamígero y desbordante de sentimiento.

Sentí vibrar hasta la más recóndita fibra de mi ser en aquella danza húmeda y voraz de nuestras lenguas, en aquella desesperada necesidad por fundirnos en el otro, devorados por aquel fuego inclemente que exigía inmediata satisfacción; no sólo reclamaba implacable goce carnal, su pago iba más allá de lo terrenal, de lo mundano, de lo explicable, quizá imposible de colmar.

Pues, por mucho que nos amáramos, tuve la certeza de que no hallaríamos cura a nuestro mal. Daba igual cuánto lo besara, mi boca siempre languidecía hambrienta. Daba igual cuánto lo acariciara, mis manos gemían insaciables. Daba igual cuánto lo cobijara, mi cuerpo siempre gritaría su ausencia.

Cuando logramos apartarnos, nos miramos trémulos, embargados por esa tórrida neblina que nublaba nuestros sentidos. En su turbia mirada vi el reflejo de la mía, rezumando esa viscosa confusión y ese sinuoso sobrecogimiento que envolvían un sentimiento nunca antes sentido, pero tan arrollador que nos zarandeaba como el viento azota un junco en la ribera de un cañaveral, cimbreándolo a su capricho.

—Besarte es morir y vivir en un solo instante —susurró con voz quebrada y mirada húmeda—. Me robas el aliento y me encoges el pecho..., y yo... sólo sé que mi vida empezó el día que pusiste tus ojos sobre mí.

Fue como si mi corazón se separara en hebras, como las cuerdas de un arpa, y fuera acariciado por una virtuosa mano, arrancando de él notas tan profundas y mágicas que mecían mi alma y alimentaban mi espíritu.

—No puedo perderte —gemí entrecortada, constreñida por el insidioso puño de ese temor.

—Pase lo que pase, volveré a ti, te lo prometo.

Una gruesa lágrima rodó zigzagueante por mi mejilla, trazando un perlado riachuelo que él quebraba a besos, como si trabara con suaves presas su

recorrido, pero éste se reanudaba con más caudal, algo que no le impidió continuar su labor con mayor empeño. Cuando desembocó en la comisura de mis labios, detuvo su boca en ella, acariciándome con su cálido aliento.

Una frase ondeó entonces lejana en mi mente y, como un trapo sacudido por la brisa, comenzó a acercarse, revoloteando misterioso. Pareció jugar conmigo, trazando florituras a mi alrededor antes de extenderse grácil revelando su contenido: «Cuando no sabes lo que es el calor, el frío es más llevadero».

Y, por Dios, que así era.

—Escúchame —pedí atrapando su rostro entre mis manos—, no te separes de tus hombres, no dejes que te rodeen. Detrás te hostigarán varios alabarderos, pero será un caballero hospitalario el que te dará muerte, segando tu pecho. Huye de esa situación, no te enfrentes, ¿me oyes?

Su abrumada expresión se crispó, tensando cada músculo de su rostro. Su mirada se agrandó sobrecogida por los precisos detalles que yo le había ofrecido y su respiración se agitó.

—Por Alá..., ¿cómo puedes saber esos detalles?

—Te lo he dicho: lo vi, como te estoy viendo a ti ahora mismo. Comprendo que no tengas alternativa, pero te suplico que me creas, va a ocurrir. Y pide a Dios que sea suficiente con anticiparte para escapar a ese destino.

Tragó saliva y su tez palideció. No obstante, asintió y su mirada determinada me dijo que estaría más que prevenido con respecto a esa situación si se producía. Aquello debía ser mi consuelo, pues no tenía otro.

—¿Dónde te esperaré?

—Cuando lleguemos a la Provenza, te embarcaré en un mercante rumbo a Castellón. Allí me esperarás. No regreses a Oropesa, ¿entendido?

—¿Por qué no?

—Todavía recuerdo la última mirada de aquel hombre, ese Pere. No es de los que perdonan, ni olvidan. Debes permanecer lejos de él, ¿prometido?

—De acuerdo —concedí.

—Promesa por promesa —musitó él.

—Promesa por promesa —repetí.

Unos rotundos golpes sacudieron la puerta del mamparo.

Salí a desgana de entre los brazos de Dragut y lo obligué a tumbarse: estaba exhausto.

—Adelante —invité en voz alta.

Juana entró en la cámara portando los útiles que le había pedido. No fue capaz de mirarme a los ojos.

—Si necesitas algo más..., ve tú a buscarlo.

Se dio la vuelta y desapareció con aire digno pero semblante contrariado.

Hundí los hombros abatida mientras rebuscaba en el cesto la aguja y el hilo encerado.

—El mío no es el único corazón que has cautivado, morisca.

Inspiré una profunda bocanada de aire y me concentré en enhebrar la aguja.

—Profeso un gran afecto por Juana, ha sido mi fuerza, mi sostén y mi audacia cuando yo no los encontraba. Me ha apoyado, aconsejado y ofrecido solaz. Sé qué sentimientos alberga hacia mí, como ella siempre supo que no hallaría respuesta alguna. Y quizá eso sea lo que más admire de ella, esa capacidad de resignación, esa generosa forma de amar sin aguardar correspondencia, mientras contempla con sufrida humildad cómo lo que ella más anhela le es entregado a otra persona. Eso, en sí mismo, denota una grandeza de alma y una fortaleza de espíritu encomiables. Nada deseo más que conservarla a mi lado como la amiga que me ha demostrado ser, aunque, por otra parte, no le deseo semejante tormento. Sería mucho mejor para ella perderme de vista y buscar un liberador olvido.

Me acerqué a él, que, tumbado, me contemplaba ensimismado.

—Nadie que te conozca y llegue a amarte puede ser capaz de olvidarte, Isabet. Nadie.

—Ahora lo que no vas a olvidar es lo mala costurera que soy.

Sonrió divertido y se puso de costado.

—Con que la cierres, me conformo.

Hundí la aguja en su carne, atravesándola, tiré con fuerza y él no profirió ni un solo gemido, pero sí se tensó.

—Tienes la delicadeza de un buey —se quejó con sorna.

—Y tú su piel.

—Cuando me reponga, te demostraré que también tengo su resistencia.

* * *

Desperté sobresaltada, con la boca seca y el pulso desbocado.

Un bombardeo de información atropellada y confusa me fulminó.

Parpadeé repetidas veces, intentando ordenar y clarificar aquellas imágenes, cuando sentí una aguda quemazón punzando mi pecho. Miré hacia abajo y dejé escapar un rasgado gemido de sobrecogimiento. La perla irradiaba una potente luz blanca. Intenté cubrirla con las manos, pero el calor que emanaba detuvo el gesto.

A mi lado dormían, por fortuna profundamente, Juana y Dolores, en un pañol de la bodega, pero temí que la cegadora luminiscencia las despertara. Agarré los bajos de la falda del caftán y los alcé para envolver la perla.

Me puse en pie y salí de allí.

Me ahogaba, necesitaba respirar aire fresco y apaciguar el alocado zapateo de mi corazón.

Cuando llegué a la baranda del estanterol y me acodé en ella, tomé una reconfortante bocanada de aire salobre, cerrando los ojos, dejando que la fresca brisa marina alejara el sofoco de mis mejillas.

Como ya me había ocurrido, contemplar escenas de un mundo tan distinto me abocaba de golpe a un abismo aterrador, el de la locura. Pues era tan real en detalles y tan desconcertante justo por eso que, a pesar de teñirlo con la realidad de un recuerdo, mi mente más racional me gritaba que eran simples sueños, y era esa lucha de opuestos lo que desgarraba mi espíritu.

Tras un largo instante sumida en aquel ondulante y oscuro horizonte, donde la luna se mecía desmadejada y somnolienta, perlando con bostezos de plata las suaves lomas de agua que la acunaban, logré serenarme lo suficiente para estudiar lo que la perla acababa de mostrarme.

Entre el puñado de tela arrugada entre mis manos, donde la ocultaba, sentí más tibieza y la liberé de aquel barullo de seda para observarla.

Al igual que yo, su fulgor se apagaba, todavía latente pero desvaído. Entonces, la cogí entre los dedos y la alcé ante mis ojos. Su transparencia

atrapó la luna en ella, pero en su parte inferior. En la mitad superior se reflejó la luna que el mar deshilachaba, reflejando dos realidades, pero de manera invertida. Dos realidades que no se sostenían unidas, pero que coexistían simultáneas. Y entonces pensé que quizá ante mí tenía la explicación de lo que me estaba ocurriendo. Quizá yo habitaba otra realidad, pues aquella mujer que había visto en el agua era sin duda mi reflejo, con sus matices, pero lo era. Aquel hombre tan semejante a Dragut, exactamente igual, y por algún motivo que aún no lograba entender, ambos reflejos habían comenzado a tender entre ellos hilachos de información que podría modificar ambas realidades, para mejorarlas, quise creer. De lo que estaba segura era de que la solución de cada realidad estaba en la invertida, por eso alguien o algo había conseguido conectarlas.

Cerré los ojos, refrescando las imágenes que todavía flotaban en mi mente. Como bien había supuesto, no era necesario marcar nuestros cuerpos para comunicarnos, la perla nos conectaba. Y aquella mujer, que ahora sabía se llamaba Elisa, se había presentado ante mí, me había revelado la fecha en la que ella vivía y que su Dragut, llamado Luis, moriría con el mío si no lo lográbamos impedirlo.

Tras aquella abrumadora presentación, me había transmitido con detalle lo que estaba a punto de suceder en mi época y ya era un hecho histórico en la suya. También había visto su alcoba, su realidad, con mobiliario de líneas rectas y sencillo, aparatos irreconocibles y una ventana por la que se filtraban perlas de luz, como si estuviera cubierta por una extraña celosía tachonada de círculos. También había sentido su desazón, su ansiedad y su apremio.

Su mensaje era preciso: el 11 de diciembre de 1536, Dragut moriría en la batalla contra los tercios del emperador. Había sido enviado al frente para evitar la retirada del ejército imperial, que, acometido por la hambruna y la enfermedad a la que lo había condenado la estrategia de Montmorency, arrasando terrenos de cultivo, eliminando así cualquier posibilidad de abastecerse de víveres, retrocedía débil y agónico. La orden de Solimán era rematarlos antes de llegar a la costa. Se suponía que, con un grupo reducido de jenízaros liderados por el hombre más capaz y temible de Barbarroja, su almirante, bastaría para aniquilarlos. Barbarroja no podía permitirse

despojarse de más hombres, pues debía atrincherarse en la costa de la Provenza para continuar con el bloqueo. Y, confiado, enviaba a aquel grupo para exterminar a los supervivientes.

Pero, a pesar de la astucia de ambos líderes, tanto Barbarroja como Solimán no contaron con un detalle crucial y tan evidente que su excesiva confianza había pasado por alto. Cuando quemas un granero, las ratas que huyen son las más listas, desesperadas y agresivas. Y éstas, en particular, se habían reagrupado y amoldado al entorno, dispuestas a todo por sobrevivir. Y había sido así como habían formado un terrible batallón, con la misión más importante jamás encomendada, la dictada por el más primario instinto de supervivencia, la de escapar de aquel cerco de muerte donde los habían atrapado. Y lo habían hecho.

La muerte de Dragut, en aquella realidad futura tan documentada, era un hecho. Si él aceptaba la misión y bajaba a tierra, la alargada sombra de la guadaña caería sobre él.

Otra perla, tan amarga como cálida, resbaló por mi mejilla, y otra, y otra..., sumando un nimio caudal a aquel mar negro, único testigo de la cruel tribulación que asolaba mi alma.

Un crujido a mi espalda me envaró. Me limpié disimuladamente las lágrimas y miré de soslayo tras de mí. Caramaní se inclinó sobre la baranda y me observó preocupado.

—¿Lo amas?

Asentí y me sorbí la nariz.

—Él también —murmuró derramando su atención sobre la refulgente superficie del mar.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, no es necesario. Lo supe cuando él mismo ajustició a los hombres que os violaron. Nos embarcamos después, tuvimos que esperar a que el señor de la villa nos diera el oro a cambio de su hijo, el que nos entregaste. —Hizo una pausa para tomar aire, perdido en aquel recuerdo—. Nunca lo había visto tan furioso, perdió el control —me miró y frunció el ceño a pesar de esbozar una tibia sonrisa—, ahora sé por qué.

—Yo sigo sin entenderlo.

—El corazón es un océano insondable de secretos que no tienen explicación. Algo en ti despertó una tempestad en el suyo —adujo pensativo.

—Necesito pedirte algo.

Caramaní me miró expectante.

—Combatiréis en campo abierto contra los tercios. No lo dejes solo. No luchéis, será una batalla perdida. Huid o moriréis.

Sus ojos se entornaron y su rictus se tensó. A pesar de su imponente tamaño, pareció amedrentarse y se envaró ligeramente.

—¿Eres una bruja?

—Ojalá lo fuera, quizá así pudiera cambiar su destino.

CAPÍTULO 44

CUANDO EL SUELO SE ABRE BAJO MIS PIES

Oropesa del Mar, diciembre de 2018

No contestaba las llamadas, ni los mensajes, a pesar de estar repletos de disculpas y ruegos.

No lograba encontrarlo, ni en su estudio ni en ningún otro lugar.

No obtuve respuesta de su paradero, ni siquiera de sus compañeros de banda, que eran los únicos que tenían relación con él.

Y, tras agotar todos mis recursos, sólo me quedó aceptar que había desaparecido, al menos, para mí.

Me dije que su dolor por mi desconfianza, aunque respaldada por un puto papel, lo había encerrado en sí mismo, pero también me agarré a pensar que siguiera luchando por su cuenta, en cuanto a conectarse con Dragut para poder evitar su trágico final. No obstante, cada día que pasaba sin saber de él era un completo suplicio.

A pesar de estar más que atenta en mis idas y venidas del trabajo a casa, no tuve la sensación de ser vigilada por nadie. Pero aquella tensa calma crispaba más mis nervios, esperando una tormenta que olía cercana.

¿Qué nueva compuerta abrirían para mí?, me pregunté angustiada. Saberme presa de un laberinto orquestado por una mente científica sin escrúpulos ni

moral no sólo era inquietante, sino también aterrador. Y lo más preocupante era mi absoluta indefensión, pues no podía denunciar una hipótesis que además era descabellada, teniendo un historial psiquiátrico. Tampoco sabía cómo actuar para alejarlos de mí. Ni podía huir, pues me seguirían allá donde fuera, así que sólo me quedaba esperar el próximo movimiento, estar alerta y dejar que fuera mi instinto el que me ayudara a solventar lo que se cerniera sobre mí.

Sin embargo, lo que realmente apuñalaba mi pecho era el tiempo, pues cada día que me acercaba a aquella fecha, sin saber nada de él, destrozaba mis nervios y flagelaba mi corazón.

A veces, el rencor graznaba en mi interior reprochándole su actitud, considerándola injusta y desproporcionada. Otras, la consideraba justa, y me fustigaba a mí misma con la culpa, por necia y desconfiada.

Decían que, cuando se enfrentaban la razón y el corazón, siempre había que seguir a este último, pues jamás nos traicionaba, ya que, por muchas armas que la razón esgrimiera, era la luz del corazón la que nos guiaba finalmente por el camino indicado. Y se valía de herramientas poderosas: las emociones, para guiarnos. Pues, si nos hacía sentir bien, era lo correcto; si nos hacía sentir mal, lo incorrecto. Así de fácil funcionaba y, pese a ello, lo ignorábamos borrachos de orgullo y de justificaciones.

Y mi aciago sentimiento de culpa era un claro indicativo de haber contravenido a mi corazón. Hice bien en enfrentarlo, lo errado había sido mi actitud condenatoria de antemano, dando peso a aquel informe, dando prioridad a la razón. Pero de nada valía ya reconocerlo, y, por lo que parecía, tampoco valía de nada intentar enmendarlo. Tan sólo me quedaba una esperanza, una que también era una condena en sí misma: el maldito tiempo, que se filtraba entre mis dedos como el agua de un arroyo helado y huidizo.

Una idea caló entre mis pesarosos pensamientos. Él había dicho que había vivido en Benicàssim con su familia, y que, al morir su hermano, sus padres se habían separado y marchado lejos. Pero quizá la casa familiar no la habrían vendido, quizá estuviera cerrada y desierta, y quizá, y sólo quizá, él estuviera escondido en ella.

Tecleé en el ordenador de la biblioteca mi clave para acceder a los

registros audiovisuales. En especial buscaba noticias del accidente en los diarios de la época. No fue difícil acceder a ellos.

Cuando vi el artículo en la pantalla con la fotografía en blanco y negro del coche estrellado, me quedé sin respiración. Había saltado la mediana dando vueltas de campana, quedando de medio lado en el arcén contrario, lo que explicaba la leyenda bajo la foto. El vehículo estaba destrozado. Se podían apreciar cristales rotos y manchas oscuras en mitad del asfalto, más allá se vislumbraba un cuerpo cubierto por una manta.

Sentí un regusto amargo en la garganta con la siguiente imagen. Un Luis muy joven entraba esposado en los juzgados, iba cabizbajo, con el cabello oscuro cubriéndole el rostro y los hombros hundidos, parecía apenas una sombra que vagaba ajeno a su entorno. El siguiente artículo en otro periódico reseñaba el intento de suicidio de Luis ya en prisión y su traslado a un centro psiquiátrico, el mismo donde yo había estado recluida. Comprobé las fechas y me estremecí. Habíamos estado internados en el mismo lugar, habíamos coincidido durante un corto período, pero en alas diferentes. Las mujeres estaban separadas de los hombres, como cabía esperar de un centro penitenciario. Dos almas rotas en pedazos y unidas por una brecha en nuestro subconsciente. Por un destino compartido, por un amor que saltaba de plano en plano como una piedra rebotando en un río, dejando ondas en su recorrido.

Suspiré con lágrimas en los ojos y un peso sepultando mi pecho. Necesitaba tanto abrazarlo que aquel anhelo desgarrado de impotencia me constreñía cortándome la respiración. «¿Dónde estás, Luis..., dónde?!»

Y, como si aquella lacerante urgencia lo hubiera invocado, en mi móvil vibró un mensaje suyo. Lo abrí apresurada y lo leí ansiosa.

No vayas a tu casa, te están esperando. Coge un taxi y que te deje en un centro comercial concurrido. Escabúllete y que te recoja Julia en algún punto. Refúgiate en su casa. Del resto me encargo yo. Pronto habrá acabado todo y podrás rehacer tu vida. Palabra de puma.

Resoplé angustiada y tecleé mi respuesta:

Quiero estar contigo, amor mío, sólo contigo. He logrado

contactar con Isabet y le he pasado toda la información que he
podido. Lo conseguiré. Por favor, Luis, perdóname, te creo, te
necesito, te amo. Ven a por mí.

Miré ansiosa la pantalla. Lo había leído, pero no respondía.
Tecleé de nuevo.

Por favor, Luis, te lo suplico, llévame contigo.

Solté el aire contenido al ver que escribía, aunque todo mi cuerpo se tensó
expectante.

No puedo llevarte a donde voy, pero sí puedo sacarte del
laberinto antes de irme.

Mis dedos volaban sobre el teclado.

No quiero salir si tú no me esperas fuera, no quiero vivir sin ti.

Me lo prometiste, respondió.

Te mentí.

Otra pausa. Contuve el aliento esperando su contestación.

Morí en aquel accidente, Elisa, este tiempo he vivido de
prestado. Quiero que sepas que el tiempo que he estado contigo
ha sido un regalo, que sólo en tus brazos he creído volver a la
vida. Pero ahora debes olvidarme o recordarme con cariño. No
voy a regresar.

No me hagas esto, joder.

Sollozaba desconsolada, las lágrimas enturbiaban mi visión. Me dolía el
alma.

Nada desearía más que poder volver a la vida, junto a ti, pero ya
es demasiado tarde. Ahora obedece, concédeme mi último

deseo. Deja que me redima contigo. Apenas tengo tiempo.

Deja que lo pase a tu lado, sea el que sea.

Te amo, Elisa, y lo seguiré haciendo, esté donde esté y vaya a donde vaya.

El incesante reguero de lágrimas caía a goterones sobre la pantalla. Mis sibilantes hipidos llamaron la atención de los pocos muchachos que se hallaban estudiando.

Ya no estaba en línea.

Gemí rota y dejé que los sollozos me sacudieran. No, me dije, y una mierda iba a rendirme. Si tenía que irse, si el plan no funcionaba, debía hacerlo en mis brazos, no solo, en algún maldito rincón.

Limpié la pantalla con la manga del jersey y marqué el número de Radio Taxi. Le haría caso en la primera sugerencia. Iría al centro comercial La Salera, ahí me mezclaría con la gente y después tomaría un bus hacia Benicàssim, a la antigua casa familiar de Luis.

* * *

Aquella casa era una villa pareada de dos plantas, forrada de ladrillo marrón con ventanas en aluminio blanco, situada en la zona de la Almadraba, en la playa del Torreón, tan cerca del rompeolas que se me partió el alma.

Estaba circundada por altas y prietas coníferas. La puerta principal, de chapa blanca, estaba cerrada y evidenciaba su deterioro. Como imaginaba, estaba abandonada. Luis debía de estar allí dentro, tenía que estar allí.

Debía encontrar el modo de entrar. Quizá pudiera trepar por aquel lado de la verja, donde había una farola cercana. Ya barajaba seriamente esa posibilidad cuando un hombre se acercó caminando por la acera, me miró curioso y se detuvo en la puerta de la villa. Para mi sorpresa, sacó un juego de llaves e introdujo una en la cerradura.

—Perdone, ¿es usted el propietario de esta casa?

Me acerqué enarbolando una sonrisa tímida.

—Sí, ¿quería algo?

—Me dijeron que estaba en venta y..., bueno, estaba interesada — improvisé reparando en el particular color de sus ojos y en lo familiares que me resultaron.

—La han informado mal, estuvo un tiempo arrendada, pero decidí instalarme de nuevo en ella.

Escruté aquel rostro, buscando entre las arrugas rasgos de Luis en él. Me sentí desfallecer.

—No será usted el señor Roig, ¿no?

El hombre, cercano a la setentena, me miró por encima de sus gafas de lectura y frunció el ceño desconfiado.

—Sí, soy yo. ¿Nos conocemos?

Giró la llave y la puerta se abrió.

—No, pero conozco a su hijo Luis, somos... amigos. Lo conocí hace poco en un concierto que dio, toca de maravilla la batería.

Su faz se descompuso en una mueca desencajada. Perdió el color y dejó caer el periódico que llevaba en la mano.

—¿Es... es una broma? —repuso atónito—. Porque, de ser así...

—¿No sabía que había vuelto?

La mirada del hombre se agrandó y su boca dejó escapar una sorprendente exhalación.

—¡Lárguese de inmediato o llamo a la policía! —amenazó con dureza.

Parpadeé confusa y alcé las manos para calmarlo.

—Por favor, quizá esté en un error, pero le prometo que no quiero disgustarlo.

—Mi hijo Luis se suicidó en el psiquiátrico, incapaz de soportar la culpa de haber matado accidentalmente a su hermano, hace ya diez años.

Fue como si me hubieran golpeado. Jadeé conmovida y trastabillé presa de un estupor abrumador.

—Es imposible, hace unos días estuve con él —repuse alterada.

El hombre me miró dolido, pero preocupado por mi reacción.

—Señorita, creo que se equivoca de persona. Quizá le han gastado una broma de mal gusto. ¿Quiere pasar y le muestro una foto de Luis?

—Sí, por favor —respondí trémula.

Atravesé aquella puerta de entrada con el corazón en un puño y recorrí el pasillo flanqueado por macetas asaltada por el deseo de girarme y dar media vuelta a cada paso que daba hacia el interior.

Cuando el hombre abrió la puerta de la vivienda, mi sensación de ahogo era tal que comencé a hiperventilar.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Forcé una sonrisa extraña y asentí.

Me condujo hacia el salón. A través de unas puertas acristaladas asomaba un porche cubierto que daba a un hermoso jardín. El hombre comenzó a hablar mientras se despojaba de su chaquetón y lo colgaba en el respaldo de una silla. Pero no escuché ni una palabra. Una inclemente ráfaga de preguntas me acribillaba sin cesar. «¿Quién eres, maldita sea?», me dije conteniendo las lágrimas a duras penas. Y la respuesta era tan dolorosa que, a pesar de apartarla a manotazos, no se retiraba. Evidentemente, era un peón, alguien que ejecutaba un papel, el cebo que sabían que yo seguiría, adoptando el rol de un chico atormentado, con un pasado similar al mío. Un tipo guapo, interesante, inteligente y atractivo. Alguien muy capaz de cautivar y engatusar a una solterona cerrada al mundo. Pero, maldita sea, ¿y Dragut? Yo lo había visto en mis visiones, y era exacto a él. Dios, ¿qué estaba pasando?

Comencé a marearme. Un malestar opresivo se instaló ominoso en la boca de mi estómago. Sin ser invitada, me senté en el sillón de orejas que se hallaba esquinado en una zona de lectura junto al ventanal.

El hombre caminó hacia el mueble del salón, cogió una fotografía enmarcada y se dirigió hacia mí.

—Éste es Luis.

Me tendió la foto y yo la tomé. Respiré hondo antes de atreverme a mirarla.

Era él.

Mucho más joven, igual de atractivo, con esa mirada pícaro que traspasaba el papel y esa sonrisa capaz de gelatinizar rodillas y arrancar suspiros.

Y entonces sí que fui incapaz de hallar explicación alguna a aquello.

—No es el mismo chico, ¿verdad?

Cerré los ojos un fugaz instante intentando recomponerme, sabiendo que no debía perturbar la paz de aquel hombre. No hasta averiguar qué demonios estaba pasando.

—No, no es él —articulé en apenas un susurro.

El hombre me miró compasivo, aunque todavía con el ceño fruncido.

—No entiendo qué tiene de gracioso mofarse así de una chica tan guapa, con una broma de tan mal gusto y tan hiriente.

—Le aseguro que exigiré explicaciones, lamento profundamente haberlo molestado.

Me puse en pie dispuesta a marcharme. Sobre la mesita de lectura reparé en otra foto, esta vez familiar.

Los padres de Luis y él y su hermano pequeño en la playa, bronceados y felices.

—¿Dónde está ella? —pregunté curiosa.

El hombre suspiró quedo y apretó los labios ligeramente. En su expresión nostálgica reconocí el gesto en Luis.

—Nos separamos poco después de aquello. Se casó de nuevo, y ahora vive en el extranjero. Huye del dolor, yo también lo hacía, hasta que este mismo año decidí regresar y enfrentarlo. El pasado puede ser atrozmente doloroso, no obstante, forma parte de nuestra identidad, negarlo es negarnos a nosotros mismos.

Estuve a punto de decirle que su hijo supuestamente muerto tenía una teoría parecida acerca de enfrentar demonios.

De pronto, se me ocurrió algo.

—¿Dónde está enterrado?

—Fue incinerado, está en el cementerio de Benicàssim.

—Le agradezco su amabilidad y reitero mis disculpas.

—No se preocupe, no hay día que no los recuerde.

Asentí.

El padre de Luis me acompañó a la puerta y me despidió con una sonrisa comprensiva y una mirada cálida.

—¿Seguro que se encuentra bien? Se ha quedado lívida.

—Impactada, sí, pero estoy bien, gracias.

—Comprendo. Siento más que nadie su desengaño, ojalá hubiera podido presentarle a mi hijo en persona en lugar de su foto.

Asentí de nuevo, violenta y extraña, con un remolino de emociones centrifugando en mi interior y amenazando con tragarme.

* * *

El taxi me dejó en casa de Julia.

Durante el trayecto, había tecleado un nuevo mensaje para Luis.

He conocido a tu padre esta tarde. Te cree muerto. ¿Qué está pasando?

No recibí ninguna respuesta, hasta que llamé al timbre.

Lo estoy.

¿Dónde estás?

Julia abrió la puerta y yo guardé el móvil en el bolso.

—No sé qué te pasa últimamente cuando te abro, pero pareces un fantasma.

—Hace un frío del carajo —repliqué frotándome los brazos.

—Anda, pasa, no te esperaba a cenar. Tengo un invitado, espero que no te moleste. Incluso creo que te vendrá bien.

La miré intrigada, dejé mi bolso y el abrigo en el perchero del recibidor y la seguí hasta su salón.

Me detuve en el umbral, completamente atónita.

Félix Ramos me sonrió alzando una copa de vino. Abrí la boca con estupor y miré a Julia como si la viera por primera vez.

—¿Qué... qué significa esto?

—Estamos trabajando en un caso nuevo. Vino a entregarme unos informes, lo invité a cenar y aceptó. Nada más —respondió Julia con una inocente sonrisa, encogiéndose de hombros.

—¿Qué tal te encuentras, Elisa? Ya sabes que tenemos pendiente otra sesión.

A pesar de la sonrisa de mi amiga, había algo extraño en su semblante, una leve tirantez que trataba de ocultar y que yo nunca le había visto.

Caminé lentamente hacia la mesa y tomé asiento frente a Félix. Julia comenzó a revolver la ensalada con excesiva agitación. Cuando me sirvió, detecté un levísimo temblor en sus manos. También reparé en que, para no esperarme, había dispuesto tres servicios sobre la mesa, para tres comensales.

Miré directamente a Félix con semblante torvo, debatiéndome entre escapar o enfrentarlo. En aquel momento, masticaba un trozo de tomate aliñado mientras asentía con la cabeza.

—Deliciosa, Julia.

De inmediato escruté el rostro de mi amiga, que sonrió tensa y evitó mi mirada, centrándose en revolver la lechuga de su plato.

—¿Dónde está Luis?

Lancé aquella pregunta al doctor Ramos, acompañándola de una mirada penetrante y un gesto determinado.

El hombre se ajustó las gafas y frunció el ceño, suavizando su expresión con una sonrisa condescendiente que crispó todavía más mis nervios.

—¿Luis? No sé a quién te refieres.

Respiré hondo apelando al más recóndito asidero de serenidad que pude encontrar.

—Luis Roig, tu otra cobaya —aclaré sin despegar mis ojos de los suyos.

Compuso una mueca sorprendida, pero sin perder aquella sempiterna sonrisa pintada en su rostro.

—Luis Roig..., mmm... —repitió simulando un intento por recordar bastante penoso—. Tuve un paciente con ese nombre hace ya muchos años, diez creo. Pero, por desgracia, se suicidó en el centro.

Me puse en pie, impulsando la silla con violencia hacia atrás.

—¡Mientes! —grité rabiosa.

Me volví hacia Julia y la taladré con la mirada.

—Dile que miente —le pedí con voz grave—. Luis es el hombre que amo, y que tú también conoces y aprecias. ¡Díselo!

El titubeo en la temblorosa boca de Julia me sacó de mis casillas.

—Te ha amenazado este miserable, ¿no es así?

Apoyé las palmas de las manos sobre el mantel y me incliné hacia Félix con expresión feroz.

—Lo sé todo, malnacido. Toda la confabulación urdida con tu hermano Martín para demostrar vuestra teoría científica. Usándonos a Luis y a mí como cobayas... —Agarré la perla de cuarzo en mi mano y la encerré en ella—. Dejaré que indagues en mi mente si me llevas ante Luis. Te mostraré el mundo de Isabet, si es lo que tanto deseas, pero llévame con él.

—Luis murió, podría enseñarte su informe archivado con la fecha de su muerte y su historial —repitió dibujando en su rostro estupor y compasión—. Y no sé de lo que me hablas.

—¡Y una mierda! —exclamé fuera de mí, restallando las palmas en el tablero de la mesa. Los platos tintinearón y las copas se volcaron, derramando su contenido.

Ladeé la cabeza hacia Julia, que me observaba completamente angustiada.

—Elisa, cielo, por favor, cálmate.

—¡Dile que Luis está vivo!

Se mordió el labio inferior llorosa y negó con la cabeza.

—¡Joder! Esto no puede estar ocurriendo...

Me pasé las manos por el pelo estirándolo hacia atrás, buscando en ese simple gesto la frialdad que necesitaba para rebatir las mentiras de aquel maldito hombre.

—Acabo de recibir un mensaje suyo.

Me levanté para ir a la entrada a por mi bolso.

Julia me siguió.

—¿Qué está pasando? —susurré ansiosa—. ¿Qué demonios está ocurriendo?

Rebusqué en mi bolso y saqué el móvil.

—Desde el accidente, has ido a peor. Sólo queremos ayudarte —murmuró con voz estrangulada y gesto contrito.

Agrandé la mirada y me llevé la mano al pecho.

—No..., dime que tú no estás metida en esto —supliqué.

»Por Dios, si Luis te encanta, si estabas ilusionada sabiendo que me había enamorado de él, si...

Julia comenzó a llorar.

Se cubrió el rostro con una mano para sofocar los sollozos y empezó a negar con la cabeza mientras alzaba la otra como si me pidiera tiempo para recomponerse.

—Julia...

El dolor que reflejaba su rostro me rompía en dos.

Unos pasos procedentes del pasillo captaron mi atención.

Una figura alta se recortó en la penumbra, acercándose hacia nosotras.

Mi corazón se aceleró.

El rostro de Simón se definió con la luz del recibidor.

Retrocedí hacia la puerta y, sin volverme hacia ella, tanteé la manija e intenté abrirla. Estaba cerrada.

—Exijo saber qué está pasando —musité angustiada.

Del comedor asomó Félix Ramos y otro hombre que no conocía.

Me sentí acorralada. Miré a mi alrededor en busca de alguna salida.

—Tranquila, Elisa, sólo queremos tu bien.

—¡Apartaos de mí! —grité.

Cogí un jarrón de cristal de la mesa de la entrada, lo rompí contra el borde y lo enarbolé por su parte más puntiaguda.

Julia profirió un gemido estrangulado y retrocedió. En cambio, Simón continuó avanzando hacia mí.

—Luis sólo existe en tu imaginación. Lo conociste en aquel centro, os cruzabais en terapia, y quizá fue ahí donde os enamorasteis —comenzó con voz pausada y serena—. Pero él se suicidó poco después, tuvo una nueva crisis, la culpa lo mató. Y tú... tú también lo intentaste al enterarte.

—¡Todo esto es una maldita trampa! —chillé impotente.

Miré a Julia buscando su apoyo, pero el dolor de la mujer se me clavaba en el pecho con más inquina que las palabras de Simón.

—Logramos salvarte —continuó él—, pero entonces comenzaste a tener visiones extrañas. Te inventaste otra vida, en otro tiempo, para poder huir de la tuya. No obstante, esa existencia también era compleja y dura. Era como si

también necesitaras castigarte en ella, como si un tormento en vida no fuera ya suficiente. Entonces, pensamos que sólo había un camino para tu recuperación —hizo una pausa y miró a los presentes con evidente complicidad—: el olvido.

—Y fue así como yo logré borrar de tu mente todo lo negativo —intervino Félix Ramos—. Evidentemente, para continuar con tu existencia, y puesto que los papeles oficiales no pueden quemarse y queríamos que reanudaras una vida más o menos normal, mantuve en tus recuerdos vagamente lo que ocurrió en tu infancia y tu adolescencia. Pero conseguí eliminar los recuerdos más duros y, por supuesto, a Luis y tus visiones sobre esa otra vida inventada. Con tu mente reprogramada y una minuciosa terapia, saliste al mundo de la mano de Julia. Todo fue bien, hasta que aquel día un hombre muy parecido a Luis hizo que todo se tambalease.

Yo abría y cerraba la boca estupefacta. Sentía cómo el pánico cristalizaba la sangre en mis venas, arañándolas.

—No..., no... Nooo... Todo es una repugnante mentira —gemí con el pulso golpeando violentamente mi sien.

Abrí la aplicación de mensajería buscando los últimos mensajes de Luis, pero no los encontré. De hecho, no tenía ningún número guardado con ese nombre. Sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

—Y, quizá porque andabas ya alterada con aquel asombroso parecido, cruzaste la calle sin mirar y, como si los malditos astros se hubieran alineado en tu contra, un coche te arrolló.

Negué con la cabeza y me ceñí a la puerta. De mi garganta emergieron sonidos extraños que no reconocí como sollozos ni como lamentos, eran simples jadeos entrecortados y sibilantes.

—El traumatismo craneal que sufriste desmoronó todo mi trabajo contigo —prosiguió Ramos—, y no sólo eso: los demonios que oculté emergieron mucho más feroces y titánicos. Reaparecieron las visiones y tu mente trazó una rocambolesca voltereta para, además, justificarlo todo de manera que encajara a la perfección en una admirable obra de ingeniería mental. La estructura de tu cerebro debió de sufrir con la lesión una inaudita iluminación de verdadera genialidad. Luis e Isabet formaban ahora parte de toda la confabulación. Los

habías unido de manera sublime en un mismo delirio. Todo, Elisa, es producto de tu mente, Luis sólo vive ahí. Pero en un destello de lucidez, quizá como una anilla de emergencia, además, creaste en él una enfermedad terminal, porque en lo más profundo de tu subconsciente tu mente enferma deseaba curarse. Tu esquizofrenia paranoide paradójicamente clamaba ayuda creando asideros de cordura para salir del abismo donde te retiene. Tu caso es único en el mundo, Elisa.

Me deslicé hasta el suelo hasta caer sentada y me abracé las rodillas. Esta vez supe que lloraba porque sentía la humedad en mi rostro.

—No..., todo es mentira —gemí sepultada por el horror, la angustia y un dolor tan atroz que apenas si podía respirar.

—Al principio, decidimos seguirte el juego, queríamos ver hasta dónde eras capaz de llegar tú sola. Confiando en que tiraras de ese asidero de emergencia, y con la ficticia muerte de un Luis que sólo existía en tu imaginación, quizá pudieras regresar a la cordura, y a tu vida normal, asimilando la experiencia que creías real como algo extraño pero soportable. Sin embargo, cuando comenzaste a autolesionarte, a sufrir delirios, y destrozaste tu apartamento, entonces comprendimos que tú sola no podías con aquello. Se había sobredimensionado tanto que estaba totalmente fuera de control. Así que decidimos intervenir. Y el único modo de volver a ayudarte es borrar de nuevo tu memoria con la hipnosis, retomar la medicación y rezar para que puedas finalmente volver a reinsertarte en la sociedad.

Cerré los ojos con fuerza cuando una punzada atravesó mi pecho con un nombre que me rasgaba por dentro.

—¡Luiiis...! ¡Luiiis...! —exclamé agónica.

Aquello no podía ser cierto. Todavía ardían en mi cuerpo sus caricias, todavía mi boca conservaba su sabor, todavía mi corazón vibraba con su recuerdo. Aún tenía su olor impreso en mi piel, sus miradas grabadas en mi alma. Su presencia era tan rotunda, incluso sin estar a mi lado, que cerré los oídos a aquellas perversas palabras.

De pronto, un familiar y regular sonido captó mi atención.

Clap..., clap..., clap...

Lo reconocí al instante, y todos mis sentidos saltaron alarmados. Era el

metrónomo.

Cuando Félix Ramos y Simón comenzaron a acercarse, me puse en pie y los amenacé con el afilado fragmento de cristal.

Se detuvieron y se miraron conspiradores.

No obstante, fue Julia quien se acercó con los brazos abiertos y una expresión tan tierna y compungida que derribó todas mis defensas.

—Ven conmigo, nadie va a hacerte daño, yo no lo permitiría. Ya sabes lo mucho que te quiero, cariño mío. Ven.

Extendió los brazos y yo dejé escapar un largo y roto sollozo. Solté el cristal y me lancé a los brazos de Julia. Me acogió en ellos y sollozó conmigo. Acarició mi cabello y mi espalda, y yo hundí el rostro en su hombro.

Cuando alcé la mirada apareció ante mí el disco hipnoidal... Comenzó a girar, atrapando mi dolor, mi pena, mi pánico y mi confusión..., y como el agua aspirada por un desagüe, me dejé llevar al vórtice de aquel remolino giratorio, en busca tan sólo de paz...

CAPÍTULO 45

UNA NOTA MISTERIOSA

Benicàssim, mayo de 2019

Adoraba pasear por la playa, por una en particular.

Tras acabar mi turno en la biblioteca, y si Julia no me raptaba con algunos de sus planes, solía escaparme al paseo marítimo de la playa del Torreón y caminaba por el simple placer de ser acariciada por la brisa del mar y por la serena belleza de aquel lugar. Por alguna razón sentía una especial atracción por el rompeolas, y por el parquecillo que colindaba con la torre de San Vicente.

Había transcurrido un año ya desde el desafortunado atropello. Un año ya desde que había encontrado aquel libro en la biblioteca, un extraño libro sobre Barbarroja que alguien se había dejado olvidado. Y un año ya con la sensación de estar siendo vigilada por alguien, hasta que, poco tiempo atrás, esa sensación se había convertido en un hecho. ¿Tendrían relación ambas cosas? ¿Sería importante ese libro? Había buscado al autor en el registro digital del ordenador del centro, pero no había encontrado nada sobre él. No había publicado nada, ese libro lo habría mandado confeccionar en alguna imprenta de confianza.

En realidad, parecía un libro antiguo. Tapa dura y robusta de color rojo,

grabados en oro y lomo cosido artesanalmente, como un hermoso códice.

Versaba sobre las hazañas del corsario Barbarroja, y lo que más había llamado mi atención había sido la ilustración del pirata en cuestión. Un hombre gallardo y fiero, con una mirada aviesa y penetrante que debió de inspirar un terror atroz. Eso y la forma en que estaba narrado, como si el autor hubiera vivido en primera persona la época y los acontecimientos que describía.

Me detuve junto al murete que separaba la playa del paseo, me senté y me descalcé. A aquella hora de la tarde la arena ya estaba fría y su sedoso tacto suponía toda una tentación para mis pies.

Los enterré en ella y, tras suspirar placentera, tomé mis zapatos y comencé a acercarme a la orilla. No me había pasado desapercibido el detalle de que, al tiempo que yo me detenía, otro hombre lo hacía unos metros por detrás. A pesar de que había grupos de gente paseando indolentes, sólo él se había detenido al tiempo que yo, y al igual que yo ahora avanzaba, él también lo hacía.

Esa sombra llevaba tiempo siguiéndome, y ya era hora de averiguar quién era y qué buscaba de mí.

Llegué a la orilla y dejé que moribundas y espumosas olas lamieran mis pies. Miré al frente, donde el sol incendiaba el horizonte con cobre fundido, decidida a remolonear ociosa; de ese modo comprobaría si aquel hombre se marchaba o si, por el contrario, en efecto me seguía. En el segundo caso, pensaba enfrentarlo, amenazándolo con denunciarlo a la policía.

Caminar descalza por la playa era un goce para los sentidos.

Sentir en la planta de los pies la tersa arena y el vaivén del agua en movimiento me conectaba con la Madre Tierra. Casi podía sentir el imperceptible zumbido de su latir, ese pulso vibrante que notaba ascender desde mis pies atravesando todo mi cuerpo, llenándolo de una energía mística que elevaba el espíritu. Si me concentraba lo suficiente, incluso podía oír su susurro.

De cara al mar, cerré los ojos y alcé la barbilla. El arrullo de las olas, el siseo de la brisa y la caricia de un sol mortecino impregnaron mi ser de la serenidad que había ido a buscar. Y, a pesar de saberme observada, logré

disfrutar de aquel hermoso atardecer.

Cuando los abrí, la mezcla de colores del subyugador ocaso prendió mis sentidos. Entre el profundo añil de una noche temprana y el cobre de un día moribundo, se entremezclaban guedejas rosadas, azules y doradas que incendiaban el cielo pintando un lienzo de belleza sobrecogedora.

Gradualmente, esa explosión de colores se apagaría cubierta por el oscuro manto de una noche tachonada de minúsculas perlas, en la que se alzaría la luna para derramar su plata sobre aquel mar espejado. Y entonces yo sentiría su llamada. Pues aquel sendero de nácar ejercía un atrayente influjo sobre mí, instándome a recorrerlo. Resultaba tan tentador perderse en aquel mágico confín, en esa unión del cielo y el mar, asomarse incluso a la cara oculta de la luna... Solía fantasear con aquello, con un mundo más allá de aquel subyugador horizonte, un mundo en el que yo fuera otra persona y mi vida fuera fascinante y maravillosa. ¿Y si la luna era la puerta a aquel mundo? Una esfera de plata refulgente que se pudiera atravesar llevándonos a un lugar donde todos los sueños pudieran cumplirse con tan sólo soñarlos. Aquel pensamiento dibujaba en mis labios una sonrisa inocente y esperanzada y, al final, un suspiro resignado la borraba. No obstante, ese deseo latente en lo más profundo de mí ser era quizá la llama más viva de mi anodina existencia.

Sumida en mis ensoñadoras reflexiones, la noche me cubrió con su manto, y esa luna que tanto me atraía ya asomaba su curvilínea figura, bostezando entre hilachos de nubes desvaídas.

Miré de soslayo hacia el paseo, comprobando que apenas quedaban viandantes en él. Sin embargo, aquel hombre permanecía sentado en un banco, simulando entretenerse con el móvil, dando la impresión de estar esperando a alguien.

Comencé a caminar por la orilla, esta vez a buen paso. Con el rabillo del ojo detecté que él caminaba en la misma dirección que yo.

Llegué al Complejo Pilar Coloma, y, sin salir de la playa, continué mi paseo rumbo al hotel Vóramar, un encantador y precioso hospedaje a pie de playa. No pensaba llegar hasta él, sino dar media vuelta y regresar a la torre de San Vicente, donde se encontraba la estación de autobuses.

Aspiré el embriagador aire salobre y me puse la chaqueta que llevaba

atada a las caderas. A medida que avanzaba, el paseo estaba más solitario. Finalmente, decidí salir de la playa y, sentada en el murete que la separaba de la avenida peatonal, sacudí la arena de mis pies y me puse los zapatos. Aquella pausa resaltó la intención de mi perseguidor, pues también se detuvo, fingiendo teclear en su teléfono.

Estábamos casi a la misma altura, y entonces decidí que ése era el momento que había estado esperando. Avancé inesperadamente rápido hacia él, que, por fortuna para mí, me daba la espalda, y me interpuse en su camino, encarándolo.

El hombre abrió con asombro los ojos y bajó el teléfono sin saber cómo reaccionar.

—¿Por qué me está siguiendo?

—¿Disculpe? Yo no la estoy siguiendo —respondió ceñudo.

—Lo hace, y quiero saber el motivo.

—Está confundida, se lo aseguro —insistió nervioso.

—Sólo le diré que, si vuelvo a verlo cerca de mí, llamaré a la policía.

—Benicàssim no es muy grande, ¿sabe? —replicó contrariado—. Es fácil que volvamos a vernos, y eso no implica que la esté siguiendo, por Dios. Coincidir en un lugar y acosar son dos cosas muy diferentes. Y ahora déjeme tranquilo y siga su camino.

El hombre echó a andar rumbo a la playa de Voramar, quizá pensando que yo continuaría mi paseo. Pero yo tomé la dirección opuesta y me dirigí a buen paso hacia la estación de autobuses, como tenía pensado. Volví la cabeza hacia atrás para encontrar la mirada desconcertada del hombre. «Conque no me sigues, ¿eh?», pensé irritada. ¿Qué demonios querría de mí?

Aceleré el paso y fui volviéndome de vez en cuando, pero ya no lo divisaba. Bien, al menos ese día lo había espantado. No obstante, no pude dejar de preocuparme por aquello. Por alguna razón, mis instintos más primarios me alertaban sobre él, y no sólo eso, sino que una vocecilla interna me susurraba que algo grave se escondía tras aquella sempiterna vigilancia. Pero... ¿qué? Tampoco hallaba el modo de poder descubrirlo, así pues, sólo restaba esperar a que diera la cara, fuera lo que fuese.

Llegué a la estación y, por suerte, no tuve que esperar mucho el autobús a

Oropesa. Cuando me subí, miré al exterior, atenta a las personas que deambulaban por allí. No lo localicé.

Respiré hondo, reposé la cabeza en el asiento y cerré los ojos. Llevaba varios días durmiendo mal. Últimamente soñaba más de lo habitual, o al menos lo recordaba más. Y eran sueños tan extraños e inconexos que no lograba encontrarles ningún sentido. A veces soñaba con un hombre en una moto, no conseguía distinguir bien su rostro, pero sí el color de sus ojos. Se acercaba a mí y me tendía la mano. Pero, en lugar de hablar, emitía ruidos extraños, como los de un depredador, y entonces sus difusos rasgos se transformaban en los de un puma. Yo me asustaba y huía despavorida, pero sentía que me perseguía y yo corría hasta desfallecer. Luego estaba el otro sueño. En él, veía el horizonte desde una costa que conocía cercana a la torre del Rey, pero no había más que aquel elemento que me situaba, pues no veía edificios cerca, ni estaba el faro, ni la carretera, nada. Sólo la torre sobre la colina. Otro rasgo extraño era que miraba al mar, hacia las islas Columbretes, como esperando algo. Y, justo cuando parecía atisbar un barco y mi corazón saltaba jubiloso, unas manos me empujaban al vacío y yo caía al agua. Y entonces despertaba jadeante y asustada.

Quizá debería comentárselo al doctor Ramos, quien se había convertido en algo así como mi padre confesor. Manteníamos una buena relación paciente-médico, y aunque hacía mucho que me había dado el alta, su fraternal preocupación por mí lo había convertido en una especie de consejero en cuanto a situaciones que me perturbaran más de la cuenta. Julia también estaba constantemente pendiente de mí, su atención, su cariño y su preocupación la convertían en la madre que había perdido hacía tanto. De alguna extraña manera, la vida me había procurado una especie de familia que cuidaba de mí.

Y luego estaba Simón, el cirujano que me había operado y salvado la vida, y que ahora era mi pareja. No sabía muy bien cómo había ocurrido, pero su persistencia había dado sus frutos. Era un hombre atento, dulce y cariñoso que estaba completamente entregado a mí. Apenas llevábamos tres meses de relación, pero Simón parecía tener muy claro lo que sentía por mí. Yo no lo tenía tan claro, pero había decidido dar el paso de intentarlo. Algo que, en sí, ya era toda una proeza en mi vida. Era como saltar al vacío, como en ese

sueño, sólo que aún no sabía si había agua que me acogiera o piedra que me rompiera. Y, en el supuesto y esperanzador caso de que hubiera agua, ¿sabría yo nadar?

Bueno, por ahora me encontraba en pleno salto, todavía disfrutando de esa alocada ingravidez, intentando disfrutar de la sensación sin pensar demasiado en las consecuencias. Podría salir bien o mal, pero arriesgarme a dar ese paso me catapultaba de un empujón a esa sociedad de la que durante tantos años me había escondido.

No sé en qué momento mis cabeceos durante el trayecto me llevaron a un estado de somnolienta vigía. A intervalos dormitaba para, de repente, abrir los ojos en completo estado de alerta, comprobar que todo estaba bien y volver a dejarme llevar por el sopor. En uno de esos lapsos de relajación profunda, oí una voz femenina que me llamaba. Me agité en el asiento, pero fui incapaz de abrir los ojos. Aquella voz, tan mía y tan peculiar al mismo tiempo, intentaba hablarme. Yo no lograba entenderla, sólo una palabra osciló basculante en mi mente, negándose a desaparecer. Incluso pareció rielar entre las sombras de mi conciencia, como una marquesina titilante en una oscura noche neblinosa.

Perla...

Y no sólo apareció la palabra como tal, sino que también se me dibujó una perla de cristal transparente que reflejaba dos mundos invertidos. En ambos aparecía una costa rocosa: en el de abajo se distinguía una flota de galeras; en el de arriba, un faro y puestos de pesca. Dos mundos, un mismo escenario.

El brusco ronroneo del motor me sacó de aquella singular ensoñación. Parpadeé todavía turbada, viendo en mi mente aquel peculiar objeto.

Había llegado a Oropesa.

Bajé del bus y tomé un taxi en dirección a casa. De nuevo tuve la sensación de estar siendo observada. Volví la cabeza, pero me fue imposible distinguir al conductor del coche que tenía detrás.

Mi lado más racional me impelía a olvidar aquella descabellada idea, peligrosamente paranoica, por otra parte, de que me seguían. ¿Quién iba a tener algún tipo de interés en una simple bibliotecaria? No obstante, mi maldita intuición se empeñaba tercamente en fijarla en mi cabeza. Debía comentarle eso a Félix, me dije. Esa condenada manía persecutoria, además de

tenerme intranquila, podía terminar por obsesionarme demasiado. Aun así, ¿cómo diablos estrangulaba aquel instinto?

El vehículo me dejó en la plaza de la Iglesia, frente a mi puerta. Pagué al taxista y bajé. Sin embargo, no me apetecía encerrarme en casa, y decidí sentarme en uno de los bancos frente a ella. Necesitaba aire fresco y reflexionar sobre la insistencia pertinaz de aquel objeto todavía pendiendo en mi mente. ¿Qué era esa perla? Quizá yo la había visto en algún lado, me había llamado la atención y mi mente la había retenido. Llevé la mano a mi pecho y lo palpé como si esperara encontrarla en él.

Era todo tan... extraño.

Un hombre apareció por la esquina de la capilla de la Virgen de la Paciencia, procedente de la calle Horno, y se plantó frente a mi puerta. Llevaba una cazadora de piel negra y unos vaqueros rotos. Estaba de espaldas a mí y retrocedió unos pasos para atisbar con más perspectiva el piso superior, quizá buscando luz en él. Me tensé, pero fui incapaz de moverme. Si aquel hombre se volvía, me vería sentada en la penumbra del banco.

Permaneció un rato contemplando la fachada de mi casa. Un par de veces se pasó las manos por su espeso y revuelto cabello negro. Mi corazón se agitó y no supe discernir por qué. Tampoco supe por qué no sentía miedo. Y, aunque no le veía el rostro, desde luego no era el hombre al que había hecho frente en Benicàssim. ¿Quién sería? ¿Qué hacía espionando mi casa? ¿Sería un ladrón que se estaba asegurando de que su objetivo estuviera despejado?

Se metió las manos en los bolsillos de su cazadora, pareciendo debatirse entre su próximo movimiento. Finalmente, se acercó a la puerta, sacó algo de un bolsillo, miró a ambos lados, pero no tras él, se agachó y metió algo por debajo.

Tras eso, se puso en pie raudo y desapareció calle arriba. Ya me levantaba cuando un sonido licuó mi pecho con una emoción tan intensa como desazonadora. Era el rugido ronco e irregular de una moto. El petardeo hosco y áspero del motor paralizó mi sangre y elevó mi estómago con un cosquilleo que no recordaba haber sentido nunca antes. Me senté de nuevo, intentando mimetizarme con los listones de madera de aquel banco. Y entonces lo vi subido a aquella moto, una potente Harley negra.

Pasó frente a mí, rodeando la plaza para descender calle abajo. Aquella imagen me golpeó con fuerza, desbocando mi corazón. Sentí un nudo en la garganta, agolpándose en ella unas terribles ganas de llorar. No comprendía qué me estaba ocurriendo. Aquel remolino de emociones no era habitual en mí. Cuando el sonido bronco de la moto se perdió en la lejanía, proferí un quebrado gemido y las lágrimas brotaron. Y aquello sí que me asustó.

De repente, reparó en mí y frenó su Harley, deteniéndola.

Levantó la visera de su casco y sus rasgados ojos verdes se clavaron en mí buscando algo que no supe discernir, quizá una respuesta por mi parte.

Mi cuerpo reaccionó ante su cercanía con tal virulencia que me faltó el aliento. Comencé a respirar agitadamente, su intensidad secaba mi garganta.

—¿Te resulto familiar?

Dios, su voz era... era oscura, densa, grave y rasgada. Me estremecí. Un inaudito foco de calor floreció abrasador entre mis piernas.

—Sí —confesé—, pero no te conozco, te recordaría.

Sus ojos se oscurecieron un instante y su gesto se endureció. Pude ver cómo la tormenta se adueñaba de él. Una tormenta que aumentó el irresistible magnetismo animal que desprendía.

Pareció evaluarme un breve instante, o quizá luchaba contra sí mismo, por la feroz expresión contenida que tensaba su rictus. Frunció el ceño, se desprendió del casco, que colgó apremiante del manillar, y se bajó de la moto.

Contuve el aliento cuando se acercó a mí. Me puse en pie alerta y, antes de que pudiera predecir lo que veía en sus ojos, enlazó mi cintura con un brazo ciñéndome a su cuerpo y con la otra mano apresó mi mentón. Su aliento acariciaba mi boca, su penetrante mirada me dejaba sin respiración. Mis latidos se desbocaron cuando sus labios rozaron los míos.

—Creo que necesito refrescarte la memoria.

Su boca cayó sobre la mía como cae el granizo sobre un trigal, arrasándolo. Me sentí en el mismo centro de un tornado. Mi sangre se convirtió en fuego líquido y mis huesos se calcinaron ante aquel abrupto fognazo de pasión. No sentía mi cuerpo, fue como si me elevara, como si todos mis sentidos despuntaran al unísono, desprendiéndome de mi envoltura terrenal. Flotaba entre sus brazos, respondiendo al beso con la misma

desesperación que él derramaba en mi boca.

Cuando se apartó de mí, gemí contrariada, mordiéndome el labio inferior, todavía hambrienta de su sabor. Cerró los ojos y su gesto se contrajo sufrido, apelando a su control. Aquella reacción me sobrecogió tanto como la mía.

Apretó los puños, oprimió los labios contenido y se dio la vuelta.

Se puso el casco, montó a horcajadas en su Harley, destrabó la pata de cabra con rudeza y arrancó el motor. Desapareció calle abajo, dejándome temblorosa y confusa.

¿Qué me estaba ocurriendo?

¿Por qué aquel hombre había desatado aquella incomprensible vorágine emocional en mi interior?

¿Quién demonios era?

Y, lo más aterrador, ¿quién demonios era yo, que no sólo permitía que un desconocido me besara, sino que le respondía como si aquello fuera habitual en mí?

Las respuestas quizá descansaran bajo el umbral de mi puerta.

Me apresuré hasta mi casa. Abrí temblorosa y miré hacia el suelo.

Allí estaba aquella nota.

Entré y cerré tras de mí. Respiré hondo y me agaché para recogerla.

La desdoblé lentamente con dedos trémulos y leí su contenido:

Soy el autor del libro que tienes en tu casa sobre Barbarroja, lo dejé en la biblioteca intencionadamente para que te lo quedaras. En la página 11, línea 11, hay un párrafo para ti. En la página 22, palabra 22, está la ubicación. En la página 33, párrafo 3, lo que debes hacer.

Parpadeé confusa y fruncí el ceño intrigada.

Avancé presurosa hasta mi salón, me dirigí a la atiborrada estantería de mi rincón de lectura y saqué el libro de Barbarroja. Me senté con él a la mesa de mi ordenador, cogí mi bloc de notas, mi pluma, y abrí el libro.

«Bien, veamos...» Apunté en el cuaderno: «Página 11, línea 11, frase para mí».

Comencé a contar líneas resiguiéndolas con la yema del índice hasta llegar

a la indicada: «Y al pie de aquel peñasco la vi, con su rizada, larga y oscura melena ondeando tras ella. Con sus ropas batidas por el viento modelando sus voluptuosas formas. Con sus grandes ojos negros mirando temerosos nuestro desembarco, sin saber que, al posarlos sobre mí, el conquistador quedó cautivo, que su aviso fue mi perdición y que mi lucha no fue invadir, sino evitar ser invadido. Aquélla fue mi primera gran derrota».

Sentí un vuelco en el estómago mientras copiaba aquel párrafo que comenzaba en la línea 11. Acto seguido, pasé las páginas hasta detenerme en la 22. Impaciente, empecé a contar palabras...

«Torre del Rey.»

Aquélla era la palabra 22, palabras, en realidad. La ubicación.

Tragué saliva y busqué ansiosa la siguiente pista.

Página 33..., párrafo 3...

«Una perla de agua está atrapada en la atalaya de una torre, su marca horada la piedra que mira al mar. Aguarda paciente un pecho que la cobije, para la verdad poder así mostrar.»

Terminé de copiar. Y permanecí un largo instante releendo aquellos tres textos. La perla... Todavía vagaba en mi mente aquel objeto tan singular. Y, sobrecogedoramente, aquel desconocido, la mencionaba, instándome a encontrarla.

Resultaba todo tan perturbador, tan surrealista, que comencé a preguntarme si no sería producto de mi imaginación. Demasiada coincidencia que aquella bola de cristal apareciera en mi mente al tiempo que aquel tipo extraño. Nada tenía sentido. Y no hallar una explicación lógica y racional me hacía temer una recaída. Según me había contado Julia, tras el accidente, había comenzado a tener extrañas visiones, y el doctor Ramos había tenido que volver a tratarme. Era como si esos muros mentales no fueran lo suficientemente duros para resistir el envite de los demonios que me acechaban. Me aterraba regresar al centro psiquiátrico, y ésa fue la única razón por la que no llamé a Félix.

Suspiré hondo y me refregué el rostro con las manos burdamente.

¡Joder! ¿Qué estaba pasando?

Dudé si llamar a Simón y contarle lo sucedido. Estaba de guardia esa noche y habíamos planeado recorrer en bici la Vía Verde y llevarnos una cesta

de pícnic para almorzar al día siguiente. Con lo que, si me decidía a comprobar aquellas pistas por mí misma, debía hacerlo esa madrugada, antes del alba. De ese modo, también evitaba que me siguieran. Imaginaba que se sabían de memoria mi rutina a esas alturas.

«Sí —me dije—, iré a la torre del Rey y comprobaré por mí misma si hay un bloque marcado que esconde una perla de cristal..., de agua, la llama él.»

Él...

¿Quién sería? ¿Qué buscaba de mí? Y, lo más desazonador de todo..., ¿por qué provocaba en mí tan dispares emociones?

En pocas horas quizá obtuviera las respuestas que precisaba...

CAPÍTULO 46

EL REGRESO

Castellón, mayo de 1537

Ese día iba a romper mi promesa de no regresar a Oropesa.

Sin embargo, sí cumpliría otra, la de esperarlo mientras quedara dentro de mí el más tenue aliento de vida.

Todavía me abrazaba y suspiraba contrita recordando sus brazos en torno a mí en aquella despedida que nos rompió a los dos. Me juró regresar a mi lado, y, aunque el destino ya había dictado su lúgubre sentencia, yo lo creí. Necesitaba creerlo, pues vivir sin vida era algo que no podría soportar.

Cada mañana bajaba a la costa y oteaba el horizonte esperanzada y suplicante. Pero ninguna vela se recortaba en él. Habían transcurrido ya seis meses desde su partida, y las nuevas que portaban los marinos que llegaban a la villa eran desoladoras. En efecto, y tal como me había mostrado la perla, un grupo de jenízaros liderados por Dragut había desembarcado para exterminar las debilitadas tropas del emperador. Sólo que, por muy diezmado que estuviera el enemigo, unido y desesperado seguía constituyendo una fuerza temible. Hubo una feroz batalla cerca de París. Los tercios imperiales se reorganizaron aplastando con facilidad al insignificante escuadrón que Solimán había enviado, los sobrepasaban en número y decisión, pues no era lo

mismo matar que evitar morir. Y, a pesar de que aquel aguerrido grupo de jenízaros y corsarios habían plantado batalla, no tuvieron ninguna oportunidad. El sultán había subestimado las tropas de Carlos, creyéndolas al borde de la inanición. No obstante, éstas habían resistido y luchado con sanguinario arrojo.

Ninguno de aquellos hombres había regresado con vida.

Pero él lo haría, me repetía incesante. ¡Lo haría, maldición!

—¿Estás segura de querer volver?

Miré a Juana, que calentaba sopa en una marmita sobre el fuego del hogar.

Con el dinero recibido de Roxelana, habíamos podido costearnos una hospedería durante los primeros meses. Pero luego descubrimos una cabaña abandonada y destartalada en los arrabales que decidimos reacondicionar. Era tan pequeña que parecía más un cobertizo donde se guardaban aperos de labranza y utensilios de pesca que un hogar, a pesar de tener chimenea.

—Sí, es hora de enfrentar lo que allí me aguarde. Debo saber de Leocadia y de Rafael. Vosotras debéis regresar a vuestro hogar. Cuando Dragut regrese y no me encuentre aquí, sabrá dónde buscarme.

Intenté imprimir seguridad en mi gesto, pero la mirada compasiva y el asentimiento condescendiente de Juana me la arrebataron.

—Dudo que Pere haya olvidado que lo entregaste a los piratas —señaló preocupada.

—Tampoco habrá olvidado que lo hice bajo amenaza.

—Yo no estaría tan segura —replicó recolocándose un mechón tras la oreja.

—Aun así, tengo que regresar. Aquí no tenemos nada que hacer. Llevamos ya seis meses, y prefiero reclamar mi lugar en la villa que me vio nacer y saldar mis deudas allí.

—Nosotras perdimos cuanto teníamos. Nuestra casa sucumbió al fuego, no tenemos nada.

—Vendréis conmigo a la alquería de los Llerán.

Juana soltó el cucharón y se acercó a mí.

—No tienes que erigirte en nuestra protectora, Isabet, Dolores y yo saldremos adelante.

—Soy yo quien os necesita, y vosotras, de momento, un lugar donde vivir. Creo que es un trato justo.

Tomé sus manos entre las mías y le sonreí agradecida.

La expresión complacida de Juana me dio su beneplácito.

—Bien, volvemos a casa.

Se volvió hacia Dolores, que cosía afanosa en un rincón. Las hermanas se miraron felices y Juana se acercó a ella para abrazarla.

—Mañana, al alba, regresaremos a Oropesa.

* * *

La carreta traqueteaba jubilosa por el sendero que llevaba a la alquería que me había visto nacer.

La visión de los anegados campos de arroz bajo aquel cielo esponjado de nubes pinzó mi corazón, despertando en mi memoria escenas de mi niñez. Un tupido pinar se abrió a nuestro paso, punteado de retama, romero y espliego. Su perfume inundó mis fosas nasales con un recibimiento preñado de nostalgia. Cerré los ojos y aspiré, embriagándome de mi origen, pues, a pesar de haber alimentado un rechazo hacia la tierra que me vio nacer, por culpa de mi sangre hereje, aquellas tierras eran mi hogar. Y la sangre era sólo eso, sangre, tan roja como la cristiana o la judía. Y el hogar era aquel donde te abrazaban los recuerdos, donde los lugares se sentían con el mismo afecto que las personas, donde se almacenaban experiencias y aprendizajes, donde se lloraba y se reía. Hogar era aquel donde se sentía refugio y solaz. Pero, por encima de todo, hogar era el lugar donde se encontraban las personas que llenaban tu corazón.

Apoyé la cabeza en el hombro de Juana. Dolores hizo lo mismo en su hermana y, así, las tres, sentadas en la carreta, abrazadas entre nosotras, unidas por un drama común, ya formábamos ese hogar.

Nos cruzamos con grupos de jornaleros que acudían a la hacienda con hatillos sobre sus curtidas y doloridas espaldas de tanto quebrarlas durante la siembra del arroz. Cuando divisé la entrada a la alquería, mi pulso se aceleró.

La gran casona se recortaba contra el arrebuñado plomo de un cielo

amenazador. Atravesamos la arcada principal y la carreta se detuvo en el vasto patio delantero.

La última vez que lo había visto había sido mancillado con sangre y dolor. Sellé con firmeza los labios, sofocando fútilmente aquellos duros recuerdos. Había transcurrido casi un año de aquello, pero se me antojaron siglos. No obstante, reviví el horror con detalle. De manera inmisericorde, volví a ver a Juan y a Diego agonizantes sobre aquella tierra y mi pecho se constriñó de igual forma que entonces.

Bajé de la carreta y respiré hondo. Una figura familiar asomaba en aquel momento de la casa. El llanto contenido se desbordó cuando se detuvo estupefacta mirando en mi dirección.

Comenzó a boquear con mirada asombrada y gesto atónito. Parpadeó varias veces, para asegurarse de que no era una visión lo que tenía frente a sí.

Aguardé su reacción, tensa y expectante, quizá esperando la culpa y el agravio que merecía.

Leocadia caminó hacia mí. Yo caminé hacia ella.

La mujer ya lloraba abiertamente, tan emocionada como yo. Su expresión bajó mis escudos y corrí hacia ella. Ella corrió hacia mí.

Sus brazos extendidos se cerraron sobre mi cuerpo, los míos la envolvieron con la misma afectación.

—No... no puedo creerlo... Isabet, mi niña...

Sollocé en su cuello, derramando en ella todo aquello que durante mi cautiverio había decidido enterrar, la vulnerabilidad de una niña en brazos de su madre. Porque eso era lo que ella había sido en mi vida, y que ahora había aceptado al fin.

Nada como vivir penurias para descubrir que los problemas que se creen tener se convierten de un plumazo en vergonzosas muestras de pueril e ingrata inmadurez. Nada como la distancia para ver más de cerca lo que en realidad importa. Nada como la soledad y el miedo para descubrir el valor de un abrazo sentido. Y aquél lo era.

Leocadia logró separarse de mí para escrutarme con conmovida atención.

—Estás más delgada, y tus ojos han cambiado.

—No sólo mis ojos, mi buena Leocadia, toda yo.

La enternecida expresión de mi ama de cría se pinceló con un entendimiento que agradecí.

—Tienes mucho que contarme, y yo mucho con que alimentarte. ¿Qué tal si logramos aunar ambas cosas junto a un buen fuego?

Miró al cielo, arrugó la nariz y añadió:

—Se avecina una tormenta primaveral. Son las más traicioneras.

—No vengo sola. Traigo a dos hermanas, que también lo son mías.

La mujer miró detrás de mí y sonrió asintiendo.

—En tal caso, han regresado tres hijas al hogar.

* * *

Rafael, único heredero vivo de los Llerán, nos observaba receloso desde una esquina de la cocina mientras mordisqueaba una rebanada de pan de centeno. No había querido darme la bienvenida, tampoco me saludó, sólo me regalaba un rictus hosco y malhumorado que me desconcertó.

Era apenas un muchacho, el menor de los hermanos, pero a sus trece años su estatura era ya la de un hombre; no su rostro, todavía lampiño y rubicundo.

Cuando terminó de examinarnos, se marchó cabizbajo, sembrando en mí una inquietud punzante.

—¿Qué le ocurre conmigo?

—Contigo, no, muchacha, con todos. No ha vuelto a ser el mismo desde el ataque. Apenas habla, se ha vuelto huidizo y ermitaño. Vaga sólo por los arrozales como alma en pena, no supera la trágica pérdida de sus hermanos. Creo que odia a todo el mundo por estar vivo y ellos no.

La culpa, que creí adormecida, se desperezó indolente para clavarme sus dientes, recordándome que anidaba todavía en mí, agazapada y dispuesta a devorarme si yo le dejaba.

—Lamento tanto su pena... —musité afligida.

—Quizá tan sólo necesite más tiempo, rezo por ello.

Juana y Dolores terminaban su segunda ración de estofado de carne, relamiendo sus escudillas sentadas en sendas banquetas en torno a la chimenea. Sonreí ante su apetito.

—Parece un milagro que vosotras cuatro hayáis logrado evadir vuestro destino. No sé cómo habéis conseguido escapar, ni me atrevo a imaginar los infortunios por los que habréis pasado hasta llegar aquí.

Rebañaba el cuenco con un trozo de pan cuando un detalle detuvo el quiebro de mi mano.

—¿Las cuatro?

Leocadia asintió, cogió mi mano y me la condujo a la boca para que me terminase el bocado.

—Hace unos tres meses que Blanca de Zúñiga regresó —explicó—. Debió de pasar todo un tormento, pobre muchacha... Está desfigurada, una horrible cicatriz surca ahora su rostro.

Se me atragantó el bocado y comencé a toser.

Entonces recordé el tónico de ajeno y su intención de deshacerse del bebé que llevaba en el vientre.

—La última vez que la vi estaba embarazada —musité, aceptando la jarra de vino. Bebí un largo trago y la deposité en la mesa.

Juana y Dolores habían dejado de comer atentas a la conversación. La expresión de sus rostros era un reflejo del mío, un crisol cambiante entre ofuscación, furia y asombro.

—Sí, dio a luz poco después de su llegada. Ella asegura que es de Pere, y por fechas ciertamente es muy posible. Pero, al ser raptada por los corsarios berberiscos, él presupone que fue mancillada por ellos, y en un principio rehusó cualquier vínculo con ella, aunque yo pienso que fue más porque Blanca ya no es tan hermosa como antaño. No obstante, su padre intervino, pues hace tiempo que ansiaba un heredero del petimetre de su hijo y lo obligó a desposarla.

—Finalmente lo consiguió —mascullé entre dientes.

Leocadia entornó los ojos y me contempló preocupada.

—Nunca me gustó Pere para ti, Isabet. Y creo que Blanca te hizo un gran favor apartándolo de tu lado. No albergues rencor, sólo conseguirás que se enquiste y te coma por dentro.

—Cierto, me hizo un gran favor, ojalá lo hubiera entendido mucho antes —convine—. Mi rencor hacia ella nada tiene que ver ya con Pere. Por mí pueden

irse juntos al infierno.

—¿Y con qué tiene que ver entonces?

—Con que es una víbora manipuladora y vil.

Entornó más los ojos y frunció los labios durante unos segundos, como si meditara sobre alguna cuestión interna. Finalmente pareció asentir para sí e inspiró una gran bocanada de aire.

—Ahora ella es la señora de la villa de Oropesa, vive en el castillo como condesa de Cervelló y, si es tal como dices, deduzco que por rencillas entre vosotras, quizá sea mejor que te mantengas alejada del pueblo.

Juana se puso en pie y se acercó a la mesa.

—Opino igual. Es mejor que nos mantengamos alejadas, por mucho que esa sabandija merezca un escarmiento.

Su airado tono alzó las cejas de Leocadia, despertando su curiosidad.

—No son simples rencillas, ¿no es así?

—No —me limité a responder.

Me pregunté si lo acontecido con Blanca había sido el pago merecido a mi impulsivo arrebató vengativo. Pues, quien a hierro mata a hierro muere, y quizá yo merecía cada traición suya, ya que había sido mi mano la que había originado nuestra desgracia. Aunque su ambición y sus ardides hubieran impulsado mis actos, como así había sido, no los justificaba en modo alguno. No obstante, y a pesar de que mi pecado era mayor por las terribles consecuencias que había acarreado, su maldad era una llama perenne en ella. La ausencia de remordimientos la liberaba de culpa alguna, provocando que continuara con sus infamias. Aunque, tal vez, ahora que por fin había conseguido cuanto deseaba, no tuviera necesidad de seguir perpetrando sus maldades. Sin embargo, algo en mi fuero interno me recordaba que la maldad no se valía de necesidad para florecer, sino de placer. Y aquello era lo que yo había visto en los ojos de Blanca cuando se había descubierto en el navío de Hernán.

Sentí un escalofrío y resoplé desazonada mirando el fuego.

Con Blanca allí, estaba poniendo en peligro a Dragut. Ese pensamiento me desgarró en dos emociones contrapuestas: el firme convencimiento de que vendría iluminaba mi corazón; la preocupación de que fuera apresado por sus

crímenes si Blanca descubría que había regresado por mí lo estrujaba.

Una preocupación equivocada, como descubrí unos días después.

* * *

Solía bajar cada mañana a la costa presidida por aquella mole de piedra cuadrada, muda testigo de mi venganza un año atrás. Justo en el mismo punto donde él me vio por primera vez, justo con la misma esperanza de verlo desembarcar, pero con un motivo completamente diferente.

Resultaba paradójico que de una situación tan dramática hubiera surgido algo tan puro. Y, aunque la culpa sería una pesada bolsa de piedras sobre mi espalda que cargaría toda mi vida, y las pesadillas del horror que había incitado mi mano me perseguirían eternamente, me negaba a creer que perderlo era también parte del castigo con que la Providencia me hacía pagar aquel craso e irreparable error.

La sangre teñía mis manos y la desesperación rasgaba mi alma ante la dilatada ausencia de mi corazón. Ni siquiera esa perla que continuaba llevando colgada del cuello daba señales de vida.

Había dejado de brillar a primeros de diciembre, aquel terrible día 11 del mes. Pensar que se había apagado con él era tan doloroso para mí que desechara aquella idea, diciéndome que se iluminaría de nuevo cuando él estuviera cerca de mí. Que, al igual que yo, tan sólo lo esperaba.

Un ruido a mi espalda me hizo volverme: Rafael descendía entre los peñascos en mi dirección. Cuando llegó a mi altura, tan sólo se sentó en una roca abrazado a sus rodillas, contemplando el horizonte. Una expresión hosca ensombrecía su rostro.

—Algún día lo mataré —masculló en un tono tan bajo que hasta dudé de haberlo oído.

—¿A quién?

—Al pirata que ordenó el saqueo —farfulló.

Sentí un agujonazo en el vientre. Un malestar opresivo me envolvió erizándome la piel.

—La venganza no los va a resucitar y, en cambio, te matará a ti por dentro.

—No me importa, ya estoy muerto —aseveró inmutable.

Me volví hacia él y me senté a su lado.

—No lo estás. Tienes una maravillosa vida por delante —musité con suavidad.

Sentí el deseo de abrazarlo, pero supe que no se dejaría.

Emitió una especie de gruñido y negó con la cabeza.

—No olvidaré jamás la cara de ese hombre —prosiguió. Esta vez, su tono fue tirante y rasgado, como si arañara su garganta—. Volveré a ver esos ojos grises y disfrutaré contemplando cómo se apagan por mi causa.

El malestar se agudizó. Tragué saliva y me estremecí.

—En ocasiones, somos empujados a un destino que hemos de seguir, hasta que algo consigue hacernos salir de él. La vida es dura, injusta y cruenta, Rafael. La sangre llama a la sangre, quizá ese hombre no pudo elegir su destino, pero tú sí el tuyo, pues todavía estás a tiempo de elegirlo. No condenes tu vida, ni la arriesgues, justo por respeto a los que la perdieron.

El muchacho, con el rostro veteado por regueros de mugre y el pelo enmarañado, desaliñado y sucio, me miró con sus grandes y tristes ojos, y negó vehemente. Advertí que llevaba un par de moretones en la mejilla derecha.

—Justo por ellos debo matarlo —espetó rotundo—, por ellos y por salvar a otros de esos demonios.

—¿Y si ese hombre ha cambiado? ¿Y si se ha redimido y busca una vida tranquila?

—No la hallará —sentenció con firmeza. Su mirada relució con perversa complacencia—, pues no la merece. Un hombre como él, que tanta sangre ha derramado, acabará vertiendo la suya, tarde o temprano. Si no soy yo, será otro quien lo busque y le haga rendir cuentas de sus atrocidades. Quien se codea con la muerte acaba por rendirse a ella.

Desvié la vista ocultando mi húmeda mirada. Su deseo era mi temor, y quizá ambos ya eran hechos consumados. «No —me reocriminé furiosa—, no.»

—Harás bien en olvidar, Rafael —insistí—. Eres el heredero de los Llerán, hónralos convirtiéndote en un hombre de bien.

—Sólo espero que nunca se cruce en mi camino —reuso amenazador—,

porque, sea del modo que sea, acabaré con él.

De pronto, su ceño se frunció y me contempló con un claro deje acusador.

—Deberías odiarlo tanto como yo.

—Y lo odié.

La mirada del muchacho me contempló con enojado asombro.

—¿Ya no lo odias?

—No.

Me observó con tan vivaz desdén que me encogí asolada por su brusca reacción.

—Blanca sí lo odia. Mira lo que le hizo, ¿has visto su rostro? —profirió furioso.

—No fue él —repliqué con demasiado apasionamiento.

—¿Lo defiendes?

Se puso en pie y me contempló colérico y dolido.

—Sólo digo que él no le hizo eso. Fue una mujer, una concubina que...

—Blanca lleva razón con respecto a ti —escupió despectivo.

—¿Y qué dice de mí?

Me incorporé y lo encaré altiva.

—Que eras su puta, y que tú lo mandaste llamar por venganza contra ella. Que eres una bruja aliada de Lucifer y que llevas una piedra de poder encima con la que te comunicas con el Maligno. Que por las noches le hablas a esa piedra que llevas al cuello y que, si no acabamos contigo, tu amo regresará para terminar de aniquilarnos.

Se me desencajó la mandíbula y el estómago me dio un vuelco. Un violento escalofrío recorrió mi espina dorsal, como si una fría serpiente reptara por ella.

—¡Yo te defendí! —recriminó ofuscado. Señaló sus moretones y me apuñaló con una mirada resentida y amarga—. Pero acabas de demostrar que dice la verdad —sentenció con acritud.

Se volvió y comenzó a ascender con agilidad por la colina.

—¡Rafael! —llamé con un nudo en la garganta.

El pánico más atroz oprimía mi pecho. La gravedad de aquella confesión revelaba el peligro que estaba corriendo. Blanca confabulaba contra mí, pero

con dagas que alguien le había dado. Alguien que conocía la verdad. Alguien muy cercano.

Apenas podía respirar, jadeaba angustiada mientras ascendía entre los arbustos y los peñascos, sacudida por una traición inesperada tan dolorosa que al menos apartaba el miedo, que, insidioso, aguardaba su turno.

* * *

Cuando llegué a la alquería, fui en busca de Juana.

La encontré sacando agua del pozo en mitad del patio delantero.

—¿Se lo contaste? —pregunté a bocajarro.

Ella frunció el ceño confusa y me miró inquisitiva.

—¿De qué hablas? —farfulló dándome la espalda.

Ese gesto me contrarió más aún.

Avanzó con el cubo hacia la casa. La seguí airada hasta la cocina.

—¿Te dejaste llevar por el despecho y le contaste a Blanca que fui yo quien avisó a los corsarios?

Juana abrió desmesuradamente la boca en un gesto de tan genuino asombro que la serpiente que atenazaba mi pecho aligeró algo de presión.

—Ni a Blanca ni a nadie —se defendió mostrándose ofendida—. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—Pues lo sabe, y sólo tú me viste aquel día —repuse alzando el tono.

—¿Has visto a Blanca?

Resoplé y me pasé las manos por el rostro. Negué con la cabeza.

Juana se encogió de hombros dirigiéndome un gesto de incompreensión.

Le conté la conversación con Rafael y ella arrugó la nariz, componiendo un gesto torvo.

—Tienes que marcharte inmediatamente de aquí —masculló alarmada.

—No voy a irme, no va a salirse con la suya siempre —rezongué indignada.

Juana me cogió por los hombros, clavando en mí su penetrante e inquietante mirada.

—¡Escúchame, estás en peligro! —musitó lentamente en tono grave—. No

sé cómo lo sabe, pero yo ni siquiera se lo conté a mi hermana, te lo juro por cuanto soy. No obstante, si logra convencer a la gente de Oropesa, vendrán a por ti. No te someterán a juicio, será un linchamiento público, y temo que...

Cerró los ojos, como si aquella posibilidad fuera tan insoportable que ni era capaz de pronunciarla, por miedo a evocarla.

—Soy culpable —manifesté pesarosa y abatida—, no voy a huir.

—¡Lo harás, maldita sea, aunque tenga que dejarte inconsciente yo misma para esconderte de ellos!

Bajé la mirada y suspiré contrita.

—Isabet, debemos volver a Castellón. Aquí, tanto él como tú sólo encontraréis la muerte. Permaneciendo aquí también lo pones en peligro a él.

Aquello era cierto. Esa parte de mí que buscaba autocastigarme para, así, pagar mi deuda apenas era contenida por la esperanza de una vida nueva. Una vida que, sin él, no tendría ningún sentido. Y, a cada día que pasaba, esa esperanza languidecía y la culpa crecía.

—Yo no voy a irme —murmuró de pronto Dolores, que, como una sombra, había permanecido mirando el fuego del hogar desde su oscuro rincón, siempre inmersa en aquella invisibilidad de la inseguridad y el apocamiento.

Me volví para mirarla y advertí en sus ojos una determinación que jamás había visto en ella. Aquella joven asustadiza, insegura, tímida e ingenua, que siempre había vivido tras la enérgica figura de su hermana, alzaba ahora la barbilla y cuadraba los hombros con una firmeza desconocida en ella.

—Dolores...

—No —repitió contundente—. Ya está bien de desvaríos, Juana. ¿Acaso no ves que tus... tus... —frunció el ceño y su labio inferior se adelantó tembloroso—, que tus antinaturales sentimientos no son correspondidos? ¿Que ella tan sólo te utiliza y que se deshará de ti si ese bárbaro regresa a buscarla?

Juana abrió la boca completamente atónita.

Dolores logró mantener aquel porte decidido, sosteniendo la herida mirada de su hermana.

—Fuiste tú... —acusó Juana en apenas un susurro roto—. Tú se lo contaste a Blanca en el harén. Tú le has dicho que habíamos regresado, y tú te aliaste con ella en la trifulca que hubo con Aysha y sabe Dios en cuántas cosas más...

Su voz murió en un gemido sufrido. La traición de quien más quería hundió sus hombros y abatió su espíritu, que, como una vela ante un abrupto soplido, titilaba moribundo.

—Siempre me has protegido de todo —comenzó Dolores dulcificando su tono—, siempre he estado a tu sombra, siempre has cuidado de mí. Ahora me toca a mí. Veía cómo tu inclinación por la morisca crecía cada día que pasaba. —Me dirigió una resentida mirada desdeñosa—. Ella te apartaba de mí, y no sólo eso: te alejaba de la cordura. ¿No te das cuenta, Juana, del peligro al que nos ha expuesto? Y sigue, lleva una maldición encima, y todo aquel que esté a su lado compartirá su destino. No puedo permitirlo, debo salvarte.

—Dios santo..., no puedo creerlo... —recitaba Juana conmovida.

—La veía por las noches abrazada a esa... bola de cristal, como una bruja susurrándole cosas, y se me erizaba la piel. No imaginas lo que he rezado por ti, y por ella. Y luego comenzó a herirse en los brazos. ¡Que Dios se apiade de su alma, se escribía sortilegios en su propia piel!

Juana me observó estupefacta.

—Seguro que aún tiene cicatrices de esas letras satánicas con que se marcaba. Dile que te muestre los antebrazos.

Me mordí el labio inferior. No tenía excusa plausible para aquello. Sentí que todo mi alrededor comenzaba a desmoronarse.

—¿Es eso verdad? —me preguntó demudada.

—No es lo que ella cree, no... no soy una bruja... Yo... soy lo que ves, lo que has conocido todo este tiempo.

Dolores se abalanzó inesperadamente hacia mí, apresó mi brazo y retiró hoscamente la manga.

Las débiles marcas antiguas apenas se apreciaban ni eran legibles. Por desgracia, había una nueva. En mi desesperación por saber de aquella mujer del futuro, había vuelto a grabarme un mensaje, que, tierno todavía, mostraba con sus oscuras y resecastras una frase inteligible, para desgracia mía: «No puedo verte, necesito una señal de que sigues ahí».

La conmovida expresión de Juana me hundió en aquel abismo que ya amenazaba con tragarme.

Retrocedió boquiabierta, tambaleante, con la mirada empañada y el rictus

crispado. Negaba con la cabeza y su boca se abría y se cerraba presa del desconcierto y el horror.

—Eres... una bruja...

CAPÍTULO 47

EL DOBLE FILO DE LA VENGANZA

No tardarían en venir a por mí.

Ya daba igual adónde huyera, mi nombre pronto figuraría en una condena inquisitorial. Tan sólo había una cosa que podía hacer, y era acudir a mi destino sin perjudicar a nadie más.

Tras los gritos acusadores de Juana, el sufrido silencio de Dolores, las lágrimas de Leocadia y el desprecio del joven Rafael, no me restaba hacer nada más en la alquería de los Llerán.

No había palabras que pudieran rebatir las pruebas en mi contra, y en verdad yo había tenido contactos con el más allá, con una entidad tan similar a la mía y tan extraña a un tiempo que ni yo misma podía negar que no fuera una bruja.

Mi tiempo se acababa, y quizá entonces podría reunirme con él.

Aquel lúgubre pensamiento, paradójicamente, imprimió en mí la fortaleza suficiente para aceptar mi destino.

Salí de la hacienda con la espalda recta y la barbilla alta. Si aquellos pasos eran los últimos que daba, decidí que fueran firmes, que dejaran huella en el barro donde los hundía.

Una fina lluvia ablandaba la tierra, intensificando los colores de la naturaleza. El ocre de la tierra adquiría un tono más oscuro, el verde de los

pinos rielaba más vivo bajo las gotas que lamían sus agujas. El gris de los riscos ennegrecía sombrío bajo el manto húmedo que horadaba su rugosa superficie. El apretado entramado de nubes hurañas y oscuras cubría de sombras colinas, praderas, arboledas y senderos, convirtiendo la lluviosa mañana en una noche temprana. Un hermoso y espectacular escenario para mi entrega.

Caminé entre los charcos bajo aquella amable cortina de agua, que lloraba mi avance como una dulce despedida. Sentí la caricia de su llanto arrastrando el mío, su refrescante abrazo alejando el ardor de mi rendición, encontrando cierto alivio en tan suave compañía.

Era tiempo de rendir cuentas, de descargar por fin aquella pesada culpa y de asumir mis cuitas con la vida. Hacía casi un año que mi destino me había llevado a ese momento, que una decisión acalorada había cambiado mi vida y, por desdicha, la de muchos otros. Demasiada sangre manchaba mis manos para haber creído ni por un solo instante que esas almas no reclamarían la mía.

El doble filo de la venganza se cernía implacable sobre mí y pronto mi pecho lo cobijaría.

Al llegar a la villa, ascendí por las calles empedradas arrebujaada en mi capa. El viento silbaba afilado en las esquinas, susurrando sus secretos a las dormidas piedras que entonaban su canto.

En la plaza de la Iglesia, me detuve a recuperar el resuello. Reparé en rostros recelosos que me observaban curiosos desde algunas ventanas, algunos se santiguaron. No tardaron en cerrar los postigos, quizá temiendo que les lanzara alguna maldición.

Suspiré queda y reanudé la marcha. La tupida copa de una frondosa higuera, un poco más arriba, ofrecía su natural techumbre como cobijo de la lluvia. Me detuve de nuevo y me senté en el banco de piedra bajo ella, que tantas buenas conversaciones habría presenciado.

Quizá en ese otro mundo, esa otra mujer y ese otro hombre, tan similares a Dragut y a mí, tuvieran alguna oportunidad. Lo deseé con todo mi corazón, pues sería una especie de segunda oportunidad para nosotros. Ese simple anhelo me reconfortó. Tomé la perla de agua en mi mano y me la acerqué a los labios. Su tibia tersura me arrancó un suspiro. Cerré los ojos y evoqué los

besos de Dragut, y justo en ese momento mi corazón sangró a borbotones y mi llanto fluyó liberando el dolor de la pérdida. Esa que había estrangulado cada día en su ausencia. Esa que había vestido de esperanza. Esa que ahora, desnuda, me imponía su verdad. Él había muerto en aquella batalla. La perla había muerto con él, y yo ya ansiaba poder seguirlos.

Respiré hondo, miré las grandes y verdes hojas de la higuera, por las que se escurrían sinuosas gotas de lluvia que caían perezosas sobre mí. Alcé una mano y acaricié su lobulada forma.

—Esas hojas las uso para diferentes tónicos y ungüentos.

Me volví sobresaltada.

La anciana me sonrió divertida y se sentó en el banco de piedra. Palmeó el hueco a su lado, alentándome a ocupar ese lugar junto a ella. Me senté a su lado y la observé desconcertada.

Patou, la curandera, esbozó una expresión complacida. Unas profundas arrugas surcaban su rostro como riachuelos de sabiduría. Su piel cuarteada y ajada, como un campo yermo, cubría unas facciones que la edad había deformado, pero no ocultado. Podía adivinarse tras su fruncida piel curtida la sombra de aquel fantasma de juventud que pocas personas decidían conservar y que brotaba vivaz a través de sus ojos.

—Resulta muy extraño verte fuera de tu cabaña, y más en un día así.

—La humedad cala mis huesos y me quiebra —murmuró con una voz gastada y áspera, tan deteriorada como el resto de su cuerpo—, pero hoy tenía un importante motivo para salir de mi guarida.

Me lanzó una mirada intencionada con aquellos ojillos castaños que se entornaron avispados.

—¿Y cuál es ese motivo?

La anciana inhaló una profunda bocanada de aire y se arrebujó más en su capa de sarga. Encogida en aquel trapo, parecía incluso más pequeña de lo que era.

—Darte un arma para defenderte —profirió con cierto tono solemne.

La miré intrigada y suspiré.

—No voy a luchar, voy a entregarme.

—¿Dejando que gane la maldad?

Me encogí de hombros. El goteo de la lluvia en los adoquines compuso una melodía serena que arrulló mi espíritu.

Sabía que se refería a Blanca.

—Ella pagará sus deudas algún día, y no de mi mano. Aniquilaron el pueblo por mi culpa, fue mi mano la que derramó sangre, no la suya. Mi arrebató costó vidas, y yo acepto mi castigo.

—Y por eso acudes al castillo de los Cervelló para ofrecer tu vida. Quizá así los pobres desdichados que sucumbieron bajo el acero de los bereberes resuciten, o quizá así Blanca se convierta en el ángel que aparenta ser, o puede incluso que todas las desgracias del universo desaparezcan gracias a tu sacrificio.

El tono ácido y mordaz de sus palabras me sacudió más que la mirada reprobadora con que me agujoneaba.

—Nada de eso ocurrirá, pero sí se hará justicia.

—¿Justicia? —escupió displicente—. No me hagas reír, que no tengo dientes bonitos que lucir. No existe la justicia, muchacha atolondrada. Y dudo que exista algún día. El mundo es un lugar hostil y atroz, en el que se puede sobrevivir si se tienen agallas y una mente despierta; en caso contrario, estás perdido. El mundo devora y escupe los restos o se los traga, nada más, no hay humanidad en él, ni piedad alguna. Por regla general, los malos triunfan y los buenos perecen. Sólo hay dos tipos de personas: los que cazan y los que se dejan cazar. A veces no se tienen opciones, pero otras sí. No te dejes cazar, ni siquiera por tu engañosa conciencia.

Enarqué las cejas sorprendida.

—¿Engañosa?

La anciana asintió y apretó los labios vehemente.

—¿Acaso tu conciencia ha estudiado con detalle lo que ocurrió ese día? No, no lo ha hecho. Pues, si hubiera sido así, tú no estarías acudiendo hacia tu muerte, sino huyendo de ella.

La observé confusa.

La mujer resopló paciente y cerró su ajada mano sobre el puño de su bastón.

—¿Te has preguntado qué hacía una flota de galeras bereberes escondida

en las islas Columbretes?

Negué con la cabeza.

—Claro, estabas tan agraviada por tu repudia pública que no eras capaz de pensar. Querías resarcirte, vengarte, y actuaste movida por el acaloramiento de una ofensa, por los celos y por la ira. Pero, por Dios, ¿de veras crees que fue la Providencia la que aquella noche puso a tus pies a todo un ejército de piratas?

Agrandé los ojos y la miré expectante.

—No, muchacha estúpida. No. Esa flota llevaba días acechando la costa, habrían asaltado la villa con o sin tu ayuda, como suelen hacer. Su misión es sembrar el terror, saquear, esclavizar y lucrarse.

—Pero yo atraje su atención sobre Oropesa, bien podrían haber elegido Burriana, o Xilxes —repliqué.

—En ninguna de esas villas se guardaban las rentas anuales de la región, tan sólo en el castillo del conde de Cervelló. —Hizo una pausa para mirarme significativamente—. Sustanciales caudales que irían a parar a las arcas del rey para costear la guerra que mantiene con el sultán otomano. Barbarroja debía de tener esa información y mandó a sus secuaces a hacerse con el botín. Si vas a saquear, hazlo donde más rentable sea.

—¿Cómo... sabes todo eso? —mascullé impávida.

La anciana alargó un brazo y extendió su huesudo dedo índice señalando mi pecho.

—Yo también tengo una bola de cristal mágico. —Sonrió burlona y añadió—: Eso, y clientes que me cuentan sus vicisitudes buscando una solución. Conozco las miserias de todos tus vecinos, sus secretos y sus deseos ocultos. A mi cabaña acuden tanto gente de alcurnia como simples labriegos. Pero, una vez traspasan mi puerta, se convierten en lo mismo, en gente que busca remedios, consejo o cura.

La lluvia comenzó a arreciar, y los goterones que caían intermitentes entre las solapadas hojas de la higuera se convirtieron en regueros de agua que se escurrían a nuestro alrededor. Como ellos, la culpa todavía adherida a mi conciencia comenzó a desprenderse, derramándose en hilillos pegajosos.

—¿Cómo sabías que venía a entregarme?

—Como te digo, conozco las entrañas de esta villa más que las mías propias. Escucho su latido, siento su pulso, y sé que, envenenadas por un demonio de cabellos claros y alma negra, claman venganza. —Hizo una pausa para mirarme atentamente a los ojos—. ¿Sabes cuál es en realidad mi magia? Que veo el alma en los ojos de la gente. Sé leer en ellos, Isabet, y en los tuyos el día del ataque vi horror, pero sobre todo vi pintado un desgarrador arrepentimiento. Supe lo que creías que habías hecho, como supe que el destino te traería de nuevo. Pues, en tu fuero interno, esa nobleza que posee tu corazón, y que sin embargo subestimas, te empujaría a recibir tu pago para liberar la culpa, aun a costa de tu vida.

—La intención sigue acusándome —reconocí compungida.

—No fue intención, fue un arrebató pasional —puntualizó—. Estabas herida y te nublaste. Albergabas, además, rencor porque te sentías rechazada por tu origen morisco. Y todo eso convergió en un día negro en el que el destino se confabuló contra ti. Libera ya esos oscuros remordimientos, muchacha, pues no eres verdugo, sino víctima.

Asentí. Regueros húmedos recorrían mis mejillas; no era agua de lluvia, sino la desdicha salada y cálida.

—Ya es tarde para escapar a ese fatídico destino —musité apesadumbrada.

La curandera chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Nunca es tarde mientras hay vida. Y esta higuera entiende mucho de eso. Fruncí el ceño y la observé intrigada.

Patou sonrió y compuso una expresión misteriosa que acicateó más mi curiosidad.

—Con las hojas de este árbol se hace un tónico para aumentar la fertilidad de las mujeres, pero también de los hombres. Sé quién tomó el que me encargó Blanca.

—Pere.

La anciana amplió su sonrisa.

—Pero no funcionó, por eso ella tuvo que usar otros recursos para lograr su objetivo. Quería ser madre de un conde, y quería que no hubiera duda alguna sobre la noble herencia de la criatura apelando a un parecido físico.

Por tanto...

—Sedujo al padre de Pere —completé.

Patou asintió complacida.

—Hay algo que no entiendo —añadí—. Me consta que Blanca conoce el poder de las hierbas, entonces ¿por qué acudía a ti?

—Para acusarme de la muerte de Pere, tras casarse con él.

Parpadeé atónita.

—Blanca es la bruja. Pero una cosa es serlo y otra que sepan que lo eres. Ella es cautelosa y permanece sabiamente oculta. No posee los filtros que yo tengo ni las hierbas que se necesitan para confeccionarlos, por mucho que conozca las preparaciones. Sería demasiado arriesgado que alguien la viera embregada en cosas de ese tipo. Pero sí puede usar un potente veneno con su flamante esposo y decir que fui yo, que me pidió un remedio para que él pudiera conciliar el sueño o lo que quiera inventar y me achaque a mí su muerte. De ese modo, se libra de su esposo y de mí.

—¿Eso leíste en los ojos de Blanca?

Patou asintió. Su mirada desprendió un brillo desazonador.

—La maldad más temible siempre busca alcanzar un gran poder para someter y actuar con total impunidad. Ésa es su ambición.

—Su casta ya goza de buen linaje —recordé.

—Pero carece de los vínculos necesarios para llegar a la corte. Su linaje es tan sólo la herramienta para conseguir beneficiosos desposorios. Si ya tiene un heredero asentado en el trono del castillo y enviuda, podrá optar a un enlace de mayor rango, pues es dueña y señora de un condado suculento.

—Entiendo. Entonces, esa arma que pretendes darme para mi defensa también es tu escudo, y posiblemente el de más gente.

—Así es.

Permanecimos un rato en silencio, acunadas por el zapateo regular y vigoroso de la lluvia, envueltas en su húmedo manto, inmersas en nuestras particulares inquietudes, ahora unidas en un objetivo común.

Sinuosos riachuelos de agua descendían gorgoteantes calle abajo, bordeando esquinas, piedras y matojos en busca de un remanso donde finalizar su cauce. Mis pensamientos también discurrían de igual forma, tratando de

bordear obstáculos, ansiosos por encontrar una escapatoria a mi situación que, además, detuviera la maldad de Blanca.

—Ha de ser un arma muy poderosa para lograr detenerla.

—Es la única que podemos esgrimir contra ella, sólo nos queda rezar para que lo sea.

Patou hizo un gesto con la mano para que me inclinara en su dirección.

—La doncella de Blanca requirió de mí un filtro para calmar la ira de su ama con ella hace unos días. Le aconsejé que lo vertiera cada mañana en su copa.

—Pero no es un remedio para la ira lo que le diste, ¿no es así? —adiviné.

—No, es un veneno letal —afirmó circunspecta.

Fruncí el ceño y la observé confusa.

—En tal caso, ya usaste el arma tú.

—No empleé la cantidad necesaria para acabar con ella, tan sólo lo suficiente para que disfrute de los síntomas. Que muera sin motivo no nos es útil; que crea que va a morir, sí. Nada desenmascara más un alma que creerse en sus últimos alientos de vida. Si sabes jugar bien tus cartas, lograrás centrar en ella la atención de las gentes de Oropesa, lo suficiente para poder escapar muy lejos de aquí.

—¿Qué hierba utilizaste?

—Adelfa —respondió. Guedejas blanquinosas de su cabello cano se adhirieron a los laterales de su rostro. Sus aviesos y pequeños ojos castaños relucieron excitados—. Debe de llevar días sufriendo agudos malestares y convulsiones. Este último síntoma es el que buscaba para destapar su verdadera índole.

—¿Porque es un síntoma de posesión demoníaca?

—Justo por eso. Si logras acorralarla y asustarla, los nervios acentuarán las dolencias, y entonces, delante de toda la villa, podrás revertir la acusación que te hace en su contra.

—Pero si debo enfrentarla en público, no puedo decir que está siendo envenenada, me estaría condenando —objeté.

La anciana sonrió confiada. Introdujo la mano en un saquito que colgaba del cordel que ceñía su túnica a la cintura y extrajo una bonita flor rosada que

me entregó.

—Ahí tienes tu arma.

Titubeé al cogerla, dada la peligrosidad de aquella bella y aparentemente inocente flor.

—Cuando ella la vea, le entrará el pánico, porque la reconocerá. El resto corre por cuenta de tu ingenio.

Asentí y la guardé en el bolsillo de mi capa.

—Aunque todavía puedes olvidar todo esto y huir de aquí.

—No tengo adónde ir ni por quién hacerlo —murmuré masticando aquella realidad que tanto había empeñado en ocultarme.

Y bajo aquella higuera azotada por la lluvia, junto a aquella anciana curandera y en aquel decisivo momento, la muerte de Dragut, el desaparecido poder de la perla y mi negro destino se alzaron ante mí, cubriéndome con sus pesadas sombras.

Una áspera caricia rozó el dorso de mi mano. Patou posaba la suya sobre la mía en un gesto cómplice. Su sonrisa me reconfortó y su tacto cálido me ancló a aquel banco y a aquel momento, imprimiéndome la fortaleza y la seguridad que ahora tanto necesitaba para culminar lo que empecé aquella noche bajo la torre del Rey.

La lluvia al fin amainó y la anciana se puso en pie con un quejumbroso gemido.

—Esa perla que llevas al cuello volverá a brillar. Confía en ella y en ti.

Aquella frase, pronunciada con el misticismo reverente de una premonición, me erizó la piel.

Patou me dirigió una última mirada grave, sabia y penetrante, de la que rezumaba una fuerza vital tan apabullante que por un fugaz instante sus profundas arrugas se matizaron difusas, dejándome ver la verdadera esencia de aquella mujer: su joven espíritu vibraba lleno de luz.

Desapareció calle abajo, renqueando apoyada en su bastón, como si el peso del mundo recayera sobre su encorvada espalda. Encerrada en aquel decrepito cuerpo desgastado, brillaba un alma joven y poderosa.

Suspiré largamente y me puse en pie.

Ascendí por las estrechas callejuelas, doblando recodos rumbo a la cima

de aquella empinada colina coronada por el castillo.

Aspiré profundamente el embriagador aroma de la tierra mojada, deteniéndome delante de la escalera empedrada que conducía a los portales de la fortaleza almenada.

Un rosado rododendro se apiñaba tupido en una esquina del muro. Junto a él, una hiedra trepaba hasta desaparecer entre los merlones. Aquellos toques de vivos colores resaltaban la bella sobriedad de la mampostería de los recios muros calizos.

Atravesé los gruesos portales y me adentré en el patio de armas. Unos guardias custodiaban la entrada a la torre del homenaje, un bastión inaccesible para quien no perteneciera a la familia sin haber sido invitado previamente.

Me percaté de las miradas curiosas de sirvientes y soldados. Sus ceños y sus murmullos malintencionados atrajeron a más habitantes del castillo. Ninguno parecía decidido a acercarse a mí.

Me aproximé a la entrada de la torre del homenaje y el guardia me cortó el paso.

—Vengo a ver a la condesa. Mi nombre es Isabet Llerán, dile a tu señora que tengo algo importante que decirle.

El hombre, de aspecto zafio y mirada hosca, frunció el ceño. Llamó a su compañero, que lo relevó de su lugar, y se adentró en la torre.

Miré a mi alrededor. Los altos muros que me rodeaban se me antojaron las fauces de un lobo que pronto se cerrarían en torno a mí.

Al cabo, regresó el guardia, plantando su abultado pecho frente a mí. Su gesto torvo me anunció que no era bienvenida.

—Habrás de esperar aquí, serás llamada en breve al gran salón, cuando la condesa así lo disponga.

Asentí y retrocedí unos pasos. El hombretón pasó por mi lado y desapareció tras una arcada.

Poco después vi salir a un grupo de jinetes. Una punzada ominosa me inquietó. Estaba a su completa merced y en su territorio. Mi posición era tan delicada que medité bien sobre los pasos que debía dar mientras caminaba errática por el patio.

Suspiré profundamente cuando una doncella aleteó su mano para llamar mi

atención.

«Bien», me dije. Empezaba el juego. Yo no tenía ninguna garantía de salir airoso, pero, al menos, con algo de suerte ella caería conmigo.

Atravesé un pórtico abovedado y me introduje en el gran salón. Mi sorpresa fue encontrar a Pere en la entrada, tendiéndome una mano que no acepté.

—Permíteme llevarte en presencia de mi esposa, y de paso agradecerte que me hayas ahorrado la molestia de tener que darte caza.

Su perfidia hizo que me pusiera rígida. En sus avellanados ojos relució una inquina tan corrosiva que me golpeó. No quedaba nada en él del hombre al que creí amar. En ese momento incluso me pregunté qué podía haberme seducido de él.

Lo miré imprimiendo en mi gesto todo mi desprecio.

—Ten por seguro que no lo hago por ti —mascullé cortante—. Y no sabía que las presas también cazaban.

Apretó los labios irritado y cerró los puños contenido. Alcé la barbilla y caminé hacia el fondo de la sala, seguida por él. Blanca se hallaba sentada en una silla de respaldo alto, encarada a la ventana ojival, por donde apenas entraba el mortecino resplandor de una mañana oscura.

Su mirada pareció atravesarme. La cicatriz de su mejilla había mejorado bastante; ahora era una fina línea rosada que rompía la tersa palidez de su rostro. Su mirada cerúlea me recorrió con evidente desdén.

—Tienes agallas, pero poco seso —musitó esbozando una sonrisa condescendiente.

—A ti te falta corazón y te sobra maldad.

—No logro entender por qué has regresado, a menos que tengas muchas ganas de probar la horca. Eso es lo que les espera a los traidores, aunque quizá te vaya más una buena hoguera.

—Tienes mala cara, ¿te has estado encontrando mal estos días?

Las ojeras y su extrema palidez evidenciaban que estaba enferma.

—Eso no te incumbe, lo que sí debe preocuparte es lo que está a punto de suceder aquí.

Pere y varios sirvientes me rodearon. Unos pasos firmes bajaron la

escalinata que llevaba a las habitaciones.

Joan de Cervelló se aproximó a nosotros y miró a su hijo inquisitivo.

—La bruja ha venido a entregarse —respondió Pere a su muda pregunta.

—¿Habéis avisado al alguacil? —interpeló el conde mirándome con recelo.

—Acabo de mandarle un mensajero. Creo que el inquisidor de Valencia está en Castellón; con suerte, esta tarde podremos juzgarla y condenarla —explicó Pere con un gesto de suficiencia en su faz.

Lo poco que sabía de la Santa Inquisición es que ahora estaba más empeñada en condenar judeoconversos, simplemente porque deseaban expulsarlos del reino, y no sólo por recelo, a pesar de su obligada conversión, sino por apropiarse de sus riquezas. De cualquier forma, también ponían su atención en los moriscos, aunque, en mi caso, mi condición era lo menos incriminatorio. Además de ser mujer, y de haberme confabulado con el enemigo, tenían pruebas de sobra para quemarme en la hoguera.

Aquel grupo de jinetes iban camino de Castellón para interponer la denuncia pertinente al inquisidor.

Bien, si tenía que ser a lo grande, que lo fuera.

CAPÍTULO 48

EN BUSCA DE LA VERDAD

Torre del Rey, Oropesa del Mar, mayo de 2019

Había despertado con un intenso regusto amargo en la garganta.

En mi mente resonaba una palabra de manera reiterada: *bruja*. Y flotaba una imagen, una flor rosada.

No recordaba el sueño en sí, pero sí las sensaciones que todavía impregnaban mis sentidos como una pátina pringosa y desagradable.

Miré el reloj, apenas quedaba una hora para que amaneciera.

Me puse en pie y me vestí apresurada. Arranqué la hoja del bloc donde había apuntado los datos y salí de casa envuelta en una gabardina oscura, amparada por la noche y seguida por el eco de mis pasos.

En lugar de bajar por la plaza de la Iglesia hacia la calle Ríos Portilla, decidí girar la esquina hacia la calle Horno para enfilarse a continuación la calle Castillo. Me dije que, en caso de que me siguieran, de ese modo sería más fácil trazar un recorrido laberíntico para escabullirme, pero en realidad me sentí fuertemente atraída hacia un lugar en particular.

En la calle Horno se abría una pequeña plazoleta cerrada que daba a la parte trasera de la capilla de la Virgen de la Paciencia, donde una gran higuera circundada por un banco de piedra pareció llamarme.

Caminé hacia ella conteniendo el aliento y, siguiendo un impulso extraño, me senté en el banco bajo aquella frondosa copa. Cerré los ojos y oí el reconocible sonido de la lluvia. Sobre mi mano sentí el rugoso tacto de otra piel, su calidez me reconfortó. Mis labios se curvaron en una sonrisa agradecida. Cuando abrí de nuevo los ojos, el amable rostro de una anciana se evaporó gradualmente delante de mí..., y una frase que no necesitó sonidos reverberó en mi mente: «Esa perla que llevas al cuello volverá a brillar. Confía en ella y en ti».

Mi mano mariposeó hacia mi escote esperando cerrarse en torno a esa perla que tanto acudía a mí. No encontrarla me provocó vértigo. Ansiaba su tacto, su protección. Y, aunque no sabía los motivos, ni lo que podía significar, sí supe que era importante, incluso vital para mí.

Decidí dejarme guiar por los instintos, apartando la razón, pues no había lógica alguna en lo que me estaba ocurriendo, y racionalizar aquello tan sólo lograba sumirme más en la desesperación. Si quería respuestas, incluso de mis desvaríos, debía buscarlas.

Me puse en pie y acaricié el tronco de la ancestral higuera. Su rugosa solidez, de algún modo, volvió a anclarme a la realidad, por muy inquietante que ésta fuera.

Caminé a buen paso entre las angostas callejuelas empedradas, descendiendo del centro histórico de la villa hacia la costa. Llevaba una mochila con unas cizallas y una linterna. Sólo rezaba para no tropezarme con nadie.

Tras una larga caminata, desemboqué en la calle Almería, que finalizaba en la avenida del Faro.

Frente a mí, la imponente fortaleza de planta cuadrada se irguió robusta y poderosa.

Me encaminé hacia la entrada, donde las puertas valladas impedían el acceso. Miré cautelosa a ambos lados de la calle y saqué las cizallas de la mochila. Corté, no sin esfuerzo, las cadenas que las cerraban y, tras echar un último vistazo, me adentré en el terreno que rodeaba la torre del Rey, bastión defensivo del siglo XV para repeler las continuas incursiones de los piratas berberiscos.

Respiré hondo y ascendí la suave loma hasta la recia puerta de acceso.

Miré temerosa hacia atrás. La noche me arropaba, y el silencio de una ciudad dormida pendía pesado pero quebradizo. Procuré ser sigilosa cuando rompí la cerradura, sofocando los golpes con la tela de la mochila.

El quejido de los goznes al abrir aleteó mi pulso.

De repente, me detuve rígida por una desazonadora inquietud: ¿y si ese extraño y a la vez familiar tipo de la Harley estaba siguiendo mis pasos? ¿Y si aquello era una trampa?

Sacudí la cabeza resignada. Si lo era, yo ya estaba en ella.

Me adentré en la sala principal de la planta baja. La oscuridad, densa y pegajosa, se me antojó un ente latente y viscoso que se abalanzaba sibilino hacia mí. Encendí la linterna atravesando aquella inquietante negrura, mostrándome a través de la oquedad de luz los añejos muros de piedra. Detuve el haz en un acceso donde una escalera angosta y abrupta ascendía a la siguiente planta. Me dirigí hacia allí y subí aquellos irregulares escalones agarrada a la soga que había fijada en el muro.

El aroma a rancio, a humedad y a salitre inundó mis fosas nasales.

En la primera planta, la oscuridad gozaba de menos presencia. Mortecinos rayos lunares se filtraban por las profundas troneras de la torre, azulando apenas los irregulares bloques de mampostería de los muros, carcomidos por el tiempo.

De pronto, un ruido de pasos me paralizó.

Apagué la linterna apresuradamente cuando descubrí alarmada que alguien más había atravesado la puerta de acceso de la planta baja.

Contuve el aliento y supe que estaba atrapada. La única vía de escape era esa entrada. Me asomé al ventanuco de la primera planta. Podría saltar, pero me arriesgaba a lesionarme, y en ese caso mi perseguidor me alcanzaría sin problemas.

Me mordí el labio inferior buscando la manera de encontrar el bloque marcado y salir de allí zafándome de aquel hombre. Me pregunté cuánto tiempo llevaría siguiendo mis pasos; probablemente desde aquel aciago día. El rastro de una sombra que había aparecido a raíz del accidente, el maldito día en que toda mi vida se desgarró en dos.

El eco de sus pasos sobre el pavimento de piedra rebotó en los muros, tensando todo mi cuerpo.

Apreté tan fuertemente el mango de la linterna que la piel de mis nudillos se estiró hasta perder todo color. Intentando no hacer mucho ruido y palpando ansiosa los muros, me deslicé a ciegas buscando la escalinata que llevaba a la parte alta de la torre.

Lejos de las troneras la negrura era absoluta, los muros tenían un grosor de casi tres metros y el único charco de plata lunar pintado sobre el pavimento era apenas un débil esbozo en una esquina, a unos metros de mi posición. Avancé todo lo veloz que pude, empujada por aquellos pasos y por una respiración entrecortada. Estaba ascendiendo la empinada escalinata hacia la primera planta.

De pronto me detuve asaltada por un fognazo clarividente.

Si subía a la última planta, que además era descubierta, estaría atrapada, sin escapatoria alguna. Sabía lo que buscaba aquel hombre, como también sabía que no dejaría cabos sueltos.

Mi única oportunidad era retroceder sin pérdida de tiempo y pegarme al muro donde se abría la escalinata, rezar por que no enfocara con el haz de su linterna en mi dirección y escabullirme escaleras abajo cuando él entrara en la sala.

Mi pulso se aceleró cuando vi el ambarino resplandor de una linterna asomar por el hueco, mordiendo la negrura del umbral.

Aceleré de puntillas y me adentré en la oscuridad con los brazos extendidos, en dirección a mi objetivo. Palpé la rugosa frialdad de la piedra caliza y adherí mi espalda a ella. Contuve el aliento cuando la luz emergente se hizo más intensa abriendo su ángulo. El eco se abrió resonando en toda la sala, sobresaltándome. Me ceñí más a la pared intentando mimetizarme con ella, procurando acallar lo más posible mi respiración.

Sentí la presencia antes de verla y me encogí por un segundo apretando la mandíbula. Con el rabillo del ojo vislumbré una silueta que avanzó con cautela. Al cabo, se detuvo y comenzó al lamer cada rincón con la luz de su linterna. Afortunadamente comenzó por la esquina opuesta. No perdí la ocasión e, impelida por el pavor y un conveniente chute de adrenalina de mi

eficaz glándula suprarrenal, me abalancé por el hueco escaleras abajo, agarrada a la barandilla de cuerda para evitar partirme la crisma.

El espacio era muy angosto, por lo que sólo una persona podía transitar por él. Oír cómo sus pasos se precipitaban tras de mí aligeró mis piernas y desbocó mi corazón. Aquellos malditos peldaños eran tan altos que temí acabar rodando por ellos. Salté el último con un gruñido desesperado y crucé la puerta principal de la torre como una exhalación. Un extraño zumbido pasó junto a mi oreja, me encogí instintivamente y salí al fresco aire nocturno, bajando a la carrera el camino empedrado, enfilando hacia la verja de entrada.

Oí una imprecación entre dientes tras de mí y otro zumbido pasó rozando mi cabeza. ¡Me estaba disparando, joder! Ese sonido era un arma con silenciador. Asaltada por un pánico atroz, salí del sendero y comencé a zigzaguear entre las encinas circundantes.

Solté un grito aterrado cuando, de nuevo, un ya reconocido y pavoroso silbido surcó el aire a mi derecha e impactó contra un tronco que estaba a punto de sortear. Un pedazo de corteza saltó como un resorte frente a mis ojos fragmentado en afiladas espinas, me encogí y desvié mi rumbo. Descendí por la calle Almería en dirección al faro justo cuando una fina línea resplandeciente comenzaba a asomar tímida por el horizonte. Y aunque, paradójicamente, ese atisbo de alba encendió un hálito de esperanza en mi interior, mi parte racional comprendió que actuaba en mi contra, mostrando con más claridad mi presencia al hombre que intentaba matarme.

El aire quemaba en mis pulmones, tenía la garganta seca y el pulso desbocado. Mi única oportunidad era llegar al mar. Sería un blanco fácil si seguía la carretera y no alcanzaría el faro a tiempo, así que aceleré las zancadas y fijé la vista en el abrupto y estrecho sendero junto al murete del faro, que descendía directamente hasta el acantilado. Miré angustiada tras de mí y me sobresalté dejando escapar un aterrador resuello al descubrir horrorizada una silueta que me apuntaba con una pistola.

Me encogí sin dejar de descender atropelladamente. Un sonido sordo me confirmó dónde había impactado la bala. El pánico más absoluto me impulsó entre los riscos y a punto estuve de despeñarme cuando guijarros sueltos se deslizaron bajo mis pies, haciéndome perder el equilibrio por momentos.

Maldije entre dientes, con el corazón en un puño y el terror más primitivo circulando abrasivo por mi torrente sanguíneo. Entre afilados peñascos logré aproximarme al borde, vislumbrando mi objetivo. Me dirigí hacia el puesto de pesca número 38, marcado con cal sobre la roca, mientras rezaba por llegar a tiempo al borde.

Los trigueños cabellos de un sol adormecido ya flotaban en sinuosos mechones sobre el horizonte, mecidos por un mar calmo. La aurora despuntaba y mis posibilidades mermaban con cada rayo de luz.

Sentí la urgencia de mirar tras de mí, pero cada segundo era vital. Me asomé buscando un punto seguro donde lanzarme. Debía saltar con mucho impulso para sortear los riscos que asomaban afilados del mar y donde la espuma se arremolinaba empujada por engañosas olas amables.

Tomé una profunda bocanada de aire, flexioné las rodillas, cerré los ojos un segundo antes de saltar y me impulsé al vacío con el corazón rebotando alocado en mi cavidad torácica.

Caí al mar como un proyectil submarino.

Una miríada de burbujas engarzadas en un manto turquesa oscuro me envolvió aturdiendo mis sentidos. Por un agónico instante no fui capaz de mover un músculo. La serena belleza de aquel apacible mundo acuático me subyugó peligrosamente. Era como si atravesara un portal líquido hacia una dimensión desconocida.

Una acariciadora paz me acompañó al fondo, hasta que unas extrañas y sinuosas guedejas rojas se entrecruzaron molestas en mi campo de visión. Parpadeé confusa, resiguiendo ensimismada con la mirada aquellas hebras escarlatas que flotaban como algas alrededor de mi cabeza. Y justo en aquel instante una explosión de dolor y ahogo me dobló en dos.

Comencé a bracear y patalear, boqueando como un pez. Proferí un grito sordo que sonó como un gorjeo lejano, y mi anterior quietud pereció en un estallido de pánico que me impulsó a la superficie como una exhalación.

Ese vigoroso empuje que insufla la más primigenia supervivencia me llevó a lograr nadar hacia la rocosa costa del acantilado, anulando el miedo. Pero, aunque la adrenalina me hizo creer por un instante que lo lograría, la debilidad comenzó a imponerse implacable, desdibujando aquella tentadora costa,

alejándola, del mismo modo que alejaba la vida de mi exiguo cuerpo, con cada gota de sangre que se diluía en el mar.

Grité furiosa, aterrada y desesperada, golpeando el agua con los puños, rompiendo en llanto ante aquel inesperado final. Y, entre sollozos, el mar comenzó a tragarme.

A tan sólo unos pocos metros, la efervescente espuma se rizaba alborozada entre las impasibles rocas, que contemplaban indolentes mi derrota. Miré por última vez aquel cielo teñido del desvaído oro de un alba incipiente y, mientras me embebía de aquel último aliento de vida, divisé una silueta asomada al borde del acantilado.

Una silueta que aguardaba paciente el destino que había elegido para mí, un destino que había comenzado a truncar mi vida tan sólo un año antes. Aquel día soleado en que hallé aquel libro de aventuras, un libro que cambió mi vida y decidió mi muerte.

Dicen que leer un libro es vivir otra vida; en mi caso, no pudo ser más cierto...

Sucumbí exhausta a la llamada de las profundidades, carente de la fuerza necesaria para ascender, consciente de que mi ser moraría en aquel reino líquido. Quizá las respuestas que buscaba me aguardarían en el más allá, si lo había.

Mi visión comenzó a cerrarse y a emborronarse, y mi pecho a arder.

Tras unas violentas sacudidas, exiguos vestigios de un cuerpo que se resistía todavía a perecer, quedé inmóvil, descendiendo en una extraña burbuja de paz. Arriba, la luz brillaba cegadora; a mi alrededor, un intenso azul me acompañaba a mi última morada.

A mi mente acudió la ilustración tan detallada de aquel libro. Y aquel hombre, aquel pirata, cobró entonces vida ante mis ojos en aquel universo acuático, tendiéndome la mano.

No obstante, sus ojos eran de un brillante tono verde musgo que refulgía bajo las aguas. Supe que era mi ángel guardián, porque en su pecho relucía una luz brillante y blanca que me envolvió en su halo.

Sonreí serena, estaba a salvo, él me guiaría a donde fuera que tuviera que ir. El ángel me abrazó y aquella luz pareció penetrar en mi pecho como si un

torrente de calor me abriera en canal. Mis adormecidos sentidos despertaron de pronto, abrí los ojos desmesuradamente y entonces reparé en un sobrecogedor detalle: sus alas no eran de plumas, sino de cuero.

Parpadeé confusa y, tras él, vi a una mujer que me miraba atónita y horrorizada. Sus largos cabellos rizados y oscuros flotaban en torno a ella como algas ondulantes e hipnóticas; también sangraba en guedejas escarlatas que ondeaban junto a los brunos tentáculos de su melena... Estaba atada de pies y manos.

Sentí la urgencia de nadar hacia ella, me debatí y escapé de mi ángel. Debía impedir que ella se perdiera en las profundidades del océano.

CAPÍTULO 49

LA ORDALÍA DEL AGUA

Villa de Oropesa, mayo de 1537

Suspiré hondo y clavé la mirada en Blanca.

—Vine a mantener una conversación privada contigo, pero si tu deseo es que sea pública, así será.

—No me interesa nada de lo que pueda decirme una bruja, una vil y miserable traidora que mordió la mano que le daba de comer.

—Pues yo creo que te interesaría mucho —repuse—, y más viendo lo demacrada que estás.

Se tensó inquieta en su silla y entornó la mirada con agudo encono.

—Tus palabras son infamias, nada de lo que digas tendrá credibilidad alguna —me contestó astuta.

Me volví hacia Pere, que me miraba grave y alerta. La rigidez de su porte anticipó la volatilidad de su ira. Aun así, me arriesgué.

—¿Cómo se llama tu hijo?

Abrió los ojos con notable desconcierto.

—Es una niña, y no voy a decirle su nombre a una bruja.

—No veo por qué no —repliqué serena—: nació de una.

Su mano se alzó y restalló en mi mejilla, volteando violentamente mi

rostro.

—¡Detente, Pere! —interpeló su padre—. No merece la pena mancharse las manos con alguien que ya está muerto.

Me sequé el hilillo de sangre que manaba de la comisura de mis labios con el dorso de la mano y alcé la barbilla altanera, clavando una mirada ensañada en Pere.

A continuación, me volví con toda la intención hacia el ilustre Joan de Cervelló y esboqué una sonrisa cínica.

—Por cierto, enhorabuena por vuestra nueva paternidad.

El gesto del hombre se paralizó estupefacto. Poco a poco, su impresión dio paso a un rictus ofuscado, contraído por la ira.

Sentí un movimiento junto a mí y retrocedí un paso. Pere fue detenido por su padre.

—Son embustes destinados a enfrentarnos —replicó el conde—. Ardides demoníacos a los que no debemos prestar oídos, hijo mío.

—Ardides son, pero no míos. Tu padre te obligó a desposar a Blanca porque ella llevaba a su hijo en su vientre.

—No la escuches, Pere —siseó Blanca, que se puso en pie lívida.

—Sé que son patrañas. Sus celos envenenaron su alma y la entregó a Satán únicamente para hallar venganza.

—No sólo los celos envenenan el alma —clavé mi flamígera mirada en Blanca y mantuve mi rígida sonrisa—, también algunos tónicos, ¿verdad? Por eso hay que ser prudente con lo que se bebe.

Me observó ceñuda y temerosa. Su mano aleteó hacia su vientre y pude ver cómo una ligera punzada de dolor contraía su rostro. Mi sempiterna sonrisa sibilina le hizo abrir con desmesura los ojos y su palidez se agudizó.

—¿Qué... tratas de insinuar?

—Que, de un modo u otro, la vida te devuelve lo que le ofreces.

Tragó saliva y se acercó a mí. Su paso era inseguro y su debilidad, patente.

—Justo por eso, maldita perra morisca, yo soy condesa, y tú dentro de muy poco serás sólo cenizas que el viento esparcirá para que podamos pisotearlas. Tu nombre se perderá en el viento, y tu recuerdo será la ignominia de los Llerán.

—Quizá partamos juntas, yo convertida en cenizas y tú con la lengua morada y un túmulo de tierra encima.

Compuso una mueca furibunda en la que reverberó un visible deje atemorizado.

—¡No te temo, perra!

—No es a mí a quien debes temer, sino a quien te juzgue en el más allá. Aunque, quizá, si te redimes aquí y ahora, te dé tiempo a tomar la cura del veneno que asola tu cuerpo.

—¡Maldita bruja del demonio! —gritó Pere, golpeándome de nuevo.

Me cubrí con los brazos, hasta que logró arrinconarme y aferrarme por el cuello.

—Bruja, sí, y te maldigo a ti y a toda tu estirpe. —Escupí un cuajarón de sangre que se escurrió por su rostro—. Si vuelves a tocarme, miserable cobarde, tu esposa morirá presa de horribles estertores.

Pere jadeaba. Su rictus crispado y su mirada angustiada brillaron horrorizados.

—Mientes —profirió Blanca—, esto es tan sólo una simple indisposición.

—Quizá cuando el inquisidor venga y vea cómo convulsionas, crea que tienes el demonio dentro y te ajusticie conmigo. Sería un perfecto final para las dos, ¿no te parece? Y más si le cuento que realizábamos juntas nuestros sortilegios.

—¿Qué veneno has usado?

—No voy a decírtelo hasta que confieses a Pere cómo fornicabas con su padre, y no sólo eso, hasta que pruebes que eso es cierto. Exijo una prueba de tu vileza y yo te mostraré la mía.

Sus ojos se achicaron presos de un odio feroz.

—Déjame matarla ya, padre —pidió Pere sacando su daga del cinto.

—¡No! —exclamó Blanca angustiada.

—Deberías saber que tu esposa planeaba matarte. Sin duda tu padre debe de ser mucho mejor que tú en el lecho.

Aquel dardo lo hizo lanzarse sobre mí. Esquivé su golpe a tiempo. El conde y dos siervos lograron reducirlo.

—Adelante, Blanca, no tienes mucho tiempo —apremié.

Aquella observación arrancó un estrangulado gemido de su garganta. Su barbilla comenzó a retremblar y sus dientes a castañetear.

Suspiró pesadamente en un intento de sofocar el agudo malestar que la constreñía y asintió con sutileza.

—Joan... —comenzó a regañadientes. Un violento escalofrío la sacudió—
Joan tiene un... lunar junto a sus atributos, en la ingle izquierda.

Pere dejó escapar un resuello conmocionado y miró boquiabierto a su padre.

—Ése es el dato, ahora falta la prueba —resalté.

—¡No pienso mostrar mis vergüenzas en público! —barbotó el conde indignado.

—Lo vas a hacer —siseó Blanca, que apretaba los dientes sofocando accesos de dolor abdominal—. Dudo que haya sirvienta que no las haya visto.

—¡No lo haré!

—Hazlo, padre —el tono de Pere fue seco e impaciente—, o yo mismo te bajaré las calzas.

Joan palideció acorralado.

—Ella se metió en mi cama, hijo, te lo juro. Apeló a mi hombría, y yo..., bueno, ¿qué iba a hacer? Quería un heredero, y tú no...

El rugido de Pere me erizó la piel. Su rostro se contorsionó dolido, su resentimiento se volcó en su padre, pero sobre todo en Blanca.

—Fue así —admitió ella, pero se dirigió desesperada a mí—. Y ahora dime qué veneno tengo dentro.

Su esperanza era poder contrarrestarlo de algún modo con algún remedio que lo frenara. Pero para eso necesitaba conocer contra lo que poder luchar.

—¿Admites que conoces las hierbas mágicas y que las usas para tu propia ambición?

—Lo admito.

—¿Admites que tu hija es de Joan de Cervelló?

—Sí, maldita sea.

—¿Admites que pensabas matar a Pere para apropiarte del condado?

—Sí.

Se arqueó en dos y gimió dolorida.

Me volví hacia los Cervelló, que contemplaban horrorizados la escena.

—Queríais la confesión de una bruja, y aquí la tenéis.

Metí una mano en el bolsillo de la capa y saqué la flor rosada que me había dado Patou.

Me acerqué a ella, que había caído de rodillas sobre el pavimento enlosado del salón con los brazos cruzados sobre el vientre mientras temblaba abruptamente. Cuando alzó su lívido rostro hacia mí, le mostré la flor y la dejé caer en su regazo.

—Adelfa —pronuncié con lentitud.

Su expresión se congeló en un rictus de absoluto pavor.

Su extenso conocimiento acababa de descubrirle que aquél era un veneno mortal. Lo que no sabía era que la dosis no era letal.

Dejó escapar un sollozo de furiosa impotencia que flotó en el rancio aire del salón.

—¡Matadla! —gritó meciéndose sobre sí misma, sumida en un llanto amargo.

—No —musitó Pere. Su tono apagado y abatido me asombraron—. Hoy el inquisidor juzgará y sentenciará a dos brujas.

—Nooo..., no llegaré viva... Ten piedad, busca un remedio —gimió mortificada, con el terror desdibujando sus facciones.

—Llegarás, para desgracia tuya, llegarás —aclaré impertérrita.

* * *

Fue un juicio corto, sin alegatos ni contratiempos.

Las marcas de mi cuerpo me condenaron sobradamente. Que además todos supieran que yo había invocado al mal, para que arrasaran la villa, apresuró mi condena, ávidos por ver mi carne arder.

En cuanto a Blanca, su ignominia fue mayor. Comenzó a convulsionar en el estrado, echando espuma por la boca y vomitando las gachas de su desayuno. Al inquisidor no le cupo duda alguna sobre la posesión de la que era objeto.

No obstante, su dictamen no fue el esperado: le traspasó la decisión a un elemento más sagrado incluso que el fuego.

El inquisidor tuvo a bien, por evitar remordimientos de cualquier tipo, y recriminaciones posteriores, y más dado que una de las acusadas era de noble cuna y los Zúñiga estaban en la corte de Tordesillas, sacudirse toda responsabilidad, condenándonos a la ordalía del agua. De este modo, seríamos entregadas al mar y él decidiría. Nos lanzarían maniatadas al mar: si nos hundíamos era señal de que éste nos acogía en su seno sagrado, con lo cual nos declararían inocentes; si flotábamos o de algún modo lográbamos escapar, significaba que el mar nos expulsaba por ser impuras, con lo cual se verificaba nuestra condición diabólica. En ninguno de aquellos casos saldríamos con vida.

Fuimos empujadas como reas por las callejuelas de la villa entre improperios y escupitajos. Los más exacerbados nos lanzaban fruta podrida, e incluso algún guijarro. Aun así, ninguna bajamos la barbilla.

Los ayudantes del alguacil y varios soldados del castillo nos empujaban y casi nos arrastraban de la soga que unía nuestras manos como si fuéramos animales. Una de aquellas piedras impactó en mi sien. Me tambaleé hacia atrás mareada por el golpe y terminé cayendo de rodillas. En ese momento recibí un violento puntapié en el costado que me derribó. Tosí violentamente entre gemidos y jadeos de ahogo. Recibí un brusco tirón de la cuerda que me impelió hacia delante poniéndome en pie abruptamente; me costó mantener el equilibrio mientras recuperaba el resuello.

Blanca también había sido alcanzada por varias piedras, pero era a mí a quien atravesaba con una mirada rebosante de odio.

—Debería haberme comido esa flor en cuanto me la diste —se lamentó—. No querías matarme, perra morisca, sólo deseabas verme sufrir, por eso no usaste la cantidad debida.

—Has vomitado casi todo el veneno, el de la adelfa, porque el que te va a matar dentro de poco será el tuyo, el que alberga ese negro corazón que tienes —murmuré encogiéndome de hombros para esquivar proyectiles de todo tipo—. Yo sólo quería asegurarme de que me dejarías tranquila. No fui yo quien empezó esto, pero sí quien lo ha terminado.

—Ojalá viva lo suficiente para verte morir antes que yo —escupió con aguda inquina.

—Tu maldad me ha condenado y te arrastra conmigo. No importa quién muera antes, tengo claro que iremos a lugares muy distintos.

Los aldeanos siguieron nuestros pasos, en un ambiente festivo donde los niños nos lanzaban objetos y los adultos nos increpaban feroces. Cuando llegamos a la costa, ambas apenas nos sosteníamos en pie. Yo tenía el rostro cubierto de sangre y el cuerpo magullado. Ésa era la expiación de mis pecados, justo cuando descubría que no habían sido tales, que tan sólo era culpable de un arrebato celoso e inmaduro, que, sin embargo, había cambiado mi vida, llevándome hasta un final tan trágico.

No obstante, decidí aislar mi mente del horror que me rodeaba y de la muerte que pronto me abrazaría y me afané en recordar los buenos momentos vividos a pesar de todo. Unos acerados y sagaces ojos grises acudieron en mi auxilio. Cerré los párpados y mi gesto se contrajo ante el recuerdo de sus besos, de sus caricias, de sus palabras, de su amor por mí. Resultaba irónico que el demonio que me había apresado fuera ahora el ángel que protegía mi alma de la barbarie. Me refugié en su recuerdo, anclándome desesperadamente a él, intentando huir de aquel lugar y partir con una sonrisa en los labios. Al fin y al cabo, pronto me reuniría con él.

Dejamos atrás la torre del Rey y sentí de repente una extraña atracción por aquel bastión de vigía; tuve la sensación de haber estado dentro, cuando jamás lo había pisado.

Fuimos llevadas al acantilado y nos obligaron a descender por un pedregoso sendero hasta una plataforma rocosa junto al mar. Aquel preciso lugar era justamente donde Dragut había desembarcado la primera vez que lo vi.

Todo iba a terminar donde empezó.

Fijé la vista en la brumosa lontananza, como había hecho días atrás, sin que ningún bajel se dibujara en el horizonte. Suspiré profundamente y apenas escuché el sermón del párroco ni el veredicto del inquisidor.

Mi mente estaba ya muy lejos de allí.

Nos llevaron justo al borde de la roca. El viento agitó nuestros cabellos casi mezclándolos. Trigo y tizón, día y noche, luz y oscuridad. El azul mar de sus ojos y el carbón de los míos; el nácar de su piel, la canela de la mía. Tan

diferentes por dentro como por fuera, pero unidas en un mismo destino. Sin embargo, esa culpa, pesada y ominosa, que me había desgarrado todo ese tiempo había desaparecido, dejando mi alma ligera como una pluma. Llegaba al final del camino que había comenzado a andar hacía ya casi un año. A mis espaldas, toda una aventura, un gran amor, traiciones, intrigas, dolor y pasión, toda una vida en apenas un año.

No temía a la muerte, no cuando nada me anclaba a la vida. No cuando en ella me aguardaba ese hombre de ojos grises al que le había entregado algo más que mi corazón. Mi alma se había engarzado a la suya, y eso ya era la mejor recompensa que podía obtener de una vida en la que nunca había encajado.

Fuimos colocadas una junta a la otra mientras nos ataban los tobillos.

—Algún día, mi hija me vengará. Al menos, yo dejo descendencia en este mundo —siseó Blanca.

La miré y, por primera vez desde que descubrí quién era, realmente sentí lástima por ella.

—Con suerte, tu hija olvidará a través de quién tuvo la desgracia de venir al mundo. El resto te olvidará antes de que caigas al agua.

Su sesgada y enconada mirada me apuñaló. A cambio, le regalé una sonrisa vacua.

—A ti te recordarán como la pérfida morisca causante del peor ataque que ha sufrido Oropesa. Tu nombre será pisoteado y maldecido durante mucho tiempo.

—Al menos me voy con la conciencia tranquila.

Tras una breve homilía que celebró la animada concurrencia congregada tras nosotras, se autorizó la ejecución y nos empujaron al agua.

Nos zambullimos como dos fardos de piedras.

Una cortina de pequeñas burbujas, como minúsculas perlas, nos envolvió.

A mi lado, Blanca se contorsionaba desesperada mientras se hundía lentamente. Intentaba doblarse sobre sí misma para desatar la cuerda de sus tobillos, pero no lograba alcanzarlos. Aun así, su instinto de supervivencia no cejó.

Yo me sacudí instintivamente, mi ser también se rebelaba, apenas breves

espasmos, mientras las aguas me tragaban.

Ya no me quedaba aire en los pulmones, y el agua entró en mí anegando mis sentidos. El pecho comenzó a arderme, la presión constriñó mi cuerpo como si una mano gigante me estuviera estrangulando. Oí unos jadeos sordos y sibilantes que escapaban de mi garganta. Grandes burbujas ascendían hacia la radiante luz de la superficie, invitándome a subir con ellas. Me agité quizá en mis últimos estertores. La muerte dolía.

Mi visión se emborronó y aquel telón turquesa comenzó a desvanecerse ante mí. De repente, una punzada atravesó mi pecho doblándome en dos. Abrí los ojos desmesuradamente y entonces un resplandor cegador emergió frente a mí.

La perla de agua flotaba resplandeciente, despertando a la vida cuando la mía se apagaba.

Y entonces la vi...

La mujer del futuro, Elisa, braceaba hacia mí...

Luché denodada contra la negrura, extendí el brazo hacia ella y nuestras manos se enlazaron.

La luz de la perla nos envolvió en su halo... Mi mente se abrió en una explosión de imágenes y sensaciones que azotó hasta la más ínfima fibra de mi ser. Toda una vida extraña pasó ante mis ojos, una intensa amalgama de emociones estalló con fuerza haciendo vibrar mis sentidos como las tensas cuerdas de un laúd...

Su mundo me atravesó como un rayo, el mío la traspasó...

Elisa... Ella vivía en mí y yo en ella... Su aliento alimentó el mío... Su fuerza vital se unió a la mía y, juntas, fuimos un todo...

Tras ella vislumbré la figura de un hombre...

Él...

CAPÍTULO 50

UN ÁNGEL DE LA GUARDA CON ALAS DE CUERO

Oropesa del Mar, mayo de 2019

Mi garganta se rasgó en un jadeo punzante que arqueó mi cuello.

Mi primera bocanada de oxígeno fue dolorosa. Un violento acceso de tos me hizo escupir borbotones de agua salada. Unas manos me pusieron de costado y palmearon vigorosas mi espalda. Gemí, y tan sólo aquella vibración de las cuerdas vocales provocó un ardoroso escozor en mi laringe. Parpadeé confusa respirando agitadamente.

El cercano rumor de las olas en el rompiente y el intenso aroma salobre me anunciaron dónde estaba.

Un rostro comenzó a perfilarse ante mí. El intenso verdor de una mirada angustiada atrajo un nombre a mi mente... Luis...

Su cabello negro goteaba sobre mi cara, su mueca preocupada fruncía su ceño y pulsaba su mentón.

—Estás a salvo —musitó jadeante.

Alargué una mano y pasé la punta de los dedos por su mejilla. Mi expresión acentuó su ceño, sin embargo, su gesto se distendió.

—Dios..., cuando... —hizo una pausa en la que respiró hondo y de nuevo su gesto se contrajo— cuando vi que te disparaba, se me encogió el corazón.

Pero cuando te lanzaste al mar, se me detuvo en el pecho. ¡Joder, jamás en toda mi vida he pasado tanto miedo!

—Luis..., mi amor...

Agrandó los ojos asombrado, su boca se entreabrió y su faz resplandeció.

—¿Me... me recuerdas? —susurró trémulo con voz quebrada.

—No sólo... recuerdo mi vida al... completo, también la de ella —confesé entrecortada, deslizando los dedos sobre sus voluptuosos labios.

Espiró un resuello tan aliviado que estos se curvaron en una sonrisa afectada. Su mirada se empañó emocionada. Se inclinó sobre mí y se abrazó conmovido a mi pecho.

Enterré las manos en su mojado cabello y su cuerpo se sacudió ligeramente en trémulos sollozos.

Lo estreché contra mí con fuerza y lloré con él.

La inmensidad del amor que sentía por aquel hombre me llenó más de vida que el aire que respiraba.

Cuando logró alzar su rostro, su rota mirada me mostró abiertamente el tormento que había albergado en su interior, pero también la pureza y la intensidad de sus sentimientos hacia mí.

Daba igual cómo se llamara, de qué color fueran sus ojos, en qué época o plano lo hallara, estábamos condenados a encontrarnos y a amarnos.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Regresando de la muerte para buscarte de nuevo.

Se abalanzó sobre mi boca, como si necesitara respirar a través de mí. Su desesperación arrancaba gruñidos de su garganta, su voracidad los arrancaba de la mía.

Cuando se apartó y me miró, esta vez fueron sus lágrimas las que gotearon sobre mis mejillas.

—Sabía que sólo la perla te devolvería a mí.

—Necesito saber qué pasó...

—Ahora no, aún estamos en peligro.

Fijó su atención sobre mi hombro y pareció mascullar para sí mientras examinaba la herida que lo horadaba.

—Por fortuna, la bala te atravesó limpiamente —dictaminó—. Debemos

salir de aquí cuanto antes. Creo que no me vio lanzarme al agua.

Me ayudó a incorporarme y me tomó en sus brazos.

—Creo que puedo andar —señalé.

—No dejaré que lo compruebes.

Nos encontrábamos en la pedregosa orilla junto a los puestos de pesca, sobre una rocosa planicie. Me abracé a su cuello y cobijé mi rostro en él. Ascendió entre los peñascos con el sobreesfuerzo de cargarme, con una agilidad apabullante. Cuando llegamos a la explanada del mirador, se detuvo y miró hacia arriba, hacia la desierta carretera.

Tras cerciorarse de que nadie nos esperaba allí, subió los escalones con rauda urgencia y casi corrió hacia el faro, donde estaba estacionada su moto.

Montó en la parte trasera del asiento y a mí delante, lateralmente.

—No me sueltes, nena.

—Nunca —susurré ciñéndome a él.

Arrancó presionando un botón, el ronroneo del motor rugió rasgado y ronco, la destrabó y aceleró apremiante.

Sentí la vibración de la Harley debajo de mí, el viento batiendo mis ropas empapadas y los atronadores latidos de su corazón acariciando mi pecho, y supe que, si había muerto, estaba en el paraíso y, si no, estaba en casa.

* * *

Luis eligió un lugar discreto para hospedarnos, no quería correr riesgos innecesarios.

El coqueto bungaló del camping Azahar era una pequeña cabaña de madera azul celeste en el exterior y blanca en el interior. Apenas tenía siete metros cuadrados, pero ofrecía todas las comodidades necesarias. Un saloncito con un sofá cubierto por una manta azul del mismo tono que el exterior. Una mesa de madera con cuatro sillas blancas, una pequeña cocina con encimera de madera y puertas en blanco, un cuarto de baño con ducha, moderno y limpio, y una pequeña habitación con una gran cama doble con cabecero blanco de forja empotrada entre dos bonitas mesillas de noche. Además, contaba con un bonito porche amueblado para tomar el fresco. Un

lugar encantador y muy privado a escasos cinco minutos de la preciosa playa de Voramar, y al principio de la Vía Verde, pero lo suficientemente escondido para ocultarnos, además de perfecto para escabullirnos en caso de tener que escapar.

Yo llevaba encima su cazadora de cuero para ocultar la herida de mi hombro y, aunque tiritaba y el dolor tras el *shock* comenzaba a taladrarme, conseguí mantener una sonrisa indiferente el tiempo que tardamos en registrarnos.

La chica de recepción, encantadora, nos miraba como si fuéramos una alocada pareja que había decidido darse un chapuzón en el mar como una travesura de enamorados. Quizá que Luis no soltara mi cintura por temor a que me desvaneciera, o su forma de mirarme, le dio esa impresión.

Cuando la recepcionista nos dejó frente al bungalow deseándonos una feliz estancia, Luis me cogió en brazos y cruzó conmigo la puerta de entrada, como una pareja de recién casados atravesando por primera vez el umbral de su hogar. Me regocijé en aquel pensamiento mientras el ardor del hombro se extendía como lava hacia el codo y la clavícula. El improvisado vendaje que Luis me había hecho en la entrada del camping con el bajo de su camiseta ya estaba empapado en sangre.

Me tumbó en el sofá y se apresuró al cuarto de baño. Regresó con toallas, un albornoz y un botiquín bastante básico.

—Veo que has elegido la cabaña para clientes heridos —musité jocosa.

—También soy un capullo previsor.

Me sonrió jovial, aunque en las arrugas de sus ojos se vislumbraba un marcado deje preocupado.

—Ésa es mi suerte —murmuré acariciando su mejilla.

—La mía fue encontrarte —profirió en tono afectado—. Y, ahora, deja que cuide de ti.

Me desnudó con sumo mimo, me secó con toallas y me puso el albornoz, dejando fuera el brazo herido. Con entrañable dulzura, desinfectó la herida y me la vendó, mirándome continuamente para comprobar mis reacciones.

—Hablando de suerte, la bala era de un calibre pequeño y, además, aunque ha perforado tejido, no ha impactado en la clavícula.

Acarició mi mejilla con el dorso de su mano y me sonrió aliviado. Luego me ofreció un analgésico que tomé obediente y, finalmente, volvió a cogerme en brazos para llevarme a la cama. Me metió en ella, me cubrió con la manta y me besó con infinita ternura.

—Intenta dormir, yo voy a darme una ducha y a lavar nuestras ropas, con suerte mañana estarán secas.

Asentí, me pesaban los párpados y estaba exhausta y dolorida.

* * *

Cuando desperté, la tenue luz del alba lamía tímida los menguantes retazos penumbrosos, que todavía se agazapaban pertinaces en los rincones. Parpadeé aturdida y, cuando conseguí enfocar la vista, lo descubrí de costado junto a mí, observándome apoyado en el codo.

—Espero que hayas dormido algo —musité todavía embotada por el sueño.

—Me ha recordado a las noches que pasaba alerta en mi celda, aunque con mejores vistas, sin duda.

Sonreí y él besó la punta de mi nariz.

—¿Crees que están buscándonos?

Luis frunció el ceño y compuso un gesto circunspecto.

—Están esperando a que salte la noticia de que han encontrado tu cuerpo en algún punto de la costa, o a que haya una denuncia por desaparición. Cuando ninguna de esas dos cosas suceda, rastrearán la zona para localizarte.

—¿Y qué haremos entonces? Tendremos que huir muy lejos de aquí, ¿no?

Luis negó con la cabeza. La yema de su dedo índice recorrió lentamente la línea de mi mentón para terminar repasando el contorno de mis labios. Suspiré.

Su gesto ausente se contrajo ante mi suspiro. Una mirada anhelante preñó sus hermosos ojos con deseo evidente: besarme.

Respiró hondo y trató de apartar su atención de mi boca.

—No será necesario. Yo les robé la perla de cuarzo, y es lo que buscan, por eso te seguían, porque esperaban que yo me pusiera en contacto contigo y

así poder dar con ella.

Lo miré intrigada.

Llevaba el colgante de cuarzo sobre su protuberante pecho. Alargué el brazo hacia él y acaricié la perla. Estaba tibia.

—En el fondo del mar... se iluminó y su poder abrió mi mente.

—Ésa era mi última esperanza, que ella te devolviera la memoria.

—Tu beso ayer casi lo hace —murmuré sintiendo ese reconocible hormigueo en el vientre ante la tentadora cercanía de su boca.

Luis sonrió y dejó escapar un suave gruñido que me estremeció.

—Ahora mismo me muero de ganas de afianzarte cada recuerdo.

—Y yo de que lo hagas.

—Nena...

Rozó su boca con la mía y yo gemí hambrienta.

—¿Tienes idea de lo que provocan en mí tus gemidos? —susurró contra mi boca.

—Alguna, pero no la suficiente.

—Me incendian, nena.

Volví a gemir provocadora y sus ojos se nublaron presos del deseo que lo estrangulaba.

Atrapó mi labio inferior entre los suyos, luego el superior. Después deslizó su lengua por ambos. Entreabrí ávida la boca y se filtró en ella, paladeando cada rincón con desatado frenesí. Sus roncós gruñidos devastaban mis sentidos y alimentaban aquella hambre que me quemaba las entrañas. Aferré su nuca para ceñirlo más a mí, entrelazando al tiempo los dedos en su suave cabellera negra. Pero, cuando moví el otro brazo deseando acariciar su pecho, sentí un lacerante punzón atravesando mi hombro. Gemí, esta vez de dolor, y Luis se detuvo para mirarme con honda preocupación.

—Joder, olvido que estás herida.

—Estoy bien —aseguré con una sonrisa.

Luis se reprendió de todos modos y se apartó ligeramente de mí.

—Tan cerca soy incapaz de no besarte, y si te beso... me pierdo —se justificó—. He soñado tanto tiempo con tenerte a mi lado de nuevo... que apenas puedo controlar mi deseo.

Su expresión, tan contenida como tierna, estrujó mi corazón. Aun herida, débil y confusa por todo lo acontecido, yo también ansiaba fundirme en él.

—Estos meses para ti han sido mucho peores, sin duda. ¿Qué... qué fue de ti?

—Tuve una recaída —confesó—. Que desconfiaras de mí fue la excusa para alejarme y para decidirme a acabar con aquello. Me escondí pensando que iba a morir. Justo porque estaba desahuciado, me ofrecí a cambio de una liberación para ti: el olvido. Y me entregué a sus experimentos.

Alcé las cejas demudada.

—Ése fue el trato que hice con ellos —explicó—. Julia también estaba de acuerdo. Mi leucemia ganaba la batalla, y..., bueno, entregué mi mente a la ciencia antes de que mi cuerpo la apagara.

—¿Qué... qué te hicieron?

—Llenar mi cabeza de sensores para captar mis ondas cerebrales, indagando así en mi mente durante el sueño REM. —Hizo una pausa, su mirada se oscureció—. Logré conectar con mi otro yo, Dragut, pero sólo en esa fase del sueño podía comunicarme con él. Yo llevaba la perla, pero conmigo no funcionaba. No obstante, sí obtuvieron una prueba de nuestra conexión. Las heridas que sufrió Dragut durante la batalla surcaron mi cuerpo ante los atónitos ojos de los hermanos Ramos. Grabaron varias sesiones y estudiaron el modo de poder sacar de mi cabeza las imágenes que yo veía durante el sueño, pero mi tiempo se acababa. Yo empeoraba por momentos.

Bajó la vista y suspiró quedo.

—Antes de entregarme, había estado en la biblioteca reuniendo toda la información acerca de aquella batalla en Francia. Estudié minuciosamente cada paso de los tercios imperiales, la geografía del terreno y las posibles escapatorias desde el campo de batalla. Memorice el avance del ejército, tanto el que se batía en retirada como el que continuaba avanzando hacia París. E hice algo más, aprendí algunas frases en francés.

Lo contemplé absorta, completamente intrigada.

—Y le pasaste toda esa información a Dragut a través de sus sueños o intuiciones.

—Digamos que fui o soy su ángel de la guarda. Escucha mi voz, mis

consejos como parte de su instinto. No sé cómo habrá normalizado en su mente que, misteriosamente, sabe algo de francés, cuando no conoce esa lengua, para salvar su vida, pero salió vivo del combate gracias a mí.

Resoplé aliviada y mi mano aleteó hasta mi pecho.

—¿Por eso tú estás vivo? ¿Qué fue exactamente lo que ocurrió?

Tragó saliva, su mentón se tensó y sus comisuras se curvaron ligeramente.

—Dragut cayó en una emboscada, o sería más acertado decir que *caímos* —puntualizó—. Fue como si me hubiera desdoblado en dos planos de tiempo diferentes a la vez, siendo consciente de ambas realidades, que conjugaron equilibradas en mi mente durante las sesiones. Viví cada sensación, formulé cada pensamiento y luché, joder si luché, y denodadamente, y por la única causa por la que merecía la pena vivir. En la mente de Dragut brillaba el mismo rostro que en la mía, aunque con un nombre diferente. Tú..., vosotras nos salvasteis en realidad.

Su penetrante mirada me atravesó el alma con la fiereza de un relámpago en la noche. Mi corazón vibró como si fuera sacudido por un desfibrilador.

La emoción que prensó mi pecho desató el nudo de mi garganta empañando mis ojos.

—Mi amor...

Esta vez fui yo quien se abalanzó sobre su boca.

Luis me recibió tan vorazmente conmovido como yo. Nuestras bocas se fundieron gritando lo que clamaban nuestros corazones, con esa tierna desesperación de quien conoce la pérdida, el miedo y el vacío y que por fin vuelve a sentirse pleno. Con esa urgencia por llenar los espacios rotos de su alma y recuperar cada instante perdido. Sentí cómo cada pieza de mi ser encontraba por fin su lugar encajando con apasionada complacencia.

Cuando nos separamos, jadeantes, nuestras miradas continuaron besándose.

—Dios, nena, me estalla el corazón —pronunció trémulo.

Apoyó su frente en la mía y cerró los ojos, intentando acomodar su respiración y asentar sus emociones.

Acaricié su rostro en silencio, saboreando aquel instante, mientras mi corazón continuaba galopando desbocado en mi pecho.

Nos separamos apenas para mirarnos a los ojos. El fuego verde de su mirada refulgía como nunca.

—No vuelvas a alejarme de tu lado —susurré.

—Nunca —musitó vehemente.

—¿Dónde has estado este tiempo?

—Recuperándome —respondió en apenas un hilo de voz. Se apartó un poco más e inspiró profundamente—, asegurándome de que la enfermedad había desaparecido. No podía irrumpir en tu vida para recaer después. Quise... quise evitarte el dolor de mi pérdida con ese olvido que te impusieron con la hipnosis. Si no podías recordarme, si yo no había existido en tu vida, no podías llorarme, ni desmoronarte. Tenía que borrar todo vestigio de mí de tu memoria. De mí, y de toda la odisea en la que te había sumergido. Y eso hicieron. Cumplieron su parte, y yo la mía.

—Pero les robaste la perla y desapareciste, para protegerme, ¿no es cierto?

—Así es. Mientras tuvieran la perla, tú no estabas a salvo. Tras mi muerte, lo seguirían intentando contigo. Así que tracé mi propio plan alternativo.

Entrelazó sus dedos entre los míos y clavó los ojos en la ventana. Su mirada se perdió por ella.

—En la mente de Dragut, accedí a todos sus registros emocionales, a sus pensamientos más profundos y a su memoria, y pude ver momentos compartidos por ellos, pude sentir el amor tan desbordante que sentía por Isabet, y, sobre todo, la advertencia de ella respecto a la batalla en Francia flotando en su mente. Sin embargo, y a pesar de estar sobre aviso, un escuadrón de caballeros hospitalarios acudió de improviso para sumarse a los tercios del emperador. Y fueron ellos los que rodearon al grupo de Dragut. Iban a por él.

»Supe por qué. Al abrirse mi mente en el fondo del mar gracias a la perla, toda la vida de Isabet había quedado grabada en mi conciencia como un apartado más de mi propia existencia, pero, por fortuna, bien diferenciada y separada, como si recordara una vida anterior, aunque, en este caso, fuera simultánea.

—Los caballeros de Malta buscaban venganza porque él mató a su capitán

—musité.

Luis asintió.

—Consiguieron acorralarlo —prosiguió. Su rostro se endureció—, luchó como una fiera contra varios soldados, pero al final unos alabarderos lo rodearon. Yo sabía que, en las crónicas de su muerte, había sucumbido bajo la espada de un hospitalario tras ser saeteado por las lanzas de los tercios. Así que, con esa premisa, actué. En lugar de enfrentarse a ellos, Dragut usó la larga pica que llevaba para mantenerlos a distancia, evitando que lo alcanzaran pero retrocediendo hacia sus hombres. Recibió un largo tajo en el costado y en la espalda, pero consiguió unirse a Caramaní y al resto de los corsarios, con lo que pudo cubrirse las espaldas y, entonces sí, hacer frente a los cristianos. Los hombres, apenas cinco, formaron un círculo encarando a sus enemigos y resistieron ferozmente, aniquilando a todo soldado que se atreviera a combatirlos. —Hizo una pausa y pude ver en su mirada cómo aquel recuerdo tan vívido todavía lo sobrecogía—. Pero aún conseguí algo más.

—¿El qué?

—Logré que pagara su deuda de sangre, para así limpiar la mía —contestó con gesto grave—. Dragut, aun malherido, no sólo salvó la vida de sus hombres, que lograron esconderse en el granero de una pequeña aldea, sino también a los aldeanos, evitando que quemaran las reservas de alimentos que tenían escondidos. Luchó contra los tercios, salvaguardando a hombres, mujeres y niños que habrían perecido de inanición si hubiesen quemado el granero. Con las palabras en francés, se hizo pasar por un aldeano galo, logrando engañar a los soldados y atacarlos por sorpresa. Pero le costó mucho salir de Francia andando y en lastimosas condiciones. Apenas se tenía en pie, fue asolado por unas fiebres que lo llevaron al borde la muerte, pero resistió, gracias a ese rostro que siempre estaba presente en su mente. Deliraba con su nombre en la boca y se aferraba a ella para escapar de la muerte. Cuando se recuperó, lo apresaron los franceses, pero, por fortuna, no sabían que era el almirante de Solimán. Luego Dragut logró escapar y partió rumbo a Castellón en busca de Isabet.

—Isabet no está allí.

Le conté los últimos momentos que recordaba de ella y cómo había sido

empujada al mar, acusada de bruja.

—La ha encontrado —murmuró convencido—, creo que nos lanzamos al agua a la vez. Pude sentirlo.

Dejé escapar el aire contenido.

—Entonces... ¿estás curado?

Su triunfal sonrisa caldeó mi corazón.

—Mis últimas revisiones están limpias. Mi médula sanó, según los médicos, milagrosamente, aunque yo pienso que los milagros también se provocan y se luchan; en mi caso, más allá de todo lo racional. No rendirse es la clave del éxito. —Su rictus determinado se iluminó orgulloso—. Y así ha sido, la enfermedad remitió hasta desaparecer de mi organismo. No obstante, me someteré a controles rutinarios de por vida. Y no sólo sé que ha funcionado por eso, sino porque he logrado modificar el pasado. —Hizo una pausa en la que me miró complacido y, al cabo, añadió—: Los registros de la muerte de Dragut automáticamente han cambiado en todos los libros de historia. Su muerte está registrada en 1565 en el terraplén del fuerte de San Telmo por un cañonazo durante un ataque otomano a Malta.

Me abracé a su cuello enterrando mi rostro en él. El inmenso alivio que asaltó mi pecho barrió todas las vicisitudes y las amarguras sufridas, apartó a patadas la inquietud por nuestra situación y, a cambio, dejó en su lugar una dicha tan rebosante que reí entre lágrimas, completamente agradecida al destino por devolvérmelo.

Tras un instante en que me deleité con los vigorosos latidos de su corazón, la calidez de su cuerpo y su cosquilleante aliento en mi piel, logré soltarlo. Necesitaba saber qué tenía planeado para terminar con todo eso de una maldita vez y dedicar toda mi vida a amarlo como merecía.

—¿Harás otro trato? —pregunté escrutando en sus ojos.

—No.

Su rotundidad me desconcertó.

—Voy a citarlos, vamos a ir, y pienso destruir la perla ante sus ojos. Además, he redactado un documento que nos protegerá de ellos.

—Eso cerrará la brecha con ese otro plano —sospeché.

—Sí, es hora de centrarnos en una sola realidad, de vivirla y disfrutarla,

sabiendo que cada acto repercute en nuestro futuro, que cada decisión, cada paso, condiciona nuestro presente. Es hora de vivir de verdad.

—Las tragedias de nuestras vidas nos unieron hace ya tantos años que nadie merece más la felicidad que nosotros —afirmé.

—Veo que lo recuerdas todo —murmuró ahondando en mi mirada—. La perla ha derribado todas las barreras de tu mente.

Asentí.

Recordaba perfectamente cuando, internada en el centro psiquiátrico, acudía con cierta ilusión a las sesiones con el doctor Ramos, porque siempre me tropezaba con una verde y atormentada mirada que brillaba como la mía cuando nuestros ojos se cruzaban. Recordaba perfectamente cómo mi corazón se agitaba en aquellos breves encuentros, cómo su cercanía me afectaba, cómo me sudaban las manos esperando verlo salir de la consulta o verlo entrar cuando yo terminaba. Recordaba haber tartamudeado cuando él me saludaba, y recordaba cómo fantaseaba con él en mi habitación, imaginando cómo sabrían sus besos o cómo me haría el amor. Soñaba con él, y él conmigo. Hasta que un día me robó aquel beso soñado, y yo... yo volví a la vida.

Recordaba cómo planeamos nuestra huida, entregándonos notas secretas que intercambiábamos al cruzarnos en aquella sala de espera, donde nuestro amor había ido floreciendo hasta reventar en nuestros corazones.

Recordaba..., hasta que un día el doctor Ramos me dijo que habían descubierto las notas en mi cuarto... y entonces dejé de recordar.

—¿También te hicieron olvidarme?

—Sí, después de amenazarme —respondió. Su gesto se tornó grave ante aquellos duros recuerdos—. Amenazaron con dejarte catatónica si yo no desaparecía, y no sólo de tu vida, sino de la vida de todos. Así que planificaron mi suicidio, firmaron mi acta de defunción y me dieron otra identidad y el olvido necesario para empezar de nuevo. Por eso mi nombre no figura en los registros de ningún hospital. Luis Roig Rada está oficialmente muerto. Yo acepté, incluso pensé que era lo mejor para todos, seguía convencido de que sólo dañaba a los que me querían, de que era un peligro en potencia, y lo ocurrido contigo me lo ratificaba. Había destruido a mi familia, ahora tú corrías peligro, así que no luché, no me planteé nada, estaba aterrado.

Apenas soportaba respirar tras la muerte de mi hermano, habría hecho cualquier cosa para protegerte, incluso morir. Y así fue, técnicamente.

—Pero empezaste a soñar...

—No lo borraron todo de mi mente, sólo a ti. Me hicieron creer que yo había pedido una nueva identidad para empezar de nuevo, para huir del pasado. Y cuando comencé a soñar no sólo te vi a ti, también vi retazos de mí mismo en otra época, pero tan vívidos que se lo comenté a Ramos pensando que estaba enloqueciendo.

—Y ellos decidieron usarte de cobaya.

—El resto ya lo conoces.

Suspiré y tomé la perla entre las manos. La sentí cálida.

—¿Podrán utilizar quizá otra perla de cuarzo y otros individuos para continuar con sus experimentos? —inquirí preocupada.

—Quizá, pero las probabilidades de éxito son ínfimas —respondió—. Somos dos casos excepcionales.

—Al final conseguirán abrir puertas intertemporales —conjeturé.

—No hace mucho, viajar a la luna era sólo posible en novelas de ciencia ficción. La física cuántica revolucionará el mundo, de eso estoy seguro.

—También yo, hemos sido la avanzadilla.

Luis se volvió hacia su mesilla, cogió su móvil y me lo entregó.

—Ahora debes llamar a Simón.

Aquel nombre agrió la boca de mi estómago.

—¿Sabías que él y yo...?

Torció el rictus disgustado y asintió.

—He presenciado algunas de vuestras salidas —respondió irritado—. Creo que he contraído una úlcera conteniendo las ganas de partirle la cara.

—¿Cómo sabían ellos que habías vencido finalmente a la leucemia?

—Quizá la nota que decía «Voy a por vosotros, cabrones» les dio alguna pista.

Sonreí y atrapé de nuevo su boca.

—¿Te he dicho ya cuánto te amo, nena?

—Exigiré que lo hagas cada nuevo día.

—Despertarás en mis brazos, y lo pronunciaré mirándote a los ojos —

prometió.

Supé que lo cumpliría, como yo suspiraría y se lo demostraría.

—Terminemos con esto de una jodida vez, llámalo.

Asentí y marqué el teléfono de Simón.

Empezaba la última parte de aquel enrevesado juego, sólo que ahora las reglas las poníamos nosotros.

CAPÍTULO 51

UN DEMONIO CON ALAS DE FUEGO

Villa de Oropesa, mayo de 1537

Un estruendo sordo pareció sacudir la superficie del mar como si la golpeará el puño de Dios.

Alguien me aferraba de la cintura impulsándome hacia arriba. Mi conciencia titilaba en un juego de luces y sombras difusas. No podía distinguir un mundo de otro, ni la vida de la muerte. No sabía si subía al cielo en brazos de un ángel o si era un demonio el que me devolvía a la vida.

En mi mente, un tropel de escenas confusas se atropellaban. Imágenes extrañas de otro mundo, rostros desconocidos, objetos indescriptibles y, sin embargo, tremendamente familiares.

La negrura seguía tendiéndome piadosa su mano, y yo extendía ansiosa la mía hacia ella, pero algo me impedía tomársela.

Una fuerte sacudida, un alboroto enloquecedor, gritos asustados, el chapoteo del agua y un picante olor a pólvora me alejaron del sopor que tanto anhelaba abrazar.

Mi garganta se arqueó dolorida cuando una bocanada de aire rasgó su interior en un primer soplo de vida.

Alguien presionaba mis labios insuflándome su aliento.

Alguien sacudía mis hombros.

Alguien pronunciaba mi nombre.

La oscuridad comenzó a alejarse en favor de una vibrante penumbra.

La paz, el sopor, la plenitud, la ligereza, la dicha se diluían para empujarme abruptamente a la pesadez de un cuerpo que despertaba con frío, con dolor, con angustia y con desconcierto.

Me arqueé vomitando agua salobre, acometida por punzadas dolorosas y zarandeada por violentos escalofríos. Unos férreos brazos me rodearon estrechándome contra un duro y agitado pecho.

Alguien jadeaba entrecortadamente junto a mi oído, susurrando mi nombre en tono desgarrado, preso del alivio, pero también de una emoción tan profunda que lo rompía en sollozos.

Entreabrí los ojos y emití un gemido quejumbroso.

¿Los demonios lloraban?, me pregunté.

Aquél, sí.

Aquél cubría mi rostro de besos.

Aquél miraba al cielo y rugía feroz.

Era un demonio hermoso surgido de las profundidades.

Su larga melena negra goteaba sobre mi rostro. Sus duras facciones estaban contraídas por aquel llanto quebrado. Sus grises ojos refulgían perlados, preñados de una emoción tan desbordante que mi corazón latió con fuerza aleteando vivaz en mi pecho, ahuyentando la helada garra de la muerte.

Aquel demonio era mi demonio.

—Creí que..., Dios, creí que...

Su voz rasgada se perdió en el aire.

Un atronador sonido me sobrecogió.

Dragut alzó la vista y frunció el ceño. Luego miró ansioso hacia el mar y apretó los labios con preocupación.

—Debemos llegar al bote cuanto antes.

Me tomó en sus brazos y ascendió conmigo los rocosos peñascos de la costa entre jadeos.

Cuando llegamos arriba, contuve el aliento.

La torre del Rey era devorada por las llamas. Comprendí en mi

aturdimiento que estaba siendo atacada por los piratas. Los zumbidos de los cañones de una galera lanzaban sus andanadas contra la costa. La muchedumbre corría despavorida y los estallidos se sucedían desbrozando el litoral.

No todos huían.

Dragut me depositó en el suelo y desenfundó su alfanje.

Abrí los ojos horrorizada.

Pere y el alguacil lideraban un grupo de soldados que ya se cernían sobre nosotros, rodeándonos.

Supe que la única oportunidad de Dragut era lanzarse al mar y nadar. Como supe que no me dejaría allí.

—Un paso más y mis hombres arrasarán la villa. No dejarán cuerpo con vida ni piedra sobre piedra —amenazó en castellano.

—¿Crees que me importa esta villa? —profirió Pere con una sonrisa pérfida—. Arrásala si te place, buscaré un buen puesto en la corte, nada ya me ata aquí, tan sólo malos recuerdos. Pero no pienso irme sin cobrarme venganza y sin impartir justicia. Y por Dios y toda la corte celestial que llevaré tu cabeza ante el emperador y quemaré una bruja. Los juglares cantarán gestas de mi hazaña.

—Si buscas ser un héroe, enfréntate a mí tú solo. Nadie elogiará un combate de diez contra uno.

—No quiero ser un héroe muerto —replicó.

—Tampoco serás un cobarde vivo. Puede que yo no salga de aquí, pero puedes jurar que te llevaré al infierno conmigo —advirtió Dragut enarbolando su acero.

Separó ligeramente las piernas y las flexionó poniéndose en guardia. Se volvió a un lado y a otro trazando arcos con la espada, exhibiendo su ágil dominio. Exudaba poder, fuerza y coraje, y una maestría en el combate que empujaba a sus oponentes haciéndolos retroceder.

A nuestro alrededor, los fogonazos de los cañones seguían masacrando la costa. Algunos impactos restallaron cercanos, horadando la roca, que saltaba en una lluvia de esquirlas afiladas camufladas por el polvillo con que sangraba la piedra.

La torre del Rey se desmoronaba entre estrepitosos crujidos.

—¡Vamos, venid por mí! —alentó Dragut mostrando los dientes y contrayendo el rictus en una mueca feroz.

Varios hombres comenzaron a titubear, mirándose entre ellos.

Contuve el aliento cuando dos de ellos avanzaron decididos hacia Dragut. Aquel gesto animó a otros dos. Pere se mantuvo en su posición. Podía ser cobarde, pero no era estúpido.

Los aceros chirriaron al entrechocar, erizándose la piel. La destreza de Dragut manejó con desenvoltura un combate tan desigual. Frenaba continuas estocadas, y en los quiebros aprovechaba para efectuar sus lances. En un mismo movimiento sesgó el vientre de dos contrincantes, que se desplomaron como fardos.

Otros dos ocuparon su lugar. Dragut extrajo de otra funda que pendía de su cinto una espada corta y comenzó a pelear usando ambas manos con la misma habilidad. Los aceros giraban en sus dedos con tan imprevisible rapidez que los soldados fueron incapaces de prever sus ataques. Ensartó a uno de ellos mientras, y casi a un tiempo, hundía el filo de su alfanje en el cuello del otro.

Quedaban seis todavía.

Me puse en pie y miré hacia el mar.

La galera de Dragut se acercaba. Los largos remos apaleaban aquel manto azul con premura, descosiéndolo en rizados hilos blancos. No había más buques de su flota, sólo el suyo.

Fijé la vista de nuevo en el combate y gemí asustada al ver a cuatro hombres hostigar a Dragut.

Uno de ellos lanzó una estocada certera que le atravesó el costado. Él se tambaleó un instante, para recomponerse gruñendo y cargando con más fiereza. Ver cómo su sangre empapaba su camisola blanca me desató una oleada de angustia intensa. No podía permanecer cruzada de brazos viendo cómo se enfrentaba a la muerte.

Miré alterada a mi alrededor y cogí varias piedras. Intenté apuntar y comencé a lanzarlas. Mi objetivo era desconcentrarlos lo suficiente para que Dragut los derrotara.

Di en el blanco con dos de ellos, que en ese brevísimo instante en que

capté su atención buscando el origen de la pedrada encontraron su muerte en el acero del pirata.

La mirada de Dragut me animó a seguir.

No era fácil apuntar a blancos móviles, pero sólo me preocupaba no acertar en Dragut. Tan concentrada estaba en aquella empresa, que no lo vi venir.

Cuando me percaté de la ausencia de Pere y del resto de los hombres, ya era demasiado tarde.

Habían avanzado lateralmente hacia mí, descendiendo por las plataformas rocosas con intención de apresarme. Cuando Dragut quiso avisarme, ya los tenía encima.

Cayeron sobre mí como burdas alimañas.

El filo de un puñal impidió que me resistiera. Contuve el aliento y oí horrorizada la voz de Pere a mi lado.

—¡Despídete de él, perra!

—Nunca —gemí sibilante.

—¡Suelta las armas o la mato! —gritó triunfal.

Dragut clavó la mirada en mí, su gesto se contrajo impotente y por fin obedeció.

Pude percibir cómo, tras de mí, Pere asentía y, a continuación, una espada atravesaba la espalda de Dragut.

—Nooo...

Un borbotón de sangre escapó de su boca. Cayó de rodillas, mirándome derrotado. En sus ojos relució un perdón que sus labios no pudieron pronunciar.

Grité rota de dolor, de rabia y de impotencia...

Tras Dragut apareció uno de los soldados, que lo cogió del pelo para obligarlo a alzar la barbilla. Puso el filo de la espada en su cuello y esperó la orden de Pere.

Nuestras miradas se engarzaron con la intensidad de una despedida inminente. Un dolor punzante e insoportable acicateaba cada fibra de mi ser.

Lo dejé salir cabalgando en mis alaridos...

Grité y grité...

Maldije y sollocé...

El tormento en los ojos de Dragut me rompía por dentro...

Y entonces... algo estalló en mi pecho... y todo se volvió blanco...

Tras de mí, Pere dio la orden...

CAPÍTULO 52

LA MUERTE NO PERDONA DOS VECES

Oropesa del Mar, mayo de 2019

De nuevo en el interior de la torre del Rey, Luis y yo esperábamos a Simón y a los Ramos.

Me puse rígida cuando oí los pasos acercándose. Luis tomó mi mano y me miró tranquilizador.

—Confía en mí.

Asentí e intenté sonreírle, pero ese gesto apenas logró ser una mueca extraña e indefinida.

Cuando la puerta chirrió, mis latidos se desbocaron. Algo dentro de mí me gritaba que aquello no saldría bien. Y, aunque intentaba acallar aquella voz interna, no pude dejar de pensar en que era un aviso, una premonición, quizá de quien lo estaba viviendo. De ella.

Tragué saliva y me mantuve alerta.

Simón fue el primero en franquear la puerta y mirarnos desconfiado.

Sus ojos avellana se clavaron en mí con evidente rencor. Luego se deslizaron hacia Luis y se entornaron furiosos. Ambos sostuvieron un duelo visual plagado de amenazas y resentimiento.

Detrás de él, Félix Ramos, su hermano Martín y el hombre que me había

seguido en Benicàssim se adentraron en la torre cerrando la puerta tras de sí. Sus miradas aviesas acompañaban un rictus malicioso que me desazonó todavía más.

Miré a Luis. Su porte rígido y su mirada recelosa confirmaron que él también temía alguna treta.

—¿Otro trato, Luis? —comenzó Félix.

—No —respondió sereno—, acudimos a nuestra última sesión, sólo que esta vez soy yo quien va a cerrar el expediente.

—Tienes cojones, eso está claro —masculló Simón.

—Los que te faltan a ti.

Simón hizo el amago de abalanzarse sobre él, pero Félix lo detuvo.

—Eh, campeón, parece que olvidas tu juramento hipocrático —acicateó Luis.

—Y tú que puedes quedarte sin dientes.

—Cuando llegue a viejo —masculló sardónico.

—¡Basta! —intervino Martín, ceñudo y adelantándose un paso—. ¿Has traído la perla?

—Está aquí —anunció Luis, ampliando el perímetro intencionadamente. De esa forma, daba a entender que estaba escondida en algún rincón, cuando en realidad estaba en el bolsillo de su cazadora.

—E imagino que vas a pedirme que os deje en paz si me la entregas. La perla por la chica, ¿no es así?

—Ya he dicho que no he venido a hacer un trato —reiteró Luis.

—Entonces ¿qué demonios quieres?

—Deciros que estamos fuera de esto —comenzó—. Anunciaros que, si a mí o a ella nos pasara algo, cierto documento redactado por mí, con un jugoso anexo de fotos y grabaciones de voz, llegará a la prensa y a la policía, incriminándoos. Todo está en poder de un abogado que actuará si yo no lo llamo cada día para decirle que estamos bien. Y, para que os quede claro que esto se acabó, creo que lo mejor es demostrarlo.

Ya se metía la mano en el bolsillo de la cazadora cuando una carcajada lo interrumpió.

—Vaya, vaya, temía que nos tuvieras preparado algo así. Siempre fuiste

muy ingenioso, Luis, habrías sido un físico brillante si hubieras aceptado trabajar conmigo —repuso Martín con una sonrisa arrogante—. Pero, no, te dominó el corazón en lugar de la razón.

—Algo que no puede pasarte a ti: no tienes —increpó Luis.

—La ciencia no necesita emociones ni sentimientos, necesita dedicación, entrega y sacrificios. Y un cerebro privilegiado y analista que sepa discernir entre la evolución de la humanidad y un simple ser humano.

Martín me dirigió un gesto desdeñoso antes de volver a centrar su atención en Luis.

—Ésa es la diferencia entre nosotros —prosiguió con vehemencia—. Los grandes avances científicos se llevaron a cabo porque sus precursores estuvieron dispuestos a todo con tal de conseguir su propósito. Fueron producto de hombres pertinaces que no se rindieron, que carecían de dogma alguno, de ética incluso, sólo por ofrecer al mundo lo mejor de sí mismos, por entregarle el gran regalo del conocimiento. Inventos, grandes descubrimientos, avances que han revolucionado la humanidad y la han convertido en lo que ahora es. Y ahora tú pretendes robarles eso, la puerta a otros mundos, a otras realidades que modifiquen sus vidas y las mejoren. ¿Y por qué? Nunca conseguí entenderlo.

—No podrías —murmuró Luis—. Como bien dices, no tienes ética, principios ni moral. Tan sólo posees ambición. Mencionas a la humanidad, pero eso es justo lo que te falta, humanidad. ¿Cuántos individuos eres capaz de sacrificar por un avance que todavía está por demostrar que beneficie al mundo? Y, de ser así, estaría tan manchado de sangre que ese noble propósito se convertiría en algo sórdido y miserable. No, Martín, ningún experimento que se cobre una sola vida humana o que juegue con ella puede calificarse de humano, ni puede favorecer al mundo en modo alguno. No hay justificación para eso. Los medios son los que engrandecen el fin, y no al revés.

El rictus de Martín se endureció ofuscado.

—Luchas contra un imposible, Luis. Tarde o temprano, la física cuántica pasará a la esfera macroscópica, y el mundo tal como lo conocemos cambiará radicalmente.

—Lo sé, pero no a costa de mi vida ni de la de ella. Y espero que de

ninguna otra vida. Intentas saltarte años de estudio para ser el hombre que corone esa cima y alcanzar la gloria perpetua.

—Sin experimentación con sujetos de estudio, en la materia que nos ocupa es imposible confirmar ninguna teoría.

—Sujetos que den su consentimiento, que se sometan voluntariamente a tu experimento, y no manejando a tu antojo la mente de dos seres rotos por la vida —repuso Luis, cada vez más airado.

—Sabes de sobra que no todo el mundo posee vuestras extraordinarias percepciones.

—¡Me importa una mierda! —estalló—. Nuestras percepciones son sólo nuestras, nadie puede disponer de ellas, y mucho menos robarnos la vida y exponernos a la muerte. Y esto hoy acaba aquí.

Me lanzó una mirada cómplice y sacó su mano del bolsillo con la perla en ella.

—Voy a destruir la perla de una jodida vez.

Cogió el colgante de plata y comenzó a hacerlo girar para estamparlo contra el muro más cercano.

—¡No! —exclamó Martín con rictus desencajado.

—Si la destruyes —intervino Félix—, estarás acabando con una vida. Una que, además, aprecias.

Luis se detuvo en el acto. Yo contuve el aliento.

—Julia está en nuestro poder. O me entregas la perla o morirá.

Mis latidos se detuvieron y mi garganta se constriñó presa de la angustia.

—¿Cómo sé que eso es verdad?

Simón se adelantó un paso, sacó su móvil y me mostró una foto.

Julia se encontraba amordazada y maniatada en el maletero de un coche.

—¡Hijo de puta! —siseó Luis furioso.

—Vosotros sois intocables, pero ella no. La perla por la vida de Julia —propuso Martín, extendiendo la mano.

—La tendrás cuando la liberes —señaló Luis todavía con la perla pendiendo de sus dedos.

Martín asintió, y el hombre que los acompañaba, el que me había seguido en Benicàssim y el que me había disparado, salió presto de la torre.

El tenso ambiente se crispó con amenazas silenciosas, rabia sofocada y un oscuro miedo que me prensaba el alma.

La mirada de Luis taladraba a los tres hombres con un odio feroz. No me pasó desapercibido que introducía la mano izquierda en un bolsillo de su cazadora. La perla no era lo único que había intentado ocultar.

Aquel ominoso presentimiento que me había desazonado desde que había entrado en la torre titiló con fuerza.

Luis iba armado. Y supe que ellos también.

Cuando la puerta chirrió de nuevo, mis nervios eran ya una amalgama de absoluta crispación.

Ver a Julia, tan pequeña, tan vulnerable y tan asustada, eclipsó mi miedo para dar paso a una violenta llamarada de cólera que recorrió mis venas como si fuera ácido. Sus ojos llorosos mostraban aturdimiento y angustia. Los míos despedían fuego.

—¡Maldito cabrón, suéltala! —escupí iracunda.

Empujaron a Julia hacia nosotros. Yo me adelanté para abrazarla y retirarme con ella hacia un rincón.

Y entonces, todo se precipitó.

Luis se acercó a Simón, le mostró la perla con intención de entregársela, y lo hizo, no sin antes descargar en su mentón un violento puñetazo que lo derribó.

—¡Joder, no podía aguantarme más!

Simón se puso en pie y se abalanzó sobre él. Luis esquivó sus puños con artera agilidad. Adoptó aquella pose de avezado púgil carcelario y comenzó a acribillarlos a golpes. Tras sortear los puños de Simón, siempre lograba colocar los suyos donde se proponía, hasta que el médico no fue capaz de levantarse.

Un disparo nos sobresaltó.

Martín empuñaba un arma y había efectuado un tiro al techo para atraer la atención y detener a Luis. Sin embargo, éste se desplomó de rodillas. La bala había rebotado en los muros de piedra y luego había impactado en él. Una flor roja comenzó a extenderse en su pecho tiñendo su camiseta blanca.

—Nooo...

Grité y me abalancé sobre él. Martín nos observaba horrorizado, boqueando como un pez.

Luis se miró el pecho con gesto asombrado, lo palpó incrédulo y luego fijó su verde mirada en mí, ceñuda y aturdida.

Mis alaridos rebotaban en la piedra. Me contraí de dolor como si aquella bala se alojara en mi pecho.

La perla en aquel momento rodó entre las grandes losas del suelo, y, cuando Martín Ramos fue a cogerla, un brillo cegador comenzó a emerger de ella, deslumbrándonos.

El eco de mis gritos se multiplicó rebotando en los muros...

CAPÍTULO 53

UNA BRECHA ENTRE DOS MUNDOS

El mundo de Isabet

Aquella luz explotó con la virulencia de un huracán. La blancura más resplandeciente rugió acompañada de una energía tan poderosa que nos impelió hacia atrás, derribándonos.

Parpadeé confusa y dolorida, escudriñando mi entorno en busca de Dragut.

La perla había estallado en mil pedazos. En su lugar, aquella bola de luz había crecido abriendo un portal cuyo umbral relumbraba ante mis ojos.

Cuando el bláncor comenzó a atenuarse, comprobé que los soldados huían despavoridos, que Pere trastabillaba impávido, mirándome horrorizado con los ojos vidriosos, y que Dragut continuaba de rodillas, inclinado sobre sí mismo, con los hombros hundidos y el cabello cubriéndole el rostro, aunque su pecho aún se agitaba.

Me puse en pie y me acerqué a aquel portal de luz. Pude reconocer su interior. Era la torre del Rey. También reconocí a la mujer del otro lado. Era ella.

Me vio y se aproximó con paso vacilante.

Frente a frente por fin, tan sólo separadas por un velo casi traslúcido que crepitaba.

—Elisa —pronuncié.

—Isabet —musitó.

Sus ojos estaban tan llorosos como los míos, su rictus tan atormentado como el mío. Éramos la misma persona, en tiempos diferentes, asoladas por un destino ingrato, dispuestas a todo por luchar contra la adversidad y por aquellos a quienes amábamos.

Alargué la mano titubeante, ella me imitó.

Aquella delgada capa cosquilleó mis manos. Descubrí que era sólida, como si fuera una delgada película de hielo fino. Elisa apoyó las suyas en aquella superficie haciendo coincidir nuestras palmas. Fue como si me mirara a través de un espejo.

—¿Dragut está vivo? —preguntó angustiada.

—Aún lo está —respondí con firmeza—. Y no dejaré que muera. Él regresó de la muerte en mi busca, y yo iría hasta el mismísimo infierno para traerlo de nuevo.

—También yo —afirmó determinada—, hasta con mi último aliento.

—No hay fuerza más poderosa en el universo que el amor.

—Tanto que es capaz de cambiar el mundo y nuestros destinos —espetó rotunda.

El portal comenzó a empequeñecerse entonces, cerrándose con lentitud.

Nos miramos fijamente por última vez, embargadas por una emoción profunda, sabedoras de que aquel vínculo seguiría existiendo, aunque ya no pudiéramos comunicarnos. Conscientes de la gran responsabilidad de cada acción en la construcción de nuestro futuro. Entendiendo por fin que existía la justicia, que nuestros actos y nuestras decisiones acababan recayendo en nosotros mismos, de aquella peculiar manera.

La luz murió y todo vestigio de aquella puerta resplandeciente desapareció como si nunca hubiera existido.

Miré a mi alrededor para descubrir que estábamos solos. Al pie de la colina, las ruinas de la torre del Rey humeaban. Varios reductos boscosos crujían presos del fuego de la artillería, y supe que en aquella villa se hablaría durante generaciones de la magia de una bruja que había asolado Oropesa con su poder demoníaco. Pere tendría pesadillas de por vida, temiendo que mi

poder lo alcanzara allá adonde fuese. Nadie se atrevería jamás a enfrentarme, aunque si algo deseaba era largarme muy lejos de allí.

Corrí hacia Dragut, que se había desplomado, y aparté su mojado cabello de su rostro.

—Usa tu magia para curarme —profirió entreabriendo los ojos.

—Como desees.

Me incliné sobre él y apreté su boca, derramando en ella cuanto sentía.

Cuando me separé de él, me contempló afectado. Detecté un pícaro brillo mordaz en sus ojos que aligeró mi pecho.

—Has sellado mi corazón, morisca, pero mis heridas siguen abiertas.

—Nada que una buena sutura no remedie.

Enarcó una ceja perspicaz y sonrió liviano.

Unas voces a mis espaldas me arrancaron un resoplido de alivio.

Caramaní y los hombres de Dragut habían desembarcado. Pronto estaríamos a leguas de Oropesa y del mundo que una vez conocí.

—Creo recordar que la costura no era tu mejor virtud.

Esta vez sonreí yo, entre lágrimas de felicidad.

—Tendré que compensarlo con muchos besos.

—En tal caso, deberías empezar ya, tiemblo de imaginarte con una aguja en la mano.

Reí plena de dicha y lo besé de nuevo.

Saber que teníamos toda una vida para amarnos no aplacó la urgencia que sentí por fundirme en él. Y de algún modo supe que daba igual cuán larga fuera nuestra vida, aquel anhelo jamás se colmaría.

* * *

El mundo de Elisa

El luminoso portal interdimensional se cerró, evaporando cualquier rastro de su existencia. Una inquietante penumbra ocupó su lugar.

Miré a mi alrededor para descubrir que el deslumbrante fogonazo de la perla al estallar había cegado momentáneamente a los demás. Se hallaban

encogidos sobre sí mismos, protegiendo sus cabezas con las manos. En aquel reducido espacio, la resplandeciente luminosidad que había irradiado la perla, acompañada de un potente campo de energía, había asolado aquel espacio como si lo arrasara un huracán blanco. Yo había sido la única que había podido contemplar la brecha y a Isabet.

Cuando alzaron sus asustados rostros hacia mí, parpadeaban aturridos.

Me abalancé sobre Luis, que permanecía tendido en el pavimento con la mano sobre la herida del pecho.

Saqué mi móvil, marqué el 112 y los informé ansiosa de la situación y el lugar donde nos encontrábamos.

Comprobé aliviada que respiraba y luego me volví hacia los hermanos Ramos, que se ponían en pie tambaleantes. —Desapareced de nuestras vidas para siempre —siseé furibunda— y rezad por que él viva.

—Ha... ha sido un desafortunado accidente.

Simón, con el labio partido y sangrante y la nariz que comenzaba a inflamarse llamativamente, me contempló rabioso.

—Si vuelvo a verte, te juro por Dios que lo lamentarás —amenacé resentida.

Me puse en pie y los miré duramente, liberando todo el odio que les profesaba. Simón apretó los labios, su mirada continuaba retadora. Sentí ganas de terminar lo que Luis había empezado. Sin embargo, encaré a los Ramos.

—Ya no hay perla, ya no hay nada. Corté el vínculo con ese otro plano y ya no puede volver a abrirse. Esto se acabó, ¿entendido?

Se miraron entre sí y finalmente asintieron.

—Pero se abrió una brecha, ¿no es cierto? —musitó esperanzado Martín.

—No —mentí deleitándome en su desilusionada expresión—, la perla liberó la energía que contenía al estallar. Nada más.

—El *quantum* —profirió en tono solemne.

—Lo que sea se extinguió —mascullé impaciente.

El lejano ulular de una sirena flotó hasta nosotros, haciendo que se tensaran.

—¡Largaos! —grité con urgencia—. Y recordad: rezad, porque, si muere, no habrá piedad en mi corazón para ninguno de vosotros.

Los hombres se apresuraron hacia la puerta. Simón fue el último en salir, antes de hacerlo se volvió hacia mí. No supe interpretar su expresión. Yo le regalé una mirada admonitoria plagada de rencor y todo mi desprecio.

La sirena se oía ahora mucho más cercana. Miré hacia el rincón donde Julia se agazapaba llorosa y me acerqué a ella. La desaté y la abracé con fuerza.

—Perdóname por todo, Elisa —gimoteó contra mi cuello.

—No hay nada que perdonar, te manipularon como a mí.

Froté su espalda para reconfortarla mientras intentaba alejar el miedo de mi mente.

Luego acudí de nuevo al lado de Luis y le cogí la mano. Los servicios de emergencia me habían advertido que no debía moverlo, pero que sintiera mi tacto quizá lo ayudara. Acaricié su frente y la besé con extrema dulzura.

—Aguanta, mi amor, te lo suplico... Te necesito...

Exhaló un gemido débil y yo me llevé su mano a los labios.

Cuando la puerta se abrió y entraron los paramédicos con el maletín y un desfibrilador, me negué a soltarlo.

Abrieron su camisa y midieron sus constantes vitales. Lo trasladaron a una camilla y lo condujeron a la uvi móvil.

—¿Quién es usted?

—Su mujer —respondí con naturalidad, limpiándome las lágrimas.

—Venga con nosotros... Su estado es crítico.

—Lo conseguiré —musité rotunda—, ya superó la muerte una vez.

—Entonces es un luchador. —El médico me sonrió tranquilizador.

—Lo es.

CAPÍTULO 54

RESURRECCIÓN

Benicàssim, septiembre de 2019

Luis me miró nervioso, respiró hondo y llamó al timbre.

Tomé su mano y la apreté ligeramente.

—Todo irá bien —asegué con una sonrisa.

Arrugó el ceño, pero procuró devolvérmela. No terminó de conseguirlo.

Resopló preocupado y se lamió los labios. La rigidez de su porte evidenciaba la tensión que estaba soportando.

Yo había llamado previamente, para preparar el terreno. Una noticia de esa envergadura era difícil de transmitir, y más cuando era tan descabellada. Pero conseguí predisponerlo para llevarle una prueba. Y esa prueba en cuestión zapateaba impaciente en el umbral de la casa de su niñez.

Cuando oímos los pasos, Luis volvió a inspirar y a exhalar largamente.

La puerta se abrió y el afable rostro del padre de Luis se congeló por unos interminables segundos, los ojos clavados en la cara de su hijo.

Contuve el aliento.

Se sostuvieron la mirada, y yo tragué saliva angustiada ante la reacción de su padre.

La estupefacción desencajaba su mandíbula y agrandaba sus ojos.

—¡Santo Dios...! —exclamó en un resuello estrangulado.

Había perdido todo color, y por un momento creí que la impresión lo tumbaría.

Retrocedió unos pasos y se inclinó sobre su cintura aferrándose los muslos con las manos. La emoción lo constreñía por completo.

Agitó la cabeza y gimió anonadado.

Cuando volvió a erguirse, tenía los ojos llorosos y la faz teñida de mil emociones cambiantes.

Abrió la boca, pero nada salió de ella.

Su barbilla retembló y se cubrió los labios con la mano. Gruesas lágrimas ya recorrían sus mejillas.

—Padre —pronunció Luis con suavidad.

El hombre alzó las cejas y se derrumbó. Cayó de rodillas y levantó una mano para evitar que nos acercáramos. Sus hombros se agitaron y yo apreté más la mano de Luis. Temblaba.

Lo miré. Su llanto silencioso contraía sus facciones. Sentí deseos de abrazarlo, pero eran otros brazos los que él ahora necesitaba.

Cuando el padre de Luis logró alzar la mirada y fijarla en su hijo, dejó escapar un quebrado sollozo que se me clavó en el alma.

Alargó la mano hacia él y lo miró anhelante.

Luis se acercó y cayó de rodillas frente a él.

El hombre balbuceaba emocionado. Logré captar un emocionado «Hijo...» que impelió a Luis a estrecharlo entre sus brazos.

Se abrazaron desgarrados por todo el dolor sufrido, por la inmensa dicha de aquel reencuentro impensable, por aquella herida reabierta pero rodeada de vendas que ambos estaban dispuestos a usar. Por aquel milagro que había vuelto a unirlos. Por aquella resurrección no sólo de una vida que la tragedia y la ciencia habían maltratado, sino de un corazón tan roto que nunca había soñado con recomponerse.

Lloré por ellos, lloré por todo ese dolor que nos había tocado vivir, por cada minuto de soledad, de miedo, de desesperación. Lloré por tantos años perdidos, por tanto engaño sufrido y por la dicha de poder contemplar ese momento. Lloré por cada día de hospital que había pasado conectado a un

respirador, por cada plegaria en su nombre, por cada abrazo de Julia, por el día en que por fin abrió los ojos y por el que salimos andando del hospital.

Un hospital en el que ya no trabajaba el doctor Simón Muñoz. Había pedido un traslado, acatando mi amenaza. Imaginaba que no cejarían en su empeño de abrir un portal a otra realidad, de continuar sus experimentos, esperaba que esta vez con cobayas voluntarias. Pero eso nunca lo sabría. Por desgracia, los malos no siempre pagaban sus deudas, al menos, no de nuestra mano; quizá en una de sus realidades paralelas, sus otros yoés estuvieran sufriendo tormentos eternos. Nosotros no podíamos hacer nada sin pruebas que respaldasen una denuncia. Por otro lado, un largo proceso judicial, impredecible por otra parte, iniciado por dos personas con antecedentes psiquiátricos, y una de ellas, además, con acta de defunción oficial, tenía pocos visos de salir airoso. Nuestra recompensa era la libertad, la tranquilidad y el amor. Y eso no sólo nos bastaba, sino que nos hacía dar gracias cada día por disfrutarlos.

No pedía más, tenía a Julia, lo tenía a él, y aquello era mucho más de lo que jamás había soñado.

Además, Luis había recibido misteriosamente un sobre con una sustancial cantidad de dinero. Se suponía que una indemnización de parte de los Ramos, aunque en realidad podía considerarse que compraban nuestro silencio, pues, aunque nadie nos creyera, el revuelo que podía crear la simple acusación dañaría la reputación científica y médica de los hermanos. Un revuelo que también nos perjudicaría a nosotros. Los medios de comunicación nos perseguirían y convertirían nuestra vida en un circo mediático y a nosotros en dianas andantes. No, el silencio era libertad, y para quienes habíamos estado presos de una maquiavélica conspiración experimental, nuestra única ambición era sabernos libres.

Con ese dinero nos habíamos comprado una casita en la playa del Torreón, en Benicàssim, muy cerca de nuestro rompeolas, al que acudíamos cada noche para contemplar abrazados aquel durmiente mar mecido por la luna.

A menudo me preguntaba qué sería de Isabet y de Dragut, y a menudo mi intuición me contestaba curvando una sonrisa en mi rostro, o aleteando una pluma en mi corazón. Esas respuestas me regocijaban. Ellos eran tan felices

como nosotros, así lo decía mi instinto a través de emociones como aquéllas.

Tanto Luis como yo sabíamos interpretar y traducir aquellas percepciones sensoriales, de tal modo que atinábamos en presagiar cosas tan vanas como algún accidente doméstico, un resfriado e incluso una alteración en el organismo de más calado, como un embarazo.

Descubrí que esperaba un hijo de Luis cuando sentí la mano cariñosa de un hombre acariciándome el vientre con ternura. Una mano invisible que sentí, pero no vi. Aquel gesto fue tan revelador que corrí a la farmacia a por una prueba de embarazo.

Nunca olvidaré la expresión de Luis cuando le di la noticia.

A veces, cuando la vida te golpea tan duramente, cuando sólo conoces el dolor, la alegría te noquea. Y eso le ocurrió a él: cayó de rodillas ante mí y se abrazó a mis piernas, trémulo y conmocionado. Como ahora le ocurría frente a su padre. Había sufrido tanto que no terminaba de gestionar las emociones dichas. Confiaba en que algún día pudiera acostumbrarse a ellas, pues, si algo necesitaba para ser plenamente feliz, era verlo sonreír, ver esa luz alborozada en sus felinos ojos verdes. Decían que eso era el amor verdadero. Y no sólo tenía la suerte de sentirlo, también lo recibía en igual medida.

Y, allí de pie, mientras veía cómo el hombre al que amaba con toda el alma recuperaba a su padre, y quizá a su madre y la vida que debería haber tenido, reflexioné sobre nuestro periplo personal hasta llegar a ese momento. Si todo el sufrimiento vivido era el camino para llegar a ese punto, merecía la pena, pues dudaba que nadie que no hubiera conocido el dolor tan profundamente como nosotros pudiera valorar la dicha que ahora nos embargaba.

No, nadie que no hubiera estado en el infierno podría apreciar la belleza del cielo. Nadie que no hubiera olido el acre aroma del azufre podría deleitarse con el almizcleño perfume de los pinos, o el refrescante aroma del ozono tras una tormenta, o la embriagadora fragancia de las flores mimadas por el sol. No, nadie que no hubiera sentido las punzadas de los tridentes de los demonios más despiadados podría gozar de la caricia del viento, o la tersura de la lluvia, o el aliento del verano, o las cuchillas del frío. Nadie que no hubiera estado muerto podría valorar tanto la vida. Y, con ella, el mejor de los sentimientos, ese amor tan radiante, poderoso y apasionado que reventaba

nuestros corazones de una dicha inconmensurable.

Luis ayudó a su padre a levantarse, besó su mejilla, secó sus lágrimas y le pasó el brazo por los hombros para acercarlo a mí.

—Ella me resucitó —murmuró afectado.

Su padre me regaló la expresión de gratitud más conmovedora que jamás hubiera visto.

—Bueno, en realidad, *nos* resucitó, no he vuelto solo —añadió mirándolo preso de una ilusión que cosquilleó mi estómago.

Acaricié mi vientre aún incipiente en su gestación y sonreí.

En el rostro del hombre se abrió una sonrisa tan luminosa que caldeó mi corazón.

—Se llamará Óscar.

Su padre avanzó hasta mí.

Nos abrazamos los tres.

Apenas alcé la vista emocionada para descubrir el número de la casa.

Era el 33.

Sonreí. El universo nos estaba aprobando.

EPÍLOGO

—¿Te he dicho hoy cuánto te amo, morisca?

Su voz, grave y rasgada, se me antojó una caricia en mi piel por el hormigueo que provocaba en mis sentidos.

—Apenas amanece —ronroneé acomodándome en su pecho.

—Mírame —pidió Dragut acariciando mi mejilla con el dorso de sus dedos.

Obedecí.

Me sumergí subyugada en aquel mar de plata bruñida. Me estremeció su intensidad.

—Te amo, tanto que apenas puedo respirar cuando me miras así. Tanto que me duele cerrar los ojos y no verte. Tanto que mi corazón se encoge con cada paso que no das en mi dirección. Tanto que quiero ser aire para tocarte a cada instante, para meterme en tu interior, tanto que deseo ser el alimento que te llene, tanto que anhelo ser ese fuego que te calienta, y tanto que quiero convertirme en esas pieles que te arropan.

—Pero si tú ya eres todo mi mundo —repuse emocionada—, eres parte de mí. Te respiro, te devoro, te caldeo y te arropo. Y tú a mí.

—Y así será, en este mundo y en cualquier otro —susurró grave—, porque allá a donde vayas, allá iré yo.

Su mirada rubricó sus palabras. No le dije que eso ya lo había conseguido. Pues no tuve duda alguna de que, si vivía en otros tiempos, además de en el de Elisa, él estaría en todos ellos.

A un amor como el nuestro no le bastaba una sola vida. Un amor así

requería de mil vidas para saciarse.

Apresé su boca con aquel ávido frenesí que siempre me poseía y él gruñó complacido con mi voracidad.

Dragut se cernió sobre mí y yo lo cobijé entre mis piernas.

—¿Cuándo llegará?

—En primavera, y será un niño —respondí repasando su firme mentón.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

—¿Y qué más sabes?

—Que antes de que el sol se alce en el firmamento yo tocaré la luna entre tus brazos.

Dragut sonrió jactancioso.

—Aullarás de placer como una loba hasta que esa luna nos sonría — prometió.

—Y tú rugirás cuando te robe el alma en cada beso.

—Ya lo haces con cada mirada.

»Tuyo.

—Tuya...

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

—*There's Nothing Holding Me Back*, Island Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Shawn Mendes.

—*I Don't Know Why*, KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por Imagine Dragons.

—*Hear Me*, KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por Imagine Dragons.

AGRADECIMIENTOS

A ti, que ahora lees estas líneas.

A ti, que me regalas tu tiempo.

A ti, que me entregas tu piel para vestirla a mi capricho.

A ti, que coges mi mano en este viaje incierto, sin saber dónde acabarán tus pasos.

A ti, que me permites llevarte muy lejos, a mundos lejanos, a universos desconocidos o quizá al interior de ti mismo.

A ti, que con tanta generosidad has decidido confiar en mí.

A ti, querido lector, por dejarme mostrarte que existe más de una realidad, que por amor el tiempo se abre en canal y que el destino sólo es barro en nuestras manos.

A ti, que hoy estás junto a mí.

Dicen que los sueños se cumplen cuando nos atrevemos a soñarlos. Por eso quiero agradecer no soñarlos sola. Hay mucha gente que los comparte y que los lucha a mi lado. Desde toda la gente que me apoyó desde su primer viaje a mi lado, como la que hace posible que pueda seguir compartiéndolos.

A ti, Esther Escoriza, editora y amiga, por tu pasión, tus consejos, tu cariño y por creer en mí desde el principio. Gracias por soñar y luchar a mi lado. Por muchos viajes más...

A todos, gracias de corazón...

LOLA P. NIEVA

La perla de agua

Lola P. Nieva

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Sophie Guët, 2018

© de la imagen de la portada, Rick Partington – Shutterstock

© de la fotografía de la autora, cortesía de la autora

© Lola P. Nieva, 2018

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2018

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-270-4459-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

